



# GÁRGOLA

ANDREW DAVIDSON

Lectulandia

Una noche, mientras conduce por una carretera oscura, un hombre pierde el control del coche al divisar una multitud de flechas que se acercan hacia él. Despierta en el hospital, con graves quemaduras en todo el cuerpo. Ahora es un monstruo; su vida parece haber terminado. Todo cambia cuando una inquietante paciente de psiquiatría comienza a visitarle. Su nombre es Marianne Engel y asegura ser una escultora de gárgolas que lo conoció en el siglo XIV, cuando él era un mercenario y ella una monja amanuense recluida en un monasterio. Durante días le relatará cómo se amaron en la Edad Media y, como si de Scheherezade se tratara, le contará cuatro historias de amor absoluto que le harán volver a la vida. ¿Está loca Marianne o es cierto que tiene más de setecientos años y que su amor pervive en el tiempo y aún tiene algo por desvelarles? Un tributo al amor verdadero que te hará creer en la fuerza de lo imposible.

**Lectulandia**

Andrew Davidson

# **La gárgola**

ePub r1.0

Titivillus 27.01.15

Título original: *The Gargoyle*  
Andrew Davidson, 2008  
Traducción: Claudia Casanova  
Diseño de cubierta: Laura Comellas

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*«Die Liebe ist stark wie der Tod, hart wie die Hölle.» Der Tod scheidet die Seele vom Leibe, die Liebe aber scheidet alle Dinge von der Seele...*

MEISTER ECKHART, deutscher Mystiker.

Predigt: «wige Gerburt».

*«El amor es tan fuerte como la muerte, tan duro como el Infierno». La muerte separa el alma del cuerpo, pero el amor lo separa todo del alma.*

MAESTRO ECKHART, místico alemán.

Sermón: «Nacimiento eterno».

# I

**T**odos los accidentes emboscan a los desprevenidos, a veces con violencia, igual que el amor.

Era Viernes Santo y el alba empezaba a disolver las estrellas. Por costumbre, me acariciaba la cicatriz del pecho mientras conducía. Los ojos me pesaban y se me nublaba la vista, nada extraño teniendo en cuenta que me había pasado la noche inclinado sobre un espejo esnifando rayas de polvo blanco que parecían barrotes que encarcelaban mi rostro en una jaula de cristal. Creía que la droga afinaría mis reflejos. Me equivocaba.

A un lado de la sinuosa carretera había un barranco profundo; al otro, un bosque oscuro. Traté de mantener los ojos pegados a la carretera pero tenía la inquietante sensación de que algo estaba a punto de abalanzarse sobre mí desde los árboles, quizá una banda de mercenarios. Así es como funciona la paranoia de las drogas, por supuesto. Mi corazón latía a martillazos y aferré el volante con más fuerza, sintiendo que el sudor se me acumulaba en la base del cuello.

Entre las piernas llevaba encajada una botella de bourbon, que intenté coger para echar otro trago. Se me escurrió y antes de caer al suelo del coche rebotó sobre mi regazo, salpicando por todas partes. Me agaché para recogerla antes de que se derramara el resto del contenido y cuando levanté la vista me encontré con la visión, la ridícula visión, que lo empezó todo. Vi un enjambre de flechas encendidas saliendo de los árboles directamente hacia mi coche. El instinto tomó las riendas y di un volantazo para alejarme del bosque que ocultaba a mis invisibles agresores. No fue una buena idea, porque lancé mi coche contra la alambrada que me separaba del precipicio. Hubo un aullido de metal contra metal cuando la puerta del pasajero chocó contra los tensos cables y una docena de golpes sordos cuando embestí los sucesivos postes de madera, cada impacto como la descarga eléctrica de un desfibrilador.

Compensé en exceso y me metí en el carril contrario, casi chocando con una furgoneta. Para evitarla giré con demasiada fuerza el volante, lo que me llevó de nuevo contra la valla. Los cables se rompieron y restallaron por todas partes, como tentáculos letales de un pulpo arponeado. Uno de ellos agrietó el parabrisas y recuerdo que pensé que había tenido suerte de que no me alcanzase mientras el coche se precipitaba convulsionándose en brazos del abismo.

Hubo un breve instante de ingravidez: un punto de equilibrio entre aire y tierra, suelo y cielo. *Qué extraño, pensé, qué parecido al momento entre vigilia y sueño cuando todo es hermoso y surrealista y nada es corpóreo. Qué parecido a flotar hacia la plenitud.* Pero igual que ese período entre el mundo real y los sueños, este momento más allá del borde acabó con una despiadada sacudida que me trajo de vuelta a la realidad.

Un accidente de tráfico parece durar una eternidad y siempre existe un punto en el

que crees que puedes corregir el error. *Sí, piensas, es verdad que me estoy despeñando montaña abajo en un coche que pesa una tonelada y media. Es cierto que hay una caída de treinta metros hasta el fondo del barranco. Pero seguro que si giro el volante con fuerza hacia un lado, todo acabará bien.*

Una vez que has girado ese volante y descubierto que no arregla nada, te sobreviene un pensamiento, claro y puro: *Oh, mierda.* Durante un glorioso instante alcanzas el estado de bendito vacío que los filósofos orientales se pasan la vida buscando. Pero al alcanzar esa trascendencia tu mente se convierte en un superordenador capaz de calcular los giros del coche, multiplicarlos por la velocidad de la caída y el ángulo de descenso, aplicar al resultado las leyes de Newton sobre el movimiento y, en una décima de segundo, llegar a la terrorífica conclusión de que *esto va a doler mucho.*

Tu coche gana velocidad mientras desciende por el terraplén dando tumbos. Pronto se demuestra correcta tu hipótesis: es, desde luego, bastante doloroso. Tu cerebro cataloga las distintas sensaciones. Están las vueltas de campana, el remolino de desorientación y los chillidos de dolor del coche mientras practica su macabro yoga. Está el crujido del metal, presionando contra tus costillas. Luego está el malicioso olor del diablo, su tridente clavándose en el culo y el sabor del azufre en la boca. El Cabrón está ahí, claro, no lo dudes.

Recuerdo el abrasador relámpago cuando los bajos del coche me cortaron todos los dedos del pie izquierdo. Recuerdo que la columna de dirección pasó volando sobre mi hombro. Recuerdo la erupción de cristales que me rodeó por completo. Cuando el coche se detuvo al fin, quedé colgando boca abajo, sujetado por el cinturón. Oía el siseo de diversos gases escapando del motor y las ruedas todavía dando vueltas afuera, arriba, y, al cesar las sacudidas, quedó el crujido del metal del coche, aposentándose como una tortuga panza arriba.

Justo cuando empezaba mi deriva a la inconsciencia, hubo una explosión. No una explosión como en las películas, sino una explosión pequeña, de las de la vida real, como la ignición de un desdichado horno de gas que le guarda rencor a su dueño. Un relámpago de llamas azules recorrió el techo del coche, que había quedado inclinado bajo mi cuerpo colgante. De mi nariz saltó una gota de sangre que cayó expectante entre las felices y jóvenes llamas que habían cobrado vida debajo de mí. Primero sentí que mi cabello se quemaba, luego pude olerlo. Mi cuerpo empezó a tostarse como si yo fuera un pedazo de carne en una barbacoa y escuché cómo mi piel rompía a hervir cuando las llamas empezaron a lamerla. No podía alcanzarme la cabeza para apagar mi cabello en llamas. Mis brazos no respondían.

Imagino, querido lector, que habrá tenido alguna experiencia con el calor. Quizá haya servido té hirviendo en un ángulo incorrecto y el vapor le haya subido por la manga; o, con el atrevimiento de la juventud, quizá sostuvo una cerilla entre los dedos tanto como pudo. ¿Hay alguien que no haya llenado la bañera de agua demasiado caliente y olvidado probar la temperatura antes de meter todo el pie? Si

alguna vez le ha sucedido alguno de estos percances menores, quiero que imagine algo nuevo. Imagine ir a uno de los fogones de su cocina, digamos que es una cocina eléctrica con fogones negros. No ponga un cazo con agua sobre el fogón, pues el agua se limita a absorber el calor y utilizarlo para hervir. Quizá asciendan del fogón pequeños hilillos de humo de algún residuo que había quedado la última vez que cocinó. De entre los aros negros surge un ligero tono violeta, y luego el fogón asume un tono púrpura rojizo, como la zarzamora antes de madurar. De ahí pasa al naranja y finalmente —¡finalmente!— a un rojo intenso y brillante. Es bonito, ¿verdad? Ahora baje la cabeza hasta que sus ojos queden alineados con la superficie de la cocina y pueda ver a través de las relucientes olas de aire ascendente. Piense en aquellas películas antiguas en las que el héroe otea a través del desierto un inesperado oasis. Ahora quiero que pase suavemente las yemas de los dedos de la mano izquierda sobre la palma de la mano derecha, apreciando cómo la piel registra hasta el contacto más ligero. Si fuera otra persona la que lo hiciera es posible que se excitase. Ahora, quiero que pose con fuerza esa mano sensible y receptiva sobre el fogón al rojo vivo.

Y manténgala allí. Manténgala allí mientras el fogón le graba a fuego los nueve círculos de Dante directamente en la palma, permitiéndole tener a mano el Infierno para siempre. Deje que el calor marque la piel, los músculos, los tendones; deje que cale hasta el hueso. Espere hasta que la quemadura se meta tan dentro de usted que no sepa si jamás será capaz de apartarse de ese fogón. No pasará mucho hasta que le alcance la peste de su propia carne quemada, un hedor que se apoderará de los pelos de su nariz y se negará a marcharse. Olerá cómo arde su cuerpo.

Quiero que siga apretando la mano contra el fogón mientras cuenta lentamente hasta sesenta. Sin hacer trampas. Un Miss-is-sip-pi, dos Miss-is-sip-pi... Al llegar a sesenta Miss-is-sip-pi la mano se habrá deshecho rodeando el fogón y se habrá quedado fundida a él. Ahora libérela de un tirón.

Tengo otra tarea para usted: agáchese, ponga la cabeza de lado y apoye la mejilla en el mismo fogón, apretando con fuerza. Le dejo escoger el lado de la cara que prefiera. De nuevo, aguante sesenta Mississippis, sin trampas. Le resultará práctico tener la oreja ahí mismo para capturar los chasquidos, el crepitar y los borboteos de su carne.

Puede que ahora se haga vagamente una idea de lo que sentí inmovilizado en aquel coche, sin poder escapar de las llamas y lo bastante consciente como para disfrutar la experiencia hasta que entré en *shock*. Hubo unos pocos piadosos segundos en los que pude oír, oler y pensar, seguir documentándolo todo, pero sin sentir nada. ¿Por qué ya no me duele? Recuerdo que cerré los ojos y deseé una oscuridad bella y completa. Recuerdo que pensé que debí haberme hecho vegetariano.

El coche se balanceó de nuevo y cayó al riachuelo al borde del cual se había detenido. Como si la tortuga hubiera podido ponerse de nuevo en pie y se hubiera arrastrado hasta la fuente de agua más cercana.

Este acontecimiento —que el coche cayera al riachuelo— me salvó la vida al



extinguir las llamas y refrescar mi carne recién asada.

• • •

*Todos los accidentes emboscan a los desprevenidos, a veces con violencia, igual que el amor.*

No sé si empezar con mi accidente es lo mejor que podía haber hecho, pues éste es el primer libro que escribo. Lo cierto es que he empezado por el accidente porque quería captar su interés y engancharle a esta historia. Continúa leyendo, así que parece que ha funcionado.

Me estoy dando cuenta de que lo más complicado de escribir no es el acto en sí de construir frases, sino decidir qué es lo que vas a poner, y dónde, y qué lo que vas a dejar fuera. Dudo constantemente. Escogí el accidente, pero podía haber empezado por cualquier otro punto de mis treinta y cinco años de vida.

¿Por qué no empezar diciendo «Nací el año 19\_\_ en la ciudad de \_\_\_\_\_»?

Y es más, ¿por qué debo limitar el inicio al período de mi vida? Quizá debería empezar en Núremberg a principios del siglo XIII, donde una mujer con el desafortunadísimo nombre de Adelheit Rotter se retiró de una vida que consideraba pecaminosa para convertirse en una beguina —mujeres que, aunque no formaban parte oficialmente de la Iglesia, llevaban una vida de pobreza en imitación de Cristo—. Con el tiempo, Rotter atrajo a una legión de seguidoras y en 1240 se mudó a una granja de vacas en Engelschalksdorf, cerca de Swinach, donde un benefactor llamado Ulrich II von Königstein les permitió instalarse a cambio de que trabajaran allí. Erigieron un edificio en 1243 y, al año siguiente, lo convirtieron en un monasterio y eligieron a la primera priora.

Ulrich murió sin heredero varón y legó todas sus posesiones a las beguinas. A cambio exigió que el monasterio ofreciera un lugar donde enterrar a sus parientes y que se rezara, para siempre, por la familia Königstein. En una muestra de buen juicio ordenó que el nombre del lugar pasara a ser Engelthal, o «Valle de los ángeles», en lugar de Swinach, «Lugar de los cerdos». Pero fue la última provisión del testamento de Ulrich la que tendría un impacto mayor en mi vida: dispuso que en el monasterio se creara un *scriptorium*.

• • •

Ojos abiertos a un relampagueante torbellino de rojo y azul. Un estruendo de voces y ruidos. Una vara de metal atraviesa el costado del coche y abre un boquete. Uniformes. Dios, estoy en el Infierno y aquí llevan uniformes. Un hombre grita. Otro dice con voz tranquilizadora: «Vamos a sacarle de ahí. No se preocupe». Lleva una placa. «Todo va a salir bien», promete a través de su bigote. «¿Cómo se llama?». No me acuerdo. Otro enfermero grita a alguien que no puedo ver. Al verme, retrocede

asqueado. ¿Es así como se supone que debe reaccionar? Oscuridad.

Abro los ojos. Estoy atado a una camilla. Una voz: «Tres, dos, uno, arriba». El cielo se abalanza sobre mí y luego se aleja. «Dentro», dice la voz. Cuando la camilla encaja en su sitio suena un chasquido metálico. Un ataúd, ¿por qué no tiene tapa? *Demasiada antisepsia para ser el Infierno y ¿de verdad es posible que el techo del Cielo sea de metal gris?* Oscuridad.

Abro los ojos. De nuevo ingrávido. Caronte viste una tela azul mezcla de poliéster y algodón. Una sirena de ambulancia rebota sobre un Aqueronte de asfalto. Han insertado una vía en mi cuerpo —¿por todas partes?—. Estoy cubierto por una capa de gel. Humedad, humedad. Oscuridad.

Abro los ojos. Las ruedas suenan como las de un carrito de supermercado sobre cemento. La maldita voz dice «¡Vamos!». El cielo se burla de mí y pasa de largo, luego un techo de yeso blanco. Unas puertas dobles se abren. «¡Quirófano 4!». Oscuridad.

Abro los ojos. Fauces abiertas de una serpiente, embistiéndome, riendo, hablando: ESTOY LLEGANDO... La serpiente trata de tragarse mi cabeza. No, no una serpiente: una máscara de oxígeno... Y NO PUEDES HACER NADA PARA IMPEDIRLO. Caigo hacia atrás en una oscuridad de máscara de gas.

Los ojos se despejan. Las manos arden, los pies arden, fuego por todas partes aunque estoy en medio de una ventisca. Un bosque alemán con un río cerca. Una mujer en la cresta de una colina con una ballesta. Siento como si me hubieran atravesado el corazón. Lo oigo sisear al rendirse. Intento hablar pero sólo emito un graznido y una enfermera me dice que descanse, que todo va bien, que todo va bien. Oscuridad.

Una voz flota sobre mí. «Duerma. Sólo duerma».

• • •

Después del accidente me hinché como un frankfurt recién asado. Mi piel se quebró para dar paso al desbordamiento de mi carne. Los doctores, con sus hambrientos escalpelos, aceleraron el proceso con unas pocas incisiones rápidas. El procedimiento se llama escarotomía y permite que el tejido inflamado se expanda. Es como si el ser secreto que llevas dentro se rebelase y finalmente se abriera camino hasta la superficie. Los doctores creyeron que al abrirme empezaban a curarme pero, de hecho, sólo liberaron al monstruo: una cosa hecha de carne dilatada y supurante.

Mientras que una quemadura leve produce una ampolla llena de líquido, quemaduras como las mías provocan una severa deshidratación. En mis primeras veinticuatro horas en el hospital, los médicos me administraron veintisiete litros de

líquido isotónico para contrarrestar la pérdida de fluidos corporales. El líquido supuraba por todo mi cuerpo casi tan rápido como me lo inyectaban, de modo que me convertí en algo similar a un desierto durante una repentina inundación.

Este intercambio demasiado rápido de fluidos provocó un desequilibrio en la química de mi cuerpo y el esfuerzo por estabilizarme hizo tambalearse a mi sistema inmunológico, un problema que se agravaría en las semanas siguientes, durante las cuales el mayor peligro era la muerte por una infección séptica. Una simple infección se puede llevar por delante rápidamente incluso a un quemado que haya evolucionado bien durante bastante tiempo tras su accidente. Precisamente cuando más falta hacen, las defensas del cuerpo apenas funcionan.

Mi exterior arrasado estaba recubierto por una capa sanguinolenta de tejidos carbonizados que se denomina escara, el Hiroshima del cuerpo. Igual que no se puede llamar edificio a un montón de bloques de cemento destrozados después de que haya detonado la bomba, después del accidente no se podía llamar «piel» a mi capa externa. Todo yo era un estado de emergencia y sobre mis restos sembraban ion de plata y crema de sulfadiazina. Sobre ello tendieron vendajes, que descansaban sobre la devastación.

Yo no me enteré de nada de esto, me lo contaron luego los médicos. En aquel momento yo yacía comatoso con una máquina midiendo el tenue metrónomo de mi corazón. Me administraban fluidos, electrolitos, antibióticos y morfina a través de una serie de tubos (sonda intravenosa, sonda de yeyunostomía, sonda endotraqueal, sonda nasogástrica, sonda vesical, ¡en verdad tenía un tubo para cada ocasión!). Una manta aislante mantenía mi cuerpo lo bastante caliente como para sobrevivir, un respirador me daba aliento y me hicieron tantas transfusiones de sangre que hasta Keith Richards se hubiera quedado asombrado.

Los médicos se deshicieron de mi yermo exterior desbridándome, rascando la carne quemada. Trajeron tanques de nitrógeno líquido que contenían piel de cadáveres recién cosechada. Las láminas se descongelaban en baldes de agua y luego se disponían ordenadamente sobre mi espalda y se fijaban con unas grapas. Así, como si fueran poniendo parches de césped nuevo en las áreas problemáticas de los patios traseros de sus residencias veraniegas, me envolvieron en piel de muertos. Aunque limpiaban mi cuerpo constantemente, rechazaba esas láminas de necro-carne; nunca he sido un buen jugador de equipo. Tras cada rechazo, me cubrían de nuevo con más piel de cadáveres.

Yo yacía, llevando piel de difuntos como armadura contra la muerte.

•••

Los primeros seis años de mi vida.

Mi padre se marchó antes de que yo naciera. Evidentemente era un charlatán encantador, rápido con la polla y todavía más rápido para marcharse. Mi madre,

abandonada por ese anónimo Lothario<sup>[1]</sup>, murió en el parto mientras yo venía al mundo deslizándome sobre un torrente de sangre. La enfermera que sostenía mi grasiento cuerpo de recién nacido resbaló en un charco de esa sangre cuando salía de la sala de partos, o eso me dijeron. La primera vez que mi abuela me vio yo estaba en brazos de una enfermera con un uniforme blanco manchado de rojo como si fuera una prueba del test de Rorschach.

Tampoco a mí me fue bien en el parto. Nunca me contaron exactamente qué sucedió, pero por algún motivo me abrieron el cuerpo desde el estómago hasta el pecho, dejándome una larga cicatriz, quizá obra de algún escalpelo errante mientras trataban de salvar a mi madre. Simplemente no lo sé. Al crecer yo la cicatriz mantuvo el mismo tamaño hasta que al final se convirtió en una marca de sólo unos pocos centímetros centrada en la parte izquierda de mi pecho, donde un romántico dibujaría el corazón.

Viví con mi abuela hasta los seis años. Era obvio que me guardaba rencor porque me consideraba la causa de la muerte de su hija. No creo que fuera mala persona, sino más bien que nunca esperó sobrevivir a su hija ni verse cargada, a esas alturas de su vida, con el cuidado de otro niño.

Mi abuela no me pegó, me alimentó bien y se encargó de que me pusieran todas las vacunas necesarias. Simplemente, yo no le gustaba. Murió durante uno de aquellos escasos días en que estábamos divirtiéndonos juntos, mientras me empujaba en los columpios. Subí hacia el cielo y estiré las piernas hacia el sol. Volví hacia la tierra esperando que me atrapara, pero pasé junto a su cuerpo doblado. Cuando al caer hacia adelante pasé de nuevo junto a ella, se había derrumbado y se sostenía con los codos apoyados en el suelo. Luego cayó de cara sobre el barro del patio. Corrí hasta una casa cercana para alertar a los adultos y luego esperé en los columpios hasta que, demasiado tarde, llegó la ambulancia. Cuando los enfermeros la levantaron, los corpulentos brazos de mi abuela colgaban como las alas de un murciélago muerto.

• • •

Desde el momento en que entré en el hospital dejé de ser una persona y me convertí en un historial. Después de pesarme, los médicos sacaron la calculadora para introducir la extensión de mis quemaduras y calcular las posibilidades que tenía de sobrevivir. No eran muchas.

¿Cómo lo hicieron? Como en cualquier cuento de hadas que se precie, hay una fórmula mágica, que en este caso se llamaba «la regla de los nueves». El porcentaje de quemaduras se determina y marca sobre un diagrama que se parece a un mapa vudú del cuerpo humano, dividido en secciones basadas en múltiplos de nueve. Los brazos «cuentan» como el 9% de la superficie total del cuerpo; la cabeza también es un 9%; cada pierna es un 18%, y el torso, por delante y por la espalda, vale un 36%. Por eso se llama «la regla de los nueves».

Por supuesto, hay otros factores que influyen al valorar una quemadura. La edad, por ejemplo, los muy ancianos y muy jóvenes tienen menos posibilidades de sobrevivir, pero si los jóvenes sobreviven, tienen una capacidad de regeneración mucho mayor. Bueno, así que tienen eso a favor. Está bien. También se debe considerar el tipo de quemadura: escaldaduras producidas por líquidos hirviendo, quemaduras eléctricas producidas por cables o quemaduras químicas, sean por ácido o alcalinos. De toda la carta, yo sólo pedí las quemaduras termales, las producidas por llamas.

¿Qué, puede que se pregunte, es lo que le pasa a la carne viva puesta al fuego? Las células están formadas básicamente por líquido, que puede hervir y hacer explotar las paredes de la célula. Eso no es bueno. Un segundo escenario es que las proteínas de las células se cocinen, igual que un huevo en una sartén, mudando su contenido de un líquido ligero a algo viscoso y blanco. Si sucede esto último, se detiene toda actividad metabólica en la célula. Así que aunque el calor no fuera suficiente para matar a la célula, la pérdida de la habilidad de absorber oxígeno asegura que el tejido muera pronto. Así que la elección está entre una capitulación lenta y una inmolación rápida.

• • •

Desaparecida la abuela, fui a vivir con Debi y Dwayne Michael Grace, unos tíos míos, la quintaesencia de la escoria, para los que supuse una molestia desde el momento en que aparecí. Lo que sí que les gustaba, sin embargo, eran los cheques que el gobierno enviaba para mi manutención. Con ellos podían seguir comprando drogas con más facilidad.

En mi época con los desgraciados Grace nos mudamos de un parque de caravanas a otro hasta que encontraron una fiesta que no cesaba en toda la noche y que se convirtió en un festival de metaanfetaminas que duró tres años. Estaban muy por delante de su tiempo: el cristal no era ni mucho menos tan popular en aquellos días como lo es hoy. Si no encontraban pipa en que fumarlo utilizaban una bombilla vaciada. A veces necesitaban tantas que vivíamos en la más completa oscuridad. Las drogas, sin embargo, parecían no faltar nunca. Los Grace, sonriendo como pianos rotos, le daban hasta el último céntimo que tenían al camello.

Uno de nuestros vecinos cambió el uso de su hija, unos pocos años más joven que yo, por su equivalente en drogas. En caso de que se lo pregunten, el valor en la calle de una niña de ocho años es de 35 dólares o, al menos, ése era cuando yo era niño. Cuando a la madre se le ponían ojos de salvaje y le empezaba el mono, la niña venía a llorar de miedo a mi pequeña habitación, anticipando otra inminente venta. Lo último que supe de la madre es que se desintoxicó, se libró de la adicción y encontró a Dios. Lo último que supe de la niña (ahora adulta) es que es una embarazada adicta a la heroína.

La mayor parte de mi infancia no fue agradable, pero nunca me subastaron sexualmente para que mis tutores pudieran chutarse. Sin embargo, eso no debería ser lo mejor que un hombre puede decir de su infancia.

La única forma de sobrevivir en aquel mundo de mierda era imaginar mundos mejores, así que leía cuanto caía en mis manos. Al principio de mi adolescencia pasaba tantas horas en la biblioteca que las bibliotecarias me traían bocadillos. Guardo un recuerdo feliz de aquellas mujeres, que me recomendaban libros y luego hablaban conmigo durante horas sobre lo que había aprendido.

Mi naturaleza compulsiva ya se reveló antes de que descubriera el deseo por las drogas que ocuparía mi vida adulta. Mi primera, y más duradera, adicción fue siempre el estudio obsesivo de cualquier materia que despertara mi curiosidad.

Aunque nunca me interesó mucho la escuela no fue porque creyera que la educación no era importante. Ni mucho menos: mi problema era que la escuela interfería siempre en cuestiones mucho más fascinantes. Los cursos estaban diseñados para transmitir información práctica pero, como aprehendía tan rápido los conceptos básicos de cada tema, perdía pronto el interés. Me distraían los conocimientos esotéricos que aparecían, por ejemplo, en una nota a pie de página de un libro o en el comentario casual de un profesor. Por ejemplo: si mi profesor de geometría mencionaba algo sobre que Galileo dio clases sobre la estructura física del Infierno, se me hacía imposible mantener el interés cuando continuaba hablando de los lados de un paralelogramo. Me saltaba las tres clases siguientes para ir a la biblioteca y leer todo lo que podía sobre Galileo y luego, cuando volvía a la escuela, en el examen de matemáticas no había ninguna pregunta sobre la Inquisición y me suspendían.

Conservo esta pasión por el aprendizaje autodidacta, como debería ser evidente después de la descripción que he hecho del tratamiento de las quemaduras. El tema tiene tal importancia personal para mí que me resultaría imposible no aprender tanto como pudiera sobre él. Y no basta con eso: la investigación sobre el monasterio de Engelthal, por razones que también se harán evidentes, también me ha ocupado muchas horas.

Aunque es cierto que fuera de la biblioteca he llevado una mala vida, dentro de ella siempre me he dedicado al conocimiento como un santo a su Biblia.

•••

Las quemaduras, según he aprendido, se evalúan también según cuantas capas de la piel están dañadas. Las quemaduras superficiales (de primer grado) sólo afectan a la epidermis, la capa superior. Las quemaduras de espesor parcial (segundo grado) afectan a la epidermis y a la segunda capa de la piel, la dermis. Las quemaduras profundas de espesor parcial son quemaduras de segundo grado especialmente graves. Y luego están las quemaduras de espesor total (tercer grado), que afectan a

todas las capas de la piel y dejan cicatrices permanentes.

Casos graves —como el mío— habitualmente presentan una mezcla de tipos de quemaduras porque no hay nadie girando el asador para asegurarse de que la pieza se cocine igual por todas partes. Por ejemplo, mi mano derecha está completamente intacta. Sufrió quemaduras superficiales y el único tratamiento que requirió fue una loción de manos que se puede comprar en cualquier farmacia.

Mis quemaduras de segundo grado están localizadas principalmente en las piernas por debajo de la rodilla y alrededor de mis nalgas. La piel se arrugó como las páginas de un manuscrito al fuego y tardó unos meses en curarse. Hoy la piel no está perfecta pero, diablos, tampoco está tan mal. Todavía me noto el culo al sentarme.

Las quemaduras de tercer grado son como el filete que tu viejo se olvidó en la barbacoa cuando se emborrachó. Estas quemaduras destruyen: el tejido al que afectan no se cura. La cicatriz es blanca o negra o roja; es una herida seca y dura, siempre sin vello porque los folículos se han asado. Por extraño que parezca las quemaduras de tercer grado son en algún sentido mejor que las de segundo grado: no duelen nada, porque las terminaciones nerviosas de la zona están todas fritas.

Las quemaduras en las manos, cabeza, cuello, pecho, orejas, cara, pies y región del perineo son especialmente delicadas. Éstas son las zonas que tienen porcentajes más altos en la regla de los nueve; un centímetro de cabeza quemada gana a un centímetro de espalda quemada. Por desgracia, éstas son las zonas donde se concentran mis quemaduras de tercer grado, así que al tirar los dados me salió un dos.

Hay cierto debate en la comunidad médica sobre si realmente existen las quemaduras de cuarto grado, pero los que avivan esa disputa son un grupo de médicos con buena salud que se reúnen en algún salón de conferencias y discuten sobre semántica. Si se acepta esa nomenclatura, las quemaduras de cuarto grado son las que se abren paso hasta huesos y tendones. Yo también tuve de éstas. Por si no bastara que los bajos del coche me cortaran los dedos del pie izquierdo, estas llamadas quemaduras de cuarto grado se llevaron tres dedos de mi pie derecho y un dedo y medio de la mano izquierda. Y ojalá ésas fueran todas las partes de mi cuerpo que consumieron.

Recordaré que me derramé bourbon sobre los pantalones momentos antes del accidente, de modo que difícilmente pude escoger un momento peor. En efecto, mi regazo estaba empapado con una sustancia acelerante que hizo que esa área ardiera todavía más fuerte. Mi pene era como una vela que emergía de mi cuerpo y como tal ardió, dejándome sólo una mecha calcinada donde antes estuvo el tronco. Era insalvable y me lo extirparon poco después de mi ingreso utilizando un procedimiento conocido como penectomía.

Cuando pregunté qué se había hecho con los restos de mi masculinidad, la enfermera me informó de que eran desechos médicos y como tales se habían tirado. Como si quisiera animarme, me explicó que los médicos habían conseguido salvar mis testículos y escroto. Supongo que quitármelo todo les debió parecer excesivo.

Los Grace murieron en una explosión de un laboratorio de metaanfetaminas nueve años después de que yo llegara a su caravana. No me sorprendió: ¿a alguien le parece buena idea que drogadictos cocinen sus propias drogas en un espacio cerrado con ingredientes que incluyen combustible, disolvente de pintura y alcohol puro?

No me entristecí particularmente. El día del funeral fui a hablar con las bibliotecarias sobre la biografía de Galileo Galilei que estaba leyendo pues, de hecho, mi profesor de geometría sí despertó mi interés por el científico.

Cualquier estudiante puede contarle que a Galileo lo persiguió la Inquisición, pero la verdadera historia de su vida es algo más compleja. Nunca pretendió ser un «mal» católico y cuando le ordenaron dejar de enseñar la idea del universo heliocéntrico, Galileo obedeció durante muchos años. Su hija Virginia entró en un convento bajo el adorable nombre de hermana María Celeste, mientras que su otra hija, Livia, también tomó los hábitos bajo el igualmente extraterrestre apelativo de hermana Arcángela. En todo esto hay algo poéticamente adecuado porque —aunque su nombre se usa hoy como ejemplo de la ciencia oprimida por la religión— en la vida de Galileo se hermanaron la religión y la ciencia. Se dice que Tommaso Caccini, un joven sacerdote dominico que fue el primero en denunciar que Galileo apoyaba la teoría copernicana, acabó el sermón en que le acusó con un versículo de los Hechos de los apóstoles: *Hombres de Galilea, ¿por qué miráis hacia el cielo?* Lo que Caccini no sospechaba, sin embargo, es que cuando Galileo miraba al cielo había las mismas posibilidades de que estuviera rezando que midiendo el movimiento de los astros.

A los veinticuatro años de edad Galileo presentó su candidatura a profesor en la universidad pronunciando dos clases sobre la física del *Inferno* de Dante. La mayoría de los pensadores modernos considerarían esa clase maravillosamente caprichosa, pero en tiempos de Galileo el estudio de la cosmografía de Dante era un tema candente. (No fue casualidad que las clases las pronunciara en la Academia de Florencia, la ciudad natal del poeta). Aquellas conferencias tuvieron un éxito enorme y ayudaron a Galileo a hacerse con el puesto de profesor de matemáticas en la Universidad de Pisa.

No fue hasta más adelante cuando Galileo comprendió que la postura que había defendido en aquellas clases era incorrecta y que su punto de vista de que la estructura cónica del Infierno era indiferente a su escala —es decir, que podía aumentar de tamaño sin perder integridad ni consistencia— no era cierto. Si el Infierno realmente existía en el interior de la Tierra, la inmensidad de tal oquedad provocaría que su techo (la corteza terrestre) se hundiera a menos que las paredes del Infierno fueran mucho más anchas de lo que había imaginado originalmente. Así que Galileo se puso a trabajar en la naturaleza de las escalas y, en la última parte de su vida, publicó sus descubrimientos en su *Diálogo sobre dos nuevas ciencias*, un libro



cuyos principios contribuyeron a crear la física moderna, una ciencia que existe gracias, en parte, a que Galileo se dio cuenta de que había cometido un error en su aplicación de las leyes de la naturaleza a un lugar sobrenatural.

Pero si el Infierno fuera un lugar real, estoy casi seguro de que Debi y Dwayne Michael Grace estarían allí ahora.

• • •

Permanecí inconsciente casi siete semanas, envuelto en mi saco de dormir de carne muerta. Fue la conmoción lo que produjo el coma, pero luego los doctores decidieron alargarlo mediante medicamentos para facilitar mi curación.

No tuve que lidiar conscientemente con el colapso de mi sistema circulatorio ni preocuparme de los daños renales. No me enteré de que mis intestinos se cerraron. No supe nada de las úlceras que me hacían vomitar sangre ni de cómo las enfermeras tenían que esforzarse para que no me asfixiara mientras eso sucedía. No me inquieté por las infecciones que podían producirse tras cada cirugía de emergencia o injerto de piel. No me notificaron que mis folículos capilares estaban calcinados ni que mis glándulas sudoríferas estaban destruidas. No estuve despierto cuando succionaron el hollín de mis pulmones, un tratamiento que, por cierto, recibe el nombre de «limpieza pulmonar».

Por si mis amputaciones no fueran bastante, tenía la pierna derecha rota por varias partes. Después de estabilizarme, me operaron para reconstruir mi fémur destrozado y mi maltrecha rodilla. Mis cuerdas vocales sufrieron graves daños a consecuencia de la inhalación de humo y se me realizó una traqueotomía para que mi laringe pudiera curarse sin la irritación que produciría un tubo presionándola. Mantenerme con vida era más importante que una voz bonita o poder caminar sin cojera.

Durante el coma no se pudo evitar que se me atrofiaran los músculos. Por un lado estaba mi inmovilidad y por otro que, con grandes porciones de piel erradicadas, mi cuerpo se alimentaba de sí mismo. Consumía las proteínas que tenía a mano y gastaba una cantidad enorme de energía sólo esforzándose por mantener una temperatura constante. La manta aislante no bastaba, así que mi cuerpo dejó de llevar sangre a las extremidades. Lo que le preocupa al cuerpo es el centro, y a las afueras que les den. Literalmente, me convertí en un parásito de mí mismo. Dejé de producir orina y me volví tóxico. Conforme mi cuerpo se contraía, mi corazón se expandía, no por amor, sino por estrés.

Estaba cubierto de gusanos, un tratamiento que se había usado con frecuencia en el pasado y que recientemente ha vuelto a ponerse de moda entre los médicos. Los bichos se comían la carne con necrosis, engordando con mis ruinas, y dejaban la carne viva intacta. Los doctores me cosieron los párpados para protegerme los ojos y si alguien se hubiera molestado en ponerme una moneda sobre cada uno el cuadro habría quedado completo.

• • •

Sólo conservo un recuerdo feliz de mi época con los Grace: feliz, aunque marcado por un suceso de lo más curioso.

La exhibición aérea se celebró un día caluroso de mediados de agosto en un aeródromo cercano. Los aviones no me interesaban, pero sí los paracaidistas acrobáticos, con sus paracaídas abiertos a los cielos y las estelas de humo de colores que dejaban tras de sí. La caída del cielo a la tierra, un picado como el de Hefesto amortiguado solamente por flameantes ondulaciones de seda, me parecía un milagro. Los paracaidistas tiraban de sus palancas mágicas dando vueltas alrededor de enormes dianas dibujadas sobre el suelo, acertando siempre su objetivo justo en el centro. Fue lo más asombroso que había visto nunca.

En un momento dado, una mujer asiática se puso detrás de mí. La sentí antes de verla; era como si mi piel se hubiera sobresaltado por su mera presencia. Cuando me di la vuelta, allí estaba, en pie con su pequeña sonrisa. Yo era joven y no tenía ni idea de si era china, japonesa o vietnamita; sólo que su piel y ojos eran orientales y que apenas era tan alta como yo, que sólo tenía diez años. Llevaba un hábito oscuro de un tejido sencillo que me hizo pensar que debía pertenecer a alguna orden religiosa. Su vestimenta estaba totalmente fuera de lo normal, pero nadie le prestaba atención, e iba completamente rapada.

Quería concentrarme en los paracaidistas, pero no pude. No con ella tras de mí. Pasaron unos instantes durante los que intenté no volver a mirarla, pero no pude contenerme. Todos los demás tenían la cara vuelta hacia el cielo, pero ella me estaba mirando directamente a mí.

—¿Qué es lo que quieres? —Mi voz fue firme. Simplemente quería una respuesta. Continuó sonriendo y no dijo nada—. ¿No puedes hablar? —pregunté.

Negó con la cabeza y me entregó una nota. Dudé antes de aceptar el papel.

Decía: *¿No te has preguntado nunca de dónde viene realmente tu cicatriz?*

Cuando levanté la vista de la nota, la mujer había desaparecido. Todo lo que vi fue la multitud mirando al cielo.

Volví a leer la nota, pues no podía creer que conociera mi imperfección. Estaba en el pecho, oculta bajo mi camisa, y yo estaba seguro de que no había visto a aquella mujer en mi vida. Pero incluso en el improbable caso de que hubiera olvidado un encuentro anterior con una pequeña mujer asiática vestida con un hábito, era imposible que le hubiera enseñado mi cicatriz.

Empecé a moverme entre la gente, buscando algún rastro de la joven —un hábito escurriéndose entre la masa, un cogote rapado— pero no vi nada.

Me guardé la nota en el bolsillo, aunque la saqué unas cuantas veces durante el día para asegurarme de que era real. Dwayne Michael Grace debió sentirse especialmente generoso, porque me compró algodón de azúcar en un quiosco. Luego

Debi me abrazó, casi como si fuéramos una familia. Después del espectáculo asistimos a una bonita exhibición de lámparas de papel flotando en un río cercano, un espectáculo bastante bonito, diferente a todo lo que había visto.

Cuando llegamos a casa, bastante tarde, la nota había desaparecido de mi bolsillo a pesar de que había sido extremadamente cuidadoso.

• • •

Durante el coma, soñé sin parar. Las imágenes se superponían unas a otras, compitiendo por la pista central del circo.

Soñé con una granjera que calentaba el agua de una bañera. Soñé con la sangre del útero de mi madre. Soñé con los brazos flácidos de mi moribunda abuela empujándome hacia el cielo azul. Soñé con templos budistas a orillas de ríos fríos y rápidos. Soñé con la niña a la que sus padres vendieron por drogas. Soñé con el macabro horno que fue mi coche. Soñé con un *drakar* vikingo. Soñé con el yunque de un herrero. Soñé con las manos de un escultor tallando furiosamente la piedra. Soñé con flechas ígneas cayendo desde el cielo, soñé con una lluvia de fuego. Soñé con cristal explotando por todas partes. Soñé con un ángel que deliraba sumergido en agua helada.

Pero sobre todo soñé con gárgolas esperando nacer.

• • •

Fue después del incidente en el aeródromo cuando acariciarme la cicatriz de nacimiento de mi pecho se convirtió en un hábito. Nunca me daba cuenta de que lo estaba haciendo, pero otros sí. Dwayne lo odiaba y me quitaba la mano del pecho de una palmada y me gritaba «deja de hacer el idiota». Luego se iba a fumar más droga, lo que hacía difícil tomarse su admonición en serio.

Cuando Dwayne y Debi murieron perdí los últimos parientes que me quedaban — por parte de madre, al menos; por parte de padre nunca hubo más que un interrogante —. Me colocaron en un centro de acogida de menores llamado «La casa de la Segunda Oportunidad» que hizo que me preguntara cuándo me habían dado la primera. Fue en Segunda Oportunidad donde recibí la mayor parte de mi educación patrocinada por el gobierno. Fui a las clases del instituto de forma regular, a pesar de que parecían aburridas, y aprendí los rudimentos de las matemáticas y la ciencia. Todas mis horas en la biblioteca no fueron en vano. Mucho antes de que nadie tratara de enseñarme nada, yo ya había aprendido a aprender.

Con la ayuda de otros chicos de Segunda Oportunidad pronto descubrí toda una serie de drogas con las que experimentar. Aunque no me gustaba el cristal me intrigaban la marihuana y el hachís. De hecho, mi tío y mi tía ya me habían animado a probar esas sustancias pues, incapaces de comprender que alguien pudiera sobrevivir sin ayuda química, trataban de protegerme de las drogas más fuertes

ofreciéndome las blandas.

Descubrí un tercer pasatiempo con el que complementar las bibliotecas y los narcóticos: el milagro de la gimnasia de cama. Empecé intercambiando mamadas con mi nuevo mejor amigo, Eddie. Es lo típico de los adolescentes: uno le dice al otro que no se atreve a chuparla y cuando lo hace le llama marica. La noche siguiente, lo mismo. Me gustó el sexo, pero la homosexualidad no era lo mío, de modo que pronto pasé a algunas de las residentes femeninas. En particular a una chica llamada Chastity, que ignoraba por completo el significado de su nombre. Ignoraba, de hecho, muchas cosas. La primera vez que oyó la expresión «sexo oral» pensó que tenía que ver con el oído. Sexo sonoro, supongo que pensó.

Para cuando cumplí los diecisiete ya había pasado a satisfacer mi curiosidad sexual con una de las tutoras. Ser funcionaria del gobierno tenía algunas ventajas. Sarah era un caso de libro de adulta con problemas: una alcohólica de treinta y tantos con un marido infiel y una crisis de los cuarenta temprana. Yo le daba consuelo y emoción y ella me daba sexo. No iba mal que mi belleza, que hasta entonces se había limitado a una bonita cara rolliza, hubiera florecido. En mis pómulos se habían formado ángulos marcados, se me había rizado el pelo con gracia y mi cuerpo se había musculado elegantemente.

Cuando, a los dieciocho, llegó el momento de licenciarme, había adquirido dos habilidades. Una era fumar drogas, la otra follarme a mi tutora. Necesitaba que una de las dos me sirviera para conseguir techo y comida. No parecía que consumir drogas fuera un trabajo bien pagado, pero sí resultó fácil encontrar un empleo posando desnudo por cincuenta dólares, pues en el mundo sobran hombres de mediana edad dispuestos a pagar a jóvenes para que se desnuden en sus salas de estar. Yo no hacía ningún juicio moral sobre ello: estaba demasiado ocupado calculando cuántas hamburguesas podría comprarme con cincuenta dólares. De ahí pasé a cobrar ciento cincuenta dólares por fotografías que incluyeran actividad sexual y —puesto que ya estás posando para las fotos— era de sentido común duplicar o triplicar las ganancias actuando en vídeos. Además, ¿quién no quiere ser una estrella de cine? Cada rodaje llevaba, como máximo, un par de días y la mayor parte de las veces sólo unas pocas horas. Y, de una forma tan simple como ésta, empezó mi carrera en el porno. Era mucho dinero para un chaval de dieciocho años sin ninguna otra habilidad.

## II

**O**bservé la luz esparcirse por el interior de mis párpados y me desperté con la serpiente remontando lentamente mi columna vertebral, tragándosela con sus mandíbulas desencajadas. Oía el flic flic flic de su lengua siseando ESTOY LLEGANDO Y NO PUEDES HACER NADA PARA IMPEDIRLO. La voz era femenina —por eso sé que era hembra— y acariciaba con la lengua cada una de las vértebras conforme buscaba el camino hacia la cima de mi columna. Cuando llegó, lamió la cavidad de la base del cráneo y luego se retorció unas cuantas veces para hacerme saber que había anidado ahí. Sus escamas hacían que me escocieran los órganos y cuando movía la cola me golpeaba el hígado.

Yacía sobre un colchón de aire que reducía las rozaduras y facilitaba la curación; los vendajes ondeaban ligeramente con el aire ascendente. A cada lado de la cama había una barandilla, pintada de blanco como huesos lavados con lejía, para evitar que me cayera o intentara levantarme. A esa cama la llamaba la tripa del esqueleto y yo yacía entre el viento que pasaba entre sus costillas, mientras sus mismos huesos impedían que me marchase a otro cementerio.

Para cuando me desperté me habían retirado el respirador pero todavía tenía tantos tubos saliéndome del cuerpo que parecía un acerico con forma de muñeco. Estos tubos daban vueltas a mi alrededor, por todas partes, y pensé en Minos presidiendo la entrada del Infierno, dirigiendo a los pecadores a su destino final envolviéndolos con su cola. Cada vuelta de la cola era un círculo inferior en el Infierno. Así que conté mis adorables tubos, por simple curiosidad: ¿a qué profundidad iba a enviarme el pavoroso examinador de culpas y pecados?

•••

La enfermera pareció alegrarse de encontrarme despierto. «La doctora Edwards modificó su medicación para sacarle del coma. Voy a llamarla».

Intenté hablar pero era como si alguien me hubiera metido a presión una botella de Coca-Cola por la garganta y luego la hubiera hecho estallar en pedazos; donde antes estaban mis cuerdas vocales sentía los trozos de vidrio. La enfermera me pidió silencio con un gesto y contestó las preguntas que sabía que le habría hecho si hubiera podido. Estaba en un hospital, en la unidad de quemados, me dijo. Había sufrido un accidente. Había tenido mucha suerte. Los médicos habían trabajado muy duro en mi caso. Etcétera, etcétera, etcétera. Al fin pude obligarme a farfullar: «¿Cuánto... tiempo?».

—Casi dos meses.

Me concedió una sonrisa compasiva y dio media vuelta sobre sus talones para ir a buscar a la doctora.

Examiné las costillas del esqueleto. En unos pocos lugares la pintura blanca

brillante había sido rascada por dedos inquietos. Por supuesto, habían vuelto a pintar encima, pero todavía se podían ver las hendiduras. Mis pensamientos empezaron a vagar a lo largo de las capas de pintura. *¿Cada cuánto pintan estas camas? ¿Las pintan para cada paciente nuevo? ¿Para cada seis, cada doce? ¿Cuántos han yacido aquí antes que yo?*

Quise llorar pero el fuego había sellado mis conductos lacrimales.

• • •

No tenía mucho más que hacer que perder y recuperar la conciencia. La morfina caía gota a gota y la serpiente habitaba cada centímetro de mi columna, lacerando la base de mi cráneo con su diabólica lengua. Gota a gota goteaban las medicinas, siseando hablaba la serpiente. Los sibilantes sermones de la serpiente que discursaba sobre el estado de mi espíritu pecador no cesaban. En el recibidor retumbaban y resonaban las pisadas de mil personas que venían a presentar sus respetos a los moribundos. Las habitaciones reverberaban con el ruido de los culebrones. Familias angustiadas susurraban sobre lo peor que podía pasar.

No podía comprender la gravedad de mi situación y me preguntaba cosas como cuándo podría volver a trabajar en mi productora o cuánto me costaría la estancia en el hospital. Todavía no había comprendido que era posible que no pudiera volver a trabajar nunca y que la estancia iba a costarme todo lo que tenía. Fue durante las semanas siguientes, conforme los doctores fueron explicándome los horripilantes detalles de lo que le había sucedido y le iba a suceder a mi cuerpo, cuando empecé a entender cómo estaban las cosas.

La inflamación de mi cuerpo había bajado y mi cabeza se había encogido hasta recobrar unas proporciones casi humanas. Al acariciarlo con la mano sana, sentía que mi rostro había quedado rugoso. Me mantenían elevadas las piernas, atadas a unos soportes, y estaba envuelto en vendajes ajustados que me restringían los movimientos para que no pudiera rascarme los injertos. Miré el naufragio que era mi pierna derecha y vi un asombroso número de agujas clavadas en mi carne. A los quemados no pueden ponerles escayolas de fibra de vidrio —son demasiado irritantes—, así que crecían de mí arañas mecánicas.

Había tres enfermeras principales en el pabellón de quemados: Connie, Maddy y Beth. No sólo se encargaban de los tratamientos físicos sino que también proporcionaban discursos para que no decayera mi ánimo, diciéndome que ellas creían en mí, de modo que yo también debía creer en mí mismo. Estoy seguro de que Connie se creía la basura que me soltaba, pero sentía que Maddy y Beth eran más como verduleras que le decían «Que tenga un buen día» al cliente. Cada una hacía un turno de ocho horas, juntas cubrían todo el día. Beth trabajaba por las tardes y era responsable de mi masaje diario, estirando suavemente de mis articulaciones y masajeándome los músculos. Incluso esas modestas manipulaciones me provocaban

un dolor intenso que se abría paso a través de toda la morfina.

—Si no hacemos esto la piel se tensará y no podrás mover las articulaciones en absoluto. Lo hemos estado haciendo todo el tiempo mientras estabas en coma.

Sus explicaciones no hacían que doliera menos.

—Es importante cuidar las contracturas. Si pudieras verte los dedos de los pies que te quedan podrías ver las tablillas que llevan. ¿Puedes empujar contra mi mano?

Traté de empujar, pero no noté si lo había logrado o no. La sensación —o, mejor dicho, la falta de sensaciones— era simplemente demasiado confusa. Ya no podía determinar dónde terminaba mi cuerpo.

La doctora Nan Edwards, mi médico principal y directora del pabellón de quemados, me explicó que me había operado regularmente durante mi coma, extirpando la piel dañada y envolviéndome en injertos. Además de los injertos alogénicos (de piel de cadáveres humanos), me había hecho autoinjertos utilizando piel de áreas no dañadas de mi cuerpo, e injertos xenogénicos, de piel de cerdo. Uno no puede evitar preguntarse si musulmanes o judíos recibían el mismo tratamiento.

—Lo cierto es que ha sido muy peligroso, pues tenía daños muy graves en los pulmones. Tuvimos que subir constantemente el nivel de oxígeno de su respirador, lo que nunca es buena señal —dijo la doctora Edwards—. Pero lo logró. Debe de esperarle algo muy bueno en el futuro.

Qué idiota. Yo no había luchado por mi vida. No me había dado cuenta de que estaba en coma y ciertamente no había hecho el menor esfuerzo para salir de él. Ni una sola vez cuando estaba en la oscuridad tuve la ocurrencia de que tenía que volver al mundo.

La doctora Edwards dijo:

—Si no hubiera sido por los avances en el tratamiento a quemados que se hicieron durante la guerra de Vietnam...

Dejó de hablar, como si fuera mejor que yo terminara la frase y comprendiera lo afortunado que era de vivir en la época en que vivía.

Cómo me hubiera gustado haber recuperado mi voz. Le hubiera dicho que ojalá todo aquello me hubiera sucedido en el siglo XIV, cuando no hubiera habido la menor esperanza de que sobreviviera.

• • •

Empecé mi carrera como actor porno especializándome en sexo heterosexual con varias mujeres en un corto período de tiempo sin perder nunca la erección. Pero, por favor, no me imagine como una persona unidimensional; como artista, siempre andaba en busca de nuevos desafíos. A base de concienzudos ensayos aumenté mi cartera de prestaciones, que acabó incluyendo cunniligus, beso negro, tríos, cuartetos y demás orgías. La homosexualidad no era lo mío, aunque siempre admiré a los hombres que podían penetrar en cualquier dirección. No me interesaba

particularmente el sadomasoquismo aunque sí que hice algunas películas con ligeros motivos de *bondage*. No estaba dispuesto a participar en ninguna película que promoviera inclinaciones pedófilas, que me parecen espantosas, aunque debo confesar que Humbert Humbert me hace reír. Me abstenia estrictamente de la escatología, pues en ningún recodo de mi psique albergaba el deseo de cagar sobre alguien y mucho menos de que se cagasen sobre mí. Y si se quiere decir que soy un esnob por no participar en películas que impliquen sexo con animales, pues bien, soy un esnob.

• • •

Yacía en mi cama, intensamente consciente de mi respiración. En comparación con cómo respiraba antes del accidente era tan... ¿qué palabra la describe mejor? «Trabajosa» no acaba de explicarlo. «Opresiva» es mejor y es lo más que puedo acercarme a definirla. Mi opresiva respiración se debía en parte a los daños que había sufrido en el rostro, en parte a los tubos que bajaban por mi garganta y en parte a mi máscara de vendajes. A veces imaginaba que el aire temía entrar en mi cuerpo.

Miré bajo los vendajes de mi cuerpo, curioso por saber qué quedaba de mí. La marca de nacimiento que llevaba toda mi vida sobre mi corazón ya no estaba sola. De hecho, me costó encontrarla, pues se camuflaba a la perfección en el caos nudoso en que se había convertido mi pecho. Cada día una procesión de enfermeras, doctores y terapeutas entraban en mi habitación para obsequiarme con sus ungüentos y pomadas y masajear el paisaje rojo Pompeya de mi piel. «Los estiramientos pasivos —me decían— son muy importantes». *Los estiramientos pasivos, pensaba yo, son un infierno.*

Llamaba al timbre de las enfermeras constantemente, suplicándoles más morfina para saciar a la serpiente, sólo para oír cómo me contestaban que todavía no tocaba. Exigía, mendigaba, negociaba y lloraba; ellas insistían —que las jodan— que hacían lo que era mejor para mí. Demasiada medicación impediría que mis órganos funcionasen correctamente. Demasiada medicación me crearía adicción. Demasiada medicación haría que, de alguna manera, las cosas fueran a peor.

Dentro de mí vivía una serpiente. Yo estaba encerrado en el costillar de un esqueleto. La guerra de Vietnam, por lo visto, había tenido lugar para mí. Había perdido dedos de manos y pies y hacía poco que me habían dicho que aunque los médicos podían llevar a cabo una faloplastia para reconstruir mi pene sacando tejido de un brazo o una pierna, nunca más volvería a tener una erección.

*¿Cómo exactamente, me preguntaba yo, puede más morfina empeorar las cosas?*

• • •

Cuando las enfermeras se cansaron de mis súplicas por más droga, me dijeron que me enviaban un psiquiatra. La bata azul que llevaba sobre la ropa, para protección de los



pacientes quemados, le iba justa y podía oír cómo rozaba contra sus pantalones de pana cuando caminaba. Tenía una calva cupular, lucía una perilla mal cuidada para tratar de ocultar su mentón partido y sus mejillas sonrosadas delataban que obtenía todos sus alimentos de máquinas expendedoras. Su equivalente en el reino animal hubiera sido una ardilla listada con un problema glandular. Extendió la zarpa como si fuera mi nuevo mejor amigo.

—Soy Gregor Hnatiuk.

—No, gracias.

Gregor sonrió de oreja a oreja.

—¿No me vas a dar ni una oportunidad?

Le dije que escribiera lo que quisiera en la hoja de evaluación y que fingiéramos que yo me había esforzado. En condiciones normales me hubiera divertido un rato con él —le hubiera dicho que me habían dado el pecho durante demasiado tiempo y echaba de menos a mi madre, o que había sido abducido por extraterrestres— pero mi garganta no soportaba el esfuerzo de pronunciar tantas palabras seguidas. Aun así, conseguí transmitirle que no tenía el menor interés en ningún tratamiento que pudiera ofrecerme.

Gregor se sentó y se colocó la carpeta como un estudiante que trata de ocultar una erección. Me aseguró que sólo quería ayudarme y luego usó los dedos para entrecomillar el hecho de que no estaba allí para «meterse» en mi cabeza. De niño, los abusos del barrio debían de pegarle todos los días.

Conseguí pronunciar unas palabras definitivas: «Más calmantes». Me dijo que no podía dármelos, así que le dije que se fuera. Me dijo que no tenía que hablar si no quería, pero que me enseñaría algunos métodos de visualización creativa para enfrentarme al dolor. Me tomé al pie de la letra su sugerencia y visualicé creativamente que se marchaba.

—Cierra los ojos y piensa en un lugar al que quieras ir —dijo—. Ese lugar puede ser un recuerdo o un destino al que quieras viajar en el futuro. Cualquier lugar que te haga feliz.

Dios mío.

• • •

La doctora Edwards me advirtió que la primera vez que estuviera consciente durante una sesión de desbridamiento el dolor sería tan intenso que la morfina no podría aliviarlo, ni siquiera aumentando la dosis. Lo único que oí fue «aumento de dosis» y, aunque nadie pudo verla bajo los vendajes, una sonrisa asomó a mi rostro.

La droga extra empezó a hacer efecto poco antes de que me movieran y estaba flotando en un viaje perfecto cuando oí acercarse por el pasillo los pasos cortos de la doctora, calzada con zapatos cómodos.

La doctora Edwards era, en todos los sentidos, normal. Ni guapa ni fea, podía

arreglarse la cara para estar adecuadamente agradable, pero rara vez se molestaba en hacerlo. Podría haberle dado más volumen a su pelo si se lo hubiera cepillado cada mañana, pero solía limitarse a recogerse por detrás; quizá por motivos prácticos, pues es poco recomendable que un mechón suelto caiga sobre la herida de un quemado. Tenía un ligero sobrepeso y, puestos a adivinar, uno diría que había llegado a un punto en que simplemente se había cansado de contar calorías. Parecía como si se hubiera crecido en su normalidad y la hubiera aceptado, o quizá había decidido que, al trabajar entre supervivientes de quemaduras, demasiada atención a su apariencia podría considerarse un insulto.

La doctora Edwards hizo un gesto al ordenanza que había traído consigo, un tiarrón rubio cuyos músculos se tensaron cuando se estiró para alcanzarme. Juntos me trasladaron de mi cama a una camilla. Chillé como un cerdo atrapado, aprendiendo en un instante lo mucho que mi cuerpo se había acomodado a la inmovilidad.

La unidad de quemados suele estar en el ala más remota de un hospital porque las víctimas son tan susceptibles a infecciones que deben mantenerse alejadas de los demás pacientes. Más importante todavía, quizá, es que esa ubicación minimiza el riesgo de que un visitante se tope con un humano hecho al horno. No pude evitar darme cuenta de que la sala de desbridamiento era la habitación más remota de aquella remota ala. Para cuando la sesión hubo terminado, comprendí que era para que los demás pacientes de quemados no oyeran los gritos.

El ordenanza me estiró en una mesa de acero inclinada sobre la que fluía agua tibia en la que había medicinas mezcladas para equilibrar la química de mi cuerpo. La doctora Edwards me retiró los vendajes y dejó al descubierto la sangrienta pulpa que era mi cuerpo. Uno a uno, los fue dejando caer en un cubo de metal. El golpe que hacían al caer resonaba en toda la habitación. Al limpiarme, había asco en la curvatura de los extremos de sus labios y tristeza en las yemas de sus dedos. El agua que fluía empezó a teñirse de rosa. Luego rosa oscuro, rojo claro, rojo oscuro. El agua sucia se arremolinaba alrededor de mis pedazos de carne, que parecían las entrañas de un pez descartadas por un pescadero.

Y todo eso fue sólo el preludeo.

El desbridamiento es el desguace de una persona, el cortar tanto como puede soportarse. Técnicamente, consiste en la extirpación del tejido muerto o contaminado de una herida de modo que ese espacio pueda ser ocupado por piel sana. El término procede del sustantivo francés *debridement*. Es sencillo deducir su etimología: la extirpación del tejido contaminado del cuerpo —la eliminación de la materia que lo constriñe— evoca la imagen de quitarle la brida a un caballo, pues la brida en sí es una constricción. La persona desbridada debe ser liberada de aquello que la contamina, por así decirlo.

Los daños afectaban a un área tan grande de mi piel que extirpar el tejido putrefacto significaba más o menos rascarlo todo. Mi sangre salpicaba a la doctora Edwards, dejando latigazos de rojo en la pechera de su bata mientras ella usaba un

aparato afilado para cortar la dermis de mi cuerpo de forma similar a como un pelador de vegetales le quita la piel a una verdura.

La doctora Edwards hizo... no, eso es demasiado formal. La situación creó entre nosotros más intimidación que la que existe entre amantes más crueles, así que ¿por qué no llamarla por su nombre? Nan hizo largas y profundas pasadas por mi espalda. Yo oía el ruido de la cuchilla al deslizarse por mi cuerpo, cortando la piel. La única forma que Nan tenía de saber si había alcanzado tejido sano era llegar a cortarlo. Si yo gritaba de dolor, es que había escarbado lo bastante hondo como para encontrar terminales nerviosos activos. Como Blake escribió en *El matrimonio del Cielo y el Infierno*: «Nunca sabes cuánto es suficiente hasta que sabes cuánto es más que suficiente».

Nan depositaba las finas capas de mi carne en el mismo cubo de metal en el que había tirado mis vendajes sucios. Era como verme desaparecer a mí mismo, el tejido de mi existencia recortado unos pocos milímetros cada vez. El dolor, mezclado con la morfina, hacía que aparecieran en mi mente las imágenes más curiosas: el senador Joe McCarthy gritando «Antes muerto que rojo»; un carpintero montando las cruces en las que se clavaría a los crucificados; una disección en la clase de biología con escalpelos de octavo abriendo estómagos de ranas.

Una vez acabado de desbridar había que cubrir las partes de mi cuerpo expuestas con injertos, fueran de cadáver o de cerdo. Nunca me importó demasiado porque mi cuerpo los rechazaba todos por igual. Era de esperar, pues se suponía que no debían ser permanentes. Se ponían sólo para evitar infecciones.

Durante mi estancia en el hospital me arrancaron la piel a tiras una y otra vez. En muchos sentidos el desbridamiento es más sobrecogedor que las quemaduras originales porque, a diferencia del accidente, sabía cuándo iba a suceder. Desde la tripa del esqueleto temía cada futuro corte de la hoja y lo anticipaba cientos de veces en mi imaginación.

El dispensador de morfina era autorregulable —para darme el «control», me dijeron— y yo apretaba el botón con furia. Pero había un bloqueo al llegar a cierta cantidad máxima de modo que no podía administrarme una sobredosis: vaya control más miserable.

•••

A los veintitrés años había actuado en más de cien películas porno de diversa calidad. La mayoría de las primeras eran primitivas, pero hay unas cuantas, de los últimos años, que considero sinceramente buenos trabajos.

La pornografía es como cualquier otra carrera profesional: empiezas con empresas pequeñas pero, conforme mejora tu currículum, vas ascendiendo. Al principio trabajaba con directores que eran poco más que amateurs pero, de todas formas, también yo lo era, pues no había comprendido todavía que el sexo, cinematográfico o

no, no era simplemente taladrar hasta el orgasmo.

Aprendí el sexo igual que todo el mundo: practicando. Por una vez las bibliotecas no me sirvieron de nada. La práctica, no la teoría, me enseñó que un actor que llega demasiado pronto al clímax decepciona al espectador y también que no se puede follar indefinidamente sin hacerse aburrido, de modo que había que alcanzar un punto de equilibrio. Igualmente aprendí que no hay ningún conjunto de maniobras estándar y que los ajustes necesarios sólo se pueden realizar de forma adecuada si se atiende a las órdenes del otro cuerpo.

No quiero fanfarronear, pero el aumento de mi destreza fue admirable. Otros se dieron cuenta: creció la demanda de mis servicios, mis directores tenían mejor reputación, las mujeres con las que trabajaba más talento y se me pagaba más. Mi fama, por mis actuaciones y mi dedicación, se extendió entre los consumidores y entre la gente de la industria.

Al final ya no me satisfacía trabajar sólo a un lado de la cámara y pedí responsabilidades en la producción. Los equipos, siempre desbordados de trabajo, me recibieron con los brazos abiertos; yo les ayudaba colocando las luces y preguntaba a los cámaras cómo sabían dónde iban a caer las sombras. Observaba cómo los directores preparaban la escena y, llegados a este punto, ya había actuado bastantes veces como para ofrecer de vez en cuando alguna buena sugerencia. Si el productor tenía problemas —una actriz cancelaba su aparición en el último momento o se rompía una cámara—, yo tenía tantos amigos dentro de la industria que habitualmente podía solucionarlo con unas pocas llamadas.

No pasó mucho tiempo antes de que asumiera también el papel de guionista, al menos hasta el punto donde uno puede decir que una película porno tiene guión. El guionista puede detallar una situación pero, cuando llega el momento de la acción, lo único que puede hacer es insertar «aquí escena de sexo». Cada actriz hace una serie de cosas distintas: algunas se niegan a practicar sexo anal, otras rechazan escenas lesbianas, y así infinitas variables, y puesto que nunca sabes seguro qué actriz va a hacer qué escena, no se puede entrar en detalles. La decisión final se toma siempre en el rodaje.

A pesar de una adicción a las drogas tan fuerte que mosquitos blancos gigantes venían a hacerme visitas a primera hora de la mañana, no era un joven desprovisto de inteligencia. Era consciente de las ventajas financieras del porno —no importaba cómo fuera la economía, siempre había mercado— pero había mucho más. Me gustaba escribir y actuar y consideraba mi trabajo como una manera de satisfacer mis impulsos artísticos tanto, o más, que como un mero acto de comercio. Después de dirigir unas pocas películas, deduje que donde había dinero de verdad no era en actuar en películas de otros, sino en conseguir que otros actuaran en mis películas. Así que fundé mi propia productora siendo todavía relativamente joven y me convertí en un «ejecutivo de éxito del mundo del cine con ingresos substanciosos».

He descubierto que a veces es mejor presentarme así que como pornógrafo.

Naturalmente, yo no era la única víctima de la unidad de quemados. Otros sufridores iban y venían. Algunos terminaron su tratamiento y se marcharon. Otros murieron. Un ejemplo: una paciente era Thérèse, una niña preciosa con cabello rubio y ojos color zafiro.

A simple vista no se diría que Thérèse hubiera sufrido quemaduras, pues los daños que había padecido eran internos. Thérèse había tenido una reacción alérgica —no muy diferente a un incendio químico en sus pulmones— a los antibióticos que le recetaron para aliviar sus ataques de asma. Oí cómo un médico se lo explicaba a un interno: «Fue como si hubiera inspirado una enorme dosis de agente naranja».

La madre de Thérèse, vestida con una bata verde oscuro que la identificaba como visitante, trajo muchos ramos enormes de flores artificiales. (Las flores de verdad, portadoras de docenas de bacterias, podrían causarnos la muerte). La madre era muy devota y no paraba de decirle a la niña que todo lo que ocurría en la Tierra era parte del Gran Plan de Dios. «No podemos saber por qué suceden las cosas, sólo que Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. Sus razones son siempre justas, aunque a veces no podamos comprenderlas». Personalmente, creo que es una mala idea decirle a una niña de siete años que el fantástico plan de Dios consiste en incinerarle los pulmones.

Howard era otro paciente del pabellón. Se quemó mucho antes de que yo llegara, en un incendio en su casa cuando su abuela, enferma de Alzheimer, se durmió con un cigarrillo entre los dedos. Ella no sobrevivió, pero él sí, y ahora trabajaba diligentemente en todos los aspectos de su rehabilitación. Utilizaba los andadores, levantaba diligentemente sus pequeñas pesas y caminaba diez pasos un día y doce al día siguiente. Cada avance le hacía resplandecer y me decía constantemente que iba a «poder con esto» y a «recuperar su vida». Estas proclamaciones se intensificaron después de que su prometida le informara de que ya no tenía intención de casarse con él.

Cuando le dieron el alta, su familia en pleno y una docena de amigos (entre ellos la exprometida) vinieron a la unidad a celebrarlo. Trajeron pastel y todos le comentaron el buen aspecto que tenía y lo orgullosos que estaban de él. Howard dijo que aquél era «el primer día del resto de su vida». Todo fue un puto espectáculo, incluso la forma en que recogieron y empaquetaron sus cosas. Howard se acercó a mi cama y me cogió la mano buena. «Ya te dije que podría con esto. Te lo dije. ¡Tú también lo vas a lograr!». Me hizo un guiño para intentar animarme pero, debido a que la piel se había contraído alrededor de sus ojos, me hizo pensar en una mosca esforzándose por salir de la taza de un váter.

Cuando salió de la sala, con su madre y su padre flanqueándolo, no se volvió para echar un último vistazo al pabellón de quemados que había sido su hogar durante tantos meses; era obvio que estaba decidido a no mirar nunca atrás.

Es, supongo, una historia reconfortante del triunfo de una persona: ¡determinación, el amor de la familia y los amigos y una actitud positiva! Pero, de verdad, ¿a quién quería engañar? Su exprometida se había ido con toda la razón: ¿quién iba (podía) amar a un orco? ¿Volvería alguna vez a hacer el amor? ¿Iba a ir por la vida cogido de la mano de sus padres para no perder el equilibrio como si tuviera perpetuamente dos años? ¿Qué tipo de victoria, me pregunto, hay en eso?

Howard se había esforzado mucho más de lo que yo tenía intención de hacer. Le oía hablar sobre cómo iba a mejorar. Escuché cómo todo el mundo le decía que tenía muy buen aspecto cuando, de hecho, parecía el tipo de monstruo ante el que cualquier persona cuerda cambia de acera para rehuirlo. Quise gritar cuando me cogió la mano, porque no quería ni que me tocara. Me daba asco, esa cosa, mi hermano.

Lo cierto es que mi reacción tuvo poco que ver con él; surgió al darme cuenta de que no importa lo que hiciera, nunca volvería a ser el mismo. Podía hacer los ejercicios cada día, podía someterme a cientos de operaciones quirúrgicas y, aun así, seguiría siendo una pústula humana. No existe cura para lo que yo soy. *Eso* es lo que yo saqué del gran logro de Howard. *Eso* es lo que comprendí mientras yacía en la tripa del esqueleto con la serpiente tragándose mi columna. ÉL ES COMO TÚ, sibiló el reptil, PERO SU ALMA ES MEJOR.

Lo peor de todo fue comprender que incluso si hubiera podido volver a ser lo que fui antes del accidente, ¿qué hubiera ganado con ello? Sí, había sido guapo. Sí, tenía dinero y una carrera pero (seamos sinceros) era un pornógrafo adicto a la cocaína. Me dijeron que mis amigos, que habían reído mis chistes cuando compartía con ellos mi droga al borde de mi piscina, vinieron a visitarme mientras estaba en coma, pero todos me miraron durante menos de un minuto antes de marcharse y no volver jamás. Una ojeada bastó para convencerles de que mis días de esnifar cucharas habían terminado para siempre.

Cuando desperté, la única de mis antiguas amistades que se esforzó de verdad fue Candee Kisses, una joven muy dulce que había acabado en la pornografía sólo porque el universo no es justo. A los diecisiete se cansó de que su padrastro la violase y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para escapar de él. Y lo hizo. Debería haber vivido en una granja en alguna parte, casarse con un tipo trabajador llamado Paul o Bill y ganarse la vida sin tener que chupar pollas frente a una cámara.

Candee vino unas cuantas veces. Me traía pequeños regalos y trataba de animarme diciéndome que tenía mucha suerte de seguir vivo, pero la mayor parte del tiempo la pasaba llorando. Quizá era mi aspecto la causa de sus lágrimas, pero creo que lo más probable es que llorara por su propia vida. Después de tres visitas le hice jurar que no volvería. Cumplió su promesa y no regresó. Lo más curioso es que a pesar de que la conocía desde hacía más de cinco años, habíamos mantenido relaciones sexuales y me había contado historias sobre su padrastro, nunca supe su verdadero nombre. Quizá hay algunas cosas que es mejor dejar atrás cuando empiezas una nueva vida.

Cuando Howard y sus padres desaparecieron por la puerta del pabellón de quemados, perdí el poco autocontrol que me quedaba. Mi pecho se convulsionó con la furia y la autocompasión que ascendieron desde mis entrañas como un vómito. Mi garganta destrozada hacía que respirase en largos y agudos jadeos.

Entonces Thérèse, la niña, se acercó a mí. Para ella fue un esfuerzo increíble y doloroso. Oía crujir sus pulmones cada vez que respiraba. Llegó exhausta junto a mi cama. Se encaramó junto a mí y me cogió la mano. No mi mano sana, sino mi destrozada mano izquierda a la que le faltaban dedo y medio, y la sostuvo como si fuese normal. El dolor que me causó el contacto fue intenso, pero aun así lo agradecí. En mi desesperación, le imploré que se fuese y me dejase solo.

—No —me contestó.

Mi pecho seguía convulsionándose sin control.

—¿Es que no ves lo que soy?

—Sí —respondió—. Eres igual que yo.

Sus grandes ojos azules, que brillaban a través del dolor, no se apartaron ni un momento de mi rostro destrozado.

—Vete —ordené.

Dijo que necesitaba descansar un poco antes de regresar a su cama, y añadió:

—Eres bello a ojos de Dios, ¿sabes?

Ella cerró los ojos y observé su rostro mientras el agotamiento la arrastraba al sueño. Entonces mis propios ojos se cerraron un momento.

Las enfermeras me despertaron. Thérèse seguía en mi cama, todavía prendida de mi mano, sin respirar.

Sólo se tarda un instante.

• • •

De acuerdo, lo admito: intenté el método de visualización creativa que me propuso Gregor.

Reduje el ritmo de mi respiración y me concentré en sentir el peso de mi cuerpo, empezando por los dos dedos de los pies que me quedaban: peso, peso. Luego mis pies, luego los tobillos. A continuación fijé mis pensamientos en mis pesadas pantorrillas, mis pesadas rodillas y mis pesados muslos. Seguí hacia arriba, el torso, el pecho, el cuello, la cabeza... concentrándome en mi respiración: inspirar, expirar, inspirar, expirar, constante, relajado...

Aquí fue cuando empecé a pensar en vaginas. Supongo que era natural, pues había estado dentro de cientos de ellas. Hay hombres que querrían hacerte creer que todas las mujeres son iguales, pero obviamente esos hombres no han estado con muchas. Cada vagina tiene su textura propia, su profundidad y humedad características: cada una tiene personalidad propia. Eso es un hecho.

Yo era muy bueno en el sexo. Era una afición, además de una profesión. Fuera del

horario laboral mi pasión era encontrar mujeres que fueran todo lo contrario de aquellas con las que había rodado. Si trabajase en un restaurante francés, ¿le apetecería comer caracoles en su día libre? Difícilmente. Saldría a tomar algo en el bar de la esquina. Si trabajase en una productora de televisión, acabaría el día en casa leyendo libros. Y como un follador profesional de muñecas de silicona, disfrutaba probando otros tipos de mujer. Con palabras bien escogidas, que sin ser sinceras pronunciaba como si lo fuesen, pude crear los sueños más majestuosos y los futuros más idílicos. Con el don de la elocuencia me regalé 1001 mujeres, desde Scheherezade hasta Selma la Sucia.

El acto sexual frente a la cámara produce poca satisfacción porque te rodea el equipo de rodaje, el cheque ya está en el correo y, con todo eso, ¿dónde queda el romanticismo? Pero la sensación de seducir —de *conquistar*— mujeres que no estaban en el mercado es una cosa totalmente distinta. La satisfacción estaba en las amas de casa, policías y secretarias. Editoras. Granjeras. Atletas, pescaderas, jardineras, escritoras feministas, profesionales de lucha libre, artistas, camareras, cajeras de banco, catequistas, diseñadoras de moda y funcionarias. Tu madre, tu hermana, tu novia. Decía cualquier cosa para poseer a una mujer, aunque sólo fuera durante una hora. Fingí ser de izquierdas, de derechas, tener inquietudes artísticas, ser muy macho, ser sensible, dominador, tímido, rico, pobre, católico, musulmán (sólo una vez), estar a favor del aborto, estar en contra, homófobo, homosexual (un anzuelo para mujeres heterosexuales que quisieran «rescatarme»), cínico, brutalmente optimista, un monje budista y un ministro luterano. Lo que fuera necesario según la situación.

Recuerdo a una mujer llamada Michelle. El sexo con ella fue lo más cerca que he llegado nunca a la perfección. Era una camarera con un poco de barriga que olía ligeramente a huevos fritos y salsa y tenía una cicatriz de apendicitis. Vi cómo discutía a gritos con su marido fuera de su cafetería barata. El marido se marchó y ella se sentó en un banco del parque, decidida a no llorar. Me acerqué a ella y empezamos a hablar. Pronto estaba riéndose y al poco fuimos a mi casa. Tomamos un poco de cocaína y nos reímos un poco más y luego empezamos a golpear nos juguetonamente los hombros. Cuando empezamos a follar, al principio había cierta urgencia y luego la sorpresa de lo bueno que fue y luego gemidos. Empezó a reírse de nuevo, yo la seguí, y luego empezó a llorar. Lloró hasta el final del sexo, no de pena, sino de alivio.

Duró horas. Parecía que camináramos al borde de un precipicio con los nervios a flor de piel. Me contó todo lo que había pasado (y no pasado) en su cama durante su matrimonio. Me dijo que temía no haber amado nunca a su marido. Me contó que fantaseaba con la hermana de su marido y que se tocaba en público cuando creía —aunque no estaba segura— que nadie la miraba, y me dijo que robaba cosas pequeñas de la tienda de la esquina porque eso la ponía caliente. Me contó que creía en Dios y que le gustaba pensar que la miraba cuando hacía todas esas cosas. Le dije que era



una chica muy ocupada. No dejamos de follar en ningún momento y yo también acabé llorando ante lo descarnado del asunto.

Mi piel no volverá nunca a funcionar de ese modo, a ser tan consciente de otra persona que ignore dónde acaba ella y empiezo yo. Nunca más. Nunca más mi piel podrá comunicarse de una manera tan perfecta; al perder mi piel en el fuego, perdí también la oportunidad de hacerla desaparecer junto a otra persona. En general estoy contento de haber conocido ese tipo de conexión física, aunque sólo fuera una vez, pero ciertamente me hubiera gustado que fuera con alguien a quien hubiera vuelto a ver.

Quizá mis muchas aventuras sexuales eran perversas. Pero quizá no. Por favor, considere que ofrecí un consuelo notable a muchas mujeres que lo necesitaban. ¿Qué importa si Lola Lo-que-sea creía que yo era un pintor incomprendido recién divorciado? Su marido prefería beber cerveza con sus amigos a llevarla a bailar, así que probablemente le fue la mar de bien follarse a un extraño. La clave de todo el asunto era mi capacidad para adaptarme inmediatamente a la forma requerida por la fantasía de la mujer. Conseguirlo, descodificar a una persona de modo que puedas ofrecerle lo que quiere y necesita es un arte y yo era un artista del sexo.

Las mujeres no querían mi yo real y tampoco querían amor. Querían una aventura carnal breve, que llevaban tiempo calentando en el rocío de sus muslos, revelando en sus reuniones de grupos de lectura. Yo era sólo un cuerpo —un cuerpo de singular belleza, además— con el que podían hacer realidad sus más profundos deseos.

Ésta es la verdad: todos deseamos conquistar a la guapa, porque con ello afirmamos nuestra valía. Hablando en nombre de los hombres del mundo, queremos poseer la belleza de las mujeres que nos tiramos. Queremos agarrar con fuerza esa belleza entre nuestros avariciosos dedos para poseerla auténtica y verdaderamente, para hacerla nuestra. Queremos hacerlo mientras la mujer alcanza un orgasmo deslumbrante. Eso es la perfección. Y aunque no puedo hablar en nombre de las mujeres, imagino que ellas —lo admitan o no— quieren lo mismo: poseer al hombre, ser dueñas de su belleza curtida, aunque sea sólo durante unos pocos segundos.

Después de todo, ¿en qué cambiaban las cosas mis engaños? No tenía ni sida ni herpes y aunque es cierto que me he llevado mi parte de jeringazos en el culo, ¿quién no se la ha llevado? Un poco de penicilina hace milagros. Reconozco también que es fácil recordar con cariño los días de infecciones genitales menores después de que te hayan extirpado el pene.

Creo que la visualización creativa no es para mí.

•••

Connie, del turno de la mañana, era la más joven, más rubia y más guapa de mis tres enfermeras y revisaba mis vendajes cuando me despertaba. En general era demasiado alegre para mi gusto, pero tenía una sonrisa adorable con unos dientes

ligerísimamente torcidos y un «¡Buenos días!» siempre sincero. Cuando le pregunté una vez por qué era siempre tan condenadamente amable —una frase difícil pero que conseguí sacar de mi garganta—, Connie me contestó que «no quería ser mala». El hecho de que ni siquiera pudiera imaginar por qué me había tomado la molestia de hacerle esa pregunta rezumaba encanto. Siempre esforzándose por ser infaliblemente amable, rara vez empezaba su turno sin traerme algún pequeño regalo: una lata de refresco que sostenía mientras yo sorbía por una pajita o un artículo de periódico que leía en voz alta porque creía que podía interesarme.

Beth, la más vieja de las tres enfermeras por no pocos años, me daba un masaje por la tarde. Era demasiado delgada y se lo tomaba todo demasiado en serio. Tenía el pelo rizado, a veces un poco despeinado, pero al verla sabías que no iba a dejar nunca que se le escapase de las manos. Quizá fuera debido a que había trabajado muchos años en unidades de quemados, pero no daba pie a nada personal mientras trabajaba.

Maddy, del turno nocturno, tenía pinta de preferir estar en un bar tentando a algún miembro de una fraternidad universitaria. No necesariamente satisfaciéndolo, pero decididamente calentándole la bragueta. Incluso mientras nos atendía a nosotros, las víctimas de quemaduras, se aseguraba de mover las caderas sugestivamente bajo su falda blanca. Tenía lo que siempre he llamado un «culo lemming», es decir, un culo al que seguirías aunque saltase por un acantilado. Era una chica muy, muy mala y pasó por mi cabeza que quizá se había hecho enfermera para tener todo eso de chica mala en uniforme de enfermera trabajando a su favor. Una vez me pilló mirándola y dijo: «Eras un auténtico bastardo antes del accidente, ¿verdad?». Fue más una declaración que una pregunta y no pareció enfadada, sólo divertida.

•••

La madre de Thérèse vino más tarde esa semana a recoger los efectos personales de su hija. Me contó el funeral; al parecer el alcalde había enviado un «magnífico buqué de lirios» y todo el mundo había cantado plegarias «con la voz elevada hacia el Cielo». Entonces perdió el hilo de lo que decía y miró con añoranza por la ventana hacia el parque que había frente al edificio, del que llegaban voces de niños jugando a béisbol. De repente parecía doce años más vieja que el instante anterior y cuando se rompió el trance se sintió terriblemente azorada de que yo lo hubiera visto.

—¿Thér...? —empezó a preguntar—. Tengo entendido que mi hija murió en su cama. ¿Fue...?

—No —respondí—. No sufrió.

—¿Por qué vino... hacia usted?

—No lo sé. Me dijo que Dios cree que soy bello.

La madre asintió e intentó ahogar un sollozo.

—Era una buena niña. Merecía tanto...

La madre no pudo acabar la frase. Se dio la vuelta y cuanto más trataba de

permanecer impasible más le temblaban los hombros. Cuando finalmente pudo volver a mirarme, dijo:

—El buen Dios nunca nos envía más de lo que podemos resistir. Usted saldrá adelante.

Caminó hacia la puerta, se detuvo a medio camino.

—¿No es éste un tizón sacado del fuego? —Se enderezó—. Se dice en Zacarías 3:2. El mundo es bueno.

Entonces se puso las flores de plástico bajo el brazo y se marchó.

• • •

Cualquiera que haya pasado un largo período en un hospital sabe que la nariz pierde su capacidad de discernir olores en la atmósfera de amoniaco. Durante una de las sesiones de desbridamiento, mientras Nan estaba rascando mi cuerpo, le pregunté: «¿A qué huelo?».

Se secó el sudor de la frente con el reverso de su manga blanca y comprobé que estaba decidiendo si me decía la verdad o intentaba contarme algo un poco más agradable. Llegados a este punto la conocía bien: iba a escoger la verdad. Siempre lo hacía.

—No tan mal como crees. Ese olor, es decir, tu olor, es mustio y viejo. Como una casa en la que no vive nadie y lleva demasiado tiempo con las ventanas cerradas.

Después siguió trabajando, rascando y remozando esta casa cuyo propietario había abandonado. Me hubiera gustado decirle que no hacía falta que se molestase, pero sabía que Nan simplemente curvaría hacia abajo los extremos de su boca y seguiría trabajando.

• • •

En un hospital, incapaz de valerte por ti mismo, los extraños te acosan: extraños que te desuellan vivo; extraños que nunca te ponen el suficiente Eucerin como para calmar el picor; extraños que insisten en llamarte «cari» o «querido» a pesar de que lo último que eres en este mundo es un cariño o un querido; extraños que suponen que enlucir una sonrisa como un tablero de yeso sobre sus repugnantes caras va a animarte; extraños que te hablan como si tu cerebro estuviera más frito que tu cuerpo; extraños que tratan de sentirse bien haciendo algo por los menos afortunados; extraños que lloran simplemente porque tienen ojos para ver, y extraños que quieren llorar y no pueden, y por eso tienen más miedo de sí mismos que de ti quemado.

Cuando me cansé de la televisión conté los agujeros del techo perforado. Los conté de nuevo para verificar el dato. Memoriqué el movimiento furtivo de las sombras que el sol poniente arrojaba contra las paredes. Aprendí a saber si cada enfermera tenía un buen o un mal día por el sonido de sus pasos. El aburrimiento era mi compañero de cama y se estaba quedando todas las sábanas. La serpiente seguía

siseando en la base de mi cráneo, la muy zorra, ESTOY LLEGANDO. Yo estaba sobrecogido de blancura y atragantado de antiséptico. Quería arrastrarme por mi uretra y ahogarme en mi propia orina.

Por mal que fuera todo, empeoró cuando Nan me explicó que el día en que se me diera el alta —para el que aún faltaban muchos meses— me pondrían en un centro de rehabilitación donde me prepararían para la «reintegración» en la sociedad. Con el tiempo, me dijo, sería capaz de realizar por mí mismo la mayoría de las tareas y podría vivir solo.

Diecisiete años después de haber salido de un albergue del gobierno me iban a meter en otro. Al menos, cuando era un niño sin un centavo, tenía toda la vida por delante. A los treinta y cinco era una cerilla usada.

Así que escuché a los médicos y asentí con la cabeza cuando me explicaron las operaciones que me quedaban por delante, pero por lo que a mí respecta podrían haber estado hablando de mi inminente viaje a la ciudad secreta del fondo del mar. Firmé los documentos de consentimiento y me deshice de mi casa y todas mis posesiones personales. El tratamiento de quemaduras como las mías costaba medio millón de dólares y sin mucho esfuerzo podía subir hasta más de un millón.

Me vino a ver mi abogado, incómodo en su bata. A diferencia de los demás visitantes, llevó también una mascarilla; sería caritativo pensar que fue para protegerme, pero lo más probable es que fuera su miedo paranoico a contagiarse de algo. En cualquier caso, me pareció apropiado: cada vez que miraba su rostro enmascarado pensaba en un ladrón que venía a atracarme.

Dijo unas pocas palabras sobre lo mucho que sentía mi accidente; entonces, acabadas las formalidades, se lanzó a explicarme la grave situación en que estaba mi productora. En su origen, el problema era que no estaba cumpliendo los contratos que me obligaban a surtir de contenidos nuevos a los clientes. Los rodajes se habían parado en cuanto no estuve allí para dirigir la empresa, pero los contratos de entrega se habían firmado antes. Me planteó una serie de opciones pero, debido a que nunca preparé a nadie para ocupar mi puesto si por algún motivo quedaba totalmente incapacitado, sólo me quedaba una opción viable: declarar la quiebra. No quería molestarme continuamente en unos momentos tan delicados, me explicó, así que había preparado de antemano los documentos necesarios para que mis acreedores se apropiaran y liquidaran mis activos. Por supuesto, se había asegurado de que su factura fuera la primera en pagarse.

Firmé todo lo que me puso delante para que se marchara de la habitación lo antes posible. No se me escapó la ironía de que después de haber ganado mi dinero en un negocio que consistía en enseñar la piel, ahora estaba cambiando todo ese dinero por piel. Consumado el hecho y disuelta mi empresa, el abogado no supo decir nada más que lo sentía, otra vez, y salió del pabellón tan rápido como pudo.

Y así se fue mi vida. Cuando los médicos me dijeron que estaba mejorando, forcé mi mejor imitación de una sonrisa. Las enfermeras se enorgullecían de mí cuando

apretaba la pelota de goma con mi mano quemada durante la terapia. Pensaban que lo hacía para ganar fuerza pero sólo era para que se callasen. Estaba harto de la provocación de Maddy, la seriedad de Beth y el optimismo de Connie.

Yacía pacientemente durante los masajes con Eucerin, uno cada turno de enfermeras. Rezaba, en la madriguera de mi mente, por una oportunidad de desertar. En un momento dado Nan dijo casualmente que mis heridas eran un «desafío clásico» para una doctora como ella. Le señalé que yo no era un problema que hubiera que resolver. Tartamudeó:

—No lo dije en ese sentido, yo... yo... eh. Tienes razón. Ha estado fuera de lugar y lo siento muchísimo.

Me embargó un breve sentimiento de victoria, pero lo más curioso es que estaba completamente de acuerdo con ella. Yo *era* un problema que resolver, aunque ambos lo veíamos desde ángulos opuestos. Ella veía mis vendajes como una especie de capullo larval del que acabaría por emerger, mientras que yo los veía como una mortaja.

La serpiente de mi columna seguía moviendo la cola en mis tripas y diciendo sin parar ESTOY LLEGANDO Y NO PUEDES HACER NADA PARA IMPEDIRLO. Ya no me importaba. Viene la serpiente. ¿Y qué? Sólo uno más de una lista interminable de problemas. Estaba el Dachau de mi cara. Estaba mi cuerpo, una versión viva del *Inferno* de Dante, que amenazaba constantemente con derrumbarse sobre sí mismo. La corteza de mi piel sobre el infierno hueco de mi alma ya no podía soportar su propio peso; mi integridad estaba comprometida en todos los sentidos. Un médico, al enterarse de que había perdido el pene, me visitó para contarme los avances más recientes en prótesis eréctiles, por si quería intentar una reconstrucción. En lugar de los simples palos con bisagras de antes que sólo permitían que la polla estuviera tesa o colgara floja, ahora era posible instalar complejos sistemas de bombeo.

Tales avances tecnológicos eran magro consuelo para un hombre cuya habilidad para mantener una erección durante un período tremendo de tiempo había sido objeto de admiración. Qué bajo han caído los poderosos.

Me limitaría a mejorar lo bastante como para que me soltasen y, menos de veinticuatro horas después de salir del hospital, moriría. Eso es lo que me prometí a mí mismo y lo único que me animaba a seguir.

•••

Soy ateo.

No creo que haya un Dios que vaya a castigarme por suicidarme.

Puesto que no tengo fe religiosa, nunca consideré mi accidente un castigo divino por mis actividades «inmorales». Sé *exactamente* por qué tuve el accidente. Estaba colocado y sufrí alucinaciones, vi flechas que venían contra mí. Para esquivar esas

flechas imaginarias, eché el coche por un barranco muy real. La gasolina de mi depósito hizo sólo lo que acostumbra a hacer la gasolina, que es encenderse cuando entra en contacto con chispas. Cuando las llamas rodearon mi cuerpo, mi cuerpo empezó a quemarse según lo prescrito por las leyes de la termodinámica y la biología. Y eso es todo.

Comprendo que hay gente que encuentra a Dios después de sufrir una desgracia, aunque personalmente lo encuentro más ridículo que encontrarlo cuando las cosas van bien. «¡Dios me ha castigado! ¡Eso es que me ama!». Es como no querer una relación romántica con alguien hasta que te da un puñetazo en la cara. Mi «milagrosa supervivencia» no va a cambiar mi opinión de que el Cielo es un concepto creado por el hombre para ayudarlo a soportar el hecho de que la vida en la tierra es a la vez brutalmente corta y, paradójicamente, demasiado larga.

Puestos a contarlo todo, sin embargo, debo revelar algo que muchos deístas insistirán que *forzosamente* afecta mi falta de fe en Dios. Dirán que sacrifiqué la idea del Cielo porque, de aceptarla, tendría que admitir que iba a ir derecho al Infierno.

Porque he matado a una persona.

•••

Hay un suave suspiro que desciende como una nube de seda sobre el alma que acepta su muerte inminente. Es una suave bolsa de aire en la turbulencia de la vida diaria. La seda de este sentimiento ondea —no, ondea es un verbo demasiado activo—, la seda se aposenta a tu alrededor como si hubiera estado derivando hacia la tierra desde siempre y finalmente hubiera alcanzado su objetivo. La bandera de la derrota se ha arriado caritativamente y con ello no se ha perdido tanto. La propia derrota sucumbe al abrazarla y la muerte es devorada en la victoria.

El siseo de la serpiente se apaga y la muerte acaricia suave, posesivamente: es como un amo que le da una palmadita en la cabeza a su perro o como un padre que consuela al hijo que llora. Las horas empiezan a pasar y los días apenas se distinguen de las noches. La oscuridad avanza como un bello y sigiloso tsunami y el cuerpo ansía canciones de cuna tranquilizadoras y salmos finales.

Puedo afirmarlo con autoridad: nada se puede comparar a la decisión de morir. Tenía un plan excelente que me hacía sonreír. Me hacía levitar más suavemente sobre mi colchón de aire.

Era un monstruo a quien nadie amaba. Nadie lloraría mi pérdida. A todos los efectos y propósitos, ya había desaparecido. ¿Quién me iba a echar de menos? ¿Los doctores, que fingían preocuparse por mí? Nan se esforzaba por ser positiva y darme cierta esperanza, pero tenía la amabilidad de no mentirme. Yo sí le mentía a ella, sin embargo, cuando fingía querer curarme. Estaba perfeccionando mi plan, trabajando en él mientras las enfermeras cuidaban mi obscenidad, sus suaves manos tocando mi cuerpo como el más elegante de los insectos posándose sobre un montón de heces.

Lo último que quieres es que el suicidio salga mal. Especialmente si, como yo, ya estás ante la perspectiva de quedarte la vida entera con la pinta de un *dim sum* pasado. Sólo la muerte cerebral o quedarse tetrapléjico sería peor, y eso podía pasar si no calculabas bien. Así que, déjeme repetirlo: un suicidio no es algo que quieras que salga mal.

Mi plan se pondría en marcha inmediatamente cuando me dieran el alta en el hospital, porque allí, en el pabellón de quemados, me mantenían siempre vigilado. En el centro de rehabilitación no habría candados ni guardias de seguridad. ¿Por qué iba a haberlos? Esos lugares están diseñados para reinsertar a los residentes en la sociedad, no para aislarlos de ella.

Todavía me quedaban unos pocos miles de dólares escondidos en una cuenta bancaria bajo un nombre falso. Serán más que suficientes. Saldré del centro, renquearé por la calle hasta un banco y sacaré el dinero. En una tienda de ropa compraré un abrigo para moverme sin llamar la atención entre los mortales. Y entonces empezaré una interesantísima yincana.

Comprar una escopeta sería pan comido. Había decidido contactar con Tod «Basura» White, un criminal de poca monta que vendería a su abuela por un dólar. Embolsarse una buena cantidad por algo tan sencillo como conseguirme una escopeta haría aparecer una sonrisa de comemierda en su cara picada de viruela y quizá hasta me regalara unos pocos cartuchos extra.

Hacerme con lo demás sería todavía más fácil. En cualquier droguería se pueden comprar cuchillas. En la ferretería de la esquina se puede comprar una cuerda. En la farmacia local, somníferos. En cualquier licorería, whisky.

Después de conseguir todo lo necesario, iré a un hotel. Una vez solo en mi habitación me tomaré unos cuantos antihistamínicos, no por alergia al polen. Me sentaré a ver una cuantas películas en el canal porno del hotel, por los viejos tiempos. Quién sabe, quizá incluso me viera a mí mismo en una actuación de despedida.

Mientras miro las películas, abriré la escopeta y la cargaré con un par de cartuchos. Luego cogeré la cuerda y, poniendo especial cuidado, le haré un nudo corredizo. No quiero que me estrangule, sino que me rompa el cuello: un nudo grande y fuerte facilita una ruptura limpia. Después de haber construido un espléndido lazo, lo tendré un rato entre las manos, contemplándolo desde diversos ángulos para admirar mi trabajo y estirar de él unas cuantas veces, pues ya sabe lo mucho que a los hombres nos gustan los nudos.

Saldré al balcón con mi escopeta y mi nudo. Puesta de sol. Respiraré el aire del anochecer. Alzaré mis brazos para abrazar la ciudad y luego me golpearé el pecho con los puños dos veces. Sintiéndome fuerte y masculino, aseguraré un extremo de la cuerda a la barandilla del balcón. Dejaré caer el nudo por el otro lado, cuidándome de que haya bastante cuerda para una buena caída antes del brusco y gratificante tirón. Luego recogeré la cuerda, deseando poder hacerle lo mismo a la condenada serpiente que vivía en mi espinazo.

Abriré el bote de pastillas y sacaré cinco somníferos, echándomelos al colete con un vaso de whisky. Repetiré unas cuantas veces este cóctel. Siempre sienta bien una copa mientras se contempla la puesta de sol. Mientras me atizo esos refrescantes tragos, sacaré una de las cuchillas del paquete y cortaré parcialmente la cuerda. Esta operación requerirá una estimación más o menos precisa para cortar la cuerda de modo que no se rompa inmediatamente con el tirón de la caída. Quiero que me sostenga al menos durante un tiempo cuando cuelgue de su extremo.

Me tomaré otro vaso de whisky y otros cinco somníferos. Y ésa es la razón por la que me habré tomado primero los antihistamínicos: una sobredosis de somníferos puede provocar vómitos. La antihistamina contrarresta ese efecto, asegurando que las pastillas para dormir se queden dentro. Muy hábil, ¿eh? A continuación sacaré la cantidad semanal de morfina que me habrán dado para combatir el dolor de la serpiente y me la inyectaré de golpe, en un único y placentero jeringazo. Para completar mi cóctel tóxico, me tomaré los somníferos que queden con un último trago de whisky. Llegados a este punto, supongo que puede imaginarse cómo se desarrollará el resto del plan.

Me echaré el lazo al cuello rápidamente, pues habrá empezado el mareo, qué meneo. Cogeré otra cuchilla nueva y reluciente del paquete. ¡Cómo brillará, como el guiño de un Dios imaginario! De un solo y preciso tajo me abriré las venas de la muñeca derecha, un corte profundo y limpio, y luego le aplicaré el mismo tratamiento a mi muñeca izquierda. Esto es importante: cortaré longitudinalmente siguiendo las venas y no de lado a lado de la muñeca. La gente que hace esto último o bien no quiere morir de verdad o bien es demasiado estúpida para conseguirlo.

Me sentaré en la barandilla del balcón. Tomaré la escopeta con mis sangrientas manos y me colocaré el cañón en la boca. Inclinaré el arma con cuidado para que los proyectiles atraviesen el paladar y entren en la gelatinosa carne de mi cerebro. Lo bueno de la escopeta es que, a diferencia de una pistola, la puntería no importa. Los cientos de perdigones se dispersan y te arrancan de cuajo la cabeza. Qué perfecto.

Mi cuerpo estará de espaldas a la ciudad, de modo que el impulso del disparo me empujará al vacío desde la barandilla. Caeré mientras mi cerebro se hace añicos, pero la caída llegará a un fin abrupto cuando el nudo corredizo se cierre sobre mi cuello. Durante un rato me quedaré simplemente colgando, con los pies oscilando de un lado a otro. De hecho, quizá sufra espasmos, es difícil decirlo. Mis muñecas sangrarán y mi cráneo será un caos pegajoso de materia gris. Mis venas expulsarán la sangre empapada de morfina por las heridas de mis muñecas. En ese momento, si la he cortado de la manera adecuada, la cuerda empezará a romperse. Los hilos entrelazados se separarán unos de otros y, en pocos minutos, cederán por completo. Mi cuerpo caerá veinte pisos y se estrellará contra la acera. Qué perfecto. Qué completo. *Eso es un suicidio y no ganas de llamar la atención.*

Sea como fuere, ése era mi plan. Nunca nadie ha ansiado tanto la muerte como la ansiaba yo. Ya nunca podría ser lo que fui.



### III

**D**éjeme comenzar describiendo su cabello, porque lo cierto es que resultaría imposible empezar con otra cosa. Su cabello era como las enredaderas del Tártaro, nacidas en un lugar oscuro en que el sol es sólo un rumor. Se desplegaba sin orden en todas direcciones en una cascada de rizos negros encantadores que parecía que fueran a tragarse tu mano si tenías la suerte de poder pasar tus dedos entre ellos. Su cabello era tan extraño que incluso ahora, años después, me veo obligado a crear estas metáforas ridículas de las que sé que me arrepentiré por la mañana.

También sus ojos me ponen en una situación embarazosa. Ardían como los corazones verdes de dos amantes celosos que se acusan el uno al otro a medianoche. No, miento, no eran verdes: eran azules. Olas del mar rompiendo contra sus iris, como una tormenta inesperada lista para robarle un pescador a su esposa. No, espere... quizá sus ojos *eran* verdes: quizá cambiaban según su humor, como los anillos mágicos que se supone que cambian de color según los pensamientos de su propietario.

Apareció en el pabellón de quemados vestida con una bata de hospital color verde claro, con esos ojos insondables y ese cabello enmarañado y salvaje. Aguardé el inevitable grito sofocado que se producía siempre que alguien me veía por primera vez. Esperé a que se cubriera la boca con la mano, esperé conmoción y asco. Me sorprendió ver que simplemente sonrió.

—Te has quemado. Otra vez.

Por regla general no respondo a las afirmaciones estrambóticas de extraños pero, sinceramente, en este caso no abrí la boca porque no quería que escuchase la voz de inodoro roto. Mi garganta estaba sanando, pero mi oído (el que todavía funcionaba) no se había acostumbrado todavía al sonido corrupto de mi voz. Quería que ella sólo conociera la voz que tuve, la que podía llevarse a una mujer a la cama.

Ante mi silencio, volvió a hablar:

—Es la tercera vez que te quemas.

Reuní valor y la corregí.

—Es la primera.

Una expresión de confusión cruzó su rostro.

—Quizá no eres tú.

Se acercó a la cama, sin apartar sus ojos de los míos, y cerró la gruesa cortina de plástico tras ella para aislarnos de los demás en la sala. Se inclinó hasta estar a unos centímetros de mi rostro y me estudió. Nadie me había mirado así, ni antes ni después de las quemaduras. Sus ojos, que bailaban entre el azul y el verde, destacaban sobre unas ojeras oscuras, como si no hubiera dormido en semanas. Cuando sus labios estaban casi tocando los míos, susurró una palabra:

—Engelthal.

Sin duda, lector, en algún momento en su vida habrá estado cara a cara con un

loco. Lo notas inmediatamente, habitualmente antes de que diga nada, pero esa palabra sin sentido fue la que confirmó mis sospechas. No me sorprendió encontrarme con una lunática, pues el mundo está lleno de locos. Lo que me sorprendió fue mi reacción. Habitualmente, si te cruzas con un pirado, lo único que quieres es largarte. Si estás caminando por la calle desvías la mirada y aprietas el paso, pero en el pabellón de quemados el único recurso a mi disposición era apretar el botón de llamada de la enfermera. No lo hice. Mi única reacción a aquella situación potencialmente peligrosa fue no hacer nada. Así que, ¿quién era menos racional, la mujer con el cabello salvaje o yo?

Ella dio un paso atrás.

—No te acuerdas.

—No. —Fuera lo que fuese lo que debería recordar, claramente no lo recordaba.

—Eso lo hará más interesante —dijo—. ¿Eres consciente de que tratan de envenenar mis corazones?

—No —respondí de nuevo, pero me interesó saber adónde podía llevar un comentario como ése—. ¿De verdad?

—Sí. No puedo permitírselo, porque todavía debo completar mi penitencia. —Miró en derredor, como si le preocupase que la oyera alguien—. ¿Cómo te quemaste esta vez?

Podía pronunciar unas cuantas frases cortas de golpe, siempre que recordase detenerme para tomar aliento, así que le conté unos pocos detalles sobre mi accidente —dónde, cuándo, hace cuánto—. Luego le pregunté cómo se llamaba.

—Sabes cómo me llamo.

Se llevaba la mano al pecho como si esperara encontrar algo allí, algo que obviamente no estaba. Sus movimientos me recordaron la forma en que yo siempre acariciaba mi cicatriz de nacimiento.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté.

—Me quitaron mi collar. Me dijeron que podía usarse para hacer daño a alguien —me contestó—. Una niña murió aquí hace poco.

Pensé en Thérèse.

—¿Cómo lo sabes?

—Oh, sé algo sobre los muertos —dijo riendo—, pero supongo que nosotros somos afortunados.

—¿Afortunados?

—Hemos vivido más que una niña de siete años. Hemos vivido cien veces más.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo un perro llamado *Bougatsa*. —Sus dedos, que ahora colgaban a su lado, se retorcían—. Le gustarías.

—No me gustan los perros.

—Te gustarán.

—Yo no les gusto a ellos.

—Oh. Eso es porque eres tan duro y tan malo, ¿verdad?

¿De verdad se estaba burlando de un paciente de quemados?

—¿Qué significa ese nombre? —pregunté—. ¿*Bougatsa*?

—Es un relleno de repostería griega y mi perro tiene exactamente el mismo color. Quizá pueda traerlo a que te visite.

—Aquí no dejan entrar perros. —Respiración—. Hasta las flores podrían matarme.

—¡Ja! No me tomes por tonta. Sabes que hay cosas que dan mucho más miedo que un perro. —Puso su mano suavemente sobre mi pecho, con ternura. Yo me estremecí, no sólo por el contacto sino también por el brillo de sus ojos—. Sientes la fuerte tentación de suicidarte y no te culpo por ello. Pero hay un tiempo y un lugar para esas cosas, y no es ahora ni aquí.

¿Por qué me habría dicho algo así? Necesitaba cambiar de tema.

—Para tener setecientos años has envejecido muy bien.

—Tú no —dijo, mirando mi cuerpo de arriba abajo. Era la primera vez que alguien hacía un chiste sobre mis quemaduras—. Entonces, ¿qué crees que tengo que hacer con mis corazones?

—Creo... —Hice una pausa, para que creyera que estaba pensando profundamente en el tema, cuando realmente sólo estaba preparándola para la siguiente frase—. Creo que debes devolvérselos a sus legítimos dueños.

Abrió mucho los ojos, como si hubiera acertado con una llave en una cerradura secreta, lo que me llevó a preguntarme si no habría apretado el botón equivocado del teclado de su locura. Pero tan rápido como había llegado, su expresión de euforia dio paso a una de suspicacia. Se movió hacia la esquina de mi cama, donde entonó algo en otra lengua. «*Jube, Domine benedicere*». ¿Latín? Se embarcó en una breve conversación, hablando al aire vacío en una lengua que no pude entender, esperando respuestas que yo no podía escuchar. Después de terminar la primera conversación imaginaria, hizo una profunda reverencia y caminó a una segunda esquina de la cama y repitió la actuación. Y luego, una tercera esquina. Concluyó cada una de las conversaciones de la misma forma en que las había empezado —«*Jube, Domine benedicere*»— y regresó a su posición original, desaparecida la sospecha de su rostro.

—Mis Tres Maestros confirman que realmente eres tú. Es para ti para quien he estado perfeccionando mi último corazón.

Claramente, el mero hecho de pronunciar esas palabras hizo que la embargara la emoción. Parecía estar al borde de las lágrimas cuando continuó.

—He esperado mucho, mucho tiempo.

Y, justo entonces, Beth abrió las cortinas. Se sorprendió al descubrir que tenía una visita después de tantas semanas sin que viniera nadie, pero su sorpresa se transmutó rápidamente en preocupación cuando percibió el brillo de feliz locura en los ojos de la mujer. Beth se dio cuenta de que aunque mi visita llevaba una bata, no era del tono de verde de las batas de los visitantes, sino del verde más oscuro que llevaban los

pacientes, y que lucía un brazalete cuyo color la delataba como paciente de psiquiatría. Beth, tan profesional como siempre, no se enfrentó directamente a mi visitante, pero no me dejó solo con ella. Llamó inmediatamente a un ordenanza para que «escotara» a la mujer de vuelta al pabellón de psiquiatría.

Yo sentía que no había nada que temer de aquella mujer y, de hecho, me parecía bien que se inyectara un poco de locura en una atmósfera tan opresivamente estéril como la del pabellón de quemados. En los pocos minutos que pasaron antes de que llegara el ordenanza, la mujer y yo continuamos hablando, tranquilamente, con Beth plantada en una esquina vigilándonos. Mi visitante, para que no la oyera, susurró:

—Tenemos un conocido común.

—Lo dudo.

—Sólo la viste una vez, en medio de una multitud. No puede hablar —dijo, acercándose todavía más— pero te dio una pista.

—¿Una pista?

—*¿No te has preguntado nunca de dónde viene realmente tu cicatriz?*

Mi visitante se llevó la mano a su pecho y pensé que iba a señalar el punto exacto en que yo tenía la cicatriz, pero sólo trataba de tocar su collar perdido.

¿Cómo podía esa mujer saber exactamente las palabras de la nota que me había sido entregada en la exhibición aérea? Aun así, soy un hombre racional. No era más que una extraña coincidencia. Para comprobarlo, traté de confundirla un poco.

—Todo mi cuerpo es una cicatriz.

—No tus quemaduras. La cicatriz con la que naciste, la que tienes encima del corazón.

En ese mismísimo momento llegó el ordenanza e inició el proceso de convencer a la mujer para que se marchase. Beth le ayudó, usando su cuerpo para dirigirla hacia la puerta.

Mi voz no era todavía muy fuerte, pero la elevé tanto como pude.

—¿Cómo lo sabes?

La mujer se volvió hacia mí, ignorando los brazos que tiraban de sus codos.

—Lo que sucede con las personas como nosotros es que no morimos como Dios manda.

Tras eso, el ordenanza se la llevó de la sala.

• • •

Hay una explicación lógica para todo. Por tanto, había una explicación lógica que justificaba que aquella mujer conociera mi cicatriz.

Primera explicación: pura suerte.

Segunda explicación: un amigo me estaba gastando una broma, alguien que pensó que sería divertido enviar a una actriz que interpretase a una mujer psicótica con un conocimiento íntimo de mi vida. Los problemas de esta hipótesis eran que nunca le

había contado a ninguno de mis amigos lo de la mujer asiática en el aeródromo y que ya no me quedaban amigos que me pudieran gastar bromas.

Tercera explicación: a esa mujer le gustaban mis películas porno y había visto en ellos la cicatriz en mi pecho. Era un rasgo bien documentado en el celuloide, pues nunca me había molestado en maquillarla (en mi género se suda demasiado). Pero en el hospital no estaba registrado bajo mi nombre artístico sino con mi nombre real y, dado el aspecto que tenía ahora, era imposible que nadie me hubiera reconocido como aquel que una vez fui.

Explicación final: esta mujer *adoraba* mis películas porno y era una acosadora que había localizado mi ahora difunta productora. Alguien, quizá el bastardo de mi abogado, le había informado de mi accidente y le había indicado que estaba en el pabellón de quemados.

Pero si era una fan obsesiva, ¿por qué no había mencionado mi anterior carrera? Y si había venido en busca del actor que había visto en mis películas, ¿cómo podía haber parecido tan contenta de encontrarse con mi nuevo yo? Y, finalmente, aunque buena parte de la conducta de la mujer fue muy extraña, lo cierto es que no había dado ninguna señal que apuntase a una adicción a la pornografía. Créame, he visto bastantes pervertidos en mi vida como para distinguirlos a distancia.

Supuse que tendría que preguntárselo a ella cuando volviese, porque de algún modo estaba convencido de que volvería. Cuando informé a mis enfermeras de que agradecería cualquier visita futura de aquella mujer del pabellón de psiquiatría, todas me sonrieron extrañamente. Qué triste, debieron pensar, que me ilusionasen las visitas de una loca. Pero eso no me detuvo e incluso le pedí a Beth que averiguara el nombre de la mujer. Se negó a hacerlo, así que se lo pedí a Connie. Me dijo que iba en contra de la política del hospital divulgar datos de otros pacientes. A esto, repuse que sería «muy, muy cruel» que no me ayudase a conocer el nombre de la única persona que me había visitado en tanto tiempo. Como lo que más quería era ser buena, Connie pronto regresó con la información que le había pedido.

El nombre de la mujer era Marianne Engel.

•••

Antes del accidente era más alto. El fuego me encogió como se contrae la cecina durante el proceso de curación. En tiempos fui tan esbelto y bello como un efebo griego del siglo III, con nalgas como uno de esos medios melones maduros por los que los empresarios japoneses pagan pequeñas fortunas. Mi piel era suave y estaba limpia como un yogur, mi abdomen estaba dividido en bloques simétricos y mis brazos pulcramente musculados. Pero mi escudo de armas era mi cara. Mis mejillas eran la materia de los sueños húmedos de Verlaine. Mis ojos eran oscuros y tan profundos que un pequeño club de espeleología podría pasarse un día entero explorándolos. Un hombre gay me explicó una vez cuánto deseaba dejar la masa de su pene descansar

suavemente sobre mi labio inferior. Entonces me reí, pero secretamente lo consideré un cumplido maravilloso.

Desde mi accidente he tratado de librarme de mi vanidad, pero me cuesta. Recuerdo el pasado, cuando mi rostro era perfecto y cuando el viento me levantaba el cabello como si fueran las suaves plumas del ala de un pájaro. Recuerdo cuando las mujeres se giraban en la calle para sonreírme, preguntándose qué se sentiría al poseer mi belleza aunque fuera sólo por un precioso instante.

Si acepta la descripción de la bestia en la que me he convertido, debe aceptar también la descripción de mi pasada belleza. Y desde que conocí a Marianne Engel he sentido esa pérdida —especialmente en la ingle— todavía más profundamente.

• • •

Acudió de nuevo a mi puerta unos diez días después, vestida con una capa que parecía del mejor corte medieval. No estoy divirtiéndome un poco a su costa, lector, de verdad llevaba puesto exactamente lo que digo. La capucha le colgaba sobre la cara, donde sus ojos brillaban como aguamarinas en una mina. Se llevó un dedo a los labios, avisándome de que guardara silencio, y se acercó a mi cama sigilosamente. Quise reírme, pero vi que aquello, para ella, era un asunto serio. Tan pronto como llegó a mi lado cerró las cortinas para que pudiéramos, de nuevo, disfrutar de privacidad. No debía preocuparse, porque en aquellos momentos sólo había otros dos pacientes en el pabellón: uno estaba en otra sala haciendo ejercicios de rehabilitación y el otro estaba roncando.

Tras la muralla de plástico se sintió lo bastante segura como para retirarse la capucha —sólo un poco, no del todo— y vi que sus ojeras habían desaparecido. Parecía mucho más centrada que en nuestro primer encuentro y emanaba de ella un fuerte olor a tabaco. Me pregunté si realmente habría sido capaz de colarse sin que las enfermeras la vieran o si simplemente la habían visto y la habían dejado pasar. Por el hecho de que de nuevo no vistiera la preceptiva bata de visitante, sospeché que había entrado sin que se dieran cuenta. Mantenía las manos en los extremos de su capucha, como preparada para bajársela rápidamente.

—No quiero que sepan que estoy aquí.

—¿Los médicos?

Marianne Engel asintió. Le expliqué que no tenía nada que temer de ellos, que eran buena gente.

—Sabes muy poco de médicos. —Se llevó la mano al cuello de su capa y sacó de dentro una tira de cuero de la que colgaba una punta de flecha—. Mira, he conseguido recuperar mi collar.

Lo levantó sobre su cabeza y lo sostuvo, sobre mi pecho, de modo que la punta de flecha colgó como un amuleto mágico que marcaba la dirección de mi corazón.

—¿Puedo?

No entendí qué quería decir, pero asentí de todos modos. Marianne Engel bajó la mano, soltando el cuero de modo que la punta de flecha descendió hasta posarse en mi pecho.

—¿Qué sientes?

—Siento como si ése fuera su sitio.

—Lo es.

—¿Cómo sabías lo de la cicatriz de mi pecho?

—No tan deprisa. Explicar las cosas lleva tiempo.

Retiró su collar de mi pecho y se lo colgó sobre el suyo.

—Por ahora, ¿puedo contarte un cuento sobre un dragón?

•••

—Érase una vez un dragón llamado La Gargouille que vivía en Francia, cerca del Sena. La Gargouille era un dragón normal, con escamas verdes, cuello largo, garras afiladas y alas demasiado pequeñas para volar con las que, sin embargo, volaba. Como la mayoría de los dragones, podía echar fuego, soltar chorros de agua y arrancar árboles grandes con sus garras.

»Los habitantes del cercano pueblo de Rouen odiaban y temían al dragón. Pero ¿qué podían hacer? Era mucho más poderoso que todos ellos juntos, así que cada año le ofrecían un sacrificio con la esperanza de apaciguarlo. La Gargouille, como suele pasar con los dragones, prefería vírgenes, pero los aldeanos tendían a ofrecerle criminales. En cualquier caso, había gente que acababa devorada, cosa bastante atroz.

»Todo siguió igual durante décadas. Finalmente, hacia el 600 d. C., un sacerdote llamado Romanus llegó a la ciudad. Había oído hablar de La Gargouille y quería intentar someter a la bestia. Si construían una iglesia, les propuso Romanus, y todos los vecinos aceptaban bautizarse, les libraría del dragón. Los aldeanos, que no eran idiotas, vieron que era un buen trato. ¿Qué podían perder, a parte del dragón?

»Así que Romanus se fue al Sena, llevando consigo una campana, una Biblia, una vela y un crucifijo. Encendió la vela y la colocó en el suelo, luego abrió la Biblia antes de llamar a gritos a La Gargouille. La bestia salió de su cueva despreocupadamente; después de todo, era un dragón, así que ¿qué podía temer de un simple humano? Su visitante no era más que un poco de carne fresca.

»En cuanto apareció el dragón, Romanus hizo sonar la campana (como si anunciara una muerte) y empezó a leer en voz alta la palabra del Señor.

»El dragón exhaló pequeñas bocanadas de humo cuando escuchó el sonido, como si le divirtiera, hasta que se dio cuenta de que ya no podía echar fuego. Sentía un dolor en los pulmones y, al poco, empezó a sentir cómo se desinflaban y le faltaba el aliento.

»Comprendiendo que no podía librarse del sacerdote rociándolo de fuego, La Gargouille arremetió contra el hombre. Romanus levantó la cruz y la mantuvo

directamente frente a la bestia, que descubrió que no podía avanzar, como si una mano invisible la empujara hacia atrás. No importaba hacia qué lado girase la criatura, el sacerdote orientaba hacia ella el crucifijo y La Gargouille no podía acercarse a su torturador. Con la cruz en una mano y la Biblia en la otra, Romanus siguió leyendo con fe; cada versículo era como una flecha bajo las escamas del dragón y cada capítulo como una lanza en su costado.

»La Gargouille nunca había experimentado nada parecido en sus muchos años de vida y empezó a recular. Trató de escapar en todas direcciones, pero Romanus utilizó el crucifijo para cerrarle el paso. Una vez atrapado el dragón dentro de su cueva, el sacerdote continuó leyendo los implacables versículos hasta que la criatura se desplomó de rodillas, derrotada. El acto final tuvo lugar cuando Romanus cerró la Biblia y apagó de un soplo la vela; la ceremonia se había completado: la bestia estaba domada.

»Perdidas las ganas de luchar, La Gargouille bajó la cabeza y permitió a Romanus echarle su hábito al cuello. El sacerdote utilizó entonces su crucifijo para trabar aquella especie de correa y tirando de ella condujo al derrotado dragón de vuelta a la ciudad.

»La única manera de matar un dragón, como todo el mundo sabe, es quemarlo en la hoguera, y eso fue lo que hicieron. Los aullidos de agonía de La Gargouille sonaban a música celestial a oídos de los vecinos. Los gritos continuaron hasta el mismísimo final, porque la cabeza y el cuello de La Gargouille se negaban a arder. La habilidad de echar fuego del dragón había inmunizado esas zonas contra el calor. Pero al final la bestia murió y los aldeanos se libraron de su antigua maldición.

»Los vecinos eran gente de honor y cumplieron su parte del trato. Todos y cada uno de ellos se bautizó y construyeron la iglesia prometida. La cabeza de La Gargouille, que no había ardido, se montó sobre la fachada de la iglesia y, en los siglos venideros, se convirtió en el modelo original de quimeras y gárgolas.

•••

Marianne Engel se volcó por entero en explicar el cuento, lo que me permitió observarla un poco más de cerca. Sus ojos, ese día azules, dejaron de vagar de un lado a otro por si se acercaban médicos. Me miró de una forma tan intensa, tan directa, que me hizo ruborizar. Fue sensual e inquietante.

Ella no era lo que se dice una belleza clásica. Tenía los dientes quizá un poco pequeños en relación a la boca, pero la microdoncia siempre me ha parecido sexy. Supongo que sus cejas serían demasiado tupidas para el gusto de algunos hombres pero, francamente, esos hombres son idiotas. El único punto realmente abierto a debate sería su nariz que, cuidado, no era demasiado grande, pero ciertamente no era una nariz delicada. Un pequeño bulto en el puente indicaba que se la había roto en el pasado, pero yo creo que le confería carácter. Podría alegarse también que las



ventanas de su nariz sobresalían ligeramente más de lo debido, pero cualquier juez razonable desestimaría el caso.

Su tez era pálida, como si le diera poco el sol. Parecía más delgada que gorda, aunque su capa hacía complicado calibrar las dimensiones de sus curvas. Era más alta que muchas mujeres, pero no tan alta como para quebrantar los límites que definían la norma. Agradablemente alta, se podría decir. ¿Cuántos años tenía? Difícil de adivinar, pero parecía estar a finales de la treintena.

Mucho después de que acabara de hablar me di cuenta de que seguía mirándola fijamente y de que ella sonreía, no ofendida, sino complacida. Dije lo primero que me pasó por la cabeza:

—¿Te has inventado tú ese cuento?

—No, es una antigua leyenda —rió—. Soy *malísima* inventando historias, pero sé de historia. Por ejemplo, ¿sabías que Juana de Arco fue quemada en Rouen y que tiraron sus cenizas al Sena?

—No, no lo sabía.

—Me gusta pensar que su cuerpo sigue formando parte del río.

Hablamos más, sobre varias cosas. Entonces la doctora Edwards, a la que reconocí por sus pasos, entró en la habitación para hacer su ronda y abrió las cortinas.

—¡Oh! —dijo, sorprendida de encontrar un visitante—. ¿Es un mal momento?

Marianne Engel se bajó la capucha y salió disparada, casi enredándose en la cortina de plástico al pasar como una exhalación junto a la doctora Edwards. Mientras salía, volvió la cabeza hacia mí y me imploró:

—¡No le cuentes nada!

• • •

En los días que siguieron a la visita de Marianne, Nan empezó a utilizar un dermatoma eléctrico para cosechar mi piel sana y trasplantarla a las zonas dañadas. Me dijo que era un paso adelante en mi tratamiento, pero no lo parecía. Los nervios de la piel sana seguían funcionando, de modo que cada una de las cosechas literalmente me arrancaba la piel a tiras, dejando tras de sí una herida abierta. La zona donante necesitaba dos semanas para reponerse y generar una nueva piel antes de que pudiera repetirse el procedimiento. Yo generaba nueva piel sólo para que me la arrancaran; era como una granja de dermis y el dermatoma era la cosechadora.

Después de cada cosecha me embadurnaban de cremas y envolvían en vendajes suaves. Unos pocos días después, una de las enfermeras, habitualmente Beth, realizaba el primer cambio de vendajes tras el procedimiento. Nan se quedaba a un lado, comprobaba el porcentaje de éxito que había tenido el injerto —la «toma»— y realizaba una estimación aproximada para calibrar si el tratamiento había resultado o no. Una toma del ochenta y cinco por ciento era buena; por debajo de ese porcentaje Nan chasqueaba rítmicamente la lengua. Menos de un sesenta por ciento quería decir

que tenía que realizar otro remiendo.

Incluso cuando la piel tomaba, la ausencia de glándulas sebáceas en la piel trasplantada provocaba una sequedad extrema. Decir que era como tener hormigas bajo la piel no es sólo un cliché, sino que no resulta lo bastante gráfico. Termitas leñadoras equipadas con pequeñas sierras eléctricas quizá fuera mejor; o cangrejos violinistas vestidos con cilicios y botas de fibra de vidrio; o una legión de minúsculas ratas tirando de pequeños arados de alambre de espino. ¿Cucarachas subepidérmicas bailando claqué con botas de fútbol y espuelas de vaquero? Quizá.

• • •

Esperé durante días a que Marianne Engel volviera.

Pensaba mucho en ella, lo que significaba que pasaba menos tiempo preocupándome por la siguiente sesión de desbridamiento o refinando mis planes de suicidio. Cuando empezó a dolerme el estómago me planteé si realmente echaba de menos a una mujer a quien apenas conocía. ¿Era posible que la añorase? Sinceramente, no lo sabía, pues la única vez que había sentido algo parecido fue cuando se les terminó la cocaína a mis camellos habituales.

Resultó que lo que sentía en mi estómago no era añoranza. Mis nerviosos intestinos no tardaron en lanzarse a bailar un doloroso flamenco. Mis tripas se pusieron al rojo vivo y en mi ano sonaban castañuelas. Nan me presionó el abdomen y me preguntó si dolía. Le dije que en esos momentos en mi barriga se estaba luchando la condenada guerra civil española. Al poco aparecieron otros doctores en mi habitación, un batallón en bata blanca que me hizo pensar en *En los campos de Flandes*. Me hicieron escáneres y radiografías y murmuraron cosas como «interesante» o «hmmm». (Por muy interesante que resulte algo, un médico nunca, nunca jamás debería decir «interesante» o «hmmm» delante de un paciente). Pronto esa bandada de médicos determinó que tenía una pancreatitis aguda y que buena parte de mi tejido pancreático había muerto. La necrosis pancreática es de dos tipos: estéril o infecciosa. La mía era infecciosa. Si no me operaban de inmediato tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Así que los doctores me dijeron que no quedaba otra opción que extirparme, tan rápido como fuera posible, un buen trozo del páncreas. Por qué no, dije encogiéndome de hombros. Cinco horas después del diagnóstico mi camilla entraba en el quirófano, donde el anestesista me pidió que contara hacia atrás desde diez. Llegué sólo a seis.

Los pacientes de quemados no pueden usar anestesia normal y lo que se les inyecta en su lugar —ketamina— a menudo causa alucinaciones. Por una vez tuve una alucinación maravillosa, un regalo inesperado en lo que por lo demás fue una experiencia horrenda. Yo miraba el océano, con una adorable mujer inglesa a mi lado. ¿Qué puede haber mejor para una víctima de quemaduras que soñar con agua?

• • •

Me desperté y me contaron que me habían extirpado la mitad del páncreas. Por si acaso, el cirujano también había extirpado un trozo de tejido intestinal dañado cercano al propio páncreas. Creo que debió pensar que, puesto que ya estaba allí, mejor quitaba todo lo que pudiera. Trozo a trozo, me estaba convirtiendo en basura hospitalaria. Quién sabe, quizá algún día los médicos agotarían la cantera en que me había convertido y me reducirían a la nada absoluta.

Marianne Engel estaba en una silla en una esquina de mi habitación, leyendo, vestida con ropas discretas. Cuando mis ojos se acostumbraron al ambiente, pude ver que lo que llevaba puesto era una bata de visitante. Se dio cuenta de que estaba despierto y se acercó a mí. El libro que llevaba se titulaba *Non Omnis Moriar*.

—¿Por qué estás aquí? —Esperaba una respuesta que masajeara mi considerable ego.

—He venido a ver cómo sufres.

—¿Qué?

—Me da envidia.

Al diablo con su enfermedad mental: era imposible que una víctima de quemaduras no se encolerizara si alguien le decía que envidiaba su sufrimiento. Me enfrenté a la niebla de la anestesia para lanzar un ataque tan cargado de ira como pude. No recuerdo exactamente mis palabras, pero sé que no fueron agradables...

Cuando entendió que me había ofendido, trató de explicarse:

—Envidia todo sufrimiento, porque es necesario sufrir para alcanzar la belleza espiritual. El sufrimiento te acerca a Cristo. Los que sufren son los elegidos de Dios.

—Entonces, ¿por qué no te prendes fuego —escupí— y ves lo bella que te vuelves?

—Soy demasiado débil —respondió, al parecer sin apreciar mi sarcasmo—. No sólo tengo miedo de las llamas, sino de morir antes de que mi sufrimiento fuera completo.

La anestesia me devolvió a la oscuridad. Me alegré de que me sacara de aquella conversación.

• • •

No estaba todavía clara cuál era la naturaleza exacta de la enfermedad de Marianne Engel, pero lo cierto es que cuando me dijo que «los que sufren son los elegidos de Dios» pensé que debía ser esquizofrénica.

Los esquizofrénicos suelen tener una relación complicada con la religión. Algunos médicos creen que tiene que ver con la edad en la que surge la enfermedad: habitualmente se presenta entre los diecisiete y los veinticinco años, un período en que mucha gente cuestiona por primera vez sus creencias religiosas. Los esquizofrénicos suelen pasar por fases de percepción hipertrofiada —o, directamente, de alucinaciones, a veces auditivas— que pueden llevarles a creer que han sido

elegidos específicamente por Dios. El hecho de que muchos de ellos no puedan comprender que el simbolismo de la religión es metafórico empeora las cosas todavía más.

El cristianismo se fundamenta en la idea de que Jesús murió por los pecados de la humanidad: Cristo fue torturado y clavado en la cruz para redimirnos a todos. Lo que sucede es que cuando un esquizofrénico analiza esta historia, fácilmente puede concluir que si Jesús es el amado hijo de Dios y Jesús soportó horribles sufrimientos, se deduce de todo ello que Dios ama más a aquellos que más sufren.

La tradición de creyentes devotos convencidos de que el sufrimiento les acerca al Salvador se remonta muy atrás, pero siempre es mejor explicarla a través de un caso concreto. Por este motivo, permítame que le hable de la vida de un tal Enrique Suso, un místico alemán. Nacido en 1295 d. C., Suso se convertiría en una de las figuras religiosas más importantes de su tiempo y se hizo célebre como *el Minnesänger* —«el Trovador»— por la calidad poética de sus escritos.

Suso entró en la orden de los dominicos en Constanza a los trece años y, según él mismo explicó, durante los primeros cinco años de vida religiosa no hizo nada excepcional. A los dieciocho, sin embargo, tuvo una epifanía, una sensación de gloria celestial tan intensa que creyó que el alma se le separaba del cuerpo. Consideró ese acontecimiento tan importante que empezó con él su autobiografía, *La vida del sirviente*.

Algunos académicos afirman que *La vida del sirviente* es la primera autobiografía escrita en lengua alemana, mientras otros sostienen que no se trata en absoluto de una obra autobiográfica. Parece ser que Elsbeth Stagel, una joven del convento de Töss que se convirtió en hija espiritual favorita de Suso, escribió la mayor parte del texto. Al parecer utilizó como base para el libro muchas de las conversaciones que tuvo con Suso, sin que éste lo supiera ni consintiera. Cuando Suso descubrió lo que había hecho, quemó parte del manuscrito antes de que un «mensaje divino» le ordenara preservar lo que quedaba. Nadie sabe cuánto de *La vida del sirviente* fue escrito por Stagel y cuanto por Suso.

*La vida* es un relato fascinante y aporta detalles maravillosos sobre las visiones que Suso tuvo a lo largo de su vida: Dios le mostró cómo eran el Cielo, el Infierno y el Purgatorio, y al parecer las almas de los difuntos le explicaron pormenores de la vida en el más allá. Muy bueno ¡y terroríficamente dramático! Pero los fragmentos más sorprendentes de *La vida* son las descripciones que Suso —o Stagel— hace de las mortificaciones que se infligía a sí mismo.

Suso creía que las comodidades corporales debilitaban el espíritu, por lo que, según afirmaba, no había entrado en una habitación con calefacción en veinticinco años y se abstenía de beber agua hasta que la lengua se le agrietaba por la falta de humedad y tardaba un año en sanar. Limitó al mínimo la ingestión de comida —sólo se alimentaba una vez al día y nunca tomaba carne, pescado o huevos— y, como una vez tuvo una visión en la que deseaba una manzana más de lo que deseaba la

Sabiduría Eterna, para castigarse pasó dos años sin comer fruta. (Es increíble que no comprendiera la moraleja de su visión y se dedicara a comer la fruta real y no la fruta metafóricamente prohibida).

En la parte inferior de su cuerpo, Suso vestía ropa interior que tenía ciento cincuenta clavos de latón con las puntas hacia la piel. En la parte superior, llevaba un cilicio ceñido con una cadena de hierro y debajo un crucifijo de un palmo con otros treinta clavos de latón. Lo llevaba en la espalda, entre los dos omoplatos, de modo que cualquier movimiento que hiciera —y muy especialmente cuando se arrodillaba a orar— provocaba que los clavos se hundieran en su carne. Como si todo eso no fuera suficiente, después se echaba vinagre en las heridas. Suso llevó ese crucifijo erizado durante ocho años, hasta que Dios se le apareció en una visión y le ordenó no hacerlo.

No se quitaba todas esas mortificantes vestiduras cuando se echaba a dormir... sobre una vieja puerta que hacía las veces de colchón. Cuando se estiraba, se ataba las manos con anillas de cuero para evitar usarlas para espantar a las ratas que le roían por las noches. Como a veces rompía esas ligaduras mientras dormía, adoptó la costumbre de ponerse también guantes de cuero cubiertos con afiladas tachuelas de latón que le arrancaban la piel con tanta eficacia como lo hubiera hecho un rallador de queso. Suso fue fiel a estos hábitos durante siete años hasta que, en otra visión, Dios le ordenó tirar todos aquellos instrumentos nocturnos a un río cercano.

En lugar de aliviarle, estas intervenciones divinas prohibiéndole mortificarse le angustiaron profundamente. Cuando una monja le preguntó cómo estaba, Suso repuso que no muy bien porque llevaba un mes sin sentir dolor y temía que Dios le hubiera olvidado.

Pero incluso todos esos tormentos físicos le resultaban insuficientes, pues no le permitían mostrar una señal tangible de lo mucho que amaba al Señor. Para remediarlo, Suso se abrió las vestiduras una noche y utilizó una pluma afilada para grabarse las letras «IHS» en la carne sobre el corazón. (Si eso le suena a griego, está bien encaminado: IHS es el nombre de Cristo abreviado en lengua griega). Los cortes sangraron abundantemente, pero él afirmó que el éxtasis en que se encontraba le impedía sentir dolor. Las letras escarificadas no se le borraron nunca y él guardó su herida en secreto hasta el final de su vida; afirmaba que cuando se sentía angustiado le calmaba saber que el nombre de Cristo se movía con cada latido de su corazón.

Suso murió en 1366 tras una larga vida que, uno imagina, le debió de parecer todavía más larga de lo que fue.

Me parece muy interesante que Suso tuviera su «epifanía» a los dieciocho años, precisamente cuando es más habitual que se manifieste la esquizofrenia. Puestos a ser esquizofrénico, pocas épocas y lugares mejores que la Alemania del siglo XIV. En aquella época mística tus visiones no eran temidas, sino reverenciadas. Si te infligías dolor hasta perder el conocimiento no se te consideraba una persona con tendencias autodestructivas, sino alguien que trataba de emular a Cristo. Si oías voces, es que tenías línea directa con Dios.

Pero a pesar de todo esto, hay un hecho de la vida de Enrique Suso que encuentro particularmente interesante, aunque es algo que no he podido verificar en mi investigación bibliográfica.

Marianne Engel me dijo que, hace tiempo, le conoció.

• • •

Cuando volví a despertar Marianne Engel ya no estaba allí, pero me había dejado un regalo en la mesilla de noche: una pequeña gárgola de piedra.

Tomé el pequeño diablillo entre mis manos. De unos quince centímetros, la gárgola parecía un *gyoza* semihumano cocinado hasta adoptar el color de una melancólica nube de lluvia. La barriga le caía sobre las piernas cruzadas, tenía los codos apoyados en las rodillas y descansaba el mentón sobre sus manos de tres dedos. En la espalda tenía unas alas cortas y gruesas, supongo que más para presumir que para volar. Sobre sus encorvados hombros descansaba una cabeza grande como una roca a punto de despeñarse por un acantilado. Tenía unos ojos enormes que amenazaban desde un ceño neandertal y una boca llena de dientes desiguales. La gárgola parecía querer fruncir el ceño, pero no acababa de salirle. Su expresión era dulce y triste y de algún modo muy humana, como la de un hombre desolado que se ha pasado toda la vida arrastrándose de un accidente a otro hasta que la acumulación le ha aplastado bajo el peso de las palabras que ya no puede pronunciar.

Mi estado físico mejoró rápidamente en los días que siguieron a la operación. El barco basurero que era mi estómago aprendió a flotar de nuevo, aunque ya no era capaz de llevar una carga completa. Mi pierna derecha, con su rodilla maltrecha y su cadera destrozada, empezaba a arreglarse y los médicos me prometieron que pronto me quitarían la escayola de arañas mecánicas. Cada día que pasaba me sentía un poco mejor dentro de la cama esqueleto.

Nan me iba haciendo pruebas y escribiéndose mensajitos a sí misma en mi historial. Aunque siempre mantuvo una actitud profesional, yo acabé llamándola Nan muchas más veces que doctora Edwards. No sé si le desagradaban estas familiaridades pero nunca me pidió que la tratase de usted. Supongo que eso me dio ánimo y en un momento de curiosidad le pregunté si estaba casada. Dudó un momento y estuvo a punto de contestar, pero al final decidió no hacerlo.

• • •

La silla junto a la cama esqueleto siguió vacía excepto cuando se sentaban en ella las enfermeras o Nan. Un día sin Marianne dio paso a otro día sin Marianne, luego a un tercero, a un quinto, hasta que se culminó una semana sin Marianne. Yo quería preguntarle por la pequeña gárgola, saber por qué me la había dado, qué significaba.

Yo leía mucho, la mayor parte novelas de abogados que no me gustaban. Necesitaba cambiar de género, así que le pedí a Nan que me prestara algunos libros

sobre patologías psicológicas.

—Seguro que tienes algo sobre esquizofrenia, maniaco depresivos, bipolares, o algo por el estilo.

—No es mi área —me contestó—. Además, deberías leer sobre quemaduras.

Nan ya me había traído una serie de libros sobre recuperación de quemados que seguían intactos en mi mesilla de noche. No los leía simplemente *porque* eran lo que se suponía que tenía que leer. Hicimos un trato: por cada libro de psicología que me trajera, leería uno de los libros de quemaduras. Nan lo consideró una victoria e insistió en que empezara por uno de sus libros.

Poco después Gregor vino a mi habitación —sus pantalones de pana rozándose— a traerme un libro. Me lo entregó y me dijo que la doctora Edwards le había pedido que me lo prestase de la biblioteca privada que tenía en su despacho.

—¿No le estará volviendo loco este sitio? —me preguntó.

Por la forma en que se rió de su propia gracia, me pregunté si la había venido ensayando todo el camino desde el pabellón psiquiátrico. Cuando le pregunté si era normal que los psiquiatras se refirieran a sus pacientes como «locos», se secó una gota de sudor del entrecejo con un pañuelo de tartán y, en lugar de contestarme, me preguntó por qué estaba tan interesado en la esquizofrenia y en la depresión maniaca.

—No es asunto suyo —le dije.

Gregor abrió la boca como si fuera a añadir algo pero se limitó a sonreír y a acariciar la cabeza de mi pequeña gárgola.

—Me gusta esto —dijo y se marchó de mi habitación dando pequeños pasos con sus mocasines con borlas.

• • •

Al día siguiente entró en mi habitación una mujer asiática muy pequeña que a primera vista parecía más una muñeca que una persona real.

Por favor no se precipite a concluir que me adhiero al estereotipo de que todas las mujeres asiáticas parecen muñecas. No estoy pensando en la típica muñeca de porcelana. Esta mujer tenía la cara ancha, la nariz chata y una sonrisa fabulosa. (Siempre he odiado a la gente que puede sonreír de oreja a oreja sin parecer estúpida). Sus mejillas eran como manzanas maduras que, vistas junto a la camiseta a rayas y el mono tejano que vestía bajo la bata, creaban la sensación de una enorme muñeca Raggedy Ann oriental.

—¡Hola! Me llamo Sayuri Mizumoto. Encantada de conocerle.

Lanzó su mano hacia la mía y la estrechó enérgicamente. Y aunque no lo escriba, dé por sentado de ahora en adelante que siempre que Sayuri hablaba lo hacía con una enorme sonrisa.

—¿Qué tipo de nombre es Sayuri?

—Uno muy bonito —respondió con cierto deje australiano—. Ahora, siéntese.

Le pregunté por qué esperaba que la obedeciera.

—Porque soy su fisioterapeuta. Y ahora siéntese.

—Ni siquiera sabe si...

—¡He hablado con la doctora Edwards y me ha dicho que puede hacerlo!

En su *¡puede hacerlo!* había una extraña mezcla de júbilo y proclamación. Colocó sus manos tras mi espalda y se afianzó para ayudarme a levantarme. Me previno que probablemente me marease un poco al subirme la sangre a la cabeza, y protesté diciendo que no estaba seguro de que todo aquello fuera buena idea.

—Claro que es buena idea —me animó—. ¡Vamos, tres, dos, uno, ahora!

Y me levanté; para ser una muñeca, era muy fuerte. Durante unos instantes, sujetado por ella, me sentí bien. Luego llegó el ataque de vértigo y la habitación empezó a dar vueltas. Sayuri me puso una mano en la nuca para evitar que la cabeza me diera físicamente vueltas.

—¡Lo está haciendo muy bien! Ahora quédese quieto.

Cuando me volvió a bajar, comentó.

—No ha sido tan difícil, ¿a que no?

—Ha sido una puta pesadilla.

—¡Horror! —Se llevó la mano a la boca fingiendo espanto—. Realmente es usted como me contaron. ¿Nadie le ha dicho nunca que la boca es la puerta de entrada de todas las desgracias?

• • •

Cuando desperté de la siesta, Marianne Engel estaba en pie a mi lado y había corrido las cortinas. En la silla junto a mi cama colgaba una de las batas de visitante; se la había puesto, descubrí más tarde, para apaciguar a la enfermera que la había descubierto colándose y se la había quitado en cuanto había podido. De modo que se había quedado con su ropa de calle: una amplia blusa blanca metida por dentro de sus tejanos desteñidos ceñidos con un cinturón de pequeños discos plateados. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y le caía por la espalda. Su rostro reflejaba calma y sus ojos brillaban —verdes, definitivamente verdes—. En la pernera derecha de su pantalón vivía un dragón bordado.

Había acertado al imaginar que Marianne Engel tenía buen tipo. El dragón parecía de acuerdo conmigo, pues trepaba hacia arriba desde el tobillo hasta la cadera, enredándose alrededor de su muslo y acariciándolo. Cada escama del animal era una lentejuela de colores y sus ojos de rubí piezas de bulbosa bisutería. Sacaba la lengua lamiendo juguetonamente las nalgas de la mujer. Las garras, zurcidas en negro, se clavaban en la deliciosa carne de su pierna.

—Me gustan tus pantalones —dije—. ¿Dónde has estado?

—He estado ocupada —contestó—. Los pantalones son un regalo.

—¿Haciendo qué? ¿De quién?



—Trabajando, pero luego me puse enferma. —Acercó una silla a la cama y se sentó—. Los pantalones me los regaló Jack.

—Siento que estuvieses mala. ¿Quién es Jack?

—Me estoy recuperando. ¿Estás celoso?

—Me alegro mucho. ¿Hoy no te escondes de los médicos?

—No. ¿Estás celoso?

—¿De Jack? —Repuse, fingiendo poco interés—. Así, ¿ya te llevas mejor con los doctores?

—Yo no diría tanto. No quiero hablar de ello.

—¿De los médicos o de Jack?

—De los médicos —contestó—. ¿Quieres hablar de Jack?

—Por supuesto que no. Es tu vida privada, ¿no?

—Nuestra relación es compleja.

—¿Con Jack?

—Con los médicos. —Marianne Engel tamborileó los dedos en los ojos enojados de su pantadragón—. Pero la doctora Edwards parece normal, supongo.

—Sí. Así que te has curado de tu enfermedad, fuera la que fuese.

—Era más agotamiento que otra cosa. —Ladeó la cabeza—. Háblame de tu accidente.

—Estaba colocado y me despeñé con el coche por un barranco.

—Quien come fuego, caga chispas.

Señalé la estatuilla sobre mi mesita de noche.

—Me gusta la gárgola.

—No es una gárgola, es un grotesco.

—Lo que tú digas.

—Puedo decir muchas cosas —contestó Marianne Engel—, pero es un grotesco. Una gárgola es un desagüe en una fachada.

—Todo el mundo llama a estas cosas gárgolas.

—Pues todo el mundo se equivoca. —Sacó un cigarrillo de un paquete y, sin encenderlo, empezó a hacerlo rodar entre el pulgar y el índice—. Las gárgolas alejan el agua de las paredes de las catedrales para que no erosione los cimientos. Los alemanes las llaman *Wasserspeier*. ¿Te acuerdas de eso?

—¿Acordarme de qué?

—La traducción literal es «Escupideras de agua».

—¿Por qué sabes tanto sobre ello?

—Sobre grotescos o sobre idiomas.

—Sobre las dos cosas.

—Me dedico a los grotescos —contestó Marianne Engel—. Los idiomas son una afición.

—¿Qué quiere decir que te dedicas a los grotescos?

—Los esculpo. —Señaló con el mentón el monstruo atrofiado que sostenía en mis

manos—. Ése lo he hecho yo.

—A mi psiquiatra le gusta.

—¿Qué psiquiatra?

—El doctor Hnatiuk.

—Es mejor que muchos de sus colegas.

—¿Lo conoces? —pregunté ligeramente sorprendido.

—Los conozco a casi todos.

—Háblame de tus esculturas.

—Empecé a interesarme por la escultura viéndote esculpir a ti. —Con la otra mano jugaba ahora con su collar de punta de flecha.

—Yo no esculpo.

—Esculpías.

—No, nunca lo he hecho —insistí—. Cuéntame por qué te gusta esculpir.

—Es un arte que funciona hacia atrás. Acabas con menos de lo que empezaste. —  
Se detuvo—. Es una pena que no te acuerdes de esculpir. Todavía conservo algo que hiciste tú.

—¿Qué?

—Mi *Morgengabe*. —Marianne Engel me miró intensamente, como esperando que un recuerdo inexistente volviera a mi mente. Cuando vio que no iba a suceder, se encogió de hombros y se recostó en la silla—. Jack es mi representante.

Una relación profesional. Bien.

—Háblame de él.

—Creo que prefiero que te lo imagines. —Decididamente ese día estaba de muy buen humor—. ¿Qué tal si te cuento un cuento?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—Vale.

## IV

Ojalá conociera la fecha exacta de mi nacimiento, pero sólo sé que fue en algún momento del año 1300. Nunca conocí a mis padres naturales, que me dejaron en una cesta frente a la puerta del monasterio de Engelthal a mediados de abril cuando tenía sólo unos días. Normalmente no hubieran acogido y criado a una niña abandonada —no era un orfanato, después de todo— pero el destino quiso que me encontraran la hermana Christina Ebner y el padre Friedrich Sunder después de haber pasado la tarde discutiendo qué constituía una señal de Dios.

La hermana Christina había entrado en el monasterio con doce años y había empezado a tener visiones dos años después. Cuando me encontró estaba principiando la veintena y ya gozaba de una sólida reputación como mística. El padre Sunder se acercaba a los cincuenta. Era un capellán de la zona que había entrado en la Iglesia mucho más tarde que la mayoría. Llevaba unos veinte años siendo el confesor de las monjas de Engelthal. Pero lo más importante de ambos era su forma de ser, pues si no hubieran tenido tan buen corazón, todo hubiera sido muy diferente.

Había dos notas en mi cesta, una escrita en latín y la otra en alemán, pero ambas con el mismo mensaje. *Una niña predestinada, la décima de una buena familia, entregada como ofrenda a nuestro Salvador Jesucristo y al monasterio de Engelthal. Hágase con ella la voluntad de Dios.* En aquellos tiempos era raro encontrar a un plebeyo que supiera escribir un idioma, y mucho menos dos, así que supongo que el mismo hecho de que me acompañaran aquellas notas avalaba la afirmación de que procedía de una buena familia.

Por lo que comprendí, la hermana Christina y el padre Sunder decidieron rápidamente que la aparición de una niña precisamente esa noche no era una coincidencia, y tampoco me perjudicó que la propia hermana Christina fuera también la décima hija de su familia. Cuando me llevaron juntos a la priora, ésta no vio cómo oponerse a los razonamientos combinados de ambos. ¿Podía ignorar acaso la priora la posibilidad de que mi aparición en la puerta hubiera sido ordenada desde arriba? Cuando se trata de mensajes del Señor, es mejor pecar por exceso de prudencia. Ése era el sentimiento general entre las hermanas del monasterio, aunque hubo una que se opuso enérgicamente a que se me quedaran. Fue la hermana Gertrud, la *armarius*, es decir, la maestra de amanuenses de Engelthal. Debes recordar su nombre y también el de su ayudanta, la hermana Agletrudis. Ambas serían determinantes en mi vida, habitualmente en un sentido negativo.

Se consideraba a Engelthal uno de los centros espirituales más importantes de Alemania. Quizá por eso te figures que me criaron de una forma muy estricta, pero lo cierto es que no fue así. Las monjas me trataron bien, probablemente porque las distraía de su rutina diaria. Me encantaba hacerlas sonreír porque tan pronto como se daban cuenta de que sonreían hacían lo imposible por recuperar la seriedad. Me sentía como si hubiera quebrantado una regla.

Siempre me sentí especialmente cercana a la hermana Christina y al padre Sunder, que se convirtieron para mí en una especie de tutores, un hecho que se reflejaba en el nombre que usaba para Sunder. Con todo derecho podría haber dispuesto que todos le llamaran «padre», pero su humildad era tal que pedía que le llamaran «hermano». Así que para todos los demás era el hermano Sunder, pero para mí siempre fue «padre». Supongo que me permitía llamarle padre porque yo veía un aspecto de su personalidad que nadie más apreciaba... bueno, excepto el hermano Heinrich, con el que compartía una pequeña casa entre los montes en el bosque. En cualquier caso, yo oía la risa del padre Sunder cuando casi todos los demás sólo veían su intensidad.

Todas las demás monjas entraron en el monasterio después de haber pasado la infancia en otros lugares, pero yo pronuncié mi primera palabra ante el padre Sunder. «*Gott*», Dios, qué entrada más gloriosa al lenguaje. Después de eso, ¿cómo podía ponerse conmigo la misma máscara de piedad que mostraba a todos los demás? No encajaba bien en su cara cuando estaba jugando con una niña, y para cuando quiso ponérsela en mi presencia, era demasiado tarde. Pero a pesar de ser una niña, yo comprendía bien que él tenía que mantener una determinada imagen ante los demás y su secreto siempre estuvo a salvo conmigo.

El padre Sunder no se quitaba el cilicio y se mortificaba constantemente, llamándose a sí mismo pecador —principalmente por las «transgresiones de su juventud», fueran cuales fuesen— y suplicando el perdón. Creía que estaba «contaminado» por las cosas que había hecho antes de tomar los hábitos. Pocas veces se mortificaba delante de mí pero, cuando lo hacía, el hermano Heinrich aguardaba silenciosamente en una esquina de la casa con gesto de desaprobación.

Aunque no se perdonaba a sí mismo, el padre Sunder siempre perdonaba a los demás. Y tenía una voz, la más dulce que puedas imaginar. Cuando hablaba, no podías evitar sentir no sólo su amor, sino también el de Dios.

La hermana Christina... no sé ni por dónde empezar. Era una mujer asombrosa. Había nacido un Viernes Santo, la primera señal de que su vida estaba bendita. La gente decía que de todos los representantes de Dios en la Tierra, estaba entre los quince más santos. De niña siempre lo creí y sólo mucho más adelante llegué a preguntarme cómo se podía medir una cosa así. Las visiones de la hermana Christina y su talento literario hicieron célebre al monasterio. Siempre estaba escribiendo y crearía dos obras maestras —*Revelaciones* y *El libro de las hermanas de Engelthal*, una historia de las monjas importantes que nos habían precedido—. Su trabajo sirvió de inspiración para que otras en el monasterio se pusieran también a escribir. Por ejemplo, Gertrud, del *scriptorium*, escribió *La vida de la hermana Gertrud de Engelthal* con la ayuda del hermano Heinrich y del hermano Cunrat pero, a decir verdad, siempre me pareció que lo único que pretendió con su libro fue aumentar su fama.

Gertrud tenía la extraña costumbre de sorber aire constantemente. Era imposible

no darse cuenta e igual de imposible que no te molestase. Se decía que su madre había dado a luz a ocho niños antes que a ella, todos partos dolorosos, pero que el de Gertrud había sido totalmente indoloro. Una se pregunta qué tiene que ver eso con nada, pero desde el principio igualó a Gertrud con el Dios niño, porque se decía que también Su parto había sido indoloro, un nacimiento tan inmaculado como Su concepción. La gente decía que Gertrud nunca mamó del pecho de su madre, que simplemente sorbía aire como si extrajera directamente de él la dulzura de Dios. Siempre sospeché que siguió sorbiendo aire durante toda su vida para que nadie olvidara aquella historia.

De todos los libros que surgieron de este período de inspiración, mi favorito es *La misericordiosa vida de Friedrich Sunder*. Bueno, era mi favorito, pero no me gustó nada lo que hicieron con él. Tras la muerte del padre Sunder lo censuraron y, entre otras muchas cosas, eliminaron toda referencia a mí. No me quejo por vanidad sino que me ofendió —me ofende— que pervirtieran su intención.

Sea como fuere, éstas eran las personas entre las que crecí. Cuando le pregunté a la hermana Christina cuándo me permitirían vivir en el mundo exterior, me dijo que nunca, pero que no se trataba de algo de lo que lamentarse, sino de un don que celebrar. Dios había sido generoso y había revelado su plan para mí desde el mismo día de mi nacimiento, llevándome directamente a Engelthal. A ninguna de las otras monjas, ni siquiera a la propia Christina, se les había permitido pasar su vida entera en la gloria del servicio a Dios. «Eres una niña con mucha suerte», me dijo, dando la conversación por zanjada.

Se esperaba que cuando creciera yo también tomara la pluma. Las expectativas se desbordaron cuando aprendí a hablar siendo muy pequeña y adopté el latín como lengua materna. Obviamente, yo no me acuerdo, pero me dijeron que apenas me molesté en pronunciar algunas palabras sueltas antes de lanzarme directamente a hablar con frases completas. Debes comprender que en aquellos tiempos se consideraba a los niños básicamente adultos imperfectos. Nadie se planteaba desarrollar la personalidad de un niño porque se consideraba que el carácter quedaba fijado en el nacimiento. La niñez era un período de revelación, no de desarrollo, así que cuando salieron a la luz mis habilidades lingüísticas se dio por hecho que siempre las había tenido, otorgadas por Dios, esperando para manifestarse.

Me encantaban los visitantes que llegaban a Engelthal. Los vecinos de los alrededores acudían a tratarse en nuestra enfermería y lo correcto era atenderles, no sólo por caridad, sino por necesidad política. El monasterio se expandía rápidamente con donativos de tierras de la nobleza y con ellas heredábamos también los siervos que las habitaban. Había también otro tipo de visitantes, sacerdotes viajeros que querían comprobar qué había en Engelthal que provocaba tales visiones a sus monjas o que, desde un punto de vista más práctico, buscaban techo para pasar la noche. A mí me interesaba lo mismo un granjero enfermo que un noble, pues todos me contaban historias sobre el mundo exterior.

La hermana Christina me permitía estar presente cuando venían visitantes. Yo me sentaba en silencio en una esquina de la habitación y me concentraba intensamente en la conversación, perfeccionando el arte de pasar desapercibida. Gertrud no lo aprobaba, por supuesto, y me lanzaba alguna mirada desde su larga y delgada nariz. La edad le estaba castigando la vista, por lo que cada vez le costaba más enfocar el objeto de su desprecio.

A Gertrud no le gustaban los visitantes porque le hacían perder el tiempo, ya que entre sus obligaciones como *armarius* del monasterio se encontraba la de oficiar como traductora cuando fuera necesario. No lo hacía muy bien, pues su francés e italiano eran, en el mejor de los casos, flojos, pero su cargo comportaba esa responsabilidad. La mayoría de nuestros visitantes hablaban latín o alemán, pero me gustaban los que se expresaban en lenguas exóticas. Fue durante estas conversaciones cuando agucé mi sentido del oído. El desafío no consistía sólo en entender las palabras extranjeras, sino en comprender también las ideas y conceptos de los extranjeros. Por ejemplo, sabía que el papa Clemente había trasladado la sede del papado a Aviñón, pero ¿por qué? ¿Y dónde estaba Aviñón? ¿Cómo era ese sitio? Una noche, escuché la primera discusión de mi vida. Un huésped extranjero osó cuestionar la santidad del difunto papa Bonifacio y Gertrud saltó inmediatamente en defensa de Su Santidad. Para una niña pequeña, fue algo sobrecogedor.

Recuerdo claramente la noche en que se reveló mi talento. Estaba entre nosotros un visitante extranjero y Gertrud, como era habitual, traducía a trancas y barrancas. Nunca entendí por qué le resultaba tan complicado, pues yo lo entendía todo con facilidad. Fuera cual fuese la lengua que se hablara, yo simplemente la entendía. Esa noche el visitante era italiano, un anciano pobre y sucio. Era obvio que no iba a seguir mucho tiempo en este mundo y trataba desesperadamente de hacer comprender su situación. Gertrud levantó los brazos disgustada y proclamó que su acento era demasiado vulgar para poder descifrarlo.

Quizá fue porque el anciano parecía muy frágil o quizá por cómo chirriaban sus pulmones cuando respiraba. Quizá fue porque dio las gracias a las monjas tras cada cucharada de gachas que se llevó a la boca, sin pronunciar una sola mala palabra a pesar de que nadie le entendía. O quizá fue porque sentí que si nadie hablaba con él aquella misma noche, era posible que se fuera de este mundo sin hablar con nadie más. Fuera como fuese, rompí mi código de silencio y me levanté de mi rincón. En su dialecto del italiano le pregunté: «¿Cuál es su nombre?».

Levantó la mirada de su cuchara embargado de alegría. «Paolo», contestó, y me preguntó cómo hablaba su italiano. No sé ni como ni por qué, le dije, simplemente lo hablo. Le expliqué que escuchaba hablar a los extranjeros que venían de visita y que, después de que se hubieran ido, antes de irme a dormir conversaba mentalmente en sus lenguas conmigo misma. Me dijo que era algo fantástico. Cuando le pregunté de dónde era, me dijo que había pasado la mayor parte de su vida en Florencia, pero que había nacido en el sur profundo, en un área célebre por hablar un vernáculo muy

ordinario. Su acento, me explicó, era una mezcla horrorosa de los dos sitios. Al decir esto rió y su risa hizo que la hermana Christina se recuperase del asombro. Empezó a hacerme preguntas, que supongo que estaban destinadas tanto a probar mis habilidades como traductora como a descubrir información. Así fue como di voz a la historia del anciano.

Paolo había pasado toda su vida casado con una mujer a la que había amado con todo su corazón. Ella había muerto recientemente y él supo que la seguiría pronto. Por eso estaba viajando, porque nunca había visto otros países que no fueran el suyo y no quería morir sin saber nada del mundo. No temía a la muerte, pues había sido un buen cristiano y esperaba su recompensa final. Preguntó si podría pasar una sola noche en el monasterio antes de seguir su viaje. La hermana Christina accedió, pues la priora le había dado potestad para tomar esa decisión en su nombre, y Paolo le agradeció su bondad. Por primera vez en mi vida me sentí importante.

Paolo sacó un libro de su bolsa y lo alargó hacia mí. Era obvio que quería que me lo quedase.

—Dentro de poco no lo necesitaré —dijo.

La hermana Christina dio un paso adelante y lo rechazó en mi nombre.

—Dile que tiene tan poco que no podemos quitarle lo poco que tiene. Pero dale las gracias.

Lo traduje y Paolo asintió. Dio las gracias a las monjas una vez más antes de marcharse a la celda que le habían asignado.

La hermana Christina me dijo que a la mañana siguiente, después de maitines, me reuniera con ella y con la priora en la sala capitular. Le pregunté si tendría problemas por haber hablado, pero la hermana Christina me aseguró que no.

Cuando llegué allí a la mañana siguiente, la priora estaba sentada en su escritorio, con la hermana Christina tras ella. Gertrud estaba al otro lado de la habitación con aire de que aquello no iba con ella. La priora era una buena mujer, pero aun así me asustaba. Simplemente era demasiado vieja y tenía la mandíbula arrugada como un perro de caza.

—Según me dice la hermana Christina tuvimos una revelación anoche —gruñó—. Niña Marianne, no hay forma concebible de que conocieras el idioma italiano. ¿Qué método utilizaste para entenderlo y hablarlo?

La hermana Christina asintió para animarme, así que me armé de coraje y empecé a hablar.

—Cuando escucho una lengua, simplemente la entiendo —dije—. No comprendo cómo no lo puede hacer todo el mundo.

—¿Puedes hacerlo también con otras lenguas? Es realmente extraordinario.

—Si se me permite hablar —interrumpió Gertrud. La anciana asintió—. Su juicio es admirable, priora, como siempre. Aun así, creo que sería prudente preguntarnos de dónde puede proceder esta inusual habilidad. Le apremio a que estemos en guardia, pues no sabemos nada del nacimiento de esta niña. ¿Cómo podemos estar seguras de

que esta habilidad es un don del Señor y no de... alguna otra Entidad?

Yo no estaba en posición de contradecir a Gertrud pero, afortunadamente, la hermana Christina sí.

—¿De dónde sugeriría *usted* que procede, hermana Gertrud?

—Es mejor no pronunciar tales nombres, pero usted sabe bien que hay fuerzas de las que los que siguen el recto camino deben guardarse. No estoy diciendo que *éste* sea el caso, sólo digo que haríamos bien en considerar todas las posibilidades.

La priora respondió a la acusación.

—Hasta que no haya motivo para creer otra cosa, asumiremos que ésta es en verdad una revelación de Dios y no un truco del Enemigo.

Me pareció que Gertrud quiso añadir algo, pero se contuvo.

—Sí, priora, por supuesto.

La anciana continuó:

—Propongo que consideremos esto no sólo una revelación sino también una vocación. ¿Hablan todos diferentes lenguas? ¿Traducen todos? No. Cuando se descubre un don como éste, es nuestro deber procurar que sirva a la gloria de Dios. ¿No está de acuerdo, hermana Gertrud?

—Estoy de acuerdo en que todas debemos hacer cuanto podamos para servir al Señor. —Gertrud empujó las palabras de su boca como un avaro saca monedas de su bolsa.

—Me alegra oír eso —continuó la priora— pues he decidido que lleves a la niña al *scriptorium*. Está claro que su don pertenece al reino del lenguaje y por tanto su formación debe empezar de inmediato.

El corazón se me hundió en el estómago. Si hubiera pensado que me asignarían a la tutela de Gertrud, nunca me habría levantado de mi rincón. Lo que la priora consideraba mi «recompensa» en realidad era el más cruel castigo posible, y estoy segura de que Gertrud estaba todavía más disgustada que yo. Al menos por fin estábamos de acuerdo en algo: era una idea horrible.

—Marianne es todavía una niña —protestó Gertrud— y ciertamente no está lista para asumir tales responsabilidades. Aunque haya demostrado que posee ciertas habilidades rudimentarias, para trabajar en el *scriptorium* hacen falta otras cosas. Paciencia, por ejemplo, y una atención al detalle que es imposible en una niña.

—Pero aprenderá —respondió la priora— de tu ejemplo.

—Le suplico que discutamos más el asunto. Comprendo su razonamiento, pero...

La priora la cortó en seco.

—Me alegro que lo comprenda. ¿No querrá que me oponga a la voluntad del Señor, verdad, hermana Gertrud?

—Por supuesto que no, priora.

Gertrud tenía las manos tras la espalda y pude oír cómo rascaba con las uñas el tejido de su hábito. La hermana Christina se me acercó, me puso la mano en el hombro y pidió permiso a la priora para estar a solas conmigo unos momentos. La



priora accedió y salió de la sala. Gertrud también se marchó, sorbiendo aire enfadada y esforzándose por no dar un portazo. No lo consiguió.

—Sé que no te parece buena idea, pero creo que la hermana Gertrud es una mujer buena y santa y puedes aprender mucho de ella. A pesar de que no lo comprendas ahora, tus dones son tan excepcionales como inesperados. El Señor obviamente tiene grandes planes para ti y sería perverso por mi parte quedarme cruzada de brazos. Debemos confiar en esta revelación y recordar que el Señor no deja nunca nada al azar.

Puedes imaginarte cómo se tomaría una niña esa explicación, aunque fuera una niña criada en un monasterio. ¿Cómo podía el plan de Dios querer que Gertrud fuese mi maestra? Aullé hasta que se me pusieron las mejillas rojas y mi rostro quedó anegado en lágrimas. La hermana Christina me dejó desfogarme e incluso encajó mis infantiles puñetazos. Esquivó, sin embargo, mis patadas, así que supongo que su sacrificio tenía un límite. Cuando finalmente me agoté y me desplomé en un rebujo en el suelo, se sentó a mi lado.

Le dije que la odiaba, pero ambas sabíamos que no era cierto. Me acarició el cabello y me susurró que todo iría bien si confiaba en Dios. Y luego sacó algo de entre los pliegues de su hábito, un libro, que tenía oculto allí.

—Esta mañana, cuando fui a despertar a Paolo, me encontré con que había fallecido mientras dormía. Creo que se marchó sin dolor, pues la expresión de su rostro era serena. Pero anoche quedó claro que quería que te quedaras esto, así que cumplo su última voluntad al entregártelo ahora.

A continuación, me acompañó al *scriptorium* para que empezara a cumplirse la voluntad de Dios. En mis manos llevaba el primer libro que podía llamar mío, un libro de oraciones en italiano. Un misal.

## V

**L**a verdad es que ni Marianne Engel ni, por supuesto, yo hemos vivido en el siglo XIV, así que ¿cómo presentar adecuadamente la vida medieval que afirma que tuvo? El reto no lo plantea sólo el hecho de que su historia sea irremediamente falsa, sino también que ya no puedo continuar escribiendo sólo con mi propia voz, pues ahora debo considerar también la suya. He intentado recrear la historia de Engelthal exactamente como ella la contó, pero permíteme si a veces no consigo recrear con exactitud su voz. Lo he hecho lo mejor que he podido.

La historia que me contó hizo inevitable que me preguntara cómo de loca estaba Marianne Engel. ¿Realmente creía que la habían criado en un monasterio medieval o sólo quería entretener a un pobre paciente de quemados? Intenté que admitiese que se lo inventaba todo, pero me miró como si el loco fuese yo y, puesto que quería que continuara viniendo a verme, preferí no insistir en el tema. Me dije que le dejaría contar su historia hasta que ella misma se delatase con alguna contradicción.

Al parecer no era yo el único que cavilaba sobre el estado mental de mi visitante. La doctora Edwards vino a verme con el único objetivo de convencerme para que dejara de ver a aquella mujer. La conversación empezó con una advertencia sobre el riesgo físico que representaba Marianne Engel: aprovechaba los descuidos de las enfermeras para colarse y no respetaba las normas sobre las batas de los visitantes, así que ¿quién sabía cuántos gérmenes podría traer? Le di la razón, pero repuse que tener algo —a alguien— a quien querer ver no podía ser perjudicial para mi recuperación.

—Puede ser, pero lo importante es que te concentres en curarte y no en lidiar con... —Nan se detuvo un momento para componer una expresión lo más políticamente correcta posible— otros temas que no te ayudarán a ponerte bien.

Le sugerí que parecía saber mejor que yo lo que me convenía.

—Llevo mucho tiempo dedicándome a esto y he visto lo que un aumento del nivel de estrés le puede hacer a un paciente.

Le pregunté si lo que la preocupaba era el hecho de que mi visitante fuera paciente ocasional de la sección de psiquiatría del hospital y Nan confirmó que, desde luego, era un factor que no la beneficiaba. Sin embargo se apresuró a añadir que eso no debía, ni podía, usarse para mantener lejos de mí a Marianne Engel; si se había decidido que estaba preparada para reincorporarse a la sociedad, también lo estaba para visitar a un paciente en un hospital. De todos modos me quedó la impresión de que Nan, si se lo proponía, podía hacer que esas visitas resultasen mucho más complicadas.

—Te propongo un trato —le dije—, si permites que siga viniendo, me esforzaré a fondo en los ejercicios de rehabilitación con Sayuri.

—Tienes que esforzarte por tu propio bien.

—Pero no lo hago —dije— y deberías aprovechar esta oportunidad.

A Nan le debió parecer complicado conseguir un trato mejor que ése porque aceptó. Sin embargo, no pudo evitar añadir:

—Pero sigue sin gustarme que venga.

—No hace falta que te guste —dije—. Basta con que la dejes en paz.

• • •

Poco después de esa conversación con la doctora Edwards, un ordenanza y Connie me trasladaron a una habitación privada, lejos de los demás pacientes de quemados. Le pregunté a la enfermera qué pasaba —sin duda, debía tratarse de un error—. No, me aseguró, me daban una habitación privada porque lo había ordenado la doctora Edwards, aunque no sabía por qué. Me aconsejó que disfrutase del cuarto mientras lo tuviese pues, si era un error, lo corregirían pronto. En lugar de sacarme de la cama esqueleto simplemente deslizaron todo el armatoste por el pasillo y lo metieron, conmigo dentro, en una habitación más pequeña, pero hermosamente vacía.

Es decir, vacía hasta que llegó Sayuri para enseñarme un ejercicio que quería que empezara a hacer diariamente.

—La doctora Edwards me ha dicho que tiene muchas ganas de trabajar más duro —dijo mientras colocaba una tabla a lo largo de la cama, inclinada hacia mi cabeza.

La tabla tenía un surco en el centro en el que colocó una bola plateada que pesaba un kilo. Yo debía empujar la bola hacia arriba por la tabla inclinada y luego dejarla caer contra mi mano lentamente hasta regresar a la base del listón. Así una y otra vez.

Yo, que solía cargar decenas de kilos de equipo de rodaje de habitación en habitación en cada filmación, ahora me veía reducido a empujar una bola por una tabla de madera. Lo peor era que tenía que concentrarme al máximo incluso para un ejercicio tan simple como ése. Podía ver el reflejo de mi rostro vendado en la superficie de plata curvada y cuanto más empujaba la bola, más se alejaba mi reflejo. Sayuri me animaba tras cada repetición. «¡Perfecto!». Cuando acabamos, se llevó la bola sin esfuerzo como si fuera, bueno, como si fuera una bola de un kilo. Me cabré que aquella japonesita fuera más fuerte que yo y me cabré todavía más cuando hizo una ligera reverencia al salir de la habitación.

• • •

Cuando la doctora Edwards volvió junto a mi lecho le pregunté por la habitación privada. ¿Por qué, la interrogué, merecía yo tal extravagancia? Era imposible que se tratase de un premio por buena conducta y tampoco podía ser porque acababa de empezar a tomarme en serio la rehabilitación.

Nan afirmó que estaba realizando un estudio, que esperaba publicar, sobre los efectos en el tratamiento de los pacientes de quemados de estar en una habitación privada en lugar de en una sala común. Esperaba que mi caso aportara datos valiosos sobre qué sucedía a los pacientes que eran trasladados durante su tratamiento y era

una feliz coincidencia que hubiera en este preciso momento una habitación libre. Le pregunté si eso quería decir que en algún momento me podrían volver a poner en la sala común y me contestó que todavía no estaba segura.

Le aseguré que me parecía fantástico ser su conejillo de indias tanto tiempo como hiciese falta, pero añadí:

—¿Seguro que no hay ningún otro motivo para mi traslado?

Pensó durante unos instantes y se decidió a añadir otra verdad, que yo ya había adivinado:

—Está bien que sigas recibiendo visitas de la señora Engel, pero no veo motivo para que otros pacientes tengan también que estar expuestos a ella.

Le dije que respetaba su preocupación por los demás, y ella asintió. Cuando quedó claro que ninguno de los dos tenía nada más que añadir, asintió una segunda vez y se marchó rápidamente de la habitación.

Disfrutaba más de las visitas de Marianne Engel ahora que estábamos los dos solos, sin mediación de la cortina de plástico, y que las enfermeras habían dejado de intentar obligarla a llevar batas protectoras. En parte, habían aceptado sus ropas habituales porque mi salud mejoraba y las batas ya no eran tan necesarias, pero seguramente el motivo principal de que le dejaran vestir como quisiera era que se habían cansado de discutir con ella. La plantilla médica del hospital había concluido que se trataba de una visitante poco recomendable pero que, puesto que yo había peleado porque siguiera viniendo y era también yo quien corría el riesgo de salir más perjudicado de esas visitas, si a mí no me importaba ¿por qué iban a preocuparse ellos?

La mayor privacidad hizo que las conversaciones con Marianne Engel fueran más variadas: cómo cocinar lasaña vegetariana; los carnavales de Hamburgo; la hermosa melancolía del concierto en Re menor para Oboe de Marcello; los hábitos de asentamiento de los indios de la Costa Oeste; por qué la gente se hace cantante de un grupo de rock; los méritos de la literatura canadiense en comparación con la literatura rusa; cómo los climas de invierno frío forjan la personalidad; la historia de la prostitución europea; por qué los hombres están fascinados con el concepto de «¡Campeón mundial de los pesos pesados!»; qué se dirían un testigo de Jehová y un arqueólogo; y cuánto tiempo tarda un chicle en perder el sabor. Mis años de visitas a las bibliotecas me resultaron muy útiles.

Le pregunté sobre sus Tres Maestros y medio en broma le planteé si esos protectores eran comunes en las monjas medievales. Muy seria me contestó que no pero que, de hecho, Enrique Suso también tuvo Tres Maestros cuyo consentimiento recababa, con la misma plegaria en latín que utilizaba ella, cada vez que quería hablar.

Pregunté lo obvio:

—¿Tus Tres Maestros son los mismos que los suyos?

—No —dijo ella.

El primer maestro de Suso fue santo Domingo, fundador de los Dominicos, que sólo le concedía permiso para hablar si era el momento y el lugar adecuado. El segundo maestro, san Arsenio, sólo permitía las conversaciones que no promovieran el apego por las cosas materiales. El tercero, san Bernardo de Claraval, sólo permitía a Suso hablar si lo que decía no le hacía alterarse emocionalmente.

—¿Y tus maestros?

Me contestó que los suyos eran el maestro Eckhart, un eminente teólogo activo durante la juventud de la hermana Marianne; Mechthild von Magdeburg, la líder espiritual de las beguinas, la orden que había creado Engelthal, y el padre Sunder, de quien ya me había hablado.

Cuando nuestra conversación nos llevó finalmente a mi carrera en la pornografía, la cuestión ya no parecía tan exótica, sino un tema más en una larga conversación que parecía incluirlo todo. Aun así, mostró curiosidad por el trabajo y me hizo muchas preguntas que respondí lo mejor que pude. Cuando terminé, le pregunté si le molestaba lo que había hecho para ganarme la vida.

—En absoluto —contestó, y me recordó que incluso san Agustín había dedicado su vida al placer antes de su célebre imploración al Señor: «Hazme casto, pero todavía no».

La diferencia, señalé yo, es que a mí mi pasado no me iba a hacer abrazar la religión. Marianne Engel se encogió de hombros evasivamente. No me quedó claro si la cuestión no le importaba o si estaba convencida de que me equivocaba y sí encontraría a Dios. Pero las vueltas de nuestra conversación también nos llevaron al tema de la castidad y le pregunté, no sin aprensión, si sabía lo que le había pasado a mi pene en el accidente.

—Los médicos me dijeron —me contestó— que lo perdiste.

Así que lo sabía, pero ¿qué pensaba de ello?

—¿Y?

—Es una pena.

Sí, una pena, desde luego.

—Creí que no te gustaba hablar con los médicos.

—No pude evitarlo. Tenía que saber qué heridas te había producido el incendio.

Con eso di por terminada la conversación sobre mi pene perdido, pues ya había hablado más de lo que me había propuesto.

Cada visita Marianne Engel venía con un vestido más elaborado que la anterior. Florecía una nueva mujer. En sus muñecas bailaban brazaletes de todo el mundo: aztecas, mayas, de juguete, de los indios ojibwa... En los dedos lucía dos anillos de plástico con forma de elefantes amarillos a los que llamaba Duke Elliphant y Ellaphant Gerald<sup>[2]</sup>. Llevaba las deportivas tan cubiertas de tachuelas que parecían un furtivo banco de peces tropicales. Cuando salía de la habitación para fumar un cigarrillo se agarraba el borde de la falda y hacía una reverencia. Le pregunté el porqué de su cambio de estilo y me dijo que puesto que todo el mundo pensaba que

estaba loca, lo menos que podía hacer era vestirse adecuadamente para el papel.

Era el primer chiste que le oía hacer sobre su propio estado mental. Me pareció que había llegado la oportunidad que esperaba y le pregunté —recordándole que ella había discutido mis heridas con mi médico— qué le habían diagnosticado. Zanjó rápidamente la cuestión diciendo que lo único que le sucedía era que los doctores no entendían su peculiar encanto.

Rebuscó dentro de su mochila y sacó un pequeño libro encuadernado en piel. Quería empezar a leérmelo en voz alta, me dijo. Era el *Inferno* de Dante. Le comenté que era una elección muy interesante en un pabellón de quemados y añadí que, a pesar de lo aficionado que era a la literatura, ése era un clásico que no había leído.

Sonrió como si supiera algo que yo ignoraba. Me dijo que estaba segura de que me gustaría y que además sospechaba que la historia que contaba me resultaría familiar.

•••

Marianne Engel me estaba contando la historia de su vida, que se remontaba al siglo XIV. Si le parece bien que ella se embarque en ese relato, estoy seguro, lector, que sabrá excusarme si ahora le aporto un poco de información sobre la vida de Sayuri que todavía ignoraba en este punto de mi convalecencia hospitalaria. Sé que al hacerlo quiebro el orden cronológico de los acontecimientos, pero en mi defensa diré que la señora Mizumoto me contó todo esto mucho más adelante y que esta historia, al menos, es cierta.

Sayuri fue la tercera hija, la segunda niña, de Toshiaki y Ayako Mizumoto. El orden que ocupaba en la familia era desafortunado, porque quería decir que, de niña, era la quinta persona en bañarse cada noche. La tradición dicta que los miembros de una familia japonesa compartan la misma bañera y, aunque se enjuagan antes de entrar, el agua se oscurece un poco tras cada baño. El padre va primero y luego el resto de hombres de la familia de mayor a menor edad. Después se bañan las mujeres, de nuevo de mayor a menor. Eso quería decir que su padre, su hermano mayor, su madre y su hermana mayor se bañaban cada noche antes que Sayuri. Durante toda su infancia la obligaron cada noche a sumergirse en la suciedad acumulada de toda la familia.

La unión de Toshiaki y Ayako fue consecuencia de un *omiai*, un matrimonio convenido. Aunque no se amaban locamente, al menos su relación funcionó, como demuestra el hecho de que tuvieron tres hijos. Toshiaki trabajaba hasta tarde en la oficina y luego se iba a beber y al karaoke; Ayako llevaba la casa, se encargaba de las finanzas domésticas y garantizaba que la cena estuviera preparada cuando su marido, borracho y afónico de tanto cantar, llegaba a casa. Cumplían los requisitos necesarios para ser considerados una familia japonesa normal, y lo único que Toshiaki y Ayako deseaban para sus hijos era que cumplieran también esos mismos requisitos.

El primer hijo, Ichiro —un nombre que casualmente significa «primogénito»—, fue a una buena universidad. Después de graduarse consiguió un buen trabajo con un buen sueldo en una buena empresa; así es como funcionan esas cosas. De hecho, Ichiro ni siquiera necesitó esforzarse en la escuela después de que le aceptaran, pues lo importante era ir a una buena universidad y aprender era algo secundario. Trabajó unos pocos años en su buen empleo antes de casarse a la edad adecuada con una joven japonesa de buena familia. Curiosamente, una joven japonesa debe casarse antes de los veinticinco, pues después se convierte en un «pastel de Navidad». Los pasteles de Navidad, como todo el mundo sabe, están muy buenos antes del veinticinco pero después se pasan rápidamente y hay que tirarlos. La esposa de Ichiro tenía veintitrés años, de modo que todavía no le había llegado la fecha de caducidad. Toshiaki y Ayako estaban satisfechos; Ichiro heredaría la casa de la familia y cuidaría de las tumbas de sus padres cuando murieran.

La hermana de Sayuri, Chinatsu —un nombre adorable que significa «mil veranos»—, también fue a una buena universidad, trabajó en una oficina durante unos años y se casó a los veinticuatro años y medio. Justo a tiempo. Entonces dejó su trabajo y se dedicó a tener hijos. Sus padres estuvieron tan orgullosos de ella como de su hermano.

Luego llegó el turno de la hija pequeña, la algo problemática Sayuri. (Su nombre significa «pequeña azucena». Los japoneses, desde luego, saben poner nombres).

Sayuri era un poco más joven que Chinatsu. Sus padres nunca llegaron al extremo de considerarla un «accidente» pero sí, a veces, dejaron caer que no estuvo «planificada». Si se les apretaba un poco, sus padres llegaban a admitir que las cosas no planificadas pueden ser problemáticas pero que, por otro lado, si dos hijos eran una cosa buena, tener un tercero era añadir una tercera parte más de felicidad. Así que nunca se diga que los padres de Sayuri se arrepentían de que hubiera nacido. Sin embargo, las habilidades matemáticas de Sayuri eran lo bastante buenas como para calcular que si añadían uno a un conjunto de dos, incrementabas la cantidad un cincuenta por ciento, no un tercio.

Ichiro y Chinatsu habían transitado ambos por la recta vía y habían hecho lo que se esperaba de ellos. La pauta había quedado firmemente establecida, plegada y guardada como un buen kimono; esta pauta de conducta correcta era prácticamente un legado familiar que pasaba de padres a hijos. Lo que Sayuri tenía que hacer, para continuar la perfección de las vidas de sus padres, era imitar el ejemplo de sus hermanos. Pero eso, desgraciadamente, era lo último que se le pasaba por la cabeza. Pensaba que, de hacerlo, se condenaría a pasar no sólo su infancia sino toda su vida entera en la bañera sucia de su familia.

El problema era que Sayuri no estaba segura de lo que quería hacer, así que cerró la boca y dejó pasar el tiempo. Se aplicó en el instituto pero, a escondidas de sus padres, pasaba todo su tiempo libre estudiando inglés. Una mujer australiana llamada Maggie le daba clases mientras sus padres creían que estaba jugando a voleibol.

Sayuri iba al cine cada sábado, no para entretenerse, sino para aprender a hablar como Jodie Foster, Susan Sarandon y —desafortunadamente— Woody Allen. Los domingos por la tarde se acercaba al museo local a la caza de turistas americanos y cuando acorralaba a alguno le preguntaba si podían hablar en inglés cinco minutos. El turista siempre aceptaba, ¿quién iba a negarse ante el entusiasmo que mostraba la joven? Mientras tanto, Sayuri rellenó diligentemente las solicitudes de entrada en las universidades japonesas adecuadas y fue aceptada en una de ellas. Sus padres estaban encantados. Sólo le quedaba licenciarse, trabajar unos pocos años en una oficina y conseguir marido antes de los veinticinco.

Nada más graduarse en el instituto, Sayuri visitó la embajada australiana con Maggie para conseguir un permiso de trabajo. Una semana después, Sayuri llamó a sus padres desde el aeropuerto de Sidney. Sobra decir que se llevaron un disgusto de órdago, no sólo porque su hija había actuado de forma precipitada y sin mostrarles respeto, sino porque además ni siquiera había tenido el valor de despedirse antes de salir del país.

Lo cierto es que Sayuri se comportó como lo hizo no por falta de coraje, sino por exceso. De haber tratado de razonar con sus padres, jamás le habrían permitido irse. Sayuri no podía ganar aquella discusión pero no estaba dispuesta a perderla, así que hizo lo que tenía que hacer para empezar a vivir la vida que quería. Al principio los padres de Sayuri pensaron que era una broma —no podía estar llamando desde Australia, ¿no? No podía pensar en serio en quedarse allí, ¿verdad?—. Cuando al fin aceptaron la realidad, trataron de razonar con ella y de persuadirla para que volviera. Sayuri colgó el teléfono, pues seguir hablando con ellos no hubiera cambiado nada.

Pasó un año en Australia, yendo de un trabajo a otro: camarera, pintora de brocha gorda, recolectora de fruta, profesora de japonés, etc. En el proceso su bronceado se hizo más oscuro, su sonrisa más ancha y su inglés más fluido. Su principal problema con los países occidentales era que muchas veces tenía que comprar ropa en la sección infantil de las tiendas, pues era pequeña hasta para una mujer japonesa. (Ésa es la razón por la que estaba destinada a pasar su vida entera en el extranjero pareciendo una muñeca). Sayuri llamaba a sus padres una vez al mes —siempre desde un teléfono público distinto— para hacerles saber que estaba bien y escuchar educadamente sus súplicas de que retornase a Japón. A veces Ichiro participaba en la conversación utilizando toda la autoridad que le daba ser el hermano mayor, pero Sayuri ignoró también sus órdenes.

Sayuri regresó a Japón cuando expiró su permiso de trabajo. Su madre lloró y su padre gritó, a pesar de que una pequeña parte de él admiraba lo que había hecho su hija. Sayuri les informó de que iba a matricularse en una universidad americana y estudiar allí alguna especialidad médica. Durante el año siguiente trabajó en tres trabajos a media jornada a la vez, aprobó los preceptivos exámenes de nivel de inglés y consiguió que la aceptaran en la Facultad de Fisioterapia de la universidad de Michigan. Cuando llegó otra vez el momento de partir, su madre se puso a llorar



como una macarena japonesa. Su padre, en cambio, llegados a este punto había aceptado las ridículas ideas de su hija pequeña. Cuando Toshiaki se ofreció a pagar parte de los costes de la matrícula, Sayuri le dio un fuerte y largo abrazo. Él no supo cómo reaccionar y se quedó tieso y tenso.

Sayuri se licenció con buenas notas y consiguió un trabajo en el hospital donde, con el tiempo, me conocería a mí. Mucho antes de que yo apareciese en su vida, le había devuelto a su padre hasta el último yen que le había prestado para pagar sus estudios.

• • •

El doctor Hnatiuk se pasaba por mi habitación cada pocos días para traerme más libros de psicología. Empezaba a caerme bien. No me resulta fácil precisar el momento exacto en que cambié de opinión sobre él, pues no hubo ninguna epifanía que me hiciese pensar: «Oye, el tío este que parece una ardilla no es mal tipo». Me fue ganando poco a poco. La clave fue que paró de comportarse como un médico con un paciente y dejó que la conversación fluyera de forma natural. Además, le gustaba la pequeña gárgola que me había dado Marianne Engel, que Beth había definido como «una pequeña monstruosidad». Pero lo que de verdad me hizo cogerle aprecio fue que, a pesar de su apariencia un tanto mojigata, era un hombre apasionado entregado a su trabajo. Una tarde conversamos largo y tendido sobre cómo durante los últimos cincuenta años los abogados se habían convertido, en su opinión, en el principal enemigo de los cuidados psiquiátricos. Me contó cómo al luchar por los derechos del paciente —que era algo bueno— habían llegado a un punto en que ya ni siquiera se podía mantener bajo observación a un paciente que se comía sus propios excrementos. «Sólo un abogado sería capaz de considerar la mierda un alimento saludable».

Con el paso de las semanas se produjo un cambio físico en Gregor. Abandonó los mocasines con borlas y los poco elegantes pantalones de pana y empezó a llevar ropa que casi le sentaba bien. No se podía decir que estuviera elegante, pero sí al menos pasable. También empezó a hacer deporte hasta el punto en que sus mejillas dejaron de estar permanentemente sonrojadas como si acabara de subir corriendo las escaleras y se desprendió de parte del exceso de grasa que se acumulaba en su cintura.

Gregor nunca me preguntó por qué leía libros de psicología, pero respondió a todas las preguntas que le hice sobre la esquizofrenia. Aunque nunca mencioné el nombre de ella en ninguna de nuestras discusiones, un día dejé caer (no del todo accidentalmente) que temía que una amiga NO ES TU AMIGA sufriera esa enfermedad. ES SÓLO UNA LOCA.

—Lo sé—dijo Gregor—. Marianne Engel.

Gregor pareció satisfecho de demostrar que iba un paso por delante de mí, pero supuse que la doctora Edwards le había consultado antes de intentar convencerme de

no ver más a mi nueva visitante. Gregor me dijo que la había tratado en varias ocasiones, la última cuando la ingresaron por «hablar con fantasmas» en público. ¿LO VES? Le pregunté por qué no me lo había dicho antes. Se acogió al juramento hipocrático y dijo que no añadiría nada.

—Es más —continuó—, ni confirmo ni niego un diagnóstico de esquizofrenia.

Gregor señaló también que nunca mencionaba a nadie el contenido de nuestras conversaciones. Le dije que podía contárselas a quien quisiera, pues yo no era su paciente. Repuso que aun así estábamos en un hospital del que yo era un paciente y él un médico, lo que por sí solo era motivo suficiente para mantener la confidencialidad. Le manifesté que en mi opinión los psiquiatras no servían para nada y que no me importaba lo que ellos (*él*, quería decir) pensarán sobre mí.

—Oh, puede que sea cierto que muchos de nosotros podríamos hacerlo mejor —concedió Gregor—. Pero también tenemos nuestros momentos. Por ejemplo, de los muchos defectos de tu personalidad puedo diagnosticar con absoluta seguridad cuál es el más grave.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Te crees más listo que los demás.

• • •

A excepción de los períodos en los que desaparecía durante casi una semana, Marianne Engel venía al pabellón casi a diario. Me ayudaba con mis sesiones de ejercicios, colocando las manos contra la planta del pie de mi pierna buena y ofreciendo resistencia mientras yo empujaba como un ciclista cojo.

—He hablado con la doctora Edwards —dijo—. Me ha dado permiso para traerte comida.

Puesto que hablaba con mi doctora, le pregunté si me concedía permiso para discutir su caso con uno de los doctores que la había tratado. Con el doctor Hnatiuk, concretamente.

Me contestó que no quería que discutiese su caso con nadie y que le ofendía la pregunta. Yo precisamente, dijo, debería saber que no estaba loca.

Se produjo un silencio incómodo que Marianne Engel partió por la mitad diciendo:

—Paracelso escribió la receta de un remedio para las quemaduras que incluía grasa de jabalí, gusanos del cráneo de un ahorcado y parte de una momia. Cuando estaba todo mezclado, se metía en el horno.

A continuación me dio una clase de historia sobre los injertos de piel, desde los primeros intentos que hicieron los antiguos hindúes hasta la actualidad. Me quité uno de los vendajes de las piernas para que pudiera ver los injertos más recientes, que incluían piel negra. Puesto que se había cortado la piel de los injertos en forma de red para que así pudiera extenderse sobre una superficie mayor, la pauta resultante

parecía una especie de tablero de ajedrez distorsionado.

—Si eras racista —dijo pasando los dedos sobre el tablero de mi cuerpo— esto debe haber sido peor que encontrar un pelo en la sopa.

Sus dedos se posaron suavemente sobre mi desolación. Los movió por mi torso hacia el cuello, deteniéndose para recorrer la curva de los hombros.

—¿Qué se siente al llevar la piel de otra persona?

—No sé qué decirte —contesté—. Duele.

—¿Puedes recordar sus vidas? ¿Sientes el amor que sintieron?

A veces era difícil saber si Marianne Engel quería de verdad una respuesta o sólo se burlaba de mí.

—¿Lo dices en serio?

—Me hace pensar en nosotros —continuó—. Hace que quiera que me cosan a ti como si fuera piel.

Me aclaré la garganta.

—¿Sabes —dijo— que mi cuerpo también está marcado?

Imaginaba a qué se refería. Cuando llevaba camisetas era imposible no ver los tatuajes de frases en latín que rodeaban la parte superior de sus bíceps. En el brazo izquierdo lucía la frase *Certum est quia impossibile est*. Le pregunté qué significaba y me dijo que se traducía como *Es cierto porque es imposible*. En su brazo derecho tenía la frase *Quod me nutrit, me destruit*. Éste, dijo, significaba *Lo que me nutre, me destruye*.

—No lo entiendo —confesé.

—Bueno —se rió ella— eso es porque todavía no me has visto esculpir.

Entonces Marianne Engel hizo aquel pequeño gesto. Me tocó la cara.

Que te toquen la cara parece algo cotidiano, ¿no? Pero piense en las bestias quemadas del mundo a las que nadie quiere. Piense en gente cuya piel no recuerda el cariño. Sus dedos se movieron tiernamente sobre mi desastre, palpando bajo los vendajes hasta tocar los restos de mi cara. Sus dedos viajaron amorosamente por mi vendada mejilla, completando el arduo trayecto hasta mis labios. Allí reposaron suavemente unos instantes. Cerré mis párpados carbonizados y al hacerlo noté cómo pequeñas cicatrices volvían a encontrarse en los lugares donde, semanas atrás, me los habían cosido. El corazón me daba vueltas desbocado en la caverna del pecho mientras mis poros calcinados parecían a punto de recuperar milagrosamente la capacidad de sudar.

—¿Qué se siente al tocar mi cara? —pregunté.

—Es como el desierto después de una tormenta de arena.

Me asaltó el impulso de decirle que antes del accidente fui bello, pero me contuve. ¿De qué habría servido? Y entonces, acerqué a su rostro mi mano buena y le acaricié la mejilla. No se retiró. Ni siquiera un poco.

—Están pasando cosas buenas —susurró Marianne Engel y acto seguido se levantó y fue a los rincones de mi habitación a hablar con sus invisibles Tres

Maestros.

Me pareció evidente, a pesar de que hablaba en latín, que les pedía permiso para algo. «*Jube, Domine benedicere*».

Cuando regresó a mi lado, su sonrisa indicaba que se lo habían concedido.

—¿Quieres ver mis otros tatuajes?

Asentí y empezó levantándose su melena salvaje, dejando expuesta la nuca. Allí tenía tatuada una pequeña cruz hecha con tres cuerdas entrelazadas en un bucle sin fin. Me pidió que la tocara y lo hice. Pasé las yemas de los dedos recorriéndola en dirección vertical, luego horizontal, literalmente haciendo el signo de la cruz.

Se quitó los zapatos. En el tobillo izquierdo llevaba tatuado un rosario, grabado de forma que la cruz cayera sobre el puente del pie. Así, dijo, siempre estoy preparada si tengo que hacer penitencia. Pero su sonrisa me dejó entrever que no lo decía en serio.

A continuación, se quitó los pantalones, cosa que yo no esperaba, porque de algún modo las películas me han condicionado a pensar que las mujeres siempre empiezan a desnudarse por arriba. No llevaba ropa interior, así que se quedó sólo con su camiseta con una imagen de Beethoven bebiendo alcohol debajo de una mesa. (¿Qué decía el texto bajo la imagen? «La novena de Beethoven»).

Tenía una serpiente tatuada a lo largo de su pierna derecha, exactamente en la misma posición que el dragón bordado de sus pantalones. Se enroscaba en su pierna como la serpiente se enrosca alrededor del tronco del árbol de la ciencia del bien y del mal en todas las imágenes bíblicas. Marianne Engel estaba de cara a mí, de modo que yo veía a la serpiente aparecer a la altura de la rodilla, reptar hacia arriba, enroscarse dos veces alrededor del muslo y descansar en la pelvis, apuntando a la vagina su cabeza con forma de diamante.

Ella me miraba fijamente. Se quitó la camiseta de Beethoven, que se le enredó un poco en el pelo, y se quedó en medio de mi habitación completamente desnuda excepto por el collar con la punta de flecha que le colgaba del cuello.

Había habido momentos en el pabellón de quemados en los que había sentido el pinchazo del deseo. Maddy se divertía moviendo el trasero para tentarme y a veces incluso volvía la cabeza para ver si la estaba mirando. Pero ahora sentí por primera vez una excitación sexual completa. O, al menos, mentalmente completa. Todavía producía las hormonas que ordenaban a la sangre producir una erección, simplemente ya no tenía un lugar al que esa sangre pudiera dirigirse. Me la imaginé acumulándose allí, haciendo que se me enrojeara la entrepierna.

Había otra cruz, mucho más grande que la que tenía en la nuca, dibujada sobre su estómago. Era una cruz celta, con los cuatro brazos uniéndose en un círculo central. Toda ella estaba metida dentro de un óvalo, más alto que ancho, que cubría el área desde el borde superior de la pelvis hasta el comienzo de las costillas. Tres grandes letras mayúsculas estaban inscritas directamente sobre la curva superior del óvalo: «IHS».

En su pecho izquierdo tenía un gran tatuaje del Sagrado Corazón, de un rojo brillante y rodeado por una corona de espinas. El corazón estaba envuelto en llamas amarillas que subían hacia el hombro.

Se acercó a mi cama para que pudiera estudiar los detalles de su cuerpo dibujado y me dijo que tocara el nombre de Cristo. Lo hice y se le puso la carne de gallina cuando la toqué con mi mano buena.

Se volvió y se sentó en el borde de mi cama dándome la espalda. Desde sus hombros bajaban unas alas de ángel, cuyas puntas reposaban sobre las nalgas. Las alas le cubrían toda la espalda y no pude evitar que se me fuera la mano hacia ellas. Era como si sintiera que tenía derecho a tocar su piel, como si fuera mía. Me llevó un momento darme cuenta de que no era —no podía ser— así y detuve el brazo a medio camino. Quedó ahí, inseguro, hasta que Marianne Engel dijo sin volverse:

—Quiero que me toques.

Así que completé el movimiento y pasé mis dedos por su plumaje de tinta. Era una combinación de trazos atrevidos e intensamente delicados, esbozados con tanto detallismo y habilidad que casi se podría jurar que había relieve. La carne de su espalda temblaba, igual que mi corazón.

Al cabo de unos momentos, miró por encima del hombro. Sonrió —nerviosa, excitada— y aparté los dedos. Se levantó y empezó a vestirse. No hablamos. Cuando terminó de vestirse se marchó de la habitación.

• • •

No hay consenso entre los especialistas sobre cuál es el mejor momento para retirar las escayolas a las víctimas de quemaduras, pues aunque son necesarias para curar las fracturas, es inevitable que la atrofia muscular que generan acabe por complicar las cosas. Al final, la doctora Edwards tuvo que seguir su instinto para escoger el día en que retiraron la araña mecánica de mi pierna.

Que me la quitaran alegró mucho a Sayuri, que llevaba tiempo deseando levantarme de la cama. Aplaudió dos veces con esmero dramático.

—¿Está listo? ¿Está *genki*? ¡Ha llegado el momento!

Maddy y Beth vinieron vestidas con batas azules y enormes guantes amarillos. Me ayudaron a hacer estiramientos durante unos pocos minutos y luego bicicleta con las piernas para reducir la rigidez. A continuación me agarraron por la espalda para ayudarme a ponerme en pie y me sostuvieron mientras se me pasaba el mareo. Poco a poco me fueron soltando hasta que me tuve en pie yo solo.

Era la primera vez que estaba de pie desde el accidente. Sayuri contó a gritos los segundos que iban pasando «... ¡seis... siete... ocho!» hasta que mis piernas se transmutaron de espaguetis crudos en espaguetis cocidos. La sangre descendió por mi cuerpo a toda velocidad como si hubiese recordado repentinamente cómo funciona la gravedad y empezó a supurar a través de los injertos. Los vendajes de mi pierna se

tiñeron de rojo, como si se avergonzaran de su ineficacia. Era el momento de desmayarse.

Las mujeres me tendieron de nuevo en la cama y me felicitaron por lo bien que lo había hecho. Cuando mi mente se recuperó de su vertiginoso viaje vertical, vi que la doctora Edwards estaba en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

Antes de intentarlo hubiera dicho —en mi mejor estilo gallito y sabelotodo— que no importaba nada cómo saliera. Estar de pie era algo tan simple que no alcanzaba ni siquiera la categoría de juego de niños. Si estar de pie te preocupaba, ¿qué era lo siguiente de lo que te ibas a preocupar? Aunque no quería alegrarme por las felicitaciones, parecían sinceras. Las mujeres estaban orgullosas de mí y, a pesar mío, yo también lo estaba.

En lugar de quitarle importancia a mi logro, me convertí en un idiota sonriente. Agradecí a todo el mundo su ayuda y lo único que lamenté es que Marianne Engel no hubiera estado allí para verme.

• • •

Creí que aquella noche dormiría bien, pero no fue así. Con el sueño llegaron las cosas feas.

Esa noche soñé que Sayuri me hacía levantar y luego dejaba de sostenerme. Mi cuerpo en ruinas se derrumbó; sentí cómo la serpiente de mi columna se retorció y giraba. ¿TE CREES QUE PUEDES ESTAR EN PIE SOLO? Nan lanzaba dardos contra mi cuerpo desvalido y las enfermeras chocaban los cinco celebrando mi fracaso. Miré bajo la cama esqueleto. Había llamas, mil velas encendidas. Quise llegar a ellas para apagarlas, pero era como si hubieran desconectado los músculos de mis brazos, convirtiéndome en una marioneta sin hilos. Las llamas se reían de mí y sus lenguas de fuego lamían las sábanas de la cama esqueleto, prendiéndolas como si fueran un ardiente sudario. Los huesos caían a mi alrededor, repiqueteando furiosamente contra el suelo como un andamio que se hunde.

La plantilla médica seguía riendo. Una de ellas anunció en áspero alemán: «Alles brennt wenn die flamme nur heib genug ist. Die welt ist nichts als ein schmelztiegel». Al parecer, en sueños soy como Marianne Engel en la vida real: políglota. *Todo arde si la llama es lo bastante fuerte. El mundo es sólo un crisol.*

Estaba atrapado bajo los huesos mientras el sudario ardía. Las caras de las llamas seguían sonriendo sus horribles sonrisas; sus traicioneras lenguas lamían, lamían, lamían. ESTOY LLEGANDO Y NO PUEDES HACER NADA PARA IMPEDIRLO. Oí el silbido de flechas. Sentí cómo se clavaban en mis manos y pies.

Soñé con fuego durante mucho, mucho tiempo, y cuando finalmente desperté, el efecto de flotación de la cama de aire me confundió. Me llevó unos instantes asegurarme en qué lado de la consciencia me encontraba.

• • •

Le conté a Marianne Engel mi hazaña de estar en pie ocho segundos el primer día y mi épica gesta de aguantar trece el segundo. Se esforzó por conceder el mérito adecuado a mis logros, pero era obvio que algo la distraía.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué? No, no, no me pasa nada.

Pasó los dedos por el bulto, cada día más grande, de mi hombro.

—¿Qué es esto?

—Es una expansión de tejido.

Le expliqué que me habían colocado bajo la piel un pequeño globo de silicona que los médicos inflaban un poco más cada día inyectándole agua salada. Mi piel se iba estirando conforme el globo se hinchaba, igual que cuando una persona engorda. Al final vaciarían el balón y les quedaría una tira de piel extra, que me trasplantarían al cuello.

—Fascinante. Me gustaría haber podido hacer algo así por ti la primera vez.

—¿Qué?

—No importa. —Tocó el bulto otra vez y sonrió—. Ese bulto me hace pensar en las bubas de la Peste Negra.

—¿Qué?

—Tengo un amigo... —Se le apagó la voz y perdió el hilo de sus pensamientos.

Durante unos pocos minutos se quedó sentada, mirando al vacío, pero no quieta. Sus manos se movían más que cuando jugueteaba con un cigarrillo o se tocaba el collar. Parecía que quisieran abrirse y liberar una historia que me ocultaba.

Al final señaló con la cabeza hacia mi mesilla de noche. Allí estaba la pila de libros de psicología por los que siempre se había esforzado en no preguntar.

—Estás estudiando sobre mí —dijo—. ¿Debo alquilar una de tus películas porno para entenderte mejor?

Eso —aunque no se lo había dado a entender en modo alguno— era precisamente lo último que querría que hiciera. Le pedí que me prometiera que nunca vería una de mis películas.

—Ya te dije que no me importaban —comentó—. ¿Te avergüenzas de ellas?

Le aseguré que no, que simplemente no quería que las viera. Era verdad, pero no toda la verdad: no quería que las viera porque no quería que viese lo que yo había sido y lo comparase con lo que era ahora. No quería que viera mi belleza, mi piel suave, mi cuerpo musculado, y luego tuviera que contemplar la asquerosidad hinchada que había en la cama frente a ella. Comprendía que no me estaba comportando de forma racional y, por supuesto, era consciente de que ella sabía que no había nacido quemado, pero no quería que mi aspecto pasado se convirtiese en algo real y tangible para ella. Quizá sólo podía aceptarme tal y como era ahora porque no podía compararme con como había sido antes.

Marianne Engel se acercó a la ventana y miró al exterior un momento. Luego se

volvió y me soltó:

—Odio tener que dejarte, ojalá pudiera quedarme por siempre al pie de tu cama. Necesito que entiendas que no depende de mí cuándo recibo instrucciones.

Éste fue uno de aquellos poco frecuentes momentos en que comprendí exactamente qué le sucedía: tenía un secreto que quería contarme, pero sabía que era el tipo de secreto que la mayoría no comprende. Necesitaba decirlo en voz alta, pero temía que sonara absurdo. Como, por ejemplo, explicar que una serpiente vive en tu columna.

—Antes de ponerme a trabajar duermo sobre la roca —empezó a explicar Marianne Engel, respirando hondo— al menos durante doce horas, pero la mayoría de las veces más. Así me preparo. Cuando duermo sobre la roca puedo sentirla. Puedo sentir *todo*, todo lo que hay dentro. Siento... calidez. Los contornos de mi cuerpo se difuminan y me siento ingrávida, como si flotara. Pierdo la capacidad de moverme, pero es maravilloso, es todo lo contrario a la insensibilidad. Es más como ser consciente, tan totalmente consciente que no me puedo mover porque es sobrecogedor.

—¿Qué quieres decir —pregunté— con que puedes sentir lo que hay dentro de la roca?

—Absorbo los sueños de la roca y las gárgolas dentro de ella me dicen lo que tengo que hacer para liberarlas. Me revelan sus rostros y me muestran lo que debo retirar para completarlas. Cuando sé lo bastante, empiezo a tallar. Mi cuerpo despierta, pero no soy consciente del paso del tiempo, no existe nada más que el trabajo. Pasan días antes de que me dé cuenta de que no he dormido y prácticamente no he comido. Es como si estuviera rescatando a un superviviente sepultado por una avalancha de tiempo que se ha ido acumulando durante eones y abruptamente se ha desencadenado por la ladera. Las gárgolas siempre han estado en la roca pero, en ese preciso instante, se les hace intolerable continuar allí. Han hibernado durante el invierno de piedra y mi cincel es la primavera. Si logro retirar los trozos adecuados, la gárgola aparece como una flor en un dique de piedra. Yo soy la única que puede hacerlo, porque comprendo sus lenguas y soy la única que puede darles el corazón necesario para empezar sus nuevas vidas.

Se detuvo y me pareció que esperaba que yo dijera algo, cualquier cosa, pero ¿cómo responde uno a algo así? Puesto que ella quería una señal por mi parte y yo quería que continuase hablando, dije que parecía un proceso extremadamente creativo.

—No, todo lo contrario. Soy un recipiente que se llena de agua hasta rebosar. Es un círculo, un círculo incesante entre Dios, las gárgolas y yo, porque eso es lo que es Dios, un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia en ninguna. Y mientras estoy esculpiendo, la voz de la gárgola se hace más y más fuerte. Trabajo tan rápido como puedo porque quiero acallar esa voz, pero sigue apremiándome, exigiéndome que la ayude a conseguir la libertad. La voz sólo se apaga cuando he



acabado y estoy tan agotada que me rindo al sueño. Por eso desaparezco a veces cinco o seis días. Eso es lo que tarda en liberar a una gárgola y luego recuperarme. No tengo potestad para decidir cuándo una gárgola debe salir ni puedo negarme a hacerlo. Así que perdona mis desapariciones, porque no puedo hacer otra cosa.

• • •

Bien, vale. Al menos ahora sabía qué hacía con los múltiples corazones que creía tener en el pecho. Los entregaba a las estatuas que esculpía.

Hasta entonces estaba seguro de que Marianne Engel era esquizofrénica, pero después de la descripción de sus hábitos de trabajo, me vi obligado a considerar la posibilidad de que fuera maniaco depresiva. Se acumulaban pruebas en ese sentido: cuando la conocí estaba agotada y vestida con ropa oscura y ahora tanto su personalidad como su ropa eran mucho más alegres. Los esquizofrénicos tienden a ser tímidos y a no entrar en conversación con nadie, hasta el punto en que a veces se quedan callados horas y horas. Marianne Engel se comportaba de un modo completamente distinto. Y luego estaba el tipo de trabajo que hacía. Muchos maniaco depresivos se convierten en artistas famosos porque la propia enfermedad les aporta el fervor necesario para crear obras monumentales. Y eso era, por supuesto, lo que hacía Marianne Engel: creaba monumentos. Si la descripción de sus hábitos de trabajo no era un caso de libro de maniaco depresivo, no puedo imaginar qué lo sería.

Pero también había muchos indicios que apuntaban a esquizofrenia. Escuchaba voces que surgían de la piedra y le daban instrucciones. Se veía como un agente de lo divino y creía que su trabajo era un círculo de comunicación entre Dios, las gárgolas y ella misma. Por no mencionar su «pasado» en Engelthal y su creencia de que el *Inferno* de Dante era una lectura adecuada para el pabellón de quemados. Resumiendo, había pocos aspectos de su vida que no estuvieran impregnados de algún modo por el cristianismo y, como he dicho previamente, a los esquizofrénicos les suele preocupar mucho la religión.

Desde un punto de vista estadístico, tanto podía ser una cosa como la otra. La esquizofrenia suele afectar más a los hombres que a las mujeres, pero más del ochenta por ciento de los esquizofrénicos son fumadores empedernidos y Marianne Engel salía cada dos por tres del pabellón de quemados para administrarse un chute de nicotina. Y mientras hablaba conmigo me miraba intensamente, clavando sus ojos en los míos, de una forma que sólo entendí después de leer en uno de los libros de Gregor que los esquizofrénicos parpadean muy pocas veces.

En ambas patologías es común que los enfermos se nieguen a medicarse, pero por motivos distintos. Es probable que un maniaco depresivo se niegue a medicarse porque cuando está en una fase maniaca se convence a sí mismo de que nunca volverá a caer en la depresión, o porque se ha vuelto tan adicto a las fases maniacas que las depresiones se han vuelto simplemente el precio que debe pagar por ellas. Los

esquizofrénicos, por otro lado, tienden a negarse a medicarse porque creen que les están envenenando, algo que Marianne Engel ya había dicho en más de una ocasión.

Muchos psicólogos afirman hoy que las dos patologías coexisten muchas más veces de las que se cree, así que quizá sufriera las dos.

Las horas que pasé leyendo libros de salud mental para entender mejor qué le pasaba a ella me sirvieron también para entenderme mejor a mí mismo. Y lo que descubrí no me gustó demasiado.

Me dedicaba constantemente a comparar su dolor con el mío, diciéndome que era imposible que entendiera mi angustia física mientras yo *sí* que podía comprender la naturaleza del dolor psicológico. Y muchas enfermedades mentales se podían tratar utilizando los medicamentos adecuados, mientras que no existía ninguna pastilla que pudiera hacerme parecer normal otra vez. Un loco de remate podía pasar desapercibido entre la multitud si se había tomado su medicación, pero yo siempre destacaría como si fuera un pulgar quemado en el puño de la humanidad. Me sentía vencedor en una competición de sufrimiento que no existía.

•••

Marianne Engel llegó al día siguiente llevando un sencillo vestido blanco con sandalias que le dejaban los dedos gordos de los pies al descubierto. Pudiera haber pasado por una mujer de un pueblo de la costa del Mediterráneo. Apareció con dos cestas, una azul y otra blanca, llenas de comida, que, por la forma en que las trajinaba, parecían pesar mucho. Su carga la hacía caminar encorvada, con lo que la flecha de su collar se balanceaba entrando y saliendo del escote en V de su vestido como el cebo de una caña de pescar.

—Por fin voy a cumplir mi promesa de alimentarte.

Voy a detenerme un momento para explicar por qué la doctora Edwards iba a permitir que un visitante trajera comida al pabellón de quemados. Además de los beneficios psicológicos de un picnic (por así decirlo), también había beneficios físicos. Mi curación desencadenó un proceso conocido como hipermetabolismo: un cuerpo que normalmente necesita dos mil calorías diarias puede llegar a consumir siete mil después de sufrir quemaduras graves. A pesar de la sonda nasogástrica que constantemente llevaba nutrientes directamente a mi estómago, nunca tenía bastante y se me permitía —de hecho, se me animaba— ingerir comida extra.

Marianne Engel me había traído algo que picar en otras ocasiones, pero era obvio que ahora se trataba de un ágape mucho más substancial. Abrió las cestas —una para comida caliente y la otra, rellena de hielo, para los fríos— y empezó a disponer la comida. Había una *focaccia* recién horneada que todavía olía a leña y botellas de aceite de oliva y vinagre balsámico. Mezcló un poco del vinagre en el aceite y luego mojó un pedazo de la *focaccia* en el líquido aleopardado. Pronunció su habitual plegaria antes de acercarme el pan a la boca. «*Jube, Domine benedicere*».

También trajo quesos: camembert, Gouda, azul, de cabra iraní. Me preguntó cuál era mi preferido y cuando escogí el de cabra, sonrió de oreja a oreja. A continuación, sacó unas tortitas que parecían *crêpes* pero de las que emanaba un olor muy marcado. Las tortitas de gorgonzola no gustaban a todo el mundo, pero esperaba que a mí sí. Había bolitas de melón envueltas en finas lonchas de *prosciutto* en las que el naranja de la fruta asomaba de entre la carne rosa.

Siguió excavando en las cestas. Enormes olivas verdes, hinchadas por el relleno de pimiento rojo, reposaban contentas en un bol amarillo. Un plato de tomates empapados de vinagre negro y espolvoreados con una nevada de *bocconcini*. Haces de pan de pita y copas rebosantes de *hummus* y *tzaziki*. Ostras, cangrejo y vieiras ahogándose en una muerte maravillosa en un océano de marinara; pequeñas rodajas de limón equilibraban las esquinas del plato como salvavidas esperando a ser lanzados dentro. Salchichas de cerdo a la pimienta. *Dolmas* turcos esforzándose a fondo por ser morenos y machos en sus vestiditos verdes perfumados con vino tinto dulce. Gruesos calamares. Los *souvlaki* compartían pinchos con cebollas dulces con mantequilla y pimientos asados. Había una espalda de cordero tan bien cocinada que se deshacía con sólo mirarla mientras se pensaba en un tenedor, rodeada por una familia feliz de patatas asadas.

Me senté, atrapado por la avalancha culinaria, sin moverme por miedo a tirar algún plato.

—Es imposible que nos podamos comer todo esto.

—Lo importante no es que nos lo acabemos. —Sacó una botella de la cesta fría—. Además, estoy segura de que las enfermeras estarán encantadas de ayudarnos con lo que sobre. No les dirás que estoy bebiendo alcohol, ¿verdad? Es *retsina*. Me gusta porque al beberlo percibes el sabor de la tierra.

Pronto las enfermeras empezaron a revolotear por la puerta como una bandada de gaviotas hambrientas. Sentí un extraño orgullo masculino, el mismo que sentimos cuando nos ven en una cita con una mujer hermosa. Las enfermeras rieron e hicieron unos pocos comentarios antes de dispersarse y seguir con sus rondas. Marianne Engel me dio de comer bocado a bocado.

—Prueba esto... Te va a encantar... Toma un poco más.

Nos esforzamos a fondo, pero estábamos condenados a no poder con todo. Cuando finalmente nos rendimos sacó un fino termo de metal y vertió café griego en dos tacitas. Era tan correosamente espeso que tardó sus buenos treinta segundos en salir. Luego sacó el postre: *baklava* con tanta miel que rezumaba como una colmena generosa. Helado de tres colores, verde, blanco y rojo. Y, por supuesto, *bougatsa*, el postre que había dado nombre a su perro: pastelitos marrón claro con crema entre capas de hojaldre.

—¿Te apetece que te cuente una historia? —me preguntó Marianne Engel—. Es una historia de amor verdadero, devoción fraternal y flechas que dan en el blanco.

—¿Es sobre ti?

—No, es sobre mi buen amigo Francesco Corsellini.

## VI

**I**nquebrantable era la certeza de Graziana de que Francesco era un buen hombre. Trabajaba como herrero en Florencia, donde vivían, y se esmeraba en su oficio, intentando siempre forjar una herradura mejor o una espada más resistente. A veces perdía la noción del tiempo y no dejaba de trabajar cuando Graziana aparecía en la puerta de su taller para decirle que prestara menos atención a su fuego y más a su mujer. Ella le tomaba el pelo diciéndole que debía haber sido muy malo en una vida anterior para tener que prepararse tanto para ir al Infierno. Él se reía y prometía ir enseguida y Graziana se reía también. Sabía perfectamente que el Infierno sería el último lugar en el que acabaría su marido.

Francesco nunca sería «el mejor espadero de toda Italia» ni «el gran herrero de Florencia», pero no le importaba. Quería ser un buen artesano, un herrero de fiar con precios honestos, pero lo que deseaba más que cualquier otra cosa era ser el mejor marido del mundo. En su taller creaba preciosos regalos para Graziana, maravillosos candeleros, cubiertos y joyas. Siempre creyó que su mayor logro como herrero fueron los anillos de boda que había forjado para él y para Graziana. En una habitación de su casa guardaba una colección de juguetes de metal para el bebé que trataban de concebir. Soñaba con convertirse en un feliz padre de muchos hijos.

Este Francesco Corsellini no era muy guapo, pero tampoco lo era su mujer. Era un poco peludo para el gusto de algunas mujeres y sus brazos de acero emergían de un cuerpo hecho a base de demasiada pasta y cerveza. Graziana le llamaba *L'Orsacchiotto* —«el oso»— y le tocaba la barriga y Francesco respondía: «¡Me la he ganado a pulso! ¡Es un músculo en reposo!».

Graziana tenía un cabello negro y espeso y ojos oscuros, pero el resto de sus rasgos eran corrientes. Aun así, cuando Francesco le decía que era la mujer más guapa de toda Italia, le creía. Habían sido novios desde niños y no pasaba un día sin que él diera gracias a Dios por tenerla por esposa.

Eran felices. Ella era bondadosa. Él devoto. ¿Hace falta decir más?

Por desgracia, sí.

Corría el año 1347 y una enfermedad, la más horrible jamás vista, acababa de llegar desde China. Salió de los puertos y barrió las ciudades y el campo de Italia, matando gente como un incendio quema árboles. En los pueblos las campanas tocaban sin cesar porque se creía que su tañido protegía de la enfermedad. Muchos creían que la enfermedad se transmitía por el olor de los muertos, así que caminaban con un pañuelo perfumado sobre el rostro. En todas partes se quemaba incienso, cuyo olor se mezclaba con el hedor de la muerte...

Y una tarde Graziana sintió que le subía la fiebre. Se retiró al dormitorio a echarse un poco. Cuando despertó por la noche, descubrió que le había salido una buba en la entrepierna del tamaño de un huevo y que se le habían hinchado los sobacos. Supo que la Peste Negra se había apoderado de ella.

Francesco estaba preparando la cena en la cocina. Ella le gritó que se marchase inmediatamente, porque se había contagiado. «*Gavoccioli!*», gritó. «¡Las bubas!»». Le ordenó que se salvase él, porque todos sabían que no había cura ni esperanza para los enfermos.

—¡Vete! —le imploró—. ¡Vete ahora mismo!

La cocina quedó en silencio. Graziana seguía en la cama, escuchando esa quietud que ocupaba la distancia entre ella y su marido. Luego oyó como él empezaba a remover cacerolas y sartenes para encubrir su llanto. El ruido en la cocina continuó durante unos minutos hasta que oyó los pasos de Francesco acercándose a ella. Le gritó y le maldijo y le imploró que se alejara, pero él apareció en la puerta con una bandeja de pasta y un poco de vino.

—Te sentirás mejor si comes, aunque sea sólo un poco —dijo Francesco.

Entró en la habitación, dejó la bandeja y se sentó a su lado. Entonces se acercó a besarla.

Graziana intentó apartarse. Fue la primera y única vez en su vida que intentó rechazarlo, pero Francesco utilizó sus músculos de herrero para reducirla y selló sus protestas con un beso en la boca. Tras unos segundos, ella comprendió que era inútil resistirse y le aceptó. El mal ya estaba hecho.

Comieron un poco esa noche y se echaron. A través de la ventana les miraba la luna llena. «*La luna è tenera*», dijo Francesco. «La luna está tierna». Él cerró los ojos y la abrazó más fuerte. Lo último que Graziana vio esa noche al dormirse fue el rostro de él. Cuando se despertó a la mañana siguiente, su rostro fue también lo primero que vio en el nuevo día. La fiebre le había subido mucho, bañándola en sudor, y el corazón le latía desbocado.

—Mira —le dijo él con ternura—, te han salido puntos negros en la piel.

Graziana empezó a llorar, pero Francesco sonrió y le acarició el cabello.

—No llores. No tenemos tiempo para lágrimas. Amémonos mientras podamos.

Esa misma tarde Graziana empeoró. Durante tres días estuvieron juntos en la cama. Durante tres días, Graziana agonizó horriblemente en sus brazos mientras él le contaba cuentos sobre cisnes y milagros y grandes amantes. En la tercera medianoche de su enfermedad, su respiración torturada despertó a Francesco. Ella giró el rostro para mirarle.

—Me muero.

—Te veré muy pronto —dijo él.

Francesco besó a Graziana por última vez, aspirando profundamente su último aliento.

—*Ti amo* —dijo ella.

Cuando falleció, Francesco tomó el anillo de matrimonio de su dedo. También él estaba muy enfermo, pero se obligó a levantarse. Casi no podía mantenerse en pie, dominado por la náusea y la fiebre, pero se forzó a llegar a su herrería. Le quedaba una cosa por hacer.

Encendió el fuego y calentó la forja. Fundió ambos anillos, el suyo y el de su esposa, y echó el metal en un molde de punta de flecha. Cuando la punta de flecha estuvo acabada, la colocó en un astil. Repasó la flecha en toda su longitud, asegurándose de que fuera la más recta y perfecta que jamás hubiera hecho.

Francesco tomó la ballesta que tenía colgada en la pared. Había pertenecido a su padre, un gran arquero que murió en el campo de batalla cuando Francesco y su hermano Bernardo todavía eran bebés. Esta ballesta, que les había devuelto un compañero de su padre, era la única posesión de su padre que tenía Francesco. Más allá de aquel objeto, ni siquiera conservaba recuerdos del hombre.

Regresó al dormitorio donde estaba el cuerpo de Graziana. Abrió la ventana y colocó la ballesta y la flecha en el alféizar. Había amanecido. Llamó a uno de los niños que pasaba por la calle y le pidió que le diera recado a su hermano, que vivía en otra parte de la ciudad, de que necesitaba verle. Al cabo de una hora Bernardo estaba frente a la ventana.

Francesco le imploró que no se acercase más, pues temía contagiarle, y le pidió un último favor.

—Lo que sea —dijo Bernardo—. Cumpliré tu última voluntad.

Después de decirle a su hermano cuál era su último deseo, Francesco se sentó en la cama, de cara a la ventana. Entre sollozos, Bernardo levantó la ballesta y cargó la flecha. Respiró hondo, tensó su cuerpo y rogó al espíritu de su padre que guiara la flecha a su destino. Bernardo liberó la cuerda y dejó volar la flecha. El tiro fue preciso y la muerte, instantánea.

Francesco cayó de espaldas sobre la cama, al lado de su Graziana, con la punta de flecha hecha con sus anillos de boda alojada en el centro de su corazón. Vivió enamorado, y enamorado le encontró la muerte.

## VII

**G**eneralmente no me suelen acusar de ser demasiado romántico, quizá por cosas como la que, por ejemplo, le dije a Marianne Engel nada más terminó de contarme la historia de Francesco y Graziana:

—¿No te parece deprimente que la peste los matara a los dos?

Dejo a su imaginación el tono de voz con el que ella me dijo que no, que esa historia de amor no le parecía «deprimente».

Cuando se marchó, pensé en la historia desde varios puntos de vista. Era quijotesca: la vieja Italia, sacrificio, devoción y anillos de boda disparados directamente al corazón del fiel marido de la difunta. Intelectualmente llegué a la conclusión de que quizá lo importante de la historia no era que la pareja hubiera muerto víctima de una enfermedad horrible sino que había algo conmovedor en lo que había hecho Francesco. Sin embargo, si el que hubiera estado en la cocina haciendo fideos fuera yo y mi mujer empezara a chillar sobre las bubas elefantíacas que le habían salido, me hubiera largado en un santiamén.

•••

Durante los días siguientes esperé impaciente la visita de Marianne Engel para decirle que lo había pensado mejor y, después de todo, Francesco no era un completo imbécil. Quería mostrarle que, como dice el cliché de psicojerga, estaba creciendo como persona, pues quería tenerla al corriente de mi evolución. Como no venía, empecé a pensar que o bien había recibido la llamada de las gárgolas o bien yo lo había echado todo a perder con mis comentarios poco románticos. Mi cerebro de mosquito se disparó otra vez: ¿Echar a perder qué? ¿Cómo había podido pensar, siquiera por un momento, que éramos pareja? **IDIOTA.**

Beth se acercó a mi cama y me dijo que un mensajero acababa de dejar un paquete para mí. Lo abrí y encontré un pergamino marrón con una nota. La caligrafía parecía escrita con una pluma de hace muchos siglos y las letras se curvaban y adornaban con un tipo de trazo que ya no se enseña en las escuelas.

*Querido:*

*Estaré trabajando durante unos días, el espíritu me ha habitado una vez más, las gárgolas ansían nacer.*

*Pronto estaré contigo,*

*M.*

Me hizo feliz descubrir que no se había marchado por nada que yo hubiera dicho; era sólo otra sesión de escultura.

En la tele daban un culebrón. Edward tenía amnesia otra vez y la hermana perdida



de Pamela acababa de retornar de su misión en África. Yo me dedicaba a empujar mi pelota por la tabla. Contemplaba cómo mi rostro plateado se alejaba de mí. Pedaleaba con los pies. Cosecha tras cosecha recolectaba mi piel. Gota a gota la morfina entraba en mi cuerpo. La serpiente seguía lamiendo la base de mi cráneo. ESTOY LLEGANDO Y NO PUEDES HACER NADA POR IMPEDIRLO. Y había más. GILIPOLLAS. PERDEDOR. LLORÓN. DROGADICTO. DEMONIO. MONSTRUO. DIABLO. MALIGNO. BESTIA. BRUTO. TRASGO. EL QUE FUE. EL QUE NUNCA FUE. EL QUE NUNCA SERÁ. NO AMADO. IMPOSIBLE DE AMAR. NO PERSONA.

Ah, qué iba a saber la puta serpiente. Marianne Engel me había llamado «Querido».

Pensé en Francesco trabajando en su calurosa herrería. Pensé en Graziana comiendo pasta en su lecho bubónico, aunque sólo fuera un bocado para encontrarse mejor. Pensé en cómo mueren los amantes. Traté de imaginar cómo sería estar tan absolutamente entregado a alguien que no me importase morir por esa persona; y eso yo, alguien a quien le costaba incluso querer vivir. Y luego traté de imaginar qué pasaría cuando finalmente me dieran el alta de la unidad de quemados y cómo cambiaría mi relación con Marianne Engel.

El hospital era un entorno aislado en el que sus excentricidades me parecían curiosas y no podían afectar de forma negativa a mi vida cotidiana. La propia rutina del tratamiento me protegía y la plantilla médica toleraba las visitas de Marianne Engel porque yo había insistido y porque carecía de otros amigos que me visitaran, excepto, quizá, Gregor. Y sólo la había visto en este entorno limitado y limitante. ¿Cuánto más se acentuarían las excentricidades de Marianne Engel en el mundo real?

Cuando me contaba lo de los múltiples corazones en su pecho o me hablaba sobre su vida setecientos años atrás me distraía de la monotonía. A veces me hacía sentir incómodo, pero la mayor parte del tiempo me emocionaba pensar que teníamos una «conexión mágica». Pero ¿cómo habría reaccionado si la hubiera conocido antes del accidente? Sin duda la habría ignorado y hubiera pasado de largo. Sólo otra loca. En el hospital, por supuesto, no podía pasar de largo porque no podía ir a ninguna otra parte.

Pero llegaría el momento en que, si quería, podría hacerlo.

•••

La monástica Marianne Engel, que vimos la última vez como una niña a principios del siglo XIV, estaba a punto de empezar su formación en el *scriptorium*. Instituciones como ésa llevaban existiendo varios cientos de años, desde que Carlomagno había decretado que se establecieran salas de copistas para preservar las obras escritas más importantes. Al principio, por supuesto, los libros se dedicaron exclusivamente a preservar la Palabra del Señor.

La labor del amanuense no era fácil. Él —o, en Engelthal, ella— contaba sólo con herramientas sencillas: cuchillos, tinteros, tiza, cuchillas, esponjas, plumillas de plomo, reglas y punzones. Para proteger los libros no se permitían velas en el *scriptorium*. Si hacía frío, el amanuense no podía ni calentarse las manos. Los libros eran tan valiosos que la sala de escritura se solía situar en el piso más alto de una torre fortificada; los propios libros llevaban inscripciones que prevenían sobre las consecuencias del robo o el vandalismo. Un pasaje típico diría algo así como que el ladrón enfermaría, caería víctima de las fiebres, sería torturado en el potro y colgado. No sólo una de esas desgracias, sino todas consecutivamente.

La vida del amanuense era dura, pero podía consolarse pensando que cada palabra que copiaba era una marca que contaría a su favor el día del Juicio Final y un arma contra Satán. El Archienemigo, no obstante, no era dado a dejar sin respuesta esos ataques, así que enviaba a Titivillus, el demonio patrón de la caligrafía, para que contraatacase.

Titivillus era un cabrón astuto. Por mucho que se esmerara el amanuense, el trabajo era repetitivo y tedioso. La cabeza se iba a otras cosas y se cometían errores. El deber de Titivillus era llenar su saco mil veces cada día con errores de manuscritos que llevarle a Satán. Los errores se guardaban en el Libro de los Errores y se usaban contra el amanuense el día del Juicio Final. Así pues, el trabajo de copista no estaba exento de riesgos, porque aunque las palabras bien copiadas contaban a favor, las mal transcritas contaban en contra.

Pero al Demonio le salió el tiro por la culata. El saber que Titivillus les acechaba hizo que los amanuenses produjeran copias más precisas. Al final, Titivillus no encontró suficientes errores para llenar su saco y fue degradado, limitándose a merodear por las iglesias anotando los nombres de las mujeres que cotilleaban en misa.

En cualquier caso, el típico amanuense utilizaba una letra llamada gótica minúscula, que era precisamente la que Marianne Engel empleaba en su escritura cotidiana. Por supuesto, esto no prueba nada, pero habría sido negligente por mi parte omitirlo.

•••

Seis días desde que Marianne Engel había enviado la nota. Cinco días desde que habían movido el último trozo de carne de una parte de mi cuerpo a otra. Cuatro días desde que estuve en pie treinta y siete segundos. Tres días desde mi última conversación con Gregor. Dos días desde que estuve en pie cuarenta y seis segundos, apuntalado por la siempre energética Sayuri Mizumoto. Un día desde que había vuelto a pasar la mayor parte del tiempo pensando en el suicidio.

Cuando Gregor entró en mi habitación me di cuenta de que seguía haciendo ejercicio, pero le estaba costando librarse de los últimos rastros de su papada. Su

perilla recién cortada ayudaba a enmascararla. Le felicité por lo mucho que había mejorado su aspecto y le pregunté quién era ella.

Me respondió rápidamente que no había ninguna mujer. Demasiado rápido, de hecho. Sintiendo que había mostrado su mano antes de tiempo, cambió de estrategia y trató de quitarle importancia a su respuesta, con lo que sólo consiguió incriminarse más.

Es un hecho extraño pero habitual en la gente que no se considera atractiva. Se avergüenzan si les sugieres que pueden estar interesados en alguien. Puesto que no se sienten merecedores de atención niegan también que osen conceder su atención a otros.

No le conocía lo bastante como para hurgar más, así que cuando Gregor cambió de tema, lo dejé escapar.

•••

Sayuri llegó saltando a mi habitación, hablando en cursiva.

—*¡Buenos días! ¿Tiene un momento para hablar de su tratamiento?*

Le dije que no. Mi voz fue como un golpe sordo con tonos metálicos, como una bandeja de cubertería cayendo al suelo. Así era exactamente como había pretendido que sonase.

—*¡Horror!* —exclamó Sayuri, cubriéndose la boca con la mano antes de asegurarme que la risa es de verdad la mejor medicina.

Empezó a explicarme que estaba allí para hacerme una serie de pruebas que medirían mi fuerza y destreza. Mis habilidades corporales, me explicó, todavía «estaban por determinar», así que utilizaría un instrumento llamado goniómetro para medir el grado de movilidad de mis articulaciones. Me cogió los brazos y los dobló por los codos, apuntando el resultado en una pequeña libreta. Luego comprobó mis piernas y descubrió que la rodilla derecha (la que me había hecho trizas) tenía muy poco juego. Anotó debidamente el hecho en su libretita. «Un pequeño problema».

A continuación, para calibrar la sensibilidad de distintas partes de mi cuerpo, me dio golpecitos con una vara y me preguntó qué sentía. Le dije que sentía que me estaba dando golpes con una condenada vara. Oh, cómo se rió, qué gran cómico estaba hecho.

Sayuri me puso el lápiz en la mano buena y me pidió que escribiera una frase en su libreta. Yo escribí, con letra inestable, «¿Dónde está ella?». (Otro ejemplo de mi suerte estelar es que el fuego respetase mi mano derecha siendo yo zurdo). Sayuri no prestó atención a las palabras que escribí, sólo le interesaba mi destreza. Me puso el lápiz en la mano izquierda, en la que me faltaban dedo y medio, y me pidió que escribiera otra frase. Conseguí garabatear «A la mierda». Sayuri contempló mi creación literaria y me comentó que al menos era legible.

Recogió sus cosas y me dijo que ¡pronto me pondría un programa de ejercicios, lo

que era muy buena noticia!

—¡Vamos a hacer que esté en pie y paseando antes de que se dé cuenta!

Le dije que yo ya sabía caminar condenadamente bien y que cómo era posible que volver a hacer algo tan simple fuera muy buena noticia.

Sayuri me señaló —con muchísimo tacto— que aunque había aprendido a caminar en mi antiguo cuerpo, ahora tendría que aprender a hacerlo con el nuevo. Cuando le pregunté si alguna vez podría caminar como una persona normal, me sugirió que quizá estaba contemplando el proceso desde un punto de vista equivocado y que debía concentrarme en los primeros pasos en lugar de en todo el trayecto.

—Ése es precisamente el tipo de sabiduría oriental que no necesito en mi vida.

Supongo que fue entonces cuando comprendió que yo buscaba pelea y dio un paso hacia mí. Me dijo que lo bien o mal que caminara al final dependía de muchas cosas, pero sobre todo de cuánto trabajase.

—Su destino está en sus manos.

Le dije que dudaba que le importase de verdad si yo progresaba o no, pues ella cobraría a final de mes de todos modos.

—Eso no es justo —replicó Sayuri, ofreciéndome la brecha que andaba buscando.

Aproveché la oportunidad para explicarle lo que «no es justo» significaba de verdad. «No era justo» el hecho de que cuando ella volvía a su casa por la noche a cenar *sushi* y ver *Godzilla* en la tele, yo me quedase yaciendo en mi cama de hospital con una sonda sacándome la orina del cuerpo. Eso, señalé, era injusto.

Sayuri comprendió que no tenía sentido seguir hablando conmigo, pero aun así fue elegante.

—Está asustado y lo entiendo. Sé que es difícil porque trata de imaginar el final y no puede siquiera imaginar el principio. Pero todo saldrá bien. Sólo lleva tiempo.

A lo que yo contesté:

—¿Por qué no te tragas esa sonrisa condescendiente, zorra amarilla?

• • •

Marianne Engel vino al día siguiente a mi habitación, se detuvo junto a mi cama y me puso una hoja de papel en las manos. «Apréndetelo de memoria», me ordenó, y me hizo ensayar cada palabra hasta que estuvo segura de que las recordaría.

Una hora más tarde Sayuri Mizumoto entró en la habitación con la cabeza bien alta. Echó una mirada a Marianne Engel, pero clavó sus ojos en los míos.

—Las enfermeras me han dicho que quería verme.

Hice lo posible para efectuar una pequeña reverencia en su dirección, aunque no era fácil estando tumbado. Empecé a pronunciar las palabras que había memorizado: «*Mizumoto san, konoaidawa hidoi kotoba o tsukatte hontouni gomenasai. Yurushite kudasai*». (Aproximadamente se traduce como: «Siento sinceramente haber dicho las cosas terribles que le dije el otro día. Por favor, perdóneme»).

Es obvio que la sorprendí.

—Acepto sus disculpas. ¿Cómo ha aprendido esas palabras?

—Ésta es mi... amiga Marianne. Ella me las enseñó.

Lo cual era cierto, pero no explicaba cómo sabía Marianne Engel japonés. Le había preguntado por ello, por supuesto, pero durante la hora precedente se había negado a hablar de nada que no fueran mis errores de pronunciación. Tampoco sabía cómo, después de siete días alejada del hospital, se había enterado de que había insultado a Sayuri. Quizá se lo había dicho alguna de las enfermeras o la doctora Edwards.

Fue pura casualidad que fuera entonces la primera vez que se encontraban ambas mujeres. Marianne Engel dio un paso hacia Sayuri, hizo una profunda reverencia y dijo:

—水元ちま、会えて嬉しいです。マリアンヌ・エンゲルです。

La deliciosa sorpresa hizo que Sayuri abriera mucho los ojos. Devolvió la reverencia.

—¿sonríe? 初めまして。どうぞ宜しくお願いします。日本語ができるのですか?

Marianne Engel asintió.

—少し。北浦道のうベンダー農場に数年住んでいました。あなたの名前は漢字で小さな百合になりますか?

—ええ、そうです。 —sonrió Sayuri— 日本語が上手ですね。

—いいえ、それほどでも。 — Marianne Engel negó con la cabeza— あなたの名前は水の元という意味ですか?

—ええ、そうです。

Marianne se inclinó otra vez.

—あなたの名前は私の友人にとって良い前兆ですね。彼を宜しくお願いします。マナーの悪いのは許してあげてください。

—ええ、最善を尽します。

Sayuri reprimió una risita llevándose la mano a la boca.

Sayuri parecía muy contenta de que mi grosería del día anterior hubiera propiciado aquel inesperado encuentro. Salió de la habitación con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo una última reverencia hacia Marianne Engel.

Ésta acercó los labios a mi oreja y susurró:

—Que nunca más me entere de que has vuelto a echar sapos por la boca hablando con Mizumoto. Hablar como una bestia no mitigará tu dolor. Tienes que mantener el corazón abierto al amor y confiar en mí. Te prometo que estamos avanzando hacia la libertad, pero no lo puedo conseguir sola.

Se apartó de la cama y acercó una silla del rincón. Se dejó caer sobre ella, con el gesto agotado de una esposa decepcionada por el fracaso de su marido. Su extraño pequeño discurso me impulsó a pronunciar en voz alta una pregunta que llevaba tiempo queriendo hacerle pero cuya respuesta temía:

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Nada —respondió—. No quiero que hagas absolutamente nada por mí.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

—Sólo si no haces nada me demostrarás tu amor.

—No lo entiendo.

—Lo entenderás —me dijo—. Te lo prometo.

Con esto, Marianne Engel dejó de hablar sobre las cosas que iban a pasar en el futuro y decidió seguir con la historia de su pasado. No me creía una palabra de lo que decía —¿cómo iba a creerlo?— pero al menos sus historias no me dejaban como esta última conversación, sintiéndome como el idiota al que no dejan ser socio de un club.

## VIII

**A**bstenerme de levantar la voz fue lo más difícil de crecer en Engelthal. Comprendía que el silencio era una parte fundamental de nuestro bienestar espiritual, pero aun así me regañaron muchas veces por mi «excesiva exhuberancia». Sólo me comportaba como suelen comportarse los niños.

En Engelthal no sólo se amortiguaba el sonido: se amortiguaba todo. Todos los aspectos de nuestras vidas se regían por las Constituciones de la orden, un documento tan completo que tenía cinco capítulos dedicados sólo a vestimenta e higiene. Incluso los edificios del monasterio no eran elegantes por miedo a que eso mancillara nuestras almas. Debíamos sentarnos en el refectorio en el mismo orden en que nos situábamos en el coro. Durante la comida se leían textos para que recibiéramos alimento espiritual además de físico. Escuchábamos pasajes de la Biblia y mucho san Agustín y, a veces, *La vida de Santo Domingo*, la *Legenda Áurea* o *Das St. Trudperter Hohelied*. Al menos la lectura nos distraía de la comida, que carecía de sabor; las especias estaban prohibidas y no podíamos comer carne sin una dispensa especial que se concedía sólo por motivos de salud.

Cuando no estaba en la capilla central escuchando misa me pasaba las horas en el *scriptorium*. Gertrud dejó claro desde el principio que no le gustaba que estuviera allí. Su cargo de *armarius*, sin embargo, le impedía expresar su frustración de forma directa. Para eso tenía a su secuaz, la hermana Agletrudis.

Agletrudis era un pequeño planeta regordete que orbitaba alrededor de Gertrud, la estrella principal del *scriptorium*; todos sus actos estaban calculados para complacer a su señora torturándome a mí. Su única ambición en la vida era hacerse con el *scriptorium* cuando Gertrud muriera. ¿Qué era yo, sino un obstáculo en su camino?

Mucho antes de que llegase se había planteado en el *scriptorium* una cuestión financiera. Era costumbre producir libros para ciudadanos ricos, a menudo a cambio de un legado de tierras tras su muerte. Gertrud, a pesar de toda su autoproclamada santidad, nunca cuestionó los términos de este tipo de tratos, pero le disgustaba cualquier venta de libros por otros motivos, pues interfería con su utilización del *scriptorium* para sus propios fines. Al principio de su carrera, Gertrud había decidido que produciría una gran obra que consagraría su leyenda para siempre: una edición definitiva de la Biblia en alemán. Aunque nunca lo dijo en voz alta, estoy segura de que imaginaba que a aquella obra se la conocería como *Die Gertrud Bibel*.

Ése era el problema básico de mi presencia: yo era una joven —una adulta incompleta— que le quitaría parte del precioso tiempo que necesitaba para el trabajo que le importaba de verdad. Recuerdo las palabras de Gertrud cuando me puso bajo la tutela de Agletrudis.

—La priora parece creer que esta niña puede aportar algo. Enséñale los rudimentos del oficio, preferiblemente en la otra punta de la sala, pero no debe tocar nada. Esos deditos rechonchos no merecen ser instrumentos de Dios. Y, sobre todo,

que no se acerque a mi Biblia.

Así que, al principio, sólo me dejaban mirar. Creerás que debió de ser increíblemente aburrido para una niña, pero como me había pasado la mayor parte de mi vida absorbiendo información mientras permanecía callada en un rincón, nada de aquello era nuevo para mí. Me hipnotizaba la forma en que las plumas funcionaban como una extensión de los dedos de las amanuenses. Aprendí cómo hacer tinta y que si le añadía bermellón o cinabrio, se volvía roja. Observé cómo las monjas usaban una cuchilla para afilar las puntas de las plumas cuando las letras empezaban a perder definición. Supe al instante que aquél era mi sitio.

Cosas que hoy damos por supuestas eran extraordinarias en aquellos tiempos. El papel, por ejemplo. No fabricábamos nuestro propio papel sino que lo encargábamos a un pergamintero local. Luego teníamos que prepararlo para su uso. Las monjas lo clasificaban según su calidad y luego disponían las páginas teniendo en cuenta qué cara era la de la carne y cuál la del pelo, de modo que cuando el lector abriera el volumen siempre coincidieran las dos páginas del mismo tipo, y a veces Gertrud insistía en que se coloreara ligeramente el pergamino «para darle un efecto más dramático». Para un solo libro hacían falta las pieles de varios cientos de animales. ¿Cómo podía una niña no quedarse fascinada ante eso?

Se le podían reprochar a Gertrud muchas cosas, pero no que no se aplicase en su oficio. Si el trabajo era una traducción, a veces pasaba una hora discutiendo sobre la mejor manera de escribir una frase. La mayoría de las monjas de la sala, a pesar de sus quejas sobre la actitud dictatorial de Gertrud, creían que estaba dedicada a una tarea para la cual Dios la había elegido expresamente. Las hermanas nunca decaían, ni siquiera durante las épocas en que el trabajo en *Die Gertrud Bibel* era más intenso.

Había unas pocas amanuenses que se preguntaban bajo qué autoridad se había emprendido aquella gran traducción y si todo el proyecto no sería sacrílego, pero se cuidaban mucho de cuestionar a la *armarius* del *scriptorium* o simplemente temían hacerlo. Así que no se quejaban sino que se concentraban en las pocas páginas de la Biblia que habían recibido el visto bueno de Gertrud. Aunque todo el mundo podía opinar durante el proceso, ella siempre tenía la última palabra.

Gertrud sólo permitía a las mejores amanuenses trabajar con la mejor vitela. Ella las supervisaba, alargando su esquelético cuello cada vez que temía que hubieran escrito mal una palabra o echado un borrón. Cuando escribían el punto final de la última frase de la página los hombros de Gertrud se relajaban y se podía oír cómo exhalaba aliviada el aire retenido en sus pulmones. De inmediato, sorbía ruidosamente otra bocanada.

Esos momentos de relajación nunca duraban. Gertrud tomaba la hoja y la llevaba a la rubricadora para que subrayara los números de capítulos y versículos, y mientras esto sucedía, la iluminadora preparaba docenas de esbozos para iluminar los espacios vacíos de la página. Se debatía entonces qué diseño era el mejor y sólo después de tomada una decisión se empezaba a dibujar la imagen.



Las páginas acabadas eran maravillosas. Gertrud pasaba una hora entera revisándolas y volviéndolas a revisar antes de archivarlas y empezar la página siguiente. Página a página, el libro cobraba vida, pero siempre había otros trabajos que hacer. Siempre que se nos acumulaban los encargos de manuscritos de la nobleza, Gertrud miraba con cariño hacia donde guardaba su primer amor. Pero tenía que cumplir las órdenes de la priora, como todas las demás.

De alguna forma la priora se enteró que no se me permitía participar en ninguna de las tareas del *scriptorium*. Me imagino que debió de ser la hermana Christina quien se lo dijo. Tras un largo suspiro y más larga explicación de por qué estaba en contra, Gertrud explicó que «por órdenes de la priora me veo obligada a permitir que tus estúpidas manitas empiecen a practicar». Me dio un poco de pergamino viejo, estropeado por errores de transcripción, y me dijo que empezase.

Me volqué en mis nuevas tareas. Trabajaba con cualquier pedazo de pergamino descartado que podía encontrar y, conforme fui mejorando, se me entregaron a regañadientes mejores plumas y se me concedió más margen para realizar traducciones. Ya entendía el alemán, el latín, el griego y el arameo, el italiano del libro de plegarias de Paolo y algo de francés. Me esforcé por leer todos los volúmenes que había en el *scriptorium* y, aunque nunca recibí ni una sola felicitación de Gertrud, vi que mi evolución asombraba a las demás hermanas. Sólo la hermana Agletrudis disfrutaba señalando hasta el más pequeño de mis errores y si le daba la espalda alguna vez me encontraba con que mi tintero se volcaba misteriosamente, mis libros desaparecían o mis plumas se rompían. Cada vez que le señalaba a la hermana Gertrud esas «coincidencias» sonreía satisfecha y se limitaba a avalar que la hermana Agletrudis tenía un carácter bondadoso.

Al final, sin embargo, Gertrud y su acolita no pudieron seguir negando mi talento. Me había convertido en la más versátil de las traductoras y también en la más rápida y precisa. Agletrudis pasó de molestarme simplemente porque no le gustaba a sentirse celosa y verme como una amenaza a sus aspiraciones sucesorias y en la mirada de Gertrud apareció cierta preocupación al darse cuenta de lo valiosa que podía ser yo para *Die Gertrud Bibel*. Ya no era una mujer joven y si quería acabar la Biblia antes de morir necesitaba acelerar los trabajos. Al final me permitió empezar a colaborar en su gran obra.

También había vida fuera del *scriptorium*. Cuando crecí descubrí una forma de saltar las puertas del monasterio y acceder por fin al mundo exterior. No buscaba nada en especial, sólo saber qué había ahí fuera. Por supuesto, mi primera parada fue la casa que pertenecía al padre Sunder y al hermano Heinrich. Cuando aparecí, el padre Sunder me hizo saber que no aprobaba mi travesura. Me amenazó con llevarme a rastras al monasterio e informar a la priora, pero de algún modo acabamos tomándonos un vaso de zumo. Y luego comimos algo. Y sin que nos diéramos cuenta pasó tanto tiempo que hubiera sido complicado explicar por qué no me había llevado de vuelta inmediatamente. Así pues, después de prometerle que no volvería, el

hermano Heinrich y el padre Sunder me permitieron volver discretamente al monasterio. Regresé a la cabaña a la noche siguiente y de nuevo me metieron una bronca terrible, pero acabamos otra vez tomando zumo y comiendo algo. Este juego de promesas rotas y regañinas sin convicción duró unas pocas semanas más hasta que al fin abandonamos la pantomima.

Cada vez que llegaba a la colina desde la que se veía su casa me sentía en la gloria. Su cabaña se convirtió en mi segundo y secreto hogar. A veces, en las tardes de verano, jugábamos al escondite entre los árboles. Eso era lo que más me gustaba, sacar la cabeza desde un matorral y ver a aquellos dos paternos hombres que estaban en la cincuentena fingir que no podían encontrarme.

Engelthal era una comunidad pequeña, lo que hizo inevitable que otros se enterasen de mis visitas «secretas». Supongo que nadie lo consideraba pernicioso y aunque mis salidas eran un secreto a voces entre las monjas, creo honestamente que Gertrud, Agletrudis y la priora nunca supieron de ellas. Si se hubieran enterado, hubieran puesto fin a mis escapadas simplemente por una cuestión de decencia.

La priora murió una noche cuando yo todavía era adolescente. Fue una muerte pacífica y se impuso la necesidad de escoger a su sucesora lo antes posible. Los monasterios dominicos eran instituciones democráticas y la hermana Christina, que estaba acabando entonces su *Libro de las hermanas de Engelthal* y empezando sus *Revelaciones*, fue elegida casi por unanimidad. Así fue como se hizo con el título de madre Christina. Obviamente, su ascenso me hizo feliz, pero no puedo decir lo mismo de la hermana Agletrudis. Qué rápidamente los acontecimientos habían conspirado para complicar su aspiración de convertirse en la siguiente *armarius*. No sólo había aparecido un prodigio en el *scriptorium*, sino que la nueva priora había sido desde siempre la gran defensora de aquella joven. Pronuncié mis votos poco después de la elección de la hermana Christina y eso fue la gota que colmó el vaso para la hermana Agletrudis. Vi un odio enfervorecido en sus ojos cuando afirmé mi obediencia a las santas dominicas y a todas las prioras del monasterio hasta mi muerte.

En la mirada de las demás monjas, sin embargo, vi aprobación y cariño. Les debía parecer que en mi vida todo encajaba con una perfección inusitada. Pero yo no me sentía así. Yo me sentía como una impostora en la casa del Señor.

Me habían educado en una atmósfera de santidad intensa, pero yo no me sentía nada santa. Muchas de mis hermanas, Gertrud y Agletrudis incluidas, tenían visiones místicas. Yo no. Eso me provocaba una sensación de inadaptación. Se me daban bien las lenguas, cierto, pero eso era todo, era una habilidad, no un don ni una revelación. No era sólo esa falta de comunicación con Dios lo que me hacía sentirme inferior, sino también que las otras monjas parecían muy seguras del camino que habían tomado mientras que yo todavía no comprendía muchas cosas. El desconcierto gobernaba mi corazón y mi mente: la certeza que me parecía ver en las demás me hacía sentir deficiente.

La madre Christina me aseguró que no tenía que preocuparme por no tener visiones. Cada hermana recibe el mensaje cuando está preparada, me dijo, y no era cuestión de llamar al Señor sino de purificarse para que el Señor quisiera venir. Cuando le respondí que no sabía qué más hacer para ser más pura, la madre Christina me aconsejó que me preparara para el Señor despojándome de los rasgos infantiles que se habían adherido a mi alma. Asentí, como si aquella explicación lo aclarara todo, pero la verdad es que me dejó tan confundida como una vaca frente a una puerta nueva.

Había estudiado aquellas ideas toda mi vida, pero para mí eran sólo eso, ideas. Generalidades vagas que no comprendía por completo. La madre Christina debió de verlo en mi rostro porque me recordó que tenía aquella habilidad inexplicable para las lenguas y que, aunque no consistía en apariciones místicas, sí me hacía especial. Cada vez estaba más claro, me dijo, que Dios debía tener planes maravillosos para mí. ¿Por qué si no me habría concedido aquellos dones? Le prometí que trataría de esforzarme más y en silencio esperé tener algún día la fe en mí que ella me demostraba.

Poco después de entrar en la veintena coincidí con Enrique Suso por primera y única vez. Viajaba de Estrasburgo a Colonia, donde quería estudiar en el *studium generale* con el maestro Eckhart. Aunque nuestro monasterio no le caía de camino, dijo que no pudo dejar pasar la oportunidad de visitar el gran Engelthal. Ésas fueron sus palabras exactas.

Era obvio que sabía qué decir para complacer a la madre Christina, pero Gertrud era harina de otro costal. Tan pronto como supo que Suso iba a estudiar con Eckhart, se negó a conocerle.

Eckhart era una cuestión delicada. Aunque era un escritor reconocido en latín sobre cuestiones teológicas, quizá era más célebre, o más notorio, por los poco corrientes sermones que pronunciaba en alemán vernáculo. Cuando Eckhart hablaba sobre la similitud metafísica entre la naturaleza divina y el alma humana, sus ideas parecían apartarse a menudo de la ortodoxia y aquéllos eran malos tiempos para desviaciones, pues ya había bastante malestar entre las órdenes monásticas y el clero por el traslado del papado a Aviñón.

Cuando en mis lecturas me encontré con obras de Eckhart y le pregunté a Gertrud sobre él, su reacción fue severa. Aunque admitió que no había leído mucho de sus escritos, añadió enfáticamente que ni falta que le hacía. Había oído hablar lo bastante de los sucios puntos de vista de Eckhart para saber que no quería ir a las fuentes de aquella inmundicia. Escupía su nombre como si fuera fruta podrida.

—Eckhart era un hombre muy prometedor, pero se ha echado a perder. Llegará el día en que lo declararán un hereje, escucha bien lo que te digo. Ni siquiera admite que Dios es bueno.

Por extraño que parezca, la actitud de Gertrud me benefició. Dado que ella se negó a recibir a Suso, me encargaron a mí mostrarle el *scriptorium*. Me impresionó

su aspecto. Estaba tan delgado que parecía un milagro que sus huesos sostuvieran su peso, por poco que fuera. Tenía la piel amarillenta y llena de manchas y las venas de su rostro se marcaban justo bajo la superficie. Mostraba unas ojeras tan profundas que parecía que no hubiera dormido jamás. Las manos, cubiertas de cicatrices que se rascaba habitualmente, eran como guantes rellenos de huesos apenas conectados entre sí.

Esta descripción le hace parecer espantoso, pero en realidad producía el efecto contrario. Parecía que la delgadez de su piel dejara asomar el brillo de su alma. La forma en que movía sus delgados dedos mientras hablaba me hacía pensar en matorrales mecidos por el viento. Y aunque tenía aspecto de no dormir nunca, su manera de hablar daba a entender que era porque constantemente recibía mensajes demasiado importantes como para ignorarlos. Aunque sólo tenía unos pocos años más que yo, no pude evitar sentir que conocía secretos en los que yo jamás llegaría a entrar.

Le guié por el *scriptorium* y luego por las tierras adyacentes que pertenecían al monasterio. Cuando estuvimos a salvo de los oídos indiscretos que poblaban cada esquina del monasterio, saqué el tema del maestro Eckhart y los ojos de Suso se pusieron a bailar como si acabara de entregarle las llaves del Cielo. Se apresuró a contarme cuanto sabía sobre el hombre que pronto sería su maestro. Nunca antes había oído salir de una boca tal torrente de ideas brillantes y la voz de Suso estaba poseída de gozo eclesiástico.

Le pregunté por qué la hermana Gertrud decía que el maestro Eckhart no estaba dispuesto a admitir ni siquiera que Dios era bueno. Suso explicó que la postura de Eckhart era que todo cuanto era bueno podía ser mejor y que incluso lo mejor podía ser todavía mejor. No se podía hablar de Dios como bueno, mejor o lo mejor, porque Él está por encima de todas las cosas. Si un hombre dice que Dios es sabio, ese hombre miente, porque todo lo sabio puede ser más sabio. Todo lo que un hombre pueda decir sobre Dios es incorrecto, incluso referirse a Él con el nombre de Dios. Dios es «la nada supraesencial» y el «ser trascendente», dijo Suso; está más allá de cualquier palabra y de nuestra comprensión.

Lo mejor que puede hacer un hombre es permanecer callado porque siempre que habla sobre Dios comete el pecado de la mentira. El verdadero maestro sabe que nunca debe considerar Dios a un Dios que pueda comprender.

Esa tarde mi mente se abrió a nuevas posibilidades y mi corazón a una comprensión más profunda. No podía imaginar por qué Gertrud quería evitar que los escritos de Eckhart se incluyeran en nuestra biblioteca. A mí lo que algunos consideraban pensamientos heréticos me parecían simplemente especulaciones razonables sobre la naturaleza de Dios. Acabé convencida de que la educación que había recibido durante mi juventud había sido limitada. Si no se me había permitido escuchar los argumentos de Eckhart, ¿cuántas más cosas se me habrían ocultado? Como Suso dijo esa tarde, con un brillo especial en sus ojos: «Lo que duele espolea el

amor».

Con franqueza, le confesé a Suso que deseaba desesperadamente leer algo de Eckhart. Eso hizo que una sonrisa ligeramente malvada cruzara sus labios, pero no dijo nada. Me pregunté si le divertía que mostrara un deseo contrario a la posición del monasterio, pero no pensé más en ello hasta que nos dejó unos pocos días después.

Quise pasar más tiempo con él, pero Gertrud, quizá presintiéndolo, se aseguró de doblar mi trabajo en el *scriptorium*.

Se me permitió despedirme de Suso en las puertas cuando partió hacia Colonia. Escondió un pequeño libro en los pliegues de mi hábito, tras asegurarse de que no nos veía nadie.

## IX

**D**esde el momento en que las escribí, esas palabras me persiguen. «¿Por qué no te tragas esa sonrisa condescendiente, zorra amarilla?». Siempre existe la tentación de retocar el lienzo del pasado con el pincel del presente y encubrir las cosas de las que me arrepiento, pero necesito tanto borrar aquellas palabras que precisamente por ello deben permanecer escritas.

Sayuri Mizumoto no es una zorra y no sonreía de forma condescendiente. Eso es obvio. Dije algo tan horrible porque estaba enfadado con Marianne Engel por no venir a verme en una semana.

Me avergüenzo de cómo traté a Sayuri y temo que dejar esa frase en el libro me hará parecer racista. ¿Cómo no iba a parecerlo? Pero le aseguro que escogí la palabra «amarilla» sólo porque buscaba cualquier cosa que hiciera sentir vulnerable a Sayuri. Utilicé aquella palabra no porque crea que los japoneses son inferiores, sino porque existía la posibilidad de que Sayuri se sintiera inferior por ser una japonesa en una cultura no japonesa. (Al conocerla mejor, he descubierto que carece por completo de cualquier complejo de inferioridad étnica). E igual que la palabra «amarilla» sugiere racismo, «zorra» sugiere misoginia, pero la verdad es que me desagradan la mayoría de los hombres igual que me desagradan la mayoría de las mujeres. Si acaso, soy un misántropo igualitarista.

O, mejor dicho, lo era. Creo que he cambiado desde el día en que insulté a Sayuri. Aunque no digo que ahora me sienta lleno de amor al prójimo, puedo afirmar con cierta seguridad que odio a menos gente que antes. Quizá parezca poco como crecimiento personal, pero a veces estas cosas deben juzgarse por el camino andado y no por el lugar en que uno está.

• • •

Era hermoso ver al doctor Gregor Hnatiuk indignado. Entró como una tromba en mi habitación y me exigió que me disculpase ante la señorita Mizumoto. Al parecer, las noticias le llegaban con retraso: se había enterado de mi insulto, pero no de mi acto de contrición en japonés. Aun así, era sobrecogedor ver cómo le brillaba el sudor en la frente mientras defendía el honor de la buena dama.

Comprendí entonces quién era la mujer de la que se había enamorado.

Le expliqué que ya se habían ofrecido las disculpas necesarias y añadí que además Sayuri había encontrado una nueva amiga con quien hablar japonés. Eso aplacó un poco a Gregor, pero aun así consideró necesario lanzar una última púa.

—Llegará el día en que descubrirás que tu boca es la puerta por la que entran en tu vida todas tus desgracias.

—Sí, Gregor —le dije—. Sayuri me dijo exactamente lo mismo.

Sus mejillas de ardilla enrojecieron. Bastaba con pronunciar el nombre de ella en

voz alta para que se sintiera azorado. La forma en que giró sobre sus talones para salir de la habitación confirmó definitivamente mis sospechas.

En la puerta se detuvo de súbito, dio media vuelta y dijo:  
—¿Marianne habla japonés?

• • •

Lo que sigue es la traducción de la conversación entre Marianne Engel y Sayuri Mizumoto.

*Marianne Engel:* Señorita Mizumoto, es un placer conocerla. Soy Marianne Engel.

*Sayuri Mizumoto:* Me alegro de conocerla. ¿Habla usted japonés?

*Marianne Engel:* Un poco. Viví en una granja de lavanda en Hokkaido durante unos años. Si me permite preguntárselo, ¿es su nombre de pila el carácter chino para «pequeña azucena»?

*Sayuri Mizumoto:* Lo es. Su japonés es excelente.

*Marianne Engel:* No, no lo es. ¿Y su apellido significa «fuente del agua», no es así?

*Sayuri Mizumoto:* Sí, así es.

*Marianne Engel:* Su nombre es perfecto para mi amigo. Por favor, cuídelo bien. Disculpe por favor sus horribles modales.

*Sayuri Mizumoto:* Sí, lo haré lo mejor que pueda.

La pregunta es: ¿cómo puedo incluir una traducción de una conversación que no entendí cuando tuvo lugar?

La respuesta: Sayuri me ayudó. Me asegura que me ha contado fielmente lo que se dijo y, puesto que no tengo forma de saber si es así, debo confiar en ella. Y confío, básicamente, aunque no sin cierto temor de que ese diálogo no sea más que un grave error del manuscrito que Titivillus meterá en su saco para que Satán lo use contra mí el día del Juicio Final. Es un riesgo que tendré que correr.

Me alegra decir que mis crueles palabras no dinamitaron la amistad que había empezado a crecer entre nosotros. Durante las muchas horas que pasamos juntos descubrí la verdad sobre la infancia de Sayuri (o al menos su versión), que ya he explicado antes.

Pero lo más importante es que, en los años que han transcurrido desde aquel incidente, he comprendido que Sayuri Mizumoto es una mujer excepcional. ¿Qué otra palabra podría emplear para describir a una mujer que me ha ayudado a traducir fragmentos de un libro en el que se la llama «zorra amarilla»?

• • •

Sayuri y Marianne Engel decidieron trabajar juntas en mi programa de rehabilitación. La doctora Edwards mostró algunas reservas pero al final accedió cuando Sayuri le dijo que una compañera haría que el programa fuera más sencillo y más agradable para mí.

Ya me había levantado y dado unos pocos pasos, pero Sayuri quería que caminase. El proceso no iba a ser tan fácil como saltar de la cama y empezar a pasear por el pasillo. Empezó a trabajar con una silla especial que dejaba mis piernas colgando. Ella se agachaba y me ayudaba a hacer la bicicleta. Luego ella o Marianne Engel empujaban las plantas de mis pies para imitar la resistencia del suelo y yo tenía que hacer fuerza. Parece algo sencillo, pero no lo fue.

Al finalizar cada sesión, Sayuri me hacía mantenerme en pie tantos segundos como fuera capaz. Nunca eran muchos, pero ella me gritaba «¡Lucha! ¡Lucha! ¡Lucha!» para animarme. Cuando ya no podía aguantar más, me devolvían a la cama y repasábamos el progreso que habíamos hecho ese día.

A veces Marianne Engel me cogía la mano y me costaba concentrarme en lo que decía Sayuri.

• • •

Marianne Engel llegó vestida con una ropa tan polvorienta que me sorprendió que la hubieran dejado pasar. Debía de haberse colado sin que las enfermeras la vieran, aunque no me explicaba cómo lo habría hecho, pues venía cargada con dos grandes cestas. Cuando se agachó para vaciarlas, vi que una pequeña nubecilla de polvo salía de la corva de su rodilla.

—He estado pensando en la historia de Francesco y Graziana —salté yo, acordándome de que no le había contado a Marianne Engel la mejora en los aspectos idealistas de mi personalidad—. Me parece muy romántica.

Se rió de mí mientras sacaba unas botellas de whisky de la cesta fría.

—Son para la doctora Edwards, Mizumoto san y las enfermeras. Y preferiría que no me mintieses. Quizá la historia de hoy te guste más.

Mientras sacaba la comida fría vi que tenía las uñas destrozadas y manchadas de sangre seca. Galletas de atún, salchichas con puré de patatas. Solomillo de ternera con pudín de Yorkshire. Pequeños bocadillos de jamón y huevo, de queso y lechuga. Bollos con mermelada de fresa. Panecillos káiser. Bagels con ajo y cebolla. Queso a las finas hierbas para untar. Queso de mantequilla alemán, queso suizo, gouda, gruyere ahumado y emmenthal. Ensalada de pepino fresco con salsa de yogur en un bol precioso adornado con imágenes de Hänsel y Gretel. Patatas rojas partidas en cuatro para dejar al descubierto su carne blanca; gruesos espárragos verdes empapados en mantequilla; una berenjena con una fecunda barriga de delicioso relleno. Había un



montón de grasos trozos de carne de cordero apilados en un obscuro monumento a la arteriosclerosis. Una solitaria fuente de *sauerkraut* que parecía añadida en el último momento porque alguien había pensado que en aquel festín faltaban verduras. Huevos asados, aunque ¿quién diablos come huevos asados? Luego, un abrupto giro culinario hacia las tierras de Rusia: *vareniki* (empanadillas, para los no iniciados) retozando entre aros de cebolla dulce fritos y *holubtsi* (rollitos de col rellenos de arroz) con ácida salsa de tomate.

Marianne Engel se llevó un huevo entero a la boca, como si no hubiera comido en días, y lo devoró de una manera casi bestial. ¿Cómo podía estar tan hambrienta y no haber probado la comida mientras la preparaba? Cuando hubo amansado su hambre, anunció:

—¡La historia de Vicky Wennington incluye terribles tormentas, amor vigilante y muerte en el mar!

Me puse cómodo, ansioso por escucharla, y tomé otro bocado de *holubtsi*.

## X

Ocurría en la alta sociedad londinense que nada era más importante que ser de buena familia, y Victoria D'Arbanville nació con uno de los apellidos más antiguos y respetados del país. Su infancia consistió en una serie de lecciones para su mejoramiento: le enseñaron a hablar inglés, francés, italiano, alemán, latín y un poco de ruso; podía conversar sobre las teorías de Darwin sin sugerir abiertamente relación alguna entre hombres y monos y podía cantar las mejores obras de Monteverdi, aunque prefería a Cavalli. A sus padres les traían sin cuidado sus gustos musicales y sólo querían que se casara con un caballero de buena familia, pues eso es lo que las damas victorianas debían hacer.

Victoria siempre creyó que ése sería su futuro, hasta el día en que conoció a Tom Wennington. No Thomas, sino Tom de pies a cabeza. Asistieron ambos a una cena muy formal a la que Tom —vestido con un traje que no le sentaba bien— acompañó a una amiga de la ciudad. Tras la cena, los hombres se retiraron a un estudio donde los principales temas de conversación fueron el Parlamento y la Biblia. Tom no tenía mucho que decir sobre esas cosas aunque, si le apretaban, podía haber aportado su opinión sobre los tipos de tierra. Era un granjero de arriba abajo, como lo habían sido sus antepasados.

Tom era un hombre de un tipo más basto que los que Victoria estaba acostumbrada a conocer, pero la joven no podía negar la satisfacción que sintió cada vez que, a propósito o por casualidad, se cruzó con él durante las semanas siguientes. Y, por su parte, Tom alargó su estancia en Londres un mes más de lo que originalmente había pensado; soportó las fiestas, los té y las óperas sólo por la oportunidad de ver a Victoria. Al final, el amigo de Tom, aunque generoso y con bastantes medios, empezó a quedarse sin trajes que prestarle. Tom, que sabía que sus campos no se iban a plantar solos, tenía que tomar una decisión: volver a casa solo o tensar su coraje hasta su límite, que, por cierto, era una frase que le había enseñado Victoria.

Los D'Arbanville se horrorizaron al sospechar que su hija estaba interesada en ese, ese, ese... ¡granjero! Pero para entonces ya era tarde. Victoria no sólo había citado a Lady Macbeth sino que había empleado toda su eficiencia (con alevosía y premeditación) en trazar un plan. Cuando se hizo obvio que Tom no comprendía el lenguaje de las flores, Victoria dispuso una visita privada a la mayor fábrica de maquinaria de vapor agrícola de Londres.

Durante su estancia en Londres, Tom sintió que podía navegar en ese mundo extraño sólo porque ella estaba a su lado, pero tuvo siempre presente que ella no sabía nada de la vida en el campo. Con aquella visita, ella le demostró que estaba dispuesta a aprender sobre agricultura. Sus preguntas al director de la fábrica probaron que había investigado mucho sobre equipo agrícola antes de poner pie en la fábrica y eso fue lo que convenció a Tom de que aquélla era la única mujer para él.

Cuando Tom le propuso matrimonio, ella supo que sus días en el estudio habían terminado. Sí, respondió inmediatamente, sin jugar a fingir dudas. Dejaba de ser Victoria y estaba lista para su nueva vida como su querida Vicky.

Las objeciones de sus padres amainaron notablemente cuando se enteraron de que Tom poseía muchas tierras y la pareja se casó en una ceremonia demasiado ostentosa para el gusto de Tom. Vicky se mudó a la gran granja Wennington, que de un lado señoreaba sobre sus tierras y del otro sobre el mar del Norte. Era un lugar un poco extraño para la casa, pero la abuela de Tom había insistido en que se construyera en un lugar con vistas «al mismísimo punto donde la tierra se precipita en el mar».

Vicky regañaba a Tom cuando éste descuidaba afeitarse y Tom reprochaba en broma a Vicky que llevara tacones demasiado altos para la mujer de un granjero, pero en secreto ella adoraba los ángulos curtos y mal afeitados de su mandíbula y a él le encantaba cómo las caderas de ella oscilaban al caminar con sus botas de ciudad. El olor del sudor de Tom le ponía la piel de gallina a Vicky y a él el rastro del perfume de su mujer le hacía secarse la nuca con su pañuelo siempre manchado. En Londres el cuerpo de ella no lucía pero en la granja Vicky estaba directamente en contacto con los elementos de la tierra. Echaba leña al fuego para calentar teteras gigantes con las que preparar el baño nocturno de Tom. Apretaba los fuelles sonriendo, sudando e imaginándose cómo se sentiría él cuando lo tocara. Durante uno de estos baños nocturnos a Vicky le gustaron sus propias manos por primera vez en la vida. Limpiando la suciedad del cuerpo de su marido olvidó las clases de piano de su infancia.

Cuando llegó la cosecha, Vicky se quedó en estado. Engordó durante el invierno y dio a luz en la primavera. Vicky llamaba al niño Alexander, Tom le llamaba Al. Los aires del campo eran más dulces que nunca.

Por las mañanas se acercaban al acantilado, con el bebé en brazos, a ver cómo iban y venían los pescadores. Lo habían hecho muchas veces durante su matrimonio y las cosas no cambiaron el primer verano del bebé. Tom cerraba los ojos y se imaginaba que era él quien estaba en el agua. De joven, había flirteado con la idea de alistarse en la marina, pero se olvidó de ello cuando murió su padre y heredó la granja.

Aun así, Tom tenía un pequeño barco con el que salía a navegar los domingos. Un domingo cualquiera a principios de noviembre le pidió a Vicky que le acompañara. Hacía poco que se había recogido la cosecha y podían tomarse el día libre. Ella le dijo que no se sentía demasiado bien y prefería quedarse con el bebé.

—Pero ve tú solo —dijo—. ¡Pásatelo bien!

Desde el acantilado, con Alexander en brazos, Vicky contempló cómo Tom sacaba el barco del muelle y salía al océano, empequeñeciéndose cada vez más hasta que se perdió de vista. Se ajustó el abrigo y le subió la manta al bebé hasta la barbilla. Se puso a soplar un viento frío que le heló los huesos, así que tomó al bebé y volvió a la casa. Es noviembre, pensó, es lo normal.

El frío aliento del viento trajo una tormenta que descargó de repente y con inusitada fuerza. Dentro de la granja, Vicky dormía para calmar su dolor de cabeza con el bebé contra el pecho. Dio vueltas y vueltas en la cama hasta que la despertó el golpe de un relámpago terrible en sus campos. Vicky se sentó sobre la cama de golpe y Alexander se echó a llorar. Ella se vistió, entregó el bebé a la criada y salió al borde del acantilado.

Oteó el horizonte en busca del pequeño barco de su marido. No vio nada más que el agua escupiendo su furia gris.

Pronto uno de los jornaleros se acercó para llevarla a dentro, temeroso de que el viento la despeñara por el borde del acantilado. En el fondo había rocas que podían destrozar a una persona. Una vez dentro, los jornaleros trataron de calmarla.

—Tom es un buen marino. Encontrará cobijo en cualquier cala y esperará en lugar seguro a que pase la tormenta. Regresará cuando haya pasado.

Vicky asentía distraídamente porque quería creerlo.

La tormenta fue la peor que nadie recordaba y continuó durante tres obscenos días. Vicky salía constantemente al acantilado y se quedaba allí hasta que un jornalero la forzaba a entrar en la casa diciéndole que Alexander lloraba y necesitaba cuidados.

La tormenta amainó al fin. Los oscuros cielos se abrieron y la luz del sol entró por las grietas de las nubes. Vicky regresó al borde del acantilado y se quedó allí un día entero, esperando el regreso de su marido. Pero él no apareció.

Al día siguiente Vicky organizó una partida de búsqueda. Tom era una persona muy querida y todos los barcos disponibles recorrieron la costa buscándole.

No hallaron ni rastro de él. Ni rastro de nada. Sólo grandes y solitarias extensiones de agua. Era como si el océano se hubiera tragado toda prueba de su existencia. Después de tres días, los pescadores, a regañadientes, suspendieron la búsqueda. Tenían que volver a trabajar para alimentar a sus familias. Le prometieron a Vicky que continuarían atentos a cualquier señal en el mar.

Ella no estaba dispuesta —no podía— abandonar tan fácilmente. Contrató a un marinero y su barco y juntos pasaron seis semanas más buscando. Vicky se familiarizó hasta con el último peñasco rocoso del litoral. A mediados de diciembre, sin embargo, los vientos fríos empujaron a Vicky y al hombre que había contratado fuera del mar. Era tiempo de regresar de la búsqueda de los perdidos y empezar a cuidar a los vivos. El niño Alexander necesitaba a su madre.

Los jornaleros continuaron con sus deberes, pero sin el liderazgo de Tom. Daban gracias porque la cosecha se había recogido antes de la tormenta. La Navidad fue horrible, sin árbol y sin pavo. El año que había empezado tan prometedoramente en primavera con el nacimiento de Alexander acabó sumido en la tristeza.

Gradualmente, Vicky continuó con su vida, pero sólo vestía ropa negra. Los vecinos la llamaban la «viuda Wennington». Recibió algunas ofertas decentes por la granja, pero decidió no venderla. No le parecía correcto deshacerse de unas tierras

que habían sido de la familia de Tom durante generaciones y no quería abandonar el hogar donde había amado y sido amada tanto. No podía, además, regresar a la vida social de Londres ahora. Se le había acumulado demasiada suciedad bajo las uñas.

Pero, sobre todo, aquellas tierras serían lo único que Alexander conocería de su padre. Esa tierra era Tom. Durante aquel primer y solitario invierno, Vicky estudió agricultura, aprendiendo cuanto pudo, por su marido perdido y su pequeño hijo. Necesitaba hacer algo, cualquier cosa, para dejar de lamentarse por la forma injusta en que el mar le había robado a su Tom. Pero cada mañana, al alba, Vicky pasaba una hora al borde del acantilado.

—Tom está muerto —decían los vecinos—. ¿Por qué no lo acepta? ¡Pobrecita!

Cuando llegó la primavera, Vicky empezó a gestionar la granja. Al principio los trabajadores se mostraron reticentes a seguir sus órdenes, pero en cuanto comprobaron que sabía lo que estaba haciendo, acabaron los murmullos. Decidieron que el dinero de los Wennington era tan bueno ahora que salía de la mano de Vicky como cuando salía de la de Tom. Ella trabajó muy duro para demostrar que podía llevar la granja, y aunque la cosecha aquel año no fue tan buena como la del anterior, sí fue lo bastante buena. Cuando se cumplió un año de la desaparición de Tom, Vicky abandonó el luto, pero cada mañana seguía acudiendo al borde del acantilado. No era algo que pudiera explicar a nadie, pero creía que de algún modo la marea al retirarse llevaría su amor hasta Tom.

Con los años, la granja prosperó. Vicky cobró fama de buena granjera y astuta mujer de negocios. Conseguía los mejores jornaleros porque siempre pagaba los mejores jornales. Y siempre podía pagar mejor porque siempre era la que más ganaba. Al final, empezó a comprar las granjas vecinas, a un precio justo, y siempre conseguía que esas tierras también empezaran a rendir más.

Vicky trabajó durante veintidós años. Se convirtió en la mayor terrateniente de la región y Alexander en un joven saludable con cuerpo, espíritu y valores fuertes. Entonces, un día, él conoció a una joven de una ciudad vecina. Se enamoró, le propuso matrimonio y ella aceptó. Vicky supo que su hijo sería feliz.

Durante veintidós años pasó una hora cada mañana mirando desde el acantilado a los retorcidos y tentadores dedos de la espuma entre las rocas. Trescientos sesenta y cinco días al año. Todos sabían que esperaba a su marido. Ocho mil días. Lluvia, viento, aguanieve, nieve, sol; nada le importaba a la viuda Wennington. Ocho mil horas. Ni un solo día abandonó su puesto al borde del mundo, donde la tierra se precipitaba en el mar.

El otoño en que se casó Alexander hubo una tormenta terrible. Fue, de hecho, la peor desde la que se había llevado a Tom. Extrañamente, ocurrió el mismo fin de semana, a principios de noviembre, en que lo había perdido. Soplaban un viento huracanado, pero ni siquiera una tormenta como aquélla podía apartarla del borde del acantilado. Lo cierto es que prefería los días de tormenta, pues en ellos se sentía más cerca de su desaparecido marido. Vicky abrió los brazos, abrazando la lluvia que caía

sobre su piel. Susurró su nombre: «Tom, Tom, Tom, Tom...». Su cabello volaba alocadamente y le gritó al temporal:

—Te amo, te amo, te amo, te amo. Siempre te amaré.

Alexander la miraba desde la granja, fascinado y preocupado. Había aceptado el ritual de su madre porque lo había visto toda la vida, pero esto era distinto. Habitualmente estaba callada y contemplativa en su puesto de guardia, pero ahora se tambaleaba como si fuera una marioneta en manos de la tormenta. Alexander corrió hacia ella.

—¡Madre, nunca antes te he pedido que pares! ¡Debes entrar en la casa, estar aquí fuera es muy peligroso!

Vicky gritó por encima de la tormenta:

—¡No!

Alexander se afirmó sobre el suelo luchando contra los vientos. Luchando contra su madre.

—No importa cuánto tiempo estés de guardia.

Vicky negó con la cabeza.

—Por supuesto que importa.

Alexander se subió el cuello de su chubasquero. Gritó desde debajo de su capucha amarilla:

—Nadie duda de tu amor.

Vicky apartó los ojos de su hijo y miró al mar. Habló suavemente, demasiado suavemente como para que él pudiera oírla.

—Sólo quiero recordarlo.

La violencia de la lluvia había abierto pequeños canalones alrededor de sus pies. El suelo empezó a ceder y Alexander sintió cómo la tierra se desplazaba. Una grieta se abrió entre ellos: veintidós años en pie en el mismo lugar habían socavado la resistencia del acantilado. Alexander alargó el brazo frenéticamente hacia su madre, los ojos muy abiertos por el miedo. Le gritó que tomara su mano. Vicky estiró sus brazos hacia su hijo pero cuando su mano casi había llegado a las de él, se detuvo. El miedo la abandonó y sonrió. Retiró el brazo y lo dejó caer junto a su cuerpo.

—¡Por el amor de Dios, madre...!

Alexander no pudo decir nada más. El viento y la lluvia aullaban y truenos y relámpagos explotaban por todas partes, pero nunca había visto a su madre más calmada, más bella. Era como si hubiera estado esperando su turno y por fin hubiera llegado. El suelo se derrumbó bajo ella y la vio desaparecer por el borde del acantilado.

Nunca encontraron su cuerpo. Los vecinos se limitaron a decir que por fin había regresado junto a su amado Tom, ambos reunidos de nuevo bajo las olas.

## XI

Cuando desperté la mañana después de que Marianne Engel me contara la historia de Vicky encontré junto a mi cama, en la mesilla de noche, una azucena de vidrio. No sé cómo llegó hasta allí, pues ella se había marchado del hospital mucho antes de que yo me durmiera. Le pregunté a las enfermeras si la había traído alguna de ellas, pero me dijeron que no. Más aún, Maddy afirmó que nadie había pasado frente al puesto de las enfermeras durante la noche. Lo que quería decir que o bien las enfermeras mentían o bien Marianne Engel se había colado al amparo de la oscuridad.

La segunda cuestión que planteaba la azucena de vidrio era: ¿qué significaba?

¿Por qué, debe preguntarse, asumí que debía significar algo? Algunas cosas, los objetos de vidrio entre ellas, son simplemente bonitas. (¿Necesito recordarle que las flores auténticas estaban prohibidas en la unidad de quemados?). Sin embargo, estaba seguro de que significaba algo; cuanto más tiempo pasaba con Marianne Engel, más seguro estaba de que todas las cosas estaban inexplicablemente ligadas.

—Bueno —dijo la doctora Edwards—, a veces va bien un poco de misterio. Hace que la gente tenga fe.

—No me digas que eres una mujer religiosa, Nan. No creo que pudiera soportarlo.

—Mi religión o falta de ella no son asunto tuyo. Tú tienes tu vida, como el festín que te pegaste anoche, y yo la mía.

Había un rastro de —celos, enfado, desprecio, ¿qué?— en su voz.

Era extraño que Nan se mostrara dolida por una comida que ella misma había autorizado. Siendo el oportunista de siempre, aproveché la ocasión para plantearle una pregunta que me preocupaba: sí, sabía que mi hipermetabolismo requería que consumiera una cantidad descomunal de calorías, pero ¿cuál era la verdadera razón por la que había autorizado a Marianne Engel a traerme comida?

—Todos necesitamos comer —dijo, simplemente.

Su respuesta, por supuesto, no lo era en absoluto. Así que le pregunté de nuevo. Nan, como solía a veces, se tomó unos momentos para sopesar las ventajas y desventajas de decir la verdad. Me gustaba cuando lo hacía. Fiel a sí misma, no mintió.

—Permito estas comidas por una serie de razones. En primer lugar, es bueno que tomes tantos nutrientes como puedas. Y lo hago también por las enfermeras, porque te vuelves mucho más agradable después de las visitas de la señorita Engel. Pero, sobre todo, lo hago porque jamás he conocido a nadie que necesite un amigo más de lo que lo necesitas tú.

Debió sentirse mejor después de haber sacado eso de dentro. Le pregunté qué pensaba sobre que Marianne Engel me ayudase en mi terapia física y admitió exactamente lo que yo sospechaba: no le gustaba demasiado.

—¿Te preocupa que acabe dependiendo demasiado de ella —dije— y que luego me abandone?

—¿A ti no te preocupa?

—Mucho —contesté.

Puesto que Nan había decidido decirme la verdad, lo menos que podía hacer era corresponderla.

• • •

Todo parecía ir más o menos como debía. Ahora que de verdad deseaba mejorar mi estado físico y trabajaba para lograrlo me sentía más fuerte cada día. ¿ESTÁS SEGURO? Pero la preparación para el mundo real no sólo era física, sino también mental.

Maddy me puso en una silla de ruedas y me llevó a una sala en la que había otros cuatro pacientes de quemados. Sobre la tarima estaba un hombre trajeado: Lance Whitmore era un expaciente que había sobrevivido a quemaduras que eran casi (sólo casi) tan graves como las mías. Sus daños eran menos visibles —sólo la parte derecha de su mandíbula y cuello mostraban que había sufrido quemaduras— pero nos dijo que tenía una cicatriz que lo rodeaba enorme en el torso que nos podía enseñar al final de la charla si deseábamos ver qué es lo que podíamos esperar después de unos años de recuperación. Yo no quería verla: ya tenía bastante con mis problemas actuales para preocuparme por mis cicatrices futuras.

Querían que la presencia de Lance fuera una fuente de motivación e información. Llevaba tres años en el mundo exterior y estaba dispuesto a darnos algunas pistas para que la transición fuera más suave, igual que un conferenciante en una reunión de alcohólicos anónimos.

—Miren la palabra insulto en el diccionario —empezó diciendo Lance— y verán una serie de definiciones. Se refiere a daños producidos por una fuerza exterior que, en nuestro caso, fue el fuego. Por supuesto, está también el significado más común y tendrán ustedes su ración de insultos, intencionales o no, cuando salgan de aquí. La gente no sabe bien cómo tratarnos.

El discurso de Lance continuó como era de esperar: habló sobre los distintos desafíos y oportunidades que nos encontraríamos y sobre qué había hecho para recuperar su vida. Cuando terminó, abrió un turno de preguntas.

La primera pregunta la hizo una mujer que había estado rascándose toda la conferencia. Quería saber si sus «condenadas áreas de donación» picarían siempre tanto.

—El picor pasará. Se lo prometo. —Hubo un murmullo general de alivio en el grupo. Incluso yo, que me había propuesto permanecer en silencio, dejé escapar un suspiro agradecido—. Desgraciadamente, no hay nada que hacer hasta que pase más que aguantarse, pero a mí me ayudaba recordar lo que dijo Winston Churchill.



—¿«No nos rendiremos nunca»? —aventuró la mujer con picores.

—Bueno, sí —se rió Lance—, eso también, pero pensaba en lo de «Si estás cruzando el infierno... no te pares».

Otro paciente preguntó:

—¿Qué se siente al volver afuera?

—Es muy duro, especialmente las primeras veces. La mayoría de la gente finge no verte, pero murmuran. Algunos, casi siempre jóvenes, se burlan de ti abiertamente. Lo más interesante es que mucha gente cree que si te has quemado es que has hecho algo para merecerlo. Eso es lo que enseña la tradición, ¿no? El fuego es un castigo divino. A la gente le resulta difícil enfrentarse a algo tan ilógico como nosotros (quemados, pero vivos) así que debemos haber hecho algo malo, pues de lo contrario deberían aceptar que lo mismo les podría pasar a ellos algún día. —Hizo una pausa—. ¿Quién de ustedes cree que las quemaduras son algún tipo de castigo?

Nos miramos unos a otros antes de que un paciente levantara tímidamente la mano. Le siguió un segundo. Yo no iba a levantar la mano por mucho que esperase Lance.

—Es completamente normal —nos aseguró—. ¿Por qué yo? Yo me hacía esa pregunta cada día, pero nunca conseguí una respuesta. Llevaba una buena vida. Iba a la iglesia, pagaba mis impuestos y los fines de semana trabajaba como voluntario en una asociación de ayuda a la infancia. Era, y soy, una buena persona. Así que... ¿por qué yo? —Pausa—. No hay ningún motivo. Un momento de mala suerte con consecuencias para el resto de nuestras vidas.

Otro de los pacientes preguntó:

—¿La gente pregunta por las quemaduras?

—Los niños sí, porque no han aprendido todavía a tener tacto. Algunos adultos lo hacen también y, para ser sincero, yo lo agradezco. Todas y cada una de las personas que conocerán durante el resto de sus vidas se van a preguntar sobre ello, así que a veces está bien sacar el tema a la luz para quitarlo de en medio y poder pasar a otros asuntos.

Se alzó una mano tímida.

—¿Y el sexo?

—Bien, gracias. —El chiste de Lance arrancó algunas risas. Supongo que había pronunciado el mismo discurso tantas veces que había ido afinando las respuestas a las preguntas que le planteaban en cada sesión—. Será diferente para cada uno de nosotros. La piel era una parte bastante importante de la experiencia, ¿verdad? El órgano más grande del cuerpo, con una superficie de casi tres metros cuadrados, era un instrumento con muchas posibilidades para el placer. Ahora hemos perdido muchas terminaciones nerviosas, lo que resulta un fastidio.

El paciente que había hecho la pregunta suspiró ruidosamente pero Lance levantó la mano para indicar que todavía tenía algo que añadir.

—La piel es la frontera entre la gente, donde acabas tú y empieza el otro. En el

sexo, eso cambia. Si la piel es una valla que divide a la gente, el sexo es la puerta que abre tu cuerpo a otra persona.

Yo no tendría nunca más esa opción, con nadie. No la tendría con Marianne Engel.

Lance se aclaró la garganta.

—He sido afortunado. Mi mujer se quedó conmigo. De hecho, las quemaduras nos hicieron estar más próximos emocionalmente y eso se ha trasladado también a nuestra actividad sexual. Me ha obligado a convertirme en un mejor amante, porque he tenido que volverme más, humm, creativo. Eso es todo lo que diré sobre ello.

—¿Qué fue lo más difícil después de salir?

—Ésa es una pregunta difícil, pero creo que lo peor fue llevar las ropas de compresión veintitrés horas al día. Son muy buenas, como saben, para atenuar las cicatrices pero ¡Dios mío! Es como si te enterraran vivo. Llegas a desear que llegue el momento del baño, aunque duela, para poder quitarte las malditas cosas. —Lance sostuvo mi mirada por un momento y tuve la sensación de que me hablaba específicamente a mí—. Yo llevé las mías durante diez meses después del alta, pero algunos de ustedes las tendrán que llevar un año o todavía más.

»Sólo después de salir de aquí —continuó— comprendes por fin que una quemadura es para siempre. Es un hecho permanente que constantemente se reinventa a sí mismo. Pasas de subidones increíbles en los que te sientes feliz por estar vivo, a depresiones en las que preferirías estar muerto. Y justo cuando crees que has aceptado quién eres, también eso cambia. Porque lo que eres no es algo permanente.

Lance pareció un poco avergonzado, como si hablando hubiera llegado a un lugar al que no quería ir. Paseó la mirada por la habitación, cruzándola con la de cada uno de nosotros por unos instantes, antes de empezar con el gran final.

—Los tratamientos modernos de quemaduras son increíbles y los médicos son fantásticos y me siento agradecido por estar vivo. Pero eso no basta. Tu piel era el emblema de tu identidad, la imagen que presentabas al mundo. Pero nunca fue lo que eres realmente. Las quemaduras no te vuelven ni menos ni más humano. Sólo son heridas. Así que estás en una posición perfecta para comprender algo que la mayoría de la gente no comprenderá nunca: que la piel es sólo el vestido, no la esencia, de una persona. La sociedad apoya de boquilla la idea de que la belleza puramente superficial no es la más importante, pero ¿quién lo comprende mejor que nosotros?

»Algún día, muy pronto —dijo Lance—, saldrán de aquí y tendrán que decidir cómo van a vivir el resto de sus vidas. ¿Les definirá lo que otra gente ve en ustedes o la esencia de sus almas?

LO TIENES NEGRO DE LAS DOS MANERAS .

•••

Gregor trajo un surtido de delicias para desearme un feliz Halloween. Como éramos hombres, ni siquiera mencionó nuestra última conversación pues los dulces bastaban para comunicar que debíamos continuar donde lo habíamos dejado antes de nuestro roce. Si no estuviéramos en un hospital estoy seguro que habría traído unas cervezas.

Aquella tarde supuso un gran avance en nuestra relación. Gregor me contó una historia algo vergonzosa sobre el peor Halloween de su vida, cuando se disfrazó de hígado humano, en un intento poco atinado de impresionar a una estudiante de medicina que le gustaba. Se esmeró para que su disfraz fuera lo más real posible, así que utilizó un tubo de goma para simular el conducto hepático. Conectó el tubo a una botella de vodka que colocó en el lóbulo izquierdo del órgano. Su idea era echar pequeños tragos durante la noche si se ponía muy nervioso con la chica. (Aquella debió de ser la primera vez en la historia en que un hígado le daba alcohol a un hombre y no al revés). Pero, por desgracia, era tan tímido que sorbo a sorbo pronto acabó completamente borracho. Al final de la noche Gregor y su cita acabaron en el *loft* de un artista que se ganaba la vida imitando las obras de Jackson Pollock. La velada acabó con Gregor pagándole varios cientos de dólares al artista tras vomitar sobre uno de sus lienzos, aunque no me explico cómo se puede distinguir un vómito en un cuadro de ese tipo.

Traté de igualar el marcador contando mi Navidad más vergonzosa, en la que intenté ligarme a una elfa de unos grandes almacenes que, de hecho, estaba casada con un Santa Claus adicto a los esteroides. Gregor respondió con una historia navideña propia en la que accidentalmente disparó a su madre con la escopeta de aire comprimido que le habían regalado después de haberse pasado meses jurando que tendría muchísimo cuidado. Al final acabamos contándonos las historias más vergonzosas de nuestras infancias, hubieran sucedido en festivo o laborable. Empecé yo.

Como cualquier niño normal, descubrí que era muy placentero acariciarme el pene, pero entonces vivía con mi tío y tía drogadictos, así que no pude comentar con nadie mi descubrimiento biológico.

Entendía vagamente, por lo que había oído a aquellos fumadores de metaanfetaminas, que existía algo llamado enfermedades venéreas. Desde luego, no quería contraer ninguna, pues si lo hacías le pasaban cosas horribles a tu pilila. (La tía Debi, cuando no tenía más remedio que referirse a mi pene, lo llamaba «pilila»). También sabía que las enfermedades venéreas se transmitían por los fluidos que se producían durante el acto sexual. Podría haber investigado un poco más el tema, supongo, pero las bibliotecarias me conocían y no quería arriesgarme a que me pillasen con un libro de ese tipo. Además, estaba todo bastante claro: había riesgo de enfermedades venéreas al eyacular y, como ahora podía eyacular, tenía que ir con mucho cuidado de no infectarme a mí mismo. Revisé mis opciones.

Podía dejar de masturbarme. Pero me gustaba demasiado.

Podía cubrirme el estómago con una toalla para atrapar en ella el peligroso fluido.

Pero las toallas eran difíciles de esconder y de lavar discretamente.

Podía masturbarme en un calcetín, pero todos mis calcetines eran de un algodón muy permeable a través del cual el fluido podía llegar a los poros de mi piel e infectarme.

Podía masturbarme dentro de bolsas de cocina con autocierre. ¡Sí! No sólo parecía un método médicamente seguro sino que también resultaba especialmente práctico para deshacerse de las pruebas. Claramente, ése era el camino a seguir.

Al cabo de poco tiempo acumulé bajo mi cama una gran colección de rebosantes bolsitas que no podía limitarme a tirar a la basura. ¿Qué pasaría si alguien las encontraba o si un perro vagabundo las esparcía por el jardín? Así que decidí que la mejor opción era colocarlas en la basura de otra familia, cuanto más lejos de mi caravana, mejor.

El lugar ideal sería la zona rica de la ciudad, alejada de la caravana tanto física como socialmente. Lo que no tuve en cuenta, sin embargo, es que la gente pudiente suele sospechar de los jóvenes que merodean junto a sus cubos de basura. Pronto llegó un coche de policía. Me encontré frente a dos fornidos agentes tratando de explicar qué estaba haciendo.

Aunque lo último que deseaba en este mundo era revelar la auténtica naturaleza de mi misión, la policía exigió que les entregase la bolsa que llevaba. Les supliqué que me dejaran ir, afirmando que en la bolsa sólo llevaba «mi almuerzo». Cuando me quitaron la bolsa por la fuerza descubrieron cuarenta bolsitas con una sustancia blanca indefinida y exigieron saber con qué clase de narcótico líquido estaba traficando.

Temiendo que me interrogaran en la comisaría local y que analizaran el lechoso fluido, les confesé que lo que llevaban eran bolsas de autocierre llenas de mi propio semen.

Al principio los agentes no me creyeron, pero conforme los detalles de mi historia fueron encajando, se quedaron atónitos... hasta que empezaron a reírse. No hace falta que añada que no me impresionó nada su reacción a mi crisis sanitaria. Cuando remitieron las carcajadas, los agentes tiraron mi cargamento en el cubo de basura más cercano y me llevaron en coche a casa.

En nuestro nuevo espíritu de fraternidad masculina, Gregor afirmó que tenía una historia igual o incluso mejor que la mía.

También Gregor ignoraba muchas cosas de joven, aunque debo concederle el mérito de que nunca creyó, como yo, que podía contraer una enfermedad de transmisión sexual a través de su propio semen. Cuando descubrió la masturbación, pensó algo así: *si masturbarme con la mano seca es así de placentero, ¿cómo será hacerlo con algo que se parezca más a una vagina?*

Así que Gregor se puso a experimentar. Lo probó en la ducha con jabón líquido hasta que descubrió por la vía dura que el jabón quema. Lo intentó luego con suavizante para manos, lo que funcionó bastante bien hasta que su padre empezó a

cuestionar lo obsesionado que estaba aquel niño con la piel suave. Al final, Gregor, que era muy creativo y contaba con una cocina con un frutero bien surtido, empezó a especular con las posibilidades que ofrecía la piel de plátano. ¿Acaso no la había diseñado la naturaleza expresamente para contener un cilindro carnoso?

La piel de plátano tenía la desagradable costumbre de romperse durante el acto, pero Gregor, reacio a aceptar la derrota, la reforzó con cinta aislante. Aquello funcionó bastante bien, pero se vio enfrentado al mismo problema con el que yo había tenido que lidiar: cómo deshacerse de las pruebas incriminatorias.

Se decidió por tirarlas por el inodoro, pero la cuarta piel hizo que las tuberías se atascasen. Cuando el padre de Gregor descubrió el atasco, se puso a trabajar con el desatascador. Gregor se escondió en su dormitorio, rezando fervorosamente a Dios para que las pieles se fueran cañería abajo en lugar de salir hacia arriba. «Si me ayudas, Señor, nunca jamás volveré a masturbarme con la piel de una fruta». El padre de Gregor no pudo desatascar el váter, así que llamó al fontanero local, que llegó con su serpiente de metal, que presagiaba el desastre.

Dios respondió a las oraciones de Gregor. Las frutas incriminantes se fueron cañería abajo y el único comentario que hizo el fontanero fue que quizá la madre de Gregor debería pensar en añadir más fibra a la dieta de la familia. Gregor mantuvo su promesa al Señor abandonado sus violaciones de frutas para siempre... o al menos eso me aseguró junto a mi cama de hospital.

Estábamos riéndonos de nosotros mismos y prometiéndonos llevarnos los secretos del otro a la tumba cuando Marianne Engel entró en la habitación envuelta en vendajes de momia, sus ojos azules/verdes refulgiendo entre las tiras que le ocultaban la cara y su melena negra colgando en su espalda. Obviamente no esperaba encontrar a un psiquiatra en mi habitación y mucho menos uno que la había tratado a ella. Se quedó no-muerta, como si tres mil (o incluso siete mil) años de *rigor mortis* se le hubieran echado encima de golpe. Gregor reconoció sus inconfundibles ojos y cabello y fue el primero en hablar.

—Marianne, me alegro de volver a verte. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —pronunció las palabras suavemente.

Quizá temía que su disfraz hiciera que la metieran de nuevo en la jaula de los locos, pues pasearse por el pabellón de quemados envuelta en vendajes era, en el mejor de los casos, caprichoso y, en el peor, una broma de mal gusto.

Gregor, intentando suavizar un poco la tensión, dijo:

—Halloween es mi fiesta favorita. Me gusta incluso más que Navidad. Tu disfraz es fantástico. —Hizo una pausa, para darle ocasión de responder, pero ella no dijo nada, así que continuó—: Es particularmente interesante para los psiquiatras, sabes. Ver el disfraz de una persona es como alcanzar a otear algo de sus fantasías más profundas. Yo, por ejemplo, voy a disfrazarme de bolchevique violento.

Marianne Engel tiraba nerviosa de los vendajes enredados en su cadera. Gregor vio que sus intentos de empezar una conversación no iban a ninguna parte, así que se

despidió educadamente y se marchó.

Cuando se fue, ella se relajó un poco. Me dio chokolatinas y me contó cuentos de fantasmas —cuentos tradicionales, no de esos en que salía gente a la que había conocido—. Me contó la célebre historia de una pareja de jóvenes que, tras oír en la radio la noticia de que se había escapado un paciente con un garfio de un manicomio cercano, se marcharon acelerando a toda pastilla del apartado lugar donde habían ido a hacerse arrumacos sólo para descubrir un garfio amputado colgando del pomo de la puerta cuando llegaron a su casa; la historia de una autoestopista que un conductor llevó a su casa y que olvidó el abrigo en el coche. Cuando el conductor lo lleva a la casa unos pocos días más tarde descubre que la chica a la que había recogido había muerto diez años atrás en aquel mismo tramo de carretera en el que la había recogido; la historia de un hombre que hace un rompecabezas mientras está sentado en la mesa de su cocina y que descubre al ir componiéndolo que le muestra a él mismo en aquella mesa de la cocina haciendo un rompecabezas y que cuando coloca la última pieza ve una horrenda cara contemplándole desde la ventana; la historia de la joven niñera que recibe llamadas cada vez más escalofriantes que la avisan del grave peligro que corre el niño que está cuidando hasta que, al llamar a la operadora para que localice la llamada, le dicen que las llamadas se han hecho desde dentro de la casa; y así todas.

Mientras hablaba, Marianne Engel se cubría la cabeza con una sábana y se iluminaba la cara desde abajo con una linterna que había tomado prestada del puesto de las enfermeras. Era todo tan manido que resultaba encantador. Se quedó hasta bien pasada la hora de visita —las enfermeras hacía tiempo que habían desistido de hacerle cumplir las reglas— y, a medianoche, se mostró preocupada por carecer de un reloj del abuelo para contar las doce (o quizá trece) campanadas.

Lo último que dijo antes de marcharse de madrugada fue:

—Espera al Halloween del año que viene y verás. Vamos a celebrar una fiesta maravillosa.

•••

Cada vez pasaba más tiempo entre una cosecha de mi piel y la siguiente. Todavía seguían operándome cada tanto, como era de esperar, pero mis aspiraciones suicidas se habían desvanecido casi por completo y me había convertido en el mejor alumno de Sayuri. Podría mentir y decir que fue porque tengo un carácter fuerte y porque estaba decidido a cumplir mi acuerdo con Nan. Podría mentir y decir que lo hice por mí mismo. Podría mentir y decir que lo hice porque vi la luz. Pero en realidad sólo quería impresionar a Marianne Engel.

QUÉ BONITO. Mi serpiente sacudió la lengua y la cola, acariciándome alegremente en ambos extremos. ME PREGUNTO QUÉ PASARÁ CUANDO SALGAS DEL HOSPITAL.

Me gradué en dar unos pocos pasos arrastrando los pies con la ayuda de un andador. Me sentía idiota pero Sayuri me garantizó que pronto pasaría a andar con muletas.

Me ayudaron mucho un par de zapatos ortopédicos diseñados especialmente para mí. El primer par hacía que me dolieran los pies, así que el ortopeda diseñó un segundo par que funcionó de maravilla. La principal ventaja de los zapatos, no obstante, era más mental que física. Los zapatos son una bendición para un hombre que ha perdido dedos de los pies: son como disfraces de cuero que hacen que tus pies destrozados parezcan normales.

Debo admitir que Sayuri hacía muy bien su trabajo. Cuando empecé a hacer ejercicios se centró en recuperar el abanico de movimientos que había perdido. Luego pasamos a las bandas elásticas, que utilizábamos para ganar resistencia, antes de pasar al habitual programa de pesas. Cada semana que pasaba aumentaba el peso que podía levantar y a veces incluso le pedí a Sayuri si podía hacer unas pocas repeticiones más de las que exigía el plan.

Ahora que podía dar unos pocos pasos fuera de la cama empecé a ir a mi cuarto de baño siempre que lo necesitaba. Quizá crea que eso me ayudó mucho a recuperar la confianza en mí mismo, pero descubrir que ya no podía hacer pis de pie supuso un golpe psicológico tremendo. Me pareció una situación irracionalmente emasculante.

•••

Se acercaba mi octavo mes en el hospital y llegaba la Navidad. Marianne Engel hizo lo que pudo, colgó guirnaldas, puso música de Händel y se quejó de que no me dejaran encender velas de Adviento en el pabellón de quemados.

La noche del 6 de diciembre, Marianne Engel puso mis zapatos ortopédicos en el alféizar de la ventana y me explicó que esa noche San Nicolás dejaba regalos en los zapatos de los niños. Cuando le dije que en la caravana nunca habíamos seguido esa tradición, me recordó que el mundo no empezaba ni terminaba con mis experiencias personales. Me pareció bien. Cuando añadí que además ya no era un niño, me hizo callar.

—Todos somos niños a ojos de Dios.

Cuando Connie bajó mis zapatos de la ventana la mañana siguiente —«¿Qué diablos hacen aquí?»— los encontró llenos de billetes de cien dólares.

Aquel detalle me emocionó más de lo que esperaba. Reaccioné no tanto al hecho de que me regalaran dinero sino a que Marianne Engel había pensado mucho en mi situación. Las fiestas me planteaban un problema: ¿cómo iba a comprar regalos de Navidad? Aunque era cierto que me quedaba un poco de dinero en una cuenta bancaria bajo nombre falso, no tenía modo de acceder a ella. Probablemente, de hecho, nunca podría sacar ese dinero: aunque pudiera ir al banco cuando me dieran el alta, ya no me parecía en nada a la foto del documento de identificación falso que

había usado para abrir la cuenta.

Marianne Engel comprendió lo que necesitaba y, en lugar de obligarme a pedirle dinero o a pasar sin él, encontró la forma de hacérmelo llegar con elegancia. ¡Un regalo! ¡De San Nicolás! Y así resolvió mi problema. O casi. Todavía tenía que encontrar un modo de conseguir que los regalos llegaran de la tienda a mi cama, pero para eso ya tenía un plan.

Le pedí a Gregor que se pasara al final de una de las sesiones de ejercicios con Sayuri. Cuando los dos estuvieron allí, les dije:

—Podéis decirme que no si no os va bien, pero de verdad que necesito vuestra ayuda. ¿Podrías hacer unas compras por mí?

Gregor me preguntó por qué les necesitaba a los dos. Porque quería hacerles un regalo a cada uno, expliqué, y no podía pedirles que se comprasen su propio regalo. Sayuri compraría mi regalo para Gregor y Gregor mi regalo para Sayuri. El resto de los regalos podían comprarlos juntos.

—Sin problemas —dijo Sayuri—, adoro comprar regalos de Navidad.

En cuanto oyó eso, Gregor también accedió inmediatamente. Les di a cada uno un sobre que incluía lo que quería que comprasen para el otro. Cuando salieron de la habitación Gregor me echó una miradita. En su rostro se dibujaba una extraña sonrisa.

• • •

Marianne Engel todavía no había terminado de leerme el *Inferno*. Tardamos tanto en parte porque nunca leía mucho de una sola sentada, pues prefería saborear la belleza de las palabras, pero también porque una y otra vez se pasaba al italiano sin darse cuenta. Nunca tuve el valor de decirle que parara cuando cambiaba de idioma porque estaba muy metida en la narración y porque, además, me gustaba mucho oírle hablar en italiano. Al final del canto le señalaba que no había entendido nada y al día siguiente repetía la sección, habitualmente consiguiendo acabarla en inglés.

Voltaire escribió que Dante era un loco con muchos comentaristas y cuya reputación seguiría creciendo básicamente porque nadie leía ya la *Commedia*. Yo creo que poca gente lee a Dante porque ya no es necesario hacerlo. En Occidente el *Inferno* ha formado la idea colectiva que tenemos del infierno. En la literatura, sólo la Biblia está más presente en la conciencia colectiva de la sociedad.

—¿Sabías —preguntó Marianne Engel— que Dante basó su infierno en *La fluida luz de la divinidad* de Mechthild von Magdeburg?

—Mechthild es uno de tus Tres Maestros, ¿verdad?

—Sí —contestó ella.

Admití que, como era de esperar, no sabía casi nada —lo cierto era que nada en absoluto— sobre aquella mujer, de modo que Marianne Engel se ofreció a ilustrarme. Mechthild nació en Sajonia a principios del siglo XIII y de niña la visitaba a diario



nada menos que el Espíritu Santo. A los veinte años se convirtió en una beguina en Magdeburgo y llevó una vida de plegarias y mortificación; curiosamente, cuanto más incrementaba la severidad de sus mortificaciones, más frecuentes se volvían sus visiones. Cuando se las describió a su confesor, él se mostró convencido de su origen divino y animó a Mechthild a ponerlas por escrito.

*Das fließende Licht der Gottheit*, que es el título en alemán de su obra maestra, influyó a toda una serie de escritores, entre ellos el maestro Eckhart y Christina Ebner. También está claro que Dante Alighieri leyó la traducción al latín y muchos académicos están convencidos de que utilizó el orden de la otra vida expuesto por Mechthild como base conceptual para su *Divina Comedia*: el Cielo en la cúspide, el Purgatorio directamente debajo y el Infierno abajo del todo. En lo más profundo del infierno de Mechthild, Satán está encadenado por sus propios pecados y de su ardiente boca y corazón emanan la angustia, la peste y la desolación. Es una descripción sospechosamente parecida a la del Satán de Dante, una bestia de tres caras atrapada en un bloque de hielo en el centro más profundo del Infierno, comiéndose un trío baboso de pecadores (Judas, Casio y Bruto) cuyo pus mana de sus tres bocas por toda la eternidad.

—Hay quien cree —dijo Marianne Engel— que la «Matilda» que Dante se encuentra en el *Purgatorio* es, de hecho, Mechthild.

—¿Tú qué crees? —pregunté yo.

—Yo creo —contestó con una ligera sonrisa— que Dante muchas veces hace aparecer en su obra a aquellos en los que se ha inspirado.

Cuanto más leía del viaje de Dante, más familiar me parecía el relato, que me encantó a pesar de estar en el pabellón de quemados (o quizá precisamente por eso). Yo hallaba cierto consuelo en las lecturas de Marianne Engel y en la forma en que sus dedos se entrelazaban con los míos mientras leía. Me maravillaba el glorioso enredo de aquellas manos, una bella y la otra horrible, y me hubiera gustado que la lectura no terminase nunca, quizá porque temía que cuando lo hiciera ella dejara de guiarme, su mano en la mía, a través de mi propio infierno.

Cuando le expuse a Marianne Engel mi teoría de que la gente no necesita leer el *Inferno* porque ya conocen el infierno que describe, se apresuró a corregirme.

—Puede que para los demás sea así, pero tú lo conoces tan bien porque te leí mi traducción al alemán.

—Ajá. —No me esperaba eso—. ¿Cuándo lo tradujiste?

—Supongo que diez o veinte años después de que lo escribiera Dante. Me llevó bastante tiempo. Estoy casi segura de que fui la primera traductora del *Inferno*, pero nunca puedes tener una certeza absoluta en ese tipo de cosas.

—¿Y cuándo me lo leíste? —pregunté.

—Mientras te recuperabas de la primera vez que te quemaste.

•••

El *Inferno* fue publicado en 1314. Si Marianne Engel acabó su traducción veinte años después, debió hacerlo aproximadamente en 1334. Dado que me había dicho que nació en el año 1300, debía de tener treinta y pico años.

Al ofrecer estas fechas no me olvidé de que todo esto es absurdo e imposible. Sólo señalo que, al menos, todos esos hechos imposibles hubieran tenido lugar dentro de un calendario posible. Eso es lo que más me sorprende de su estado mental: sus afirmaciones más extravagantes poseían cierta consistencia teórica.

Puesto que yo no viví en la Edad Media, hube de documentarme mientras escribía este libro y cotejar las cosas que me dijo, o lo que recordaba que me había dicho, con los hechos históricos. Lo más interesante es que todo lo que afirmaba pudo haber sucedido exactamente como ella decía si no fuera porque hablaba en primera persona de hechos de hace siete siglos.

A pesar de estar bajo el control de la Iglesia, Engelthal era una institución democrática que celebraba elecciones para escoger a su priora. Todas las actividades diarias estaban detalladas en las constituciones de la orden. Las descripciones de la arquitectura, las oraciones, los libros que debían estudiarse y los rituales de la comida eran muy detalladas. Christina Ebner existió en ese monasterio y, efectivamente, escribió *El libro de las hermanas de Engelthal* y las *Revelaciones*. Friedrich Sunder fue el párroco local, confesor de las monjas y escribió la *Gnaden-vita*. Existía un libro llamado *La vida de la hermana Gertrud de Engelthal*, escrito con la ayuda de un hermano Heinrich y Cunrat Fridrich.

Aunque no existe ningún dato que demuestre que Enrique Suso hubiera visitado Engelthal, tampoco hay forma de probar que no lo hiciera. Si fue allí a principios de la década de 1320, como decía Marianne Engel, fue cuando Suso viajó de Estrasburgo a Colonia para estudiar con el maestro Eckhart. Así pues, ¿quién puede asegurar que no visitara el monasterio que se consideraba generalmente como el principal centro del misticismo alemán?

Y, sin embargo... No importa lo bien que hubiera diseñado su cronología o investigado sobre figuras religiosas alemanas, Marianne Engel tenía que sufrir esquizofrenia o ser maniaco depresiva o ambas cosas. No puedo olvidarlo. Es precisamente la creación y gestión de universos imaginarios lo que mejor se le da a esa gente: no sólo es a lo que se dedican, sino que forma parte inextricable de su ser. Y había algunas inconsistencias en el relato de Marianne Engel; por ejemplo, no existe ningún registro de una hermana Marianne en ninguno de los escritos que han sobrevivido de Engelthal ni tampoco se menciona *Die Gertrud Bibel*, así que intenté utilizar esas omisiones para obligar a Marianne Engel a admitir que se lo estaba inventando todo.

—Has estudiado mucho, ¿verdad? —dijo—. No te preocupes, hay un buen motivo por el que no existe información ni sobre mí ni sobre la Biblia de Gertrud. Llegaremos a ello, te lo prometo.

• • •

Una coral de villancicos vino a mi habitación a cantar noches de paz, noches de amor. Un Papá Noel del ejército de salvación trajo galletas y libros. En los pasillos florecieron adornos navideños.

Qué raro se me hacía desear que llegasen las fiestas. Siempre había odiado la Navidad, siempre me había dejado un regusto de pastel de frutas pasado en la boca (con esto no me refiero a una vieja solterona japonesa). En mi infancia se sucedieron una serie de Navidades en que los Grace se gastaron el dinero que debía haber ido a mis regalos en metaanfetaminas y de adulto para mí la Navidad fue follar con una mujer que llevaba un gorro de fieltro rojo.

Seguía con mis sesiones de ejercicios y con mis tratamientos médicos habituales, pero lo más interesante iba a ser una reunión con las mujeres más importantes de mi vida: Nan, Sayuri y Marianne Engel. No tenía ni idea de qué querían hablar y, extrañamente, nadie quería decírmelo. En mi egocéntrico corazoncito imaginé que podía ser algún tipo de fiesta sorpresa. No podía haber estado más equivocado.

Sayuri llegó la primera. He mencionado antes que una gigantesca sonrisa solía preceder a su pequeño cuerpo, pero ese día sólo acudió su pequeño cuerpo. Cuando le pregunté si todo iba bien, contestó sin mucha convicción que sí. En lugar de insistir sobre ello le pregunté si había podido comprar ya mi regalo para Gregor. Me contestó que sí y al menos eso me lo creí. Le iba a hacer unas cuantas preguntas más cuando Marianne Engel y Nan entraron en la habitación como caballos luchando por cruzar primero la línea de meta. Marianne Engel me miró directamente y afirmó:

—Cuando salgas de aquí, te vienes conmigo.

—Un momento —cortó Nan rápidamente antes de volver su atención hacia mí—. Como sabes, probablemente te daremos el alta dentro de pocos meses...

—... y entonces te vendrás a vivir a mi casa. —La impaciencia en la voz de Marianne Engel dejaba entrever que consideraba aquella reunión innecesaria.

—Cálmese. —Nan levantó la mano y lanzó a Marianne Engel una mirada exasperada—. No es decisión suya.

—No tiene otro sitio a donde ir.

—Ya he dispuesto que le den una plaza en Phoenix Hall —repuso Nan.

—No quiere vivir allí.

Era verdad, no quería, pero la doctora Edwards me lo había recomendado mucho porque contaba con profesionales muy preparados, programas de reinserción laboral y suministros médicos. Además, allí había psicólogos, por no hablar de otros pacientes de quemados que se enfrentarían a los mismos retos que yo.

—Yo trabajo con los pacientes del Phoenix —dijo Sayuri—, así que si vas allí podremos continuar con tu entrenamiento.

—Te contrataré —dijo Marianne Engel—. El dinero no es un problema. Lo

puedes continuar en mi casa.

Esa idea hizo que Sayuri mirara incómoda hacia la doctora Edwards.

—No sé cual es la política del hospital sobre eso.

Nan contestó que más allá de políticas del hospital, Phoenix Hall contaba con una legión de profesionales, *todos* dispuestos a ayudarme. Marianne Engel reiteró que estaba dispuesta a ofrecerme cuanto necesitase.

—Si Mizumoto San está demasiado ocupada, contrataremos a otra persona. Pero la preferiríamos a ella. Nos gusta más.

Se dio la vuelta para mirarme directamente y por último me preguntó qué era lo que quería hacer.

—¿Quieres ir a ese Phoenix Hall?

—No.

—¿Quieres venir a mi casa?

—Sí.

Marianne Engel se giró entonces hacia la doctora Edwards.

—Ahí lo tiene. Fin de la discusión.

Hubiera sido prudente decir que necesitaba algún tiempo para pensarlo. Después de todo, acababa de escoger a Marianne Engel frente a la doctora que había guiado con mano experta mi recuperación durante meses. Mi apresurada respuesta era, como mínimo, irracional.

Si hay algo que sabía seguro, sin embargo, era que todo el mundo en aquella habitación quería lo mejor para mí. No sabía que Marianne Engel y Nan llevaban semanas discutiendo dónde iría a vivir tras el alta y puesto que las veía a ambas a diario sólo lo podían haber logrado trabajando juntas para ocultarlo y mantener así lo más bajo posible mi nivel de estrés.

—Todavía queda mucho tiempo para tomar una decisión informada —dijo Nan, dando a entender que no daba por cerrado el tema.

A nadie se nos escapó lo mucho que había acentuado la palabra «informada».

• • •

Había consideraciones prácticas que no podía ignorar al respecto de irme a vivir con Marianne. Una era que aunque había dicho que tenía mucho dinero, probablemente no podía permitirse mantenerme.

Tener en casa a un paciente con quemaduras es increíblemente caro. Además de los costes del tratamiento —la tarifa de Sayuri, los suministros médicos, el equipo de ejercicio— estaba la cuestión de los gastos habituales. Comida. Ropa. Entretenimiento. Facturas. Tendría que pagar no sólo mis gastos como paciente, sino todos los gastos de mi vida. Aunque hubiera ayudas del gobierno o de instituciones benéficas que contribuyesen a aliviar la carga, dudaba que Marianne Engel fuera a solicitarlas; conociendo su personalidad, imaginaba que el orgullo, la burocracia y su

deseo de salvaguardar su intimidad harían que ni siquiera las consultase. Afirmaba tener recursos suficientes para mantenerme, pero no podía darlo por hecho a ciegas —un zapato lleno de billetes de cien dólares no bastaba para convencerme de su riqueza—. ¿Era todo ese dinero que decía tener parte de sus fantasías, como la mayor parte de los aspectos de su vida? ¿Debía creer que había ido ahorrando céntimo a céntimo durante setecientos años?

Además de que vivir con ella era fiscalmente cuestionable, también era moralmente ambiguo. Me había ofrecido su casa porque creía que «su último corazón» era para mí. Si aceptase, claramente estaría aprovechándome de una mujer confundida mediante engaño. Siendo la persona cuerda en nuestra relación, no sólo debía tener más sentido común sino que debía actuar según ese sentido común me indicaba. Y, en cualquier caso, ¿por qué iba a ponerme en situación de depender de una mujer mentalmente enferma a la que apenas conocía? Aunque mis circunstancias fueran distintas y ganara cierta independencia física, había vivido solo desde que era adolescente. Antes que eso, de hecho: como tutores, los Grace habían sido sólo competentes tutelando sus alijos de droga. En todos los sentidos, me había valido por mí mismo desde que tenía seis años.

Así que me había equivocado al aceptar la oferta de Marianne Engel y Nan llevaba razón. Después de todo, tendría que revocar mi decisión e ir a Phoenix Hall.

Cuando Gregor llegó esa tarde para traerme el regalo de Sayuri, me felicitó por mi decisión de irme a vivir con Marianne Engel. Cuando le informé de que había cambiado de opinión, rectificó y me dijo que había tomado la decisión lógica.

—Has hecho unos progresos fantásticos bajo la guía de la doctora Edwards. Es de las mejores doctoras que conozco.

Conocía a Gregor lo bastante bien como para saber cuándo no me lo estaba contando todo. Ahora era una de esas veces.

—¿Pero...?

Gregor miró a derecha e izquierda, para asegurarse que nadie podía oírle, y dijo:

—Pero hasta los monos se caen a veces de los árboles.

No tenía ni idea de qué quería decir eso, así que Gregor se explicó: hasta los expertos cometen errores.

—Aunque la doctora Edwards es tu médico, y es un médico excelente, creo que no debes subestimar el efecto que Marianne ha tenido en tu recuperación. Viene cada día, te ayuda con los ejercicios y es obvio que te tiene mucho cariño, Dios sabrá por qué. Pero no te digo nada que no sepas ya.

CREE QUE TU NOVIA LOCA VA EN SERIO CONTIGO.

*Cállate, puta.* Corregí a Gregor.

—No está en sus cabales.

—Puedes negarte a aceptar la realidad —dijo él—, pero es obvio que tenéis una relación especial.

QUÉ BONITO.

No me iba a molestar en discutirlo; no me sentía con fuerzas.

—¿Tú qué harías?

—No te digo que no me preocupase ir a vivir con Marianne —dijo—, pero tú tampoco eres ninguna ganga. Si podéis soportaros mutuamente, creo que deberíais intentarlo.

—Aunque me quiera, y no digo que me quiera, no estoy seguro de lo que yo siento por ella. —Me detuve—. No lo sé.

—Si no aceptas su oferta eres el mayor idiota que he conocido —dijo Gregor—. Además, mientes fatal.

Cuando llevas lo bastante en la cama de un hospital empiezas a elaborar un catálogo de todos los contactos humanos que tienes. Toqué a Gregor en el dorso de la mano, la primera vez que le tocaba, y dije:

—Gracias por traerme el regalo de Sayuri.

UN MOMENTO DE CONTACTO FÍSICO...

Pulsé el timbre de las enfermeras para pedirles más morfina.

... ENTRE PERDEDORES .

• • •

Marianne Engel apareció en mi habitación la mañana de Navidad trayendo un saco con regalos y un maletín plateado que puso inmediatamente bajo mi cama. Pasamos unas pocas horas hablando, como solíamos, de todo y de nada, mientras me daba gajos de mandarinas y mazapán. Como habitualmente, hizo sus salidas para fumar, pero noté que a veces, cuando volvía, no traía consigo el delator aroma de tabaco. Cuando le pregunté si pasaba algo, negó con la cabeza. Su sonrisa, sin embargo, la delataba.

A primera hora de la tarde llegaron Sayuri y Gregor, seguidos por Connie, que acababa de terminar la ronda. La doctora Edwards nunca trabajaba en Navidad y Maddy y Beth se habían tomado ambas el día libre para estar con sus familias. Sin nadie más por llegar, Marianne Engel tomó el saco que había dejado en un rincón y empezamos a intercambiar regalos.

Las enfermeras habían colaborado todas para comprarme libros sobre los temas en que me había interesado últimamente, como la organización de los monasterios medievales europeos y las obras de Enrique Suso y el maestro Eckhart.

—No es fácil comprarte cosas, te lo aseguro. Tuve que ir a tres librerías hasta que los encontré —dijo Connie. Tan pronto como vio que aquello podía sonar a queja, se apresuró a añadir—: ¡Y lo hice con mucho gusto, por supuesto!

Gregor me regaló un juego de escritorio, pues le había confesado que durante las últimas semanas me había puesto a escribir algo y Sayuri me regaló helado de lavanda, que compartí con todos. A la que más le gustó fue a Marianne Engel, a la que además divirtió muchísimo que nos pusiera la lengua de color púrpura.

A las enfermeras les regalé álbumes de sus artistas favoritos. Aunque no era algo muy personal, no sabía demasiado de sus vidas fuera del hospital. Le entregué a Sayuri el regalo que le había pedido a Gregor que comprara en mi nombre: dos entradas para un ciclo de cine de Akira Kurosawa.

—El doctor Hnatiuk me dio la idea. Adora a Kurosawa, ¿sabes?

Marianne Engel me miró y levantó una ceja acusadora, pues no puedo decir que aquello fuera particularmente sutil.

Luego vino mi regalo a Gregor, que había comprado Sayuri: cupones para una cena para dos en un restaurante ruso con el poco original nombre de Rasputín. Le pregunté a Sayuri si alguna vez había comido auténtica comida rusa y me contestó que no. Ahora fui yo quien alzó la ceja hacia Gregor. Cuando me dieron las gracias por los regalos, gruñí que:

—La Navidad no sería Navidad sin jodidos regalos. —Nadie entendió de qué hablaba, lo que demuestra que la gente debería leer más a Louisa May Alcott.

A continuación fue Marianne Engel quien repartió sus regalos. A las enfermeras les dio entradas para pasar un día en un balneario, que Connie guardó junto a los CD. Sayuri recibió un delicado templo budista hecho de cristal y Gregor un par de candeleros de hierro forjado. Se quedaron impresionados con la calidad artesanal de aquellos objetos y Marianne Engel les dijo que los habían hecho dos amigos suyos.

Marianne Engel y yo habíamos pactado darnos nuestros regalos más tarde, en privado. Y quizá yo fui el único en darme cuenta, pero obviamente Sayuri y Gregor habían llegado al mismo acuerdo.

Tras un rato, Gregor preguntó:

—¿Qué, nos vamos?

Todo el mundo miró a Marianne Engel, que asintió. La Navidad es realmente una época de milagros, pues todo el equipo médico esperaba las órdenes de la esquizofrénica para saber qué hacer. Sayuri me puso en una silla de ruedas que Gregor empujó pasillo abajo. Cuando pregunté adónde íbamos, nadie me dio una respuesta directa. Pronto me imaginé que iríamos a la cafetería. Quizá había algún tipo de función navideña, quizá habían contratado a un Papá Noel o había voluntarios cantando villancicos, aunque me parecía raro no haber oído nada sobre ello. Tras tantos meses en el hospital, pocas cosas me pasaban desapercibidas.

Cuando se abrieron las puertas de la cafetería me asaltó el olor de todas las comidas del mundo. Contra la pared, un pequeño ejército de camareros atendía una serie de mesas repletas de viandas. Había treinta o cuarenta personas en la sala, bajo las guirnaldas rojas que colgaban del techo, y unas pocas miraron en nuestra dirección. Al principio creí que saludaban mi aparición pero cuando los camareros saludaron a Marianne Engel me di cuenta de que el centro de atención era ella y no yo. Los pacientes empezaron a acercarse a nosotros: un anciano con tos, una mujer de cabello rizado con vendajes en los brazos, un joven guapo que cojeaba. Tras ellos vino una niña sin cabello, con un puñado de globos y un grupo de parientes que la

animaba.

Todo el mundo dio las gracias a Marianne Engel por lo que había hecho aunque, llegados a este punto, yo todavía no sabía qué era exactamente. Después de que Gregor me acercara a las mesas del *catering* y me ayudara a levantarme de la silla, me explicó que ella había organizado y pagado toda la fiesta. Aquello, incluso a pesar de su habitual desmesura, no era moco de pavo. A pesar de las pantagruélicas comidas que me había llevado a la habitación, ni siquiera podía empezar a catalogar todo lo que había allí.

Pavo, jamón, ganso asado, pollo, albóndigas, cabra al curry, jabalí, venado, pastel de carne, carpa (¿carpa?, ¿quién come carpa?), bacalao, abadejo, pescado picante noruego, marisco, fiambres, una docena de tipos de salchichas, huevos asados, sopa de rabo de buey, caldos de carnes, sopa de cebolla, más quesos de los que parece posible sacar de las ubres de una vaca lechera, alubias, guisantes gungo, cebollas, pepinillos, colinabo, zanahorias, patatas, patatas dulces, patatas más dulces, patatas dulcísimas, coles, más zanahorias, chirivías, calabacines, calabazas, arroz blanco, arroz negro, arroz salvaje, arroz domesticado, embutidos, guarnición, panes variados, bagels, bollos, hojaldres de queso, ensalada verde, ensalada César, ensalada de guisantes, ensalada de pasta, ensalada de gelatina, nata montada y ensalada de manzana, espaguetis, *fettuccini*, macarrones, *rigatoni*, canelones, *tortellini*, guglielmo marconi (sólo quería comprobar si seguía leyendo), plátanos, manzanas, naranjas, piña, fresas, arándanos, frutos secos, fruta picada con especias en conserva, pudín navideño, *panettone*, galletas de coco, pastel de pacanas, bombones, pasteles de chocolate, ranas de chocolate, grajeas Bertie Bott de todos los sabores, dulces glaseados, azúcar, especias, todas las cosas buenas, roscón de reyes, pastel de frutas, galletas de gengibre en forma de hombre, *Torte Vigilia di Natale*, ganchitos de maíz y cacahuete, caracoles, colas de cachorrillos, ponche de arándanos, ponche de huevo, leche, mosto, zumo de manzana, zumo de naranja, refrescos, café, té, tú dices zumo de tomate, yo digo jugo de tomate, y agua mineral.

Todo el mundo en el hospital se llenó el plato una, dos y tres veces y Marianne Engel enamoró a todos sus invitados con su gracia y sus excentricidades. No le perjudicó estar sobrecogedoramente preciosa con su disfraz de elfa. Había música de fondo y los invitados conversaban animados y felices. Todo el mundo estaba imbuido del espíritu de la fiesta. Pacientes que de otro modo no se habrían conocido hablaban largo y tendido, probablemente comparando sus enfermedades. Las risas ahogaban las toses y los niños daban gritos de felicidad, pues había un regalo para cada uno de ellos bajo el árbol de navidad de plástico. Al parecer, Marianne Engel no consiguió que le permitieran usar un abeto de verdad, pero con el artificial hubo de sobras. Si unas flores podían matar a un hombre, imagine el daño que podía hacer toda una conífera.

Por aquella tarde, en cuanto corrió la voz que había sido mi amiga quien había organizado todo aquello, me convertí en la estrella del hospital. Un anciano se me



acercó con una sonrisa tan enorme que me tomó totalmente por sorpresa cuando me dijo que su esposa de sesenta años había fallecido recientemente. Cuando le dije que lo sentía mucho, meneó la cabeza y me puso la mano en el hombro.

—No malgastes tu simpatía conmigo, chico. He tenido una vida fantástica, la verdad. Si consigues una mujer como ésa, no te preguntas qué es lo que has hecho para merecerlo, sólo esperas que no se lo piense mejor y cambie de opinión.

Durante la fiesta me sentí extrañamente aliviado. Marianne Engel había mostrado un afecto tan irracional hacia mí desde nuestro primer encuentro que temía que su cariño fuera a desaparecer tan abruptamente como había empezado. Las relaciones se rompen, está en su naturaleza. Lo hemos visto miles de veces, incluso en parejas que estábamos seguros de que «iban a lograrlo».

Conocí una mujer que imaginaba el Amor como si fuera un perro robusto, uno que siempre perseguía el palo que lanzabas y que te lo traía moviendo las orejas de pura felicidad. Totalmente fiel, totalmente incondicional. Y yo me reí de ella, porque hasta yo sabía que el amor no era así. El Amor es algo delicado que hay que mimar y proteger. El Amor no es robusto ni inquebrantable. El Amor puede desmoronarse por sólo unas palabras duras o echarse a perder por un puñado de descuidos. El Amor no es en absoluto como un perro fiel, sino que se parece más a un lémur pigmeo.

Sí, eso es exactamente el amor: un primate pequeño e inquieto cuyos ojos están permanentemente abiertos en una expresión de terror. Para aquellos que no sepan bien qué aspecto tiene un lémur pigmeo, imaginen un Don Knotts o un Steve Buscemi en miniatura vestidos con un abrigo de piel. Imaginen el animal más bonito que puedan y luego imaginen cómo quedaría después de que lo hubieran estrujado tanto que le hubiera quedado una cabeza sobredimensionada de la que emergieran unos ojos saltones. El lémur parece tan vulnerable que uno no puede evitar pensar que en cualquier momento un depredador se precipitará sobre él y se lo llevará.

El amor de Marianne Engel hacia mí parecía construido sobre un pretexto tan endeble que podía derrumbarse en cuanto saliéramos por la puerta del hospital. ¿Cómo podía un amor basado en un pasado ficticio tener un futuro real? Era imposible. Era un tipo de amor condenado a perecer en las fauces de la vida real.

Ése había sido mi gran temor, pero aquella Navidad me había mostrado que el amor de Marianne Engel no era endeble. Era robusto, musculoso, enorme. Creí que sólo podía llenar mi habitación en el pabellón de quemados, pero llenaba el hospital entero. Y lo que era más importante, su amor no estaba reservado sólo a mí, sino que lo compartía generosamente con extraños, con gente que no creía haber conocido en el siglo XIV.

Toda la vida he oído historias absurdas sobre el amor, que cuanto más das, más recibes. Eso siempre me ha parecido una violación de los principios matemáticos más básicos. Pero ver a Marianne Engel compartir su amor con tanta gente despertó en mí el más romántico de los sentimientos: el opuesto a los celos.

Me alegraba que el amor fuera el estado natural de su alma y no una aberración

construida sobre sus fantasías. Su amor no era un lémur, un animal que había recibido ese nombre porque los exploradores portugueses de Madagascar observaron ojos enormes y brillantes observándoles desde los bosques mientras estaban sentados alrededor de sus hogueras. Convencidos de que aquellos ojos pertenecían a los espíritus de sus compañeros fallecidos, bautizaron a los animales con un nombre que en latín significa «espíritus de los muertos».

• • •

Cuando se terminó la última pata de pavo, Marianne Engel dio las gracias uno por uno a los camareros y les entregó unos sobres que contenían «sólo un pequeño extra por trabajar en Navidad». Mientras empujaba mi silla de ruedas de vuelta a mi habitación dijo que aquélla era la mejor Navidad que había tenido jamás. Le señalé que era mucho decir, puesto que había vivido setecientas.

Después de ayudarme a subir a la cama, Marianne Engel se dejó caer en la silla con un golpe sordo y satisfecho. Le comenté que la fiesta le debía haber costado una fortuna, pero hizo con la mano un gesto de que no le importaba y sacó el maletín plateado de debajo de mi cama.

—Ábrelo.

El maletín estaba lleno de fajos de billetes de cincuenta y de cien. En mis días en la pornografía y las drogas había visto de vez en cuando alguna bolsa llena de dinero, pero nada como aquello. Empecé a hacer cuentas tratando de estimar cuánto había allí. No era suma fácil —seguía conmocionado por el hecho de tener delante tanto dinero—, de modo que Marianne Engel me ahorró el trabajo.

—Hay doscientos mil.

Doscientos mil dólares. Que había dejado debajo de mi cama todo el día. Que se podía haber llevado cualquiera. Le dije que era idiota; se rió y me dijo que contra la estupidez hasta los dioses luchan en vano. Y, en serio, me preguntó, ¿quién iba a buscar un maletín lleno de dinero debajo de la cama de un hospital el día de Navidad?

—Crees que no puedo permitirme mantenerte —afirmó como si estuviera segura de que no se equivocaba. Y no se equivocaba. Cuando asentí, dijo—: Ya estoy lista para que me des mi regalo.

Durante las semanas anteriores había ensayado docenas de versiones del mismo pequeño discurso, como un estudiante de instituto tratando de pedir a una chica que le acompañe a un baile, pero ahora que había llegado el momento de hablar me sentía inseguro. Tímido. Avergonzado. Quería sonar amable pero, igual que aquel estudiante, me quedé en blanco. Era demasiado tarde para escapar y sabía que mis regalos —había tres— eran demasiado personales. ¡Qué estúpido! Todas las horas que había dedicado a aquello no iban a servir para nada. ¿Qué delirio del orgullo me había convencido de que debía hacerle aquellos regalos? Creerá que son infantiles, creerá que soy un descarado o no lo bastante descarado. Deseé que cayera un rayo en

mi habitación y destrozara la mesita de noche en uno de cuyos cajones había escondido mis pequeñas y estúpidas ofrendas.

Le había escrito tres poemas. La serpiente de mi columna se rió de mi arrogancia.

Había escrito poesía toda la vida pero nunca se la había mostrado a nadie. Escondía mis escritos y me escondía a mí mismo en los escritos que mantenía escondidos. Sólo un hombre incapaz de vivir en el mundo real crea otro en el que esconderse. A veces, cuando comprendo que no podría parar de escribir aunque quisiera, un escalofrío incómodo recorre mi espalda, como si otro hombre se acercara demasiado a mí en un urinario público.

A veces creo que hay algo profundamente poco masculino en el hecho de escribir, pero la poesía es lo peor de todo. Cuando caía presa de ataques de paranoia por la cocaína, quemaba mis cuadernos de poesía y miraba las páginas quemarse una tras otra mientras las llamas escupían al aire fragmentos de ceniza. Cuando mis mundos de ceniza subían al cielo haciendo espirales me complacía pensando que mi yo interior estaba a salvo de nuevo: ni el mejor equipo de forenses del FBI podría reconstruir mis emociones. Lo más hermoso de esconder mis verdaderos sentimientos en la escritura es que podía incinerarlos en cualquier momento.

Hablar con una mujer para llevármela a la cama era seguro porque mis palabras se evaporaban con cada exhalación; escribir un poema para una mujer era como entregarle un arma que podría usar para atacarme más adelante. Entregar los escritos significaba que estarían allí fuera en el universo para siempre, listos para cobrarse venganza sobre mí en cualquier momento.

Así que la había fastidiado. Era Navidad, estaba postrado en la cama esqueleto, le debía a Marianne Engel un regalo y no tenía ninguno de repuesto. Sólo los garabatos infantiles que manchaban la inmaculada blancura del papel. Mis palabras eran jeroglíficos egipcios antes del descubrimiento de la piedra Rosetta, mis palabras eran como soldados heridos que cojeaban de vuelta a casa, las armas descargadas, tras perder una batalla; mis palabras eran como peces agonizantes saltando histéricos cuando la red se abre y los deposita sobre la cubierta del barco como una montaña deslizante que quiere convertirse en pradera.

Mis palabras no eran, ni son, dignas de Marianne Engel.

Pero no tenía elección, así que abrí el cajón de la mesita y —PERDEDOR— tensé mi pálida imitación del valor hasta un imaginario máximo. Saqué las tres hojas de papel, cerré los ojos y sostuve los poemas en dirección a Marianne Engel con la esperanza de que no se pudrieran en mis manos.

—Léemelos —dijo.

Protesté diciendo que no podía. Eran poemas y mi voz era como un pacto con el demonio que hubiera salido terriblemente mal. Un can del infierno había entrado en mi garganta y me había dejado allí una guitarra rota con cuerdas oxidadas. Mi voz era —es— majestuosamente inadecuada para la poesía.

—Léemelos.

Han pasado años. Tiene este libro en sus manos, así que obviamente he superado el miedo a hacer públicos mis escritos. Pero los tres poemas que le leí a Marianne Engel esa Navidad no se incluirán en las páginas de esta historia. Ya tiene usted bastantes pruebas incriminatorias contra mí.

Cuando terminé, se metió en mi cama.

—Son preciosos. Muchas gracias. Ahora te contaré la parte de mi historia en la que haces tu debut.

## XII

O bviamente, después de empezar a leer los escritos del maestro Eckhart cambié de forma de pensar. No fue algo radical, pero sí notable, y finalmente empecé a entender qué había querido decir la madre Christina al decirme que tenía que abandonar el infantilismo de mi alma para acercarme más a la divinidad. Pero mantuve el libro en secreto, porque hermanas como Gertrud nunca estarían dispuestas ni siquiera a considerar sus ideas más radicales. Y aunque Eckhart fue el catalizador, fue otra persona la que me alentó a cuestionarlo todo. Cuando murió una de nuestras monjas más ancianas, Gertrud me asignó sus tareas, entre ellas tratar con el comerciante que nos suministraba los pergaminos.

El pergamino era un hombre más brusco que los que había conocido hasta entonces, así que me sorprendió que nos lleváramos tan bien. Lo primero que me pidió fue que rezara por él. Me explicó que la anterior monja lo hacía y ésa fue mi primera lección en el hoy por ti, mañana por mí. Si accedía, le haría un descuento al monasterio. Admitió que había pecado, pero añadió con una sonrisa ladina que no «había pecado tanto como para poder permitirse comprar una indulgencia».

Le gustaba hablar de cualquier cosa y me sorprendió lo mucho que sabía de política, pero quizá fuera sólo porque no sabía que sus quejas eran las mismas que se podían oír en cualquier taberna al final de la jornada. Durante nuestros tratos mensuales, aprendí mucho sobre la Alemania que había fuera de los muros del monasterio. El papa Juan estaba metido en una disputa con Luis de Baviera. Habían estallado guerras y los señores locales habían recurrido a tropas mercenarias conocidas como *condotta*; como lingüista reconocí que era una palabra tomada del italiano. La muerte se vendía por un precio, desconectada por completo de la ideología o la fe. Se me revolvía el estómago. No podía entender por qué los hombres hacían esas cosas y, sin embargo, el pergamino simplemente se encogía de hombros y me aseguraba que sucedía en todas partes.

En el *scriptorium* Gertrud nos hacía trabajar hasta bien entrada la noche en *Die Gertrud Bibel* y el esfuerzo empezaba a dar resultados. A pesar de su pasión por el detalle y de todo el trabajo que teníamos aparte de su Biblia, íbamos a acabarla en unos pocos meses. Era anciana, pero yo sabía que aguantaría viva hasta que termináramos. Por muy piadosa que dijera ser, se hubiera enfrentado al mismo Cristo si Él hubiera tenido el valor de intentar llevársela antes de que terminara su tarea.

Era tarde una noche como cualquier otra cuando una de las monjas llegó al *scriptorium* y susurró que habían llegado dos hombres, uno de ellos cubierto por quemaduras tan terribles que parecía que «¡se hubiera enfrentado al Enemigo!». Todo aquello resultaba interesante, pero yo tenía mucho trabajo que hacer.

A la mañana siguiente, la hermana Mathildis me despertó en mi celda. Era una de las enfermeras del monasterio y me dijo que se requería mi presencia en la enfermería por orden de la madre Christina. Me puse la capa y cruzamos el jardín del claustro

juntas mientras me contaba que ella y las demás enfermeras —las hermanas Elisabeth y Constantia— llevaban toda la noche tratando al quemado. Todas estaban sorprendidas de que hubiera aguantado tanto.

La madre Christina nos recibió en la puerta de la enfermería. En el otro lado de la sala, el padre Sunder y las monjas enfermeras atendían a un hombre cubierto por una sábana blanca. Un soldado exhausto, todavía vestido con ropa de batalla, estaba hundido en una esquina. Cuando me vio, se puso en pie y preguntó:

—¿Puede ayudarle?

—Hermana Marianne, le presento a Brandeis, que nos ha traído al hombre quemado. Hemos consultado todos nuestros textos médicos. —La madre Christina giró la cabeza hacia unos libros abiertos sobre un mostrador—. Pero no hay en ellos información suficiente para tratar este tipo de herida.

Yo no tenía la menor idea de qué esperaban de mí.

—¿Y el hospital de Espíritu Santo en Mainz? —dije—. Creo que es muy bueno.

El padre Sunder se acercó.

—Lo hemos pensado, por supuesto, pero está demasiado débil y no sobreviviría al viaje. Lo que hagamos debemos hacerlo aquí.

—Si alguien conoce el contenido entero del *scriptorium*, ésa eres tú —dijo Christina. Y al momento añadió—: Y la hermana Gertrud, por supuesto. Pero ella está ocupada, como es lógico dado su cargo, así que te pido que registres la biblioteca en busca de cualquier información que pudiera resultarnos útil.

Dos cosas me quedaron inmediatamente claras. En primer lugar, se me había llamado ante todo para aplacar a Brandeis, pues había pocas posibilidades de encontrar algo en nuestros libros que pudiera ser de ayuda. En segundo lugar, la madre Christina no creía que Gertrud le prestase a la búsqueda la atención que debía. Aunque había pocas esperanzas de que encontrase nada, pocas esperanzas eran mejor que ninguna, y la madre Christina al parecer había decidido que la vida de un hombre era más importante que el orgullo de Gertrud. Cosa que, debo admitir, me encantó. Pero hubiera sido incorrecto demostrarlo, así que hice una humilde reverencia y dije que me alegraba servir a mi priora y a mi Dios. Mi única petición fue poder inspeccionar las heridas del soldado, para así saber qué tipo de remedio debía buscar.

Al acercarme a la mesa vi tu rostro por primera vez. Estaba quemado, como ahora, aunque menos, y tenías un charco de sangre en el pecho que atravesaba la sábana blanca. No pude evitar pensar en una rosa floreciendo en la nieve. Incluso en aquel momento supe que era un pensamiento poco adecuado. El padre Sunder miró a la madre Christina, que consintió asistiendo, y retiró suavemente la sábana. Escuché un ligero rasgado cuando el tejido ensangrentado se despegó de tu cuerpo.

Me sorprendió mi reacción. No sentí repulsa alguna, sino fascinación. Todos los demás en la habitación, incluso el soldado Brandeis, dieron un paso atrás. Yo di uno adelante.

Estaba la piel calcinada, por supuesto, y tu cuerpo exudaba más líquido del que

podían absorber los vendajes. Pedí un trozo de tela para absorber el exceso. Negro, rojo y gris se mezclaban sobre ti, pero al retirar los residuos quemados hice un descubrimiento asombroso. Sobre tu pecho había quedado un rectángulo de piel intacta. Estaba a la izquierda, justo por encima de tu corazón, y resaltaba por contraste con la piel destrozada que lo rodeaba. Directamente en el centro del rectángulo había una herida, una incisión donde se te había clavado algún instrumento punzante. Le pregunté a Brandeis por ello y me contestó que era el punto de entrada de la flecha que te había alcanzado. Dijo que la flecha no había penetrado mucho y que había sido el fuego lo que te había causado las heridas.

Pregunté qué había sucedido exactamente. Brandeis hundió la cabeza porque ya había contado la historia a las enfermeras y volverla a contar era lo último que quería hacer. Pero se recuperó y empezó a hablar.

Tú y Brandeis erais arqueros mercenarios de una *condotta*, y miró al suelo como si le avergonzara admitir su profesión en la casa del Señor. El día anterior había habido una batalla. En un instante tú y él estabais uno junto al otro con vuestras ballestas y al instante siguiente te alcanzó una flecha encendida. Brandeis reaccionó rápidamente pero el fuego se extendió todavía más rápido. Puesto que el palo de la flecha salía recto de tu pecho no te pudiste revolcar por el suelo para extinguir las llamas, así que Brandeis rompió la flecha cerca de la punta. En ese momento se detuvo para mostrar sus manos, que lucían considerables quemaduras. Te quitó la ropa que ardía, pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho.

Se quedó a tu lado durante la batalla, usando su ballesta para abatir a cualquier atacante que se atreviera a acercarse demasiado. Al final tu bando prevaleció y terminó la lucha. Cuando tus oponentes se hubieron retirado, los soldados de tu ejército recorrieron el campo de batalla en busca de supervivientes.

Había unas reglas que todo el mundo sabía. Si se encontraba un oponente herido, se le ejecutaba. Si uno de los tuyos había recibido heridas pero se le podía curar, se le curaba. Pero si alguno de tus soldados estaba vivo pero había recibido heridas que estaban más allá de cualquier tratamiento, se le ejecutaba también. Se consideraba que era un acto tanto de piedad como de economía. Un buen hombre no merecía una muerte lenta y no era práctico malgastar recursos para mantener con vida a un soldado inútil.

Cuando tus colegas mercenarios os encontraron a Brandeis y a ti, se llegó rápidamente a un consenso. Estabas demasiado mal y había que poner fin a tu desgracia. Y a la suya.

Un joven guerrero llamado Kuonrat se ofreció para asestar con su espada el golpe final y no pienses ni por un momento que era una tarea que le resultase desagradable. Kuonrat tenía ganas de hacerlo, pues era un hombre ambicioso y sanguinario con poca o ninguna conciencia. Ya le había echado el ojo al puesto de líder de tu ejército y tu muerte simplemente quitaría de en medio a otro de la vieja guardia que le impedía el ascenso a *condottiero*, el líder de la tropa.

Pero era Herwald quien todavía estaba al mando aquel día y os conocíais desde hacía mucho. De hecho, había sido él quien te había alistado cuando eras sólo un adolescente. Eras uno de los soldados que más tiempo había servido con él y con los años te habías ganado su respeto. Le disgustaba tener que hacer que te ejecutasen pero, aunque no podía salvar tu vida, sí podía evitar que la terminara un hombre como Kuonrat. Así que Herwald le ofreció a Brandeis, tu mejor amigo, darte el golpe de gracia. Si Brandeis no quería, lo haría él mismo.

Brandeis no quería ni oír hablar de matarte. Se puso en pie y desenvainó su espada.

—Acabaré con cualquier hombre que se atreva a acercarse. No se va a rematar a mi amigo como a un caballo cojo.

¿Por qué no podía Brandeis limitarse a llevarte a cualquier otro lado y cuidarte él? La razón estaba en el lema de la *condotta*. Una vez un soldado entraba en ella, se quedaba de por vida. Así era, así había sido siempre y así sería por toda la eternidad. Los soldados tenían que estar convencidos de que podían confiar en el hombre que luchaba a su lado y de que no habría desertiones si llegaban tiempos difíciles. Para que esta ley se cumpliera, se daba caza y ejecutaba cruelmente a cualquier hombre que tratara de marcharse. Sin excepciones. Si se le permitía a Brandeis marcharse para cuidarte, cualquiera podría reclamar el mismo privilegio.

Así que Brandeis estaba en pie junto a ti, con la espada alzada contra el ejército entero y contra una tradición que no podía quebrantarse. Fue un gesto increíblemente valiente e increíblemente estúpido. Pero quizá los demás soldados sintieron a regañadientes cierto respeto por alguien que arriesgaba su propia vida por un amigo. Aquella situación sólo podía superarse si Brandeis ofrecía alguna solución que Herwald pudiera aceptar sin menoscabo de su liderazgo y, contra todo pronóstico, eso fue exactamente lo que hizo tu amigo.

Brandeis sabía que Engelthal estaba cerca del campo de batalla y conocía su reputación de lugar en el que sucedían milagros continuamente. Brandeis juró por su honor que se reuniría con las tropas antes de la siguiente batalla si le permitían llevarte al monasterio. Dijo que —puesto que todo el mundo estaba convencido de que ibas a morir— al menos merecías morir bajo la protección del Señor.

Herwald aceptó su propuesta, una concesión poco habitual en él. Personal y políticamente fue una decisión astuta. Demostraba que los soldados leales serían recompensados y a la vez le evitaba tener que ordenar la ejecución de un viejo amigo. Y nadie podía acusarle de dejar que un soldado en buen estado dejase la tropa, pues Brandeis había prometido regresar.

Kuonrat el Ambicioso era demasiado listo como para atacar a Herwald públicamente cuando contaba con el apoyo de los soldados, pero sí se puso a susurrar a todo el que quería escucharle que aquélla era la segunda vez que se ignoraba la norma supuestamente inquebrantable de la *condotta*.

—¿Es que nadie se acuerda del arquero italiano, Benedetto? Le dejamos escapar



sin enviar soldados en su busca. De nuevo la debilidad de Herwald nos ha traicionado. ¿Cuánto vamos a permitir que continúe esto?

Muy pocos le escucharon. La mayoría pensaba que tras cuatro años de servicio merecías que te permitieran morir cerca de Dios, bajo los cuidados de las hermanas de Engelthal.

Al terminar su historia, Brandeis se frotó su exhausto rostro. Me pareció ver una lágrima, pero puede que fuera sólo sudor. Y así es como llegaste al monasterio. Así es como llegaste a mí.

La historia de Brandeis emocionó a todos los presentes, incluso a aquellos que ya la habían oído. Fue el padre Sunder quien finalmente rompió el silencio para felicitarlo por su comportamiento. La madre Christina dijo que no aprobaba el oficio de mercenario, pero que sabía reconocer el amor fraternal cuando lo veía. Le aseguré a Brandeis una vez más que haríamos todo lo que fuera posible y las monjas enfermeras asintieron para mostrar que estaban de acuerdo. Sólo eran buenas palabras, por supuesto, todos los rostros de la sala tenían escrita la misma expresión piadosa. Todo el mundo pensaba que ibas a morir.

Yo no. Quería pasar los dedos sobre tus heridas; quería tu sangre sobre mí. Donde todo el mundo veía un moribundo, yo veía un hombre que esperaba la resurrección. Pensé en las heridas de Cristo en Su momento de gloria.

Brandeis se enderezó del modo en que lo hacen los hombres cuando creen que erguirse les dará más fuerza de la que realmente poseen. Hizo una tosca reverencia y dijo que debía cumplir su promesa de regresar con la tropa. Confiaba en nuestras habilidades, dijo, y en la bondad del Señor. En la puerta giró la cabeza sobre el hombro y te miró por última vez.

Tras la partida de Brandeis me pasé el día buceando entre los volúmenes del *scriptorium*, buscando cualquier cosa que pudiera serme útil para tratarte. Pero aunque mi misión era muy urgente, me costaba concentrarme. Traté de imaginarnos a los dos en la batalla, pero no lo logré. Brandeis parecía demasiado preocupado por ti como para ser un asesino y la expresión calmada de tu rostro cuando yacías en la mesa me hechizaba. Entonces no me di cuenta, pero tenías una conmoción. Entonces me pareció como si tu espíritu hubiera abandonado el envoltorio de tu cuerpo. Aquello me desconcertaba como monja. No me ayudaba a concentrarme el pensar en que no le había preguntado a Brandeis por qué tenías un rectángulo de piel sin quemar sobre tu corazón cuando el resto de tu torso estaba destrozado.

En nuestros libros no había remedios para tus terribles quemaduras. No hubo ningún rayo de sol que iluminara el pasaje adecuado y el viento no sopló a través de ninguna contraventana para pasar las páginas de un libro hasta dejarlo en la que buscaba. Por la noche, me sentí obligada a volver a la enfermería, aunque fuera sólo para informar a las monjas enfermeras de mi absoluto fracaso.

La escena que me encontré fue muy diferente a la anterior. Tú gritabas con una furia como no había visto en toda mi vida. Mis años de silencio monástico me habían

vuelto incapaz de imaginar que el cuerpo humano pudiera emitir aquellos ruidos. Las monjas trataban de mantenerte quieto, pero estaban perdiendo la batalla. La hermana Elisabeth me dejó su puesto encantada. Estabas empapado, pues tu cuerpo perdía fluidos, y tus ojos iban de un lado a otro como si persiguieran un demonio que sólo tú podías ver. Coloqué mis manos alrededor de tu cabeza, pero no dejabas de sacudirte. Te acaricié el pelo y te susurré palabras de consuelo mientras las otras te echaban agua por todo el cuerpo. Cada salpicadura de agua te hacía retorcerte de dolor. Yo también agarré una jarra y traté de obligarte a beber agua lo mejor que pude. Cuando finalmente abriste la boca para aceptarla, tus ojos temblaron unos instantes antes de quedarse totalmente quietos.

Pasó un minuto de escalofriante silencio y pude ver por cómo se miraban que todo el mundo estaba convencido de que habías muerto. Las enfermeras se permitieron sentarse a descansar, las habías dejado agotadas.

Y entonces te despertaste dando una bocanada, tus ojos aterrorizados como si hubieras visto todo lo que se podía saber de la muerte. Empezaste a gritar otra vez, así que te abofeteé y traté de obligarte a tranquilizarte, pero tus ojos seguían locos buscando a aquel demonio. Te agarré con tanta fuerza como pude y acerqué mi rostro a centímetros del tuyo, gritándote. Cuando finalmente pudiste concentrarte en mí tu miedo pareció evaporarse.

En tu mirada parecía haber más reconocimiento que otra cosa. Nos estudiamos el uno al otro. No sé cuanto tiempo pasó. Trataste de decir algo, pero tu voz tenía tan poca fuerza que pensé que la debía estar imaginando. Acerqué la oreja a tu boca. Las otras monjas se habían retirado unos pasos y no pudieron oír que, con tu voz convulsa, dijiste unas pocas palabras.

—Mi corazón... Cerrado... La llave.

Entonces cerraste los ojos y te quedaste inconsciente.

No tenía ni idea de qué habías querido decir, pero tus palabras reforzaron mi certeza de que debía ayudarte. No es natural para una monja aceptar la idea de que el corazón de un hombre está cerrado, especialmente el de un hombre que pronto estará a las puertas del Cielo o, a pesar de que no quería admitirlo, del Infierno. Una debe ser realista respecto al destino de un mercenario.

Me quedé contigo toda la noche y te limpié los turbios fluidos que emanaban de tu pecho. Lo hice tan suavemente como supe, pero tu carne seguía sobresaltándose cada vez que la tocaba. Era muy difícil contemplar tu dolor pero estaba segura —por primera vez en mi vida— de que Engelthal era exactamente el lugar en que debían estar. Mi falta de visiones místicas, mi falta de comprensión del Dios Eterno, no me importaban ya nada.

A la mañana siguiente me encontré con Gertrud camino de mi celda. Me preguntó con fingida dulzura cuándo encontraría un momento para apartarme del asesino y continuar mi trabajo en el escritorio y el servicio a Dios. Le informé que la madre Christina me había pedido específicamente que ayudara al enfermo quemado y que

ésa era mi responsabilidad principal en ese momento. También dejé caer que la madre Christina creía que yo estaba especialmente cualificada para hallar cualquier información relevante en el *scriptorium*. Vi cómo la ira se apoderaba del rostro de Gertrud, pero sólo por un momento.

Cuando recuperó la compostura, dijo:

—Creo que la madre Christina es muy generosa al dedicar tantos recursos a ayudar a ese hombre. Sin embargo, creo que harían bien en recordar que sólo Dios puede ayudar a ese soldado. Está más allá del poder de una niña bastarda que nos dejaron a las puertas del monasterio.

Ésas fueron con diferencia las palabras más duras que me había dirigido nunca. Me dolieron, pero le dije que, por supuesto, tenía razón. Añadí, sin embargo, que debía marcharme para pronunciar mis oraciones y dormir un poco, aunque fuera sólo por si Dios decidía conceder a una niña bastarda como yo la gracia de ayudar a un hombre necesitado.

Cuando más tarde ese mismo día volví a la enfermería descubrí que habías empeorado en mi ausencia. Habías estado murmurando cosas sin sentido y retorciéndote violentamente. La madre Christina y el padre Sunder estaban allí, consultando con las enfermeras, pero nadie sabía qué hacer.

Sin previo aviso, levantaste un brazo y me señalaste. Dejaste de farfullar y con una voz muy clara dijiste:

—Ella.

Todo el mundo se quedó de piedra. Excepto por las pocas palabras que sólo yo había oído, no habías pronunciado ni una sola inteligible antes de ese momento. Hubo un momento de perfecta pausa dramática en la sala antes de que añadieses:

—He tenido una visión.

Las monjas se sobresaltaron y la madre Christina invocó inmediatamente una oración para que el Señor nos guiara. Un soldado había tenido una visión: ¡en verdad Engelthal era un lugar místico y maravilloso! Pero yo no me lo creí. Llevabas poco tiempo en el monasterio, pensé, pero de algún modo te habías enterado de que la única moneda con valor allí eran las revelaciones celestiales.

La madre Christina se acercó a ti.

—¿Qué tipo de visión?

Me señalaste de nuevo y susurraste:

—Dios me ha dicho que ella me curará.

La madre Christina apretó con fuerza el brazo del padre Sunder y dijo:

—¿Está seguro?

Asentiste de modo casi imperceptible y cerraste los ojos, exactamente de la misma forma en que lo hacían las monjas para mostrar que entraban en un estado profundamente contemplativo.

Las enfermeras juntaron las manos presas del temor de Dios y se arrodillaron reverentemente, mientras que el padre Sunder y la madre Christina se retiraron a una

esquina a conferenciar. Poco después, la madre Christina tomó mis manos entre las suyas.

—Es muy extraño, hermana Marianne, pero debemos creer lo que ha dicho. ¿No he dicho yo siempre que hay más en ti de lo que se aprecia a simple vista?

Quizá la madre Christina, bendita sea, anticipaba un nuevo capítulo maravilloso de las crónicas de Engelthal. ¿Cómo iba yo a decepcionarla? Asentí como si el manto de «sanadora elegida» fuera una carga muy pesada para una hermana corriente como yo, pero una carga que soportaría por el bien de nuestro monasterio. Detrás de la madre Christina, tú parecías otra vez inconsciente, pero en tus labios se dibujaba el rastro de una sonrisa.

Las otras monjas me dieron mucha libertad en tu tratamiento después de la revelación. Sin duda no querían que sus errores terrenales estropearan el remedio divino. Te limpié las heridas con agua fría y te cambié los vendajes, pero también intenté cortar la carne dañada, un procedimiento que levantó las protestas de las demás hasta que les recordé tu visión. Quizá no tenían estómago para aguantarlo o quizá pensaban que no teníamos derecho a profanar un cuerpo creado por el Señor, pero fuera por el motivo que fuese, siempre salían de la habitación cuando me ponía a ello.

Nunca sabré por qué decidí que cortar era el procedimiento correcto. Desde que nací me habían enseñado que uno debía separar lo malo de lo bueno, así que quizá me limitaba a llevar esa idea a su extremo más literal. Y tampoco sé por qué me permitiste cortarte la piel, pero lo hiciste. Gritabas y perdías el conocimiento, pero ni una vez me pediste que dejara de usar el cuchillo. Me asombraba tu valor.

La primera semana la pasaste entre delirios. Al séptimo día remitió la fiebre y finalmente despertaste al mundo. Yo te estaba secando el sudor de la frente cuando me miraste y empezaste a cantar con voz muy débil.

*Dû bist mîn, ich bin dîn:  
des solt dû gewis sîn;  
dû bist beslozen in mînem herzen,  
verlorn ist daz slüzzelîn:  
dû muost och immer darinne sîn.*

No me importó que te diese un ataque de tos tremendo en medio de la canción. Simplemente porque partía de la garganta de un hombre que se curaba, me pareció más bella que cualquier canción que jamás hubiera oído de las monjas saludando la gloria del Señor.

La noticia de tu despertar corrió por todo Engelthal.

—¡En verdad un milagro se ha producido a través de las manos de la hermana Marianne!

Creí que al final prevalecería el sentido común, pero no se puede discutir con un

monasterio lleno de monjas exaltadas. Incluso Gertrud y Agletrudis dejaron de susurrarle a la madre Christina que debería regresar al *scriptorium* y continuar mis tareas.

## XIII

**N**o pude evitar preguntarlo:  
—¿Y qué dice la canción?

—Es muy extraño que no recuerdes tu lengua materna —dijo Marianne Engel divertida—. Dice: «Eres mía, yo soy tuyo: puedes estar segura. Estás encerrada en mi corazón y han tirado la llave; debes quedarte dentro de él para siempre». Es una balada de amor popular.

—¿Por qué ésa en concreto?

—Eras un soldado, no un juglar. Quizá era la única canción que sabías.

Hablamos un rato más durante el que me explicó la tradición de las *Minnelieder* —las canciones de amor medievales—, hasta que llegó la hora de irse. Tras recoger sus cosas, me pidió que cerrara los ojos.

Cuando lo hice me colgó del cuello un fino collar del que pendía una moneda.

—El nombre correcto de esta moneda es «Ángel». Se acuñó en Inglaterra en el siglo XVI. Por favor, permíteme regalártelo.

En un lado de la moneda estaba representada la imagen de alguien matando un dragón; Marianne Engel me explicó su historia.

—Es el arcángel Miguel, del Apocalipsis: «Y hubo guerra en el Cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón... Y el gran dragón fue expulsado».

—Gracias —le dije.

—Cuando llegue el momento, sabrás qué hacer con esa moneda.

Esos comentarios de Marianne Engel, que eran un sinsentido en el peor de los casos y muy crípticos en el mejor, eran tan comunes que había dejado de preguntarle qué quería decir. Tratar de que me diera alguna explicación sobre esos asuntos solía hacer que nuestra conversación terminase abruptamente y, de todos modos, al final nunca sacaba nada en claro.

Marianne Engel me dijo que no podría volver hasta después de año nuevo porque tenía el sótano lleno de grotescos que requerían su atención. Al acercarse a la puerta, dio unas palmaditas a la maleta que contenía los doscientos mil dólares.

—No te olvides de que te vienes a vivir conmigo.

• • •

¿CREES QUE TE VACIARÁ LA BOLSA DE LA ORINA?

Me concentré en el vacío de la habitación. No iba a permitir que el reptil que me torturaba se saliera con la suya.

QUIZÁ TRAIGA A SU CASA A ALGÚN HOMBRE CON PENE.

Lo más útil que había aprendido durante mi drogadicción era la capacidad de pasarme días enteros en blanco. Añoraba el vacío que siempre me daban la cocaína y el alcohol.

La doctora Edwards entró en la habitación, vestida con un navideño jersey rojo. Nunca la había visto vestida con otra cosa que la bata de laboratorio.

—Me han dicho que la fiesta estuvo muy bien.

Me alegré de ver a Nan porque su aparición haría que la serpiente desapareciera durante un rato. La serpiente prefería acosarme cuando estábamos solos.

—Siento que no pudieras venir.

Comprobó mi historial.

—Quizá el año que viene.

—¿Tuviste algo que ver con ello? —pregunté—. Quiero decir que supongo que se tuvieron que rellenar un montón de formularios. Documentos legales, permisos, ese tipo de cosas.

—El hospital tuvo que considerar su posición —admitió Nan— y pedir inmunidad legal en toda una serie de cuestiones. ¿Qué hubiera pasado si alguien se hubiera intoxicado con la comida?

—No me puedo imaginar a Marianne rellenando los formularios.

—Actué como intermediaria entre ella y la junta —dijo Nan— pero sólo porque pensé que sería bueno para los pacientes. No sólo por ti.

—Muchas gracias. Sé que no te cae muy bien.

La doctora Edwards se envaró un poco.

—Creo que es una buena persona.

—Sólo dudas de que esté capacitada para cuidarme.

—No importa mucho lo que yo piense.

—Por supuesto que importa —dije—. Me gusta el jersey. ¿Tienes una cita?

Miró hacia abajo como si se hubiera olvidado de lo que llevaba puesto, pero fingió muy mal.

—Preferiría mantener mi vida personal al margen.

—Muy bien —dije—. ¿Por qué estudiaste medicina?

—Ésa es una pregunta personal.

—No —la corregí—, es sobre tu profesión.

Giró la cabeza a un lado.

—Por el mismo motivo que todo el mundo. Para ayudar a los demás.

—Y yo que pensaba que algunos doctores lo hacían por el dinero —dije—. ¿Por qué el pabellón de quemados? Habría sitios más fáciles en los que trabajar.

—Me gusta.

—¿Por qué?

—Cuando la gente se marcha de aquí hay una... —Nan se detuvo para escoger cuidadosamente sus palabras—. Cuando era residente me enseñaron a pensar que todo el que entraba aquí ya estaba muerto. Es un truco, sabes, porque muchos pacientes con quemaduras mueren en los primeros días. Pero si piensas que el paciente está muerto cuando llega y luego, de algún modo, sobrevive...

—Es una forma de pensar que sólo salvas gente, nunca la pierdes —dije—.

¿Funciona?

—A veces odio estar aquí.

—Yo también. —Quise tomar su mano en la mía, pero sabía que no era buena idea. Así que, en lugar de hacerlo, dije—: Creo que eres una doctora excelente.

—Soy una egoísta. Sólo quiero la sensación que me produce ver a un paciente marcharse curado. —Levantó la vista de sus pies y me miró directamente—. ¿Te han dicho que se te paró el corazón dos veces durante la cirugía de emergencia?

—No. Supongo que a estas alturas puedo asumir que se volvió a poner en marcha.

—No siempre pasa.

—Me voy a ir a vivir con Marianne.

—Sólo es que no quiero que cometas un error después de haber llegado tan lejos.

—Si no voy con ella ahora, entonces no tengo ni idea de por qué me has salvado la vida.

Nan pensó en ello y se tomó unos segundos antes de hablar.

—No puedo salvar la vida a todo el mundo. Lo único que puedo hacer es ayudar a unos cuantos a no morir antes de que les haya llegado la hora, y ni siquiera eso lo puedo hacer muchas veces.

—Bueno —dije—, yo sigo vivo.

—Es cierto. —Se acercó y tomó mi mano entre las suyas, pero sólo por un instante. Entonces se giró para marcharse de la habitación pero en el marco de la puerta añadió, casi impulsivamente—: Voy a tomarme una copa de brandy con mi exmarido. Por eso llevo este jersey.

—No sabía que habías estado casada.

—Lo estuve y ahora no lo estoy. —Jugueteó con el pomo de la puerta, girándolo un par de veces—. Mi marido es una buena persona, pero no hacíamos buena pareja. A veces pasa.

• • •

Pasado año nuevo, Marianne Engel se implicó todavía más en mis sesiones de terapia física. Me estaban adiestrando en el arte de lavarme los dientes, abrocharme la camisa y usar todo tipo de utensilios, ensayando todas esas AVC —actividades de la vida cotidiana— para el momento en que me dieran el alta. Cada vez que utilizaba mi mano buena para cualquiera de estas tareas, Sayuri me regañaba. Aunque pareciera más fácil a corto plazo, me decía, era como darle a mi mano mala permiso para marchitarse. Incluso las actividades más simples eran «ejercicio».

Me programaron un cursillo sobre el baño, otra cosa que tenía que volver a aprender desde cero. Se hizo obvio que me sentía incómodo con el hecho de que Marianne Engel asistiera a esa lección. A pesar de que me había ayudado en la mayoría de los aspectos de mi rehabilitación, todavía no había estado presente en ninguna ocasión en que me hubieran retirado todos los vendajes. Sabía que no tenía



pene, pero todavía no lo había visto. Cuando me mudara a su casa sería ella quien me ayudaría a bañarme y, obviamente, sería imposible hacerlo vestido. Aun así, no estaba preparado todavía para que contemplara esa carencia específica de mi cuerpo.

Llegamos a un trato. Aunque Sayuri creía que sería mejor que Marianne Engel participara en el entrenamiento desde el principio, haríamos los primeros baños sin ella para darme un poco más de tiempo para hacerme a la idea.

• • •

Gregor estaba en éxtasis por la velada que había pasado con Akira Kurosawa y Sayuri Mizumoto.

Me regaló los oídos con historias sobre qué habían comprado en el bar del cine (palomitas y regaliz); cómo a Sayuri no le gustó el regaliz (al parecer una cuestión cultural, pues a la mayoría de los japoneses les parece que sabe a medicamento chino caducado); cómo sus dedos se habían tocado accidentalmente al ir a coger palomitas al mismo tiempo; cómo se cogieron de la mano después de que se acabaran las palomitas; cómo él sólo podía pensar en que las palomitas le habían dejado los dedos grasientos; cómo se limpió los dedos en los pantalones para no ofenderla; cómo durante el resto de la noche llevó cuatro manchas alargadas en los pantalones; cómo estuvo seguro de que ella consideraría aquellas manchas una muestra de su deficiente higiene, y así en adelante. Todo muy mono. Gregor me lo contó todo excepto qué película habían visto, que supongo que fue lo menos importante de la noche.

Al final de la velada, Sayuri aceptó cenar con Gregor en el Rasputín el fin de semana siguiente.

• • •

Marianne Engel empujó mi silla de ruedas hasta una sala donde esperaba un gran grupo de internos. Sayuri me presentó a todo el mundo y luego les hizo una pregunta al parecer inocente:

—¿Cuál es mi trabajo?

Los internos se miraron unos a otros, oliéndose que era una pregunta trampa. Un joven, desde el fondo del grupo, sugirió que, obviamente, Sayuri era una fisioterapeuta. La siempre amplia sonrisa de ella se amplió todavía más mientras negaba con la cabeza.

—Hoy soy un sastre. Las medidas que vamos a tomar son extremadamente importantes, porque el vestido que vamos a hacer se va a llevar veinticuatro horas al día durante todo un año.

Sacó una cinta métrica y preguntó quien quería ayudarla. Dos internos dieron un paso adelante y se pusieron a extender pliegos de tela, de la clase que se usa para ropas de compresión, a lo largo del contorno de mi cuerpo. Llevó más de lo que esperaba, básicamente porque se mostraban muy inseguros. Sayuri contestó

pacientemente todas sus preguntas y quedó claro que no sólo era una buena profesora sino que además disfrutaba enseñando. Cuando acabaron de tomarme las medidas, anunció exultante que lo que venía a continuación —crear el primer molde de la máscara de plexiglás que tendría que llevar— era mucho más difícil.

—Ya se han realizado la mayoría de las cirugías que afectaban a su cabeza y la hinchazón de su rostro ha remitido, de modo que la principal función de la máscara será la de minimizar las cicatrices. ¿Qué es lo primero que tenemos que hacer?

—Hacemos un negativo de la cara —respondió uno de los estudiantes.

—No —dijo Sayuri, levantando una cámara—. Sacamos fotografías para usarlas como referencia cuando estemos preparando el interior de la máscara. ¿Qué sentiríais si tuvierais que llevar una máscara que no os encajara bien?

Sayuri tomó las fotos ella misma, formando un círculo para sacarme desde todos los ángulos y capturar hasta el último detalle de mi rostro. No me gustaba nada que fuera a quedar un modelo permanente de mi apariencia en esos momentos. Cuando bajó la cámara, dijo:

—Ahora es cuando hacemos la impresión. ¿Qué es lo primero que hay que hacer? Al menos un estudiante había leído el capítulo correcto del manual.

—Echamos el gel de impresión sobre la cara y luego colocamos tiras de escayola.

—Muy bien. Acércate a ayudarme.

Sayuri quitó una sábana blanca que cubría una mesa cercana; bajo ella estaban todos los materiales necesarios para el trabajo. Colocaron unos trocitos de tela sobre mis ojos y me pusieron unos tubos en la nariz para que pudiera respirar. Los estudiantes se pusieron los primeros trozos de gel en las manos y empezaron a esparcímelo por la cara.

—Es el mismo material que se usa para sacar moldes dentales. No hay que olvidar que a nadie le gusta que le hagan esto. Aplicadlo siempre con suavidad.

Los dedos del interno eran tímidos comparados con los de Sayuri, pero ella le felicitó de todas formas y pidió a unos pocos más que «se acercaran y lo probaran». La sensación de tantas manos tocándome era sobrecogedora. Sayuri continuó explicando mientras trabajaban.

—Es importante que consigamos la forma natural de la cabeza, las mejillas, el contorno de los ojos... recordad siempre trabajar con suavidad...

Tras el gel me pusieron un collarín para mantenerme firme mientras colocaban las tiras de escayola. Sayuri les explicó cuáles eran los lugares correctos para colocarlas y de vez en cuando corregía algún error, pero básicamente se limitaba a decirles que tuvieran cuidado.

—No es simplemente piel, es piel quemada. Recordadlo siempre.

Una vez colocada la escayola, tuvimos que esperar a que se secara. Yo no pude contribuir a la conversación. Susurrando para no molestar a los estudiantes, Marianne Engel me sugirió que podía leerme el canto final del *Inferno*. Me pareció estupendo: quería escuchar su voz desde la oscuridad.

Empezó:

*«Marchan las banderas del rey del Infierno  
contra nosotros, mira, pues, delante  
—dijo el maestro— a ver si las distingues».*

Satán, el Rey del Infierno, atrapado en un escudo de hielo en las mismas tripas del *Inferno*: qué imagen más adecuada, pensé, ahora que estaba envuelto en mi propio escudo de escayola. El maestro de Dante era Virgilio, que le conducía siempre adelante, mientras que mi guía era Marianne Engel. Cambió dos veces al italiano sin darse cuenta, sorprendiéndose y riendo antes de regresar al inglés. De fondo escuchaba las voces atenuadas de los internos, que seguían aprendiendo sobre las tribulaciones del tratamiento de quemados. Cuando Sayuri consideró que había llegado el momento de retirar la máscara sentí sus dedos despegando la escayola. Justo cuando volvía a la luz de la sala, Marianne Engel me leyó suavemente junto a mi oído bueno la última línea de Dante:

*«... y salimos a contemplar de nuevo las estrellas».*

• • •

—Lleva sólo camisas de manga corta hechas de algodón —dijo la doctora Edwards— y déjalas unos cuantos ciclos extra en la lavadora sólo con agua. Los residuos de jabón son muy dañinos para la piel que se está curando.

Estaba programado que dejase el hospital a la mañana siguiente: había progresado tanto que me dieron el alta a mediados de febrero, casi dos meses antes de lo previsto. Nan señaló el grueso manual de rehabilitación que sostenía Marianne Engel.

—Hay que esterilizar la bañera antes de cada baño y añadir productos químicos al agua. La lista de productos está en el libro. Te daremos bastantes para la primera semana, pero después tendrás que comprarlos. Hay también una lista de los jabones adecuados. No te olvides de aplicar las cremas después del baño y luego poner vendas nuevas. En más o menos un mes estarán listas las ropas de compresión pero hasta entonces hay que seguir con los vendajes. Oh, y si usabas colonia o desodorante antes del accidente, ahora están absolutamente prohibidos.

—¿Algo más? —preguntó Marianne Engel.

Nan pensó unos momentos.

—Ten cuidado con los insectos. Una picadura puede provocar una infección peligrosa. No hay insectos en tu casa, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Marianne, pero añadió—, pero a una de mis amigas le picó una avispa una vez y por error la creyeron muerta. Fue horrible.

Hubo una pausa en la conversación mientras tanto la doctora Edwards como yo

tratamos de imaginar de qué hablaba Marianne Engel. Nos miramos y llegamos al consenso tácito de que preguntarle sería inútil, así que Nan simplemente comentó que el *shock* anafiláctico es común en tales casos y siguió con las instrucciones para mi cuidado. Me recordó que prestase tanta atención a los daños ocultos como a los evidentes. La piel es el órgano que regula la temperatura corporal, liberando el exceso de calor a través del sudor en un día caluroso o durante el ejercicio físico, y mi cuerpo había perdido buena parte de esa habilidad. Con mis glándulas sudoríferas y poros dañados era posible que mi cerebro tuviera algún apuro para mantener el control del sistema nervioso y de los mecanismos endocrinos. En teoría, mi cuerpo podría revelarse y freírse desde dentro hacia fuera; si no me andaba con cuidado, podía generar mi propia combustión espontánea.

—Hemos mantenido la temperatura de la habitación constante —dijo la doctora Edwards— pero probablemente tendrás que jugar con el aire acondicionado hasta descubrir qué te va mejor. Tienes aire acondicionado, ¿verdad, Marianne?

—Lo instalaré lo antes posible.

—Bien. ¿Alguna pregunta final?

Le pregunté cuánta morfina me darían. (Estaba seguro de que la serpiente no se descolgaría de mi columna cuando saliera del hospital).

—Para un mes —dijo Nan—, pero ve con cuidado. Un poco de dolor ahora es mejor que pasarte la vida con una adicción. ¿Me explico?

—Por supuesto —dije, pero SE ME HACÍA LA BOCA AGUA pensando en mi próxima deliciosa dosis.

Completadas las instrucciones sobre el tratamiento, me pusieron en una silla de ruedas, como exigía la política del hospital, y Nan me empujó hasta la puerta principal. Marianne Engel ni siquiera protestó que era ella la que debería empujar la silla; quizá pensó que la doctora Edwards necesitaba hacerlo con sus pacientes, una especie de ritual antes de verlos partir.

En la entrada principal me puse en pie y Nan me hizo una última advertencia.

—La gente cree que cuando un paciente se va a casa lo peor ha pasado, pero lo que sucede es que pierdes el sistema de soporte constante del hospital. Pero seguimos aquí, no dudes en llamarnos si necesitas cualquier cosa.

A diferencia de Howard, yo no tenía una brigada de amigos, familia y exnovias que hubieran venido a celebrar mi salida. Pero no podía quejarme; a diferencia de Thérèse, yo me iba con vida. El equipo del hospital y Marianne Engel se reunieron para un cordial intercambio de «gracias» y «buenas suertes». Connie me dio un abrazo. Beth un fuerte apretón de manos, y aunque Maddy no estuvo, estoy seguro que, de haber estado, hubiera meneado el trasero. Sayuri prometió venir pronto a continuar mi rehabilitación y se disculpó por la ausencia de Gregor en mi despedida. Una emergencia de última hora con uno de sus pacientes.

Esperaba que Nan también me diera la mano, pero no fue el caso. Abrazó a Marianne Engel, diciéndole que cuidara de mí. Luego me dio un beso en la mejilla y

me dijo que cuidara de Marianne Engel.

•••

¿Dejaban conducir a los esquizofrénicos? Al parecer, sí. Marianne Engel tenía un coche de los setenta de ocho cilindros, que era el último vehículo que me la hubiera imaginado conduciendo y que, por tanto, era perfecto. Se jactaba de que había pertenecido a la ganadora del concurso de belleza de Medicine Hat de 1967.

NI SIQUIERA PUEDES ESTAR EN UN COCHE CON ELLA...

Mis últimos momentos antes de entrar en el hospital los pasé mientras me extraían de un coche accidentado en llamas. Y ahora, lo primero que hacía tras el alta era meterme en un vehículo. Sabía que no podía caminar pero me hubiera gustado utilizar alguna otra forma de transporte.

... SIN PREGUNTARTE SI DEBERÍAN DEJARLA CONducIR.

El motor sonaba como un oso gruñón bostezando después de la hibernación. El antiguo estéreo de ocho pistas estaba roto, así que, para distraerse, Marianne Engel cantaba. Al principio, Edith Piaf salió de su garganta como un hermoso gorrión herido, después se cantó a sí misma adiós con la canción de Leonard Cohen.

En un semáforo nos paramos junto a una pareja en una camioneta Ford. La mujer en el asiento del pasajero me vio —todavía llevaba los vendajes y los seguiría llevando hasta que estuviera lista la ropa de compresión— y dejó escapar un grito sofocado antes de volver la cabeza a la carretera y pretender que no había pasado nada.

La mujer nos había mirado a los dos y había pensado que Marianne Engel era la normal.

NINGUNO DE LOS DOS ES NORMAL.

Así es como iba a ser en adelante y supongo que debería haber estado preparado para ello. Pero no lo estaba. No era un robot.

## XIV

**A** lo mejor debería haber esperado que el primer edificio que viéramos al entrar en la calle Lemuria fuera una Iglesia. St. Romanus de Condat era una enorme estructura que se esforzaba, sin conseguirlo, por parecer más respetable de lo que era. No parecía que la hubieran maltratado sino más bien que simplemente se había acabado el dinero para mantenerla. La pintura se estaba pelando, los ladrillos estaban rotos y en las ventanas había grietas cubiertas con cinta aislante transparente. Junto al camino de cemento que llevaba a la puerta principal había un cartel que decía con letras negras sobre un fondo de plástico blanco que el padre Shanahan invitaba a todos a acudir a la misa del domingo. Detrás de St. Romanus había un cementerio descuidado con fila tras fila de lápidas grises que emergían del suelo como tabletas de Alka-Seltzer que hubieran caído de canto. La hierba crecía como cabello sin cortar y las flores de recuerdo se marchitaban sobre las sepulturas. Unas cuantas de las lápidas más grandes mostraban a ángeles llevándose a los muertos al cielo. Le pregunté a Marianne Engel si había esculpido alguna de ellas. Me dijo que no, que no se dedicaba a ese tipo de trabajo.

Su casa, en la finca adyacente a St. Romanus, parecía una fortaleza; un gran castillo de piedra que uno creería capaz de resistir el asedio de los hunos. Ella se dio cuenta de que la solidez del lugar me había dejado estupefacto y me explicó que no podía imaginarse vivir en un edificio que no pudiera soportar el paso del tiempo.

Mientras me ayudaba a salir del coche, le pregunté si no le molestaba vivir junto a un cementerio. Se encogió de hombros y me dijo que tuviera cuidado con los adoquines del camino de entrada, porque algunos estaban sueltos. El jardín estaba dominado por malas hierbas y flores desobedientes que se mecían perezosamente al viento. Una retorcida imitación de un árbol se elevaba junto a una carretilla que hacía las veces de maceta, con su oxidada rueda delantera medio enterrada. El buzón tenía forma de dragón al que se le echaban las cartas por las fauces abiertas.

A un lado de la casa había dos grandes puertas de roble con enormes bisagras de hierro que llevaban al sótano en el que tenía el taller, específicamente diseñadas para que pudieran entrar los bloques de piedra que necesitaba para trabajar.

—Me pude desgravar muchas de las reformas. O al menos eso me dijo Jack.

NO TE HABRÍAS OLVIDADO DE JACK ¿VERDAD?

Un perro marrón crema, el famoso *Bougatsa*, vino corriendo desde el patio de atrás. Marianne Engel se agachó a acariciarle su cabeza estúpida y grande, estirándole las orejas hacia atrás.

—¡Boogie!

Me llevó sólo un instante decidir que aquel chucho confirmaba todo lo que no me gustaba de los perros. Era obtuso como sólo un perro puede serlo, le colgaba de la boca una lengua de retrasado mental que movía sin parar de lado a lado mientras movía la cabeza como una bailarina de hula-hula de plástico sobre el salpicadero de

un proxeneta.

APUESTO A QUE JACK ES UN HOMBRE NORMAL CON MUCHO QUE OFRECER.

—¿Qué tal si le cantamos a este buen hombre una canción?

Marianne Engel se puso a aullar como si fuera un yeti con tabaquismo crónico y *Bougatsa* se unió a ella, tratando de imitarla. Yo sabía que ella podía cantar bien, así que claramente estaba desafinando sólo para jugar con el perro. Es cierto que mis orejas no eran más que pequeños tocones de carne, protuberancias parecidas a albaricoques secos que emergían del puño cerrado que era mi cabeza. La derecha está básicamente sorda, pero la izquierda mantenía la sensibilidad suficiente como para saber que sonaban de pesadilla. La forma en que mujer y can elevaban la cabeza hacia arriba daba a entender que podían ver notas flotando sobre ellos y que trataban de alcanzarlas. Fracasaban miserablemente. No es sorprendente que Marianne Engel viviera junto a un cementerio. ¿Qué otro tipo de vecinos hubiera podido soportarla?

COMO UN TRABAJO. Reptil hija de puta. COMO UN FUTURO.

Mientras seguían aullando, me recreé en la rareza de su casa. Los alféizares de las ventanas eran de madera maciza y las ventanas de un cristal tan grueso que si los golpeaba una pelota de béisbol, en lugar de romperlos rebotaría. Los bloques de piedra parecían dar a entender que hombres con brazos peludos y barriga los habían subido hasta su sitio uno a uno y luego los habían fijado a golpe de maza. Los verdes tentáculos de una enredadera subían por las paredes hasta lo más sorprendente de todo el edificio: las monstruosidades esculpidas en los desagües. Para que Marianne Engel dejase de emitir aquellos sonidos espantosos le señalé que no se veían muchas gárgolas en residencias privadas.

—Si se vieran, sería rica. Aquí son un buen anuncio, incluso me hicieron salir en el periódico. Además, tengo tantas que no sé qué hacer con ellas.

Los demonios miraban hacia abajo, clavando directamente en mí sus ojos hipertrofiados por mucho que me moviera a izquierda o derecha. Sus cuerpos retorcidos me hipnotizaban: el torso de un hombre desaparecía en una cola de pez sin acabar de convertirse en la versión masculina de una sirena; el torso de un mono surgía de los cuartos traseros de un caballo; la cabeza de un toro sobresalía del cuerpo de un león alado. Una serpiente surgía de un murciélago. La cabeza de una mujer escupía una furiosa bocanada de sapos. En todos los cuerpos coexistían bestias disparatadas; era difícil decir dónde terminaba una y empezaba la otra y era imposible saber qué bestias, o qué parte de las bestias, eran buenas y cuáles malas.

—Las necesitamos ahí arriba —dijo Marianne Engel.

—¿Para qué?

—Para ahuyentar a los malos espíritus.

Me tomó de la mano para guiarme hacia la entrada. Le pregunté por qué no había puesto un puente levadizo y un foso. Me explicó que el plan urbanístico del ayuntamiento no lo permitía.

Esperaba que el interior estuviera repleto de tapices y tronos, pero estaba casi vacío. Unas columnas cuadradas de madera sostenían el techo y el suelo estaba formado por grandes listones. Dejó su chaqueta en un colgador de hierro justo en el interior de la puerta y, al percibir mi interés por la madera, dijo:

—Las vigas son de cedro y los artesonados de ciprés.

Empezó a enseñarme la casa por el salón, que estaba pintado de un rojo muy vivo. Allí había una gran chimenea con un forjado de ángeles y demonios alrededor de su boca de piedra. También dos sillones, con una gran alfombra tendida entre ellos, que parecían esperar a que unos regentes se sentaran allí para mantener importantes conversaciones.

En el comedor había grandes cuadros en las paredes, la mayoría simples brochazos de color que dibujaban formas ondulantes. Eran mucho más abstractos de lo que había esperado; si alguien me hubiera preguntado, hubiera asumido que habría pinturas de tema religioso. Pero no era así. Había también una mesa muy grande con un jarrón con flores frescas color púrpura en el centro y velas sobre candeleros de hierro a cada lado.

—Ésos los fabricó Francesco. Puedes asumir que todo lo que veas en esta casa hecho de hierro forjado lo fabricó él.

Asentí con la cabeza: claro, ¿por qué no? ¿Acaso no están la mayoría de las casas amuebladas por fantasmas italianos?

En la cocina había una gran cocina plateada, una nevera vieja y fila tras fila de cacharros de cobre colgando del techo. En los estantes se alineaban jarras de cristal llenas de pasta y especias. Las paredes pintadas de color amarillo girasol le daban un aire fresco y animado. Todo estaba en su sitio y la única señal de desorden era un cenicero rebosante de colillas. Su casa me sorprendía de nuevo, no el cenicero, sino el orden.

Su estudio lo dominaba un gran escritorio de madera que decía que había pertenecido a un rey de España. Volví a asentir con la cabeza: claro, ¿por qué no? Al fin y al cabo es poco realista pensar que los fantasmas italianos se puedan encargar de absolutamente todos los muebles. Tras el escritorio había una silla de apariencia muy robusta y a la derecha de ésta un diván de cuero que parecía esperar a uno de los pacientes del doctor Freud.

Las estanterías, abarrotadas de libros serios, ocupaban tres de las paredes. Spencer, Milton, Donne, Blake y el Venerable Beda representaban al inglés. Entre los autores alemanes estaban Hartmann von Aue, Wolfram von Eschenbach, Ulrich von Türheim, Walther von der Vogelweide y Patrick Süskind. Los libros rusos incluían *La vida del arcipreste Awakwn*, *Demonio* de Mikhail Lermontov y *Almas muertas* de Nikolai Gogol. España aportaba las obras maestras de santa Teresa de Ávila, *El castillo interior*, *Camino de perfección* y *El progreso de un alma*. Los griegos no permitían que se les olvidase: Homero, Platón, Aristóteles, Euclides y Sófocles ocupaban la mayoría del estante inferior, como si hiciera tiempo que hubieran



decidido que la estantería no estaría completa si todos los demás no se levantaban sobre sus hombros. Había media pared de volúmenes en latín, pero los únicos con cuyos títulos me quedé fueron *El sueño de Escipión*, de Cicerón, y las *Metamorfosis* de Ovidio. En apariencia un poco fuera de lugar, pero negándose a quedarse fuera del escenario, había una serie de libros de Asia. No pude distinguir los caracteres japoneses de los chinos y muchas veces ni el título traducido ayudaba a establecer su procedencia. Por último, había ejemplares de todos los grandes textos religiosos: la Biblia, el Talmud, el Corán, los cuatro Vedas, etc.

Lo más sorprendente de la biblioteca es que había dos ejemplares, siempre juntos, de todos los libros extranjeros: el original y su traducción en inglés. Naturalmente, le pregunté a Marianne Engel por ello.

—La versión en inglés es para ti —dijo—. Así podremos hablar sobre los libros.

—¿Y los originales?

—¿Por qué iba yo a leer las traducciones?

Marianne Engel se acercó a los libros y sacó dos que no habían sido publicados de forma profesional, sino que estaban escritos a mano en grueso papel y unidos con un cosido irregular. La caligrafía era suya y el texto estaba, afortunadamente, en inglés y no en alemán. Eran las *Revelaciones* de Christina Ebner y la *Gnaden-vita* de Friedrich Sunder.

—Pensé que estos dos te interesarían —dijo—, así que los traduje para que pudieras leerlos.

Había otro elemento interesante en las estanterías: un pequeño ángel de piedra cuyas alas se elevaban hacia el cielo. Le pregunté si lo había tallado ella pero la pregunta, que formulé de forma totalmente inocente, pareció dolerle. Parpadeó unas pocas veces, como si estuviera conteniendo las lágrimas y frunció los labios para contener el temblor de su labio inferior.

—Tú lo esculpiste para mí —dijo con voz quebrada—. Es mi *Morgengabe*.

Con eso terminamos la visita del piso principal. Su taller estaba en el sótano, pero yo no tenía fuerzas para bajar. Mi primer día fuera del hospital ya había sido muy largo y lo cierto es que la libertad era sobrecogedora. Me había acostumbrado a conocer hasta el último centímetro de mi entorno y el último minuto de mi horario, pero ahora me enfrentaba a un sinfín de nuevas sensaciones. Pasamos el resto de la tarde sentados en el salón, hablando, pero ella no recuperó la sonrisa que yo le había arrebatado con mi pregunta sobre el ángel de piedra.

ESTO NO VA A DURAR. SABES. La serpiente sacudió su cola en mis intestinos. LA DESTROZARÁS CON TU INSENSIBILIDAD.

Al anochecer, subí las escaleras con Marianne Engel justo detrás de mí por si me caía. Necesitaba una dosis de morfina que hiciera callar a la serpiente. Pude escoger entre dos habitaciones: una era el dormitorio de invitados, que ya estaba hecho, mientras que la otra era una buhardilla con vistas al cementerio de detrás de St. Romanus. A Marianne Engel le preocupaba que la extraña forma de la habitación,

una cuña en una esquina del tejado, pudiera resultar opresiva después de meses en el hospital, pero me gustó desde el primer momento.

—Es como un campanario. Es perfecta.

Me puso la morfina, que fue más dulce que la primera lluvia en un desierto, y la serpiente se deslizó silenciosamente a su agujero. Pensé que dormiría hasta la mañana siguiente, pero no fue así. Era febrero y todavía no hacía calor fuera, pero por algún motivo me estaba asando. Quizá era en parte sólo psicológico, del estrés de dormir en un sitio nuevo por primera vez en nueve meses.

Mi piel, que no transpiraba, se reveló durante aquella enfebrecida noche y soñé con campos de concentración, con hornos en los que quemaban personas, en gente con cuerpos demacrados. Su hambre les había hecho demasiado delgados para ser humanos. Sus ojos sobresalían acusadores, me acosaban con sus miradas. Alguien dijo en alemán «ALLES BRENT WENN DIE FLAMME NUR HEISS GENUG IST. DIE WELT IST NICHTS ALS EIN SCHMELZTIEGEL». «Todo arde si la llama es lo bastante fuerte. El mundo es sólo un crisol». Era la misma frase que había oído en mi pesadilla en el hospital en la que la cama esqueleto se volvía un sudario ardiente.

Me desperté súbitamente y me incorporé entre mis finas sábanas. Oí a la serpiente cantar la palabra HOLOCAUSTO. HOLOCAUSTO. HOLOCAUSTO. HOLOCAUSTO. Me han explicado que esa palabra quiere decir, literalmente, «quemarlo todo». El campanario me estaba asando; la doctora Edwards llevaba razón, necesitábamos aire acondicionado. ESTOY LLEGANDO Y NO PUEDES HACER NADA PARA IMPEDIRLO. No podía negar que la serpiente era testaruda; era como tener un testigo de Jehová viviendo en mi columna. ESTOY LLEGANDO Y NO PUEDES HACER NADA PARA IMPEDIRLO.

Miré el volumen de la *Gnaden-vita* (que significa «Vida piadosa») de Friedrich Sunder que estaba en mi mesita de noche. Decidí que no tenía fuerzas para leer, especialmente algo tan complicado. Me levanté sin mucha ayuda de mis reticentes piernas y logré persuadirlas de que me llevaran en dirección al dormitorio principal donde, sorpresa, Marianne Engel no estaba. Agucé lo que me quedaba de oído. Oí llegar de abajo compases de música clásica que no pude reconocer pero que, por algún motivo, me hicieron pensar en obreros. Bajé como pude los dos tramos de escaleras, desde el campanario hasta el piso principal y luego del piso principal al taller del sótano.

Había cien velas, cien puntos de fuego en la habitación. No me gustaba. Por los candeleros de hierro resbalaban ríos de lasciva cera roja y algunas gotas habían salpicado el suelo de piedra como un dosel invertido de estrellas color rubí. Vi las grandes puertas de roble en un lado de la habitación y un banco de trabajo bastante grande en el otro. Las paredes estaban llenas de herramientas colgadas de ganchos y junto a la cadena de la que emanaba la música había una cafetera. Apoyada contra la pared descansaba una escoba, cerca de una pila de trozos de roca barridos sin mucho cuidado. Pero ésos eran detalles sin importancia.

Por todas partes había monstruos incompletos. Habitualmente eran las partes inferiores de los grotescos las que estaban por acabar, como si una mafia de monstruos les hubiera puesto los proverbiales pies de cemento. Medio monstruo marino trataba de empujarse fuera de un océano de granito. La parte superior de un mono aterrorizado emergía de un león cuyas piernas no estaban todavía esculpidas. La cabeza de un pájaro descansaba sobre unos hombros humanos, pero el resto del pecho seguía oculto en un bloque de mármol. La luz de las velas aumentaba los ya de por sí exagerados rasgos de las bestias.

El taller era una sinfonía de lo incompleto, con grotescos a medio camino entre la existencia y la nada. Era difícil decir si estaban eufóricos o tristes, si tenían o no miedo, si tenían o no alma; quizá todavía no sabían quiénes eran. No había ni siquiera bastante luz para saber si eran hermosos u horribles. Y en medio de estas gárgolas a medias, Marianne Engel dormía sobre un gran bloque de piedra, moviéndose suavemente arriba y abajo al ritmo de su respiración, desnuda excepto por el collar cuya punta de flecha descansaba en el valle de sus pechos. Estaba en su casa, desnuda, bañada por sombras y luz, con el cabello enredado en su cuerpo como alas hechas de cuerda negra. Se aferraba a su roca como si fuera musgo presto a absorber la lluvia y yo no podía apartar los ojos de su glorioso cuerpo. No quería quedarme mirándola, pero no pude obligarme a apartar la vista.

Me di cuenta inmediatamente de que estaba invadiendo algo muy íntimo; algo en aquella escena la hacía más vulnerable que su desnudez. Me sentí como si hubiera interrumpido una conversación privada y supe que debía marcharme inmediatamente.

Subí de nuevo las escaleras y decidí dormir en el estudio porque hacía menos calor que en el campanario. Coloqué toallas en el sofá de cuello porque todavía se me pelaba la piel, y me eché allí. Me administré otra generosa dosis de morfina, porque lo que para unos es veneno, para otros es como leche materna. Esa noche no volví a soñar holocaustos.

• • •

Cuando desperté, Marianne Engel, vestida con una bata blanca, estaba junto a mí. Hablamos durante unos minutos antes de que me llevara al lavabo, donde ya había preparado la bañera con los productos químicos adecuados y un termómetro colgando del borde.

—Quítate la ropa.

Había conseguido evitar practicar los baños en el hospital frente a ella mediante una combinación de suerte y engaños, pero mi racha había acabado. Mi benefactora exigía ahora ver mi cuerpo desnudo, así que jugué la última carta que me quedaba: le dije que estar desnudo frente a ella me haría sentir incómodo y le pedí que lo entendiera. Me dijo que podía entenderlo, pero que eso no cambiaba el hecho de que necesitaba bañarme. Le dije que tenía que respetar mi privacidad. Se rió y me contó

que por la noche había tenido un sueño particularmente vivido en el que yo estaba en medio de su estudio contemplando su cuerpo desnudo.

No vi qué podía responder a eso. Lo más que conseguí fue un nuevo trato: le permitiría bañarme si me daba otra dosis de morfina antes. Ella aceptó. Pronto me quedé desnudo, con el aspecto de un muñeco hecho de goma que no se hubiera adaptado bien al molde, mientras ella buscaba en mi abominable cuerpo una vena apropiadamente hambrienta.

AHORA ES CUANDO VERÁ LO QUE TE FALTA.

Ella tenía la mano en mi cadera y alargué el brazo izquierdo para recibir la droga, pero dejé el derecho colgando estratégicamente delante de mi entrepierna.

Preparó la aguja, la colocó en el punto de entrada y me preguntó:

—¿Vale aquí?

ELLA PUEDE PENETRARTE... Asentí. La aguja entró en mi carne y ni siquiera pensaba en la morfina que iba a recibir; sólo pensaba... PERO TÚ NO PUEDES PENETRARLA A ELLA que tenía que asegurarme de no mover el brazo derecho.

—Ahora a la bañera —dijo.

Pero no podía entrar en el agua sin mover el brazo derecho, así que me quedé quieto, tapando el vacío entre mis caderas.

—Te ayudaré a bañarte cada día —dijo amablemente—. Va a ser difícil taparlo todo el rato.

*Pero si no estoy tapando nada, pensé yo.*

—Ya sé que no tienes.

Yo no dije nada.

—Crees que sentiré asco —continuó Marianne Engel— o que cambiarán mis sentimientos hacia ti.

Hablé por fin.

—Sí.

—Te equivocas.

Bajé los brazos como desafiándola, esperando que su propia reacción le demostrase lo equivocada que estaba. Quería que retrocediera ante la cicatriz cerrada donde se podía ver cómo habían cortado mi cuerpo, empujado dentro el pene, y cosido la brecha. Quería que retrocediera ante la visión de mi escroto solitario, que parecía un matojo arrastrado por el viento en una calle abandonada de una ciudad fantasma.

Pero no retrocedió; en cambio, se arrodilló frente a mi cuerpo desnudo y se inclinó hacia delante. Con la cabeza al nivel de mi entrepierna, aguzó la vista y estudió los débiles rastros de los puntos —que hacía tiempo que me habían quitado— que cerraban el lugar donde había estado mi pene. Levantó la mano y la retiró casi inmediatamente, pero no por repulsión: pareció que actuase convencida de que podía tocar mi cuerpo antes de darse cuenta de que no era así, al menos en este siglo. Levantó la vista y me pidió permiso.

Me aclaré la voz, una, dos veces, pero sólo pude asentir débilmente con la cabeza.

Marianne Engel alargó la mano de nuevo y esta vez las yemas de sus dedos pasaron suavemente por mi arrugado desastre. No pude sentir cómo me tocaba porque la cicatriz era demasiado profunda, demasiado completa. Sólo supe que sus dedos estaban allí porque los veía.

—Ya basta —dije.

—¿Te duele?

—No. —Me aclaré la voz por tercera vez—. ¿No lo has visto ya bastante?

TODAVÍA NO HA VISTO NADA.

Apartó los dedos y se puso en pie. Clavó sus ojos, hoy verdes, directamente en los míos, e hicieron lo que a veces hacían: desconcertarme.

—No quería hacerte sentir incómodo.

—Lo haces —dije—. A veces.

—¿De verdad crees —preguntó— que alguna vez te amé por tu cuerpo?

—No... —Cuarta, quinta vez que me aclaraba la garganta—. Supongo que no. —Y para demostrar que lo decía de verdad, me metí en la bañera sin más aspavientos.

La bañera era enorme, con patas en forma de garras de león, y al momento Marianne Engel se puso a restregar las capas muertas de mi piel. Era un proceso doloroso, así que me distrajo —y me demostró que estaba lista para pasar a otro tema — preguntándome por qué me había costado tanto dormir. Le expliqué que hacía demasiado calor para mí y que eso me provocaba pesadillas. Entonces le pregunté por qué había dormido ella sobre la roca.

—¿Instrucciones?

—Creí que un grotesco estaba listo —admitió— pero me equivoqué.

—Me contaste que trabajabas tan rápido como podías porque necesitabas sacar el grotesco de la roca, pero el sótano está lleno de estatuas sin terminar.

—A veces se dan cuenta de que no están listos para salir cuando estamos a medias. Así que lo dejamos por un tiempo. —Cogió un poco de agua entre sus manos y me la echó suavemente por la cabeza—. Cuando me llaman otra vez, los termino.

—¿Y qué pasaría —pregunté— si te negaras a esculpirlos cuando te llaman?

—No puedo hacerlo. Mis esculturas son del agrado de Dios.

—¿Cómo lo sabes?

Apretó un poco más con la esponja en un área de mi piel que no quería ceder.

—Porque Dios me dio orejas que pueden oír las voces en la piedra.

—¿Y cómo las escuchas, exactamente?

Se atrabancó. A pesar de todas sus habilidades lingüísticas, no era capaz de articular con precisión lo que quería decir.

—Simplemente me vació. Antes me preocupaba tanto recibir las instrucciones de Dios que no lo conseguía. Ahora me dejo en blanco y entonces las gárgolas pueden hablarme con facilidad. Si no estoy en blanco, llevo al proceso mis propias ideas y casi siempre me equivoco. Es mucho más fácil para las gárgolas, sabes, porque ellas

llevan vaciándose durante un millón de años. En la roca. Él penetró en ellas y las informó. Luego ellas me informan a mí de los planes de Dios para nosotros. Tengo que... —Se detuvo durante unos buenos cinco segundos—. Tengo que vaciarme de potencia para estar tan próxima como puedo al puro acto. Pero sólo Dios es puro acto.

No pretenderé que lo entendí a la perfección, pero aquí está mi interpretación de lo que dijo: Dios actuaba sobre las «gárgolas enterradas» (las gárgolas todavía encerradas en la piedra) y les decía la forma que debían tomar. Las «gárgolas enterradas» actuaban sobre Marianne Engel, diciéndole cómo hacer realidad esas formas. Ella entonces se convertía en el agente del acto, tallando la piedra. De esta forma, permitía a la gárgola hacer realidad la forma que Dios había diseñado para ella. Las «gárgolas desenterradas» (las esculturas acabadas) son, por tanto, el cumplimiento de las instrucciones de Dios. No eran creaciones de Marianne Engel, porque no las esculpía ella, sino Dios. Ella era sólo Su herramienta.

Mientras me daba aquella explicación siguió frotando con fuerza mi cuerpo. Cuando acabó, flotando sobre la superficie del agua de la bañera había retazos de mi piel.

• • •

Al poco tiempo un equipo de operarios vino a instalar el aire acondicionado y pude volver a dormir en el campanario. Me hice con unos pocos estantes para la habitación, uno para libros y el otro para el pequeño grotesco y la azucena de cristal que me habían dado en el hospital. Había un escritorio en una esquina, en el que puse el juego de escritorio que me había regalado Gregor. En la esquina opuesta estaban la televisión y el vídeo que me había comprado Marianne Engel, a pesar de su aversión a los objetos modernos.

La escena en el sótano no se repitió por el momento y pronto nos adaptamos a la nueva rutina. Cuando me despertaba por la mañana Marianne Engel me ponía primero la inyección y luego me daba las friegas. A continuación, realizábamos la serie de ejercicios que había prescrito Sayuri. Por la tarde me echaba una siesta mientras Marianne Engel compraba cosas que necesitábamos para mi recuperación o sacaba a pasear a *Bougatsa*. Al anoecer, me levantaba y jugábamos a cartas o nos tomábamos un café y charlábamos. A veces, si ella tenía algo que hacer, llamaba a Gregor y hablábamos un rato por teléfono. Descubrí que echaba de menos las visitas que me hacía en el hospital y solíamos acabar nuestras conversaciones prometiéndonos vernos pronto. No era fácil, no obstante, porque siempre estaba ocupado y parecía que el poco tiempo libre que tenía lo pasaba siempre con Sayuri.

Al final de cada noche, Marianne Engel se iba a la cama antes de que yo tuviera sueño, y yo me quedaba leyendo a Friedrich Sunder o a la hermana Christina.

La *Gnaden-vita* era fascinante aunque, por razones que no podía entender, la narración a veces cambiaba inexplicablemente de género. Sunder estaba escribiendo

en masculino y entonces —¡ups!— se convertía en mujer. Quizá aquellos errores los habían hecho mujeres que hubieran editado el libro tras la muerte de Friedrich, o las numerosas amanuenses mujeres que lo copiaron durante años, o incluso la propia Marianne Engel al traducirlo finalmente al inglés. (¡Imagine la sonrisa de Titivillus!). Sin embargo, dudo que fuera así, porque las cualidades femeninas del texto eran mucho más que meros errores tipográficos: formaban parte integral del contenido.

Un ejemplo particularmente sorprendente es la descripción del padre Sunder de su matrimonio con Cristo. La idea de ese tipo de unión parece —a la mente moderna— extraña, pero al parecer esos «matrimonios» con Cristo eran comunes entre los hombres como Friedrich. Incluso teniendo eso en cuenta, sin embargo, no puede negarse que las imágenes nupciales que aparecían en el libro eran enormemente eróticas. El matrimonio se consumaba en una lujosa cama cubierta de flores, en el centro de una corte, mientras muchos personajes del Cielo, entre ellos la virgen María, lo contemplaban. Sunder escribe que Cristo lo abrazó y besó, y que se complacieron el uno al otro. (Sí, tal como lo lee). Cuando Cristo hubo acabado con Friedrich, les dijo a sus ángeles que tomaran sus instrumentos y los tocasen con tanto placer como él había tocado a Su querido esposo. Jesús incluso afirmaba que a través de esta consumación una multitud de almas habían sido liberadas del purgatorio, lo que da a entender que debió ser una noche de bodas memorable.

Se me ocurrió que Marianne Engel podría haber incluido aquel pasaje sólo para gastarme una broma, porque —¡vamos!— era *imposible* que aquel episodio formara parte del texto original de Sunder, ¿no? El caso es que desde entonces lo he cotejado con otras fuentes y resulta que es auténtico.

Tan interesante como eso, e incluso más notable para mí, es que la *Gnaden-vita* no incluye ninguna mención a una hermana Marianne que hubieran dejado siendo bebé a las puertas de Engelthal. Cuando se lo comenté, Marianne Engel me dijo que antes de que terminase de explicarme la historia de nuestras vidas pasadas quedaría explicada esa ausencia.

• • •

—Sé que no te gusta la idea de salir de casa —dijo—, así que hagámoslo protegidos por la oscuridad de la noche.

Hice un amago de resistirme, pero sentía curiosidad por saber adónde llevaría una excursión nocturna con Marianne Engel (y *Bougatsa*). Al poco tiempo estábamos en su coche, camino de una playa en la que nunca me había molestado en parar. Me pregunté si habría alguien más allí y decidí que lo más probable era que no, no en una noche fría de febrero. Me equivoqué. La arenosa orilla estaba salpicada por pequeñas hogueras alrededor de las cuales grupos de adolescentes bebían cerveza. Se habían espaciado de forma equidistante en la oscuridad, permitiendo a todo el mundo cierto grado de anonimato. Eso me gustó.

Marianne Engel y yo extendimos una manta. Quise sacarme los zapatos, que se me habían llenado de arena, pero me daba vergüenza que se viera que me faltaban dedos de los pies. Me dijo que le gustaría que pudiera nadar con ella, o al menos entrar en el mar hasta que el agua me llegase a las rodillas, pero no sabía cómo reaccionaría mi cuerpo al agua salada. Yo tenía la intuición de que no sería agradable. No importaba, de todos modos, porque de niño nunca había aprendido a nadar.

—Es una pena —dijo ella—. Adoro el agua.

Apoyé la cabeza en su regazo y me contó la historia del gran lobo llamado Sköll, que persigue al sol cada día tratando de comérselo. Se dice que en Ragnarök, la batalla del fin de los tiempos, finalmente lo logrará y devorará al sol mientras su hermano Hati se come la luna, y las estrellas desaparecerán del cielo. Me habló de los terribles terremotos que destrozarán la Tierra cuando Migardsormur, la Serpiente de Midgard, sacuda su inmenso cuerpo en el océano, provocando gigantescos tsunamis. Todos los dioses participarán en una guerra tremenda y al final el fuego se extenderá por todas partes. El mundo, dijo Marianne Engel, arderá y sus restos calcinados se hundirán en el océano.

—Al menos eso es lo que cree mi amigo Sigurðr.

Se levantó de la manta y empezó a quitarse la ropa.

—Voy a nadar un poco.

Aunque me había acostumbrado a sus excentricidades, me quedé conmocionado. Meterse en el agua era algo obvia e inmediatamente peligroso y protesté diciéndole que hacía demasiado frío.

—No hay problema —insistió—. La gente lo hace mucho, sabes, eso de los baños polares.

Había oído hablar de ellos —gente lanzándose al gélido océano durante unos pocos minutos, habitualmente en algún acto benéfico— y sabía que docenas de voluntarios, por no hablar de médicos, vigilaban de cerca los chapuzones. Cualquiera de los cientos de participantes podía ayudar a sacar del agua a un nadador que tuviera problemas, pero ella estaría sola.

—Me gusta mucho que te preocupes tanto por mí —dijo—, pero lo he hecho muchísimas veces.

—¿Sí? —La desafié—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Finlandia. Muchísimas veces.

Finlandia.

—Eso no hace que sea una buena idea. No estábamos en Finlandia.

—Qué dulce eres. Sólo estaré en el agua unos minutos y no entraré hasta donde cubra.

La ropa ya en una pila en la arena, le pedí una vez más que no lo hiciera.

—Sólo unos minutos. No iré donde cubre.

SEGURO QUE NO LE PASA NADA.

—Me emociona que te preocupes tanto —añadió—, pero de verdad que no tienes



por qué.

Se dirigió al océano, con calma. La luna hacía refulgir las olas. No se detuvo ni tembló ni se zambulló ni se dio friegas con un poco de agua en el estómago para aclimatarse al frío. No, simplemente caminó hasta que el agua le llegó hasta el pecho y entonces se inclinó para nadar AHÍ VA.

De otro lugar de la playa escuché cómo unos adolescentes se reían porque alguien se había puesto a nadar en esta MUY FRÍA época del año. Observé la pequeña estela que dejaba tras ella al alejarse de mí, eso sí, en paralelo a la playa. Al menos mantenía su promesa de no ir donde cubría. Miré cómo nadaba, paseando por la orilla para mantenerme a su altura, aunque no sabía qué haría si ella tenía algún problema. DECIRLE «ADIÓS». Supongo que gritar socorro para que vinieran los adolescentes. Desde mi accidente no había forma humana de que mi cuerpo pudiera soportar el frío del océano invernal.

Ella cortaba el agua con elegancia; era obvio que era buena nadadora y que, a pesar de que fumaba, el trabajo de esculpir la roca mantenía su cuerpo fuerte. De vez en cuando miraba a la orilla, hacia mí. Creo que la vi sonreír, pero estaba demasiado lejos para estar seguro. Jugueteé nervioso con mi ángel, la moneda de mi collar, hasta que la vi dar la vuelta y echar a nadar hacia el punto en el que había entrado en el agua.

Cuando se acercó a la orilla —para mi alivio, pocos minutos después de entrar— salió del agua del mismo modo que había entrado. No corrió ni sacudió el cuerpo para secarlo. Se limitó a emerger tranquilamente hacia mí, temblando mucho menos por el frío de la noche de lo que yo había imaginado.

—¿Sabes qué ha sido lo mejor de nadar?

—No.

—Saber que estabas en la orilla esperándome.

Tomó una toalla para secarse el pelo —una tarea ardua, créame— y luego se vistió con las ropas que yo le sostuve ansioso, encendió un cigarrillo y dijo que había llegado el momento de contarme más de nuestra historia.

Cada vez que hacía una pausa, quizá para añadir dramatismo al relato, yo sufría pensando que se trataba de un principio retardado de hipotermia.

## XV

**M**ejorabas día a día, ya había pasado lo peor. Todavía te quedaba mucho para curarte, pero ya no temía que te me fueras cada vez que salía de la habitación.

Al principio dijiste que no querías hablar de tu vida. No estaba seguro si era porque te avergonzabas de tus años como mercenario o si aquella última batalla suponía un recuerdo demasiado doloroso. Pero puesto que no podíamos hablar de tu vida, hablamos de la mía. Parecías fascinado por lo que te contaba, por mí, algo que yo no podía acabar de entender. ¿Cómo podía interesarte la vida en un monasterio? Pero se te encendieron los ojos cuando te hablé de mi trabajo en el *scriptorium* y pediste inmediatamente tu ropa. La saqué del armario donde la habíamos guardado. Aunque eran poco más que unos harapos, las monjas no se habían atrevido a tirar algo que no les pertenecía.

La flecha había atravesado el pecho de tu cota de malla y buena parte del material se había quemado, pero noté que había algo pesado y rectangular en el bolsillo interior. Sacaste el objeto, que estaba envuelto en tela. El palo roto de la flecha seguía clavado en él, con la punta emergiendo ligeramente por la parte de atrás. Observaste el objeto en tus manos unos momentos, sorprendido de que aquel escudo inesperado hubiera evitado que la flecha penetrase más en tu pecho. Después de sacar la punta de allí, me la entregaste y me dijiste que hiciera con ella lo que quisiera.

Ni siquiera tuve que pensármelo; dije de inmediato que sabía exactamente qué hacer con ella.

—¿Y qué harás?

—Te la devolveré —respondí— después de pedirle al padre Sunder que la bendiga. Luego puedes llevarla en tu pecho como protección en lugar de como una amenaza.

—La aceptaré de vuelta con mucho gusto —dijiste mientras me entregabas el paquete—. Esto me llegó de un hombre muerto.

Lo abrí y vi un libro copiado a mano, cuyos cantos quemados me tizaron los dedos de hollín. ¿Cómo, me pregunté, era posible que el libro hubiera resistido a las llamas?

Lo puse contra tu pecho y se alineaba exactamente con tus heridas. La superficie de piel intacta estaba exactamente donde la flecha te clavó el libro en el pecho, y eso también explicaba el pequeño corte en el centro del rectángulo sin quemar.

Ojeé el libro, dándome cuenta de que el corte se hacía más pequeño conforme pasaba las páginas, y te pregunté sobre el muerto. Me contestaste:

—Había dos italianos en nuestras filas. Uno murió en el campo de batalla, un buen hombre llamado Niccolò. Este libro era suyo.

Era habitual que la *condotta* contratase a extranjeros si tenían habilidades especializadas. Tu ejército de mercenarios había alistado ballesteros italianos y así es como, de hecho, había empezado a llamarse a sí mismo «*condotta*»; era la palabra

italiana para designar una tropa de mercenarios y a los soldados les había gustado cómo sonaba.

Los italianos estaban entre los mejores ballesteros que habías visto jamás, y trabajaban bien contigo y con Brandeis. No hablabas mucho de su lengua, pero tanto Benedetto —ése era el otro italiano— como Niccolò chapurreaban el alemán, así que durante los años que pasasteis juntos llegasteis a respetaros mutuamente como arqueros y, lo que era más importante, como hombres. Teníais la bastante confianza como para hablar entre vosotros de lo cansados que estabais de aquella vida de batallas.

Cuando Niccolò murió, Benedetto decidió que ya había tenido bastante. Puesto que arriesgaba la vida cada día en el campo de batalla, bien podía arriesgarla una vez más tratando de escapar. Al final el miedo a quedarse se impuso al miedo a la partida de rastreadores que se enviaría para darle caza. En lugar de limitarse a desaparecer sin decir nada, Benedetto os ofreció a ti y a Brandeis la oportunidad de uniros a él.

Considerasteis la idea, pero al final decidisteis no hacerlo. Quizá Herwald permitiera escapar a un extranjero, pero si tres ballesteros desaparecían a la vez, la venganza sería inevitable y horrible. Y, lo que era más importante, ni tú ni Brandeis estabais en la situación de Benedetto. Lo cierto es que los dos tenías todavía más miedo de vuestro propio ejército que del enemigo. Aun así, los dos admirabais a Benedetto y os sentisteis obligados a ayudarlo, en parte por amistad y en parte por la emoción vicaria que os producía su fuga.

Benedetto consideró que lo correcto era llevarles cuanto pudiera a la esposa y dos niños pequeños que Niccolò había dejado en Florencia.

—Los niños, cuando crezcan, tienen que tener algo que perteneciera a su padre.

Así que, en la oscuridad de la noche, los tres esparcisteis los objetos personales del hombre muerto y empezasteis a mirarlos. Había una bolsa de monedas, ropa, botas, un libro y su ballesta. Benedetto cogió las monedas para dárselas a la viuda, y la ballesta, que creyó que sería un buen regalo para los hijos de un soldado.

Aunque tú no necesitabas el libro, se lo compraste a Benedetto por un poco de dinero, que aquél se resistió a aceptar.

—Con el padre muerto, la familia necesitará más que palabras.

Benedetto aceptó, diciendo que no sabía por qué su amigo llevaba encima un libro.

—Parece que lo escribió un gran poeta de Florencia, pero siempre me burlaba de Niccolò por llevarlo. ¿Qué pintamos hombres como nosotros llevando un libro de poesía?

A la mañana siguiente, Brandeis y tú fingisteis sorpresa cuando os dijeron que Benedetto había huido. Kuonrat el Ambicioso se puso lívido de furia y exigió que se enviara inmediatamente una gran partida a «¡cazar y matar al traidor!». Herwald fue más razonable. Decidió que se enviara sólo un pequeño grupo a buscarlo y sólo durante un corto período de tiempo. Herwald razonó su decisión.

—El italiano volverá a su país. Dejemos que se marche. No es alemán, no es uno de nosotros. Pero no creáis que esto significa que la política ha cambiado. Si un alemán huye, nada impedirá que lo encontremos y ejecutemos. Aunque nos lleve años.

El discurso apaciguó a la tropa, pues a la mayoría de los soldados nunca les había gustado tener extranjeros en sus filas. Para ellos que los dos italianos hubieran desaparecido era una buena noticia y no les importaba cómo. Kuonrat el Ambicioso siguió furioso por la desaparición de Benedetto, pero la renovada amenaza de muerte a los alemanes que desertaran hizo que le asomara una sonrisa a los labios. Aun así, vio que era la oportunidad perfecta para empezar una soterrada campaña de descrédito.

—El viejo Herwald se está ablandando.

Fue en este punto cuando dejaste de contarme tu historia y miraste al suelo de la enfermería de Engelthal con tanta vergüenza que tuve que preguntarte qué sucedía.

—Este libro —dijiste—, hay algo extraño en él. Cuando lo vi por primera vez, me pareció que me llamaba. Como si quisiera venir conmigo.

—Eso no es tan extraño. Yo siento eso mismo constantemente.

—Pero, hermana Marianne —confesaste—, yo no sé leer.

No sé por qué pensarías que yo te supondría capaz de leer. Era muy consciente de que mi habilidad lectora era la excepción, no la regla. Si no hubieras cogido el libro, señalé, la flecha te hubiera atravesado el corazón y hubieras muerto al instante.

—Sin duda has sacado más de este libro —dije— de lo que yo sacaré de ninguno de los que lea en toda mi vida.

Sabías, o al menos suponías, que el libro estaba en italiano y no en alemán. Yo te lo confirmé, pero añadí que podía traducirlo. Te quedaste tan impresionado como correspondía, pues no conocías a nadie que pudiera leer un idioma y mucho menos dos. Te prometí que lo leería con más detenimiento en mi celda y te contaría de qué iba. Eso te gustó, pero me pediste un favor más.

—Por favor, reza por el alma de mi querido amigo Niccolò y por su esposa y sus hijos. Y por Brandeis. Lo haría yo mismo, pero mis oraciones no valen tanto como las tuyas.

Te aseguré que todas las oraciones de todo el mundo valían lo mismo si se hacían de corazón, pero que ciertamente haría lo que me pedías.

Esa misma noche empecé a traducir. El libro tenía un caudal enorme de imaginería religiosa, de modo que el libro de plegarias de Paolo me resultó muy útil, pero estaba escrito en una lengua vernácula áspera que me causaba dificultades. Desde el principio comprendí que aquello era distinto a todo cuanto había leído. Ése era un libro más que convendría mantener alejado de las demás monjas. *Inferno*, anunciaba la cubierta, de Dante Alighieri.

Aunque estaba claro que ese Dante era un hombre religioso, estaba igual de claro que no guardaba el menor respeto por las prácticas cotidianas de la Iglesia. Me

sobresalté al llegar a la parte del Infierno en la que estaban los papas heréticos. Uno de ellos era Bonifacio, cuyo pontificado había tenido lugar durante mi vida. Había oído a Gertrud e incluso a la madre Christina hablar muy bien de él.

Por las noches traducía incesantemente y durante el día te atendía. Cuando las monjas enfermeras salían para decir sus oraciones, te leía lo que había traducido la noche anterior. Me sentía como si compartiéramos algo malvado, pero maravillosamente malvado. La historia nos llevaba a cada uno a sitios distintos. El lenguaje duro y las imágenes violentas me acercaban a tu mundo, pero las ideas religiosas que contenía te acercaban a mi vida de espiritualidad. De algún modo, nos encontramos a medio camino.

Siempre me habían enseñado que encontraría a Dios a mi alrededor, en todos y cada uno de los detalles de la creación, pero lo cierto es que no había sucedido. Me habían dicho que si no encontraba a Dios tenía que rezar para que me guiara más o que tenía que purificarme más para que Él se entregara a mí. Así que imagina mi sorpresa cuando empecé a comprender mejor lo divino a través de la voz de Dante, tras una vida entera inmersa en las palabras del Cielo, finalmente comprendía a Dios después de que me ofrecieran una visión del Infierno.

Nunca pasábamos mucho tiempo solos. Las otras hermanas volvían y teníamos que hablar de otras cosas que no fueran el libro. Con el tiempo relajaste tu norma de no hablar de la *condotta*. Todo lo que me contabas me parecía fascinante, incluso el relato de cómo te convertiste en mercenario.

De niño siempre habías pensado que entrarías en el gremio de los albañiles, como tu padre. Eras su aprendiz y tu vida parecía encaminada hasta que, siendo adolescente, tu padre tuvo un ataque de apoplejía fatal mientras movía piedras y tu madre murió poco después de una enfermedad cuyo nombre, y mucho menos tratamiento, nadie conocía.

Así pasaste de hijo de una buena familia a huérfano. La ciudad requisó vuestro hogar y, como no tenías parientes, te las apañaste para sobrevivir en la calle. Cuando son tu única opción, los pequeños robos no parecen un pecado muy grave.

Un día intentaste robarle unas monedas de su bolsa a Herwald, que estaba en la ciudad comprando suministros. Cuando te pilló, la buena impresión que le produjo tu temple superó el disgusto que le había provocado tu ofensa. Te ofreció un puesto en su tropa y no viste ningún motivo para rechazarlo. Era un trabajo emocionante y, francamente, no creías que te fuera a surgir una oportunidad mejor.

Entrar en la *condotta* era una buena idea, o al menos eso parecía. La lucha de poder entre el Papa y el emperador Luis había creado el caos entre los príncipes alemanes. Cuando el ejército alemán llegó al límite de sus fuerzas, la nobleza empezó a contratar ejércitos privados. La situación se volvió tan complicada que a menudo uno no podía distinguir a sus aliados de sus enemigos y lo único cierto era que siempre había trabajo para los mercenarios. Cuando te pregunté en qué bando estabas —el del Papa o el del emperador— me contestaste que siempre que un hombre elige

un bando en una guerra, elige el bando equivocado.

—Toda la historia de la humanidad es sólo un hombre tratando de quitarle algo a otro hombre, algo que habitualmente no pertenece a ninguno de los dos.

Esa actitud me permitió entender cómo habías conseguido trabajar día tras día con una ballesta entre manos. Era una cuestión meramente práctica. Nunca había oído hablar a nadie con tanta claridad, ni siquiera al pergaminero, y ciertamente nadie me había hablado a mí de la forma en que tú lo hacías. Me molestaba que me gustara tanto, pero el hecho era que me gustaba. Hasta entonces me resultaba cómodo pensar en los soldados como asesinos descerebrados, pero tú me demostraste que no era así. Probablemente yo me había vuelto un poco esnob después de pasarme toda la vida entre libros, pero tenía que admitir que tú sabías muchas cosas que yo ignoraba.

La carne de tu pecho se endureció conforme fue curándose. Me dijiste que tenía que cortarla para que pudiera expandirse. Yo no quería y me resultaba muy doloroso ver la agonía que te provocaba el cuchillo en mis manos. Fue muy diferente de cuando te corté la carne dañada, porque al principio todavía podía aislarme de mis emociones.

Pero insististe. Dijiste que podías sentir que era imprescindible hacerlo, que podías sentirlo por la forma que dolía levantar los brazos. Así que cada cuatro días te ponías un nudo de tela entre los dientes y yo te hacía cortes en el pecho para suavizar la tirantez. Era horrible y tenía que apartar los ojos, pero aun así oía el sonido de tus gritos ahogados. No sabes cuánto admiraba tu valor. El tratamiento pareció funcionar y al cabo de un tiempo pudiste salir de la enfermería y dar pequeños paseos, durante los cuales, a veces, nuestras manos se tocaban involuntariamente.

Empezaron a correr por Engelthal los inevitables rumores.

Las enfermeras, al regresar de sus oraciones, habían interrumpido la narración de *Inferno* las bastantes veces como para saber que compartíamos algún tipo de secreto. Y a nadie se le pasaba por alto que en la forma en que nos mirábamos había algo más que la relación entre una enfermera y un paciente. La excusa del tratamiento médico ya no podía justificar todo el tiempo que pasábamos juntos.

Estaba segura de que Gertrud y Agletrudis estaban tras los rumores.

—El mercenario está corrompiendo a nuestra dulce hermana Marianne.

Supongo que era hasta verdad, porque estaba aprendiendo que era posible amar más que sólo a Dios. De hecho, estaba aprendiendo que era mejor amar más que sólo a Dios.

Tenía que pasar. La madre Christina decidió echarte del monasterio, pero como no estabas completamente curado te envió a la cercana casa del padre Sunder y el hermano Heinrich.

—Así le resultará más fácil regresar al mundo —dijo—. Ya está todo dispuesto para que se marche.

No había nada que yo pudiera decir, pues había jurado servir toda mi vida a mi priora. Así que recogiste tus escasas pertenencias y nos diste las gracias a todas, a las

otras monjas enfermeras igual que a mí, por todas nuestras atenciones. Fue tan formal que me dolió, pero supongo que los mejores soldados saben cuáles son las batallas que deben evitar. Así saliste de mi vida y acabaste al cuidado de otros. Me dije a mí misma que era lo mejor e incluso me esforcé en obligarme a creerlo.

Era el momento de seguir adelante. Dios no me había concedido el don de traducir para que lo malgastara en poetas italianos blasfemos, así que guardé el *Inferno* en mi arcón. Me dije que lo que sentía no era más que una prueba que me ponía Dios para ver si podía superar mis deseos terrenales y servirle mejor. Asistí a todas las oraciones y trabajé hasta tarde cada noche en el *scriptorium*, concentrándome en *Die Gertrud Bibel*. Gertrud había empezado a diseñar la cubierta del libro y de vez en cuando comentaba en voz alta que no sabía si sería excesivo ponerle joyas. Le aseguré que nada era demasiado para honrar al Señor.

Aquello duró una semana y luego me di cuenta de que no podía dejar el *Inferno* escondido en mi arcón porque no me pertenecía. Lo justo era que te lo devolviera. Era como tus ropas, que las monjas no tenían derecho a destruir. Quedarme tu libro sería casi un robo y sabía que el Señor no deseaba que fuera una ladrona.

Decidí visitar en secreto al padre Sunder, ¿por qué no iba a hacerlo? Llevaba toda la vida visitándole a medianoche, así que ¿por qué tenían que cambiar las cosas porque tú estuvieras allí? Si cambiaba mis costumbres estaría permitiendo que tu presencia alterase mi rutina, que era exactamente lo que la priora había querido evitar. Estaba claro lo que tenía que hacer. La única manera de evitar que influyeras en mi vida era visitar la casa en la que te alojabas.

El padre Sunder abrió la puerta y el padre Sunder señaló con la cabeza el rincón en el que estabas sentado.

—Éste —dijo— se ha pasado la semana intentando no mencionar tu nombre.

Tus mejillas tenían mejor color que la última vez que te había visto y cuando te levantaste pude comprobar que movías el cuerpo con más agilidad. Pronto estarías lo bastante bien como para irte, pensé, y en ese instante casi se me para el corazón. Me volví al padre Sunder y le pregunté, presa del pánico:

—¿Qué voy a hacer?

Miró al hermano Heinrich y algo circuló entre ellos, una mirada o un recuerdo, antes de que volviese su atención hacia mí y me dijera con su dulce voz:

—Hermana Marianne, vas a marcharte de Engelthal, por supuesto.

Desde que podía recordar el padre Sunder me había contado cómo se arrepentía de sus pecados de juventud y ahora me estaba aconsejando abandonar el monasterio y entrar en ese mismo mundo pecador. Era lo último que esperaba, así que susurré en voz baja, para que no me oyeras:

—¿Por qué?

—Estaba con la madre Christina cuando te encontramos en la puerta —respondió, también susurrando, el padre Sunder— y defendí que tu aparición era una señal divina. Creí entonces que el Señor tenía planes especiales para ti, y lo sigo creyendo

ahora. Pero ya no estoy convencido de que esos planes deban cumplirse en Engelthal.

No me bastaba, necesitaba que se explicara más.

—También estuve presente cuando llegó este hombre. Vi en qué estado se hallaba. Debería haber muerto y, sin embargo, no lo hizo. Nadie puede dudar que tú fuiste la causa de su supervivencia. No puedo evitar pensar que tu viaje con él no ha concluido, y que es un viaje que el Señor contempla con buenos ojos.

—Pero romper mis votos es un pecado.

—No creo —susurró el padre Sunder— en ningún Dios que considere que el amor sea un pecado.

Esas palabras eran exactamente lo que necesitaba oír. No encontré palabras que bastasen para mostrar mi agradecimiento, así que simplemente le abracé tan fuerte que tuvo que pedirme que parase.

Volví a mi celda y reuní mis pocas posesiones. Un par de hábitos, mis mejores zapatos y el libro de oraciones de Paolo. No tenía nada más que valiera la pena llevar. Llovía cuando partí de vuelta a la casa del padre Sunder a través del jardín. Como hacían todas las monjas al cruzar el camino del claustro, recité el Miserere por las almas de las monjas fallecidas enterradas allí, pero temblaba de miedo y anticipación pensando en el futuro. La lluvia era buena, pensé, era como si la hubieran enviado para limpiarme del monasterio.

—Parece que has hecho tu equipaje, hermana Marianne —era la voz de Agletrudis—, ¿le has dicho al menos adiós a tu valedora, la priora?

Fue un golpe perfecto. No me preocupaba lo que pensarán Agletrudis o Gertrud, pero en el fondo de mi corazón sentía que estaba traicionando a la madre Christina. Pero ¿qué le podría haber dicho? No me veía con fuerzas para enfrentarme al dolor de su mirada. Siempre había creído en mí, incluso más que yo misma, y jamás habría imaginado mi deslealtad.

Pasé de largo ante Agletrudis sin responder. Gritó a mis espaldas:

—No te preocupes por la madre Christina. Me aseguraré de que no te olvide nunca.

Casi me volví para preguntarle qué quería decir con eso pero ¿de qué me hubiera servido? Así que seguí caminando. Sabía que Agletrudis no daría la voz de alarma por mi partida. A ella era a quien más le interesaba que me fuera para volver a ser la mejor situada para suceder a Gertrud como *armarius*.

Para cuando llegué a la casa del padre Sunder había dejado de pensar en Gertrud y Agletrudis. El rostro de la madre Christina, sin embargo, me atormentaba. El hermano Heinrich me dio un poco de comida para el viaje y, a pesar de que casi tenía setenta años, el padre Sunder insistió en hacer parte del camino con nosotros. Protesté porque llovía, pero se limitó a ponerse su *pluviale* y vino de todas formas.

Mientras caminábamos, con el padre Sunder entre nosotros dos, mis pensamientos no estaban en lo que me depararía el futuro sino en lo que dejaba atrás. A pesar de las amables palabras del padre Sunder, no podía discutirse el simple e



irrefutable hecho de que era pecado romper los sagrados votos. Traté de racionalizarlo y, tras muchos esfuerzos, llegué a una explicación que parecía tener algo de sentido.

De todas las monjas de Engelthal yo era la única que no había decidido por mí misma entrar en el convento. Aunque hubieran entrado jóvenes, todas habían conocido la vida fuera de los muros del monasterio; habían vivido en el siglo y sabían lo que dejaban atrás cuando entraron en la hermandad. Yo nunca tuve esa oportunidad. Así que si dejaba Engelthal para irme contigo y regresaba más adelante, la vida religiosa tendría más valor para mí. Por último, sería mi elección en lugar de la de unos padres que me abandonaron a las puertas: para saber si mi destino era el monasterio, tenía que irme de él.

Tras una legua de camino pude ver que estabas cansado. Era comprensible, pues tus heridas eran graves y habías limitado tu actividad desde el accidente, pero estabas decidido a no mostrar debilidad, aunque no sabía si era para convencerte a ti mismo de que estabas bien o para demostrármelo a mí. Fue el padre Sunder quien hubo de detenerse primero, agotado debido a su avanzada edad. Tomó tu brazo y te advirtió que debías amarme bien, y luego me llevó a un lado para hablar en privado.

Sacó un collar que llevaba en su *pluviale* y me lo apretó en la mano. Su colgante era la punta de flecha que se había clavado en tu ejemplar de *Inferno*. Me dijo:

—Tal como me pediste, hermana Marianne, la he bendecido.

Empecé a darle las gracias pero me detuvo con un gesto de la mano.

—Tengo algo más para ti. —Se metió la mano de nuevo bajo su *pluviale* y sacó unas resmas de papel—. La madre Christina no es ni ciega ni tonta. No creía que fueras a marcharte, pero vio que era posible. Me pidió que guardase esto, por si acaso.

Me entregó las dos notas que mis padres habían dejado en la cesta en que me dejaron en la puerta del monasterio. Allí, en latín y alemán, estaban las palabras que me habían acompañado a Engelthal. *Una niña predestinada, la décima de una buena familia, entregada como ofrenda a nuestro Salvador Jesucristo y al monasterio de Engelthal. Hágase con ella la voluntad de Dios.*

Ya no pude contener las lágrimas contra las que había luchado desde que decidí marcharme. Me asaltaron toda clase de dudas y le pregunté al padre Sunder si de verdad creía que estaba haciendo lo correcto.

—Marianne, mi querida niña —dijo—. Creo que si ahora no escuchas a tu corazón es algo que tendrás toda la vida para lamentar.

## XVI

**O**bligado a quedarme solo en casa al haberse ido Marianne Engel a hacer la compra al supermercado, me dispuse a dedicar la tarde a la *Gnaden-vita*. Estaba leyendo en la cocina cuando oí a alguien entrar por la puerta de la fortaleza con pasos que parecían los de una rinoceronte hembra buscando a sus crías.

—¿Marianne? —Una voz de mujer disparó las tres sílabas como una escopeta lanzando tres cartuchos. Cuando apareció en la puerta de la cocina dio un ostensible paso atrás al verme—. ¿Tú eres él? ¡Dios mío! Es peor de lo que imaginé.

Baja, pero baja al estilo Napoleón; el tipo de baja que siempre trata de erguirse al máximo para parecer más alta. Gorda, pero gordada como un globo lleno agua, no con carne colgando sino oronda como si estuviera en tensión y a punto de explotar. Edad, ¿cincuenta y algo? Difícil de decir, pero probablemente por ahí. Su cara era demasiado esférica para tener arrugas. Pelo cortado a lo militar, demasiado colorete en las mejillas; un traje chaqueta oscuro con un bolsillo banco con solapa en el pecho; zapatos bien pulidos; manos en las caderas. Su mirada era agresiva, como si me estuviera retando a darle un puñetazo en la barbilla.

—Estás hecho un desastre.

—¿Quién es usted?

—Jack —contestó ella.

Finalmente estaba ante el hombre que tanto temía, sólo para descubrir que era una mujer. Pero por los pelos: Jack Meredith parecía más la caricatura de una mujer que deseaba ser un hombre.

—Eres la agente de Marianne, ¿no?

—No vas a tocar ni un céntimo de su dinero. —Se sirvió sin pedir permiso una taza de café con una mano mientras con la otra me señalaba incesantemente con el dedo—. ¿Te dijo que podías vivir aquí? —Al parecer Jack conocía la respuesta, porque no me dio tiempo a responder—. ¿Cómo se va a encargarse de cuidarte? Dímelo, ¿eh?

—No necesito que me cuide —dije— y no me interesa su dinero.

—¿Y entonces qué es lo que buscas? ¿Sexo? —Escupió la palabra con desprecio, como dando a entender que el sexo no era más que un pleito desagradable entre dos cuerpos litigantes.

—No tengo pene.

—Bueno, gracias a Dios por eso. —Se quemó los labios con el primer sorbo de café—. ¡El Señor ama a los mansos!

Agarró un puñado de servilletas de papel para secarse el café de la barbilla mientras me contemplaba con una mezcla de desprecio y curiosidad.

—De todas formas, ¿qué te ha pasado?

—Me quemé.

—Eso ya lo veo, ¿te crees que soy idiota? —Hizo una bola con las servilletas y

las lanzó hacia el cubo de basura. Falló y, enfadada consigo misma por haber fallado, recogió la bola y la dejó dentro—. Quemado, ¿eh? Una lástima.

—¿Siempre entra en la casa sin llamar?

—Llevo entrando en esta casa sin llamar desde que tú entrabas alcohol sin que nadie te viera al baile del instituto —me espetó Jack— y no me gusta que estés aquí. ¿Tienes tabaco?

—No fumo.

Se fue hasta un paquete de cigarrillos que Marianne Engel había dejado en el mostrador de la cocina.

—Quizá sea lo mejor en tu estado.

—¿Así que es usted el agente de Marianne? —No me había contestado la pregunta la primera vez.

—Eso y mucho más, coleguita, así que mira bien por dónde andas. —Jack aspiró profundamente y me apuntó con el cigarrillo como apunta un juez al acusado con su maza—. Este loqueseas tú viviendo aquí es una puta mala idea. Voy a convencerla de que te eche, pequeño monstruo.

Quizá pueda adivinar que Jack me cayó muy bien. Por un lado, era una de las pocas personas que me hablaba lo bastante alto como para que nunca tuviera que pedirle que repitiera lo que había dicho. Pero más allá de ello, me gustaba la desmesura de su personalidad: era como un pollo mantecoso antropomórfico que hubiera conseguido el papel de personaje principal en una novela de Raymond Chandler. Sin embargo, lo que más me gustó fue que prescindiera por completo de todo eso de la simpatía hacia el quemado. Pasamos un rato mirándonos el uno al otro a través de la mesa. Ella jugueteó con el cigarrillo entre el pulgar y el índice y entrecerró los ojos, como los tipos duros, antes de soltarme:

—¿Qué coño te crees que estás mirando, pedazo de churrasco?

•••

Unos pocos días después, Marianne Engel y yo estábamos sentados en el porche esperando a que el camión de reparto trajera unos bloques de piedra, cuando me dijo que había pedido a Jack que me hicieran una tarjeta de crédito. Cuando le dije que podía imaginarme que aquello no habría hecho muy feliz a Jack, Marianne Engel dijo:

—Hará lo que le he dicho. Jack ladra mucho, pero no muerde.

SÉ QUÉ PODEMOS HACER CON UNA TARJETA DE CRÉDITO.

Conversamos un poco más hasta que finalmente hice la pregunta que venía pensando desde que oí la última parte de nuestra historia: quería saber qué era un *pluviale*. Marianne Engel me explicó que era un tipo de gabardina que usaban los sacerdotes, decorada con escenas del Nuevo Testamento. Le pregunté si el *pluviale* del padre Sunder tenía imágenes. Me dijo que sí.

—Y te diré cuáles eran —dijo con una sonrisa juguetona— más adelante en nuestra historia.

Cuando llegó el camión aplaudió como una niña en carnaval y corrió al sótano a abrir con una enorme llave la cerradura de las puertas. Sacó unos rodillos de hierro que hicieron posible deslizar los bloques de piedra dentro de la casa. Ver desaparecer las piedras por la entrada me hizo pensar en un parroquiano hambriento recibiendo la comunión. Ella permanecía a un lado, rogando a los operarios que trataran bien a sus amigos. Los operarios la miraban como si estuviera loca, pero siguieron trabajando. Tan pronto como se hubieron marchado, se desnudó, se estiró sobre los nuevos bloques de piedra y cayó en un profundo sueño que le duró hasta la mañana siguiente.

Llegó a mi dormitorio con una gran sonrisa en los labios y proclamó que había recibido instrucciones maravillosas, pero que esperaría a después de mi baño para ponerse a trabajar. Mientras me exfoliaba me di cuenta de que preferiría estar haciendo otra cosa —sus dedos ansiaban piedra, no carne— pero que sentía que cuidarme era su deber. En cuanto hubo terminado conmigo corrió al sótano a empezar su trabajo. Yo me senté en el salón en el piso medio de la casa e intenté leer, pero me distraía demasiado el ritmo del cincel. Me fui al campanario para entretenerme con otras cosas —vídeos, lectura, jugar con *Bougatsa* haciéndole perseguir una toalla atada a un cordel— pero al cabo de unas horas la curiosidad pudo conmigo. Bajé las escaleras y entreabrí la puerta del sótano para espiar a Marianne Engel.

Mi discreción para no entrometerme era innecesaria, pues trabajaba tan intensamente que no se dio cuenta de mi presencia. Me sorprendió ver que esculpía desnuda; era inquietante ver lo rápido que utilizaba aquellas afiladas herramientas de metal. Los instrumentos volaban de un lado a otro, pero parecían seguros en sus manos, y me quedé hipnotizado por el baile de metal, piedra y carne.

Decir que Marianne Engel «esculpía» no basta: hacía mucho más que eso. Acariciaba la piedra hasta que ésta no podía resistirlo más y dejaba salir el grotesco que llevaba dentro. Convencía a las gárgolas para que salieran de sus rocosas cavernas. Las sacaba de la piedra a través del amor.

En las muchas horas en que no percibió mi presencia me quedé asombrado de su resistencia. Todavía trabajaba cuando yo me fui a dormir, y siguió trabajando durante la noche. Tampoco paró en todo el día siguiente ni hasta bien entrada la noche. En total, trabajó más de setenta horas ininterrumpidas, bebiendo litros de café y fumando cientos de cigarrillos. Sé que ya me había advertido que aquélla era su forma de trabajar, pero no me lo había acabado de creer. Cuando me dijo que esculpía de un tirón durante varios días seguidos supuse que exageraba su disciplina artística. Pero no era así. Los escépticos pueden creer que esperó a que me fuera a dormir para echarse una siesta, pero los martillazos me despertaron a lo largo de toda la noche. Por la mañana sí dejó de trabajar el tiempo justo para bañarme, pero vi —sentí— que lo hacía a regañadientes. Mientras pasaba la esponja rápidamente sobre mi piel en su mirada había un ansia, un frenesí apenas contenido.

Cuando ya llevaba unas sesenta horas me pidió que hiciera traer dos pizzas vegetarianas grandes. Normalmente no tenía ningún problema en comer carne, pero pronto aprendí que mientras estaba esculpiendo de ese modo se negaba en redondo a hacerlo.

—¡Nada de carne! ¡Nada de animales!

Cuando llegaron las pizzas se fue a los tres rincones del taller a pedir permiso a sus Tres Maestros —«*Jube, Domine benedicere*»— y no comió hasta que se lo dieron. Se sentó deteniéndose insegura en medio de los fragmentos de piedra y comió como un animal, apenas consciente de mi presencia. Un trozo de queso le quedó colgando desde la boca hasta el borde de su pezón izquierdo. Me hubiera gustado descender por él como un comando de montañeses de la *mozzarella* al asalto de sus adorables pechos. La luz de las velas capturaba el brillo del polvo que cubría su cuerpo. Las líneas de sudor creaban una red de afluentes a través de esa capa que se extendía sobre sus alas de ángel tatuadas. La combinación de sus tatuajes y el éxtasis en que estaba la convertían en una mezcla entre Hildegard von Bingen y un *yakuza*.

Con el pasar de las horas, en la cadena de música sonaron las obras de Carl Orff, la *Simphonie Fantastique* de Berlioz, las nueve sinfonías de Beethoven; Poe (el cantante, no el escritor); el primer álbum de Milla Jovovich; toda la discografía de The Doors; grabaciones de Robert Johnson; *Cheap Thrills* de Big Brother and The Holding Company (cuatro veces seguidas); y un surtido de Bessie Smith, Howlin' Wolf y Son House. Conforme progresaba, la música estaba cada vez más alta y elegía cantantes con voces más guturales. Incluso a pesar de mi deficiente sentido del oído, tuve que retirarme al campanario y ponerme tapones.

Cuando terminó, apenas se tenía en pie. El monstruo, ya acabado, tenía una cabeza humana con cuernos sobre el cuerpo de un dragón arrodillado. Ella besó sus labios de piedra antes de subir las escaleras y, todavía cubierta de polvo y sudor, desplomarse en la cama.

•••

—Bueno, obviamente el trastorno bipolar es común entre los artistas —dijo Gregor desde el otro lado de la mesa mientras se servía una copa del bourbon que había traído.

Se ponía el sol y estábamos sentados en el porche trasero mientras Marianne Engel seguía durmiendo, recuperándose de su esfuerzo. Después de reiterar que no podía comentar ningún detalle de su tratamiento anterior, Gregor me dijo que con mucho gusto contestaría preguntas generales.

—Después de leer todos esos libros —dije— decidí que sus síntomas se compadecían mejor con la esquizofrenia que con el trastorno bipolar de un maniaco depresivo.

—Bueno, puede ser. Podrían ser las dos cosas a la vez —dijo Gregor— o

ninguna. No lo sé. Quizá es un desorden obsesivo-compulsivo. ¿Te ha explicado alguna vez por qué tiene que esculpir tanto tiempo seguido?

—Cree que sigue instrucciones de Dios. Cree que con ello entrega los corazones extra que tiene en su pecho.

—Bien, eso es extraño. —Gregor bebió un trago—. Eh, esto es muy bueno. No tengo ni idea de lo que le pasa a Marianne.

—¿No se supone que tú entiendes de estas cosas?

Gregor se encogió de hombros.

—Se podría llenar un almacén entero con todo lo que no sé. ¿Se toma su medicina?

—No. Odia las pastillas todavía más de lo que odia a los médicos. No te ofendas.

Le pregunté si se la podría obligar, mediante algún tipo de orden judicial, a tomarse su medicación. Gregor me explicó que sólo un tutor podría decidir algo así. Sugerí a Jack, pues hacía poco me había enterado de que era la curadora de Marianne Engel además de su agente, pero Gregor me explicó que un curador sólo tiene potestad sobre las propiedades y bienes de un paciente, no sobre sus decisiones personales. Nadie puede obligar a un paciente a entrar en un hospital excepto un juez, dijo Gregor, e incluso en ese caso sólo por unos días. Le interrumpí para decirle que no quería que internaran a Marianne Engel, sino sólo que se tomase su medicina. Gregor me dijo que lo único que podía hacer era pedírselo amablemente. Entonces me preguntó si podíamos dejar de hablar de su estado, pues aunque no creía que hubiera violado la confidencialidad entre médico y paciente, temía que estaba acercándose peligrosamente a hacerlo.

Dejamos el tema. Le pregunté sobre Sayuri y me dijo que se estaban viendo cada vez más. Incluso habían tenido una cita una noche. Luego me reprendió por hablar siempre de su vida amorosa y no soltar nunca prenda sobre la mía. Me reí —¿*Qué vida amorosa?*— pero me devolvió el golpe inmediatamente.

—¿Te crees que engañas a alguien?

Hubo un silencio en la conversación, pero fue un silencio bueno. Gregor tomó otro trago de bourbon y contemplamos la puesta de sol juntos.

—Bonita noche —dijo.

—Me tocó —solté yo.

Eso pilló a Gregor por sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—La primera vez que me bañó y vio... mi entrepierna. —Gregor sabía, por su cargo en el hospital, lo de mi amputación—. Lo inspeccionó. Pasó los dedos por las cicatrices.

—¿Y qué dijo?

—Que el estado de mi cuerpo no le importa.

—¿La creíste? —preguntó.

—No lo sé. —Hice oscilar el bourbon en mi vaso—. Por supuesto que importa.

No tengo nada.

Gregor frunció el ceño.

—Qué decepción.

Ahora fue él quien me pilló por sorpresa.

—¿Qué decepción qué?

—Tu respuesta —contestó—. Porque yo sí la creo y me parece que tú también deberías creerla.

Otra pausa en la conversación, que en esta ocasión rompí yo.

—Es una noche muy agradable, ¿no te parece?

Asintió. No le mencioné que el bourbon que había traído era de la misma marca que el que me había derramado en el regazo y me había costado el pene en cuestión. Gregor había traído la bebida como regalo con la mejor intención, así que ¿por qué hacerle sentir mal por ello?

Creí que el bourbon me sabría a malos recuerdos, pero sólo sabía a buen alcohol. Y era agradable echar un trago: Marianne Engel se aferraba a la pintoresca idea de que no era bueno mezclar morfina y alcohol, pero sospecho que Gregor trataba de mostrarme su lado salvaje dejándome tomar una o dos copas.

• • •

Unos pocos días después, ya recuperada, le pregunté a Marianne Engel por qué subía el volumen de la música conforme avanzaba la escultura. Me recordó que las gárgolas gritaban cada vez más, así que subía la cadena para ahogar sus gritos. Me explicó que cuando cortaba la roca que sobraba para encontrar la forma del grotesco, la única forma de saber si había llegado al monstruo era cortarlo. Si el grotesco gritaba de dolor, Marianne Engel sabía que ya había tallado suficiente.

Le pregunté si no temía que el ruido no le dejara oír instrucciones importantes de Dios. Se rió y me aseguró que no había en el mundo música lo bastante fuerte como para ahogar Sus órdenes.

• • •

Una de las principales quejas de los supervivientes de quemaduras es que el seguro sólo cubre un juego de ropas de compresión, a pesar de que cuesta miles de dólares y debe llevarse veintitrés horas al día. La otra hora es la que el paciente pasa en el baño y si el cuidador está bañando al paciente, tal y como se supone que debe hacer, ¿cómo va a limpiar las ropas de compresión al mismo tiempo? Por eso es esencial tener al menos dos. «¡Es muy caro!», protestan las compañías de seguros al denegar la petición. Es más, incluso tratándolas bien, las ropas de compresión sólo duran unos tres meses.

Las aseguradoras no me daban problemas, pues Marianne Engel cubría todos los gastos de mi tratamiento. Pero tuve que preguntarme, por mucho que me hubiera

llevado aquella maleta llena de dinero a la cama esqueleto, cómo podía permitírselo. Me aseguraba que su prestigio como escultora había sido ampliamente recompensado y que no había nada que prefiriera hacer con ese dinero. Yo no estaba seguro pero si trataba de discutir con ella, ¿cuál iba a ser mi postura? ¿Que mejor dejáramos mis cicatrices sin tratamiento?

A mediados de marzo por fin estuvieron listas mis ropas y máscara de compresión. En cuanto Sayuri me las entregó pude comprobar la cantidad de trabajo que habían llevado. La máscara estaba pulida para que se adaptara con suavidad al contorno de mi rostro. Sayuri incluso me señaló que los estudiantes habían puesto especial atención donde mis cicatrices se elevaban por encima de la superficie de la piel y habían adaptado el plástico al relieve.

—Necesitarás también esto. —Sayuri me mostró un artilugio con un muelle.

La forma en que se había quemado mi cara había hecho que la boca me quedase muy vulnerable en las cicatrices de las comisuras. Si no se trataban correctamente, en el futuro podría tener dificultades para comer o hablar. Después de meterme el retractor en la boca, me puse la máscara en la cara. Tendría que llevarla puesta constantemente, excepto cuando me bañase o me aplicase cremas. Debía llevarla incluso durmiendo. Le pregunté a Marianne Engel qué pinta tenía (descubriendo al hacerlo que el retractor hacía que mi ya confusa voz sonara todavía peor) y me contestó que tenía pinta de un hombre que iba a vivir muchos, muchos años.

Me miré en el espejo. Por si la topografía de cicatrices de mi cuerpo no hubiera sido bastante, ahora estaba aplastada por el plástico transparente. Las zonas que habitualmente estaban rojas se habían vuelto blancas por la presión y el retractor me hacía sacar la boca hacía fuera en una mueca grotesca. Todas las imperfecciones se amplificaban. Parecía el hijo bastardo de Hannibal Lecter y la fantasma de la ópera.

Sayuri me advirtió que era normal que la primera reacción fuera mala, porque todos los pacientes quemados —incluido yo, a pesar de que me habían advertido específicamente en sentido contrario— pensaban que la máscara les taparía la cara. Pero no lo hacía. No sería un escudo que me ayudara a salir adelante, sería una placa de Petri que pondría mi rostro bajo el microscopio del mundo.

Sayuri me explicó cuál era el orden correcto en que debía ponerme la ropa de compresión y le enseñó a Marianne Engel cómo ajustar las correas de la espalda. Mientras debatían los detalles técnicos, yo me quedé experimentando la sensación de la nueva ropa, que era algo así como estar en el puño cerrado de un dios cabreado. Sólo es una tela, me dije a mí mismo, no define quién soy. Pero un escalofrío me recorrió la espalda de todas maneras.

SIENTA BIEN ¿A QUE SÍ? COMO SI TE ESTUVIERAN ENTERRANDO VIVO. La serpiente disfrutaba riéndose de mí. ESTOY LLEGANDO.

•••



Marianne Engel me esperaba en el comedor vestida con kimono de seda color jade bordado impecablemente con una escena de dos amantes bajo un cerezo en flor junto a un río rebosante de carpas. En el cielo estrellado de la tela la luna llena contemplaba a los amantes como si no sólo fuera su única fuente de luz sino también la protectora de su amor.

Me preguntó si tenía hambre. Le contesté que sí. A riesgo de equivocarme, aventuré que el menú sería de comida japonesa.

—*So desu ne*. Qué observador eres —dijo con una pequeña reverencia. El río de su kimono desapareció en la faja azul que le ceñía la cadera atada con un nudo *obi* en la espalda—. He estado leyendo *Makura no Sōshi*.

—Sí, lo vi en tu librería. El cojín de algo, ¿no?

—*El libro de almohada de Sei Shōnagon*. Un texto japonés muy conocido, del siglo x, la primera novela jamás escrita. O eso dicen, pero ¿quién puede asegurarlo? He pensado que debería dedicarle algo de tiempo. Te sorprendería saber cuántos grandes libros japoneses no están bien traducidos.

—No, no me sorprendería.

Marianne Engel se fue a la cocina dando pasitos cortos y marcados, pues incluso se había puesto las *geta*, las tradicionales sandalias de madera. Regresó con unas bandejas multicolores de sushi: porciones de pescado blanco (y naranja y plateado) sobre un lecho de arroz comprimido; huevos de pescado como cuentas rojas meciéndose sobre lechos de algas; y gambas retorcidas unas entre otras, como si se abrazaran durante sus últimos momentos en la Tierra. Había *inarizushi*, cubos de arroz envueltos en delgadas láminas de dulce tofu dorado. *Gyoza*, pasta con relleno de ternera o cerdo, bañados en salsa muy negra. *Yakitori*, pinchos de pollo y ternera a la brasa. También *onigiri*, triángulos de arroz envueltos en algas; cada uno, me explicó, contenía algo distinto, algo delicioso: ciruela, huevas de pescado, pollo, atún o gambas.

Nos limpiamos las manos con *o-shibori*, servilletas calientes, antes de comer. Luego juntó las manos y dijo «*Itadakimas!*» (una bendición japonesa para antes de comer) antes de añadir su más habitual invocación en latín.

Me enseñó la forma correcta de remover mi sopa de miso con los palillos y me mostró que cuando se come *ramen* deben sorberse los fideos haciendo ruido, porque eso no sólo los enfría sino que hace que sepan mejor. Aunque ella bebió sake, insistió en que yo bebiera sólo té oolong; se negaba a abandonar la tonta idea de que el alcohol y la morfina no deben mezclarse. Cada vez que mi copa bajaba a menos de la mitad, la volvía a llenar con una ligera pero respetuosa reverencia. Cuando metí los palillos en mi bol de arroz de forma que se quedaron tiesos como dos árboles sobre una colina nevada, los sacó inmediatamente.

—Es una falta de respeto a los muertos.

Cuando terminamos de comer, se frotó las manos satisfecha.

—Esta noche te contaré una historia sobre otra mujer, llamada Sei, aunque esta

mujer nació siglos después de que se escribiera *El libro de almohada*. A no ser que prefieras descansar.

Yo quería oír la historia. No necesitaba ningún *break*.

## XVII

**R**ecuerdo que hace mucho tiempo, en el antiguo Japón, un vidriero llamado Yakichi tuvo una hija llamada Sei. Al principio a su padre le disgustó que no fuera un niño, pero el disgusto se le pasó en cuanto la tuvo en brazos. Desde ese momento la quiso con locura, y ella también le quiso a él.

Yakichi vio con orgullo cómo Sei pasaba de ser una niña encantadora a una joven inteligente. Que era muy guapa no admitía discusión y en sus rasgos elegantes Yakichi reconocía los párpados y mejillas de su difunta esposa. La madre murió cuando Sei era todavía una niña y eso hizo que padre e hija se acercaran todavía más el uno al otro.

Al acercarse a la edad adulta, Sei decidió seguir los pasos de su padre. Yakichi se alegró mucho de su decisión y su felicidad fue entonces completa; después de todo, sus conocimientos no morirían con él. Sei adoptó el título de «aprendiz de vidriero», demostró que tenía unas aptitudes notables y progresó rápidamente. Tenía un tacto exquisito y, lo que era más importante, podía visualizar el objeto antes de soplarlo. Yakichi sabía que la técnica siempre podía aprenderse, pero Sei había nacido con el don de la visión. Podía ver belleza donde otros sólo veían aire vacío. Sei estudió bien bajo la tutela de su padre, aprendiendo cómo echar leña al fuego y la fuerza justa con la que tenía que soplar. Aprendió a leer el brillante fulgor del vidrio al rojo vivo. Trabajó con diligencia para mejorar su comprensión de la respiración, pues sabía que si la dominaba, podría crear un mundo. Se imaginaba a sí misma insuflando vida al vidrio, y cada semana que pasaba Sei se acercaba más a convertir en realidad la belleza de los objetos que dibujaba su imaginación.

Yakichi empezó a llevar a Sei los fines de semana al mercado local, donde tenía una parada en la que vendía sus productos. Empezaron a acudir multitud de hombres. Decían que querían ver los objetos de vidrio pero en realidad, por supuesto, lo que querían ver era a la cautivadora joven.

—Cómo te pareces tú misma al cristal —no pudo evitar decirle un anciano que en seguida se marchó, retirándose como un cangrejo en una playa, al darse cuenta de que aquellas palabras se le habían escapado en voz alta.

Pronto empezaron a vender todo lo que tenían antes de la hora de comer. Los compradores eran en su inmensa mayoría hombres —aunque fuera como regalos para sus esposas— simplemente porque querían poseer algo que contuviera el aliento de Sei.

Yakichi estaba complacido. El negocio iba mejor que nunca, tenían dinero, y Sei se estaba convirtiendo en una excelente vidriera. Pero, a pesar de su éxito, Yakichi deseaba que su hija encontrara marido. Aunque era un padre muy protector, quería que su hija experimentara todo lo que ofrecía la vida y, pensó, un matrimonio «beneficioso» mejoraría el linaje de la familia.

Así que Yakichi empezó a fijarse en los hombres que frecuentaban la parada.

Había artesanos, terratenientes, pescadores y granjeros, soldados y samuráis. Ciertamente, meditó con una sonrisa, no faltarían pretendientes. Después de todo, Sei era bella, hábil, fiel y tenía salud y una personalidad agradable. Sería una buena esposa y madre, cualquiera podía verlo, y no resultaría difícil pactar un buen matrimonio.

Cuando Yakichi trató de sugerírselo a su hija, ella se indignó.

—Sé que así es la tradición —lloró— pero nunca pensé que me lo fueras a pedir. Me casaré por amor y sólo por amor.

La convicción con que habló su hija sorprendió a Yakichi, pues era la primera vez que se oponía a sus deseos. El matrimonio era para mejorar la posición de la familia de uno, pensó el anciano, no algo en lo que meterse sólo por amor. Y sin embargo Sei no cedió y como Yakichi la adoraba, no pudo obligarla. Aun así siguió preocupado, porque no había nadie que hubiera cautivado el corazón de su hija.

Pero, como suele suceder en estos casos, pronto Sei conoció a un joven y se enamoró completamente de él. Al principio Yakichi se disgustó, porque Sei había escogido a Heisaku, un simple granjero sin dinero ni perspectivas. Sin embargo, el joven tenía un corazón puro y bueno, así que quizá...

Yakichi recordó a su difunta esposa. Aunque el suyo había sido un matrimonio pactado, habían tenido suerte y Sei había sido concebida por amor. Animado por el recuerdo de su propia buena suerte, Yakichi decidió que no podía desear menos para su hija. Les dio su bendición a Sei y Heisaku.

Fue más o menos entonces cuando una de las mejores piezas de Sei —una flor de cristal— llegó a manos de un *daimyo*, un señor feudal local, a quien se la llevó uno de sus sirvientes. Era un *daimyo* temido y despreciado por su carácter brutal. No tenía tiempo para flores de cristal y preguntó enfadado qué quería decir aquel regalo.

El sirviente, que siempre andaba buscando algún favor especial, dijo:

—Creí que le gustaría saber, mi señor, que esta flor de cristal fue creada por la joven más bella de todo el país. —El *daimyo* aguzó los oídos y el sirviente se apresuró a añadir—: Y está soltera.

El sirviente, sabes, había oído al *daimyo* hacía poco hablar sobre lo mucho que deseaba tener hijos, pero que sólo los tendría con la mujer más bella y hábil.

El *daimyo* ingenió rápidamente un plan de acción. Envío mensaje de que había pensado encargarse una gran estatua de vidrio y que había oído que Sei y su padre eran los mejores vidrieros de todo Japón. Por ese motivo, decía el mensaje, los convocaba a su presencia.

El *daimyo* tenía tanta intención de encargarse una estatua de vidrio como de hacerse fabricar una escalera a la luna. Lo que le interesaba era poseer tierras, castillos, ganado y campos de arroz. Y también una mujer bella. Sí, eso le interesaba mucho. Pero Sei y Yakichi no sabían nada de todo eso, y se alegraron de la noticia. Se imaginaban que aquél podía ser el primero de una serie de encargos de la nobleza y que en breve podrían hacer realidad todos sus sueños. Así que padre e hija cargaron

su pequeño carro y partieron hacia el castillo del *daimyo*.

Les franquearon la entrada al patio interior, donde el *daimyo*, que les esperaba, enarcó las cejas nada más ver a Sei. La siguió por todo el patio con la mirada, lo que hizo sentir a Sei como si le corrieran cucarachas por la piel. Supo inmediatamente, viéndole sentado allí dándole vueltas en sus sucias manos a una de sus flores de cristal, que aquel hombre no era una buena persona. Pero no estaban allí por nada que tuviera que ver con sus sentimientos, se dijo a sí misma, y debía hacer la mejor presentación posible de sus habilidades.

Su padre y ella mostraron sus mejores piezas y las describieron con todo detalle. Ella mostró grullas de cristal y un pez globo de piel traslúcida hecho con una burbuja de cristal. Enseñó vasos de sake tintados y sólidas copas. Exhibió bandejas y caballos de juguete y campanillas de cristal que producían notas puras con la más mínima brisa. Cuando padre e hija hubieron terminado, un arco iris de cristal se extendía a pies del *daimyo*.

Y el *daimyo*, ciertamente, quedó impresionado, pero no por el arte sino por la artista. Sei era la mujer más excitante que había visto nunca. Aplaudió cuando Sei y Yakichi le hicieron una profunda reverencia.

—He tomado una decisión —anunció.

Padre e hija contuvieron la respiración, algo poco habitual en unos sopladores de vidrio. Aguardaron esperanzados, pero lo que dijo el *daimyo* no fue lo que esperaban. Sin dejar de jugar con la flor de cristal, declaró:

—Sei es adecuada para convertirse en mi esposa y madre de mis hijos. Debe regocijarse por su inmensa suerte.

Ella sabía que aquél era un hombre muy poderoso y que oponerse a él era peligroso. Sin embargo, no pudo contenerse.

—Pero yo amo a otro hombre.

Yakichi pidió disculpas inmediatamente por el exabrupto de su hija. Sin embargo, cuando le preguntaron se vio obligado a confirmar que lo que había dicho la joven era verdad. El *daimyo* se quedó lívido y la flor de cristal explotó cuando la rabia le hizo cerrar el puño. ¿Quién se atrevía a competir con un noble? Exigió saber quién era aquel «otro» hombre.

—Es sólo un granjero, pero mi amor por él es verdadero —dijo Sei.

—¿Cómo se llama? —preguntó el *daimyo*.

Sei temió que si se lo decía, el *daimyo* haría matar a Heisaku. Ella aguardó unos instantes con la mirada baja y luego levantó la cabeza para mirar al *daimyo* directamente a los ojos.

—A un noble no debería importarle el nombre de un simple granjero.

El *daimyo* se quedó de piedra por la audacia de la joven. Luego se rió a carcajadas, demasiado alto, con demasiado rencor.

—¿Un granjero? ¿Te atreves a escoger un granjero antes que a mí? ¿Osas no decirme su nombre?

El *daimyo* se miró la mano y vio que sangraba por los cortes que le había hecho la flor de cristal. La sangre le calmó, le recordó quién era.

—No te casarás con ese granjero —afirmó con seguridad—, y deberías agradecerme que te haya salvado de la vida que te aguardaba. Te casarás conmigo.

Ella habló con la misma seguridad.

—No me casaré con vos. Me casaré con el granjero o no me casaré con nadie.

La réplica del *daimyo* fue rápida y despiadada.

—Muy bien. Cásate con él, entonces. En cuanto te cases con ese granjero haré ejecutar a tu padre. Si te casas conmigo, tu padre vivirá.

Sei se quedó estupefacta, pues nunca se habría imaginado ante un dilema como ése. Nunca habría imaginado que existiera un hombre como ése. El *daimyo* prosiguió:

—En una semana te volverás a presentar en este patio y dirás una sola palabra. «Sí» querrá decir que te casarás conmigo y tu padre vivirá. «No» significará que me rechazas y tu padre morirá. Una sola palabra. Piénsala bien, Sei.

Dicho esto, el *daimyo* tiró al suelo los trozos de la flor de cristal y se marchó del patio.

Dejaron marcharse a padre e hija del castillo para que meditaran su respuesta. No podían huir a ninguna parte; no podían simplemente recoger sus cosas y mudarse a otro lugar, pues les encontrarían allí donde fueran. Yakichi le suplicó a su hija que dijera «no». Él era ya anciano y sólo le quedaban unos pocos años más, pero ella tenía toda la vida por delante. El padre estaba dispuesto a morir para que su hija no se condenase a una vida miserable.

Sei no quería ni oír hablar de eso. Se negaba a tomar una decisión que mataría a su padre. Y, sin embargo, sabía que su vida se convertiría en un vertedero de infelicidad junto a aquel brutal *daimyo*.

Esa noche Sei no pudo dormir. Dio vueltas en la cama, considerando el problema desde todos los puntos de vista, pero no le halló solución. Entonces, poco antes del alba, le llegó la inspiración y supo exactamente lo que tenía que hacer. Cuando Yakichi despertó, descubrió que su hija se había marchado y le había dejado una nota contándole que volvería al cabo de una semana para comparecer ante el *daimyo*.

Primero Sei fue a ver al granjero y le explicó la situación. Le dijo a Heisaku que él era su verdadero amor pero que no podría volver a hablar con él jamás. Las últimas palabras que le dijo fueron:

—Si escuchas con mucha atención el silbido del viento, podrás oírme susurrar que te amo.

Y luego desapareció.

Pasaron los días y Yakichi empezó a pensar que su hija había huido. A pesar de que le entristecía no haberse despedido de ella, estaba contento porque sabía que de ese modo viviría. Transcurrida la semana del plazo, el padre se presentó ante el *daimyo* y le dijo que Sei había desaparecido y que estaba dispuesto a sacrificar su vida por ella.

El *daimyo* estaba a punto de ordenar la ejecución del padre cuando dos mujeres, vestidas con un atuendo austero y con la cabeza rapada entraron en el patio. Hasta a Yakichi le llevó unos instantes darse cuenta de que la mujer más joven era Sei. Se echó a llorar al ver que había acudido a casarse con aquel hombre horrible.

—¿Qué quiere decir esto? —exigió saber el *daimyo*—. ¿Por qué te has rapado la cabeza? ¿Quién es esa mujer que viene contigo?

Pero ni Sei ni la otra mujer respondieron.

El *daimyo* se enfureció.

—¡Qué insolencia! ¡Te ordeno que hables!

Aun así, Sei y la otra mujer permanecieron en silencio.

—¿No contestas? ¿Serás mi esposa y salvarás la vida de tu padre o debo matarlo por tu egoísmo? Responde a mi pregunta, sí o no, ¿te casarás conmigo?

Y aun así, ni Sei ni la otra mujer respondieron.

El *daimyo* escupió en el suelo.

—¡Ejecutad al viejo! —ordenó.

Pero Sei levantó la mano para detener a los dos soldados que avanzaron hacia su padre. Se acercó al *daimyo* y levantó en su brazo una hoja.

El *daimyo* indicó con un gesto a otro de los que había en el patio que cogiese la nota, como si hacerlo personalmente estuviera por debajo de su dignidad, y gruñó:

—¡Léela en voz alta, para que todo el mundo pueda oír las palabras de esta joven irrespetuosa!

El cortesano miró la nota y se aclaró la garganta. No quería leer lo que decía, pero no tenía elección.

—«Hace una semana me pediste que me casase contigo. La palabra “sí” sellaría nuestro compromiso y la palabra “no” sería la muerte de mi padre. No diré ni la una ni la otra, pues ahora soy *mugon no gyo no ama-san*».

Las últimas palabras se le atragantaron en la garganta al cortesano. Sabía cuánto disgustaría aquello a su señor, pues *mugon no gyo* significaba «voto de silencio» y *ama-san* «monja».

El cortesano se aclaró la garganta otra vez y siguió leyendo.

—«He pronunciado votos de silencio y pobreza y me he afeitado la cabeza para demostrar mi devoción. Vivo ahora en el templo que hay en la montaña más alta de la región. Allí es donde nos sentimos más cerca de Buda. No puedo casarme contigo porque ya estoy casada con el Universo. No puedo hablar para responder a tu pregunta, porque mi voto de silencio no me lo permite. Así pues, al no haber respuesta debes liberar a mi padre y yo regresaré al templo de la montaña a llevar una vida devota».

El *daimyo* se quedó anonadado. Aunque era poderoso, sabía que no podía contradecir al Gran Buda. Lo pensó unos instantes y luego pronunció su respuesta.

—Debo felicitarte por tu compromiso —dijo—. De ningún modo osaría impedir que regresaras al templo. Así debe ser.

Sei inclinó la cabeza para ocultar la sonrisa que podría delatar el sentimiento de victoria que la invadía.

—Pero antes de dejarte marchar —continuó el *daimyo*—, necesito que confirmes, una vez más, tu promesa de eterno silencio.

Sei hizo otra reverencia para indicar que pensaba cumplir sus votos.

—Bien —prosiguió el *daimyo*—, porque si vuelves a hablar, aunque sea *una* sola vez, te prometo que arrebataré la vida a tu padre y te convertirás en mi esposa. Y si tu granjero te visita en el templo, les mataré tanto a él como a tu padre y te convertirás en mi esposa. ¿Está claro?

El *daimyo* guardó silencio unos instantes para dejar tiempo a que su amenaza calara en la joven.

—¿Me das tu palabra, me prometes por lo más sagrado, que nunca volverás a hablar ni a ver a tu granjero?

Sei guardó silencio un instante y luego asintió con la cabeza.

—Me doy por satisfecho —declaró el *daimyo*.

Mientras salía del castillo, Sei vio a Heisaku escondido entre las vigas de madera. Cuánto la amaba para arriesgarse tanto. Heisaku la miraba desde arriba con los ojos anegados de tristeza, pues ahora comprendía de verdad la gravedad de la situación. Sei levantó la mirada hacia él y silenciosamente vocalizó *aishiteru*. «Te amo». Su aliento de sopladora de vidrio llevó las palabras a oídos del joven, justo como Sei le había prometido: si escuchaba atentamente, podría oírla susurrar en el viento.

Una escolta armada acompañó a Yakichi y a Sei al templo en la montaña. Su padre le dijo adiós, pero Sei, por supuesto, no pudo responderle nada. Lloró en silencio y Yakichi le prometió enviarle un regalo tan pronto como pudiera. Y se marchó.

Pronto llegó el presente: un juego completo de herramientas de vidriero. Las otras *ama-san* se mostraron encantadas de permitir aquel lujo, pues todas amaban la belleza y veían en ella otra forma de servir a Buda. Además, los objetos de cristal les aportarían una fuente de ingresos que contribuiría a hacer frente a sus modestas necesidades. Incluso las monjas saben que la pobreza, a pesar de ser una virtud, resulta terriblemente incómoda.

Se le permitió a Sei convertir una habitación vacía del templo en su taller. Trabajaba todo el día creando todo tipo de objetos, desde piezas de vajilla hasta obras de arte. Los días se hicieron semanas y las semanas meses. Conforme ganaba destreza, sus obras salían cada vez más bellas. Y, mientras tanto, fue construyendo lentamente una estatua con la forma de Heisaku.

Sei trabajaba en la estatua cada vez que sentía que necesitaba hablar y de esa forma daba voz a su amor. Eso quería decir que trabajaba en ella cada día. La creó con cariño, una pieza minúscula tras otra. Empezó con el arco del pie derecho. Luego añadió el talón, después los dedos. Con cada añadido —tobillo, pantorrilla, rodilla— susurraba *aishiteru* mientras soplaba el vidrio. La palabra quedaba capturada en la



burbuja de cristal. *Aishiteru*. «Te amo».

Acabó la estatua, pero no agotó su amor. Así que le creó un entorno, empezando por un campo de azucenas de cristal que colocó a su alrededor. Más adelante, cuando acabara las azucenas, tendría que encontrar algo más. *Quizá, pensó, haga un árbol bajo cuya sombra se refresque mi amado... Sólo el trabajo que llevarán las hojas me ayudará a hacer mi vida soportable.*

Y así continuó hasta que una mañana como cualquier otra se fue a bañar en el arroyo de la montaña. Le gustaba la sensación del agua fría sobre su piel, pero cuando se secaba el pelo sintió un fuerte pinchazo en el cuello. Antes de que pudiera reaccionar, la parálisis se apoderó de sus brazos y piernas.

Le habían picado insectos muchas veces, pero ésta era la primera vez que le picaba aquella especie de avispa y quiso el destino que sufriera una fuerte reacción alérgica. Se le cerró la garganta, el cuerpo dejó de responderle y no pudo moverse. El arroyo arrastró su cuerpo paralizado hasta que se quedó atrancada contra una roca. Durante dos horas yació allí mientras el intenso frío del arroyo empapaba cada centímetro de su carne.

Al final otra monja la encontró y la sacó del agua. Sus ojos no respondían a ningún estímulo y el frío del agua había hecho que el pulso se le ralentizara hasta volverse indetectable. Acudieron más *ama-san*, pero ninguna halló rastro de vida en su cuerpo y, a pesar de sus votos de silencio, esa mañana un coro de llantos rompió la tranquilidad del aire de la montaña.

La parálisis de Sei era total, a pesar del hecho de que pudo verlo todo... hasta el momento en que, creyéndola muerta, le cerraron respetuosamente los párpados. Incluso cuando recuperó el calor, el veneno siguió paralizándola. Durante tres días, las *ama-san* rezaron en silencio junto a ella. Avisaron a Yakichi, que vino a enterrar a la hija que había sacrificado su vida por él.

También acudió el *daimyo*, para asegurarse de que aquello no era algún tipo de truco. Se había enterado de que iban a enterrar a Sei y aquello despertó sus sospechas, pues todo el mundo sabía que los budistas eran incinerados para que las llamas purificaran su alma. Si la carne permanecía, el alma seguía añorando su existencia en la Tierra y no se sentía cómoda en el Cielo. Sin embargo, Sei había pedido por escrito que la enterraran, porque quería existir para siempre como parte de la Tierra que araba Heisaku.

Yakichi trajo consigo a Heisaku, pero le presentó como su aprendiz. Fue una mentira necesaria por el temor que le tenían al *daimyo*. ¿Quién sabe qué podría hacer si se enteraba de que aquél era el joven que le había vencido en su pugna por el afecto de Sei?

El propio *daimyo* cerró la tapa del ataúd después de asegurarse de que Sei estaba de verdad dentro. Incapaz de moverse, Sei escuchó su horrible voz mientras yacía:

—Sí, es suficiente. Está muerta de verdad.

Sei oyó chirriar las cuerdas cuando bajaron su ataúd al suelo y entregaron su

cuerpo a la tierra. Yakichi lanzó el primer puñado de tierra a la tumba y Heisaku el segundo. Sei escuchó el golpe de la tierra sobre la tapa del ataúd.

Y entonces se produjo un milagro. Sintió que el veneno liberaba sus venas y su cuerpo empezaba a relajarse. Pudo abrir los ojos, pero sólo había oscuridad. Podía mover los dedos de manos y pies, pero no se había recuperado lo bastante como para levantar brazos o piernas, de modo que no podía golpear la tapa. Sin embargo, sabía que si gritaba todavía podrían oírla. Sentía cómo la fuerza regresaba a su garganta y se emocionó al pensar que, después de todo, no moriría. Sólo tenía que gritar...

Entonces Sei recordó su promesa. Se convertiría en la esposa del *daimyo* si pronunciaba una sola palabra, aunque fuera para salvar la vida. Pensó en que ejecutarían a su padre y a Heisaku. El *daimyo* estaba allí mismo, junto a ellos, así que no habría forma de esconder que había roto su palabra. No habría forma de negar que Heisaku había visitado el templo.

Y así, Sei cerró la boca y permitió que la enterraran viva. Escuchó caer la tierra en su tumba, el sonido cada vez más apagado conforme una palada se superponía a otra. Cuando el golpeteo se detuvo por completo, supo que habían tapado completamente el agujero y que estaba sellada dentro de la tierra.

En la superficie, Yakichi y Heisaku rompieron a llorar por lo injusto del destino de Sei. Después de todo lo que había sacrificado por aquellos a los que amaba, aquélla había sido su recompensa. En cuanto al *daimyo*, no le preocupaba lo más mínimo la mujer enterrada ante él; simplemente estaba satisfecho de saber que la chica no le había vuelto a engañar.

Como nunca había ido al templo y era poco probable que volviese, aprovechó para explorar el lugar antes de regresar a su castillo. Las *ama-san* trataron de guiarle por un camino que le mantuviera apartado del taller de Sei, pero no lo lograron. Cuando entró a la fuerza en el taller, se quedó atónito al ver la estatua de cristal del nuevo «aprendiz» de Yakichi entre un campo de azucenas sin terminar. El *daimyo* no era estúpido y comprendió de inmediato que aquélla era una estatua del campesino al que Sei había amado tanto, y por consiguiente que el joven que se hacía pasar por aprendiz era en realidad el gran amor de Sei.

La luz que entraba por las ventanas del templo iluminó la estatua. Su sobrecogedora belleza era una burla para el *daimyo*. Agarró un palo que estaba en una mesa y juró que primero destruiría la estatua y luego destruiría al joven. El *daimyo* avanzó blandiendo el palo como una guadaña para abrirse paso entre las azucenas que rodeaban a la estatua. Usó toda su fuerza, rompiendo docenas de las flores de un solo golpe.

Se produjo una enorme explosión y pétalos y tallos de cristal volaron por todas partes, empujados por una gran ola de sonido. Todos los susurros de amor que Sei había encapsulado en las azucenas emergieron a la vez. Su fuerza era tan grande que los fragmentos de vidrio volaron como impulsados por un huracán. Cortaron al *daimyo* por todas partes, desfigurándolo por completo. El sonido fue tan fuerte que le

dejó sordo y el pelo se le volvió blanco.

El sonido salió del taller y se esparció por el cielo de Japón. Pudo oírlo gente desde todos los rincones del país y más tarde todos dijeron que era lo más bonito que jamás habían oído. Sonó como puro amor.

El *daimyo* sobrevivió, pero como un medio hombrecito cojitranco. Herido y vencido, habían sido su ira y sus celos los que habían acabado con él. Ya no tenía fuerzas para intimidar a los demás y nunca más intentó nada contra Heisaku o Yakichi.

Heisaku y Yakichi, por su parte, subieron la estatua de cristal a un carro y se la llevaron a su pueblo. Heisaku se mudó a la casa del anciano y se convirtió en el hijo que nunca tuvo. Llegaron a ser grandes amigos. Después de todo, les unía el amor de la mujer que ambos habían perdido.

Durante el resto de sus años, la estatua de vidrio permaneció en su casa. Heisaku se sentía un poco extraño viendo su retrato cada día, pero la estatua le daba algo mucho más importante. Cuando el dolor de haber perdido a Sei se volvía insoportable, Heisaku o Yakichi rompían una pequeña parte de la estatua... la yema de un dedo, un mechón de cabello, un pétalo de una de las azucenas.

*Aishiteru, aishiteru, aishiteru.* De cada fragmento de cristal surgía la voz de Sei para aliviar su dolor, una lluvia de consuelo dentro de su pequeño bungalow.

## XVIII

**E**n un tono que indicaba que sabía perfectamente la respuesta, Marianne Engel me preguntó qué día era.

—Viernes santo —contesté.

—Sígueme.

Subimos a su coche y al cabo de media hora supe exactamente adónde nos dirigíamos: a las colinas en las que me había estrellado. Cuando llegamos no encontramos ni rastro de que allí hubiera habido un accidente. Los árboles ya no tenían pinta de esconder una tropa de mercenarios enviada a destruirme. Habían repuesto los postes de madera que yo había destrozado y los habían unido con malla metálica nueva. El tiempo los había curtido hasta hacerlos indistinguibles de los demás. No había ni marcas de frenada ni tierra removida; era sólo una curva más. Cuando le pregunté cómo sabía exactamente dónde había ocurrido, Marianne Engel se limitó a sonreír y a sacar a *Bougatsa* del asiento de atrás. El perro se puso a saltar muy animado y ella le regañó cuando se acercó demasiado al borde de la carretera.

Sacó una pequeña bolsa de cuero del maletero del coche y me llevó de la mano al borde del barranco. Allí vi la primera señal de que mi accidente, después de todo, sí había sucedido. En el fondo del barranco, justo detrás del riachuelo que me había salvado la vida, se veía todavía un trozo de terreno arrasado, un pequeño círculo negro parecido al punto que ve al final de esta frase.

Los automovilistas pasaban zumbando junto a nosotros, sin duda preguntándose qué estábamos mirando.

—Descendamos —dijo, ayudándome a pasar entre los nuevos postes de madera. *Bougatsa* corría frente a nosotros, buscando feliz un camino de bajada por el que pudiéramos seguirle, y a un lado vi un trozo de plástico ámbar, un pedazo de intermitente que se había desprendido de un coche. De mi coche. Se me encogió el estómago.

En la pendiente había docenas de salientes rocosos en los que trabar mis zapatos ortopédicos, pero aun así no me resultó fácil mantener el equilibrio. Intenté que mis piernas reaccionaran como lo hacían antes del accidente, pero no fue posible: mi rodilla reconstruida estaba demasiado débil. Cuando le expliqué a Marianne Engel que no me veía capaz de continuar, se negó a aceptarlo. Se colocó directamente frente a mí, con las piernas en cuña contra la pendiente para que pudiera apoyarme con las manos en su espalda. Se convirtió en mi báculo y, al hacerlo, me dejó sin argumentos para no llegar hasta el fondo del barranco.

Cuando llegamos a la zona chamuscada vi que empezaban a crecer en su interior algunos brotes de hierba. *Algún día este trozo volverá a estar verde y sano*, pensé.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Nada —dije—. Sólo es que no esperaba volver aquí, eso es todo.

—Es bueno regresar a los lugares en los que se ha sufrido.

—Te equivocas.

Podía recordarlo todo: la erupción de cristal, la columna de dirección pasándome de largo; el siseo del motor apagándose; las ruedas girando hasta detenerse; el relámpago de llamas azules por el techo del coche; el aspecto del fuego al cobrar abruptamente vida; el olor de mi pelo al quemarse; y mi carne hirviendo y asándose. Podía recordar todo lo que me había hecho cambiar desde ser un hombre normal a ser lo que era ahora.

—No importa que no lo creas. No se alcanza la plenitud ignorando las desgracias que se han sufrido. —Marianne Engel se acercó a su bolsa de cuero, sacó un candelero de hierro que me dijo que había fabricado Francesco y le puso una vela. Me entregó una caja de cerillas y me pidió que lo encendiera—. Pero también es importante celebrar este año que has vivido.

Le señalé que no hacía exactamente un año de mi accidente: aunque era verdad que me había pasado en Viernes Santo, obviamente la fiesta caía en una fecha distinta cada año.

—No deberías pensar en el tiempo de forma tan literal —dijo Marianne Engel besando mi cara de plexiglás—. ¿Qué importa un día concreto ante la eternidad?

—Creía que todos los días eran importantes —dije—. Especialmente los días en que casi te matas.

Creo que el efecto dramático de mi frase lapidaria hubiera sido mejor si en ese preciso momento *Bougatsa* no hubiera saltado verticalmente entre nosotros tratando de atrapar de un mordisco a algún bicho que revoloteaba por ahí.

—Pero viviste —dijo Marianne Engel—. Dime, ¿dirías que tu vida era buena antes del accidente?

—La verdad es que no.

—Entonces deberías alegrarte de la posibilidad de poder empezar de nuevo.

Ella creía sinceramente que empezaba de cero y, en cierto modo, supongo que así era: pero no del todo. Sentí una punzada de vergüenza por lo que estaba haciendo con la tarjeta de crédito que Jack me había conseguido.

•••

Unos pocos días más tarde, Marianne había salido de la fortaleza a pasear a *Bougatsa* cuando decidí emprender una misión secreta. Me puse un largo abrigo gris para tapar mis ropas de compresión y, aunque se suponía que no debía hacerlo, me quité la máscara y me saqué el retractor de la boca. Me puse sombrero y gafas de sol, subí el cuello del abrigo con mis manos enguantadas como las de un criminal y me miré en el espejo, que me devolvió una auténtica caricatura de un desviado sexual. Supuse que era lo más adecuado, teniendo en cuenta a donde iba.

—Al *sex shop* más cercano.

Mi voz, como el sonido de un motor oxidado, hizo que el taxista me echase una

ojeada por el retrovisor. Sus reticencias a llevar de excursión al hombre invisible desaparecieron en cuando alcé mi tarjeta de crédito.

El taxista puso el coche en marcha y pasamos frente a St. Romanus, donde el padre Shanahan estaba cambiando el cartel de plástico por otro que decía: «¿Fue tu viernes tan santo como habría podido ser?».

Cuando llegamos al Triple-XXX Velvet Palace, le pedí al taxista que me esperara. Asintió. Me había visto cojear al subirme al taxi y sabía que no llegaría muy lejos si trataba de escaparme sin pagar. Entrar en la tienda fue como volver a casa. Me asaltó el familiar olor de látex, cuero y lubricante. A mi derecha había una colección de consoladores anales y gigantescas pollas de goma, a mi izquierda un surtido de disfraces de sirvienta y colegiala japonesa. Las paredes estaban forradas de revistas, pero lo que yo quería ver eran los vídeos del fondo. Al revisar las portadas, pronto vi una de las mías: *Sin bragas y a lo loco*. (Siempre me pareció uno de mis títulos más divertidos). La dejé frente al dependiente, calvo con gafas.

—Excelente elección —dijo, sin asomo de entusiasmo en la voz.

De vuelta al campanario, puse la película en el vídeo. Tras el cálido brillo azul al encender la pantalla apareció el logo de mi vieja productora. La trama, como en la mayoría de las películas porno, dejaba mucho que desear; ni siquiera yo —guionista, actor, director y productor— conseguí descifrarlo. La película empieza con una mujer, Annie, que está haciéndose una revisión médica. Le cuesta ponerse la bata de hospital y le pide ayuda a la enfermera y, como suele pasar, empieza una tórrida escena de sexo lésbico. El doctor (yo) las pilla con las manos en la masa y, sin pensar un segundo sobre cuestiones éticas o enfermedades venéreas, decide que el tratamiento adecuado para Annie es sexo anal sin preservativo.

Pensé en el día del rodaje. El *catering* venía del restaurante chino de comida a domicilio Sun Lee, que estaba a la vuelta de la esquina, y el repartidor se retrasó. Boyce Burgess era el cámara e Irdman Dickson el técnico de sonido y, a pesar de que rodamos a la una de la tarde, Irdman estaba borracho. Siendo el director, le hubiera metido una bronca tremenda de no ser porque yo también estaba hasta el culo de cocaína. De hecho, si estudia con atención la película, puede ver una pequeña cucharilla de oro en mi collar rebotando contra mi bata de médico mientras le doy por detrás a Annie en la camilla de la consulta. La trompa de Irdman hizo que el sonido fuera particularmente malo y, en ocasiones, completamente ininteligible. A veces se escucha alguna frase: algo sobre tomarle la temperatura a Annie con mi «gran termómetro». Quizá sea mejor que el resto se haya perdido.

La primera escena es, desgraciadamente, lo mejor de la película. A partir de ahí la trama se vuelve cada vez más absurda. Una de mis amantes era una psiquiatra que cotorreaba sin cesar sobre mi hostilidad hacia las mujeres mientras la azotaba. Mientras tanto, Annie se convierte en una ninfómana hipocondríaca que cree que para curarse de su alergia a los gatos necesita una buena dosis de pene.

Me hubiera echado a reír de no ser por el aspecto que tenía entonces. Con cada

golpe de mi pelvis se agitaba mi cabello y mi piel relucía con elegancia con el sudor que me resbalaba por el cuello y caía en mi pecho. Los músculos de mis brazos se tensaban mientras azotaba a mi tonta y estirada amante, dejándola escapar un poco y luego tirando de ella hacia mí. Sonreí en pantalla, estirando las comisuras de mi boca entonces desprovista de retractor y se me tensó el rostro en maravillosa anticipación del orgasmo.

Tuve que apagarlo: me enfermaba ver el joven hermoso que había sido y compararlo con el adefesio en que me había convertido. Me ponía enfermo ver, capturado para siempre en vídeo, cómo sudaba mi tersa piel. La misma piel que había perdido la capacidad de sudar. ¿Así se debía sentir Fred Astaire cuando, siendo anciano, ya no podía bailar? El metraje de la juventud atlética de uno es una tiranía en la ancianidad; ese metraje había torturado a Fred Astaire y ahora me torturaba a mí.

Cuando apreté el botón de expulsión, la cinta salió chirriando de la máquina como si el aparato me sacara la lengua. La llevé a la chimenea del salón, donde había puesto un montón de bolas de papel de periódico. Acerqué una cerilla y contemplé cómo las llamas las devoraban.

Ésa fue la última vez que vi una de mis antiguas películas.

• • •

Sayuri venía una o dos veces a la semana, siempre sonriendo mientras me empujaba a hacer ejercicios cada vez más difíciles. No podía negarse que estábamos avanzando: mi cuerpo empezaba a desplegar sus contraídos músculos y mi espalda abandonaba su forma de signo de interrogación para convertirse en uno de exclamación. El tratamiento ponía especial énfasis en luchar contra el deseo de mi cuerpo de tomar el camino más fácil utilizando los músculos más fuertes en lugar de los músculos adecuados. Sayuri se concentró en hacer que me moviera de forma correcta y caminaba junto a mí con las manos a mis costados, obligándome a mantener la cabeza alta. Corrigió la forma en que movía los brazos al andar, con lo que mejoró mi equilibrio, y no cesaba de recordarme que pusiera el mismo peso en ambos pies. Eso me resultaba especialmente difícil al subir o bajar escaleras.

Dominados los rudimentos del movimiento, nos embarcamos en pasear más rápido y más lejos. *Bougatsa* exigió acompañarnos corriendo y ladrando en círculo. Sayuri le lanzó una pelota para que fuera a buscarla, básicamente para quitarlo de en medio y que nada le impidiera concentrarse en mí. Cuando volvíamos a casa, utilizábamos el material de gimnasio que Marianne Engel había comprado para mí. Había un banco de pesas, una máquina de resistencia y una bicicleta estática para mejorar mi forma física; Sayuri las incorporó todas en mi rehabilitación.

Cada visita comprobaba mis ropas de compresión y de vez en cuando encontraba algo que tenía que modificarse. Conforme las cicatrices de mi rostro fueron curándose gracias a la constante presión, hubo de ajustarse la máscara. Sayuri la

lijaba para que ajustase mejor y algunas veces se la llevó al hospital para que la remodelasen. En una ocasión la máscara volvió del hospital modificada incorrectamente y cuando se lo señalé a Sayuri, murmuró para sí misma en japonés: «*Saru mo ki kara ochiru*». Cuando le pregunté qué significaba, me dijo: «Hasta los monos se caen a veces de los árboles. Significa...».

—... que hasta los expertos cometen errores —terminé la frase—. Sí, lo he oído antes.

Cuando me preguntó dónde, le dije que se lo preguntase a su novio. Debo decir que jamás he visto a nadie sonrojarse de forma más adorable que Sayuri.

• • •

Había un detalle de la historia medieval que me preocupaba mucho: el hecho de que Gertrud estuviera haciendo una traducción al alemán de la Biblia. Todavía faltaban dos siglos para que Lutero empezara a trabajar en su célebre traducción. La Iglesia se opuso con vehemencia al trabajo de Lutero, así que ¿cómo era posible que hubiera aprobado la traducción de la hermana Gertrud?

Enfrenté el problema como lo hacía siempre, y la primera sorpresa que me llevé durante la investigación fue el descubrimiento de que para cuando se publicó *Die Luther Bibel* ya existían numerosas traducciones de la Biblia al alemán; la de Lutero fue simplemente la primera escrita en el tipo de lengua que hablaba la gente. Las versiones anteriores eran traducciones literales llenas de giros obsoletos y sólo podían entenderlas los lectores que también podían leer el original en latín.

La primera versión de la Biblia en alemán fue una traducción goda hecha por Ulfilas en el siglo IV, décadas antes de la Vulgata en latín. Ulfilas fue un hombre notable que hubo de inventarse un alfabeto entero para escribir, y al hacerlo creó buena parte del vocabulario cristiano alemán de su época. Un ejemplar parcialmente manuscrito de su Biblia, conocido como el Codex Argenteus o «Biblia de plata», se puede ver en la biblioteca de la Universidad de Uppsala. Después hubo también un manuscrito del siglo IX obra de Fuda, que contiene traducciones al antiguo alto alemán de los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento y sugiere que existió una traducción completa, aunque no autorizada, de la Biblia alrededor de 1260. Algunas secciones de la Biblia, como el padre nuestro, se habían traducido hacía tiempo al alemán, pero no existen pruebas convincentes de que nadie hubiera compilado una traducción completa de la Biblia en la época en que se suponía que Gertrud estaba trabajando en ella, aunque poco después, en 1350, se dice que apareció un Nuevo Testamento completo en Ausburgo.

Hasta aquí, vamos bien: parece que principios del siglo XIV era el momento adecuado para acometer un proyecto de ese tipo y sabemos que hubo gente que lo intentó, así que ¿por qué no iba a hacerlo la hermana Gertrud de Engelthal?

De hecho hay muchos motivos por los que podría no haberlo hecho, pero quizá



ninguno mayor que la gran piedad de la propia Gertrud o, al menos, sus denodados esfuerzos por parecer piadosa. No hubiera obrado de ningún modo que pudiera considerarse sacrílego y había pocas cosas más heréticas que una traducción no autorizada de la Biblia. Antes de emprender una tarea tan extraordinaria, Gertrud hubiera necesitado el permiso de una autoridad más alta, y ese permiso hubiera sido casi imposible de conseguir. Pero ahí está la clave del asunto: «casi imposible» no quiere decir «completamente imposible».

La priora de Engelthal era una mujer anciana; ¿pudo la senilidad llevarla a permitir una traducción que cualquier administradora en su sano juicio hubiera rechazado? Se sabe que cosas más extrañas han pasado. Sin embargo, eso sería asumir que el visto bueno a Gertrud vino desde dentro del propio monasterio de Engelthal, cosa que no tuvo por qué ser así. Quizá había salido de los muros del monasterio y encontrado a un cargo eclesiástico al que la traducción convenía por un motivo u otro; hay que recordar que la Iglesia estaba enredada en una telaraña de políticas internas contradictorias. Es concebible que un superior hubiera autorizado el trabajo de Gertrud como parte de un plan mayor, y ésta estuviera encantada de ser un peón en el juego de otro mientras aquello le permitiera desarrollar su proyecto. Hubiera sido un trato cuestionable, pero era más fácil saltarse las normas cuando un superior animaba a hacerlo.

Todo esto son conjeturas, por supuesto. No está claro por qué Gertrud creyó que podía continuar con el proyecto en cuestión, pero puedo avanzar otra posibilidad: quizá he subestimado su deseo de ser recordada. La vanidad es una fuente inagotable de motivación y engaños, y la idea de dejar tras de sí un legado perdurable puede hacer que hasta la persona más cautelosa cometa imprudencias. Quizá se convenció a sí misma de que, aunque no le hubieran dado permiso expreso, no hacía nada malo. Después de todo, trabajaba con la versión latina de la Vulgata, y su inquebrantable fe en la excelencia de su traducción podría haberla llevado a jugársela a que al final su Biblia sería tan buena que la salvaría de cualquier castigo. Uno puede imaginársela pensando que la propia existencia de *Die Gertrud Bibel* excusaría su secreta génesis y, cuando se acercaba a terminarla al final de su vida, quizá simplemente estaba dispuesta a arriesgarse a que no fuera así. ¿Qué podían hacerle a una anciana que creía que ya tenía reservado su lugar en el Cielo?

Cuando al fin le pregunté a Marianne Engel bajo qué autoridad se estaba traduciendo *Die Gertrud Bibel*, esperaba recibir una respuesta clara o descubrir una contradicción delatora que demostrase de una vez por todas que su historia era falsa. Pero no obtuve ninguna de las dos cosas.

—Yo era muy joven entonces. No se me ocurrió preguntarlo y Gertrud nunca me lo dijo. Pero llevaba su proyecto con el mayor secretismo posible y no permitía que ninguna de las monjas hablaran de ese trabajo fuera del *scriptorium*.

—¿No se habrían revelado contra ello —pregunté—, si creyeran que era algo malo?

—Quizá tuvieran que responder en el Cielo por lo que habían hecho —dijo—, pero creo que tenían más miedo de Gertrud y Agletrudis en la Tierra que de cualquier castigo celestial.

Marianne Engel pareció muy complacida de que estuviera considerando aquellos aspectos de la historia que me estaba contando y eso la llevó a preguntarme si quería escuchar más.

—Claro que sí —dije, y era cierto; o casi.

## XIX

**N**o alcanzaba a imaginar la vida que se abría ante mí y había dejado atrás la única que conocía. Mientras caminábamos volví la cabeza para contemplar cómo la figura del padre Sunder desaparecía en la noche. Formaba parte de mi vida desde mis primeros recuerdos y ahora se iba. Sólo entonces comprendí que ni tú ni yo teníamos ni idea de adónde ir.

Tú abrías camino, fingiendo saber lo que hacías, poniendo distancia entre nosotros y Engelthal. Dudo que te preocupase que hubiera una partida de monjas persiguiéndonos; probablemente lo que te angustiaba es que me flaquease el valor y diera media vuelta. Así que seguiste avanzando, a pesar de que te dolían las quemaduras, y yo me esforcé para mantener tu ritmo. Resbalaba constantemente en el barro, pero estaba decidida a demostrar que podía seguirte por muy rápido que fueras. Era importante para mí porque no sabía si era verdad.

Pude comprobar que tus batallas te habían enseñado a ignorar tu cuerpo y avanzar a base de pura fuerza de voluntad. Yo te había ayudado a recuperarte y sabía que aquel esfuerzo era mucho mayor que cualquier cosa que hubieras hecho desde que te habían traído a Engelthal, y me sorprendió tu resistencia... hasta que, de súbito, te derrumbaste.

Resbalaste en el barro y caíste mal. Trataste de levantarte inmediatamente, pero perdiste el equilibrio y te caíste de nuevo. Esta vez, mientras caías, alargaste los brazos para amortiguar el golpe, pero la piel contraída del pecho hizo que gritaras de dolor. Retrajiste los brazos instintivamente y te estrellaste de bruces contra el barro.

Me acerqué para socorrerte pero tu primera reacción fue apartarme. Entonces, quizá comprendiendo que teníamos que trabajar en equipo si queríamos seguir, me permitiste que te ayudara a incorporarte.

—Creo que el diablo me ha puesto la zancadilla —dijiste, tratando de bromear.

Unos segundos después te recuperaste lo bastante para caminar junto a mí hasta un árbol. Allí nos sentamos, cubiertos de barro, mientras seguía lloviendo. Nos apretamos el uno contra el otro para darnos calor y fue lo más cerca que había estado nunca de otro cuerpo, y un cuerpo de hombre, nada menos, pero no fue como lo había imaginado. Sabía que ese momento acabaría por llegar y esperaba que fuera excitante y aterrador, pero lo único que sentía era miedo de haberme equivocado al irme de Engelthal.

Aquél fue el comienzo de nuestra vida juntos: bajo una lluvia gélida, sin poder avanzar, esperando que llegara el amanecer y que quizá —quizá— el sol nos diera un poco de calor. Quizá, pensé, aquello era una señal de que debía regresar. Podría llegar antes de que nadie se hubiera dado cuenta de que me había marchado y podría fingir que me había quedado en mi celda porque me encontraba mal. En uno o dos días podría reemprender mis labores y seguir con mi vida.

Pero no. Agletrudis no permitiría que lo que había hecho pasara desapercibido y

no podía abandonar a un enfermo en la cuneta del camino, especialmente a un hombre del cual me sentía tan responsable. Aun así no podía dejar de pensar en la calma del monasterio y en mi lugar allí. Mi hogar estaba entre los libros del *scriptorium*. Pero bajo un árbol, durante una tormenta, con un hombre al que apenas conocía pero al que había confiado mi futuro... ¿Cómo podía ser aquella la dirección que debía tomar mi vida?

Y no había nada más que hacer que esperar a que pasara la noche.

Cuando llegó un alba gris, la lluvia amainó pero no cesó. Echamos a andar de nuevo, pero tú habías abandonado tus pretensiones de vigor. Cada paso que intentábamos era un desafío y cada uno que dábamos una pequeña victoria. Estuve a tu lado durante cada una de estas pequeñas victorias, sosteniéndote por el brazo, preocupada porque si te volvías a caer temía que ya no te levantarías.

Y entonces tuvimos nuestro primer golpe de suerte: el carro de un granjero. El ruido de los cascos del caballo se acercó a nosotros y tú le hiciste una señal al hombre para que parara. Le preguntaste adónde se dirigía y te contestó que a Núremberg, al mercado, pero cuando le pediste que nos llevara, el granjero se negó. Llevaba cerdos y no quedaba sitio para nosotros, dijo, señalando el cargamento tras él.

—¿Cuánto por dos de los animales? —preguntaste.

El granjero dijo su precio y tú sacaste las monedas necesarias, se las entregaste y subiste lentamente al carro. Trataste de levantar uno de los cerdos, pero descubriste que no podías, así que me llamaste y entre los dos pudimos hacerlo. Tan pronto como las pezuñas del animal tocaron el suelo salió corriendo hacia el bosque. Luego descargamos un segundo animal con el mismo resultado. Te volviste hacia el sorprendido conductor y dijiste:

—Ahora tiene sitio para nosotros.

El granjero admitió a regañadientes que suponía que sí. Era obvio que no le gustaba tener compañía, pero debía de saber que no le ibas a dejar marcharse sin nosotros. Puesto que ya tenía el dinero, acceder era más sencillo que discutir.

Los cerdos se movieron durante todo el viaje, tratando de conseguir más espacio. Chocaban contra nosotros con curiosidad y nos inspeccionaban con sus hocicos. Al principio traté de espantarlos, pero no servía de mucho puesto que no tenían dónde ir. Si conseguía obligar a uno a moverse venía otro y ocupaba su lugar. Chillaban sin parar, pero el sonido no era nada comparado con el hedor y cuando por fin llegamos a las afueras de Núremberg estaba convencida de que Dios había empezado a enviarme Sus mensajes a través de los excrementos de cerdo.

El granjero nos dejó frente a una posada cuyo dueño sospecho que debía caerle mal. Ciertamente, mientras negociábamos que nos diera una habitación, nuestra apariencia era extraña, y nuestro olor todavía más. El posadero dudaba si alojarnos, pues no sabía qué pensar de un hombre quemado y una monja que viajaban entre ganado. Pero le diste algunas monedas extra y yo me ofrecí a bendecirle, asegurándole que a pesar de mi apariencia Dios escucharía mis oraciones. A

regañadientes, nos dio una habitación al fondo de la posada, muy apartada de donde él dormía, y nos dijo que sólo nos dejaría entrar si primero nos bañábamos y limpiábamos nuestras ropas en un arroyo cercano.

En la habitación sólo había una cama, lo que subrayó algo en lo que había tratado desesperadamente de no pensar. Obviamente había habido algo sexual entre nosotros durante todas nuestras conversaciones en Engelthal. Sabía que no me escapaba para vivir junto a ti como una hermana, pero no tenía ni idea de lo que pasaba entre hombres y mujeres. Debió de ser obvio por mi expresión. Avanzaste al centro de la habitación y dispusiste un poco de ropa en el suelo, diciendo que siendo mercenario te habías acostumbrado a dormir en el suelo. No me miraste cuando me quité el hábito empapado y me metí en la cama y siempre recordaré tu bondad.

A pesar de lo cansada que estaba, no podía dormir. Quizá oíste cómo me temblaban las piernas o quizá fue que mi respiración no se relajó. Fuera lo que fuese lo que te puso sobre aviso, al cabo de unos minutos hablaste de nuevo.

—¿Marianne?

Casi tuve miedo de responder, pero lo hice.

—¿Sí?

—No ha sido un principio muy bueno, pero lo importante es que hemos empezado —dijiste—. Te prometo que las cosas irán a mejor, pero por esta noche duerme tranquila: estás completamente segura.

Aquellas palabras me reconfortaron como no te puedes imaginar y a cambio hice lo único que podía hacer. Te di el collar con la punta de flecha —me faltó valor para colgártelo al cuello yo misma— y te dije que el padre Sunder lo había bendecido para que te protegiera.

—Entonces lo llevaré siempre con orgullo —dijiste—. Muchas gracias.

Dormimos hasta temprano en la mañana siguiente y decidimos pasar allí una noche más para recuperarnos antes de partir. Teníamos todavía que decidir adónde iríamos y hasta eso me asustaba, porque éramos libres para decidir qué sería lo siguiente que pasaría en nuestras vidas. Tú no habías podido decidir por ti mismo desde que habías entrado en la *condotta* y yo no lo había podido hacer en toda mi vida.

El posadero nos preparó la cena y me aturdió lo sabroso que estaba todo. Recuerda que las monjas creían que lo insípido de su comida era otra muestra de su humildad. Hablamos mientras comíamos. Por motivos obvios, los dos queríamos ir a una ciudad grande y desaparecer entre la multitud. Las dos ciudades grandes de la región eran Núremberg, a cuyas afueras estábamos, y Mainz. En Mainz había mucho trabajo en la construcción, especialmente de iglesias, así que eso le daba ventaja. Lo único que sabías hacer además de disparar la ballesta era trabajar la piedra, así que decidiste que te dedicarías a ello para ganarte la vida. No sería fácil, pues llevabas más de una década fuera del oficio y todavía te estabas recuperando de tus quemaduras, pero aun así era la mejor opción que teníamos. Tenías algo de dinero de

tus días de mercenario y el hermano Heinrich me había obligado a aceptar algunas monedas antes de marcharnos, para que pudiéramos subsistir un tiempo.

Había otro motivo para elegir Mainz: era una ciudad que mantenía un extraño equilibrio entre lo religioso y lo secular. Sus ciudadanos habían ganado el derecho de escoger su gobierno y controlar la economía, no era la Iglesia quien lo hacía por ellos. Aunque mi puesto en Engelthal no había sido muy importante, me sentía mejor sabiendo que estaríamos en una ciudad que mantenía cierta independencia de la Iglesia. Núremberg estaba demasiado cerca de Engelthal tanto geográfica como históricamente porque, después de todo, Adelheit Rotter había salido de Núremberg con las beguinas para crear el monasterio.

Habiéndonos decidido por Mainz, ahora teníamos que llegar hasta allí. No podía viajar más con mi hábito de monja, porque sabía que me sentiría como una impostora. Aunque todavía no sabía cómo definirme, sabía que ya no era una hermana. Encontramos una tienda que vendía el tipo de ropa que se llevaba en aquella época y comprar supuso toda una nueva experiencia para mí. Me probé una sobrecota con aperturas amplias en los brazos, del tipo que en el monasterio me habían dicho que eran «las ventanas del infierno» porque tentaban a los hombres a meter las manos dentro. Ese tipo de ropa no era para mí. Al final me decidí por unas medias de hilo y una túnica sencilla. Metí el hábito de monja en mi mochila en lugar de tirarlo. Aunque hubiera querido, no podía deshacerme de él como si fuese basura.

Entramos en Mainz por el este a través de las puertas que se abrían al Rin. No te puedes imaginar lo fascinante que me parecía todo. ¡Había gente gritando! Sé que no parece gran cosa, pero recuerda que me había pasado toda la vida en un monasterio. Nos abrimos paso entre la multitud que se agolpaba frente a las paradas de comida y entre los borrachos que salían tambaleándose de las tabernas. Nadie me hizo ninguna reverencia, como siempre hacían cuando llevaba el hábito. Era sólo una ciudadana más.

Fuimos a los barrios más pobres, buscando el alojamiento más barato que pudiéramos encontrar. Al final encontramos un lugar en la judería, en la parte de atrás de la tienda de una pareja de ancianos. No parecían entender muy bien por qué queríamos vivir allí, porque la mujer no tardó mucho en darse cuenta de que yo era cristiana. Les aseguré que lo último que quería era hacer proselitismo y eso bastó. Supongo que era tan obvio que decíamos la verdad y que necesitábamos un lugar donde vivir que se dieron cuenta de que no éramos más que una pareja de enamorados. Si lo éramos o no era otra cuestión, pues entonces, desde luego, yo no estaba segura, pero eso le parecimos a nuestra casera. Pagamos por adelantado los primeros meses e incluso nos dieron un poco de pan como bienvenida.

Pasamos algún tiempo explorando la ciudad, pues no estabas todavía lo bastante bien como para ponerte a buscar trabajo. Me pasé la primera semana con los dedos cruzados deseando que nos gustara la ciudad y, lo que era más importante, que nos siguiéramos gustando el uno al otro. Mainz sólo hacía un kilómetro o dos de lado a

lado y debía de tener unos veinte mil habitantes. Una ciudad grande para la época. Había una plaza con un mercado en el extremo nororiental y la primera vez que lo visitamos se estaba celebrando allí un animado festival. El ayuntamiento estaba en esa misma plaza, así como el hospital dedicado al Espíritu Santo, aquel al que había sugerido que te llevasen cuando te quemaste por primera vez. En la parte occidental estaban las huertas y una granja de cerdos que llevaban unos monjes antoninos que, por algún motivo, creían que criar cerdos era el complemento perfecto a su otro trabajo, que era cuidar a los enfermos.

El número de órdenes religiosas que había en Mainz era notable. Estaban los franciscanos, los agustinos, los caballeros teutónicos, los cartujos, las magdalenas y... no sé, muchas más de las que puedo recordar. Pero las que más me interesaban eran la beguinas, que eran esencialmente monjas sin votos formales. Dada mi situación, puedes imaginarte que me sentía muy próxima a ellas, que no formaban parte de la Iglesia pero tampoco del mundo. En la calle parecían estar por todas partes y verlas me animaba un poco. A pesar de que me había marchado de Engelthal, no tenía intención de abandonar a Dios.

La catedral de San Martín se elevaba por encima de los demás edificios de la ciudad. Se construyó bajo la dirección del arzobispo Willigis alrededor del año 1000, porque después de conseguir que los reyes alemanes fueran coronados en Mainz necesitaba un marco adecuado para aquellas ceremonias. Pero el día antes de su consagración oficial, San Martín se incendió. Parece que a la catedral le gustaron las llamas, pues para cuando llegamos ya había ardido otras dos veces. Siempre me ha parecido muy apropiado. Quemada tres veces, tres veces resucitó.

San Martín era una iglesia bellísima. Las puertas eran de bronce y había una asombrosa talla de la crucifixión. Los días de sol, las maravillosas vidrieras inundaban la nave de luz multicolor. Más allá del transepto estaba el coro principal y en el ala este, elevado, estaba el segundo coro. En la catedral estaban las tumbas de algunos arzobispos; Siegfried von Epstein, creo, y Peter von Aspelt. Durante los años que pasamos en Mainz se añadió la tumba del arzobispo Von Bucheck. No podías entrar en aquel lugar sagrado sin sentir el peso de su historia.

Cuando terminamos de explorar la ciudad, te pusiste a buscar trabajo. Sabías que tendrías que empezar desde lo más bajo, pero estabas seguro de que tu dedicación te haría prosperar. Cada mañana madrugabas para visitar todas las iglesias en construcción y cada mañana te rechazaban en todas ellas. Entonces empezaste a visitar las obras de casas privadas, edificios comerciales y carreteras nuevas, pero tampoco te aceptaron en ninguna de ellas. Se te empezó a conocer en las obras como ese tipo curioso que siempre merodeaba por allí, pero no importa lo que hicieras, nunca te ofrecían empleo.

El primer problema era que te negabas a mentir. Cuando el capataz te preguntaba si tenías experiencia, siempre le decías que no habías trabajado de albañil desde hacía algún tiempo. Cuando te preguntaban qué habías hecho mientras tanto, les decías que

habías sido un soldado. Si insistían en saber qué tipo de soldado, permanecías en silencio. Pero el motivo real por el que te rechazaban una y otra vez eran tus quemaduras. No eran ni mucho menos tan graves como las que tienes ahora, pero trata de imaginarte lo que pasaba en aquella época tan supersticiosa. ¿Quién sabía cómo habrías llegado a quemarte, especialmente si te negabas a dar detalles? Sin duda, pensaban, había algo siniestro en ello.

Cada noche te arrastrabas a casa, pero te detenías un momento frente a la puerta de entrada. Te arreglabas la ropa y cerrabas y abrías los puños unas cuantas veces hasta que conseguías hacer asomar una sonrisa a tu rostro. Lo sé porque te miraba desde la pequeña ventana. Antes de entrar me cambiaba de sitio para que no supieras que te había visto.

Mis problemas para adaptarme a nuestra nueva vida eran otros. La libertad me oprimía. Sin ningún horario de plegarias al que ceñirme, visitaba las iglesias de la ciudad a mi propio ritmo, pero rezar sin tener que hacerlo era muy distinto. Me dediqué a aprender a cocinar, algo que nunca había hecho en el monasterio. Empecé con verduras y frutas pensando que con ellas no podría equivocarme, pero al cabo de unas semanas me diste a entender que te gustaría comer algo más «sólido». Eso quería decir algo cocinado, algo que llevase carne. Quemándolo, dejándolo demasiado crudo o equivocándome al mezclarlo, conseguí destruir todo aquello que puse sobre un fogón. Tú sonreías ante cada uno de mis intentos, te escondías trozos en los bolsillos y me decías que cada vez lo hacía mejor. Otro gesto bondadoso por tu parte. Al final nuestra casera se cansó de soportar los terribles olores que salían de mi cocina y me enseñó unos cuantos trucos para salir del paso.

Pero cocinar era fácil comparado con lo que suponía ser una amante. ¡Dios, estaba aterrorizada! Pero también fuiste paciente, ciertamente mucho más de lo que era razonable esperar. Quizá en parte era por tus quemaduras, porque algunas noches te dolían demasiado si te las tocaba. No eras inocente y hubiera sido ingenua de haberlo esperado, pero nunca te disculpaste por haber conocido a otras mujeres antes. Una cosa era antes de que nos hubiéramos conocido y otra después, y eso era todo. Igual que yo había dejado atrás mi vida anterior, tenía que aceptar que tú habías hecho lo mismo. Por lo general no era difícil aunque a veces, aunque no te dieras cuenta, tenía que esforzarme mucho para evitar que mis celos se escapasen de su jaula.

Tu experiencia en la arena del amor físico tuvo una ventaja. Por extraño que fuera, era lo mismo que me había pasado la vida intentando perfeccionar, sin conseguirlo, en el amor espiritual. Nunca tenía que liderar, sólo recibir. Tú me descubriste una sensualidad que no sabía que poseía. Descubrí que yo... Mírame, después de todos estos años, todavía me sonrojo, todavía no puedo hablar sobre ello. Digamos que siempre había respetado mis votos pero que después de unos pocos meses contigo me di cuenta de que una vida de castidad no era vida en absoluto.

En cualquier caso, me acostumbré a la vida fuera del monasterio. Seguía yendo a



San Martín, pero mis oraciones pronto fueron por tu salud y porque consiguieras pronto trabajo, lo que quería decir que rezaba por lo que quería que sucediera en lugar de por lo que Dios hacía. Fuera de la iglesia trabé conversación con las beguinas que había por la calle y me hice amiga de bastantes de ellas.

La Iglesia básicamente consideraba que no era apropiado que los «aficionados» se entrometieran en los asuntos de Dios, pero yo no estaba de acuerdo. Las beguinas trabajaban en la calle y cumplían sus votos de pobreza, lo que no se podía decir de las iglesias, donde descubrí que la mayoría de los sacerdotes carecían de formación y algunos eran corruptos. Las beguinas se ganaban la vida fabricando pequeños objetos de artesanía, trabajando en hospitales y con las limosnas, en lugar de imponer impuestos obligatorios, y cada noche regresaban a sus beguinatos para empezar de nuevo todo el proceso al día siguiente. Su sinceridad era indiscutible. Al poco tiempo llegué a la conclusión de que el principal motivo por el cual la Iglesia se oponía a las beguinas era porque la hacían quedar mal.

Las beguinas no sabían exactamente qué pensar de mí. Podía hablar largo y tendido sobre la Biblia y leía latín y alemán. Había estudiado a todos los eruditos y maestros bíblicos. Conocía a Mechthild von Magdeburg, una mística muy importante para las beguinas, y su obra maestra, *La fluida luz de la divinidad*, me era familiar. Sabía todas esas cosas, pero no podía —no quería— decirles cómo o por qué. Les parecía una joven impresionante pero las confundía. Lo que más les interesaba, sin embargo, era lo mucho que sabía de hacer libros. Sabía más que sus propias expertas, que fabricaban las Biblias de los pobres que repartían por la calle.

Se acercaba el invierno, tú todavía no habías encontrado trabajo y las constantes negativas empezaban a cobrarse su precio. Los capataces cada vez reaccionaban con más hostilidad ante tus constantes visitas y cada noche te arrastrabas de vuelta con menos energía. Empezaste a torturarte por no ser capaz de «hacer lo que cualquier hombre decente puede hacer». Fue mi escuela en otra importante lección del mundo exterior: la lección sobre el orgullo masculino. Quería ayudarte, pero reaccionabas con ira ante cualquiera de mis sugerencias. Yo sabía que estabas enfadado contigo mismo y no conmigo, pero eso no lo hacía más fácil.

Otro grave impedimento es que no tenías tus documentos de oficial, que te acreditarían como obrero especializado, que se esperaban de cualquier trabajador de tu edad. No importaba que no fuera culpa tuya, que tu padre y tu madre hubieran muerto cuando todavía eras un niño. Pero las cosas estaban así. El gremio de constructores era muy poderoso y, simplemente, no cumplías sus requisitos. Algo se tenía que hacer y pronto, pues se nos estaba acabando el dinero.

Así que tomé dos decisiones sin decírtelo. En primer lugar ofrecí mis servicios a las beguinas. No como miembro, sino como trabajadora por cuenta propia.

La producción de las Biblias de los pobres no era complicada, simplemente impresiones de texto e imágenes a partir de bloques de madera, pero aun así me parecieron impresionantes. Tan poca gente podía leer que la única manera de que las

historias religiosas llegaran a las masas era mediante dibujos. Se colocaban lado a lado historias del antiguo y nuevo testamento, para que el lector pudiera contemplar su relación. Las beguinas no subestimaban a sus lectores, sino que trataban de hacerlos reflexionar. Aun así, sabía que podía mejorar la calidad de los escritos y sugerir mejores combinaciones de escenas. Las beguinas no estaban seguras, así que les di algunas muestras y tuvieron que admitir que era muy buena. Pero seguían recelando de dejar que alguien de fuera tocara su trabajo y decidí que había llegado el momento de contarles mi vida en Engelthal.

Después de escucharme, les faltó tiempo para aceptarme en sus filas. No lo admitían en voz alta, por supuesto, pero supongo que pensaban que si yo andaba por allí quizá se les pegase algo de Engelthal. Aunque no podían permitirse pagarme, me regalaban pan y nabos. Lo que hizo que las cosas fueran más fáciles, pues cuando regresabas a casa después de buscar trabajo te podía decir, con toda sinceridad, que me habían dado la comida como limosna. No tuve que decirte que yo ganaba algo y tú no.

Lo segundo que hice nunca te lo he contado hasta ahora. Por favor, recuerda que ha pasado mucho tiempo y espero que sepas perdonarme.

Te levantaste una mañana y te preparaste para tu jornada de búsqueda de empleo. Te pregunté, sin darle importancia, qué iglesias pensabas visitar y me dijiste que empezarías por San Cristóbal y luego probarías en las clarisas y en San Quintín. Después no lo sabías todavía. En cuanto saliste por la puerta, arrastrando los pies, me puse mi hábito de monja por primera vez desde que me marché de Engelthal. Me dirigí corriendo a San Quintín, sabiendo que te llevaría algún tiempo llegar allí.

—Será una iglesia muy bonita —le dije al capataz—. La nave parece relativamente corta y la bóveda es elevada. Es un efecto muy interesante.

Me dio las gracias, pero sabía muy bien que no estaba allí para hablar de arquitectura. Educadamente —nadie quiere insultar a una monja— me preguntó por el propósito de mi visita. Había venido de parte de un amigo, le respondí, un amigo que buscaba trabajo. Un hombre cubierto de quemaduras. El hombre puso los ojos en blanco y me contestó que sí, que ese hombre venía cada condenado día a buscar trabajo, que disculpase su lenguaje, pero que tenía suficientes obreros. Además, el aspecto del hombre inquietaba a los demás.

Utilicé mi voz más apaciguadora, la que había desarrollado específicamente para hablar sobre Dios.

—Pero sin duda no se debe juzgar a un hombre sólo por su apariencia. Sé a ciencia cierta que este hombre tiene un buen corazón y experiencia en el trabajo de la piedra.

El capataz me respondió, de nuevo educadamente, que parecía que no habías trabajado en muchos años, durante los cuales habías sido algún tipo de soldado, probablemente un mercenario, si no se equivocaba.

Ni confirmé ni desmentí la suposición del capataz, pero sí sugerí crípticamente:

—Hay soldados que luchan por la causa de Dios, hombres cuyas acciones son necesarias pero sobre las cuales no se habla en público. Así que le pregunto de nuevo, ¿no habrá en la obra de una iglesia tan magnífica como ésta sitio para un trabajador más, aunque sea un trabajador cuya historia no esté completa? Yo respondo personalmente de su carácter.

Me miró de arriba a abajo y me preguntó de dónde, exactamente, era yo. Le respondí que de Engelthal, sin decirle que ya no formaba parte del monasterio. No puedo decir si le impresionó o no. Obviamente había oído hablar de Engelthal, porque asintió con la cabeza. Dijo que vería lo que podía hacer, pero que no podía prometerme nada.

—Muchas gracias por escucharme. Si encontrara un hueco para él, por favor, no le hable de mi visita. Es un hombre orgulloso y le vendrá bien creer que su persistencia ha sido recompensada.

Hice una reverencia y, para rematar el trabajo, le dije al capataz que rezaría por él.

Después de mudarme de ropa, fui directamente a San Martín, no a rezar por el alma del capataz, como me había ofrecido a hacer, sino por la mía. Aquel engaño vestida con ropa de la Iglesia me había revuelto el estómago. Cuando salí de la catedral no sentí que fuera a ser perdonada. Había rezado por alguna señal en ese sentido, pero no hubo ninguna.

Hasta esa noche, cuando entraste por la puerta agotado pero sonriente y cubierto de polvo.

—Uno de los capataces me ha contratado hoy.

Pasaron semanas y causaste muy buena impresión en la obra. Cuando se acabó el trabajo en San Quintín, el capataz te recomendó a San Esteban. Así fue durante todo el invierno, en que fuiste pasando de una obra a otra. Te ganaste una modesta reputación e hiciste algunos amigos, y te desbordaba la felicidad al traer a casa un puñado de monedas cada día. Yo calentaba agua y llenaba un cubo grande para poder lavarte. Todavía tenías cicatrices y estabas tenso, así que acariciaba tu cuerpo hasta que los nudos se aflojaban. Era un trabajo difícil para cualquier hombre, pero tus heridas lo hacían doblemente difícil. Aun así, cada día estabas más fuerte. Te alimentaba con lo que nos podíamos permitir, habitualmente sólo nabos o pan negro, cortes baratos de carne y cualquier cosa que conseguía con mi trabajo secreto con las beguinas.

Siempre teníamos el dinero justo para pagar el alquiler. Nuestra casera continuó enseñándome a cocinar y me presentó a algunas de sus amigas. Les llevó tiempo aceptarme porque las relaciones con los cristianos siempre habían sido complicadas para los judíos de Mainz. Todavía se contaban historias sobre la masacre que sufrieron a manos de los cruzados de Emich y cómo el arzobispo trató en una ocasión de expulsar a todos los judíos de la ciudad. Pero como vivían y tenían sus negocios en la localidad, tenían que tratar con todo tipo de gente. Supongo que decidieron que puesto que nunca trataba de inculcarles mis creencias religiosas, podían aceptarme

como persona.

Así que ahora tenía algunas amistades judías además de a mis amigas las beguinas, y tú tenías a los compañeros de trabajo que habías conocido en todas las obras de la ciudad. Dejé de rezar por una señal de que había hecho lo correcto al dejar Engelthal. Ahora sabía que mi decisión había sido la adecuada.

En primavera uno de los albañiles de los que te habías hecho amigo te hizo una oferta inusual e inesperada. Te dijo que estaba «harto de formar a niños estúpidos» y que le gustaría trabajar con un hombre. Si no te importaba que el salario fuera bajo, le pediría al gremio de la construcción que te concediera una dispensa especial para que pudieras formarte como aprendiz. Te advirtió que no sería sencillo y que cobrarías menos de lo que estabas cobrando, pero que al final recibirías tus documentos de oficial. Apenas lo hablamos unos minutos antes de decidir que puede que nunca te volvieran a hacer una oferta como ésa. Resultó un poco difícil convencer al gremio, pero al final aceptaron, y así te convertiste en el aprendiz más viejo de Mainz.

Te volcaste en el trabajo, llegando temprano y marchándote tarde. Hiciste todo lo que pidieron, no te quejaste nunca y prestaste mucha atención a cuanto te ordenaban. Te ayudó el tener una aptitud natural para tallar la piedra. El paso de los años no había borrado las enseñanzas de tu padre.

La fe en un futuro mejor es un don asombroso. Seguíamos sin tener dinero, pero empezamos a hablar de mudarnos. «Una casa pequeña, quizá». Eso nos dio algo con lo que soñar y los sueños eran necesarios porque la pérdida de ingresos estaba afectando a todos los aspectos de nuestra vida y de manera destacada a nuestra dieta. Sin la «caridad» de las beguinas nunca lo habríamos logrado.

Aunque teníamos el estómago vacío, cuando paseábamos por la ciudad señalábamos las casas a las que nos mudaríamos. Algún día.

—Y cuando lo hagamos, te pediré que me hagas el honor de convertirte en mi esposa —me dijiste.

## XX

**U**n momento muy desafortunado para detener la narración de nuestro pasado. Cuando le supliqué a Marianne Engel que me contara si nos casábamos, me dijo:

—Tendrás que esperar para saberlo.

•••

Volvía a menudo al hospital para continuar con la cirugía de reconstrucción. Pero llegados a este punto se trataba de cuestiones cosméticas: intentos de que mejorara mi apariencia, no mi funcionalidad. Le pregunté a Nan cuánto tiempo tendría que continuar con los autoinjertos y me contestó que no lo sabía. Le pregunté si al final mi aspecto mejoraría mucho y me contestó que eso variaba bastante según cada paciente.

Siempre sentí que, aunque Marianne Engel me cuidaba muy bien, consideraba mis ausencias de la fortaleza bienvenidos descansos en los que podía trabajar sin interrupciones. No era extraño que tomase un taxi tras unos días en el hospital y me la encontrase durmiendo exhausta en la cama, todavía cubierta de polvo. Iba entonces al sótano y hallaba un nuevo monstruo mirándome con desconfianza. Luego comprobaba los boles de agua y comida que había dejado a *Bougatsa* antes de marcharme y estaban siempre vacíos. Sospecha que el perro se lo comía y bebía todo en cuanto yo salía por la puerta, pero no podía hacer nada al respecto. Después de todo, mis viajes al hospital resultaban muy beneficiosos, porque el hecho de que esculpiera durante mi ausencia quería decir que podíamos pasar más tiempo juntos cuando regresaba a la casa.

Pero aun así había momentos en que esculpía mientras yo estaba en casa. Yo había mejorado mucho y podía cuidar de mí mismo, y de ella, mucho mejor. Aunque seguía apartándose del trabajo lo bastante como para bañarme, pude notar que le molestaba: cuanto más avanzada estaba la estatua, con más fuerza restregaba mi cuerpo. Cuando terminaba, se retiraba al sótano y yo le llevaba comida.

—Esculpirías mejor, y más rápido, si comieras algo de vez en cuando, ¿sabes?

—No se trata sólo de sacar a la gárgola. Se trata también de perfeccionar mi espíritu.

—¿Qué quiere decir eso?

—El mundo mima al cuerpo con comida y comodidades materiales —dijo—. Apaciguan a la carne pero son enemigas del espíritu. La abstinencia es una brida que le da al espíritu una oportunidad en su eterno enfrentamiento contra el cuerpo.

Era otra discusión ajena a la lógica, así que era otra discusión que estaba destinado a perder. De modo que vacié los ceniceros, rellené las botellas de agua y dejé un plato con fruta cortada que supe que hallaría intacto la próxima vez que

bajara.

Los éxtasis de Marianne Engel siempre se agotaban al cabo de unos pocos días. Se disculpaba por el tiempo que había pasado alejada de mí pero yo sabía que lo cierto es que no podía quejarme, pues habitualmente sólo hacía una —máximo dos— de aquellas sesiones cada mes. Esas sesiones pagaban todas mis facturas y el resto del tiempo me lo dedicaba exclusivamente a mí: cualquiera cuya esposa trabaje de nueve a cinco me dirá que cierre la boca y deje de quejarme.

Cada una de esas sesiones, además, era la oportunidad perfecta para llamar a viejos conocidos y organizar la entrega de la morfina extra que estaba comprando con mi tarjeta de crédito.

• • •

Los demás clientes del supermercado trataban de no mirarnos, sin éxito. Marianne Engel llegó a saludar con la mano a una abuela boquiabierta que se marchó corriendo como si la hubieran sorprendido haciendo algo inmoral pero que aun así no pudo resistirse a mirar atrás dos veces mientras se alejaba.

Intelectualmente comprendía la fascinación que la gente sentía por mí, pero emocionalmente la odiaba. Había perdido para siempre mi anonimato, porque ahora destacaba en el sentido más literal del término. El hecho de que mi cuerpo estuviera escondido bajo plexiglás y ropas de compresión sólo me hacía, de alguna forma, más llamativo. Como en cualquier buena película de terror, lo que te imaginas es más terrible que lo que ves.

Oí a una madre que le decía a su hijo que dejase de mirarme fijamente. El niño, de cinco o seis años, se escondió tras la pierna de su madre pero sus ojos no se apartaron de mí.

—Lo siento. Es... humm, muy curioso y, ah, demasiado extravertido.

—¡No debe disculparse por eso! ¡No se puede ser demasiado extravertido! —Marianne Engel se agachó para mirar al pequeño cara a cara—. Eres muy guapo. ¿Cómo te llamas?

—Billy.

—¿Es el diminutivo de William?

—Sí.

—Es un nombre muy bonito. —Marianne Engel me señaló con la cabeza—. William, ¿te da miedo mi amigo?

—Un poco —susurró Billy.

—En realidad no es tan malo cuando lo conoces.

Me pregunté a quién estaba haciendo sentir más incómodo Marianne Engel, si a Billy, a su madre o a mí, y dije que deberíamos ir tirando. Me había olvidado del efecto que mi graznido causaba en la gente que lo oía por primera vez y cuando acabó de esconderse más, Billy me preguntó con una mezcla de curiosidad y

asombro:

—¿Qué te ha pasado?

La madre le regañó, explicándole que aquélla no era una pregunta muy educada. Yo le quité importancia con un gesto de la mano, pero Marianne Engel le preguntó si no sentía un poco de curiosidad ella misma. La madre de Billy se atragantó con unas cuantas palabras hasta que consiguió pronunciar tres:

—Bueno, un poco...

—Pues por supuesto que siente curiosidad. ¡Mírele! William ha preguntado lo que todo el mundo piensa. —Marianne Engel acarició el cabello del niño para que supiera que no le estaba criticando.

—Todavía está en el parvulario —dijo la madre.

—Me quemé en un fuego.

Yo sólo quería acabar con la conversación para que pudiéramos irnos, pero Billy tenía otra pregunta.

—¿Te dolió mucho?

—Sí. —Contuve la tentación de advertir al niño que no jugara con cerillas—. Pasé mucho tiempo en el hospital.

—Uau —dijo Billy—, debes de estar muy contento de no estar ya allí.

La madre tiró de la mano del niño tan fuerte que no pudo ignorarla.

—Tenemos que irnos.

Ella no volvió la vista atrás, pero Billy se giró y dijo adiós con la mano mientras su madre lo arrastraba por el pasillo.

Cuando salimos del supermercado Marianne Engel dejó toda la calderilla del cambio en la mano de uno de los mendigos que merodeaba por la puerta. Mientras tanto no dejaba de hablar sobre las estatuas de su taller porque, al parecer, sus Tres Maestros le habían informado recientemente de que tenía que terminarlas.

Yo aguanté bastante bien hasta que llegamos al coche, pero mientras entraba me golpeé un buen trozo de carne quemada con la puerta. Mi cuerpo reaccionó inmediatamente a mi error enviando una intensa descarga de dolor que pasó de un racimo de nervios al siguiente, y la serpiente empezó a lamer la base de mi cráneo como si yo fuera un ratón que estuviera a punto de tragarse. ¡JÓDETE! ¡JÓDETE! ¡JÓDETE! Me empezaron a temblar las manos por el ansia inmediata de morfina y le supliqué a Marianne Engel que me pusiera una inyección tan pronto como pudiera. Tomó los instrumentos de mi neceser (nunca salía de casa sin él) y me pinchó con la jeringuilla.

La morfina es como un fanático religioso en una misión divina; busca partes del cuerpo que convertir, ofreciendo sueños paradisíacos que fluyen lentamente por tus venas. La serpiente se empapó del fluido y sus movimientos se ralentizaron hasta que se quedó quieta, pero sabía que volvería. La serpiente siempre volvía.

¿Cuándo había sido la última vez que mi sangre había estado libre de sustancias contaminantes? A los veintipocos años, supuse.

Marianne Engel deambuló por nuestra casa durante días con un café en una mano y un cigarrillo en la otra torturándose por no ser capaz de purificar debidamente su instrumento físico para recibir nuevas instrucciones. Al final aceptó que realmente había llegado la hora de terminar las estatuas incompletas que se habían ido acumulando en su taller.

—No lo puedo aplazar más, supongo. Eso dicen los Maestros.

Trabajó en aquellas estatuas de forma distinta a como lo hacía con las que empezaba de cero. No la poseyó ninguna energía daimónica y subía a ayudarme con mis ejercicios o salía a sacar a pasear a *Bougatsa*. Cuando me bañaba por la mañana no me sentía como un intruso que la apartaba de su trabajo. La diferencia del proceso, me explicó, no era cosa suya sino de los grotescos. Al haber parado a medias una vez, comprendían que tenían más tiempo del que habían creído al principio.

—Han aprendido que, haga lo que haga con ellos, seguirán siendo piedra. Saben que no necesitan gritarme para conseguir lo que quieren.

En unas pocas semanas terminó unas cuantas de las piezas que tenía pendientes. La cabeza de pájaro que había reposado sobre unos hombros humanos, pero cuyo resto seguía siendo pura piedra, recibió un torso de hombre y patas de cabra. El monstruo marino salvaje que se abría paso con sus garras en un océano de granito recibió el resto de su cuerpo, además de la espuma de la cresta de las olas. Vinieron unos camiones a recoger las estatuas y llevarlas a la galería de Jack para ponerlas a la venta, pues los cigarrillos y las ropas de compresión cuestan dinero.

Me sorprendí un poco cuando, pocas semanas después, Marianne Engel me pidió que la acompañara al taller, la única zona de la casa que era inequívocamente su territorio privado. Pasó unos momentos haciendo pequeñas tareas, sin decir nada ni mirarme, esforzándose por parecer natural. Era muy distinto a las veces que la había visto sumida en su éxtasis de trabajo. Cogió la escoba y barrió unos pocos pedazos de roca hasta un rincón antes de soltar sin previo aviso:

—Espero que no te enfades.

Se acercó a un bloque de piedra que había cubierto con una sábana blanca. Yo no le había concedido la menor importancia ya que, después de todas sus otras excentricidades, esconder una obra hasta que estuviera acabada parecía algo perfectamente cuerdo. Por el contorno que tomaba la sábana se podía discernir una silueta vagamente humana, lo que me hizo pensar en un niño disfrazado de fantasma en Halloween. Cuando tiró de ella, dijo:

—He estado haciéndote a ti.

Era una estatua a medio terminar de mí. No, no a medio terminar, sino, más concretamente, sólo un esbozo del contorno de mi cuerpo. No había tallado todavía los detalles pero era posible reconocer mi forma: los hombros adecuadamente encorvados, la ese de la columna; la cabeza parecía correcta, teniendo en cuenta que



su dimensión estaba mal cuando se la comparaba con el resto del cuerpo. Era como mirarme al espejo por la mañana antes de abrir del todo los ojos. Tartamudeé que no estaba enfadado porque hubiera estado «haciéndome», sino perplejo. *¿Por qué?*

—Me lo ha ordenado Dios —dijo, muy seria, antes de echarse a reír para que supiera que bromeaba.

Yo también me reí, pero de forma mucho menos convincente.

—Quiero que poses para mí, pero piénsalo antes de comprometerte —dijo, señalando las gárgolas a medio terminar que la rodeaban—. No quiero que tengas el mismo destino que éstas.

Asentí, no para decir que sí, sino para indicar que pensaría en ello, y volvimos hacia las escaleras. Me concentré en subir correctamente pero cuando volví la cabeza para mirar la figura de piedra en la esquina no pude evitar pensar que tenía que mejorar mi postura corporal.

• • •

Jack entró a trompicones por la puerta principal, esforzándose por sostener el peso de una planta muy frondosa que dejó caer en un rincón de la sala.

—La última vez que estuve aquí vi que no teníais plantas. ¿Es que no hay nada vivo en esta casa? —Jack me miró y añadió—: Dios mío, no te has vuelto ni un pelo más guapo, ¿verdad? —Volvió su atención rápidamente hacia Marianne Engel, que había contemplado divertida la irrupción de Jack—. Tengo un par de compradores privados para tus esculturas. No les entusiasma nada de lo que han visto en la tienda, así que quieren saber si estás trabajando en algo nuevo. Les dije que siempre estás trabajando en algo nuevo.

—¿Buenos hogares? —preguntó Marianne Engel.

—Sí, son buenos hogares —suspiró Jack—. Todos los hogares que encuentro son buenos y cuidarán bien de tus monstruitos. A pesar de que son sólo pedazos de piedra. Sabes que sólo son piedra, ¿verdad? Ah, y Princeton necesita trabajos de reparación.

Marianne Engel meneó la cabeza.

—Ahora mismo no me interesa viajar.

—Ya, estás demasiado ocupada cuidando de Churrasquito —dijo Jack—. Por los clavos de Cristo, Marianne, pagan muy bien y vas a decirles que no. La unión de arte y caridad es una receta segura para el desastre.

Marianne Engel le dio un fuerte abrazo y dijo algunas palabras en mi defensa, pero básicamente el estallido de Jack la divirtió mucho. Eso hizo que ésta se enfadara todavía más.

—¿Recuerdas cuando trajiste a casa a *Bougatsa*? —dijo Jack—. ¡También él era un vagabundo!

• • •

En nuestra supuesta vida anterior yo le había regalado a Marianne Engel un ángel de piedra que yo había esculpido —el ángel que tenía en su biblioteca— mientras que en esta vida ella me había regalado un grotesco que ella había esculpido. Había en ello simetría, igual que en la forma en que habíamos trocado nuestros oficios: entonces era ella la que trabajaba con libros y yo el que trabajaba con piedra.

Esta observación es puramente académica, supongo, pero mi reacción a la idea de que esculpiera una estatua de mí fue completamente visceral. Es muy halagador que un artista quiera retratarte, por supuesto, pero también me hacía sentir raro la idea de que mi aspecto fuera a quedar grabado en la roca de forma permanente. Por primera vez comprendí el temor que sienten los salvajes a que la cámara les robe el alma al capturar su imagen.

—¿Cómo sería? —le pregunté—. ¿Qué tendría que hacer yo?

—Tú no tendrías que hacer nada —respondió—. Sólo sentarte ahí.

El comentario me hizo pensar en nuestra conversación después de que me obligara a disculparme ante Sayuri, cuando me dijo que no tendría que «hacer nada» para probar mi amor por ella. Entonces no entendí qué me quería decir, pero si era esto a lo que se refería, ¿cómo podía negarme?

—Vale, lo haré.

—Será bonito trabajar con un modelo vivo, para variar —dijo—. Por fin podré dar forma a la piedra, en lugar de sacar la forma de la piedra.

Empezó a quitarse la ropa y le pregunté qué estaba haciendo. Siempre esculpía desnuda, me dijo, y no iba a cambiar ahora: ¿me molestaba? Le dije que no, pero en realidad no estaba seguro. Había algo en su cuerpo desnudo que me alteraba, a mí, al exactor porno y prodigioso seductor de mujeres, de una forma que no alcanzaba a entender. Había algo tan salvaje y cautivador en su desnudez...

Pero no iba a decirle lo que tenía que hacer en su propia casa. Tan pronto como se hubo quitado la ropa, me retiró la ropa de compresión y pasó los dedos por los pliegues de mi carne quemada, como si sus yemas estuvieran memorizando mi topografía.

—Me encanta que tus cicatrices sean tan rojas. ¿Sabías que pintaban las gárgolas de colores brillantes para que sus rasgos destacaran más?

Se acercó a una de sus criaturas y pasó los dedos sobre ella, igual que me había tocado a mí instantes antes. El movimiento de sus manos me hizo imaginar cómo un río discurre perfecto sobre una roca durante mil años. Señaló las profundas líneas esculpidas bajo los ojos de una de sus bestias.

—Mira cómo los rasgos están más esculpidos para subrayar las sombras y dar sensación de profundidad. Son detalles que los parroquianos que contemplan la gárgola desde abajo ni siquiera pueden ver.

—Entonces ¿por qué incluirlos?

—Porque también trabajamos para los ojos del Señor.

Que me esculpieran me hizo sentir más desnudo que cualquier película pornográfica y pude soportar la primera sesión únicamente porque fue corta. Sólo podía quitarme las ropas de compresión quince minutos cada vez, un límite que Marianne Engel siempre respetaba con rigor. No importaba que el trabajo avanzase poco a poco; yo confiaba en que tendríamos años para acabarme.

Al final de cada sesión me mostraba sus progresos y charlábamos sobre cualquier cosa que nos venía a la cabeza. En una ocasión mencionó de forma casual, mientras apagaba un cigarrillo:

—No te olvides que pronto iremos a una fiesta de Halloween.

Era la primera vez que lo oía, le dije.

—No, no lo es. El año pasado en el pabellón de quemados te prometí que iríamos, ¿te acuerdas?

—De eso hace mucho.

—Un año no es mucho, pero te propongo un trato. ¿Vendrás si te cuento otra historia?

—¿Una historia sobre qué? —pregunté.

—Creo que ésta te gustará mucho —dijo—. Es sobre Sigurðr, mi amigo vikingo —añadió, con una sonrisa de complicidad.

## XXI

No hay muchos lugares peores para ser huérfano que la Islandia del siglo IX. Los padres de Sigurðr Sigurðsson habían llegado con la primera oleada de inmigrantes escandinavos y decidieron que aquella tierra poseía una extraña belleza que la hacía adecuada para crear una familia. Pero cuando Sigurðr tenía sólo nueve años, su padre desapareció entre los témpanos de hielo y, poco después, su madre se fue a dormir para no despertar. El niño se hizo cargo de las tierras de la familia e intentó salir adelante, pero no lo logró: Sigurðr era simplemente demasiado joven y al poco tiempo tuvo que sobrevivir a costa de las ballenas muertas que varaban en las playas.

Lo cierto es que no era una mala ocupación: la carne se aprovechaba para comer, la grasa para las lámparas y los huesos para fabricar todo tipo de instrumentos. Sigurðr comerciaba con todas aquellas cosas para mantenerse. Aun así, sentía que le faltaba algo a su vida. A pesar de ser todavía un niño, comprendía que no bastaba con ganarse la vida con las ballenas muertas y soñaba con ser fuerte y valiente.

Así que, cuando no estaba descuartizando a las ballenas embarrancadas, Sigurðr buceaba. Al borde de un fiordo con el océano entero a sus pies, aguardaba un momento conforme el mundo parecía desaparecer a su alrededor. Entonces sus piernas le impulsaban al vacío y experimentaba un breve momento de ingravidez mientras la batalla entre el cielo y el mar pendía en tablas, un momento en el que Sigurðr imaginaba sólo por un bello instante estar flotando cerca del Valhalla.

Pero el mar siempre vencía y el niño cortaba el aire como un cuchillo al caer. El agua ascendía a su encuentro y cuando atravesaba su superficie transparente se sentía como si estuviera en su hogar. Y se impulsaba hacia abajo, en busca del fondo del océano, antes de emerger de nuevo con la sensación de haber sido purificado. Pero esa sensación no duraba mucho.

Cuando jugaba con los demás niños, porque seguía siendo pequeño en aquel entonces, siempre se sentía distinto. Le gustaba jugar a la lucha libre y correr como a todos, e incluso le agradaba derramar un poco de sangre en una competición, pero llegó un momento en que los demás jóvenes encontraron mujeres con las que luchar. El pobre Sigurðr siguió feliz luchando sólo con los chicos y pronto la gente empezó a preguntarse por qué no parecía tener el menor interés en conseguir esposa.

Sigurðr tomó la costumbre de pasar las tardes en la taberna local para demostrar su masculinidad, pero por mucho que intentaba mantener los ojos sobre los pechos de la camarera, su mirada se escapaba inevitablemente a los peludos nudillos del tabernero. De ahí sus ojos pasaban a la pronunciada curva de las nalgas de Höbroddr y luego, siempre, acababan sobre otro hombre, un poco mayor, llamado Einarr Einarðson.

Einarr era un pedazo de granito con apariencia humana, tenía un pecho gigantesco

y unos antebrazos anchos capaces de domar a un hombre, o al menos eso le gustaba imaginar a Sigurðr. Los ojos de Einarr recordaban a Sigurðr el agua helada en la que buceaba y su cabello salvaje era como la pasión que latía en el corazón del joven. Einarr era carpintero, pero también era un vikingo.

Los dos hombres se conocían de vista, como era inevitable en una tierra tan poco poblada, pero se habían tratado poco hasta la tarde en que Sigurðr se armó de valor y se acercó para hablar. Infló el pecho más de lo normal, hizo más grave el timbre de su voz y se rió con la más masculina de sus carcajadas. Aun así, a Einarr le llevó poco ver que sentado ante él no estaba un hombre, sino un niño perdido.

Algo de Sigurðr, tan lamentable pero tan lleno de esperanzas, hizo que Einarr se apiadara de él. Sabía que de niño había perdido a sus padres y le había visto vagar por las playas con bolsas llenas de trozos de ballena muerta. En lugar de ignorar al joven, le escuchó, y cuando Sigurðr decía algo embarazoso, lo que sucedió muchas veces, Einarr se limitaba a asentir. No veía qué podía ganarse insultando a alguien cuya vida ya era tan dura.

Esa noche en la taberna fue la primera de muchas. Su relación era extraña, pero de algún modo buena, porque Einarr apreciaba un aspecto del carácter de Sigurðr del que carecían sus compañeros vikingos. El joven, aunque no particularmente inteligente, tenía momentos en los que aspiraba a algo mejor. Sigurðr no quería destruir, quería crear, pero no sabía cómo. Hablaba a menudo de lo maravilloso que debía ser para Einarr crear cosas a partir de la madera. Aunque Einarr se limitaba a gruñir, en su interior estaba de acuerdo, lo que hacía para ganarse la vida era bueno aunque creía que quizá a aquel niño le podría ir un poco mejor si tuviera a alguien que le guiara.

Así que pronto Einarr le propuso a Sigurðr que le ayudara en la carpintería y el joven aceptó emocionado. No sería un aprendiz propiamente dicho, porque nunca se dio a entender que Sigurðr al final montaría su propio negocio, pero sería una buena forma de ocupar sus días. A Sigurðr le latía el corazón más rápido de lo normal la primera vez que entró en la casa de Einarr.

La casa era típica del estilo islandés, construida con los materiales que había a mano. Los cimientos se habían hecho con piedras irregulares de las que emergían postes de madera verticales. Las paredes eran de turba y ramas de abedul. Einarr mostró orgulloso un detalle que no era común: en una esquina de la casa había cavado una trinchera que llegaba a un arroyo cercano. No era necesario salir de la casa para conseguir agua limpia, bastaba con levantar los listones del suelo y sacar un cubo.

La casa entera estaba llena de madera, alguna nativa de Islandia, otra importada de Noruega y otra que había llegado a la playa flotando en el océano. Toda la madera tenía que guardarse dentro para que se mantuviera lo bastante seca como para poder trabajarla. De las paredes colgaban docenas de sierras, limas, escofinas, cuchillos y escoplos y estantes en los que almacenaban los aceites que se utilizaban para el

acabado de la madera.

Casi todos los bancos, estantes e incluso las herramientas de granja estaban adornadas con intrincados grabados. Sigurðr pasó el dedo suavemente sobre los delicados surcos de uno de los objetos, una cuna que había cerca de una pared. De cada una de las cuatro esquinas del mueble emergía un cuello de dragón que terminaba en una cabeza que encajaba perfectamente en la mano del padre para que éste pudiera mecer al niño hasta que se durmiera.

—Es para mi hijo, Bragi.

Sigurðr sabía que Einarr era padre y que estaba casado. No hacía falta que se lo recordasen.

—Está muy bien —dijo, y señaló un barril lleno hasta rebosar de varas de madera—. ¿Qué es eso?

Einarr sacó una y la observó detenidamente frente a su rostro antes de entregársela al joven.

—No soy particularmente bueno con el arco, pero sí que sé hacer un astil recto y perfecto.

—Einarr está fanfarroneando, ¿verdad?

Una mujer acunando a un bebé, al que daba el pecho, había entrado en la casa sin que la oyeran. Sus ojos eran incluso más azules que los de Einarr y su cabello, recogido con una cinta de colores, tenía mechas de rubio brillante teñidas con lejía.

—Tú debes de ser Sigurðr. Me alegro de conocerte por fin.

—Te presento a Svanhildr —intervino Einarr—. Mi ancla.

—Ah, ¿entonces soy yo la que te mantengo estable? —preguntó la mujer.

—No —respondió el marido—, eres la que me lastra.

Svanhildr le pegó fuerte en el hombro y mientras lo hacía Einarr lanzó el brazo hacia ella, pero no para devolverle el golpe, sino para asegurarse de que el niño no se le caería.

—El pequeñín —dijo Einarr— es Bragi.

Svanhildr le entregó el bebé a su marido, se ajustó su collar del tesoro y se cerró el mandil. En la cintura le cascabeleaban unas llaves cuyo tintineo se unía al de los muchos objetos que adornaban su collar, haciendo que todos sus movimientos estuvieran acompañados de música. Le pegó a su marido otra vez, melodiosamente, antes de recoger el bebé de sus brazos. Por su mirada, estaba claro que era una mujer feliz con su vida.

El hombre y el niño trabajaron toda la tarde —básicamente Einarr le enseñó cómo se utilizaban las distintas herramientas— antes de que Sigurðr regresara a su casa después de rechazar la invitación a quedarse a cenar que le hizo Svanhildr.

Al día siguiente, cuando Svanhildr abrió la puerta de la casa, Sigurðr le entregó una bolsa.

—He traído tiburón —dijo.

—No tenías que haberte molestado —respondió, exagerando educadamente el

peso de la bolsa al cogerla—. Lo dejaré fermentando y nos lo comeremos todos cuando esté listo.

En el silencio que se produjo a continuación, Sigurðr soltó:

—Encontrar ballenas está bien, pero los tiburones también son buenos.

—Claro. Por favor, entra. —Ella apartó de una patada un pedazo suelto de madera—. Es decir, si puedes encontrar sitio entre todos estos leños. A veces me parece que vivo en el bosque.

De nuevo los hombres pasaron el día juntos; esta vez la explicación versó sobre el correcto mantenimiento de las herramientas. Cuando Svanhildr le volvió a invitar a cenar, Sigurðr aceptó. Ella sirvió un guisado de pollo con algas y, mientras los hombres comían, meció la cuna de dragones hasta que Bragi se quedó dormido.

Se sentaron frente a la chimenea hasta bien entrada la noche, el humo escapando por un respiradero en el techo. Svanhildr calentó un pequeño caldero de cerveza y cuando las copas de los hombres lo vaciaban y se acercaban al fondo de sedimentos, tomaba la jarra con forma de ganso y rellenaba el caldero. Cuando Sigurðr comentó que la bebida tenía un gusto excelente, Svanhildr le explicó que su secreto consistía en combinar enebro y mirto.

—Se suele decir que la felicidad de un hombre depende de la calidad de su comida —explicó—, pero en el caso de Einarr depende mucho más de la calidad de su bebida.

Éste gruñó de satisfacción y echó otro trago.

Esa noche, mientras volvía a su casa, Sigurðr frotó inconscientemente entre los dedos un trozo de piel de tiburón que no le había dado a Einarr. Lo había cortado de la aleta dorsal porque sabía que sería perfecto como papel de lija, pero no había encontrado el momento de dárselo al carpintero. Para cuando llegó a su humilde casa, tenía los dedos tan entumecidos de frío que no se dio cuenta de que estaban cubiertos de sangre.

Las tardes siguientes Sigurðr descubrió que aunque no le entusiasmaba la carpintería, sí que se le daba muy bien pintar. Mezclaba los pigmentos negros a base de carbón, blancos hechos de hueso y rojos hechos de ocre y los aplicaba a las piezas terminadas. Sigurðr estaba tres veces contento: por la nueva habilidad que estaba desarrollando, por los propios colores y por la sonrisa que hacían asomar al rostro de Einarr.

También Einarr estaba contento. No sólo la pintura de Sigurðr mejoraba sus obras sino que el joven era una compañía agradable, todavía no un amigo pero ciertamente más que un compañero de trabajo. Como reconocimiento de este hecho, un día Einarr le entregó un paquete grande, envuelto en estambre y atado con una tira de cuero. Dentro había una espada con una empuñadura de dragón ricamente tallada.

—Te irá bien tener una buena espada —dijo Einarr— y no andar con ese pincho de pescado que llevas ahora.

Sigurðr asintió, porque no sabía qué más podía hacer. Como sus padres habían

muerto, aquél era el primer regalo que jamás le habían hecho.

—Ahora —dijo Einarr—, ¿te gustaría aprender a usarla?

Einarr se aplicó en corregir los defectos de la técnica de Sigurðr y su alumno aprendió rápidamente. Einarr quedó impresionado.

—Tu cuerpo sabe cómo moverse de forma natural. Eso es muy bueno. Hay muchas cosas que pueden aprenderse, pero la intuición de cuándo atacar no es una de ellas.

Sigurðr bajó la mirada. No quería que Einarr viese que aquel cumplido le había hecho sonrojar.

—Necesitarás ponerle un nombre —dijo Einarr—. Te sugiero que la llames *Sigurðsnautr*. Porque si alguna vez se la clavas a algún hombre será un regalo que tardará en olvidar.

Esa noche, en el camino de vuelta a su casa, Sigurðr llevó la espada en la mano constantemente. Le gustaba el nombre: «el regalo de Sigurðr». Ató los extremos de la cinta de cuero que había envuelto el regalo y se la colgó al cuello. De ese día en adelante, no se quitó jamás ese collar de cuero, aunque siempre se cuidó de que quedara oculto bajo su túnica. No necesitaba mostrarlo, le bastaba con saber que algo que habían tocado los dedos de Einarr estaba ahora siempre en contacto con su piel. Pensar en ello hacía que a veces se le pusiera la piel de gallina, como si le azotase una ráfaga de viento del norte.

Cuando llegó el inevitable día en que Einarr se marchó para una serie de ataques vikingos, Sigurðr creyó que sus días volverían a ser solitarios. Pero cada mañana Svanhildr le invitaba a tomar tartas y cerveza, y para su propia sorpresa él acudía siempre. Bragi se hacía mayor y pronto añadió una nueva palabra a su vocabulario. Sabía decir «madre», «padre» y «madera», pero un día miró al hombre que tenía la boca llena de tarta y dijo: «Sig Sig».

A pesar de que Einarr había construido los baúles en que se guardaban los alimentos, era Svanhildr quien los controlaba con su manajo de llaves. Un hogar vikingo necesitaba una planificación cuidadosa para superar los brutales inviernos y Sigurðr aprendió a apreciar el trabajo de la mujer. Conocía todos los métodos para preservar la carne: ahumarla, saltearla, guardarla en vinagre y especias para que su marido no se cansara de comer siempre lo mismo. Al poco tiempo Sigurðr se acostumbró a ayudarla y le cortaba la carne en tiras mientras ella preparaba la salmuera.

Durante la ausencia de su marido, Svanhildr no mencionó ni una vez que temiera que no regresara a casa, pero cuando llegó noticia de que el barco había vuelto, salió corriendo hacia la orilla y se lanzó a los brazos abiertos de Einarr. Le besó apasionadamente, se apartó, le dio dos puñetazos en la cara y luego le besó suavemente la sangre de los labios. Sigurðr no estaba seguro, pero le pareció que cuando Svanhildr había echado atrás el puño para lanzar el puñetazo, Einarr había alargado el mentón para recibir los golpes.



Sigurðr ayudó a llevar el botín a la casa y se quedó sorprendido por su abundancia: metales preciosos y bolsas de monedas, joyas, herramientas tomadas de talleres extranjeros y las botellas de vino que habían sobrevivido al viaje de vuelta. Pero a pesar de las muchas cosas que había, estaba claro que Svanhildr esperaba algo más. Entonces Einarr sacó los adornos de un libro enjovado, que había arrancado de la cubierta de una edición de los evangelios en uno de los monasterios ingleses, y se los entregó a Svanhildr. Ella los admiró durante unos instantes antes de añadirlos a su collar del tesoro. Sigurðr comprendió por fin de dónde habían salido todos aquellos ornamentos. De todas partes.

Bebieron cerveza y vino hasta bien entrada la noche, hasta que Sigurðr, demasiado borracho para regresar a su casa, perdió el conocimiento en uno de los bancos que había junto a la pared. Allí se quedó hasta que le despertó el ruido de una pelea, o eso creyó al principio, antes de comprender que estaba escuchando a sus anfitriones hacer el amor.

Einarr acometía brutalmente a su mujer desde atrás, atrayéndola hacia sí por las caderas. Parecía que Svanhildr trataba desesperadamente de escapar, y así era, pero no de verdad: todo formaba parte del juego. Cuando finalmente consiguió liberarse, Einarr la agarró por las piernas y le dio la vuelta. Cuando la penetró desde arriba, ella le arañó la espalda, dejándole surcos de sangre en la carne. Ella le mordió el cuello tan fuerte que él tuvo que apartarle la cabeza tirándole del pelo. Ella gimió de dolor y luego sonrió con malicia y le dijo a su marido que olía a pescado podrido y follaba como una niña. Einarr rugió que al día siguiente no iba a poder caminar derecha.

A Sigurðr le costó volver a dormirse.

Cuando despertó le quedó claro que Einarr, con la marca de un mordisco en el cuello, se había librado del olor en el manantial termal más cercano. Bragi corría por la casa acostumbrándose a tener otra vez a su padre por allí, mientras que Svanhildr —con los brazos llenos de moratones— le imploraba al niño que no hiciera ruido mientras peinaba pacientemente a Einarr con un peine de hueso de ballena. De vez en cuando, le abrazaba desde atrás y le susurraba «*Ég elska þig. Ég elska þig. Ég elska þig*». Te amo, te amo, te amo.

Cuando Sigurðr exageró un bostezo para que supieran que estaba despierto, Svanhildr se apartó de su esposo y fue rápidamente a buscar un cubo de agua fresca para que su huésped pudiera bañarse. Antes de que se lo trajera, Bragi se había lanzado a los brazos de Sigurðr. Su vocabulario había mejorado y gritó con alegría: «¡Tío Sig!».

No fue mucho después cuando Einarr le hizo a Sigurðr una segunda oferta que le volvería a cambiar la vida: esta vez le propuso unirse a las expediciones. Einarr le explicó que los viajes eran largos y aburridos, y que durante el trayecto echaba de menos su hogar. Quizá la compañía de un amigo le aliviara la nostalgia.

La oferta era atractiva, porque Sigurðr seguía temiendo no ser lo bastante hombre. Por las mañanas buceaba y buscaba animales muertos; por las tardes trabajaba como

ayudante, y cuando se sentía solo ayudaba a la esposa de otro hombre en sus quehaceres domésticos. Sigurðr se limitó a prometer que lo pensaría, pero en su interior sabía que iba a aceptar, en buena parte porque Einarr le había llamado «amigo».

Al cabo de unos días los vikingos evaluaron la candidatura de Sigurðr. Hubo una buena discusión: algunos rumores decían que Sigurðr era *fuðflogi*, un hombre que sale corriendo ante la perspectiva de satisfacer sexualmente a una mujer, pero nadie quería ofender a Einarr. Cuando la supervivencia depende del estado del barco, no es aconsejable estar a malas con el maestro carpintero. Además, los vikingos no tenían nada en contra de la homosexualidad, al menos mientras uno fuera el que penetraba. En caso contrario, temían que el hombre que se sometía a otro en el sexo podría hacerlo también en otros aspectos de su vida, como por ejemplo en la batalla. No había, no obstante, ninguna prueba de que Sigurðr se hubiera sometido jamás a otro hombre, sólo la suposición de que ese tipo de sometimiento podría no desagradarle. Después de que Sigurðr superase unas pocas pruebas de pericia con las armas, aceptaron que formara parte de una expedición a la costa de Inglaterra.

El barco era imponente, con sus escudos de cuero y sus velas de lana. El mascarón de proa era una fiera serpiente tallada en la madera y navegaban orientándose con el sol y las estrellas, sentados en cofres vacíos que estarían llenos en el viaje de vuelta. Estaba claro que había miembros de la tripulación que ansiaban el combate. Se preparaban para los asaltos con cánticos, abofeteándose unos a otros en la cara o haciéndose cortes para apaciguar la sed de sangre de sus espadas. Algunos se imaginaban poseídos por espíritus de animales y contribuían al proceso comiendo muchos *berserkjasveppur* (amanita muscaria) antes de saltar a la costa inglesa.

Einarr le aconsejó a Sigurðr que no lo hiciera. Él había probado las setas en su primer ataque, pero sólo le produjeron desorientación. Sin embargo, confesó que a veces las utilizaba en el taller cuando sentía que le faltaba inspiración en sus tallas. Después de comer unos cuantos, dijo, era fácil visualizar los diseños que a un hombre sobrio se le escapan.

Sigurðr descubrió pronto que se le daba bien luchar y que era fácil derrotar a los ingleses. La mayor parte de las veces sus víctimas, y muy especialmente los monjes, se limitaban a entregarles el botín para que se fueran lo más rápido posible. Los ataques fueron un gran éxito y Sigurðr, con la ayuda de Einarr, se reivindicó en ellos. Le invitaron en una segunda ocasión, luego una tercera y en adelante se convirtió en miembro habitual de la tripulación. Por primera vez en su vida Sigurðr se sentía parte de algo. Había pasado de no tener familia a tener dos —la de Einarr y la fraternidad de los vikingos— y creía que su recién ganada masculinidad le permitiría, al final de sus días, entrar en el Valhalla.

Y así continuó todo durante años. En los intervalos entre expediciones, Sigurðr se entrenaba con las armas y mejoraba su sociedad con el carpintero. Las tallas de Einarr eran cada vez más creativas, quizá porque cada vez bebía más cerveza o por las setas

que tomaba cuando necesitaba especial inspiración. La habilidad de Sigurðr mejoró también. Los dos hombres se pasaban la mayoría de los días juntos y cada día su amistad se hacía más fuerte.

Era inevitable, por supuesto, que Sigurðr se enamorara de Einarr. Ya no se trataba sólo de una temprana flor de deseo, sino de algo más profundo, verdadero y mejor. Era igualmente inevitable que Einarr se diera cuenta, pero se convirtió en un experto en fingir no advertir los ocasionales momentos en que Sigurðr lo miraba demasiado fijamente. Así es como se enfrentaron a la situación: fingiendo que no pasaba nada. Nada bueno podía salir de hablarlo, así que no lo hicieron, y fue algo que pesó entre ellos como una larga noche cuyo amanecer no llegaba nunca.

Y por lo que respecta a Svanhildr, su amor por Einarr también crecía con cada año, pero, sin embargo, la emoción de la vida vikinga dio paso a la dura realidad de sus ausencias, y se le mudaba el humor las semanas anteriores a cada partida. Y llegó un episodio que fue mucho peor que cualquier anterior. Svanhildr estalló cuando Einarr le pidió que le volviera a llenar la copa. La mujer se metió con los dioses sin motivo aparente e incluso se echó a llorar cuando Bragi le arañó la rodilla jugando con una espada de juguete.

Sin poder soportarlo más, Einarr la cogió por los hombros y la zarandeó hasta que ella abandonó su silencio.

—Tú eres el problema —dijo—. Y tus viajes, ahora que estoy en cinta.

Una sonrisa iluminó el rostro de Einarr.

—¡No sonrías! Se supone que no tengo que quedarme embarazada —se lamentó—. Ya soy vieja.

—Pero no *demasiado* vieja —dijo Einarr—, según parece.

La noche antes de que los hombres partieran, Svanhildr les sirvió cerdo ahumado y su última cerveza, pero apenas habló. A la mañana siguiente no acompañó a Einarr a la orilla. Como único adiós le dio una bofetada en la puerta de casa.

Los ataques fueron como siempre. A los vikingos les bastaba con su reputación para imponerse en cualquier enfrentamiento sin ni siquiera levantar la espada. Cuando llegaron al último de sus objetivos, su barco estaba lleno hasta la borda de botín. Habían atacado aquella aldea inglesa muchas veces antes sin ningún problema, pero los vecinos, heridos en su orgullo, habían aprendido algunos trucos para defenderse. No creían que pudieran derrotar a los vikingos, pero ansiaban al menos acabar con algunos de los atacantes.

Cuando los vikingos desembarcaron en la playa les llegó una inesperada bienvenida de flechas lloviendo del cielo. Sigurðr tenía una vista excelente y detectó que una de las flechas tenía una trayectoria particularmente amenazadora. Se preparó para apartarse de su camino, pero entonces se dio cuenta de que, si lo hacía, la flecha alcanzaría al hombre que iba detrás de él.

Einarr.

Así que no se movió.

La flecha atravesó las pieles que cubrían el pecho de Sigurðr, que cayó al suelo gritando y aferrando el astil con las manos.

Tras la sorpresa inicial los otros vikingos recuperaron rápidamente el control de la situación y tomaron la aldea, como siempre había sucedido. Pero en la batalla no estuvieron Einarr Einarðson ni Sigurðr Sigurðsson, que seguían en la orilla. La flecha había penetrado profundamente en el pecho de Sigurðr. La punta estaba incrustada muy dentro, lo que impedía arrancar el proyectil sin abrir la herida.

Sigurðr lo sabía. Tenía miedo, pero reunió todo su valor mientras sentía que sus ojos se velaban igual que se forma hielo en los remos cuando no se utilizan.

—¿Einarr?

—Sí.

—Me muero.

—No.

—Recuérdame.

—¿Cómo podría olvidar a un hombre —contestó Einarr— tan idiota que cree que va morir por una herida superficial?

—¿Einarr?

—¿Qué?

—Tengo que decirte algo.

—Hablas mucho para estar muriéndote.

—No —insistió Sigurðr—. *Ég elska...*

—Charlas tanto —le cortó Einarr— que pareces una mujer. Reserva tus fuerzas.

La mirada en el rostro de Einarr le bastó a Sigurðr para saber que aquella conversación había terminado, así que cerró los ojos y dejó que su amigo lo llevara de vuelta al barco. Una vez a bordo, Einarr utilizó un cuchillo para cortar la carne alrededor del astil de la flecha y Sigurðr aulló de dolor con cada corte. Cuando hubo ensanchado lo bastante la incisión, Einarr utilizó unas tenazas para sacar la punta de la flecha y luego la sostuvo frente a Sigurðr para que éste, que apenas estaba consciente, pudiera ver los hilos de carne que todavía colgaban de ella.

—Svan te debe haber dado bien de comer —dijo Einarr—. Tienes grasa cerca del corazón.

Durante todo el viaje de vuelta Einarr lavó los vendajes de Sigurðr y vigiló la herida para que no se infectase, pero parecía que, si no se estaba curando, al menos no estaba empeorando. Antes de que se diese cuenta, Sigurðr se despertó con Svanhildr frente a él sosteniendo un bol de sopa de puerros y cebolla.

—El calor te irá bien —dijo.

—Estoy bien, puedo irme. No está bien que un hombre enfermo esté en la casa de una mujer embarazada.

Eso pareció divertir a la mujer.

—Tú eres de la familia, no quiero ni oír hablar de que te marches.

—Pero el bebé...

—Bebe. Si huelo la cebolla a través de tus heridas sabré que tus entrañas están perforadas.

Durante los días siguientes, Einarr y Bragi rezaron a la diosa de la curación y Svanhildr siguió cuidando las heridas de Sigurðr. El curandero local bendijo unas cuantas runas de hueso de ballena a cambio de uno de los mejores arcones de Einarr y las esparció por el banco en el que dormía Sigurðr.

Al parecer el método funcionó, porque las heridas de Sigurðr no olieron a cebolla. Lo primero que hizo cuando fue obvio que sobreviviría fue ir al taller y hacer un agujero en una de las runas curativas, que a continuación entregó a Svanhildr.

—Me sentiría honrado —dijo— si añadieras esto a tu collar del tesoro. No tienes por qué hacerlo, pero...

Ella le cortó la frase abrazándole y asintiendo vigorosamente.

La recuperación no fue fácil. A Sigurðr le costaba levantar los brazos y a veces, cuando menos se lo esperaba, sufría unas punzadas terribles de dolor. Aun así, pronto se cansó de que le cuidaran. Se puso a ayudar a Einarr en su último proyecto, un barco con el que quería llevar a Bragi a pescar en las calas. Decidió pintarlo entero, por mucho que no le hiciera falta decoración, pues le gustaba tener de nuevo una brocha en la mano. Tardó mucho en hacerlo, pero Einarr no se quejó ni una vez de la lentitud de su amigo.

El embarazo de Svanhildr se desarrolló sin dificultades, a pesar de su avanzada edad para ese tipo de aventura. Cuando llegó el parto, el joven Bragi corrió en busca de la comadrona y los hombres se quedaron a hacerle compañía. Otro niño, sano y hermoso y de nombre Friðleifr, se unió pronto a la familia.

Tan pronto como se comprobó que el niño sobreviviría, los hombres decidieron beber por su buena suerte. Incluso a Bragi se le permitió quedarse despierto hasta tarde y beber unas cuantas copas llenas de cerveza fuerte; puesto que ahora tenía que cuidar de un hermano pequeño, su padre decidió que era el momento de que empezara a beber como un hombre.

La sala estaba bañada por la luz de la chimenea y de las lámparas de grasa, y Einarr se rió cuando su hijo —ahora, destacó orgulloso, su hijo *mayor*— se fue a su banco a dormir dando tumbos. «Pues no, todavía no es un hombre hecho y derecho», se burló, mientras Sigurðr gritaba que la cerveza le haría salir pelo en el pecho a Bragi. O, al menos, pelo en la lengua a la mañana siguiente.

A los pocos minutos el niño roncaba y Einarr, satisfecho de que su mujer y su nuevo bebé estuvieran durmiendo tranquilamente, se retiró a su taller. Regresó con una pequeña bolsa que le tiró a Sigurðr, dentro de la cual había setas secas.

—Ahora vamos a celebrar de verdad que los dioses nos sonrían.

Cada uno se comió un par de los *berserkjasveppur*. A Sigurðr no le gustó la textura de las setas, pero no le iba a rechazar nada a su amigo antes de que Einarr vaciara el resto en el caldero de cerveza que ardía en el hogar.

—Herviremos el resto. No saben bien, pero el efecto...

Mientras bebían hasta tarde Einarr intentó describir la belleza de las líneas que flotaban a su alrededor y Sigurðr se partió de risa ante cada intento de Einarr. Svanhildr levantó la cabeza unas cuantas veces confundida ante las exclamaciones de Sigurðr, pero se volvió a dormir sin decir nada. Los hombres bebieron hasta que se vació el caldero y luego se comieron los restos empapados de setas que habían quedado al fondo.

—Estuvo muy bien que le dieras a Svan la runa para su collar —dijo Einarr arrastrando las palabras—. Me gustaría que se me hubiera ocurrido a mí.

—Me cuidó —dijo Sigurðr—. Y tú también.

—Ya era hora que tuviera algo tuyo en el cuello.

—La quiero —dijo Sigurðr.

—Lo sé.

—Bragi —añadió Sigurðr—. También quiero a Bragi.

—Tengo algo para ti —dijo Einarr yéndose hacia el taller y volviendo esta vez con la punta de la flecha que se había clavado en Sigurðr. Se sentó pesadamente más cerca de Sigurðr de lo que estaba cuando se levantó—. Dame tu collar.

—No sabía... —murmuró Sigurðr—. No creí que te hubieras dado cuenta.

—Me di cuenta desde el principio, pero lo volví a ver cuando te saqué esto —levantó la punta de flecha.

Sigurðr le entregó la cinta de cuero y cuando la tuvo en sus manos, Einarr la estiró y dijo:

—Está igual que cuando envolví a *Sigurðrsnautr* con ella.

Sigurðr miró fijamente el fuego, incapaz de encontrarse con los ojos de su amigo, mientras Einarr colocó la punta de flecha en el collar. Lo sostuvo para que Sigurðr lo tomase.

Éste empezó a levantar la mano, pero cambió de opinión e inclinó levemente el cuello. Einarr dudó unos instantes y luego le colocó el collar al cuello a Sigurðr. Éste pudo sentir su mano rozándole el cabello, quizá incluso pasando levemente por la nuca. Después de tantos años imaginándose los dedos de Einarr tocándole, finalmente lo hacían.

Se quedaron callados unos instantes, mirándose fijamente.

Sigurðr se inclinó un poco y Einarr no se apartó. Estaban tan cerca. Sigurðr se aclaró la garganta, que sentía atascada con la cerveza hervida y las setas, y su voz se quebró cuando pronunció las palabras que llevaba tantos años esperando decir.

—*Ég elska þig.*

Einarr entrecerró los ojos un poco, pero aparte de eso su expresión no cambió.

Sigurðr se inclinó un poco más y aun así Einarr no se apartó. Así que continuó superando la distancia que les separaba, puso su boca sobre la de Einarr y le besó.

Einarr no reaccionó. Sigurðr lo interpretó como aceptación y le besó más fuerte.

Entonces sintió que Einarr se apartaba y, acto seguido, un golpe atroz en un lado de la cabeza. El golpe le hizo caerse del banco y levantó la vista justo a tiempo para

ver que Einarr se levantaba y lanzaba una patada que le impactó en las costillas y le dejó sin aliento. Usando el brazo con el que blandía la espada, Einarr le dio un puñetazo en el estómago y luego otro y otro. Fue un ataque sin coordinación, frenético pero sin estrategia, y la mayoría de los golpes no alcanzaron su objetivo.

Sigurðr intentó retirarse pero Einarr cargó con el hombro contra su pecho, empujándole contra una de las lámparas de grasa de ballena, que cayó al suelo. Sigurðr trató de usar el impulso para rodar sobre sí mismo y apartarse, pero Einarr le siguió dando puñetazos a diestro y siniestro. Una lluvia de golpes, rápidos y por todas partes. A la mandíbula, al hombro, a la garganta y al lugar más delicado de su pecho, donde le había herido la flecha. Casi no podía respirar, tanto por la violencia del ataque como por el mismo hecho de que se estuviera produciendo.

El bebé. Friðleifr lloraba en la cuna de dragón, consciente de que algo iba muy mal en aquel mundo que apenas conocía. Svanhildr había saltado de su banco y le gritaba a su marido que parase, y Bragi se había levantado tambaleándose de su banco, confundido tanto por la pelea como por la cerveza que seguía corriendo por sus venas. No controlaba del todo las piernas y le parecía que el suelo se movía como la cubierta de un barco durante una tormenta.

Einarr estaba más allá del alcance de aquellas palabras. Fuera cuales fuesen los demonios que habían convocado los *berserkjasveppur*, luchaba contra ellos como si fueran las únicas cosas reales en la casa.

Sigurðr no se defendió con la convicción que uno hubiera esperado. Sus heridas limitaban su habilidad física, cierto, pero no se trataba de eso: cuando vio al niño Bragi tambaleándose y oyó los gritos de Svanhildr, simplemente le abandonaron las ganas de luchar. Comprendió, no consciente pero sí perfectamente, que ese momento de debilidad había sido una traición a aquellos que le eran más queridos, a la familia que le había acogido cuando era sólo un niño confundido y le había dado la vida de un hombre. En un momento de lujuria, Sigurðr había cruzado la tácita línea que Einarr se había pasado más de una década construyendo.

Así que Sigurðr dejó el cuerpo muerto; dejaría que Einarr reconstruyera aquella línea a golpes.

Cuando Svanhildr vio que Sigurðr bajaba los brazos temió por su vida y dejó de caminar hacia la cuna del bebé. Cogió el brazo derecho de Einarr cuando estaba retraído para descargar otro golpe y su esposo se giró automáticamente y la golpeó con el puño izquierdo. Fue un golpe muy fuerte que envió a Svanhildr de cabeza contra una pila de leña.

Bragi sabía que no podía enfrentarse directamente a su padre: un niño que todavía jugaba con espadas de juguete no era rival para un vikingo. La paliza que estaba recibiendo su tío Sig le aterrorizaba, pero pudo ver que había un peligro aún mayor: la grasa de ballena se había derramado de la lámpara caída, había incendiado un montón de virutas y las llamas se extendían rápidamente.

Bragi empezó a gritar que había fuego en la casa, pero ni siquiera eso hizo

regresar a su padre. Los puños de Einarr, todavía imprecisos pero constantes, siguieron lloviendo sobre el cuerpo de Sigurðr y en la cara del agresor sólo había una ira terrible.

Los bancos junto a las paredes se incendiaron y las llamas alcanzaron las ramitas de abedul que sobresalían de las paredes. El fuego era imparable y, todavía peor, vio Bragi que se dirigía hacia donde estaba su madre, que seguía tendida inmóvil donde había caído. De la frente le resbalaba sangre a unos ojos que ya no estaban abiertos.

Bragi zarandeó a su madre sin resultado. Cuando comprendió que no podría despertarla, la cogió por los sobacos, tensó las piernas y estiró con todas sus fuerzas, pero era demasiado pequeño y estaba todavía demasiado borracho, así que sólo pudo moverla a empujones, unos pocos pasos cada vez. Aun así, la sacaría de la casa. Tenía que hacerlo.

Mientras Bragi arrastraba a Svanhildr hacia la puerta, Einarr continuaba su ataque despiadado. Sigurðr ya no podría haberse defendido aunque hubiera querido: su rostro era una pulpa sangrienta, tenía rotas la mayoría de las costillas y se le retorcían las piernas con cada golpe. Aun así, pudo pronunciar unas palabras a través de sus dientes rotos.

—Fuego, Einarr —farfulló—. ¡Esposa! ¡Bragi!

Siguió repitiendo las mismas palabras hasta que finalmente llegaron a su destino. Einarr dejó de golpearle y miró a su alrededor, confundido, como un hombre que no sabe dónde se ha despertado. Vio que Bragi estaba en la entrada de la casa con Svanhildr pero que no podía avanzar más, ante él la puerta se había convertido en una cortina de fuego.

Corrió hacia allí y abrió la puerta en llamas de una patada. Cogió a Bragi y lo lanzó hacia fuera, pero no pudo hacer lo mismo con Svanhildr, que seguía inconsciente, así que se la echó al hombro y bajó la cabeza. Sólo podía pasar a través del fuego; puede que se quemasen, pero vivirían.

Sigurðr, que yacía destrozado en el suelo, vio a Einarr y Svanhildr desaparecer en la cortina de llamas y supo que no podría seguirles. No podía imaginarse moviéndose ni unos pocos pasos, mucho menos recorrer el trecho que necesitaba para escapar, y pensó: *De modo que así es como acaba. En llamas.*

El fuego restallaba a su alrededor como riéndose de él y creyó que aquél sería el último sonido que oiría en su vida. Entonces oyó llorar al bebé.

Los bordes de la túnica de Sigurðr estaban incendiados y sentía como si su piel estuviera empezando a hervir. Apagó ese fuego con sus dedos rotos; puede que se quemase la mano al hacerlo, pero ya no la sentía y, de todas formas, no importaba. Le goteaba sangre de las comisuras de los ojos y de la boca, pero la enjugó y empezó a arrastrarse hacia donde lloraba Friðleifr.

Fuera, a la luz de la casa en llamas, Svanhildr había vuelto en sí y abrazaba históricamente a Bragi. Cuando se dio cuenta de que Friðleifr no estaba con ellos, lanzó los brazos hacia la casa y empezó a gritar. Avanzó tambaleándose hacia la casa,



pero Bragi la contuvo; no iba a permitir que su madre entrase en un infierno del que no podría escapar viva.

Einarr, ya completamente consciente, también movió su pesado cuerpo hacia el incendio. Su corazón le apremiaba a lanzarse al fuego pero sus instintos más básicos no se lo permitían. Incapaz de avanzar hacia el fuego o de alejarse de él, cayó de rodillas y enterró el rostro entre las manos. Svanhildr continuó gritando a la casa en llamas y Bragi siguió conteniéndola, hasta que se hizo patente que su ira ya no se dirigía al edificio. El niño liberó a su madre y ella corrió hacia Einarr y le dio puñetazos y patadas hasta que cayó extenuada a su lado.

Einarr no levantó la mano contra Svanhildr hasta que ella se desplomó y entonces lo hizo sólo para tocarla. En el momento en que su palma abierta la acarició, ella se apartó violentamente y él no volvió a intentarlo.

A la mañana siguiente la casa era poco más que un montón de brasas ardientes dispersas entre las piedras de los cimientos. Habían venido otros —granjeros, vikingos, comerciantes— para peinar las ruinas. Era lo último que Einarr quería hacer, pero sabía que era su obligación.

Se dirigió al punto en que había estado la cuna dragón, pero no quedaba nada: sólo un montón de madera quemada y un poste con un dragón que todavía ardía lentamente y que no se había incinerado con el resto.

Uno de los rastreadores gritó que había encontrado el cuerpo de Sigurðr. No estaba donde lo había dejado tendido tras la paliza, sino quizá a unos doce pasos de donde había caído. El cadáver estaba tan quemado que Einarr no reconoció a su amigo; era una forma humana, pero calcinada hasta los huesos.

Aquella visión le revolvió el estómago a Einarr, pero el sitio donde lo habían hallado lo sorprendió. En lugar de dirigirse a la puerta, Sigurðr se había arrastrado hasta la esquina de la casa en la que estaba la trinchera del agua. Aquello hubiera tenido sentido si la abertura hubiera sido lo bastante grande como para escapar por ella, pero era demasiado pequeña. Sigurðr ni siquiera había levantado los listones; se había quedado tendido sobre ellos.

Se escuchó un ruido.

Einarr y los demás hombres que rodeaban el cuerpo quemado se miraron los unos a los otros, como para confirmar que no estaban locos, que efectivamente el hombre muerto emitía un sonido.

Suave. Un gimoteo.

Debajo. El sonido venía de debajo de los listones de madera.

Dos hombres apartaron a un lado los restos de Sigurðr. Al moverlo, la calavera dejó escapar una pequeña nube de cenizas. Einarr levantó las planchas de madera. Estaban chamuscadas, pero no habían ardido; estaba claro que el cuerpo de Sigurðr las había protegido de las llamas. Cuando las hubieron retirado, Einarr vio que allí, sobre el agua, envuelto en sus pañales y atado con el collar de punta de flecha de Sigurðr, estaba el recién nacido. El bebé Friðleifr tiritaba y estaba medio sumergido

en el agua, pero vivía.

Einarr sacó a su hijo del agua y lo abrazó más fuerte de lo que nunca lo había hecho.

Él y Bragi pasaron los días siguientes en el fiordo preferido de Sigurðr, cavando un hoyo profundo. Cuando fue lo bastante grande, pidieron ayuda a los demás vikingos para llevar el barco de Bragi, el que Sigurðr había pintado tan magníficamente, hasta la tumba. Mientras lo bajaban, algunos de los vikingos murmuraron que Sigurðr no había sido un guerrero tan importante como para merecer que le enterraran con un barco tan bueno, pero nadie se atrevió a decirlo en voz alta. Se limitaron a dejar que Einarr y su familia le dijeran adiós al hombre que había salvado a su hijo.

Además del cuerpo de Sigurðr, dejaron en el barco una serie de objetos: su copa favorita y la jarra con forma de ganso de la casa, ambas recuperadas de entre las cenizas; sus brochas y pigmentos; *Sigurðrsnautr*, y la única cabeza de dragón que había sobrevivido de la cuna de Friðleifr. Luego Svanhildr se quitó su collar del tesoro y lo colocó suavemente sobre el pecho marchito de Sigurðr, quedándose sólo la runa que él le había dado.

Svanhildr y Einarr pensaron en dejar también el collar con la punta de flecha en la tumba, pero al final decidieron no hacerlo. Se lo darían a Friðleifr y sería un talismán que protegería al niño cuando se hiciera hombre.

Einarr cubrió la tumba él mismo. Bragi y Svanhildr, abrazando al bebé con fuerza contra su seno, se quedaron con él incluso después de que cayó la noche. Justo cuando amanecía, se colocó la última palada y Einarr se desplomó en el suelo, agotado, y miró el sol elevarse a través del océano como el ojo acusador de Odín. El niño Bragi se había dormido y Einarr, incapaz de seguir manteniendo la horrible verdad sólo para sí mismo, le confesó a Svanhildr cómo había empezado la pelea.

Cuando terminó, Svanhildr le tocó la mano por primera vez desde el incendio de la casa. No le ofreció palabras de consuelo, pero tomó la mano del hombre entre las suyas.

—No sé por qué lo hice —dijo Einarr, con lágrimas resbalando por su cara—. Yo le amaba.

Se quedaron largo rato sentados en silencio y él siguió llorando hasta que finalmente habló Svanhildr.

—Friðleifr es un buen nombre —dijo—, pero quizá Sigurðr sea mejor.

Einarr le apretó la mano y asintió, y se echó a sollozar de nuevo.

—Es justo que no le olvidemos —dijo Svanhildr, mirando el rostro del bebé rescatado junto a su seno—. Este niño llevará el nombre de nuestro amigo de hoy en adelante.

## XXII

Últimamente he comprobado que un superviviente de quemaduras como las mías nunca pasa desapercibido. Pero pasar desapercibido se torna prácticamente imposible cuando se está en una tienda de tejidos con una mujer de melena alborotada que sostiene largos pliegos de tela blanca contra su pecho midiendo la cantidad que necesita para su disfraz de ángel.

Cuando llegó el momento de pagar me interpuse entre Marianne Engel y el cajero y alargué mi tarjeta de crédito. Es curiosa la sensación de independencia que me proporcionaba aquel gesto, a pesar de que el dinero saldría igualmente de una de las cuentas de ella. Aun así, de ilusión también se vive.

Después de hacernos con cuanto necesitábamos para confeccionar los disfraces, fuimos a hacer una gestión un tanto extraña en un banco local. Marianne Engel quería añadir mi nombre a la lista de personas autorizadas a acceder a su caja de seguridad y al parecer el banco necesitaba una muestra de mi firma para completar la gestión. Cuando le pregunté por qué quería hacerlo me dijo que era mejor prevenir, pues sólo Dios sabía qué podía pasar en el futuro. Le pregunté si me iban a dar la llave de la caja de seguridad. No, me dijo, todavía no. ¿Quién más había en la lista? Nadie.

Fuimos a una cafetería a tomar cafés con leche sentados en la terraza mientras Marianne Engel me contaba cómo era la versión islandesa del *Hel*. Al parecer no es un lugar con llamas sino con hielo: mientras los hablantes ingleses dicen «hace un calor infernal», los islandeses dicen «hace un frío infernal». Tiene sentido: después de pasarse toda su vida sufriendo un clima gélido ¿qué podía ser más terrible que una versión eterna de aquel frío? Para un quemado, debo añadir, resulta particularmente atractivo que la noción subvertida la idea judeocristiana de que el agente del tormento eterno tiene que ser el fuego.

Que el Infierno está hecho a medida de cada individuo no es una idea nueva. Es, de hecho, uno de los grandes triunfos artísticos del *Inferno* de Dante: el castigo a cada pecador corresponde a su pecado. Las almas de lo carnal, que en la vida se dejaron arrastrar por los vientos racheados de sus pasiones, en la muerte están condenadas a ser arrastradas por los vientos de una tormenta eterna. Las almas de los simoniacos, que en vida ofendieron a Dios abusando de los privilegios de sus cargos en la Iglesia, están condenadas a arder boca abajo en terribles picas bautismales. Las almas de los aduladores se pasan la eternidad enterradas en excrementos como recuerdo de toda la mierda que dijeron cuando estaban en la Tierra.

Todo ello me llevaba a pensar cómo sería mi versión del Infierno, es decir, si yo creyera en algo así. ¿Estaría condenado a arder eternamente atrapado en mi coche? ¿O sería una eterna sesión de desbridamiento? ¿O sería descubrir que cuando finalmente era capaz de amar, era ya demasiado tarde?

Mientras contemplaba todo aquello, vi bajar por la calle a un miembro de mi fraternidad secreta. Fue una sensación extraña, era la primera vez que veía a otro

quemado en público y, además, se trataba de alguien a quien conocía: nada menos que Lance Whitmore, el hombre que nos había dado aquella charla de motivación en el hospital. Él se acercó directamente a nosotros y nos preguntó si nos conocíamos. No se le podía culpar por no reconocermos, pues no sólo el contorno de mi cara había cambiado durante el proceso de curación sino que además mi rostro estaba oculto bajo la máscara de plástico.

—Me alegra mucho ver a uno de nosotros en la calle —dijo—. No es que seamos exactamente fantasmas, pero sabemos muy bien cómo hacernos invisibles.

Charlamos de cosas triviales durante unos diez minutos y no pareció molestarle lo más mínimo que prácticamente todo el que pasó por allí nos mirase con curiosidad. No tengo la menor duda de que se dio cuenta, lo que me hace admirar todavía más la forma en que fingió no hacerlo.

• • •

Llevaba puesta una túnica blanca y mis alas estaban hechas de medias estiradas sobre un armazón fabricado con perchas y adornadas con tiras plateadas. Marianne Engel me ajustó el halo (unos tubos pintados de color oro) antes de levantarme mi angelical manga para ponerme otra inyección de morfina, que me recorrió el cuerpo como si fuera pura leche de bondad humana un poco cortada. *Bougatsa* corría por allí, mordiéndonos los talones. Me pregunté cómo debía procesar el cerebro de un perro una escena así.

Ella también estaba vestida con una túnica o, para ser más precisos, con un vestido que le iba tan ancho y se le abombaba tanto que parecía una túnica. Tenía el cabello más alborotado de lo habitual, a pesar de que se lo había recogido con una banda que le pasaba por las sienes y acababa en un nudo en su frente. Una larga cola de tejido emergía de sus rizos y le bajaba por la espalda. Llevaba ese material sobrante colgando del codo y le caía por el antebrazo como la servilleta a un camarero. En la otra mano sostenía una linterna vieja, sin aceite, y en el tobillo izquierdo —el del rosario tatuado— llevaba una corona de hojas. Me explicó que representaba la corona de laurel que debería estar en el suelo a sus pies, pues una corona de laurel de verdad no le hubiera dejado bailar bien. Le pregunté de quién se había disfrazado.

—Soy una de las vírgenes necias —respondió.

La fiesta era en el hotel más antiguo y caro de la ciudad. Un portero con sombrero de copa abrió la puerta del taxi en el que llegamos y le ofreció la mano a Marianne Engel para ayudarla a salir. Hizo una reverencia antes de lanzarme una mirada curiosa como si tratase de comprender cómo había podido conseguir un disfraz de quemado tan realista.

—¿Va el señor disfrazado de Lucifer?

—¿Disculpe?

—Es el único ángel caído que conozco, señor. —Volvió a inclinarse cortésmente—. Un atuendo excelente. ¿Me permite añadir que la voz es un toque maestro?

Cuando entramos en el vestíbulo, Marianne Engel me tomó del brazo. La luz estaba baja y del techo colgaban serpentinas. En las esquinas de la sala había telarañas de broma y por el suelo pululaban docenas de gatos negros. (Me pregunté cómo habían conseguido tantos. ¿Habrían asaltado una protectora de animales?). Los invitados estaban en el salón de baile principal. Había media docena de esqueletos por ahí sacudiendo sus huesos blancos pintados sobre leotardos negros. María Antonieta, con una peluca empolvada y un escote de vértigo, estaba hablando con una Lady Godiva cuyo cabello rubio caía sobre un body que imitaba piel. Un policía montado del Canadá se tomaba un whisky con Al Capone. Una mujer iba vestida de reina zanahoria gigante y blandía su cetro vegetal junto a su novio, un conejo. Un Albert Einstein borracho discutía sobre algo con un Jim Morrison sobrio y, en la esquina del fondo de la sala, dos demonios comparaban sus colas. Pasó junto a nosotros un camarero con una bandeja de plata de la que Marianne Engel pescó con habilidad un vaso de martini del que bebió un sorbo antes de besar la mejilla de mi máscara.

Encontramos una mesa cubierta con un mantel rojo sangre en el que una vela emergía de un candelero hecho de ojos de cristal. Nos sentamos juntos: al lado de Marianne Engel había un hombre vestido de patito de goma y junto a mí una policía muy sexy.

Pronto comprendí que, en adelante, Halloween iba a ser mi fiesta favorita. Cuando la policía me felicitó por mi disfraz, me inventé una historia sobre cómo, «en la vida real», era profesor de inglés en un instituto de la ciudad. Después de que Marianne Engel terminara su tercer martini —curioso, pues rara vez bebía alcohol— me arrastró a la pista de baile. Aunque no se lo había dicho, sabía que me moría de ganas de bailar con ella. No me había esforzado tanto en los ejercicios con Sayuri para pasarme la vida siendo un florero.

La orquesta tocó un vals y Marianne Engel se irguió por completo y me acogió en sus brazos de escultora. Me miró intensamente a los ojos y, por un instante, sentí como si un mar entero subiera a mi encuentro. No sé cuánto tiempo estuvimos sin movernos hasta que ella nos lanzó al ritmo de la música. Bastaba con dejarse llevar, parecía que ella conocía intuitivamente hasta dónde llegaban mis fuerzas. Ni una vez tuve que forzar mi rodilla mala mientras dábamos vueltas en círculos maravillosos entre los Romeos y las Julietas, cerca de las Esmeraldas y los Quasimodos, más allá de las Umas y los Travoltas. Los ojos de Marianne Engel me miraban sólo a mí, todo el tiempo, y todo lo demás en la sala se difuminó en un remolino sin importancia de colores de fondo.

Seguimos así no sé cuánto tiempo, y hubiéramos seguido mucho más si por el rabillo del ojo no hubiera atisbado a una interesantísima pareja. Al principio pensé que lo había imaginado y me dije que no podía ser que estuvieran allí.

Desaparecieron cuando Marianne Engel me hizo dar otra media vuelta danzando y no me esperaba que siguieran ahí al acabar el giro. Pero allí estaban.

Esta vez no había dudas: una mujer japonesa vestida con ropas religiosas cuya cabeza rapada contrastaba con el cabello rojo del vikingo con el que bailaba. Ella se movía con tanta gracia y él con tan poca que era como ver a un gorrión montado en los cuernos de un toro. Ella mantenía la boca decididamente cerrada mientras la vaina de la espada de él rebotaba incómodamente contra sus caderas, y cuando movió el brazo para cogerle mejor la cadera al hombre, algo de tierra cayó de los pliegues de su manga.

Marianne Engel me hizo girar otra vez, y para cuando volvimos a la posición original, la pareja había desaparecido.

—¿Les has visto?

—¿A quién? —preguntó.

Justo entonces vi a otra pareja. Esta vez la mujer llevaba un vestido Victoriano, pero era ropa práctica, como si fuera algo que se hubiera puesto para trabajar en una granja y no para bailar. No era un disfraz que miraras dos veces en una fiesta, excepto por el hecho de que estaba empapado y goteaba agua que había formado un charco en el suelo tras ella. El hombre parecía feliz y no parecía importarle que la mujer que tenía en sus brazos estuviera empapada. Llevaba un mono de trabajo de cuero y tenía unos brazos grandes y una barriga todavía mayor. Ella sonreía educadamente mientras hablaban, pero seguía mirando por encima del hombro de él, como si buscara a otra persona. Estaba tan cerca de ellos que pude oír que él hablaba en italiano y ella le contestaba en inglés.

—¿Tom? No lo sé.

Marianne Engel trató de hacerme girar de nuevo, pero me solté de sus brazos. Mis ojos sólo se apartaron de la pareja durante un instante, pero eso les bastó para desaparecer. Miré hacia todos lados, buscándoles, pero no estaban.

Regresé al sitio donde había visto a la mujer con el vestido Victoriano empapado. Pero el suelo estaba seco. Busqué por el suelo restos de la tierra que había salido de la manga de la mujer japonesa, pero el suelo estaba limpio. Me puse de rodillas y empecé a barrer el suelo con las manos. Los demás invitados se apartaron de mí como si estuviera loco. Gateé en busca de cualquier rastro, pero no encontré nada. Marianne Engel se acercó y me susurró al oído.

—¿Qué estás buscando?

—Los viste, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando.

—¡Los fantasmas!

—¡Oh, fantasmas! —Se rió—. No te puedes fiar de ellos, ya sabes. Es como intentar coger a una anguila resbaladiza por la cola. Justo cuando crees que la tienes, se te escapa.

Nos quedamos en la fiesta unas horas más, pero me pasé todo el rato buscando

fantasmas. Sabía que había visto algo imposible, que no había sido una alucinación. Les había visto. ESTÁS TAN LOCO COMO ELLA. Que te jodan, serpiente. Te voy a meter tanta morfina dentro que te van a dar ganas de cambiar de piel antes de tiempo.

Cuando llegamos a casa, Marianne Engel me sirvió un té para que me calmara. Cuando comprobó que el té no bastaba, decidió seguir contándome nuestra historia. Quizá si me contaba si nos casábamos o no, me dijo, me sentiría mejor.

## XXIII

**N**unca pensé que me fueras a pedir que me casara contigo y, sin embargo, me dijiste que un día lo harías. Admito que de vez en cuando fantaseaba con ello, pero ya había roto unos votos para toda la vida y no estaba segura de querer pronunciar otros. Parte de mí temía traicionarte igual que había traicionado a la madre Christina, así que como no volviste a mencionar el matrimonio, supuse que lo habías dicho por decir, como suelen hacer los hombres cuando se ponen románticos. Lo cierto es que no me importaba, pues mi vida ya era mucho más de lo que jamás había soñado que pudiera ser. Trabajaba para las beguinas, mejorando todos los aspectos de su producción de libros, y al poco tiempo el hecho de que me había formado en el *scriptorium* de Engelthal se filtró a ciertos ciudadanos prósperos.

Hay cosas que nunca cambian. Los ricos siempre quieren presumir de que tienen cosas que otros no tienen. En aquellos días, ¿qué mejor símbolo de riqueza que los libros? No sólo uno podía exhibir su riqueza a través de ellos sino que también demostraban inteligencia y gusto. Aun así, me pilló completamente por sorpresa que una mujer noble se me acercara un día y me ofreciera hacer un manuscrito de *Der gute Gerhard*, de Rudolf, para el cumpleaños de su marido. Lo rechacé, pensando que te sentirías insultado si parecía que me sentía obligada a contribuir a mantener nuestro hogar. Pero hay otra cosa que nunca cambia: los ricos creen que para los pobres todo tiene un precio. Y resulta que llevan razón. La mujer noble me ofreció una cifra que era más de lo que tú ganabas en un año. Empecé a rechazarlo pero... bueno, necesitábamos el dinero, así que le pedí un poco de tiempo para pensarlo.

No sabía cómo explicártelo. Los dos estábamos de acuerdo en que el hecho de hacerte aprendiz era lo mejor para tu futuro a largo plazo, pero te pagaban tan poco que no traías a casa lo bastante para cubrir nuestras necesidades más básicas. La pareja judía que nos alquilaba la casa sabía de nuestra situación y, aunque ellos tampoco eran ricos, tuvieron el gesto de ofrecerme retrasar parte del pago del alquiler. Sólo gracias a eso pudimos salir adelante, pero te hacía sentir como si estuvieras fallándoles a ellos además de a mí.

Durante días deambulé por casa, empezando frases que nunca terminaba. Me preguntabas una y otra vez qué me pasaba y siempre te contestaba que nada. Al final, cuando no pudiste soportarlo más, me obligaste a decírtelo. En realidad, fue un truco que utilicé, pues al hacer que fueras tú quien me obligara a hablar mi responsabilidad en todo el asunto quedaba mucho más diluida. Te dije que quería volver a trabajar con libros y te conté la oferta que me había hecho aquella mujer. Lo formulé como si al permitirme aceptar el encargo me hicieras un favor.

Te lo tomaste mejor de lo que esperaba y me dijiste que si me hacía feliz, tenía que hacerlo. Aunque nunca lo pronunciamos en voz alta, tácitamente los dos sabíamos que podía aceptar el trabajo mientras ambos fingiéramos que era sólo un pasatiempo. Pero cuando te dije la cantidad que me habían ofrecido ni tú pudiste



evitar abrir mucho los ojos por la sorpresa ni yo evitar darme cuenta de que lo hacía.

La mujer noble me dio inmediatamente un pequeño adelanto. Pequeño para ella pero enorme para nosotros. Me llevó unos cuantos días reunir el valor necesario para gastarlo, pues sabía que hacerlo me obligaría de verdad y definitivamente a hacer el trabajo. Cuando entregué la primera moneda al pergaminero me sentí casi aliviada y me puse a trabajar.

Terminé ese primer libro y la noble quedó satisfecha. No estoy segura de si me recomendó a sus amigos o si me buscaron por sus propios medios, pero en realidad no importa. Fuera como fuese, me encontraron.

En Mainz había muy pocas personas capaces de hacer un libro de calidad y el hecho de venir de Engelthal me daba un caché más alto. La gente no cree que su propia ciudad pueda producir auténticos artistas, pero está dispuesta a creer que en otros lugares los artistas caen de los árboles como fruta madura. Y más importante todavía era que todo el mundo reconocía que los mejores manuscritos los hacían en los *scriptoria* de los monasterios, así que si una mujer noble no podía conseguir que le hicieran su libro en un monasterio, yo era lo más parecido que podía conseguir. Podía recrearse afirmando ante sus amigos que tenía un manuscrito hecho por una monja de Engelthal, sin acabar de explicar nunca, por supuesto, que la monja ya no pertenecía a la orden.

Al poco tenía más encargos que tiempo para hacerlos y entonces empezaron los sobornos. Una vez mencioné de pasada lo mucho que me gustaba cocinar y una mujer noble me dijo inmediatamente que me enviaría una selección de las mejores carnes si ponía su encargo el primero de la lista. Acepté y pronto descubrí lo rápido que circulan los rumores entre la clase alta. Inmediatamente empezaron a ofrecermelo todo tipo de delicias y, antes de que me diera cuenta, la avena y la cebada habían reemplazado al mijo en nuestra dieta. Nos regalaban todas las frutas de temporada — cerezas, ciruelas, manzanas, peras y endrinas— y productos de lujo como clavo y jengibre, mostaza e hinojo, azúcar y almendras. No tienes ni idea de lo que significó todo aquello. Cuando no estaba traduciendo o copiando, estaba en la cocina probando nuevas recetas; me sentía como si estuviéramos resarciéndonos de toda la comida que no habíamos tenido. Nuestra casera me ayudaba porque para ella también era un placer poco habitual cocinar con especias y me daba la risa cada vez que pensaba que me estaba convirtiendo en una pecadora culinaria. Después de todo, ¿no había puesto Dante a un noble sienés en el Infierno porque «el uso dispendioso del clavo descubrió antes que ninguno»?

Vivíamos como Dios en Francia. Nuestra puerta siempre estaba abierta y en la cocina no faltaba nunca un puchero, así que pronto nos convertimos en la pareja más popular del barrio. Hasta mis amigas beguinas se pasaban de vez en cuando, siempre fingiendo desprecio por lo elaborado de los platos. Les recordaba entonces que habían hecho voto de caridad y que no era nada caritativo herir mis sentimientos. Así que fingían estar haciéndome un favor al comerse mis guisos y así descubrí que hasta

a las beguinas les gusta chismorrear durante una buena comida.

También venían mujeres judías y me sorprendió cuántas de ellas llevaban negocios, muchas veces porque su marido había muerto y la mujer se había hecho cargo del negocio familiar. Para ser sincera, las admiraba. Cuando tuve tanto trabajo que ya no podía aceptar más encargos, fue una de esas mujeres la primera en sugerirme que contratara empleados y abriera un negocio.

Llegados a este punto el dinero había apaciguado tu orgullo herido. Me dijiste que hiciera lo que quisiese, así que expandí mis actividades. ¿Por qué no? En el *scriptorium* había aprendido cómo varias personas podían trabajar juntas para crear un libro y además tenía experiencia en tratar con comerciantes y conocía a fondo todos los aspectos de la producción del manuscrito. Cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que debía hacerlo.

En primer lugar encontré a un pergamintero que me gustaba. Me gané su respeto al mostrarle cómo podía mejorar la solución de cal en la que ponía en remojo las pieles de los animales. Cuando se sobrepuso a la impresión de que una mujer pudiera enseñarle algo sobre su negocio, desarrollamos una relación magnífica. Firmamos un contrato por el que él me suministraría pergaminos cada mes con un descuento por compra al por mayor. Cada día de entrega nos sentábamos frente a una cazuela de estofado y hablábamos sobre cuánto pergamino necesitaría yo el mes siguiente. Lo cierto es que nos hicimos buenos amigos y llegó a apreciar mis platos casi tanto como el dinero que le daban nuestros negocios.

A continuación descubrí a un ilustrador cuyo estilo me gustaba. La negociación con él fue muy fácil, pues era joven y no había tenido mucha suerte. Cada mes le entregaba varias páginas para que las iluminara con miniaturas. También hacía de rubricador, lo que me ahorraba otro empleado. La cosa nos fue muy bien a los dos; por primera vez en su vida podía ganarse el pan con su arte. Se sentía tan agradecido que me siguió cobrando una tarifa razonable cuando su reputación hizo que otros fabricantes de manuscritos se pelearan por sus servicios.

Tenía más trabajadores, sobre todo amanuenses a los que encargaba trabajo, pero no te aburriré con los detalles. Lo mejor del negocio fue algo en lo que no había pensado. De repente, podía tener otra vez libros entre manos. Cuando me contrataron para producir ediciones de la *Eneida* de Virgilio y el *Sueño de Escipión* de Cicerón, el cliente me entregó unos ejemplares que consiguió que le prestaran para que yo los pudiera copiar. Más adelante me llegaron novelas —*Parsifal* de Wolfram, *Iwein* de Hartmann y *Tristán* de Gottfried—. Por la noche los llevaba a la cama y te los leía en voz alta. Aquéllos fueron algunos de los momentos más felices de nuestras vidas, porque a mí nada me gustaba más que tener un buen libro en mi regazo y tu cabeza reposando en mi hombro. Intenté enseñarte a leer, pero no tenías paciencia. Además, decías que te gustaba más que yo te leyera los textos en voz alta.

Con el tiempo, pasé más tiempo dirigiendo a los demás amanuenses y menos tiempo copiando, hasta que llegó un momento en que por las tardes me quedaba

bastante energía para concentrarme en mi traducción de Dante. Había abandonado la traducción cuando llegué a Mainz porque no tenía útiles de escritura, y cuando al fin los conseguí, lo que me faltaba era tiempo para utilizarlos. Ahora tenía ambas cosas y finalmente comprendí cómo se sentía Gertrud con su Biblia. Me devanaba los sesos con cada palabra para asegurarme de que aquella traducción sería una obra maestra. ¿Por qué iba a apresurarme? Tú y yo teníamos toda la vida por delante.

Al final terminó tu aprendizaje y recibiste tus documentos de oficial. Lo normal era que entonces emprendieras el *Wanderjahre*, un año viajando de ciudad en ciudad para estudiar con diferentes maestros, pero no tenías intención de ir a ninguna parte. Encontrarías trabajo en Mainz, donde la mayoría de los constructores ya te conocían y sabían perfectamente que no querías viajar. Nadie se lo iba a echar en cara al hombre que había sido el aprendiz más viejo que jamás había habido en la ciudad.

Nos iba tan bien que apenas pensábamos en lo único que no acababa de funcionar. Quizá sentíamos que no teníamos derecho a quejarnos o puede que no quisiéramos llamar a la mala suerte, pero habíamos tratado de concebir un niño y yo no me quedaba preñada. En el fondo me preocupaba que decidieras que después de todo yo no era una pareja adecuada, así que no tienes ni idea del alivio que supuso cuando, tan pronto como tuviste tus documentos en la mano, me anunciaste que querías casarte conmigo.

Decidimos que la ceremonia sería pequeña, pero tan pronto como corrió la voz, todo el mundo quiso una invitación. Me gusta pensar que éramos muy populares, pero lo más probable es que todo el mundo esperase un banquete espectacular. Yo aporté la comida, gracias a la generosidad de los muchos sobornos que me ofrecían, y una legión de ayudantes invadió nuestra cocina. Cuando se demostró que nuestra casa era demasiado pequeña, los preparativos de la boda se extendieron a las casas de nuestros vecinos. Nuestra casera lo supervisó todo y hasta las beguinas se ofrecieron a ayudar, a pesar de que cocinaban fatal.

Lo único que me pesaba era no poder invitar a la madre Christina, el padre Sunder y el hermano Heinrich. Pensé en mandar recado a Engelthal, pero sabía que se sentirían obligados a declinar la invitación y no quería ponerles en esa situación tan difícil. Me consolé pensando que, si hubiera habido la menor posibilidad, hubieran venido. Tu único pesar era no poder invitar a Brandeis.

Ni siquiera sabías si tu amigo seguía vivo. Peor aún, no podías buscarlo sin traicionar el hecho de que habías sobrevivido a tus quemaduras y abandonado la *condotta*, cuya única regla era que nadie podía abandonarla. Nunca pudiste perdonarte que gracias a Brandeis tú hubieras podido escapar mientras que él hubo de volver con los mercenarios. Todavía había noches en las que te despertaban pesadillas de las antiguas batallas.

Tuvimos suerte el día de la boda y el tiempo fue perfecto. Los albañiles se mezclaron con los librereros, los judíos con los cristianos y todo el mundo, hasta las beguinas, comió hasta reventar. La bebida hizo que casi todos los invitados

regresaran a sus casas dando tumbos y nos quedamos tú y yo solos para pasar nuestra primera noche como marido y mujer.

Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, me regalaste un pequeño ángel de piedra que habías esculpido tú mismo. Ese presente se conoce en alemán como *Morgengabe*, el regalo de la mañana, una señal de la legitimidad de nuestro matrimonio. De nuestra legitimidad. Estaba convencida de que aquel día no sería especial para mí, sólo una especie de reconocimiento ritual del amor que ya sabía que sentía por ti, pero no pude evitar llorar de felicidad.

Pronto encontraste trabajo fijo y tu físico respondió muy bien. Tenías muy buena salud y te encantaba trabajar la piedra. Yo hacía libros, controlaba a mis empleados y continuaba mi traducción del *Inferno*. Seguimos hablando de mudarnos a una casa más grande, pero por algún motivo nunca acabábamos de decidirnos. Nos gustaba vivir allí, nos gustaban nuestros amigos, y quizá el estar en el barrio judío de la ciudad era lo mejor para nosotros, pues también éramos forasteros. Quizá la casa más grande era sólo un sueño que nos inventamos para salir adelante. Sólo había una cosa que de verdad podía hacernos más felices de lo que ya éramos y, al final, hasta eso lo conseguimos.

Tras años de intentarlo sin éxito, por fin me quedé embarazada. El instante más feliz que jamás he vivido fue cuando te lo dije y contemplé tu expresión. No hubo ni un segundo de miedo o duda, sólo felicidad. Corriste a decírselo a todos tus amigos del trabajo y cuando volviste me abrazaste muy fuerte y me hablaste de las ventajas que tendría que fuera niño o niña.

Fue poco después, un día en que habíamos ido los dos al mercado a comprar verduras, cuando un grupo de hombres jóvenes empezaron a discutir con un vendedor sobre algo que les había desairado. Llevaban ropas sucias y se comportaban con la arrogancia que da la juventud. A un lado, un hombre de más edad miraba la escena como si la hubiera visto repetirse cientos de veces y estuviera harto de ella, pero no supiera qué hacer excepto dejar que se repitiera de nuevo.

Me pareció que había visto antes a aquel hombre, pero no podía poner un nombre a aquel rostro. Te cogí del brazo y te lo señalé, preguntándote si lo reconocías. Dejaste caer la bolsa de verduras y la sangre abandonó tu cara. Cuando por fin hablaste, apenas pudiste pronunciar su nombre. No esperabas que apareciera en nuestro hábitat.

## XXIV

**I**nmediatamente después de despertarse, a pesar de la resaca que le había dejado la fiesta de Halloween, el 1 de noviembre Marianne Engel se fue directamente al sótano. Durante los siguientes dos días le dio piernas sobre las que sostenerse a la última estatua que le quedaba por terminar —el león/mono aterrorizado—. Cuando la finalizó, se echó sobre un bloque de piedra, durmió una docena de horas y nada más despertar se lanzó de cabeza a un nuevo grotesco. Mientras tanto, yo estuve arriba, solo con mis recuerdos de los fantasmas a los que era imposible que hubiera visto.

Su nuevo monstruo (un rostro humano en el cuerpo de un pájaro retorcido) le llevó setenta y dos horas. Después subió a limpiarse la grima que se le había pegado al cuerpo y a engullir lo primero que encontró en la nevera. Pensé que, como siempre, se iría a la cama a dormir la fatiga, pero no, volvió directamente abajo a echarse sobre otro bloque de piedra. Tras absorber los sueños de la roca, se pasó otras setenta y pico horas trabajando como una esclava para aquel nuevo pretendiente. Cuando terminó, de la piedra había emergido un verrugoso sapo que parecía gritar con su pico de águila.

Se fue a la cama a dormir, pero diez horas después estaba otra vez en la cocina, bebiendo café y comiendo medio kilo de bacon. (En las pausas entre estatuas sí se permitía comer carne). Tan pronto como limpió el plato, echó a andar hacia las escaleras del sótano.

—Me está llamando otro.

Cuando le pregunté cómo iba a dormirse sobre la roca después de beber tanto café, me contestó que no le haría falta.

—Éste ya me hablaba mientras trabajaba en el sapo.

Aunque era sólo la segunda semana de noviembre, Marianne Engel estaba ya empezando su tercer grotesco del mes. Me inquietaba ese aumento de su producción, pero todavía más el cambio que percibí en la intensidad con la que se volcaba en la escultura: se estaba abandonando a un frenesí de trabajo que hacía palidecer las sesiones más intensas que había presenciado hasta entonces. Sudaba a raudales, dejando regueros de gotas sobre el polvo del suelo, y abrió las enormes puertas de roble para dejar pasar el fresco aire otoñal. Nunca apagaba los cientos de velas que la rodeaban, cuyas coronas de llama respondieron al viento como si fueran un trigal meciéndose ante sus rachas. Al ver cómo utilizaba sus herramientas, no pude evitar pensar en un granjero que blande su guadaña para intentar ganar la carrera al invierno que se acerca.

•••

Cuando terminó esta tercera estatua, Marianne Engel se embarcó inmediatamente en la siguiente.

El martilleo era tan insistente que el aire de la casa parecía vacío cuando soltaba sus herramientas. A veces incluso me echaba de la casa —el ruido, no el silencio—. Nunca iba muy lejos, muchas veces no más allá de la esquina de la fortaleza para ver entrar a los parroquianos en St. Romanus. Cuando salían, el padre Shanahan les esperaba en pie en la escalera de entrada, les daba la mano y les imploraba que volvieran la próxima semana. Todos prometían hacerlo y la mayoría incluso cumplía su promesa.

Shanahan parecía un tipo bastante sincero, para ser sacerdote, aunque debo admitir que no soy un observador objetivo. Siempre he sentido una fascinación/repulsión extraña hacia los miembros del clero: dado que desprecio a la institución que representan, me gustaría despreciarlos a ellos también. Pero demasiadas veces me he encontrado con que no odio al hombre, sino sólo a su hábito.

Me imagino que el impulso natural del lector es asumir que mi ateísmo ha crecido en el caldo de cultivo de mis duras experiencias: la pérdida de mis parientes cuando era niño, una carrera en la pornografía, mi drogadicción, un accidente en que me quemé como una tostada. Es una asunción incorrecta.

No hay ningún motivo lógico para creer en Dios. Existen razones emocionales para hacerlo, por supuesto, pero no puedo tener fe en que nada es algo simplemente porque me resulta reconfortante. No puedo creer en Dios más de lo que puedo creer que un mono invisible vive en mi culo. Sin embargo, creería en cualquiera de las dos cosas si me demostrasen científicamente que están ahí. Ésa es la clave del problema de los ateos: es imposible demostrar que algo no existe, y sin embargo los deístas tienden a poner sobre nosotros la carga de la prueba. «Una ausencia de pruebas no demuestra que no exista», dicen, satisfechos de sí mismos. Bien, es cierto. Pero bastaría con un enorme crucifijo en llamas en el cielo ¿NO TIENES UN MONO EN EL CULO? que todo el mundo pudiera ver al mismo tiempo ¿QUÉ ME DICES DE UNA SERPIENTE VIVIENDO EN TU COLUMNA? para convencerme de que Dios sí existe.

•••

Marianne Engel emergió de su taller para pedirme que saliera a buscarle un poco de café instantáneo. Me pareció raro, pues en el sótano tenía una cafetera que utilizaba habitualmente, pero puesto que era su dinero el que mantenía la casa, no podía negarme.

Tan pronto como regresé, me arrebató el pote de las manos, cogió una cuchara y bajó de nuevo a su taller. Pensé en ello unos instantes. No podía ser que... Y entonces bajé y espié desde el último escalón y vi que, en efecto, sí podía ser.

Entre calada y calada a su cigarrillo, se echaba el café instantáneo directamente a la boca, masticándolo como si fuera una jugadora de béisbol mascando tabaco, y haciéndolo bajar con el café de cafetera que se había servido en su enorme taza.

• • •

Sonó el timbre de la puerta.

La mayoría de la gente oye el timbre y va a abrir. Para mí es más complicado. Para mí es una prueba de fuerza de voluntad. ¿Qué pasa si es una niña vendiendo galletas? ¿Qué pasa si me ve, se mea en las bragas y se desmaya? ¿Cómo explicas que tienes una niña inconsciente y bañada en su propia orina en el porche? En el caso de alguien con mi aspecto, esa situación sería poco menos que una invitación para que los buenos ciudadanos del barrio encendieran las antorchas y me persiguieran hasta el viejo molino.

Decidí arriesgarme y enfrentarme al desafío, aunque fuera una niña. Cuando abrí la puerta vi a un hombre de mediana edad y una mujer, probablemente marido y mujer, bien vestidos. La mujer saltó hacia atrás como si ella fuera Nosferatu y yo el sol. (A veces disfruto atribuyéndoles el papel de monstruo a otros). El hombre se puso instintivamente delante de su vampírica mujer y la escudó con sus brazos. Ella pegó los labios a los dientes.

—¿Sí?

—Yo, ah... nosotros. —El heroico hombre tartamudeó, no sabiendo exactamente qué pensar de mí, mientras que la mujer se encogió y alejó todavía más. El hombre, recuperando el temple, soltó—: ¡Queríamos visitar la iglesia, eso es todo! —Por si yo era idiota además de estar quemado, señaló hacia St. Romanus con el pulgar—. Hemos visto que está... ah, ah... cerrada y luego vimos este lugar con, ya sabe, todas las gárgolas y esas cosas que suelen tener las iglesias y, ya sabe, pensamos que quizá este lugar estaba... ah, ah, ah... relacionado con la iglesia de algún modo. —Hizo una pausa—. ¿Lo está?

—No.

• • •

Marianne Engel estaba haciendo algo nuevo con sus esculturas: añadía a cada estatua un número. La primera fue la 27, la siguiente la 26, la tercera la 25; ahora estaba trabajando en la número 24.

Cuando le pregunté por ello, me dijo:

—Mi Tres Maestros me han dicho que sólo me quedan veintisiete corazones. Es la cuenta atrás.

• • •

Esperé a que todos los participantes en la sesión de estudio de la Biblia de los jueves por la noche se hubieran marchado para salir. Había llegado el momento de acercarme a St. Romanus y quejarme de los feligreses que confundían la fortaleza

con algún tipo de dependencia parroquial.

Subí las escaleras de entrada de la iglesia, miré a derecha e izquierda, no vi a nadie, y entré. Mis pasos hacían eco, pero Shanahan —de pie entre los bancos, mirando hacia una de las vidrieras— no pareció darse cuenta. Estaba concentrado contemplando una vidriera que representaba a Cristo en la cruz. Era extraño ver a alguien mirándola de noche, pues no había luz que viniera de fuera e hiciera a Jesús brillar y parecer superior.

No percibió mi presencia hasta que hablé, ofreciéndole el proverbial penique por sus pensamientos. Mi espantosa voz le sobresaltó, igual que mi máscara en cuanto se giró para mirarme, pero recuperó rápido la compostura. Se rió y dijo que, por una vez, quizá incluso sus pensamientos valieran tanto como un penique.

—Es extraño cómo uno puede ver esto cada día —dijo, señalando el Cristo— y aun así encontrar cosas nuevas. Los cuatro brazos de la cruz representan los cuatro elementos de la tierra, por supuesto, pero vea cómo Cristo está clavado a ella, con Sus brazos extendidos y Sus pies juntos. Forma un triángulo, y el tres es el número de Dios. La Santísima Trinidad. Los tres días de la resurrección. El Cielo, el Infierno y el Purgatorio. Así que es perfecto, claro, pues ¿no es Jesús el Hijo tanto de Dios como del hombre?

Se ajustó las gafas y se rió un poco.

—Me temo que me ha encontrado particularmente meditabundo. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Vivo al lado.

—Lo sé, le he visto.

—Soy ateo.

—Bueno, Dios cree en usted de todos modos —dijo—. ¿Le apetece una taza de té?

Me indicó su cuarto, escondido detrás del altar y, por algún motivo, decidí seguirle. Frente a su escritorio tenía dos sillas, obviamente para parejas que creían que un poco de la buena nueva podría ayudarles con sus problemas matrimoniales. En el escritorio, además de una Biblia, había una foto de él con un brazo sobre el hombro de otro hombre. Junto a ellos había una mujer, bastante guapa, y el que parecía su hijo adolescente. La cabeza de la mujer estaba inclinada hacia su marido, pero su mirada estaba clavada en el padre Shanahan, que parecía algo incómodo con su alzacuellos. Cuando le pregunté si eran su hermano y su cuñada. Shanahan pareció sorprendido de que los identificara tan rápidamente.

—¿Tanto nos parecemos mi hermano y yo?

—Su esposa es una mujer muy guapa —dijo.

El padre Shanahan se aclaró la garganta mientras echaba algo de agua en su tetera eléctrica.

—Sí, pero también lo es Marianne.

—La conoce.



—Conoce la Biblia, quizá mejor que yo, pero siempre declina mi invitación a venir a misa. Dice que el problema con la mayoría de cristianos es que se presentan en la iglesia una vez a la semana y rezan para que se haga la voluntad de Dios y luego, cuando Dios hace su voluntad, se quejan. —Colocó dos tazas en el escritorio y una pequeña jarra de leche—. No puedo decir que esté totalmente en desacuerdo con ella.

Se sentó frente a mí y se ajustó las gafas una vez más, a pesar de que ya estaban bien colocadas. Me imaginé que íbamos a hablar de cosas triviales, así que me sorprendió al decirme:

—¿Sería posible que se quitara la máscara mientras hablamos?

La forma de preguntarlo dejó claro que no le intimidaba la máscara, sino que simplemente tenía curiosidad por saber qué aspecto tenía. Le expliqué que mi rehabilitación hacía necesario que la llevara puesta siempre. Asintió comprensivamente, pero pude ver un asomo de decepción en su gesto. Le ofrecí quitármela un momento, si realmente quería ver lo que había debajo. Asintió para indicarme que, en efecto, quería.

Cuando me quité la máscara se acercó para mirarme más de cerca. Se rascó tras las orejas y se movió de lado a lado para inspeccionarme desde todos los ángulos.

—¿Tengo el aspecto que esperaba? —le pregunté cuando hubo terminado.

—No esperaba nada en concreto. Pensé en estudiar medicina antes de entrar en el seminario. Todavía estoy suscrito a algunas revistas médicas.

Mientras me servía el té me explicó que tomó la decisión de no ser médico cuando leyó que en urgencias se les enseñaba a los doctores a considerar que las víctimas de infarto que llegaban estaban ya muertas. Era un método para soportar la tensión: si el paciente vive, el doctor puede creer que ha salvado a alguien, pero si el paciente «sigue» muerto, el doctor sabe que no es porque haya hecho algo malo.

—Pero sólo Dios tiene poder sobre la vida y la muerte —dijo el padre Shanahan—. Aunque un médico puede alargar la vida física de un hombre, un sacerdote puede ayudarlo a alcanzar la vida eterna.

—¿De verdad lo cree?

—Creerlo es un requisito del puesto.

—Permítame que le pregunte algo. ¿Es posible creer en el alma sin creer en Dios?

—Para algunos, quizá. —El padre Shanahan tomó un sorbo de su taza—. Para mí, no.

•••

El número 24 estaba terminado. El número 23 estaba terminado. El número 22 estaba terminado. Era la última semana de noviembre y Marianne Engel por fin regresó arriba. Parecía haber alcanzado el límite de lo que un cuerpo puede aguantar sin una comida decente o la comodidad de una cama de verdad.

No sé mucho de cocina, pero la obligué a comer algo y me aseguré de que fueran platos condenadamente calóricos. A pesar de que obviamente estaba deshecha, toda la cafeína y la nicotina que había tomado la había dejado en un estado de agotamiento maniaco. Saltaba en la silla, con la mirada desenfocada, y se le caían los cubiertos. Cuando terminó de comer trató de ponerse en pie y descubrió que era físicamente incapaz de hacerlo.

—¿Puedes echarme una mano?

Puse en práctica mi experiencia sobre subir escaleras e intenté lo mejor que pude mantenerla equilibrada desde atrás, medio empujándola para que subiera los escalones. Cuando alcanzamos el baño, abrí los grifos y se sentó pesadamente en la bañera. No tenía sentido poner el tapón antes de haber limpiado la capa de polvo que la cubría, así que la ayudé a aclararse. Cuando finalmente estuvo lo bastante limpia para tomar un baño, llenamos la bañera.

Me senté tras la bañera, trabajando su piel. Bajo sus ojos se habían instalado unas grandes bolsas oscuras. Limpié los trozos de piedra que se le habían enredado en el cabello, que ahora le colgaba como sarmientos de unas vides que alguien se hubiera olvidado de regar. Lo peor había sido simplemente el peso que había perdido: cinco kilos seguro, quizá incluso diez. No le sentaba bien porque lo había perdido demasiado rápido, exactamente como no debe hacerse. Me prometí que en adelante la haría comer mejor. A diario.

El baño le devolvió suficientes fuerzas para caminar sin ayuda hasta su dormitorio. Tan pronto como se metió entre las sábanas me di la vuelta para irme, pensando que se dormiría inmediatamente. Me sorprendió que me llamara.

—Mainz. ¿No quieres saber a quién vimos en el mercado?

## XXV

Casi habías perdido la esperanza de que siguiera con vida. Pronunciaste su nombre como tratando de convencerte a ti mismo que de verdad lo estabas viendo, después de tantos años.

—Brandeis.

Tenía algunas cicatrices nuevas, el cabello mucho más gris y una cojera que no padecía cuando lo vi por primera vez en Engelthal. Pero en general parecía simplemente cansado. Los jóvenes mercenarios continuaron acosando al vendedor y el gesto de Brandeis traicionaba su repulsa y su hastío.

Me llevaste a las sombras tras una de las paradas. La mayoría de los soldados eran nuevos y no te reconocerían, pero nunca se podía ser demasiado precavido, no con hombres como aquéllos. Habías concluido años atrás que el único motivo por el que no habían investigado tu desaparición era que todo el mundo, Brandeis incluido, pensaba que las quemaduras te habían matado.

No hace falta decir que te morías de ganas de hablar con él. No podías ni tenías intención de dejar pasar esta oportunidad, pero el problema era cómo acercarse a él. Cuando los jóvenes empezaron a dar empujones al tendero, pensaste que con todo el jaleo podrías colarte entre ellos sin que se dieran cuenta. Yo me opuse frontalmente a ello, aunque sabía que eso no iba a detenerte. Pero justo cuando diste un paso adelante, otro hombre apareció en escena y todo cambió. Los jóvenes soldados se apartaron inmediatamente del vendedor, como si temieran hacer algo más sin permiso expreso.

Lo primero que vi de aquel hombre fue la cruel inteligencia de sus ojos. Parecían brillar con una pasión por la violencia, como si pensara que el caos existía sólo para aprovecharse de él.

—¿Quién es éste? —pregunté.

—Kuonrat el Ambicioso —me respondiste con una voz gélida.

La deferencia que le mostraban los demás dejó claro que Kuonrat era ahora el jefe del ejército. Tras unas pocas palabras y la punta de su espada rozando el cuello del tendero, se llegó rápidamente a un acuerdo: los mercenarios se llevaron cuanto quisieron y el tendero conservó la vida.

Kuonrat era la última persona a la que querías revelar tu presencia, pero a mí no me conocía. Antes de que pudieras detenerme, salí de entre las sombras y me acerqué al grupo. Sabía que no podías seguirme porque si te mostrabas me pondrías en una situación más arriesgada que si me dejabas continuar. Me abrí el escote y me dirigí directamente a Brandeis.

Fue un riesgo calculado. Kuonrat no me había visto nunca y era poco probable que Brandeis me reconociera después de tantos años y sin mi hábito de monja. Imité lo mejor que pude a una prostituta. Fue una actuación espectacular teniendo en cuenta que, aunque todavía no se me notaba, llevaba a tu hijo en mis entrañas. Unos pocos

de los soldados silbaron cuando me vieron inclinarme sobre Brandeis para susurrarle al oído. Supusieron que le estaba diciendo mi precio, pero en realidad solamente dije dos cosas: tu nombre y que yo era la monja que te había cuidado en Engelthal.

Brandeis se separó y me miró fijamente, rebuscando en sus recuerdos del monasterio. Después recuperó la compostura e informó a los demás que se reuniría con ellos luego, dando a entender que le esperaba una tarde de fornicación. Hasta Kuonrat asintió con aprobación y dijo:

—Quizá cuando hayas acabado con él, puedas venir a por el resto de nosotros.

La idea me revolvió el estómago, pero me reí y le dije que quizá, mientras me llevaba a Brandeis de allí. Hubiera sido demasiado arriesgado que te reunieras con nosotros en público, así que me lo llevé a nuestra casa, donde sabía que estarías esperando. Brandeis no daba crédito a verte con vida.

—Creí... estaba tan seguro... Volví una vez a Engelthal, pero no me dijeron nada.

Serví nuestra mejor cerveza y me puse a cocinar. Quería causar buena impresión, quería que viera lo bien que te cuidaba. Le contaste todo lo que había pasado en estos años y le sorprendió cómo te habías abierto camino por ti mismo.

Cuando llegó su turno, Brandeis te contó cómo habían cambiado las cosas en la *condotta*. Cómo habían ido a peor. Habían herido de muerte a Herwald en una batalla y había sido Kuonrat quien había asestado el golpe de gracia al anciano. No fue un gesto de piedad, fue la afirmación pública de su ambición. Cuando desafió a cualquiera que osara oponerse a que él fuera el nuevo líder, nadie dio un paso adelante.

Kuonrat sólo incorporó a la *condotta* a los reclutas más sedientos de sangre. El instinto de lucha de aquellos nuevos soldados era bueno, pero eran estúpidos y desconocían el honor. Era cierto que mataban más que antes, pero también *morían* más que antes. Atacaban con pasión, no con inteligencia, y Kuonrat les azuzaba como un amo a su jauría de perros salvajes. Si morían, el campo estaba lleno de chavales que querían demostrar su hombría. Para Kuonrat era una pérdida de tiempo molestarse en proteger un recurso tan fácilmente renovable. Y, además, sabía por experiencia propia que aquellos que permanecen en la milicia durante años suelen desarrollar ambición de poder.

A pesar de sus métodos, no se podía discutir que Kuonrat conseguía resultados. La *condotta* se había hecho célebre por su carácter despiadado y por su capacidad para derrotar a fuerzas mucho mayores peleando de forma brutal. El éxito le hizo más atrevido y empezó a cuestionar hasta el hecho de ser una tropa de mercenarios. ¿Por qué, se preguntó, tenía que ser la nobleza la que poseyera las tierras si quienes las defendían eran ellos? El dinero ya no le parecía bastante. Kuonrat quería más poder. Se estaba preparando para conquistar territorios para sí mismo.

Los años bajo Kuonrat habían reforzado el deseo de Brandeis de abandonar la *condotta*, pero escapar se había vuelto todavía más inconcebible. Seguía en pie la regla de que una vez te alistabas, eras un soldado de por vida, pero ahora había algo

más. Kuonrat jamás había olvidado cómo Brandeis se enfrentó a él cuando caíste herido y, por eso, andaba siempre buscando excusas para cobrarse venganza. Por eso, si alguna vez Brandeis escapaba, Kuonrat enviaría tras él a los mejores rastreadores, hombres cuya determinación sólo era menor que su crueldad.

A pesar de todos sus rasgos despreciables, Kuonrat no era idiota. Sabía que no podía atacar a Brandeis sin provocación previa, pues todavía quedaba un grupo de veteranos que respetaba a Brandeis como arquero y como persona. Y por eso, generalmente, le dejaba en paz. Pero la amenaza tácita estaba siempre ahí.

Era tan extraño verte en compañía de un viejo amigo, un hombre junto al que te habías enfrentado a la muerte en el campo de batalla en numerosas ocasiones. Brandeis había compartido una parte de tu vida que yo jamás podría entender. Había una intimidad extraña en la forma en que los dos tratabais de parecer duros pero no podíais evitar hablar con ternura. Vi que echabas de menos los viejos tiempos, no las batallas, sino la camaradería. Es curioso lo que una recuerda, pero hay un momento de esa noche que se me quedó grabado. Durante la comida, Brandeis levantó la mano de manera casi imperceptible, pero tú sabías que quería el agua y se la pasaste. Fue un gesto que debíais de haber repetido durante miles de comidas en el campamento y no lo habíais olvidado a pesar de los años que habían pasado. Ninguno de los dos pareció darse cuenta.

Un silencio espeso se impuso al final de la velada. Os mirasteis fijamente el uno al otro, quizá durante un minuto entero, hasta que Brandeis lo dijo en voz alta:

—No puedo seguir con esta vida.

—Te ayudaré en todo lo que pueda —dijiste tú.

Pero esa noche no podía escaparse. Si desaparecía, lo primero que harían los mercenarios sería buscar a la «prostituta» con la que lo habían visto por última vez. Se acordó que regresaría a la *condotta* y fingiría haberse satisfecho conmigo. La tropa pasaría unos pocos días más en la ciudad y luego partiría hacia la siguiente misión. Esperaría un mes y escaparía cuando los días en Mainz fueran sólo un recuerdo lejano.

Si todo iba bien, nadie sospecharía nada. Brandeis no tenía familia en Mainz y no tenía ningún vínculo con la ciudad. ¿Quién se iba a acordar de una noche de sexo un mes atrás? Ése era el plan.

En la puerta, los dos os erguisteis virilmente y sacasteis pecho. Él te dio una palmada en el hombro y tu un puñetazo amistoso en el brazo. Le abracé y le prometí que rezaría por su seguridad. Brandeis dijo que era una buena idea y me felicitó una vez más por el embarazo. Cuando tomó mi mano entre las suyas, pude notar las cicatrices de sus palmas y sólo entonces recordé que se había quemado tratando de quitarte la flecha encendida del pecho. Mientras se perdía en la noche, sentí intensamente lo mucho que le debíamos.

El mes pasó despacio. Hablamos sobre Brandeis, pero nunca más de unas pocas palabras cada vez. Era casi igual a como antes hablábamos de nuestro deseo de tener

un niño, como si tuviéramos miedo de atraer a la mala suerte. Cinco semanas. «¿Tú crees...?», pregunté. «Llegará cuando llegue», contestaste tú.

Seis semanas, ni rastro de Brandeis. No podía evitar preocuparme y cada mañana vomitaba por el embarazo. «Llegará cuando llegue», seguías diciendo tú. A mí me daban ataques de preocupación por su seguridad y por la nuestra una vez llegase. Tú seguías asegurándome que todo iría bien, y yo me esforzaba por creerte.

Siete semanas. Estaba en casa trabajando en un manuscrito, sentada junto a la ventana. Vi acercarse por la calle a una figura envuelta en una capa que se movía arrastrando los pies y miraba hacia atrás a menudo. Reconocí la cojera y supe inmediatamente que era Brandeis a pesar de que su rostro estaba oculto. Su ropa estaba cubierta por la nieve que venía cayendo toda la mañana, así que era un buen día para ir totalmente tapado. Nadie se fijaría en un hombre que simplemente trataba de mantenerse caliente. Le abrí la puerta cuando no pasaba nadie por la calle.

Devoró la sopa caliente que le serví y me explicó que llevaba ocho días viajando, volviendo sobre sus pasos y moviéndose en círculos, evitando las ciudades. Había cazado pequeños animales en lugar de comprar comida para que no pudiera reconocerle ningún comerciante. Estaba seguro de que no le habían seguido. Aun así, no enviamos recado a tu trabajo sino que esperamos a que llegases a la hora habitual. Era fundamental que todo pareciera lo más normal posible.

Los primeros días serían los más peligrosos. Kuonrat habría enviado a un grupo de sus mejores rastreadores tan pronto como se hubiera enterado de que Brandeis había desaparecido. Los dos vigilabais constantemente la ventana y siempre teníais una ballesta cerca. Brandeis había traído dos, la suya y otra que había robado para ti.

Hacíais guardias por turnos. Brandeis no se atrevió ni siquiera a deshacer su bolsa. Tú preparaste la tuya y me dijiste que hiciera lo mismo. Todo aquello era muy inquietante, por supuesto, mucho más de lo que había imaginado. Si algo iba mal — que no tenía por qué pasar, por supuesto—, yo era responsable no sólo de mí misma sino de nuestro hijo nonato. Dije que no comprendía cómo podrían rastrear a Brandeis en un país tan grande. Cuando me oísteis, los dos os mirasteis y no dijisteis nada. Eso lo dijo todo.

Pero no sucedió nada. Pasaron semanas y nadie vino en búsqueda de Brandeis. Empezasteis a dormir por las noches, pero sólo después de haber colgado unas campanillas sobre la puerta. Al final decidisteis que era seguro que Brandeis se aventurara fuera de la casa. Con la capucha cubriéndole el rostro, claro.

Ninguna figura se precipitó sobre él desde las sombras, así que tras otra semana Brandeis empezó a acompañarte a las obras. Tu recomendación bastó para que le contrataran. Trabajaba duro y comía contigo pero por lo demás era muy discreto.

Nadie le hizo muchas preguntas; para tus amigos era sólo otro trabajador no cualificado. No mucho después decidimos que debía buscar una habitación propia porque yo me despertaba por las noches con calambres en las piernas. Un poco de privacidad nos iría bien a todos.

Teníamos tantos amigos que fue sencillo encontrar alojamiento a sólo unas pocas calles del barrio judío. Insistí en pagar el depósito con dinero de mi negocio y, hecho esto, decidimos finalmente permitirnos una auténtica celebración. No es que ninguno de los dos estuviérais totalmente convencidos de que era *seguro* que la huida había sido un éxito, pero estabais dispuestos a reconocer que *parecía* haber sido un éxito. Fue una fiesta fantástica y tú estabas muy contento porque sentías que por fin habías podido pagar la deuda que tenías con él.

Yo me sentía bien y empezaba a no caber en mis ropas, pues el embarazo progresaba según el calendario previsto. Incluso hubo un punto durante la comida en que el bebé dio pataditas e insististe en que Brandeis pusiera la mano en mi barriga. Él dudó pero cuando le aseguré que me gustaría que lo hiciera, puso su palma suavemente sobre ella. Cuando sintió el movimiento, apartó la mano y me miró con los ojos muy abiertos de asombro.

—Esto es por ti —le dijiste a tu amigo—. Esta vida existe porque tú salvaste la mía.

Con eso, levantamos nuestras copas para brindar por haber escapado de nuestras antiguas vidas a otras mejores.

Pero uno no debe vender la piel del oso antes de cazarlo. Al día siguiente, una de las beguinas vino corriendo a nuestra casa. Sabía que aquello no podía traer nada bueno, pues nunca había visto a ninguna de ellas correr antes. Descansó con las manos en las rodillas y, al cabo de unos momentos, en cuanto recuperó el aliento, fue capaz de decirnos, entre sofocos, que un pequeño grupo de hombres —«con pinta de salvajes»— había estado preguntando en el mercado por un hombre cuya descripción correspondía a Brandeis.

Al parecer, Mainz no era tan grande como yo creía. A pesar del cuidado que habíamos puesto en mantener a nuestro huésped oculto, hasta las beguinas sabían que se había alojado con nosotros. Hay que reconocerles el mérito de comprender que darle aquella información a unos extraños era poco aconsejable, pero era sólo cuestión de tiempo que alguien hablase sin pensar en las consecuencias. Brandeis hizo unas cuantas preguntas sobre los «salvajes» y las respuestas de la beguina disiparon cualquier duda: aquellos hombres eran los rastreadores que había enviado la *condotta*. Hasta hoy sigo sin saber cómo pudieron encontrarlo, pero el cómo no importaba. Lo único que importaba era que Mainz ya no era un lugar seguro.

Brandeis se ofreció a huir solo, dejando un rastro obvio que apartase a sus perseguidores de nosotros.

—Sólo me buscan a mí. Vosotros tenéis una buena vida aquí, no...

No le dejaste ni acabar la frase. Tu honor no lo permitía. Le dijiste que los rastreadores encontrarían nuestra casa hiciéramos lo que hiciésemos, y que cuando —no si, sino cuando— la encontrasen, era muy probable que alguno de ellos te reconociera. Qué gran golpe de efecto sería para ellos que les hubieran enviado a capturar a un desertor y volvieran con dos. Eso les granjearía el favor de Kuonrat y el

mensaje al resto sería muy claro: incluso un soldado que había conseguido escapar durante años y que se suponía muerto había sido capturado al final.

Tú y Brandeis afirmasteis que yo debería quedarme porque mi embarazo estaba demasiado avanzado, porque os retrasaría, porque al venir pondría en peligro al niño. Yo repuse que lo más peligroso para mí era permanecer en Mainz, donde los rastreadores me encontrarían y harían lo que fuera para sacarme información. Al final, dije, no importaba cuáles fueran los pros y los contras. No iba a dejar que os marcharais sin mí, y si lo hacíais, os seguiría de todas formas. Sí, estaba embarazada, pero todavía podía viajar y le debía mi buena suerte a Brandeis tanto como tú. Por último, si nos separábamos, ¿cómo íbamos a volver a encontrarnos? Habían descubierto nuestra vida en Mainz y no podríamos regresar. Afirmé que era precisamente *porque* estaba preñada por lo que debía permanecer a tu lado y no arriesgarme a una separación que podría ser permanente.

Con eso te dejé sin opciones y con la ventaja añadida para mí de que no había tiempo para discutir. Así que empaquetamos lo que pudimos, sólo lo más valioso, y nos preparamos para partir tan pronto como fuera posible.

Me llevé el *Inferno* y el libro de plegarias de Paolo, y cuando no mirabas puse también mi ángel *Morgengabe* en la bolsa. Tú no hubieras permitido que cargáramos con ese peso innecesario, pero me era demasiado querido como para dejarlo atrás. También me llevé mi hábito de monja, pues ya había visto que podía ser un disfraz muy útil. Tomamos todo el dinero que habíamos ahorrado para la casa que nunca compramos y tú y Brandeis salisteis a comprar tres caballos. Yo vendí mis especias y libros a cualquiera que quisiera comprarlos, aunque con tan poco tiempo no saqué casi nada. A las pocas horas del aviso de la beguina, salíamos de Mainz. Yo llevaba mi bolsa, mientras que vosotros dos sólo vuestras ballestas y la ropa que acarreabais en vuestros fardos. La vida que habíamos pasado años construyendo desapareció, tan fácil como eso.

Cabalgamos hasta que los caballos estuvieron demasiado cansados para seguir. Me dolía la espalda y un espasmo me recorría la columna con cada golpe de las pezuñas, y también sufría una agonía en mi bajo vientre. Pero estaba contigo y no quería quejarme.

Encontramos una pequeña posada y me enviasteis a negociar con el posadero, porque cuanto menos se os viera a vosotros, mejor. Antes de irnos a dormir esa primera noche pregunté hacia dónde nos dirigíamos.

—Es mejor no tener un destino concreto —respondió Brandeis—. Si supiéramos adónde vamos, los rastreadores lo sabrían también.

Me pareció que aquello no tenía sentido, pero estaba demasiado cansada para discutir.

Durante los días siguientes cabalgábamos tanto como yo aguantaba y luego tomábamos una habitación de la que ninguno de nosotros salía excepto cuando yo iba a buscar comida. No pasó mucho tiempo hasta que el viaje empezó a cobrarse su



precio en mí. Me dolían los pechos, los calambres en las piernas eran cada vez peores y sentía los músculos de mi costillar distendidos y exhaustos. Sabía que nos estaba retrasando, todos lo sabíamos, y eso atizaba tus constantes peticiones de que os dejara huir solos. Me señalaste que mis constantes pausas para orinar no sólo nos ralentizaban, sino que hacían que nuestro rastro fuera mucho más fácil de seguir. Hasta amenazaste con dejarme atrás pero, por supuesto, no llegaste a hacerlo.

En las ciudades tomamos atajos por callejones y en los campos obligamos a los caballos a pasar por riachuelos con agua casi helada. Lo odiaban tanto como yo. Los caballos no podían mantener el ritmo que necesitábamos, demasiado galope y poco descanso. Cuando les fallaron las fuerzas, los cambiamos por otros frescos. Los rastreadores se verían obligados a hacer lo mismo o a rezagarse.

A pesar de que miraba constantemente hacia atrás, nunca vi a nuestros perseguidores. Quise creer que los habíamos despistado. Honestamente, no podía entender cómo habrían podido seguir nuestra pista con todos los trucos que habíamos empleado. Pero habían encontrado a Brandeis en Mainz. No tenía ni idea de sus habilidades, pero vosotros dos habíais vivido con ese tipo de hombres, de modo que tenía que confiar en vuestro miedo. Tú seguías haciéndonos avanzar a un ritmo implacable.

Cada día me preocupaba más lo que tanto cabalgar podría estar haciéndole a nuestro hijo. ¿Podría causar un nacimiento prematuro? Tenía que convencerme a mí misma, cada hora de nuestro viaje, que para escapar a los rastreadores merecía la pena correr cualquier riesgo. En los pocos momentos en que no pensaba en el bebé, fortalecía mi voluntad recordando nuestra partida de Engelthal y cómo compraste un pasaje en un carro de cerdos. Traté de convencerme de que nuestra situación era sólo otra prueba que teníamos que superar y que al menos no teníamos que lidiar con el olor de los cerdos.

Pero tras una semana llegué a un punto en que simplemente no pude dar un paso más. Brandeis y tú todavía aguantabais, pero yo supliqué descansar. Habíamos viajado tantos kilómetros que estaba convencida de que no pasaría nada por parar tan sólo un día. Accedisteis, no porque fuera seguro, sino porque había llegado la hora de pensar en un plan. No me importaba el porqué, necesitaba descansar como fuera.

Habíamos viajado en círculos para confundir a nuestros perseguidores y, como consecuencia, no nos habíamos alejado mucho de nuestro punto de partida. Estábamos cerca de Núremberg, lo que era una ventaja porque incluso si los rastreadores seguían en nuestra estela, la propia ciudad era lo bastante grande para escondernos al menos durante unas horas más.

Encontramos una posada y los dos os sentasteis en una mesa para hablar de cuál sería el siguiente paso. Quizá iríamos al norte, a Hamburgo, o quizá sería más seguro viajar al este, hacia Bohemia o Carintia. Incluso se habló de ir a Italia. Tú hablabas un poco del idioma que habías aprendido de los ballesteros italianos, y yo podía actuar como traductora. Tras uno o dos años podríamos volver a Alemania. Era improbable

que nuestros perseguidores adivinaran nuestro destino e, incluso si lo hacían, Kuonrat tendría que dedicar muchos recursos durante mucho tiempo para continuar la caza en otro país.

Se suponía que sólo debíamos estar en Núremberg un día, pero mi cuerpo no lo permitió. Durante tres días el dolor me mantuvo postrada. Mi pulso estaba disparado y me faltaba el aire. Me moría de hambre, pero no podía digerir nada de lo que comía. Ansiaba dormir, pero mis pensamientos no me permitían cerrar los ojos. Mi embarazo se había rebelado y, finalmente, a regañadientes, acepté que tenías razón: estaba demasiado débil para seguir. Se decidió que se me dejaría al cuidado de la Iglesia. Me dejarías un puñado de monedas, bastantes para pagar mis cuidados durante el embarazo, y cuando estuvieras seguro de que habíais escapado, regresarías a por mí. Se aceptó el plan, que me dejaba una noche más de descanso antes de vuestra partida. Os pregunté adónde iríais, pero ni siquiera eso me podías decir.

—Es mejor no tener un destino concreto...

Lloré en la cama hasta que me venció el sueño, mientras me acariciabas el cabello y me asegurabas que todo saldría bien.

El destino, sin embargo, tenía otros planes. En mitad de la noche alguien golpeó nuestra puerta con tanta fuerza que hizo temblar los muebles que habíais apilado contra ella, y al instante supimos que nos habían descubierto. La única vía de escape era a través de la ventana, a pesar de que estábamos en un segundo piso, a unos cuatro metros y medio de altura.

Intenté levantarme de la cama pero no lo logré, así que tuviste que incorporarme tirándome de los brazos. Mientras recuperaba el aliento, Brandeis recogió las bolsas. Tú mirabas con precaución por la ventana para ver si había alguien fuera y levantaste la mano para avisarnos que no nos acercáramos.

—La ballesta —ordenaste.

Brandeis tomó una de las dos ballestas y colocó una flecha en el soporte. Tensó la cuerda y te pasó el arma. Tú apuntaste con ella a algo afuera. Sonó el silbido de un disparo y un golpe cuando el proyectil impactó en algo sólido. Hiciste otra seña que indicaba que el paso estaba despejado y saliste el primero por la ventana. No fue por falta de modales, sino porque alguien tenía que recogerme cuando saltase. Tras de mí oí cómo alguien hacía astillas a hachazos la madera de la puerta.

A pesar de la amenaza inmediata del ataque, me quedé quieta en la ventana incapaz de saltar. Estábamos demasiado altos, era demasiado arriesgado para el bebé. Brandeis estaba en pie entre la puerta y yo, gritándome que saltara. Pero yo me quedé paralizada, mirándote abajo con los brazos abiertos, hasta que oí a Brandeis detrás de mí diciéndome «Perdóneme, Marianne» justo antes de empujarme por la ventana.

Yo caí protegiéndome el vientre con los brazos y tú amortiguaste el impacto de mi caída rodando hacia atrás sobre la nieve al recibirme. Oí gritos en el piso de arriba y unos segundos después Brandeis saltó por la ventana.

Cayó de forma extraña, pero en aquellos instantes mi atención estaba en el

rastreador muerto al otro lado de la calle. Yacía boca abajo, con la cara metida en un charco de aguanieve sucia y el cuello doblado en un ángulo extraño por causa de la flecha que lo había atravesado. Entonces me di cuenta de que la nieve no estaba sucia, sino teñida de rojo por el pequeño geiser de sangre que todavía manaba de su cuello.

Tiraste de mí hacia los caballos y antes de darme cuenta galopábamos por las calles de Núremberg. Tú y Brandeis cabalgabais cada uno a un lado, dirigiendo mi caballo y decidiendo mi destino. Debido a mi cansancio y a la conmoción del ataque, yo era prácticamente un peso muerto.

Mi caballo resoplaba vapor con su aliento mientras corría, y yo pensaba en el hombre en la calle cuyo aliento ya no existía. Me impresionó la forma en que murió, cómo le habías matado sin pensarlo, sin dudar un instante. Miré tu rostro cuando disparaste la flecha y ni siquiera se me ocurrió que tu objetivo pudiera ser una persona. Tenías la boca cerrada, los ojos entrecerrados y tu dedo se movió con decisión. Aspiraste antes de apretar el gatillo, pero no para tranquilizar tu alma, sino tus manos. Todo había sucedido en... ¿qué?, ¿un segundo?, ¿menos? ¿Era posible que ése fuera el tiempo que llevaba matar a un hombre?

Acabábamos de salir de la ciudad cuando vi que el caballo de Brandeis se quedaba atrás. El caballo no lo tiró al suelo, sino que él simplemente resbaló por un costado del animal. El caballo relinchó confuso y se dio la vuelta, como si no supiera adónde ir sin su jinete. Había sangre por todas partes, en la nieve, en el costado del caballo y a lo largo de la pierna de Brandeis. La tela de sus pantalones estaba abierta y tenía una gran brecha en la parte superior del muslo, donde la piel de su pernera mostraba un corte como la sonrisa de un demonio del que manaban borbotones de sangre. Su rostro estaba pálido y le temblaban los labios.

—Uno tenía un hacha. Me alcanzó mientras saltaba por la ventana. Lo siento.

Le puse la mano en la frente y la encontré fría y empapada de sudor. No comprendí cómo había conseguido mantenerse sobre el caballo tanto tiempo. Tú limpiaste la herida con un puñado de nieve, que dejó un charco rosa alrededor de la brecha abierta en la carne. Me pediste tela, así que saqué lo primero que encontré en las alforjas: mi hábito de monja. Debí haber buscado otra cosa, pero creo que todavía no me había recuperado de la conmoción y tomé lo que estaba encima. Lo cortaste e improvisaste con él unos vendajes con los que cubriste la herida.

Con una palmada en el anca enviaste el caballo de Brandeis en dirección contraria, con la esperanza de que sirviera de señuelo, y luego levantaste a Brandeis de la nieve. Me recordaste que los rastreadores seguían persiguiéndonos pero que además ahora estarían enfadados. Subiste a Brandeis a tu caballo y te sentaste frente a él, de modo que reposase sobre tu espalda. Él echó los brazos sobre ti, abrazándote, y tú le ataste las manos juntas frente a tu cadera.

—No estamos lejos de Engelthal —dijiste—. Hasta los mercenarios respetarán la casa del Señor.

Se me hizo un nudo en el estómago porque, de todos los lugares del mundo, Engelthal era el último al que quería ir. Pero comprendí que nuestra situación era desesperada y me tragué mis protestas. Brandeis necesitaba atención inmediata, así que huimos en dirección al monasterio.

Él colgaba de tu espalda como un espantapájaros con exceso de relleno que estuvieras llevando al campo. Tu caballo sufría por el sobreesfuerzo y no pudimos viajar muy rápido, pero tú nos forzaste a apretar tanto como pudimos. Abandonamos los caminos secundarios y tomamos la ruta más directa, porque había pasado el tiempo de la discreción. No pudimos parar a comprobar cómo estaban las heridas de Brandeis y yo tuve que luchar contra mi propio pulso desbocado. Conforme cabalgamos, te hice la pregunta que ya no podía retener más tiempo en mi interior.

—¿Cómo pudiste disparar a ese hombre? ¿Cómo pudiste atravesarle la garganta?

—Apunté al pecho —dijiste.

Tu tono fue tan frío que dejó claro que la conversación había terminado.

En cuanto empecé a reconocer el paisaje, señalé cuáles eran los mejores caminos. Al llegar a la entrada de Engelthal, desmonté como pude y llamé a la puerta. Lo más lógico era que fuera yo la que planteara la súplica y, además, hubiera sido demasiado complicado desatar a Brandeis de tu cuerpo.

Fue la hermana Constantia la que abrió la puerta y un gesto de confusión se apoderó de su rostro.

—¿Hermana Marianne?

Le expliqué nuestra situación y pude ver que seguía mirándote, haciéndose a la idea que eras el soldado quemado que había ayudado a cuidar años atrás. Cuando finalmente recuperó la voz, la hermana Constantia dijo:

—Si fuera una situación normal, te dejaría entrar... pero ésta no es una situación normal. —Bajó los ojos, casi avergonzada, hacia mi vientre hinchado.

No podía entender por qué dudada. No importa cuáles hubieran sido los rumores sobre mi desaparición, necesitábamos protección o Brandeis moriría. Señalé hacia él con énfasis. Vi que la hermana Constantia se daba cuenta de que los harapos sangrientos que envolvían la pierna del herido eran los restos cortados de mi hábito de monja.

—Si no puedes abrirnos —le supliqué— llama a la madre Christina. Ella no permitirá que este hombre muera.

—La priora está en Núremberg y tardará en regresar. La hermana Agletrudis la substituye en su ausencia. Iré a buscarla. —Antes de ir hacia el monasterio, la hermana Constantia añadió sólo una cosa—: Pero nunca te ha perdonado que profanases el *scriptorium*.

No tenía la menor idea de lo que la hermana Constantia quería decir, pero estaba segura de que tan pronto llegara Agletrudis podría aclarar la verdad.

## XXVI

**O**bsesivamente, Marianne Engel despidió noviembre con la finalización de la estatua 21, la séptima del mes.

Las estatuas 20 y 19 se terminaron en la primera semana de diciembre. La estatua 18 llegó en la segunda semana. Los períodos de preparación en la piedra estaban haciéndose más largos, pero siguió sin deshacer la cama desde la noche en que me habló de Brandeis. Nuestras vidas consistían ahora en sólo tres acciones. Ella esculpía y olvidaba y yo la miraba.

Vi cómo ignoraba a *Bougatsa*; se olvidó de ayudarme a bañarme. Rechazó hasta el último plato de comida que preparé; se olvidó de poner un regalo en mis zapatos de San Nicolás en el alféizar de la ventana. Vi cómo se fumaba cien cigarrillos al día; se olvidaba de cambiar el álbum que había en la cadena de música. Vi cómo se comía potes enteros de café instantáneo. Se olvidaba de limpiarse la sangre de los dedos. Vi cómo se consumía la carne de su cuerpo, cómo sus mejillas se hundían y sus ojos se volvían cada vez más oscuros. Olvidó cómo unir palabras en frases completas.

ERES INÚTIL. *No lo soy.*

Le supliqué que se tomase un descanso, pero insistió en que se le acababa el tiempo. Ahora no eran sólo las estatuas las que la apremiaban a trabajar más deprisa, sino también sus Tres Maestros.

Llamé a Gregor y a Sayuri porque no sabía qué hacer. Trataron de hacerla entrar en razón pero fue como si hablaran a una pared. Ni siquiera estoy seguro de que Marianne Engel se diera cuenta de que estaban allí. Cuando traté de conseguir que Jack me ayudara, cambió el tema a cómo le estaba afectando la situación a ella.

—No tengo más sitio en la galería y me sigue enviando todas esas estatuas. No es que se vendan como rosquillas en Navidad, ¿sabes?

Le colgué el teléfono con un golpe y me fui directo a mi neceser de morfina en busca de consuelo.

Tuve que contratar operarios para que sacaran las estatuas de su taller y las dejaran en el patio de atrás. Quise evitarlo, pues esperaba que la falta de espacio en el taller la obligara a detenerse, pero ella insistió. Cuando protesté empezó a gritarme en una lengua que no reconocí y me desmoroné. Era obvio que iba a suceder algo horrible.

—No puedes seguir trabajando así.

—Los monstruos son portentos divinos.

—Estás cubierta de sangre, deja al menos que te dé un baño.

—Es sangre de vida.

—¿Por qué no comes algo? —Traté de convencerla—. Te estás quedando en los huesos.

—Estoy convirtiéndome en pura nada. Es glorioso.

—Si enfermas no podrás ayudar a los grotescos.

—Si enfermo, me alegraré porque querrá decir que Dios se ha acordado de mí.

Se negó a subir para bañarse o dormir, así que cuando estaba tendida sobre la roca como preparación, yo bajaba un cubo con agua caliente y jabón. Si no iba a bañarse, yo le llevaría el baño al taller.

La esponja pasaba por sus costillas como un coche sobre badenes. El líquido salía gris tras resbalar por su cuerpo y caía al suelo del taller creando dibujos sobre el polvo. *Bougatsa* ladraba en un rincón. Cuando la giré para poder limpiarle la espalda, me pareció que la piel sobre la que llevaba tatuadas sus alas de ángel se le había despegado de la carne.

• • •

Jack no me estaba ayudando nada, a pesar de que no podía ignorar el ritmo frenético al que Marianne esculpía y enviaba estatuas a su ya rebosante galería. Cuanto más tiempo pasaba sin que Jack me ofreciese la ayuda que yo me negaba a pedirle, más crecía mi resentimiento hacia ella. Cuando ya no pude contener mi enfado, me presenté en su tienda y le exigí, sin decirle ni siquiera hola, que hiciera algo.

—¿Y qué quieres que haga yo? —me espetó—. Tú le importas mucho más de lo que yo le he importado nunca y ni siquiera tú has podido pararla. Trata de que coma algo y beba agua y espera a que se derrumbe.

—¿Esto es todo? —dije—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de las suculentas comisiones que te llevas?

—Dios, qué capullo eres. —Jack me dio golpecitos con el bolígrafo que tenía en la mano—. ¿Está tomando sus medicinas?

Le expliqué que había intentado mezclárselas con el café en polvo pero lo había descubierto. Había subido hasta el campanario y me había tirado el tarro, que pasó por encima de mi cabeza y se estrelló contra la pared.

—¿Sabes lo difícil que es limpiar café en polvo de una estantería de libros?

Jack asintió.

—La única vez en que intenté mezclarle la medicina con algo no me habló durante tres meses. Pensó que yo formaba parte de la conspiración contra ella.

Me calmó un poco saber que Jack había intentado el mismo truco que yo. Acabamos la conversación con un tono moderadamente civilizado y me prometió que se pasaría por la fortaleza esa misma noche.

Jack trajo comida que Marianne Engel podría comprobar que no estaba trufada de medicinas —pan, fruta, queso, etc.— y trató de hablar con ella. No funcionó. Se enfadó porque la interrumpiéramos y rompió el pan en migajas que dejó caer entre los pedazos de roca que cubrían el suelo, luego subió la cadena de música hasta que el volumen hizo que nos marcháramos de allí. Mientras subíamos las escaleras pudimos oír cómo hablaba sola en latín muy excitada.

Aunque no habíamos conseguido nada, el intento nos había dejado agotados. Nos

sentamos en silencio en el salón durante un cuarto de hora, casi sin levantar la vista del suelo. Al final comprendí que no era que Jack no se preocupase por Marianne, sino simplemente que ella —que ya había pasado por todo esto antes— sabía que no había nada que ninguno de los dos pudiéramos hacer. Aun así, antes de marcharse, dijo:

—Volveré mañana.

Por la mañana me encontré a Marianne Engel tendida sobre la recién completada estatua número 17. La abracé y no tuvo fuerzas para soltarse a pesar de sus esfuerzos.

—No, tengo que prepararme para la siguiente.

Lo decía en serio, pero estaba demasiado débil para resistirse, así que la subí arriba.

Una vez más le limpié la sangre, sudor y polvo de su cuerpo. La cabeza le colgaba en el borde de la bañera de porcelana como si fuera una marioneta cuyo titiritero se hubiera tomado un descanso. Siguió diciéndome, mientras la lavaba y mientras la arropaba en la cama, que tenía que volver al taller. Pero a los pocos segundos se sumió en un profundo sueño.

• • •

Marianne Engel seguía dormida cuando Jack llegó por la noche. Al estar a solas con la señorita Meredith de nuevo, abrí una botella de bourbon.

Me habló de los clientes que compraban las gárgolas. Los nombres de la lista eran impresionantes: destacados hombres de negocios, jefes de Estado, célebres mecenas, además de un completo quién es quién del mundo del espectáculo. Reconocí un buen número de cantantes de éxito y de actores de Hollywood de primera fila, además de un escritor universalmente reconocido como el rey de las novelas de terror. Un director, conocido por sus películas poéticas sobre perdedores, había comprado al menos media docena de estatuas. (Con su fregona de pelo negro y su cara enjuta podría haber pasado fácilmente por el hermanastro anémico de Marianne Engel). Aunque no me sorprendió ver que también varias iglesias compraban sus gárgolas, sí me pilló por sorpresa las muchas universidades que había entre sus principales clientes.

Jack se comió la mayor parte de la comida china que pedimos, empujándola a fuerza de tragos de bourbon. Se limpió la salsa de la boca con la manga y me preguntó si de verdad no tenía pene. Cuando le confirmé que no, se disculpó por haberse burlado por ello antes. Acepté sus disculpas con tanta elegancia como pude y se puso un poco tierna; estaba descubriendo que el alcohol —como sucede a menudo hasta con el más viril de los bebedores— la ponía sentimental. Cuando le pregunté si tenía algo planeado para Navidad, me contestó contándome la historia de su vida.

Se había quedado embarazada siendo adolescente y dado a luz a un niño, Ted, que ahora estaba en la treintena. Jack se había casado con el padre de Ted, que resultó ser

un hombre violento que se pasaba el día borracho, y permaneció con él porque no parecía tener otra opción. Consiguió acabar el instituto, pero la universidad fue otra cuestión. Cuando se quedó embarazada por segunda vez, su marido la culpó de arruinarle la vida:

—¡Te quedas preñada otra vez aunque no tenemos dinero, zorra!

Ted, que tenía entonces seis años, presencié cómo su padre pegaba a su madre embarazada al menos una vez a la semana.

Una noche del séptimo mes, su marido le dio una paliza particularmente fuerte. Cuando el alcohol le hizo perder el conocimiento, Jack metió un poco de ropa en unas maletas y vistió al pequeño Ted. Llevó al niño a la puerta de la casa y luego regresó al dormitorio con una sartén, con la que machacó a golpes la cabeza de su marido. Dijo que lo hizo para asegurarse de que no les siguiera cuando despertase, pero sospecho que lo hizo porque le apetecía. Durante días leyó el periódico local para ver si lo había matado. Cuando vio que no aparecía ninguna necrológica, se sintió muy aliviada pero también un poco decepcionada.

—Tras dejar a mi marido *a veces* me preocupaba que me estuviera esperando en el hospital de mi madre. Mi madre tenía esquizofrenia —dijo Jack—, pero el bastardo no apareció por allí y nunca volví a verle. Supongo que le faltaba voluntad hasta para acosarme.

Fue una revelación que la madre de Jack hubiera sufrido esquizofrenia. ¿Habría alguna conexión, entonces, con Marianne Engel? En efecto, la había.

—Yo quería mucho a mi madre y tenía que ir a visitarla, especialmente porque nadie más iba. Mi padre había muerto hacía tiempo. Supongo que no pudo aguantar ver cómo la mujer que amaba se volvía loca.

Comenté que su vida no parecía haber sido fácil.

—Y que lo digas. Todos los hombres en mi vida han sido unos mierdas, hasta el punto de que mientras Ted crecía —me confió Jack— deseaba en secreto que saliera gay.

—¿Y?

—No hubo suerte —gruñó, sirviéndose otro vaso de bourbon.

—Bueno, no pierdas la esperanza —dije, tratando de ayudar.

—Sí, ya. —Tomó otro trago—. De todas formas, aunque las cosas no fueron fáciles, salimos adelante. Di a luz a Tammie, la niña de la que estaba embarazada cuando dejé a mi marido. Conseguí trabajo de camarera. Ascendí a cocinera, luego a subdirectora. Era un tugurio de mierda, pero ¿qué le iba a hacer? Un abogado me localizó después de que muriera mi padre y resulta que me había dejado un poco de dinero. Así que supongo que el bastardo hizo algo bien al final. —Levantó su copa al cielo—. Sabía que no podía criar a dos niños con lo que ganaba en el restaurante, así que utilicé algo de ese dinero para apuntarme a un curso nocturno de contabilidad. Saqué buenas notas y pude conseguir un trabajo malo en una buena empresa.

—De eso a propietaria de una galería de arte —apunté— y a ser la agente de



Marianne todavía hay un trecho.

—No tanto como crees. Yo seguía visitando a mi madre en el hospital y un día vi que había una nueva paciente, una chica joven. Atractiva, ya sabes, sentada sola en una mesa. Dibujando. Era distinta a los demás. Quizá fuera por su cabello y sus ojos.

—Marianne —dije.

—Bingo. Pero entonces no se llamaba así. La policía la había encontrado en la calle y no habían podido identificarla.

*Marianne Engel* no era su nombre real. Mi sorpresa hizo que asomara a la cara de Jack una mirada de superioridad. Le complacía saber cosas de nuestra amiga común que yo ignoraba.

—La enfermera me dijo que cuando la habían encontrado no llevaba ningún documento encima y sus huellas dactilares tampoco revelaron nada. No quería, o no podía, decirles nada de su pasado. Quizá sus padres habían muerto o quizá la habían abandonado, ¿quién sabe? Un día le pidió a los doctores que empezaran a llamarla Marianne Engel. Tras unas pocas visitas, decidí acercarme a saludarla. Entonces era muy tímida. Cuando le pedí que me enseñara sus dibujos, no quiso. Pero seguí pidiéndoselo y después de unas cuantas visitas más conseguí que me los dejara ver. Me quedé de piedra. Me esperaba garabatos incoherentes y cosas así, pero lo que dibujaba eran bestias fantásticas, monstruos, y todos eran horribles pero de algún modo también frágiles. Había algo en sus miradas que les daba vida.

Jack hizo una pausa. Le miré a través de los agujeros de mi máscara de plexiglás y por un instante temí que fuera a decir que también había algo de eso en mis ojos. Pero se limitó a atizarse otro trago de bourbon y siguió hablando.

—Me dijo que en realidad no era dibujante. Me dijo que era escultora y que aquellas criaturas aguardaban a que las liberara de la piedra.

—Así que —dije yo— ya desde adolescente...

—Sí, ya desde adolescente —confirmó Jack—. Supongo que me fascinó aquella idea pero yo no sabía una mierda de arte. La mayor parte del tiempo pienso que incluso ahora no tengo ni puta idea. Pero sí sé que hay algo único en su visión. Me gustó, y resulta que también le gusta a mucha otra gente. Pero en aquellos tiempos me limité a asentir porque ¿qué diablos iba a hacer yo? Pasaron los meses y seguí visitando a mi madre y Marianne siguió enseñándome sus dibujos y, no sé... simplemente le cogí cariño. Supongo que me daba lástima. Era muy joven y quizá yo entendía lo que sentía al estar atrapada en un lugar que no era bueno para ella. El asilo era el lugar adecuado para mi madre, sin duda, pero no lo era para Marianne.

—¿Y qué pasó?

—Los médicos jugaron con diversos cócteles de fármacos hasta que al final encontraron una combinación que la estabilizó. Marianne puede vivir de forma independiente, ya lo sabes, mientras se tome sus medicinas. Pero siempre pensó que aquellas medicinas eran veneno para sus corazones. —Jack hizo otra pausa—. Sí, esa fantasía tampoco es nueva. Una vez incluso la llevé a que le hicieran unas

radiografías para que viera que sólo tiene un corazón y aun así no me creyó.

—Pero ¿cómo...

—Ahora te lo explico, si haces el favor de callarte. —Jack me apuntó con los palillos, entre los cuales tenía atrapado un pedazo de pollo *kung pao*—. Cuando los doctores la arreglaron, la pusieron en un albergue y acabó consiguiendo trabajo en una cafetería. De lavaplatos, ¿te imaginas? Cuando me enteré fui a visitarla y me la encontré con los brazos metidos hasta los codos en agua sucia. Yo sólo podía pensar en aquellos dibujos asombrosos. Mientras tanto, se había hecho el primer tatuaje, una de esas frases en latín que tiene en el brazo. Cuando le pregunté por qué lo había hecho, me dijo que puesto que no podía permitirse comprar piedra, al menos podía usar su propio cuerpo como lienzo. Todos esos tatuajes que se ha hecho, se los hizo porque no podía esculpir por algún motivo. Fuera como fuese, me dije, a la mierda. Si tantas ganas tiene de ser escultora, voy a ayudarla. Así que le pagué un curso de escultura por las noches, aunque todo lo que yo tenía era un poco del dinero que me había dejado mi padre, y todo eso mientras mantenía a mis dos hijos en casa. Fue una solemne estupidez, ¿no crees?

Fue estúpido pero también (aunque ciertamente no lo dije en voz alta) maravilloso. Jack cogió otro de los cigarrillos de Marianne Engel —porque Jack no fumaba, como me ha dicho más de una vez— y continuó con su historia. Cada vez que llegaba a una parte muy dramática, movía el cigarrillo en el aire como si tratara de pinchar unos globos invisibles.

—El profesor me dijo que Marianne era la alumna con más talento que jamás había tenido, que el cincel parecía hecho para ella. Cuando se me acabó el dinero para pagarle las clases, me dijo que Marianne siguiera yendo de todas formas. Que algún día podría jactarse de haber sido su profesor. Así que tomé otra decisión estúpida y le comenté a Marianne que yo podría ser su agente. Aceptó, a pesar de que le dije que no tenía ni idea de vender arte. Pero sí sabía lo bastante para conseguirle unas herramientas medianamente decentes, que encontré en la subasta de una herencia, por pura suerte, y luego un poco de piedra. El primer bloque fue de una piedra horrible y barata que prácticamente se desmoronaba cuando la tocaba el cincel, es verdad, pero aun así ella saca la gárgola y le queda muy bien. Así que ahora tengo esa estatua y tengo que venderla porque si no, no nos podemos permitirnos otro bloque de piedra, así que alquilo un camión viejo que estaba para el arrastre para llevar la estatua a todas las galerías de arte que conozco. Al final encuentro a alguien dispuesto a exhibirla pero sólo si se les paga una comisión de escándalo, pero en ese punto no tenemos ninguna otra opción así que acepto. Cuando al fin se vende, puedes creerte qué mierda, hasta pierdo dinero con la operación. El proceso lleva meses y Marianne Engel no para de hacerse tatuajes, se vuelve loca sin piedra que tallar. Pero al final vendemos otra y otra, y de repente nos encontramos con dinero entre manos y todo empieza a funcionar.

Me fascinó oír una historia sobre Marianne Engel que no incluyera monasterios

medievales. Hizo que me diera cuenta de hasta qué punto me habían absorbido sus cuentos de hadas.

—Cuando se puso de verdad, hacía una estatua detrás de otra. Ésa fue la primera vez que vi que podía ponerse como ahora, ¿sabes? La primera vez trabajó hasta perder el conocimiento. —Jack levantó la vista hacia la habitación de Marianne Engel—. Entonces era más joven y más fuerte, y pensé que era sólo un fogonazo juvenil. La pasión de crear por primera vez. No me imaginé que iba a seguir igual. ¿Cuánto ha pasado?, veintipico años.

—Le debe ir bien —dije—, quiero decir, tiene la casa y...

—Sí, tiene dinero, claro. En lo suyo, Marianne es la mejor del mundo. A los cinco años montamos la galería. A los diez años le compramos la casa. En efectivo, ni siquiera necesitamos una hipoteca.

—¿Cómo te convertiste en su curadora?

—Bueno, simplemente pasó —respondió Jack—. No, joder, la verdad es que llevé una montaña de papeleo y un montón de visitas al juzgado. Pero recuerda que no tiene familia, a menos que yo sepa. No me ha dicho nunca nada de su vida antes de que la conociéramos y, honestamente, no sé si ni siquiera lo sabe.

—Jacqueline —dije—, no me has contestado a la pregunta que te hice al principio.

—No me llames así, cabrón, y ni siquiera me acuerdo de lo que me habías preguntado.

—Si haces algo en Navidad.

—No. Mi madre murió hace diez años y mis hijos ya no me hablan. —Recogió su abrigo y dijo que tenía que marcharse. En la puerta, añadió—: No te creas que ahora somos amigos. Si fuera por mí, seguirías sin tarjeta de crédito.

—Entendido —confirmé—. Espero que esto no suene mal, pero de hecho estoy contento de que Marianne se haya derrumbado. Al menos así tendrá que descansar un poco.

Jack emitió un bufido.

—Todavía no ha acabado.

• • •

Marianne Engel se despertó y demostró que Jack estaba en lo cierto. Engulló un gran desayuno y volvió al sótano, donde se pasó los siguientes cuatro días. Sus movimientos eran indolentes, como si alguien la hubiera filmado trabajando y estuviera pasando la película a cámara lenta. Simplemente no tenía fuerzas para trabajar más rápido.

SI LE DIERAS UN POCO DE MORFINA ¿Qué? SE DORMIRÍA.

El 20 de diciembre Sayuri vino para la última sesión de rehabilitación antes de las fiestas. Nos esforzamos por ignorar el lento toc-toc-toc de las letárgicas herramientas

de Marianne.

—Gregor me dice que te va a presentar a sus padres —dije—. Es un gran paso.

—Es la primera vez que lo hace —dijo Sayuri—, que lleva a una chica a conocerlos.

—¿Cómo te sientes tú?

—Yo estoy bien, pero sufro un poco por él. Creo que siente que nunca lo hace lo bastante bien para sus padres.

—¿Cree que vas a decepcionarles? —pregunté incrédulo.

—Está más preocupado porque piensen que *él* no es lo bastante bueno para mí. — Sayuri subió la resistencia de mi bicicleta estática y me animó: *¡lucha, lucha, lucha!* —. Es ridículo.

—Así que, ¿crees que va a...? —Le di unos golpecitos en su dedo anular, en el que no llevaba ningún anillo.

—No —respondió Sayuri rápidamente. Retiró la mano, pero vi en su cara que la idea no le molestaría en absoluto—. Sólo quiere que vea su ciudad.

Hubo un cambio en el sonido que subía del sótano. El lento metrónomo de martillo se había silenciado. Habiendo vivido ya un tiempo con Marianne Engel, conocía su forma de trabajar lo bastante bien como para saber que era imposible que hubiera acabado la estatua en la que estaba trabajando.

—Debería bajar a ver qué pasa.

LA MORFINA ES BUENA. *No para ella.*

Cuando bajé por las escaleras del sótano no la vi. La llamé, pero no hubo respuesta. Medio cigarrillo quemaba todavía en el cenicero. Entonces la vi tras una gárgola casi terminada, con los brazos abiertos en un ángulo muy extraño. Todavía tenía los dedos aferrados al martillo, pero el cincel había rebotado a unos pasos de distancia.

Cuando llegué a la piedra vi que estaba inconsciente y que tenía un gran corte en la frente. Supuse que se había golpeado contra la estatua al desmayarse sobre ella.

•••

El hospital retuvo a Marianne Engel durante tres días. Le cosieron la herida de la cabeza y le pusieron una vía en el brazo con una solución contra la deshidratación. Por suerte, estaba demasiado agotada como para enfadarse porque la hubiera entregado a los médicos que consideraba sus enemigos. Sólo me aparté de su cama para ir a casa a dormir un poco. Dejé que *Bougatsa* durmiera conmigo, aunque Nan hubiera montado en cólera porque el pelo de perro puede irritar muchísimo la piel de un quemado. NI SIQUIERA PUEDES CUIDAR DE TI MISMO. Por las mañanas, regresaba inmediatamente al hospital. ¿CÓMO VAS A CUIDAR DE ELLA?

Marianne Engel fue dada de alta la víspera de Navidad. Para ser honestos, a los

doctores les hubiera gustado tenerla más tiempo, pero le dieron el alta para que pudiera pasar la Navidad en casa. Cuando llegó a la fortaleza, se le antojó comer mazapán y nada más que mazapán, pero la convencí de que tomara también algunas mandarinas. Bajé la televisión y el vídeo del campanario a su habitación y vimos *Qué bello es vivir*, porque eso es lo que hace la gente normal en Nochebuena. Cuando acabó insistió en que me quedase en su cama, porque quería despertarse en Navidad conmigo a su lado.

Me tendí en su cama con mis gruesas ropas de compresión apretadas contra su delgada desnudez. Sabía que debería disfrutar aquella proximidad, pero no fue así. Me pregunté por qué su cuerpo me afectaba tanto. Me había pasado la mayor parte de mi vida adulta en compañía de mujeres desnudas —era mi trabajo durante el día y mi pasatiempo por la noche— pero con Marianne Engel siempre había sido distinto. *Era* distinto.

Hay muchas explicaciones posibles para mi incomodidad. Quizá su cuerpo tenía un efecto mayor en mí que el de las otras mujeres por el cariño que le tenía. Quizá era porque por primera vez en mi vida, como resultado de mi penectomía, no podía olvidar el cuerpo de una mujer conquistándolo. Quizá era simplemente una cuestión de feromonas. Todas estas teorías eran plausibles, algunas quizá acertadas hasta cierto punto, pero aquella Nochebuena, tendido junto a ella sin poder dormir, llegué a una conclusión. La principal razón, creo, por la que su cuerpo me causaba tal efecto era la siguiente: que su cuerpo me afectaba como si no fuera sólo humano, sino como algo que se acercaba al recuerdo y al fantasma.

La primera vez que vi su cuerpo por completo fue en el pabellón de quemados, cuando se desnudó para mostrarme sus tatuajes. Me excitó y me dio vergüenza, y cuando pasé los dedos por las plumas tatuadas de sus alas angelicales su cuerpo se estremeció y mi corazón también. En aquel momento no entendí por qué me sentí así, pero en los muchos meses que habían transcurrido comprendí que fue porque mis dedos no se sintieron como si tocaran su cuerpo por primera vez, sino como si regresaran a un lugar que les era familiar. No estuve seguro hasta que Marianne Engel me bañó por primera vez en la fortaleza. Se acercó a mi cuerpo como si tuviera derecho a tocarlo. El movimiento de su brazo fue idéntico al del mío cuando toqué su espalda alada por primera vez. Era como si la piel del otro fuera nuestra, como si la mano que se acercaba perteneciera al amo que llevaba mucho tiempo fuera pero que ahora había regresado. ¿Cómo podía no desarmarme sentir mi carne sobre su piel como un recuerdo cuando era la primera vez que la tocaba?

Ahora, junto a ella en la cama en esta Nochebuena, su cuerpo seguía produciéndome ese mismo efecto. Estaba a su lado y sentía que así debía ser, como si mi cuerpo hubiera estado junto al suyo miles de veces. Así que sentí que no estaba junto a una persona, sino junto al recuerdo de una persona, pero al mismo tiempo ese recuerdo estaba transformándose en algo todavía menos material. Su cuerpo demacrado era profundamente humano, pero me pareció que se trataba de una entidad

que se convertía en un fantasma, como si en su delgadez se estuviera deslizando hacia algo que ya no era sólido. Pasé los dedos por los bultos de sus costillas y recorrí la colina enjuta de su pelvis hasta su estómago. Sentía que su cuerpo, cuya carne y recuerdo siempre me habían confundido y excitado, seguía perteneciéndome pero estaba desapareciendo. No era sólo que estuviera perdiendo substancia conforme trabajaba, era como si estuviera trabajando para perder substancia; como si no fueran sólo las gárgolas sino también la propia artista la que progresaba hacia un estado en que sería a la vez menos y más que el material con que había empezado.

Así es como su cuerpo —carne, recuerdo y fantasma— me desarmaba.

Me desperté, después de un sueño corto y reparador, antes que ella. Le traje huevos en una bandeja y reuní valor para entregarle su regalo. De nuevo eran escritos, pues al parecer no había aprendido la lección tras los poemas del año pasado. Había puesto por escrito las historias que me había contado sobre sus cuatro amigos fantasmales —«El buen herrero», «La mujer del acantilado», «La monja vidriera» y «El regalo de Sigurðr»— y las había encuadernado en un solo volumen. En la cubierta el título decía *Historias de amantes, contadas por Marianne Engel*.

—Es un regalo perfecto. No sólo para mí, sino también para Sigurðr. Para un vikingo, el peor infierno es que lo olviden.

Tomó su mano entre las mías y me pidió perdón. La escultura se había apoderado de ella las últimas semanas y había hecho que se olvidase de darme un regalo.

—Pero —sugirió— ¿qué tal si te explico por qué la hermana Constantia dijo que yo había profanado el *scriptorium*?

## XXVII

Venía el alba cuando Agletrudis apareció en la entrada de Engelthal, luciendo una sonrisa tan cargada de *schadenfreude* que parecía imposible que encajara en la cara de una monja. Miró en tu dirección —tú seguías subido al caballo aguantando el cuerpo ensangrentado de Brandeis— y dijo:

—Veo que has traído a tu amante.

No podía dejar entrever mi ira si no quería arruinar cualquier posibilidad de que nos aceptasen. Necesitaba apelar a sus mejores instintos pues, después de todo, era una mujer que había dedicado su vida a Dios.

—Necesitamos santuario. Sin vuestra ayuda, moriremos.

—Ah —dijo Agletrudis, asintiendo y entrelazando las manos a su espalda—. Así que tu espíritu aventurero ha encontrado lo que andaba buscando. Quizá todavía más de lo que querías. —Igual que antes la hermana Constantia, Agletrudis echó una ojeada a mi vientre hinchado.

—Puedes imaginarte —dije templando la voz— que no ha sido fácil para nosotros, para mí, venir aquí. —Yo también tenía las manos a la espalda, pero sólo para evitar que Agletrudis viera que las había cerrado en puños—. No tenemos otro sitio al que ir.

Agletrudis trató de mirarme con simpatía, pero sólo consiguió afear todavía más su sonrisa.

—Eso nos pone en una situación muy interesante. Nuestra misión es la caridad y se nos enseña a perdonar a todo pecador. Y, sin embargo, el problema es que la mayoría de las hermanas te consideran algo peor que una mera pecadora.

Aquello me pareció excesivo sólo por el hecho de haber huido de Engelthal.

—Cuando me marché mi intención no fue faltar al respeto al monasterio ni al Señor.

—Ni a la madre Christina, estoy segura. —Agletrudis conservaba su capacidad de golpear donde más dolía—. Si te hubieras limitado a desaparecer nadie tendría ningún problema en ayudarte ahora. Pero debido a lo que hiciste aquella noche, la pobre hermana Gertrud murió con el corazón destrozado.

A Gertrud no le debió importar lo más mínimo que me marchara, excepto por el hecho de que mi ausencia debió ralentizar un poco el trabajo en la Biblia.

—¿De qué estás hablando?

—Es inútil que lo niegues, her... oh, perdón. *Marianne*. ¿Recuerdas que esa noche te vi salir del *scriptorium*? Yo lo recuerdo, y también recuerdo cómo a la mañana siguiente la pobre hermana Gertrud encontró todo su trabajo hecho cenizas. Hasta el último capítulo, hasta el último versículo. —Agletrudis dejó escapar un suspiro teatral—. ¿Cómo pudiste quemar su Biblia?

Fue el suspiro lo que me hizo comprenderlo todo. Ella había quemado *Die Gertrud Bibel* la noche en que me marché y me había culpado a mí. Así, me había

convertido en la hermana que había destruido la obra a la que Gertrud había dedicado toda su vida. Yo era la monja que había reducido a cenizas la Palabra de Dios y escapado para ser la amante de un asesino.

Los ojos de Agletrudis brillaban de felicidad.

—La madre Christina ordenó que se borrara tu nombre de todas las crónicas y ahora que el padre Sunder ha fallecido... supongo que sabrás que ha muerto... estamos eliminando tu nombre también de sus escritos.

Siempre había pensado que Agletrudis era poco más que la lacaya de Gertrud, inferior en astucia y perfidia. Qué pronto puede cambiar la percepción que se tiene de alguien. Fue una revelación comprender, en un instante, la maldad de la que era capaz Agletrudis. Con mi desaparición habría recuperado su puesto como heredera del *scriptorium*. Pero eso no le bastó. Tenía que destruir mi nombre para siempre y para conseguirlo estaba dispuesta a sacrificar el sueño al que su mentora había dedicado su vida.

No me siento orgullosa de ello, pero no pude detener mis puños. Mi mano derecha impactó en el brazo de Agletrudis, en el primer puñetazo que daba en mi vida. Apunté a la cabeza, pero supongo que la ira me hizo perder precisión. El segundo y tercer puñetazo fueron mejores, a pesar de que el embarazo me restaba agilidad, y le dieron en la mandíbula y el pecho. Cayó hacia atrás, aunque no sé cuánto fue efecto de los golpes y cuánto de la sorpresa. Cuando se levantó, me sonrió enseñándome sus dientes ensangrentados.

—No me rebajaré a golpear a una puta embarazada —dijo Agletrudis—, pero da por seguro que le daré recuerdos de tu parte a la madre Christina.

No tenía sentido quedarse allí, pues jamás nos permitirían entrar en el monasterio ahora, y todavía teníamos a los rastreadores pegados a nuestros talones. Me obligué a montar de nuevo en mi caballo y me dejaste galopar en silencio un rato para que despejase mi ira antes de preguntarme adónde íbamos. Te dije que no lo sabía. Sugeriste acercarnos a la casa del padre Sunder. Te dije que había muerto. Me preguntaste si el hermano Heinrich también estaba muerto. No lo sabía. Dijiste que no teníamos alternativa y debíamos ir su casa.

El hermano Heinrich se quedó conmocionado al vernos en su puerta después de tantos años, pero no dudó ni un instante. Abrió la puerta de par en par y siempre le recordaré por ello. Tú llevaste a Brandeis directamente a la pequeña cama en la que habías dormido durante tu recuperación.

El hermano Heinrich tenía aspecto de que la vida le había quitado casi todo el aire de los pulmones. Ya no caminaba con firmeza y cojeó al ir a buscar agua y un juego nuevo de ropa de cama. Nos ayudó a tratar las heridas de Brandeis e hizo lo que pudo para mantenerlo inmóvil mientras tú le limpiabas el corte. Cuando Brandeis dejó de revolverse, agotado, fue el hermano Heinrich —no tú o yo— quien le acarició el cabello. Fue un gesto de amor, a pesar de que no lo había visto nunca antes. Cuando Brandeis finalmente se hundió en un sueño inquieto, el hermano Heinrich se ofreció a



preparar un poco de comida.

—Tengo tan pocas visitas, dejadme que os invite...

Insistí en ayudarle y le divirtió mucho que hubiera aprendido a cocinar. Cuando me felicitó por mi nueva habilidad, encontré por fin el valor de expresarle mis condolencias por el padre Sunder. El hermano Heinrich asintió mientras cortaba las verduras.

—Tuvo una buena vida y murió mientras dormía, así que no hay nada que lamentar. El funeral fue precioso y todas las monjas dijeron que el Diablo se alegraba de su muerte. No porque el Enemigo se hubiera cobrado otra alma, sino porque Friedrich ya no podría dañarle con sus oraciones.

La voz le tembló delatoramente. *Friedrich*, había dicho. No el hermano Sunder, como siempre se había referido a él en vida. Delante de mí, al menos. Trató de sonreír pero no lo logró y comprendí por qué parecía tan envejecido. El hermano Heinrich estaba esperando su turno.

—¿Sabías que la hermana Gertrud también murió? Su corazón parece que simplemente se rindió después de... —La voz de Heinrich se apagó. Se refería, por supuesto, a la quema de su Biblia—. Marianne, cuando encontraron las cenizas, la hermana Gertrud comprendió que nunca podría acabar su Biblia en vida. Vuestra enemistad no era ningún secreto, pero debes saber que nunca, ni por un momento, creí que la hubieses quemado tú. Ni tampoco lo creyó Friedrich. Murió convencido de tu inocencia.

En ese momento me dio un calambre en la tripa y mis manos fueron instintivamente hacia el niño. No pude levantar la mirada hacia el rostro del hermano Heinrich, me preguntaba si creería que el pecado que cometí al abandonar Engelthal era la causa de mis presentes desgracias. Pero esto fue lo que dijo:

—Friedrich se hubiera alegrado tanto de saber que estás en cinta. Siempre supo que vuestro amor era verdadero.

Justo allí, en la cocina, todo lo sucedido en las últimas semanas se me vino encima de golpe. La pérdida de la vida que habíamos construido juntos en Mainz, el descubrir que me habían acusado de un crimen horrible y la muerte del padre Sunder. La sonrisa de Agletrudis, actuando como substituta de la priora, en las puertas del monasterio. Mi embarazo, que me preocupaba cada minuto de cada día. Desde que salimos de Núremberg había seguido adelante por pura fuerza de voluntad y nervios, pero en ese instante me abandonaron todas las fuerzas que me quedaban. Rompí a llorar todas las lágrimas que había reprimido hasta entonces. Me derrumbé en los brazos del anciano.

Necesitaba tanto que me sostuvieran de nuevo, simplemente que me sostuvieran y me hablaran con ternura. Habías estado tan ocupado luchando por nuestras vidas, haciendo avanzar a los caballos y planeando nuestro siguiente paso que no habías tenido tiempo para calmar mis emociones. No te culpaba, pero echaba de menos tu cariño. El hermano Heinrich me acarició el cabello, igual que le había hecho a

Brandeis, y me tendió en su propia cama. Me arropó y me dijo exactamente lo que necesitaba oír. Que todo iba a salir bien.

Pasaron unos pocos días y tuvimos que permanecer donde estábamos. Esperaba que de alguna manera nos hubiéramos deshecho de los rastreadores, pero tú me aseguraste que no. Dijiste con absoluta certeza que, con uno de ellos muerto, los demás debían haberse reagrupado y tratado de averiguar hacia dónde podríamos haber ido.

Habíamos limpiado la herida de Brandeis diligentemente con la esperanza de que se curase, pero era mucho pedir. Se infectó y le provocó unas fiebres terribles que le llevaron al delirio. Lo habías visto antes, en el campo de batalla, y sabías lo que había que hacer. El hermano Heinrich sujetó a Brandeis por los hombros y yo por las piernas, mientras tú utilizabas un cuchillo de cazador para cortarle parte del muslo. Cuando terminamos teníamos la ropa cubierta de sangre y había un pedazo de carne en un cubo. Cuando vi los destrozos en la pierna de Brandeis sentí dos cosas: vergüenza por temer que su herida de alguna manera me infectara a mí y dañara al bebé, y culpa por el hecho de que aquella herida existiera. Si yo no hubiera dudado en la ventana de la posada, Brandeis podría haber escapado antes de que le alcanzase el hacha.

Fue el hermano Heinrich el primero que vio a los dos jinetes. Estaban a una distancia segura de la casa, más allá de la colina en la que yo jugaba de niña, pero no había duda de que nos vigilaban. Eran los rastreadores, por supuesto. Cuando pregunté por qué no venían a por nosotros, me dijiste:

—Saben que tenemos ballestas y que sabemos utilizarlas, así que han enviado a alguien a por refuerzos.

Era improbable que hubieran descubierto nuestra identidad, pues no habían podido verte bien. Y aunque lo hubieran hecho, puede que no te hubieran reconocido debido a tus quemaduras o a que hubieran entrado en la *condotta* después de que tú te marcharas. No podían saber quién era yo, por mucho que llevaran alistados, pero debían imaginarse que nos habíamos detenido por alguna razón. ¿Sabrían que Brandeis estaba herido? Probablemente, pues debieron ver la sangre en la cuneta de la carretera de Núremberg. ¿Habrían podido ver que estaba embarazada a pesar de mi grueso abrigo? Probablemente no. Pero por muchas preguntas que se hicieran sobre nosotros, yo me hacía una pregunta más importante sobre ellos: ¿qué sucedería cuando llegaran los refuerzos que aguardaban?

Discutimos mucho. El hermano Heinrich pensaba que él, como hombre de Dios, debería salir a razonar con aquellos hombres. Tú te reíste de la idea. Brandeis, en un momento de lucidez, dijo que debía enfrentarse a su destino como un hombre, pues era la única posibilidad de que el resto sobreviviéramos. Debíamos huir y recuperar nuestras vidas, dijo, mientras él distraía a los perseguidores cabalgando en dirección contraria. Pero, por supuesto, no podíamos permitir que se suicidara. Tú querías quedarte y luchar, pero ¿quién lucharía a tu lado? No la exmonja preñada. No

Brandeis, que todavía sufría fiebres. No el anciano Heinrich. Así que lo que de verdad querías decir es que *tú* deberías enfrentarte solo a ellos. Razonabas que si eras capaz de matar a aquellos dos soldados, al menos Heinrich y yo podríamos escapar antes de que llegara el resto de la *condotta*. Tú te llevarías a Brandeis en una dirección, estuviera listo o no. Yo partiría en la contraria. Aquélla, dijiste, era con mucho la mejor opción. No podíamos quedarnos allí esperando una muerte segura.

Al final, nada importaron los razonamientos. Mientras los demás dormíamos y se suponía que montabas guardia, tomaste tu ballesta y te adentraste en la oscuridad de la noche. Ni siquiera nos dimos cuenta de que te habías marchado hasta que regresaste y nos despertaste.

—Están muertos —dijiste—. Amanece y los otros llegarán pronto, debemos movernos rápido.

Igual que cuando huimos de Núremberg, me dejó helada que hubieras matado. Esta vez, sin embargo, mi ingenuidad te hizo darme explicaciones enfadado.

—¿No entiendes lo que pasará si nos atrapan? A Brandeis y a mí nos matarán, pero a ti te utilizarán como un juguete hasta que desees estar muerta. No les importará un bledo que estés embarazada. Te violarán y, si tienes suerte, morirás desangrada antes de volverte loca. Así que no creas que puedes juzgarme, que no aprecio la vida. Estoy haciendo cuanto puedo para salvar las nuestras.

Finalmente acepté que no podía quedarme con vosotros si quería proteger al niño. Era inevitable que nos separáramos. Yo regresaría a Mainz y me escondería con las beguinas hasta que volvieras. Tú te llevarías a Brandeis en dirección contraria y, muertos los mejores rastreadores, quizá pudierais escapar.

El hermano Heinrich iría a Engelthal, pues estaba seguro de que el monasterio le aceptaría si iba sin mí. Se lo agradecí con todo mi corazón, le besé en la frente y le dije que rezaría para que los mercenarios no destruyeran su casa cuando llegasen.

—No malgastes tus oraciones en algo tan tonto, hermana Marianne —dijo—. Es sólo un edificio. Mi hogar es la Casa del Señor.

—Si nuestro hijo es un niño —le dije— te deberá la vida. Le llamaremos Heinrich.

—Me honrarías más —dijo el anciano sacerdote— si le llamaras Friedrich.

Le prometí que lo haría. El tiempo estaba cambiando, así que quizá por fin íbamos a tener un poco de suerte. Desde que salimos de Mainz rezábamos por una tormenta que borrara nuestras huellas. El hermano Heinrich se enfundó su abrigo de invierno y se puso el *pluviale* del padre Sunder sobre él, como una capa adicional de protección contra la tormenta. Avanzó entre la nieve con pasos inseguros y a los pocos minutos desapareció. Lo último que vi de él fue la espalda del *pluviale* del padre Sunder, la imagen de Miguel y los ángeles luchando contra el dragón en el Apocalipsis, hundiéndose entre el blanco.

Brandeis no podía usar su ballesta, así que la pusiste en mis manos a pesar de mis protestas de que no la quería. Me dijiste que no tenía por qué dispararla, pero que

tenía que tomarla, sólo por si acaso, y que no me ibas a permitir irme sin ella. Acepté porque te mostraste inflexible.

Me diste una clase rápida sobre cómo cargar el mecanismo y fijar el seguro.

—Apoyas la culata en el hombro, así, y así es como apuntas. Afianzas la ballesta respirando cada vez más despacio. Inspiras, expiras, inspiras, expiras. Afianzas. Apuntas. Confía en la flecha. Respiras. Disparas.

Colocaste la ballesta en la cartuchera de las alforjas de mi caballo y me abriste el abrigo de invierno para ponerme la mano sobre mi abultado vientre. Con la otra mano me colgaste tu collar de punta de flecha.

—Sirve para proteger y tú lo necesitas más que yo. Ya me lo devolverás cuando volvamos a vernos, porque te prometo que nuestro amor no acabará así.

Entonces le diste una palmada al caballo para que echara a galopar. Miré atrás una vez y te vi mirando cómo me alejaba antes de concentrarme en el camino que nos alejaría del peligro a mí y a mi hijo no nacido.

Me rodeaban remolinos de nieve. Pensé en qué sería de ti. ¿Cuántos mercenarios vendrían? ¿Una docena? ¿Dos docenas? Supongo que dependería de si estaban ocupados en alguna guerra en alguna parte. ¿O traería Kuonrat a todos sus soldados, para que vieran lo que les pasaba a los desertores? Por lo poco que sabía de aquel hombre, esto último me parecía muy probable. Me pregunté cuántas posibilidades tenías de escapar con vida. Había visto que eras letal con la ballesta, pero contra tantos hombres... ¿Cómo podías escapar a un pasado que estaba decidido a vengarse de ti? El viento soplaba cada vez más fuerte y la ventisca era cegadora. El frío traspasaba la ropa y se clavaba en mis huesos.

No podía hacerlo. No podía seguir adelante sin ti. Había sido una idiota al pensar que podía dejarte precisamente cuando más me necesitabas. Llevaba media hora cabalgando cuando di media vuelta y espoleé al caballo para que deshiciera al galope el camino que había recorrido. Rezaba para que no fuera demasiado tarde.

Ya resultaba difícil volver tras mis huellas, pero yo conocía todos los senderos que llevaban a la casa de Heinrich. Aun así, cuando apenas estaba a treinta metros de ella, seguía sin poder verla entre los remolinos de nieve. Pero entonces el viento me trajo el sonido de muchas voces de hombres y supe que en la hora en que yo había estado ausente, la *condotta* había llegado. La única cuestión era saber si tú y Brandeis habíais conseguido escapar antes.

Conduje el caballo hasta la colina que se elevaba junto a la casa, a los mismos matorrales en los que me escondía de niña. Ni siquiera se me ocurrió que pudiera haber soldados allí arriba; fue sólo la suerte la que hizo que estuviera sola. Maniobré hasta un matorral en el que pude atar el caballo a una rama baja y busqué una posición que me permitiera ver lo que sucedía abajo. Sabía que con la tormenta no había la menor posibilidad de que me vieran.

Casi inmediatamente vi lo que más había temido: no habíais podido escapar a tiempo. Los soldados te estaban sacando de la casa. Una voz clara se escuchó a través

del bullicio. Era Kuonrat el Ambicioso, celebrando su buena suerte.

—¡No un desertor, sino dos! ¡Dos!

Los soldados te forzaban a mantener las manos a la espalda y te empujaron para ponerte de rodillas. Kuonrat dio un paso adelante y te puso la mano bajo la barbilla, levantándote la cabeza para mirarte a los ojos. Todavía riéndose, parecía como si estuviera convenciéndose a sí mismo que de verdad había tenido *tanta* buena suerte. Un fantasma rescatado del pozo de sus recuerdos. Un fantasma que le podía servir para dar una lección a los vivos.

¿Qué podía hacer yo? Pensé en tomar la ballesta y empezar a disparar. En la ventisca los soldados no verían las flechas hasta que fuera demasiado tarde y puede que no fueran capaces de ver desde dónde venían. Pero ¿qué iba a conseguir con eso? Había al menos dos docenas de hombres, asesinos profesionales, y yo no había disparado una ballesta en mi vida. Tendría suerte si conseguía acabar con uno. Pero, pensé, si conseguía disparar un buen tiro, ¿qué pasaría si le daba a Kuonrat? ¿Se dispersaría la tropa si veían caer a su líder?

Por supuesto que no. Eran soldados profesionales y yo sabía que no era capaz de matar a nadie, ni siquiera a Kuonrat. Hicieron falta varios soldados para contenerme, pero Brandeis estaba tan débil que necesitaba que lo sostuvieran dos hombres. Cuando le soltaron, cayó de rodillas ante Kuonrat.

—¿Qué puedes decir en tu defensa? —le conminó el líder de los mercenarios.

Las ráfagas de la ventisca soplaban directamente hacia mí después de pasar por ellos, y llevaban sus palabras a mi atalaya. Aún no sé si el que pudiera oír hasta la última palabra fue una bendición o una maldición, pero en aquel momento agradecí no tener que acercarme más.

Brandeis adoptó la pose de un pecador arrepentido suplicando piedad y el viento me trajo sus palabras.

—Merezco la muerte que escojas. Sea tan horrible como desees, tan horrible como pueda ser. Haz de mí el ejemplo que debo ser para los demás. Abjuro de mi decisión de escapar de la *condotta*. Me comporté como un niño asustado y te pido solamente que me castigues a mí y sólo a mí.

—Siempre me resulta interesante escuchar los tratos que proponen los que ya no tienen nada que ofrecer —dijo Kuonrat, levantando carcajadas entre muchos soldados.

Brandeis se negó a permitir que aquellas risas interfirieran con sus últimas acciones en esta tierra. Su verdugo estaba ya frente a él, pero ni una vez suplicó por su propia vida. No, usó sus últimos instantes para pedir, apasionadamente, que se le perdonara la vida a su amigo.

Brandeis señaló que él había dejado la *condotta* por una decisión equivocada que él mismo había tomado, pero que cuando *tú* te marchaste, no fue en absoluto decisión tuya. Fue voluntad de Dios que te alcanzaran en el combate y no te mataran. Fue la voluntad de Dios que la batalla tuviera lugar tan cerca de Engelthal que se te llevara

allí. Fue la voluntad de Dios que te curases de unas heridas que debían haberte costado la vida. No había mejor prueba de que Dios te quería vivo, defendió Brandeis, que el hecho de que todavía estuvieras vivo.

Brandeis señaló hacia ti.

—Esta vida es voluntad de Dios, así que líbrale de castigo y dobla el mío. Sé que eres un líder sabio y justo, Kuonrat, y sé que no querrás contradecir a Dios.

Repetir que tu supervivencia era «la voluntad de Dios» fue una táctica hábil. Si algo podía impedir tu ejecución, sería sólo que Kuonrat creyera que matarte violaría los designios del Señor. Estaba claro que no se sentía obligado por ningún hombre, pero quizá con Dios era otra historia.

La tormenta lanzó una gran ráfaga de nieve sobre la escena. Brandeis volvió la cabeza instintivamente para protegerse los ojos y vi un breve relámpago plateado surgir del brazo de Kuonrat. El suelo se tiñó de rojo y la cabeza de Brandeis voló unos momentos antes de que la gravedad la hiciera caer.

Kuonrat limpió su espada, el acero todavía humeando por el calor de la sangre.

—La voluntad del Señor no importa. Sólo importa la mía.

Se volvió y dijo, riéndose de la expresión de horror en tu cara, que para ti tenía guardado algo mucho mejor. Algo que no sería tan indoloro ni misericordiosamente rápido. Después de todo, tu desaparición había durado mucho más tiempo que la de Brandeis.

Kuonrat reunió a sus mercenarios y les encomendó diversas tareas. Un tercio de los hombres registraron el bosque en busca de leños y ramas secas. Otro tercio fue a la casa de Heinrich a llevarse cualquier objeto de valor —comida, dinero, ropas— que la tropa pudiera usar o intercambiar. El resto se dedicó a prepararte.

Los soldados te empujaron más allá del cuerpo de Brandeis. Todavía manaba sangre su cuello, que se acumulaba en un gran charco rojo entre la nieve. Los mercenarios te empujaron contra la casa de Heinrich y te pusieron de espaldas contra la pared. Te golpearon los tobillos hasta que abriste las piernas y te estiraron de los brazos hasta que quedaron extendidos contra el tabique. Cuando te resistías, te golpeaban y te escupían en la cara y se reían como si aquello fuera una gran broma.

Un soldado, mayor que los demás, se acercó a ti blandiendo un hacha. Se me encogió el corazón porque estaba segura de que iba a desmembrarte. Pero no fue así. Los otros soldados, los que te sujetaban los brazos, te hicieron estirar los dedos de las manos hasta que la palma quedó abierta y expuesta. Uno de ellos te colocó algo en la mano derecha. El soldado más grande le dio la vuelta a su hacha y me di cuenta de que lo que tenías en la mano era un clavo. Usó el lado romo del hacha como un martillo para que el clavo te atravesara la carne de la palma. A pesar de que estaba lejos, pude oír cómo los huesos de la mano crujían como el cuello de una gallina al romperlo. Aullaste y sacudiste la mano, tratando de separarla de la pared, pero estaba clavada. A continuación se encargaron de tu mano izquierda, otro clavo a través de la palma y otra salpicadura de sangre sobre la pared. Tus hombros tiraban en vano y

todas las venas de tu cuello parecían a punto de explotar.

A continuación los soldados trataron de sujetarte las piernas, pero tú pataleabas salvajemente debido al dolor. Así que el soldado con el hacha la giró, volvió el filo hacia ti y la lanzó con fuerza hacia ti. Te dio encima de la rodilla, donde los ligamentos conectan con el hueso. Tu muslo se contrajo, pero tu pantorrilla colgaba inútil, balanceándose como si estuviera conectada a tu cuerpo sólo por una cuerda deshilachada. Los soldados se rieron todavía más al verlo, otra gran broma, mientras tus manos seguían alumbrando regueros de sangre en la pared.

Te agarraron por los tobillos y les resultó ridículamente fácil clavarte los pies de forma que quedaras pinchado en la pared unos treinta centímetros por encima de la nieve del suelo. El ruido de los huesos de tus pies rompiéndose, de aquellos huesos tan pequeños, fue tan horrible, y la sangre, había sangre por todas partes. Tú parecías levitar, colgado de las manos, ya parecías un fantasma flotando contra el fondo que era la casa. Querían que todo tu peso colgase para que fuera más doloroso. Les encantó que los clavos de las manos no pudieran aguantarte y les encantó clavarte clavos en los antebrazos para que no te cayeras de la pared. Te estabas desangrando y Brandeis yacía decapitado sobre nieve roja, la mancha ahora más grande, más roja, e hirviente, humeante de vapor. Tomé la ballesta de mi caballo y di un paso hacia el horror. Quería correr colina abajo hacia ti y luego me di cuenta de que no podía hacer nada, contenida por el cordón umbilical de nuestro hijo nonato. La ballesta me pesaba en las manos, tan inútil, y el corazón me latía tan fuerte que estaba segura de que los mercenarios lo oirían por encima de la tormenta. También grité sin poder controlarme, pero a una parte de mí no le importaba y la otra parte quería que me capturaran, que me mataran, porque ¿por qué iba a querer seguir viviendo? Pero no me oyeron, demasiado ocupados riéndose al compás de las gotas de tu sangre, y yo no podía hacer nada sin acabar con la vida de nuestro hijo.

Los mercenarios que habían ido en busca de leña fueron retornando y Kuonrat señaló al espacio bajo tus pies. Apilaron allí la madera, entre tus piernas, y supe qué iba a pasar a continuación. El viento y las ráfagas de nieve hicieron que encender el fuego les resultara muy complicado, pero eran hombres acostumbrados a vivir al raso y sabían cómo juntar sus cuerpos para proteger la llama. Pronto una chispa prendió y las ramas empezaron a arder y subió una columna de humo y pude oír el chisporroteo cuando el fuego se avivó, y me recordó el sonido de los huesos de tus manos y pies. Pequeñas llamas se acercaban a los dedos de tus pies pero no podías levantarlos, pues estabas clavado a la pared. Y entonces Kuonrat ordenó a sus arqueros que prendieran sus flechas en las llamas y lo hicieron, y formaron un semicírculo a tu alrededor apuntándote. Kuonrat les dijo que no debían matarte, sino disparar las flechas tan cerca de tu cuerpo como fuera posible, ése era el juego. El objetivo era incendiar la pared y quemarte lentamente desde todos los costados en lugar de sólo de abajo a arriba. Pero entonces Kuonrat tuvo una idea mejor y cambió sus órdenes y les dijo a los arqueros que podían darte, pero en sitios que no fueran letales —atravesarte los

brazos y piernas valía, pero darte en la cabeza o en el pecho no—, y había tal satisfacción en su voz, tanto orgullo por lo listo que era, y los arqueros levantaron las ballestas y empezaron a pedirse partes de tu cuerpo —«¡Mano izquierda!», «¡Pie derecho!», «¡Muslo!»— y eran buenos y habitualmente acertaban las partes que decían. Cada vez que una flecha acertaba el blanco, todo el mundo daba vítores, y si una flecha fallaba, había abucheos, como si fuera un juego en una barraca de feria, y las llamas debajo de ti crecían y nuevas llamas salían de todo tu cuerpo, donde las flechas se te habían clavado.

Por encima de las risas y los gritos de alegría de los mercenarios, Kuonrat te gritó su despedida: «Todo arde si la llama es lo bastante fuerte. El mundo es sólo un crisol».

Y entonces supe lo que tenía que hacer.

Rebusqué en mi abrigo y encontré mi collar. Apreté en la mano la punta de flecha que el padre Sunder había bendecido y recé para que Dios me diera fuerzas.

Levanté la ballesta. Traté de recordar lo que me habías enseñado. La respiración es la clave, me habías dicho, afianzas el arma ralentizando tu respiración. Inspiras, expiras. Afianzas. Apuntas. Confía en la flecha. Respiras. Inspiras, expiras. Afianzas. Inspiras, expiras, apunta. Comprobé que la flecha estuviera cargada correctamente. Sabía que sólo podría disparar una vez, el primer y último tiro de mi vida. La clave está en la respiración. Confía en la flecha. Respiras. Calma.

Le pedí al Señor que llevara la flecha recta y firme, directa hacia tu corazón, a través de la nieve y la *condotta*.



## XXVIII

Otra sorpresa: entre Navidad y San Valentín, Marianne Engel dejó de esculpir. Sólo bajó al sótano una tarde de enero a completar la gárgola que había dejado a medias cuando perdió el conocimiento e ingresó en el hospital. Concluida aquella tarea pendiente, volvió rápidamente y sin aspavientos a concentrarse en su recuperación... y volvió a cocinar.

Sólo una vez desde que me habían dado el alta del hospital había traído un festín exótico: comida japonesa la noche en que me contó la historia de Sei. Pero cada tres o cuatro días durante este período se iba a comprar y luego se metía en la cocina durante horas. Cuando salía, traía un surtido de delicias de alguna región del mundo.

Entre los ágapes más memorables estuvo el senegalés, una de las raras aventuras culinarias que emprendió fuera de Asia o Europa. De aperitivo tomamos buñuelos de judías y plátanos fritos, seguidos de una sopa dulce de arroz llamada *sombi*. Los platos principales fueron *yassa poulet*, pollo marinado durante la noche anterior y luego hervido a fuego lento con cebolla en una salsa alimonada de perejil y mostaza; *ceebu jen*, un pescado con salsa de tomate con verduras y arroz que es el plato nacional de Senegal; *maffé*, un plato de carne con salsa de cacahuete que se puede cocinar con pollo, cordero o ternera —así que, por supuesto, hizo las tres versiones—, y un estofado de marisco con gambas, percas y bananas verdes. De postre, sirvió *Cinq Centimes*, las galletas de cacahuete de cinco céntimos tan populares en los mercados, y *ngalax*, unas gachas dulces hechas de *couscous* de mijo. Durante toda la comida sorbimos zumos de mango y de *bissap*, antes de terminar con té. A mí me encantaban los banquetes que preparaba Marianne, pero las más beneficiadas fueron sus alas de ángel tatuadas, que empezaron a cobrar volumen de nuevo gracias a las calorías.

Parecía que a todos nos iban bien las cosas, al menos en este siglo: Marianne Engel recupera la salud; Sayuri me explicó que su viaje a conocer a los padres de Gregor había sido un gran éxito; y Gregor me confió tomando café que estaba más o menos seguro de que le gustaba a Sayuri. Hasta *Bougatsa* era feliz, pues su dueña volvía a sacarlo a pasear a diario.

A menudo, a medianoche, Marianne Engel y yo íbamos al océano. A pesar de la hora y del frío solía haber algunos adolescentes en la playa, bebiendo cerveza y montándose. Ella encendía una hoguera, cuidaba el fuego que enviaba cenizas al cielo y me daba de comer de las cestas de picnic que siempre preparaba, muchas veces con las sobras del bufé internacional del día anterior. Encendía aquellos fuegos para que yo les perdiera el miedo; decía que yo necesitaba llegar a algún tipo de acuerdo con las fuerzas elementales del universo. Después de todo, no iban a desaparecer.

Yo no podía mirar el fuego sin sentir nada, pero sorprendentemente pensaba

menos en mi propio accidente de tráfico que en mi homólogo del siglo XIV envuelto en llamas y clavado en la pared. Le supliqué a Marianne Engel que me contase qué sucedió, pero me conminó a tener paciencia, diciéndome algo sobre qué eran unos pocos días en la inmensidad de la eternidad. En vez de continuar con su relato, me contó otras historias que sabía que no eran ciertas, mitos de creación y armagedón, pero no me importó. Si ella se los creía, eso me bastaba.

Entonces ella miraba el horizonte, estiraba las piernas en dirección al océano y se lamentaba de que todavía hiciera demasiado frío para nadar.

—Oh, bueno —decía—, supongo que pronto vendrá la primavera.

•••

Me quitaron las ropas de compresión a principios de febrero y fue como emerger de un cenagal en el que me hubiera estado revolcando durante casi un año. También me quitaron la máscara y el retractor dental, con lo que por fin me devolvieron mi cara, aunque una cara irreconocible comparada con la que tenía antes.

Experimenté la alegría y el miedo que conlleva empezar de nuevo. No es fácil tener mi aspecto: la gente común sólo ve un rostro como el mío en *El Fantasma de la Ópera*, en Freddie Krueger de Elm Street o en *Leatherface* en lo más profundo de Texas. Vale, puede que una víctima de quemaduras «se lleve a la chica», pero habitualmente se la lleva con un hacha.

No sabía si tomar posesión de mi cara pero ése era también el motivo por el que debía hacerlo: si no, parecía inevitable que fuera mi rostro quien se apoderase de mí. El cliché dice que a los veinte años una persona tiene la cara que Dios le dio pero a los cuarenta tiene la que se ha ganado. Pero si la cara y el rostro están entrelazados de modo que el rostro es el reflejo del alma, sin duda se sigue que el alma también es un reflejo del rostro. Como escribió Nietzsche: «Los criminalistas nos dicen que el criminal típico es feo: *monstrum in fronte, monstrum in animo* (un monstruo en la cara, un monstruo en el alma)».

Pero los criminalistas se equivocaron. Yo nací bello y viví bello durante más de treinta años, y durante ese tiempo ni una vez permití que mi alma conociera el amor. Mi piel perfecta era una armadura insensible cuyo brillo atraía a las mujeres y protegía a su portador de cualquier emoción verdadera. Las acciones más eróticas eran meramente técnicas: el sexo era mecánico y la conquista un pasatiempo; usaba mi cuerpo constantemente, pero rara vez disfrutaba. Había visto muchas mujeres sin ropa, pero nunca al desnudo. Resumiendo, nací con todas las ventajas que un monstruo no tiene y elegí desperdiciarlas.

Ahora mi armadura se había fundido y en su lugar había una herida abierta. La línea de belleza que utilizaba para separarme de los demás había desaparecido, reemplazada por una nueva barrera —la fealdad— que mantenía a la gente alejada de mí, me gustase o no. Quizá parezca que el resultado final es el mismo, pero no es así.

Aunque ahora tenía a mi alrededor muchas menos personas que antes, eran personas mucho mejores. Cuando mis antiguas amistades se largaron tras echarme un vistazo rápido en el pabellón de quemados, dejaron la puerta abierta a Marianne Engel, Nan Edwards, Gregor Hnatiuk y Sayuri Mizumoto.

Qué giro más inesperado había dado el destino: sólo después de que ardiera mi piel pude empezar a sentir. Sólo después de convertirme en un ser físicamente repulsivo empecé a entrever las posibilidades del corazón: acepté mi atroz destino y mi rostro y cuerpo abominables porque me obligaban a superar los límites de mi identidad, mientras que mi antiguo cuerpo los ocultaba.

No tengo alma de héroe ni jamás la tendré, pero soy mejor de lo que era. O al menos eso me digo a mí mismo y, por ahora, me basta.

• • •

Marianne Engel entró en mi habitación el 13 de febrero, a medianoche, y me tomó de la mano. Me condujo escaleras abajo hasta la puerta que daba al jardín tras la casa. Nevaba, y la nieve se había acumulado sobre las estatuas que abarrotaban el patio como si todas llevaran capuchas blancas.

Abrió una puerta que daba directamente al cementerio detrás de St. Romanus. Las lápidas emergían de los montones de nieve como lenguas grises y caminamos suavemente entre ellas hasta llegar al centro del cementerio, donde ella ya había colocado una manta de piel de caballo. Sobre nosotros, la luna era una ampolla magnificente entre estrellas de piel de gallina. Intentó encender unas velas, pero el viento le apagaba las cerillas y se rió. Marianne Engel se arrebujó en su abrigo. Yo odiaba el frío, pero me gustaba estar a su lado.

—Te he traído aquí para contarte algo —dijo.

—¿Qué?

—Voy a morir pronto.

*No vas a morir.*

—¿Por qué dices algo así?

—Sólo me quedan dieciséis corazones.

—Vas a vivir hasta que seas muy, muy vieja —le aseguré.

*Conmigo.*

—Ya soy vieja —sonrió cansadamente—. Espero que esta vez la muerte prenda.

—No hables así. No te vas a morir.

*No te vas a morir.*

Me acarició la mejilla.

—Mi último corazón siempre ha sido para ti, así que necesito que te prepares.

Iba a decirle que todo eso no eran más que tonterías, pero puso su índice sobre mis labios. Cuando aun así intenté hablar, me besó en mis delgados labios y empujó hacia atrás todas mis palabras.

—No quiero morir —susurró—, pero necesito librarme de las cadenas de esta multitud de corazones.

—Sólo... Tienes un problema médico. —Me pregunté cuánta ternura sentía hacia ella por su esquizofrenia y cuánta a pesar de la esquizofrenia—. Sé que no quieres creerlo, pero es verdad...

—Qué poco crees y cuánto cuesta hacerte creer —dijo—. Pero creerás. Ahora, volvamos dentro.

La forma en que lo dijo, tan tajante, tan definitiva, me hizo temer lo peor.

—¿Por qué?

—Porque me estoy congelando aquí fuera —dijo, y mi alivio debió ser aparente—. No te preocupes, no estoy preparada para morir esta noche. Todavía tenemos cosas que hacer.

—¿Como qué?

—Como desengancharte de la droga —POCO PROBABLE dijo—. ¿De verdad pensabas que no sabía que has estado comprando morfina extra?

• • •

Cuando me desperté esa mañana de San Valentín, busqué la pequeña caja de madera en la que guardaba mi morfina y me la encontré vacía. Me arrastré hacia el dormitorio de Marianne Engel, donde su cuerpo yacía inmóvil. Le agarré los hombros y la sacudí y cuando abrió los ojos un poco le pregunté dónde estaba mi neceser.

—Métete en la cama conmigo. Todo irá bien.

—No lo entiendes. Tengo una serpiente en la columna...

—Tonto —dijo—. No deberías hacer caso de lo que te dicen las serpientes. Siempre mienten.

—No me estás dando tiempo para hacerme a la idea —supliqué—. Lo dejo mañana, pero dame un día...

YA CASI ESTOY AQUÍ...

—El sufrimiento es bueno para el alma.

—¡No lo es!

—Si no puedes amar el dolor —dijo, tratando de hacerme ver el lado positivo de la situación—, al menos puedes amar las cosas que aprendes a través de él.

... Y NO PUEDES...

Prefería seguir en la ignorancia.

—Puedo hacer que me vendan más morfina con mi receta...

—La he tirado por el retrete —contestó— y la doctora Edwards no te hará otra. Y he congelado tu tarjeta de crédito, así que a menos que quieras robarme para comprar drogas en la calle, métete en la cama.

... HACER NADA PARA EVITARLO.

—Duérmete —dijo Marianne Engel—. Simplemente duerme.

• • •

La morfina procede de la cabeza de la adormidera, *Papaver somniferum*, y fue aislada por primera vez en 1803 por el farmacéutico alemán F. W. A. Sertürner. El nombre procede de Morfeo, el dios griego del sueño, y puedo dar fe de que es un nombre adecuado. La morfina tiene algo nocturno, ilusorio, que tiñó hasta el último aspecto de mi vida desde la primera vez que remontó la corriente de mis venas.

A pesar de que el uso principal de la morfina es aliviar el dolor, también puede aliviar el miedo y la ansiedad, reducir el apetito y producir euforia. Siempre que me la inyectaba, inundaba mi cuerpo con una dulzura divina que hacía la vida soportable. La morfina también redujo mi deseo sexual, lo que quizá no sea un efecto secundario muy popular pero que en el caso de un hombre que carece de pene pero sigue produciendo testosterona fue un auténtico regalo del cielo. Mucho más molesto fue el estreñimiento que me provocó.

Pero, para mí, lo mejor de la morfina —su función más absolutamente vital— era que hacía callar a la serpiente, al menos por un rato.

Cuando me fui a vivir con Marianne Engel estaba inyectándome unos mil miligramos diarios. Con el tiempo desarrollé tolerancia y fui subiendo la dosis hasta que al final me metía cuatro veces esa cantidad sin pestañear.

## XXIX

¿LO SABES. SABES DÓNDE ESTÁS. ¿VERDAD?

La oscuridad y mi consciencia llegaron a la vez. Me desperté instantáneamente, abrí los ojos, pero no pude ver nada. Sentía por la textura del aire (húmedo, espeso) que estaba en un lugar pequeño. La atmósfera era casi demasiado pesada para respirar por el hedor a madera podrida y yo estaba tendido de espaldas. Me invadió una sensación de pánico asfixiante.

YA ESTOY AQUÍ.

Pude oír —no, *sentir*— el regocijo en la voz de la serpiente, estaba más contenta que nunca en mi columna. La morfina la había mantenido a raya, pero ahora, en este lugar, esa protección había desaparecido. La serpiente se regodeaba celebrándolo.

NO PUEDES HACER NADA PARA EVITARLO.

Traté de extender los brazos, pero mis manos se encontraron con una barrera por todos lados, a sólo unos centímetros de mí. Madera plana y pulida me rodeaba, a lo largo y ancho de mi cuerpo. *Sólo existe una caja de ese tamaño para un humano.*

ESTÁS EN UN ATAÚD.

Esto no era real. Traté de recordar lo que sabía sobre el síndrome de abstinencia de la morfina, porque eso era la realidad, no esa tumba imaginaria. Había estudiado, como el estudiante que reza para que al final no se celebre el examen, sobre desengancharse de la adicción. Dejar a la brava la morfina no suponía riesgo de muerte, a diferencia de algunas otras drogas, pero podía producir alucinaciones extrañas. Claramente, ésta era una de ellas.

Había tantas razones por lo que esto no podía ser real. ¿Cómo me iban a haber sacado del dormitorio y enterrado sin que me despertase? La madera del ataúd estaba medio podrida, ¿cómo podía llevar yo tanto tiempo bajo tierra? ¿Cómo podía quedar todavía oxígeno? Todo esto era imposible, luego se trataba de una alucinación.

Pero ¿la gente que sufre alucinaciones conserva la claridad mental necesaria para analizarlas racionalmente? ¿No se supone que las alucinaciones son, por definición, irracionales? No sentía que hubiera perdido contacto con la realidad; de hecho, sentía que aquello *era* realidad. ¿Se percibe en las alucinaciones la textura del aire? ¿Se piensa en cuánto tarda en ceder la madera de un ataúd o cuánto tardan los gusanos en entrar? Si se trataba realmente del mono de la droga, ¿por qué no sentía ganas de otra dosis? Así que, aunque *sabía* que esto no podía ser real, me pregunté por qué me hacía unas preguntas tan lógicas.

No tardé mucho en descubrir que los drogadictos con síndrome de abstinencia pierden la compostura exactamente de la misma forma en que los millonarios descuidados pierden su fortuna: primero gradualmente y al final de golpe. Después de pensarlo detenidamente, perdí el control en un proceso cuya definición más exacta sería el opuesto de una epifanía: mis pensamientos, en lugar de formar un todo coherente en un instante de claridad, se dispersaron desde el núcleo de mi mente

como víctimas que tratan de huir del epicentro de un desastre.

Aunque claramente no tenía espacio para tomar impulso, golpeé frenéticamente con los puños la madera reforzada por dos metros de tierra. La arañé hasta que se me cayeron las uñas y grité hasta que la garganta se me quedó vacía de esperanzas. En el hospital, mientras esperaba las sesiones de desbridamiento, había creído conocer el miedo. Y una mierda, no tenía ni idea. ¿Despertar en un ataúd y saber que te aguarda una muerte lenta? *Eso es miedo.*

Mi pequeño ataque de histeria no sirvió de nada, por supuesto, así que paré. Incluso si conseguía de alguna manera romper la madera, eso no cambiaría el hecho de que iba a morir, sólo la forma en que lo haría. En lugar de morir asfixiado, moriría ahogado por la tierra que inundaría el ataúd. Por mucho que ansiara aire, la tierra sería mucho menos benevolente. Y así, un silencio como la sábana que cubre un cadáver se apoderó de mi caja. Sin nada que hacer excepto esperar el fin, decidí que al menos fuera un final digno.

Oía el eco de mi respiración, como si el ataúd fuera una pequeña sala de conciertos. Decidí escuchar ese sonido hasta que no pudiera percibir ya nada y la última y suave nota de mi aliento se extinguiera en la oscuridad. Lo haría suavemente, me prometí, porque de todas formas —dada la gravedad de mi accidente— ya había vivido más de lo que me correspondía.

Entonces comprendí lo absurdo que era todo esto, el pensar en morir en una alucinación. Todo estaba bien. Debía resistir. ¿Qué le había enseñado a Marianne Engel en Alemania? Todo estaba en la respiración. Afianzas el arma reduciendo el ritmo de la respiración. Inspirar, expirar, inspirar, expirar. Afianzar. Calma. Yo soy el arma, me dije a mí mismo: un arma de vida, forjada en el fuego, e imparable.

Y entonces. Sentí algo. Y ese «algo» sólo se puede describir utilizando una palabra que no quiero usar: una palabra estúpida de la *new age* que debo traer a colación porque, desgraciadamente, es la única correcta. Sentí una *presencia*. Estaba a mi lado. Una mujer. No sé cómo supe que era una mujer pero era una mujer. No era Marianne Engel, porque no respiraba como ella. No me había dado cuenta hasta entonces que podía identificarla por la cadencia de su respiración, pero podía, y aquella mujer no era ella. Se me ocurrió que quizá esa respiración era la de la serpiente. Quizá la zorra había salido por fin de mi columna para enfrentarse directamente a mí. Después de todo, no puedes hablar indefinidamente a espaldas de alguien.

Pero no, era un cuerpo humano lo que había junto a mí. Lo que era ridículo, porque no había sitio en el ataúd —el ataúd imaginario— para nadie más. Aun así, sólo por si acaso, me aparté un poco apretándome contra la pared de mi lado. Su respiración era relajada y, no sé por qué, eso la hacía más aterradora.

Una mano tocó la mía. Yo la retiré asustado. Me sorprendió que pudiera sentir su carne; había asumido que aquélla era una entidad inmaterial. Sus dedos eran menudos pero aun así pudo obligarme a coger su mano con la mía.

Traté de sonar valiente cuando le pregunté quién era, pero se me quebró la voz. No hubo respuesta. Sólo continuó respirando. De nuevo.

—¿Quién eres?

Sus dedos se apretaron un poco más, entrelazándose con los míos. Le hice otra pregunta.

—¿Qué haces aquí?

Seguía sin haber otra respuesta que el sonido de su respiración suave y constante. Con cada pregunta que no me contestaba mi miedo disminuía un poco. La forma en que agarraba mi mano ya no era amenazadora, sino reconfortante, y pronto pude sentir cómo me elevaba, casi —no, no casi, *decididamente*— como si flotara. Mi espalda empezó a despegarse de la madera en la que yacía.

Me sentía como el ayudante de un mago que levita mientras aquél le da la mano. Sentí cómo nos movíamos a través de la tapa del ataúd y viajábamos a través del suelo. Un resplandor anaranjado se esparció por el interior de mis párpados conforme nos acercábamos a la superficie y ni siquiera estaba seguro de si seguía respirando.

Sentí el tirón de la tierra tan pronto como salimos a la luz del sol y los colores explotaron a nuestro alrededor. Estaba levitando, unos pocos centímetros sobre la superficie. De mi pecho caía tierra, que sentía resbalando por mis costados. Flotaba en el aire sin ningún apoyo; la mujer no salió de la tumba conmigo. Sólo su mano emergió del suelo, conectándome a la tierra como una cuerda sujeta un globo. Su mano permaneció en la mía durante quizá unos segundos antes de soltarse y volverse a sumergir en la tumba. Fue entonces cuando comprendí que ella no podía marcharse: la mujer no había aparecido en mi ataúd, yo había aparecido en el suyo.

Mi cuerpo se aposentó en el montón de tierra. Mis ojos se adaptaron a la luz. Estaba en una montaña, cerca de un río. Fue pacífico, durante un momento, hasta que el suelo debajo de mí empezó a moverse una vez más. En un instante de pánico temí que la mujer silenciosa hubiera decidido llevarme abajo otra vez, pero no era eso. Por todos lados se produjeron cientos de pequeñas erupciones, como si unos animales subterráneos se estuvieran abriendo paso a la superficie.

Al principio no eran más que destellos de luz. Pero entonces empezaron a tomar forma: flores, con pétalos incoloros. Cuando las miré más de cerca, pude ver que estaban hechas de cristal. Azucenas. Por todas partes florecían mil azucenas de cristal, brillando con una luz pulsátil que parecía proceder de su interior.

Arranqué una. Tan pronto como la toqué, se congeló en mis dedos. Los miles de flores, como si estuvieran conectadas en una sola alma, se hicieron de hielo y empezaron a quebrarse con pequeñas explosiones. Con cada una de ellas se liberaba una sola palabra, un susurro femenino, y juntas formaron una sinfonía que sonaba a puro amor. *Aishiteru, aishiteru, aishiteru.*

Las azucenas estallaron por toda la ladera de la montaña como un dominó, llevando su onda expansiva hasta el horizonte. Bajo el alegre manto de *aishiteru* elevados al cielo, la propia montaña se estremeció, tembló y se vino abajo,



allanándose hasta convertirse en una tundra que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Momentos después de haber empezado, por todas partes los pedazos rotos de las flores se habían convertido en un campo de hielo que cubría todo hasta donde alcanzaba la vista.

Miré aquel vasto páramo helado y me devolvió la mirada directa y despiadadamente. El viento ártico azotaba mi cuerpo tembloroso. Ahora era completamente consciente de que estaba desnudo, excepto por el collar con la moneda ángel que nunca me quitaba del cuello.

La tumba había desaparecido —naturalmente, pues la montaña entera se había desvanecido— pero había un sencillo vestido donde había estado la tumba. Cuando lo recogí para ver si era de mi talla, cayeron de él restos de tierra que arrastró el viento en un polvoriento ballet. El vestido me iba estrecho pero era todo lo que poseía, así que me lo puse. Tenía el aspecto ridículo que era de esperar en un quemado que se pone un vestido de mujer que le va pequeño, pero cuando estás congelándote pensar en la moda está fuera de lugar.

El vestido era el mismo que le había visto a la mujer japonesa en la fiesta de Halloween. Sin duda tanto la ropa como la tumba de la que había salido pertenecían a Sei.

•••

La desolación blanca de este nuevo mundo me rodeaba. Qué absoluto había sido mi cambio de escenario. Del espacio más pequeño y oscuro que podía imaginar al mayor y más blanco. Yo era el objeto más alto en kilómetros a la redonda por el solo hecho de tener piernas sobre las que erguirme, y aun así me sentía empequeñecido por la inmensidad del cielo. Estar en pie en la tundra es sentirse a la vez grande e insignificante.

El pequeño vestido apenas me protegía del frío y el viento me helaba los huesos. Vi algo moverse por el rabillo del ojo. La nieve había empezado a cegarme pero agucé la vista para confirmarlo: un bulto se movía con dificultad a través del despiadado vacío. Parecía venir hacia mí, pero era difícil asegurarlo en un paisaje tan llano. Avancé hacia allí. Fuera lo que fuese aquello, no podía ser peor que quedarse quieto y esperar la hipotermia.

Pronto vi que el objeto que se acercaba a mí era un hombre. Tiene que ayudarme, pensé, pues no ayudarme sería matarme. El primer detalle que pude apreciar fueron sus espesos rizos rojos, que destacaban contra la nieve como manchas de sangre en una sábana blanca. A continuación alcancé a ver que estaba envuelto en gruesas pieles y calzaba unas grandes botas. Vestía unos gruesos pantalones de cuero y un abrigo hecho con el pellejo de algún animal. Sobre el hombro parecía cargar un paquete de pieles. Exhalaba nubes de vapor al respirar. La barba se le había helado. Estaba ya muy cerca. En el borde del ojo lucía profundas patas de gallo que le hacían

parecer más viejo de lo que debía de ser.

Cuando llegó ante mí, me ofreció el fardo envuelto en pieles que llevaba al hombro y dijo «*Farðu í Petta*». Comprendí que significaba *Ponte esto*.

Abrí el paquete y vi que contenía un juego completo de ropa, gruesas pieles peludas que me protegerían del frío. Me vestí con ellas tan rápido como pude y sentí casi al instante que el aire entre mi cuerpo y mis prendas empezaba a calentarse. «*Hvao heitir Pú?*», «¿Cómo te llamas?». Me sobresaltó ver que también yo podía hablar islandés.

—Soy Sigurðr Sigurðsson y vendrás conmigo.

Su respuesta me confirmó lo que yo ya había adivinado; pero sólo en parte pues aquí —fuera el que fuese este lugar— Sigurðr, a pesar de como había muerto, no estaba quemado. Lo que me llevó a preguntarme por qué mi cuerpo seguía dañado.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Cuándo llegaremos?

—No lo sé. —Aguzó la mirada para rastrear el horizonte—. Llevo mucho tiempo viajando. Ya debo de estar cerca.

En la cadera de Sigurðr colgaba una vaina, la misma que chocaba con la cadera de Sei cuando los vi bailando. Sacó a *Sigurðrsnautr* tirando de su empuñadura de serpiente y me entregó el cinturón y la vaina.

—Ponte esto. Te hará falta.

Le pregunté que para qué y me contestó que no lo sabía.

Tiré la toga de Sei, pensando que con las pieles ya no la necesitaba. Sigurðr la recogió y me la devolvió.

—En el *Hel* debes utilizar todo lo que tengas.

Me até la toga alrededor de la cadera, como un segundo cinturón por encima del que Sigurðr acababa de darme. Le pregunté cómo sabía en qué dirección debíamos avanzar.

—No lo sé —contestó.

Sigurðr estaba hecho todo un conversador. Utilizaba su espada como bastón, clavando la hoja en la nieve a cada paso. Para un hombre que no sabía adónde iba, avanzaba con paso rápido y decidido.

—¿Esto es una alucinación?

Me pareció de lo más extraño estar en una alucinación preguntando si era una alucinación y además en un idioma que no comprendía. (De hecho, ¿cuántas personas hay en el mundo que sepan que la palabra islandesa para alucinación es *ofskynjun*?). Sigurðr respondió que no creía que fuera una *ofskynjun*, pero que no podía asegurarlo.

Caminamos y caminamos y caminamos. Durante días enteros en los que no se puso el sol. Quizá crea que es una alucinación, que lo que quiero decir es que caminamos durante horas que nos parecieron días. Pero no, quiero decir días. El

cansancio fue nuestro compañero de camino, pero nunca hasta el punto de que necesitémos dormir y, a pesar de mi rodilla mala, sentía que podía continuar indefinidamente. Pensé en los parajes más al norte de la Tierra en los que el sol permanece en el cielo durante seis meses seguidos. ¿Tendríamos que viajar durante tanto tiempo?

Sigurðr demostró ser un hombre de pocas y confusas palabras; durante la mayor parte del tiempo el único sonido que emitía era un tintineo musical que emergía de entre sus pieles, cerca del cuello. Tras un rato desistí de hablar con él y sólo seguí tratando hacerle reír de vez en cuando. Nunca lo logré. En ocasiones me detenía sólo para romper la monotonía del caminar. Le imploraba a Sigurðr que me esperara sólo durante un minuto, pero siempre me replicaba que no había tiempo para descansar. Cuando le preguntaba que por qué, me decía:

—Porque tenemos que llegar allí.

Cuando le preguntaba que dónde era «allí», no lo sabía. Así que le dije que, puesto que no lo sabía, no había motivo para que continuara siguiéndole. Entonces resoplaba, decía que podía hacer esa estupidez si lo deseaba, y continuaba caminando sin mí. Justo cuando estaba a punto de perderse de vista, yo salía tras él corriendo a trancas y barrancas. Porque, por supuesto, le necesitaba: ¿qué iba a hacer yo solo en un lugar como aquél? Así que seguimos marchando hacia un lugar que él no sabía definir y yo no podía imaginar.

Las alucinaciones, pensé yo, deberían estar un poco mejor que aquello. Caminar por la tundra durante días es aburrido y me sorprendió poder alucinar algo tan mundano durante tanto tiempo. El frío era demasiado terrible; la nieve se arremolinaba de una forma demasiado perfectamente aleatoria, y mi cansancio me dolía de una forma demasiado sincera como para ser producto de mi imaginación. Lo único que no parecía realista era mi capacidad de seguir adelante sin descanso ni comida.

Por supuesto, no era más que un delirio. Una condenada, detallista, fría y prolongada alucinación. El síndrome de abstinencia no debería ser así, a menos que...

—Sigurðr, ¿estoy muerto?

Por fin se rió de algo de lo que yo decía.

—Tú sólo estás de visita.

Si este lugar era el de Sigurðr, igual que el ataúd había sido el lugar de Sei, quería saber más sobre él. Quería saber más de todo. Decidí abandonar cualquier atisbo de sutileza.

—Ese ruido que sale del cuello ¿es del collar del tesoro que perteneció a Svanhildr?

Se detuvo, quizá pensando si quería o no contestar. Lo hizo.

—Sí.

—¿Por qué no el collar con la punta de flecha?

—Se lo dieron a Friðleifr.

—Le cambiaron el nombre para llamarle Sigurðr, ¿lo sabías?

Se quedó callado unos momentos y cuando al fin habló lo hizo con el tono de voz más suave que le había oído.

—Sí, lo sé. Es un gran honor.

—¿Me hablarás de Einarr?

Esta pregunta hizo que echara a andar de nuevo.

—Esa historia no es para ti.

—Pero ya la conozco.

Sigurðr se volvió y me miró directamente a los ojos.

—No, no la conoces. Tú has oído la versión de Marianne Engel de mi historia, lo que no es lo mismo. ¿Cómo puedes atreverte a pensar que conoces lo que esconde mi corazón cuando ni siquiera comprendes lo que hay en el tuyo?

Tenía que ser un vikingo quien me desarmase con su elocuencia cuando menos lo esperaba. Me callé y seguí caminando.

Todo el tiempo pensaba que estábamos a punto de llegar a alguna parte, pero nunca llegábamos. No dejaba de pensar que nos encontraríamos una pequeña cordillera tras la cual se abriría un valle o veríamos musgo en la cima de una loma, pero la única «loma» era el horizonte, que era reemplazado por un nuevo horizonte conforme avanzábamos. Recé porque apareciera algo que rompiera la monotonía. Una roca. Huellas de un alce. Un perro de trineo congelado. El nombre de alguien meado en la nieve con temblorosas letras amarillas. Pero sólo encontramos más hielo y más nieve. Al tercer día (creo que fue el tercero) simplemente me detuve. Me rendí.

—No hay nada ahí fuera. Sea lo que sea lo que crees que encontrarás... —Se me apagó la voz—. Sigurðr, llevas viajando hacia «allí» durante más de mil años y ni siquiera sabes dónde está el lugar al que te diriges.

—Viajas hasta que llegas —dijo— y ahora tú has llegado.

El lugar en el que estábamos no era distinto a cualquier otra parte de la tundra que habíamos atravesado. Abrí los brazos y giré en todas direcciones para hacer obvio lo que quería decir.

—Pero ¿qué dices?

—Mira al cielo.

Levanté la mirada. A pesar de que no había nadie más que nosotros en kilómetros a la redonda, una flecha encendida dibujaba una parábola en el cielo directamente hacia mí.

Quise moverme pero me quedé congelado donde estaba, así que sólo pude cubrirme la cabeza con las manos. (Aunque, después de todas las historias que me había contado Marianne Engel, quizá lo más lógico es que me hubiera protegido el corazón y no la cabeza). La flecha pasó a apenas unos centímetros de mí. Se clavó en el suelo, que se partió como si fuera un monstruo albino abriendo unas enormes fauces. Fragmentos de hielo enormes se elevaron y movieron por todas partes, tirándonos de un lado a otro. Un témpano me golpeó el hombro derecho y me envió

rebotado contra otro témpano irregular. Hubo un momento de claridad, parecido al que sentí cuando me despeñé con el coche, en el que todo pareció desarrollarse a cámara lenta. Lánguidamente emergió agua de la grieta del suelo y al fin comprendí por qué no había absolutamente nada distintivo en el paisaje por el que habíamos caminado. No estábamos en tierra, sino sobre una vastísima placa de hielo. Témpanos de hielo hacían piruetas a mi alrededor y pronto la gravedad me precipitó hacia el recién descubierto océano.

El frío me invadió por completo. La ropa de piel era inútil, más que inútil, perjudicial, porque absorbió el agua y se convirtió en un lastre que me arrastraba al fondo. Al principio pude aferrarme al hielo de la superficie, clavando los hierros en alguna grieta. Sentí cómo el calor de mi cuerpo se refugiaba en el centro de mi estómago, pero pronto el frío penetró también hasta allí. Sentí que mis miembros se entumecían y mis movimientos se volvían lentos. Mis dientes castañeteaban tan violentamente que ahogaban el ruido del hielo al romperse a mi alrededor; me pregunté incluso si mis cicatrices queloides estarían volviéndose azules.

No vi a Sigurðr por ninguna parte. Supuse que el hielo se lo había tragado. Un témpano me golpeó por la izquierda y otro por la espalda. Un científico sabe que el hielo se distribuye de forma uniforme sobre cualquier superficie de agua, y eso era exactamente lo que estaba pasando: el hielo trataba de cubrir de nuevo el agujero que había abierto la flecha. Así que incluso en aquel océano producto de mis alucinaciones regían las leyes básicas de la física; eso, sin duda, hubiera hecho sonreír al bueno de Galileo.

Ya no podía mantener la cabeza fuera del agua, el tap-tap-tap del hielo contra mis orejas de coliflor, y cerré los ojos porque eso es lo que se hace cuando uno se va al fondo. Sentí cómo mi cuerpo se cerraba. *Así que acaba de este modo. En el agua.* Me hundí y, de hecho, sentí cierto alivio. *Sería más fácil de esa manera.*

No me costó aguantar la respiración durante muchos minutos, descendiendo todo el tiempo, hasta que me cansé de esperar a que mis pulmones se rindieran. Abrí los ojos, sin confiar en ver más allá de unos pocos palmos. Bajo el agua era igual de difícil calcular distancias de lo que lo había sido sobre el hielo; de nuevo no había ningún elemento que ayudara a crear perspectiva. Ni un pez ni ninguna otra criatura ni algas: sólo agua clara. De los pliegues de mis ropas escapaban burbujas que se enganchaban en el borde de mis párpados. Qué gracioso. En el mundo real no podía producir lágrimas líquidas, pero en aquel mundo submarino podía llorar lágrimas hechas de aire.

En la distancia, sobre mí, apareció un resplandor. Se refractó en mis lágrimas de burbuja y me pregunté: *¿Es éste el túnel de luz que lleva a un hombre muerto al Cielo?* No tenía pinta de serlo. Tal y como iban las cosas, lo más probable era que la luz viniera de uno de esos peces de dientes de sable que utiliza pliegues de piel fosforescente para atraer a otros animales y luego comérselos. Resultó, sin embargo, que el resplandor no era ni el camino hacia el Cielo ni un pez maquiavélico. Era el

fuego de la flecha encendida que había impactado contra el hielo y que ahora Sigurðr asía mientras buceaba a través del océano hacia mí.

La luz (un fuego que no se extinguía en el agua: ahí se acababa aquello de que las leyes de la física se aplicaban hasta en un lugar sobrenatural) jugueteaba con la barba de Sigurðr y con las arrugas alrededor de sus ojos. Su largo cabello pelirrojo se extendía alrededor de su cabeza como un halo de algas, y sonreía con serenidad, como si estuviera pasando algo maravilloso. Sostenía frente a él la flecha como un relevo olímpico llevaba la antorcha y, mientras tanto, continuamos nuestro lento descenso en el agua. Mis dedos se aferraron al astil y sentí cómo una calidez gloriosa se extendía por mi cuerpo y Sigurðr sonrió como un hombre que ha cumplido su objetivo. Como un hombre que continuará siendo recordado. Asintió con aprobación y se precipitó hacia el fondo, dejándome a mí hundiéndome lentamente.

Atravesé el fondo del océano.

Sólo descendí unos pocos metros antes de encontrarme con el suelo. Cuando miré hacia arriba, el lecho del océano —el agua que debería haber sido un techo sobre mí— había desaparecido. Mis pies reposaban sobre una superficie sólida y la luz había cambiado del azul cristal del océano a un gris muerto.

Estaba ahora en un oscuro bosque de árboles retorcidos.

• • •

Escuché un huidizo sonido de pisadas en el bosque que me llegaba al menos de tres lados. Ramitas quebrándose, matorrales moviéndose. Levanté la flecha como si fuera una antorcha. Vi brevemente a un cuadrúpedo escurrirse entre los troncos de los árboles y luego un atisbo de otra criatura. ¿Cuántas había? Dos —no, ¡ahí iba otra! ¡Tres al menos!—. ¿Qué eran? Mi mente se colmó de imágenes bestiales: un león, un leopardo, quizás un lobo. Si venían a por mí, ¿cómo iba a defenderme? Tenía una vaina vikinga, pero no la espada; tenía una túnica budista, pero no su fe.

Frente a mí había un camino que llevaba a través del bosque y ascendía por una colina. Pude oír que por él se acercaba otro animal más atrevido. Allí pude entreverlo entre los árboles. Parecía un bípedo, ¿quizá algún tipo de fabuloso simio del bosque? Al parecer, no. Cuando dobló el último recodo, pude ver que se trataba de un hombre vestido de forma sencilla, con una enorme barriga y una sombra de barba en las mejillas. Cuando me vio, sonrió de oreja a oreja y levantó los brazos como si se dispusiera a abrazar a un viejo amigo después de muchos años sin verle.

—*Ciao!*

—*Tu devi essere Francesco. —Debes ser Francesco* (con Sigurðr había hablado islandés; ahora hablaba también italiano).

—*Sí* —confirmó, tomando mi mano—. *Il piacere è mio.*

—No, el placer es mío. Una amiga común me ha enseñado algo de tu trabajo. Es bueno.

—¡Ah, Marianna! —dijo Francesco iluminándose de satisfacción—. Pero sólo soy un simple artesano. Veo que has traído la flecha. Muy bien. Puede que la necesites.

—¿Qué hacemos ahora? Por favor, no me digas que no lo sabes.

Francesco se rió a carcajadas que sacudieron su barriga de oso.

—Sigurðr siempre ha estado un poco confundido, pero yo sé exactamente adónde vamos. —Hizo una pausa para conseguir un mayor efecto dramático—. Directamente al Infierno.

Un hombre capaz de decir algo así en serio tiene que caerte bien, así que no pude evitar reírme.

—Vale, creo que ya estoy acostumbrándome a esto.

—Este Infierno será más complejo, así que lo mejor será que no te rías demasiado alto. —Pero, para tranquilizarme después de su advertencia, añadió—: Marianna ha pedido que me envíen para guiarte. Vino y rezó por ti.

—Supongo que es un comienzo.

Y así partimos hacia nuestra aventura infernal. Yo, armado con una flecha encendida, una túnica budista enrollada alrededor de mi cadera, ropas de nieve vikingas, una vaina vacía y con un herrero del siglo XIV como guía. No podía ir mejor preparado.

• • •

Pasamos por una serie de puertas y pronto nos encontramos frente a un río que reconocí gracias a las lecturas que Marianne Engel me hizo junto a mi cama. Era el Aqueronte.

El río era horrible. En su corriente flotaban témpanos de hielo mezclados con basura y bestias nauseabundas. Había pedazos de carne podrida, como si los ataúdes acumulados durante mil años se hubieran vaciado en sangre congelada. El fétido perfume de la decadencia lo impregnaba todo. Había casi-hombres, cuya forma era sólo vagamente humana, flotando en el terrorífico líquido. De sus bocas suplicantes emergían súplicas de piedad; sabía que aquellas criaturas continuarían ahogándose, sin que nadie las ayudase, por toda la eternidad. Una niebla se elevó desde el río. A través de ella flotó, tan suavemente como si levitara sobre las aguas, una barca en la que iba Caronte, el barquero. Eso (o él) era una tenebrosa criatura-hombre, de casi metro y medio de altura, que vestía una túnica rota y mohosa. Su barba era como un enredo de algas y le faltaba media nariz, pues tenía unas marcas de mordiscos donde debió perder en alguna lucha el trozo que faltaba. De su boca marchita sobresalían dientes podridos, afilados y rotos. Su piel era gris, húmeda y con aspecto de cuero, como si fuera la de una tortuga marina enferma, y sus manos eran garras artríticas que sostenían una nudosa pértiga. Las cuencas de sus ojos estaban vacías excepto por la luz intensa que surgía de ellas: cada uno de los ojos era una rueda de fuego.

Conforme gobernaba el timón hacia la orilla, pronunció unas palabras que eran más truenos que habla.

—*ÉSTE NO ESTÁ MUERTO.*

Aunque no era un hombre pequeño, Francesco parecía diminuto comparado con Caronte. Sin embargo, no quiso ser menos y se irguió tanto como pudo para contestar:

—Se trata de un caso muy especial.

Caronte, que ya había alcanzado la orilla, movió sus garras de forma despectiva.

—*NO PUEDE PASAR.*

—Ya ha llegado muy lejos, así que por favor escúchanos. Haznos ese favor a nosotros, que somos mucho menos que tú. ¿Cuánto hace que no te visitaba uno de los vivos?

—*NO TE ESFUERCES EN ENGAÑARME. NO VA A CRUZAR. DEBERÁ LLEVARLO OTRA BARCA QUE NO SEA LA MÍA.*

—Caronte, no te apresures a negarte —dijo mi guía—. Fuerzas mayores que nosotros han dispuesto este viaje.

Los ojos de Caronte cayeron sobre mí como una condena, como si estuviera mirando los rincones más viles de mi alma. Sostuve la flecha encendida tan pegada a mi cuerpo que temí incendiarme la ropa, pero necesitaba sentir calor para protegerme de aquellos ojos.

Caronte se volvió de nuevo hacia Francesco.

—*SIGUE HABLANDO.*

—Te rogamos que nos permitas cruzar. Te pagaremos. —Francesco se inclinó ligeramente y ofreció al barquero una moneda de oro.

—*ESTO PAGA SÓLO EL VIAJE DE UNO.*

—Tienes razón, por supuesto.

Cuando Francesco me indicó que pagara, negué con la cabeza. *¿Es que alguien se trae dinero a una alucinación?* Entonces Francesco se tocó el pecho para recordarme lo que colgaba en el mío.

Me quité la moneda ángel de mi collar y se la puse a Caronte en su garra. Prestó especial atención al lado que mostraba al arcángel Miguel matando al dragón. Una expresión extraña cruzó el rostro del barquero; tuve la sensación de que fue lo más parecido a una sonrisa que podía formarse en su fea boca. Se hizo a un lado y con el brazo nos indicó que subiésemos a bordo. Francesco asintió.

—Apreciamos mucho tu gran generosidad.

El barquero hundió su pértiga en las turbias aguas y nos impulsó hacia el centro del Aqueronte. La barca, adornada con calaveras y cabos trenzados con cabello humano, estaba hecha de madera podrida y, sin embargo, el agua no entraba por los agujeros del casco. Por todas partes se abrían remolinos que arrastraban hacia abajo aquellos cuerpos que se ahogaban durante toda la eternidad. En ocasiones Caronte utilizaba su remo para golpear a alguno de los pecadores.



Dos figuras distantes que se abrían paso a golpes hacia la barca me parecieron extrañamente familiares. Un hombre y una mujer. Pero un hombre que gritó a pocos metros de la barca me distrajo. Otros pecadores le empujaban hacia el fondo y había tragado agua del hediondo río. Desesperado, se agarraba a todo cuanto alcanzaban sus manos y se llevó con él al fondo una pierna que arrancó a otro.

Viendo la expresión de asco en mi rostro, Francesco dijo:

—Nadie está aquí por accidente. El Infierno es una elección, porque la salvación está disponible para todo el que la busca. Los condenados eligen su destino al endurecer deliberadamente sus corazones.

Yo no podía estar de acuerdo con eso.

—Nadie escoge ser condenado.

Francesco meneó la cabeza.

—Pero es tan fácil no serlo.

La pareja de pecadores que antes me había llamado la atención estaba ya lo bastante cerca para estar seguro (al menos tanto como era posible dado el estado de descomposición de sus cuerpos) de que eran Debi y Dwayne Michael Grace. Suplicaban que les ayudase, estirando sus manos —con los dedos rotos— hacia mí. Pero la horda de pecadores se aferraba a ellos implacablemente. Puede que Debi hubiera podido alcanzar la barca si Dwayne no se hubiera aferrado a ella frenéticamente para intentar evitar que le empujaran al fondo. Ella se comportó del mismo modo y cada uno trató de utilizar al otro para conseguir librarse de la multitud. La batalla entre ambos sólo sirvió para garantizar que se hundieran juntos.

No pasó mucho antes de que Caronte nos dejara al otro lado y se alejara con su barca de nuevo entre aquel marasmo de almas en lucha.

—Creo que se me ha dado bastante bien —dije, tratando de forzar una sonrisa sin conseguirlo—. ¿No se desmayó Dante cuando conoció a Caronte?

• • •

Frente a nosotros se elevaba una montaña desde la orilla misma del Aqueronte. Francesco abrió el camino.

Al principio la pendiente era suave pero pronto empezó a empinarse. Tuvimos que asirnos a grietas de la ladera para seguir ascendiendo. No resultaba nada fácil con los dedos que me faltaban en las manos, y cada vez que ladeaba el cuerpo tenía que pasarme la flecha en llamas de una mano a otra. Cuanto más alto ascendíamos, más fuerte era el viento húmedo que nos azotaba.

Francesco me aconsejó guardar la flecha en la vaina que me había dado Sigurðr. No me pareció muy buena idea; estaba seguro de que la piel de mi ropa no era ignífuga. Sin embargo, lo hice. Sentí un ligero cosquilleo en la cadera, donde bailaban las llamas, pero el fuego no prendió mis ropas.

La ventisca a nuestro alrededor arrastraba formas humanas, sacudiéndolas como

si fueran peces que se debatían en el anzuelo de una caña. Sabía quiénes eran: las armas del Carnal, que en la Tierra se vieron arrastradas por las pasiones y en el Infierno eran castigadas. Pensé en mi carrera en la pornografía, que no me dejaba muy bien. Le pregunté a Francesco si aquél era el lugar en el que acabaría yo algún día.

—Tú nunca sentiste pasión —me gritó Francesco por encima del rugido del viento— hasta que la conociste a ella.

No hizo falta que dijera su nombre; ambos sabíamos de quién hablaba.

Intenté ignorar los aullidos, tanto del viento como de los condenados, y al final superamos la peor parte. Cuando por fin pude despegarme de la pared del acantilado, mis dedos se quedaron agarrotados como las pinzas de una langosta asustada.

• • •

El camino se separó de la montaña y entramos en un lugar más cálido. Envolví con las manos la llama de la flecha y mis dedos empezaron a desagarrotarse; tan pronto como pude, me quité capa a capa las pieles de mi atuendo vikingo. Recordando el consejo que me había dado Sigurðr, no me deshice de ellas.

Mientras hacía un hatillo con las pieles para poder transportarlas, me di cuenta de que los muñones de mis dedos amputados eran ligeramente más largos y que me había crecido un poco de vello en los antebrazos, donde el fuego había destruido los folículos capilares. Me toqué la cabeza y me di cuenta de que allí también estaba creciendo pelo. Mis cicatrices parecían haber encogido ligeramente y perdido un poco de su color rojo. Había pasado los dedos por mi cuerpo un millón de veces, como un ciego que memoriza una historia en braille, pero ahora lo que leía era distinto.

Intente imaginar, si puede, la emoción que siente un quemado al descubrir que su cuerpo está regenerándose, o la de un hombre al que le crece el cabello después de haberse resignado a toda una vida de calvicie. Eufórico, le conté a Francesco mi descubrimiento.

—Recuerda dónde estás —me advirtió— y recuerda quién eres.

Llegamos al borde de un bosque en el que árboles que gritaban emergían de un arenal en llamas. El lugar emanaba un calor vibrante que lo distorsionaba todo y hacía que las ramas de los árboles parecieran moverse. Entre los árboles volaban pájaros picoteando las ramas.

—El bosque de los suicidas —dijo Francesco.

Pronto vi que los árboles no eran realmente árboles. Sus ramas eran miembros humanos, que gesticulaban salvajemente y de los que manaba sangre en lugar de savia. De los agujeros que habían abierto los pájaros emergían voces humanas atormentadas y los pájaros, podía ver ahora, no eran pájaros, sino harpías que parecían buitres con pálidos rostros de mujer y garras afiladas como cuchillas.

Cuando una pasaba volando cerca de nosotros, el hedor se hacía insoportable.

—Las voces de los árboles —dijo Francesco— sólo pueden oírse cuando las harpías han arrancado la carne y mana la sangre. Los suicidas sólo pueden hacerse oír a través de aquello que les destruye.

—*Quod me nutrit me destruit* —murmuré en voz baja para que Francesco no pudiera oírme.

Recordé que él se había contagiado voluntariamente de la peste de su mujer y que después le había dicho a su hermano que le disparara con una ballesta.

—¿El Infierno para ti es así?

—Yo decidí poner fin a mi vida sólo horas antes de una muerte inevitable y fue una decisión que tomé por amor, no por cobardía. Es una distinción importante que no hay que olvidar. —Se calló unos instantes y luego añadió—: Aunque mi vida en el más allá no es ésta, hay un motivo por el cual soy el guía que te ha traído hasta aquí.

Creí que iba a continuar, pero sólo añadió que todavía nos quedaba mucho camino por delante.

Ahora estaba desnudo hasta la cadera. Mi piel estaba mejorando decididamente. Continuamos a través de los bosques y escuché lo que me pareció, al principio, el zumbido de una gran colmena. Conforme nos acercamos, me di cuenta de que se trataba de una cascada en los lindes del bosque. El viento nos removía el cabello, que me seguía creciendo.

En esta cascada el agua no caía desde el borde de un precipicio, sino que simplemente caía directamente del cielo y atravesaba el suelo del desierto que se abría frente a nosotros. Francesco me dijo que tenía que arrojar la vaina de Sigurðr a la cascada, pues era un regalo apropiado. *¿Por qué? ¿Para quién?*

Después de sacar la flecha en llamas, hice lo que me pedía. Vi que el bucle del cinturón de cuero descendía, rebotando en la espuma, antes de desaparecer en la hambrienta boca en el fondo de la cascada.

Casi inmediatamente emergió una figura oscura que empezó a escalar hacia nosotros.

• • •

Esta criatura tenía tres cuerpos humanos que surgían de un único torso. Tenía seis brazos huesudos con cuyas seis manos peludas se agarraba a la cascada en busca de asideros, escalando como una araña que asciende por su tela. Al principio pensé que debía haber una pared de roca tras la cascada pero cuando se acercó pude comprobar que sus manos se aferraban al propio líquido, entrelazando los chorros de la corriente hasta convertirlos en algo parecido a cuerdas. La bestia tenía una cola puntiaguda que penetraba en la cascada y, aunque todavía estaba bastante lejos, su olor me recordó a los montones de cachipollas muertas en la orilla de una playa.

—Gerión —dijo Francesco—, que fue rey de España pero ahora es el monstruo

del fraude. Es el guardián de esta cascada y es él quien nos debe transportar hasta el fondo.

Cuando Gerión alcanzó nuestro nivel se impulsó con sus seis piernas contra la cascada y se catapultó hacia nosotros, aterrizando perfectamente sobre sus seis pies.

Era enorme (al parecer casi todo en el Infierno lo era) y su torso estaba cubierto de brillantes escamas. Sus tres cabezas quedaban casi dos metros por encima de la mía. Las tres caras se parecían: las tres estaban hinchadas con grandes hematomas, unos labios enormes servían de puerta a unos dientes podridos y tenían unos ojos como perlas negras en unas ostras a medio abrir. Aun así, a pesar de su fealdad, las caras parecían sinceras. Las tres cabezas empezaron a hablar a la vez.

—¿Qué es lo que...

—¿Por qué estáis...

—¿Cómo os atrevéis a...

—... queréis?

—... aquí?

—... molestarme?

—Deseamos entrar en el siguiente círculo —contestó Francesco.

—¡No, no puede...

—¡No os...

—¡Éste no está...

—... ser!

—... ayudaremos!

—... muerto!

—Es verdad que pedimos mucho y es también verdad que éste no está muerto —admitió Francesco—. Pero es amigo de Marianna Engel.

El nombre pareció decirle algo a Gerión y las tres cabezas murmuraron entre ellas. Al final, votaron —Sí. No. Sí— antes de decidirse a llevarnos. (¿Quién iba a decir que el monstruo del fraude era una democracia?). Nos montamos sobre sus anchas espaldas. Primero Francesco me ayudó a subir y luego subió él.

—Yo me montaré entre tú y la cola —me susurró mientras subía—. Es venenosa.

Cuando estuvimos listos, la bestia dio un gran salto desde el borde de la tierra hacia la cascada. Cuando golpeamos contra el agua, vi cómo las manos de Gerión se hundían en el líquido y agarraban el que fluía entre sus puños como una serpiente translúcida. Aunque me resultó difícil no soltarme, vi que mis brazos estaban más fuertes de lo que nunca habían estado desde el accidente. En un momento dado, las tres cabezas de Gerión dijeron:

—No...

—tan...

—fuerte.

Al acercarnos al fondo, Francesco me gritó por encima del rugido del agua que me preparase para el siguiente nivel. Sería, me dijo con un tono que me obligó a

tomármelo en serio, particularmente desagradable.

• • •

Desmontamos y Gerión desapareció ascendiendo la cascada. Me detuve a contemplar exactamente cuánto había progresado mi curación. Había recuperado la mayoría de mi suave piel y la cicatriz de la pancreatitis que decoraba mi estómago había desaparecido. Me había vuelto a crecer casi todo el pelo. Mis labios eran de nuevo carnosos. Salté sobre mi rodilla mala y descubrí que estaba fuerte. Mis dedos perdidos se habían recuperado y los utilicé para tocar, en la entrepierna, el pequeño bulto de mi emergente pene.

—Estamos en Maleboge, el lugar de los seductores. En este Círculo —me advirtió Francesco— ya no puedo protegerte.

Oí acercarse un sonido como de disparos y gritos. Pronto estuvieron sobre nosotros: hombres y mujeres en una fila sin fin que custodiaban demonios cornudos. Lo que había creído disparos eran en realidad los restallidos de los látigos ígneos de los demonios, que utilizaban para azotar a los condenados con despiadada precisión. Los seductores avanzaban encorvados por el miedo, agachando el cuerpo para retrasar el golpe medio segundo más. Los brazos les colgaban inertes, balanceándose cada vez que el impacto del látigo azotaba sus hombros. Quizá los seductores fueron en tiempos bellos, pero ya no lo eran; ahora eran poco más que sacos de carne apaleada.

Un latigazo alcanzó a la mujer que estaba más cerca de mí y empezó a sangrar por la boca. Cuando sofoqué un grito, percibió nuestra presencia. Levantó la vista y vi que los gusanos le habían comido la mitad de la cara. Su ojo derecho parecía un huevo saltón y el izquierdo colgaba fuera de su hueco, sostenido por el nervio óptico. Me guiñó lascivamente su ojo saltón y se lamió los labios. Por eso una legión de demonios le descargaron una tormenta de latigazos que no cesó ni cuando quedó tendida agonizante. La piel se le abrió en cuadrados, donde los cortes se entrelazaban hasta que prácticamente las entrañas le caían por las heridas. De agujeros del suelo salieron docenas de serpientes, que se enroscaron en ella como las cadenas de un escapista.

Cuando ya estaba inmovilizada por los reptiles, más serpientes —distintas, con enormes colmillos que goteaban veneno— aparecieron de los agujeros y empezaron a deslizarse felizmente sobre ella. Al final una cobra se encaró a la seductora y se detuvo sólo un instante antes de atacar la mangosta de su cuello. Salpicaduras de sangre floraron en el aire antes de caer de nuevo sobre su cuerpo, cada gota prendiendo un pequeño fuego. Las llamas la envolvieron y su ojo bulboso se hinchó y luego reventó como un globo demasiado hinchado. Gritó hasta que se le quemaron las cuerdas vocales; mientras tanto, las serpientes siguieron enroscadas en su cuerpo. Su carne se desprendió de los huesos como si fuera un plato de estofado hasta que su

esqueleto quedó al descubierto. Sus huesos brillaron con un intenso amarillo, luego rojo y luego se volvieron negros y se desintegraron en la tierra. Así desapareció, sin que quedase nada, excepto lo que fue su columna.

Ésta no era una columna; era una serpiente que me miró directamente desde su nido de cenizas. Con una sonrisa ruin de reptil, siseó: Y NO PUEDES HACER NADA PARA EVITARLO.

La serpiente siguió regodeándose en su mirada maliciosa incluso cuando empezó a temblar y de sus costados emergieron nuevas costillas como dedos cortando un plástico muy tenso. Luego salieron los huesos de los brazos y las piernas. Las cenizas de la pecadora incinerada empezaron a reconstruirse formando tejido humano, primero materializando los intestinos y luego tejiendo un nuevo sistema circulatorio. Del suelo ascendió un líquido rojo que comenzó a navegar por los recién creados vasos sanguíneos. Los músculos se enroscaron a los huesos como la hiedra a una valla y la piel se elevó desde el suelo como una sábana que se tendiera sobre aquella nueva forma a medio hacer. Creció el cabello y en las fosas oculares se generaron nuevos ojos. La seductora fue reconstruida, no en la forma apaleada en que yo la había visto, sino tal y como debía haber sido en la Tierra. No recuerdo haber visto nunca una mujer físicamente más bella.

Se levantó del suelo y dio un paso hacia mí, con los brazos abiertos para que la abrazara. Cómo me atraía su piel suave, sus caderas perfectas. Sólo entonces los demonios, que se habían estado encargando de los demás condenados, se dieron cuenta de que se había completado el renacimiento de la mujer y la azotaron de nuevo con sus látigos antes de que pudiera alcanzarme. La pastorearon de nuevo hasta la procesión de pecadores y comprendí que se trataba de un ciclo: la azotarían otra vez hasta destrozarla, volverían a salir las serpientes del suelo y se quemaría. Una y otra vez, durante toda la eternidad, igual que los demás miembros de aquel desfile de seductores.

Comprendí por qué Francesco me había prevenido contra este Círculo, porque fue durante el renacimiento de la seductora cuando se completó la curación de mi propio cuerpo. La lava solidificada que era mi piel había desaparecido y ya no quedaba ningún rastro de mis quemaduras. Mi cuerpo era tan perfecto como lo había sido en su mejor momento antes del accidente; la única marca que permanecía era mi cicatriz de nacimiento en el pecho. Yo, como la seductora, había recobrado toda mi belleza.

Aunque intenté evitarlo, caí de rodillas y me eché a llorar. Una vez empecé no pude parar.

Todavía hoy no estoy seguro del porqué de mis lágrimas. ¿Lloré porque el destino de la seductora se parecía mucho al mío? ¿Fue el efecto acumulado de los horrores que había presenciado en los tres Infiernos que había atravesado? ¿Fue porque había recuperado mi aspecto humano, que había creído perdido para siempre? ¿O fue porque en el mundo real mi cuerpo estaba en pleno mono de morfina?

No conozco la respuesta. Pero al final continué llorando simplemente de la alegría

que me producía que mis lacrimales volvieran a funcionar.

• • •

Francesco me puso con ternura la mano en el hombro.

—Tenemos que seguir hasta la Estigia.

Aunque estaba desorientado, supe que algo no encajaba. Después de todo, había leído el *Inferno* en dos vidas distintas; sabía que se suponía que debíamos haber encontrado la Estigia mucho antes. Secándome las lágrimas, se lo comenté a Francesco.

—Pero éste es tu viaje —dijo—, no el de Dante.

Avanzamos hasta la orilla a la que, como si supiera que íbamos a llegar, se acercaba rápidamente una barca.

—El barquero es Flegias, hijo de Ares. Cuando su hija Coronis fue raptada por Apolo, Flegias incendió el templo del dios. Apolo le mató con sus flechas y le impuso esta condena.

Lo más sorprendente de Flegias era la enorme piedra afilada que flotaba sobre su frágil cráneo, una piedra que parecía a punto de caer en cualquier momento. En consecuencia, no cesaba de levantar la vista para cerciorarse de que la piedra no se precipitaba sobre él. Con cada golpe de la pértiga en el agua, la barca acercaba a nosotros al barquero y la piedra le seguía, sin abandonar nunca su inquietante posición. La tez de Flegias, después de tanto tiempo lejos del sol, era cetrina y las venas de su rostro se marcaban como una telaraña púrpura sobre la que caían los desordenados mechones de su cabello. De su ropa, teñida desde hace mucho del color del sudor, emergían unos brazos escuálidos.

—*¿Quién osa traer una flecha a mi orilla?*

Las amenazas de Flegias sonaban un tanto huecas por su preocupación por la piedra que flotaba sobre su cabeza. Incluso mientras intentaba lanzarnos su mirada más aterradora, no podía evitar echar miraditas hacia arriba cada vez que la piedra se movía un poco.

—Debes perdonar a nuestro imprudente amigo —dijo Francesco—, pues es joven y todavía está vivo.

—*Eso explica muchas cosas.* —Flegias movió nervioso la cabeza hacia la izquierda antes de volverla a dejar quieta entre sus hombros.

—¿Nos llevarás a la otra orilla, para que pueda terminar su viaje?

—*¿Por qué iba a hacerlo? Ése no está muerto.*

—Es amigo de... —empezó a decir Francesco.

—... *Marianne Engel* —le cortó Flegias—. *Lo sé. No me importa.*

El barquero empujó la pértiga para dar la vuelta al barco, pero Francesco le apremió:

—Es mucho lo que depende de tu ayuda, Flegias.

Quizá intrigado, Flegias volvió el rostro hacia nosotros.

—¿Por qué?

—Si conoces a Marianna, entonces sabrás que éste es un viaje de amor.

—¿Y a mí que me importa el amor?

—¿No fue el amor por tu hija lo que te hizo acabar aquí? ¿Condenarías a otro a estar atrapado para siempre en el Infierno, aunque no sea el lugar en el que debe estar?

Por primera vez, Flegias pareció prestarme más atención a mí que a su piedra.

—Háblame de tu amor por esa mujer.

Contesté tan sinceramente como pude:

—No puedo.

Flegias frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué debería hacer lo que me pides?

—Cualquiera que crea que puede describir el amor —respondí— no entiende lo que el amor es.

Parece que esta respuesta satisfizo a Flegias, que nos indicó que subiéramos a bordo sin pedir que pagáramos el pasaje. Mientras cruzábamos la Estigia no pude dejar de mirar las tres torres rojas en llamas que se veían en la distancia.

—Es Dis —dijo Francesco—, la capital del Infierno.

Desembarcamos frente a unas enormes puertas de hierro. Las guardaban ángeles rebeldes, cuyos ojos oscuros y severos parecían juzgarlo todo. No tenían ni ropa ni sexo y su piel era de un blanco brillante en el que se destacaban grandes pústulas; de sus espaldas surgían alas y sobre su cabeza no había ningún halo, sino que su pelo era de fuego.

El líder de los ángeles rebeldes dio un paso adelante.

—No podéis pasar. Ése no está muerto.

—Me lo dicen mucho —repuse yo.

Francesco me lanzó una mirada recriminatoria antes de volver a centrar su atención en el líder.

—Que esté vivo no es asunto vuestro. Esas reglas no se aplican en esta puerta, pues su destino es cruzarla.

—¿Quién es?

—Él es quien entra en vida —contestó Francesco— en el Reino de la Muerte.

Sin embargo, no importó que fuera eso que decía Francesco. Con grandes aullidos y mucho alboroto, los ángeles se negaron a todo cuanto Francesco pedía. Quedó claro que mi guía había encontrado al fin un obstáculo que no podía salvar con buenas palabras.

Nos apartamos de los ángeles para conferenciar entre nosotros. Le pregunté qué íbamos a hacer ahora y Francesco me miró como si hubiera dicho una estupidez.

—Rezaremos —dijo.

Cuando le dije que yo no rezaba, me reprendió con severidad.



—Estás en el Infierno. Más te vale empezar.

Francesco tomó la flecha en llamas de mi mano y clavó la punta en el suelo, luego extendió las pieles vikingas para que nos arrodilláramos sobre ellas. A continuación, me quitó la túnica de Sei de la cadera y empezó a rasgarla en tiras. Me vendó los ojos con el tejido hasta que no vi nada. Cuando le escuché rasgar más tela, supuse que se estaba vendando también los suyos.

—Pronto habrá cosas a las que no podemos mirar —dijo—. No te fíes de la venda, mantén los ojos bien cerrados.

Era la primera vez que rezaba en mi vida y me sentí raro, pero después de todo lo que Francesco había hecho por mí, lo menos que podía hacer era concederle lo que me pedía. Oí las palabras de Francesco, en italiano, pidiendo a Dios ayuda. Por mi parte, recé para que acabara mi síndrome de abstinencia. Y por la seguridad de Marianne Engel, estuviera donde estuviese.

Oí pasos acercándose y algo restallando en el aire. Cada vez estaba más cerca...

—No mires —ordenó Francesco—. Han llamado a Medusa.

Y entonces comprendí qué hacía aquel ruido: las lenguas de las serpientes de su cabeza. Las lanzaban para olerme, a mí, la primera carne viva que llegaba al Infierno en muchos siglos. Una de las serpientes me lamió la mejilla. Luego otra y otra y otra. Mi piel, ahora curada, podía de nuevo sentir y qué broma cruel era que gracias a ello sintiera los besos de cien serpientes. Los reptiles trataron de meter las cabezas triangulares bajo mi venda para quitármela, para hacerme mirar a la Gorgona, pero yo la sostuve con las manos.

Medusa, su rostro a pocos centímetros del mío, empezó a sisear. Me golpeó su fétido aliento e imaginé su lengua bífida.

—*Mira. Mírame. Ssabess que quieress hacerlo. Essto no ess máss que una fantassía. ¿Te iráss ssin ver todo lo que tu ssueño puede ofrecerte? Ssólo quiero ssatissfacer tu curiosság...*

No iba a hacerlo. Si alguna vez me convertía en una estatua, sería a manos de Marianne Engel y no por la mirada de una Gorgona.

Sentí una vibración bajo mis pies, como un suave terremoto. Sentí que las serpientes del pelo de Medusa se retiraban de mi rostro. El temblor de la tierra aumentó y el aire empezó a vibrar, como si se abriera para dar paso a algo nuevo. Las puertas de hierro de Dis hacían un ruido estrepitoso, como si bestias salvajes las embistieran intentando salir. Los ángeles rebeldes emitieron una especie de balidos nerviosos. Sentí que Medusa se retiraba y oí sus pasos conforme se alejaba rápidamente. Pensé que quizá fuera un truco y le pregunté a Francesco si de verdad se había ido.

—Creo que sí, pero mantente alerta. Será mejor que no te quites la venda.

Oí cómo se quebraban las ramas de los árboles muertos cercanos y el polvo que se levantaba del suelo me hizo toser.

—¿Qué está pasando?

—Recé para que viniera un Mensajero Divino —contestó Francesco—, pero dudo que la súplica de alguien tan indigno como yo sea respondida.

A pesar de que Medusa podría estar todavía cerca, no pude evitar quitarme la venda. Después de todo, ¿cuántas veces puede uno ver a un Mensajero Divino? El cielo, que había sido siempre oscuro desde que entramos, aparecía ahora como si Dios hubiera derramado sin querer su paleta de colores sobre la bóveda celeste y la hubiera inundado con todos los tonos de la Existencia. Desde la cúspide de los colores, dejando una estela dorada tras de sí, estaba el Ser más bello que jamás he visto.

El propio Francesco, desoyendo sus propios consejos, tampoco pudo dejar pasar la oportunidad de verlo. Se había quitado su venda y trataba de no mirar directamente al Mensajero, como si quisiera mostrarle respeto, pero no podía quitarle la vista de encima. En una voz llena de asombro, dijo:

—Está claro que estás bendecido.

Yo estaba tan pasmado que no hice más que repetir su última palabra.

—Bendecido.

—Miguel —susurró Francesco—. El Arcángel.

Miguel medía más de dos metros y su pelo flotaba a sus espaldas como los rápidos de un río rubio. Desde su espalda se abrían dos alas inmaculadas con una envergadura de al menos cuatro metros, y planeaba como si el único propósito de las alas fuera sostener su cuerpo perfecto. Su piel era tan radiante como el sol y sus ojos eran enormes orbes de fuego. Aunque compartía este rasgo con Caronte, el efecto era exactamente el contrario: mientras que los ojos del barquero le conferían un aspecto siniestro, los de Miguel hacían que su rostro fuera demasiado brillante para mirarlo directamente.

El Arcángel aterrizó suavemente frente a las puertas de Dis. Los ángeles rebeldes, sabedores de que no era inteligente interponerse en su camino, se apartaron a los lados. El aire danzaba de puro esplendor alrededor de Miguel, temblando como si estuviera demasiado sobrecogido como para tocarlo. Querría describir los colores, pero no existe nombre para ellos; no existen dentro del espectro de la visión humana. Por primera vez comprendí cómo deben ver el mundo los daltónicos, porque aquellos colores me hicieron sentir que, hasta aquel momento, mi vista sólo había explotado un porcentaje mísero de todo su potencial.

La parte del suelo sobre la que estaba Miguel ya no era el barro ceniciento del Infierno, sino que era más verde que el verde. Los árboles quemados que habían cernido sus ramas desnudas sobre nosotros florecían con hojas nuevas. Miguel levantó el brazo con una elegancia imposible y el óxido desapareció de las puertas. Cuando las rozó levemente con un dedo, se abrieron de par en par.

El Arcángel se volvió hacia nosotros. Francesco bajó la cabeza y se santiguó. Yo no me incliné ni bajé la mirada. A diferencia de Francesco, yo nunca había deseado

ver la divinidad, así que no me atenazaba el miedo de lo que pudiera suceder si lo hacía.

Miguel sonrió.

Me di cuenta entonces, por primera vez, de que no estaba en una alucinación. Estaba de verdad en el Infierno y de verdad en presencia de la divinidad. No me quedó la menor duda: yo era demasiado humano para imaginar algo como aquella sonrisa. Era como si besara mis peores secretos, absolviéndolos inmediatamente.

Con un solo golpe de sus alas, Miguel levantó el vuelo, elevándose como un tornado que naciera del suelo. Tras él se fueron los colores que había traído, aspirados hacia el cielo hasta desaparecer en su estela. El verde sobrenatural de la hierba se tornó de nuevo en barro gris oscuro. La vida se drenó de los árboles. El óxido reapareció en las puertas, pero permanecieron abiertas. Los colores desaparecieron como el agua por el sumidero de una pica, excepto que en este caso la pica era el cielo. Cuando Miguel se perdió de vista, el último color le siguió por un pequeño agujero en la cúpula del Infierno.

Tras unos pocos minutos sobrecogido, Francesco recuperó la voz.

—Debes atravesar las puertas solo.

Estreché la mano de Francesco. El gesto me pareció insuficiente y le dije que no sabía cómo agradecerle todo lo que había hecho.

—Soy yo —respondió Francesco— quien debe darte las gracias. No lo he hecho sólo por Marianna: he saldado una deuda.

—¿Qué deuda?

—Mi padre era un arquero llamado Niccolò, que murió mientras servía en una *condotta* alemana. Pero su amigo Benedetto escapó con la ayuda de dos ballesteros alemanes y trajo la ballesta de mi padre a Florencia. —Francesco tomó entonces mis manos en las suyas—. Esa ballesta fue lo único que me llegó de mi padre.

—¿Mi ejemplar del *Inferno* era de tu padre?

—Sí. Le hubiera gustado que lo tuvieras tú. —Francesco me hizo una profunda reverencia—. *Grazie*.

•••

Los ángeles rebeldes no osaron detenerme cuando atravesé las puertas. Sabía lo que se suponía que tenía que encontrar al otro lado: el Sexto Círculo, el hogar de los herejes, sembrado de tumbas y lápidas rodeadas de fuego. Pero en cuanto atravesé la entrada de Dis el Infierno de Francesco desapareció. Salí junto a un acantilado en la orilla del océano. Cuando me volví para mirar atrás, las puertas de Dis habían desaparecido.

Las gaviotas sobrevolaban el agua graznando felizmente. El rocío humedecía la hierba y sentí cómo cada hoja acariciaba la planta de mis pies. Estaba totalmente desnudo y mi piel estaba completamente sana: las ropas que vestía habían

desaparecido y también el collar en el que había llevado la moneda. Amanecía, la brisa fresca me acariciaba el cuerpo y me sentí maravillosamente vivo.

A quizá cincuenta metros de mí, en el borde del acantilado, una figura solitaria miraba el océano inmóvil. Por supuesto, supe inmediatamente quién era. Al acercarme observé que parecía estar en la cuarentena pero que su expresión, con los ojos clavados en el mar, parecía mucho más vieja. Tenía recogido el pelo y un chal sobre los hombros que se cerraba sobre su pecho. El ruedo de su vestido estaba gastado y llevaba las botas sucias.

—Vicky —dije como saludo.

—Sí. —No apartó su disciplinada mirada de las olas.

—¿Puedes verle?

—Le veo en todas partes.

Miré hacia el horizonte. No había ningún barco en el mar. Sólo aquella extensión enorme y solitaria de agua.

—¿Crees que Tom va a volver? —le pregunté con delicadeza.

—¿Crees que por eso estoy aquí?

—No lo sé.

Un mechón de pelo se soltó de su peinado y ella lo volvió a poner en su sitio.

—Por supuesto que es por eso.

La brisa agitaba la falda del vestido. Las olas rompían contra las rocas en la base del acantilado. Permanecimos callados un buen rato. Yo pensaba que debía estar acercándome al final de mi viaje por el Infierno. *Éste es el último fantasma*. Nos quedamos allí, erguidos en aquel puesto en el borde del mundo, ambos esperando algo sobre lo que no teníamos ningún poder.

—No tienes la flecha de fuego —dijo Vicky al fin. Tenía razón. La había dejado a las puertas de Dis, clavada en el suelo como un altar improvisado. Quizá seguía ardiendo, como recuerdo eterno de mi visita—. No importa, aquí no la necesitarás.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Quizá ha llegado el momento de que tú también esperes. —Afirmó los tacones de sus botas en el suelo e irguió los hombros contra la brisa—. El amor es un acto que debe repetirse incesantemente.

Por un momento pude entonces contemplar el enorme vacío que era la existencia de aquella mujer: estaría allí, esperando el regreso de Tom, por siempre jamás. Por lo que parecía, ni siquiera se había dado cuenta de que yo estaba desnudo. Me pareció que no se daba cuenta de nada que no fuera la promesa del agua que se abría ante ella.

—Éste no es mi sitio —dije.

—¿Estás seguro?

—Creo que probaré a ir tierra adentro.

No apartó los ojos del mar.

—Buena suerte.

Hubo algo en la forma en que me deseó buena suerte que no comprendí... hasta que di unos pocos pasos. Sentí que el suelo temblaba como si algo sucediera a mis espaldas, bajo mí, a mi alrededor. Por un momento creí que Miguel regresaba, pero vi que lo que sucedía era que el borde del acantilado estaba cambiando. Temí que fuera a hundirse bajo mis pies, así que salté hacia delante. Entonces escuché el tremendo crujido de la roca rompiéndose y eché a correr tan rápido como pude. Eché la mirada atrás, esperando haber dejado el acantilado lo bastante lejos.

Pero no me había alejado del acantilado. El borde del precipicio me seguía, manteniendo siempre la misma distancia respecto a mí a pesar de que yo estaba corriendo. Sentí un latigazo familiar en la columna. ESTOY AQUÍ.

Al principio creí que había corrido sin moverme, como sobre algún tipo de cinta de ejercicio, pero no era así. Cuando digo que el borde del acantilado me seguía, quiero decir literalmente eso. La piedra cambiaba de forma constantemente para acosarme, manteniendo mi ritmo para que nunca pudiera alejarme del precipicio. Cuando giraba a un lado, el acantilado giraba conmigo como un perro pastor bien adiestrado. NO PUEDES HACER NADA POR EVITARLO.

Corrí tanto como pude, haciendo zigzag vertiginosamente, pero el acantilado era implacable. Comprendí que no importa lo rápido que te muevas si no vas a ninguna parte. NO PUEDES IRTE. Al poco tiempo vi que no estaba en peligro. Si el acantilado hubiera querido engullirme, ya lo habría hecho. Regresé donde estaba Vicky.

—Una vez yo también intenté irme —dijo—. Y el acantilado también me siguió.

—¿Por eso te quedas aquí?

—No.

Miré por el borde del acantilado y vi que al fondo había rocas que podían destrozarse a una persona.

—Si saltas —susurró Vicky, como si creyera que la roca podía oírnos— perderás la piel que has recuperado y tu cuerpo volverá a ser el de un quemado.

—Pero esto es sólo una alucinación. Nada de esto es real.

Ella se encogió de hombros.

—¿Es eso lo que has aprendido de la sonrisa del arcángel?

DEBERÍAS SALTAR.

¿Por qué quería la serpiente que saltara? Para causarme dolor. Eso es lo que quería la serpiente, porque la muy puta prosperaba con mi dolor. Me toqué la piel donde las terminales nerviosas antes incineradas ahora funcionaban a pleno rendimiento.

*Si salto, pensé, pierdo esto. Pierdo los nervios y el pelo y mi salud y mi belleza. Mis dedos y mi pene desaparecerán también. Mi rostro volverá a convertirse en granito gastado. Mis labios se marchitarán y mi voz quedará molida otra vez en pedazos pequeños y afilados. Volveré a ser una gárgola, pero esta vez porque yo lo habré querido.*

SIEMPRE HAS SIDO UNA GÁRGOLA. MARCADO EN EL INFIERNO ANTES DE NACER.

Le pregunté a Vicky qué sucedería si me quedaba en el acantilado.

NO ME PUSIERON EN TU COLUMNA DESPUÉS DEL ACCIDENTE. SIEMPRE HE ESTADO AQUÍ.

—Creo —contestó Vicky— que Marianne Engel vendrá a buscarte.

NO VENDRÉ A BUSCARTE.

—¿Por qué lo crees?

—A veces el amor perdura más allá de la muerte —respondió ella.

¿CÓMO PUEDE AMAR A ALGUIEN COMO TÚ?

Miré la fuerte corriente del mar bajo nosotros, que empujaba las olas contra las rocas. DEBERÍAS SALTAR. *Quizá Vicky tenga razón. Quizá no sea más que una prueba de mi paciencia.* DEBERÍAS TERMINAR. *Marianne Engel vino al hospital cuando más la necesitaba y ahora vendrá a por mí.* ¿No?

PERO ÉSTE NI SIQUIERA ES TU INFIERNO. EL TUYO ESTÁ TODAVÍA POR LLEGAR.

*El infierno es una elección.*

CREÍA QUE NO CREÍAS EN EL INFIERNO.

—Vicky, ¿estoy muerto?

—No lo sé.

—¿Estás muerta tú?

—No mientras espere a Tom.

YO SOY LA ÚNICA QUE TE CONOCE DE VERDAD.

El sol centelleaba sobre las olas. El océano entero se extendía frente a mí.

SIEMPRE HAS QUERIDO CREER QUE ÉRAMOS DISTINTOS...

Miré hacia abajo y, aunque no puedo explicar por qué, estuve seguro de lo que tenía que hacer.

... PERO NO PUEDES EXISTIR SIN MÍ.

Me invadió una profunda calma. El miedo que me abandonó se trasladó a la serpiente. Porque la serpiente sabía que había tomado una decisión que era buena para mí, pero mala para ella.

TÚ ERES YO.

Me volví hacia Vicky.

—¿Quieres que le dé recuerdos tuyos a Marianne Engel?

—Hazlo, por favor.

TE ESTÁS EQUIVOCANDO.

Mis piernas me impulsaron en el aire. Al saltar hacia el sol sentí cómo la serpiente se desenroscaba de mi cuerpo. Yo avanzaba en el aire, pero ella no pudo. Salió de mí por el ano, lo que resultó particularmente adecuado, arrancada como el ancla de un barco que se lanza al mar.

Hubo un momento de ingravidez, un punto de equilibrio entre el aire y el agua

que me esperaba abajo. *Qué extraño, pensé, qué parecido al momento de la duermevela en que todo es maravillosamente surrealista e incorpóreo. Qué parecido a flotar hacia la plenitud.* Hubo un momento de ingravidez perfecta en la cúspide del arco. En ese precioso instante me imaginé avanzando hacia el cielo para siempre.

Pero, como sucede siempre, al final la gravedad ganó la batalla. Fui arrastrado hacia abajo y caí cortando el aire como un cuchillo hacia el agua que ascendía a recibirme. Incluso mientras caía sabía que había hecho lo correcto. Cerré los ojos y pensé en Marianne Engel.

Sentí el impacto y me envolvió el agua calmada y brillante. Al atravesar su superficie me invadió la sensación de haber regresado a mi hogar, a mi...

## XXX

Un segundo de oscuridad y abrí los ojos para encontrarme con la mirada de Marianne Engel. Mi cuerpo estaba envuelto en capas de telas húmedas para bajarme la fiebre. Estaba otra vez en su cama, en nuestra casa, y ella me acariciaba la mejilla. Me dijo que ya había pasado todo y yo le dije que había estado en el Infierno. Me dijo que, desde luego, eso le había parecido a ella y me dio una taza de té. Me sentía como si no hubiera bebido nada en años.

—¿Cuánto tiempo he estado...?

—Tres días, pero no hay nada mejor que el sufrimiento. Es una breve incomodidad que lleva a la alegría. —La misma Marianne Engel de siempre.

—Acordemos que no estamos de acuerdo.

Me ayudó a sujetar bien la taza, pues me temblaban mucho las manos.

—¿Cómo te encuentras?

—Como un tizón sacado del fuego.

Ella sonrió.

—Zacarías 3:2.

Comprobé el estado de mi cuerpo: mi piel volvía a estar quemada, mi rostro se había endurecido, mis labios se habían contraído; me faltaban dedos, mi rodilla estaba maltrecha, había desaparecido el vello de mis antebrazos y en la cabeza sólo me quedaban unos pocos pelos sueltos.

Mi mano, como siempre, se me fue hacia el pecho. Donde esperaba encontrar mi collar con la moneda ángel, no hallé nada, a pesar de que no me lo había quitado nunca desde que Marianne me lo había regalado catorce meses antes.

—Tu moneda ha cumplido su propósito —dijo.

Miré entre las sábanas, debajo de la cama, por todas partes, pero el collar no apareció. Marianne Engel me lo debió quitar durante el delirio que me provocó la abstinencia. Me dije a mí mismo que sólo era una coincidencia que lo hiciera mientras yo, en mi alucinación, se lo entregaba a Caronte.

—No te preocupes —dijo—. Te daré un collar mejor.

•••

Me sentía mejor de lo que me había sentido en años, incluso antes del accidente, por el simple hecho de que mi mente estaba libre de drogas y mis venas no saturadas de jarabe narcótico. No quiero decir que nunca sintiera el deseo de meterme otra dosis de la vieja droga —lo sentí, por supuesto, había sido un adicto durante demasiado tiempo— pero era diferente. Podía pasar sin la morfina; quería pasar sin la morfina. Esperaba con ganas mis sesiones con Sayuri y progresé más rápidamente en mis ejercicios.

Pero lo mejor de todo es que la puta serpiente había desaparecido.



Era más capaz de valerme por mí mismo que nunca después del accidente, de modo que Marianne Engel volvió a ponerse a esculpir. Reemprendió la tarea exactamente donde la había dejado, volcándose otra vez con una intensidad insalubre en su trabajo. Lo único que yo podía hacer era limpiarle los ceniceros y tratar de que no comiera demasiadas cucharadas de café soluble. Le llevaba boles de fruta que acababan convirtiéndose en naturalezas muertas en lugar de en comida, y cuando terminaba una estatua y se tendía sobre el siguiente bloque de piedra, aprovechaba para lavarle el cuerpo. Me prometí que si volvía a acercarse al colapso físico, haría lo que fuera necesario para detenerla. Me lo prometí a mí mismo.

Del 19 al 21 de febrero esculpió la estatua número 16. El 22 durmió y absorbió sus instrucciones de la roca; del 23 al 25 esculpió la número 15. Se tomó un día de descanso y luego trabajó ininterrumpidamente hasta el 1 de marzo, en que terminó la número 14. No hacía falta ser matemático para ver que con ésa ya había gastado más de la mitad de sus últimos veintisiete corazones: trece corazones más y llegaría al final. Trece corazones más hasta el momento en que ella creía que iba a morir.

Parece que su vuelta al taller afectó hasta a *Bougatsa*, que estaba más mustio de lo habitual. Cuando regresábamos de nuestro paseo diario, devoraba un bol enorme lleno de comida antes de tenderse a babear letárgicamente sobre mis zapatos ortopédicos.

• • •

A principios de marzo fui al hospital para un chequeo rutinario con la doctora Edwards. Revisamos mi historial y hablamos sobre las operaciones de cirugía menor que tenía programadas a finales de mes. Parecía auténticamente satisfecha.

—Llevas un año fuera del hospital y las cosas están yendo a pedir de boca.

No dije ni una palabra sobre el hecho de que Marianne Engel estaba, en esos mismos momentos, tendida sobre un bloque de piedra, preparándose para esculpir. El Afortunado 13 la llamaba.

—¿Sabes? —añadió Nan—. Esto demuestra lo mucho que se puede equivocar un doctor. Hubo un momento en que creí que te habías rendido y luego te convertiste en uno de los pacientes que más se esfuerzan. Y cuando te marchaste, estaba segura de que Marianne Engel no sería capaz de cuidarte.

• • •

Marianne Engel esculpió las estatuas 13, 12 y 11 (una anciana con orejas de burro, un demonio cornudo que sacaba una larga lengua colgante y una cabeza de león con colmillos de elefante) sin tomarse más que unas pocas horas de descanso en todo el proceso. Ya había perdido otra vez el peso que había recuperado tras Navidad y de nuevo costaba entenderla al hablar. Alrededor del 20 de mayo terminó la estatua número 10.

Yo tenía que ingresar en el hospital el día 26 para mi operación. Antes de irme tenía que decidir qué hacer con *Bougatsa*. No sólo dudaba de la capacidad de Marianne Engel para cuidarlo, ya que no era capaz ni de cuidar de sí misma, sino que el animal, quizá por empatía con su dueña, también estaba perdiendo peso. Pensé que quizá aquello la haría sentir culpable y la induciría a parar de esculpir durante unos días, así que bajé a decírselo.

Conseguí que dejase de trabajar lo bastante como para explicarle que si decidía que sus esculturas eran más importantes que cuidar a *Bougatsa*, tendría que llevarlo a una perrera. (No era sólo una táctica de presión: era la verdad). Marianne Engel me miró unos instantes, miró a continuación a *Bougatsa* y se encogió de hombros. Acto seguido, reemprendió su trabajo en la gárgola número 9.

•••

Encontré un charco de mierda en el suelo. No era mía.

En todo lo que llevaba viviendo en la fortaleza, *Bougatsa* no había defecado ni una sola vez dentro. Me da cierto asco describir con detalle la deposición, pero hay dos cosas que debo mencionar. En primer lugar, era más líquida que sólida. En segundo lugar, contenía restos de hojas verdes.

La única planta que había en la casa era la que Jack había traído (quizá hubiera otras antes de que yo llegase, pero habían sucumbido a la negligencia de Marianne durante sus períodos de trabajo). Cuando la inspeccioné se hizo evidente que *Bougatsa* había comido sus hojas. Quedaban pocas y las que quedaban tenían marcas de mordiscos.

Busqué al perro y me lo encontré estirado en el estudio, respirando agitadamente. Cuando le pasé la mano por el costado para tranquilizarlo, parte de su pelo se me quedó entre los dedos. Se le marcaban las costillas como si estuviera al borde de la inanición, lo que me sobrecogió, no tanto por su extrema delgadez, sino porque no entendía cómo era posible. Durante las últimas semanas *Bougatsa* había comido mucho más de lo habitual; de hecho, había comido sin parar.

Me fui al sótano a contarle a Marianne Engel que su perro estaba muy enfermo, pues quería que la vergüenza la hiciera acompañarme al veterinario. Pero no funcionó así. Estaba encorvada sobre una bestia cuyos ojos parecían decir que no me acercase. Aun así, fui hasta ella.

—Algo le sucede a *Bougatsa*. Está enfermo.

Levantó la mirada hacia mí, como si hubiera oído algún ruido misterioso desde un lugar de la sala que se suponía que debía estar vacío. Tenía sangre en una de las muñecas, donde se había herido con el cincel, y también en la frente, que se había manchado al pasarse la muñeca para secarse el sudor.

—¿Qué?

—Estás sangrando.

—Soy una espina clavada en el templo de Cristo.

—No —dije, señalando con el dedo—. Tu muñeca.

—Oh. —Se la miró y un hilo de sangre se derramó sobre su palma abierta—. Es como una rosa.

—¿Me has oído? *Bougatsa* está enfermo.

Trató de apartarse un mechón de pelo del pecho, donde se había quedado pegado con el sudor y el polvo de las piedras, pero no pudo calcular bien la distancia. Sus dedos fallaron una y otra vez.

—Entonces llévalo a la enfermería.

—Al veterinario, quieres decir.

—Sí. —Gotas de sangre cayeron sobre los trozos de piedra a sus pies—. El veterinario.

—Déjame ver eso. —Alargué la mano hacia su muñeca.

Marianne Engel, con una repentina expresión de horror, alzó el cincel amenazadoramente en mi dirección. Sólo una vez antes había reaccionado violentamente, cuando me tiró el pote de café en el campanario. Entonces no tenía intención de acertarme, pero ahora vi que, si me atacaba, no apuntaría a fallar. Tenía aspecto de no saber dónde estaba ni quién era yo; parecía dispuesta a hacer cualquier cosa para seguir trabajando.

Di un paso atrás, levantando las manos en el gesto que la gente hace automáticamente para mostrar que no tienen intenciones agresivas.

—Es tu perro, Marianne. ¿No quieres venir con nosotros? ¿Conmigo y con tu perro *Bougatsa*?

Oír el nombre pareció hacerle recordar algo. Relajó un poco sus hombros en tensión y dejó de contener la respiración. Más importante aún, bajó el cincel y el miedo desapareció de sus ojos.

—No.

Lo dijo sin ira, pero también sin remordimientos. Su voz sonó sorda y hueca, sin el menor rastro de compasión, como si las palabras que había pronunciado no fueran sonidos nuevos, sino ecos.

Para cuando alcancé el primer peldaño de la escalera ya había vuelto a concentrarse por completo en la estatua en la que trabajaba.

•••

La veterinaria era una mujer regordeta llamada Cheryl, con pelo rojo y ojos brillantes, probablemente de ascendencia irlandesa. Una de las primeras cosas que me preguntó fue por qué tenía ese aspecto, algo mucho mejor que fingir que mi apariencia era normal.

—Un accidente de coche.

—Ya veo. Así que cuando notaste que había un problema con, ah... —Miró el

historial que había rellenado la enfermera—. ¿*Bougatsa*? ¿Por el postre griego, no?

—Sí, tiene el mismo color. Me encontré su diarrea en el suelo esta mañana y creo que ha estado comiéndose las hojas de una planta.

—Ya veo —Cheryl asintió—. ¿Siempre tiene así el pelo? Parece que le falta lustre.

—Exacto —dije yo— y parece que está más grasiento de lo habitual. Hace un tiempo que no está bien, pero esta mañana parece que la cosa se ha agravado. Y, desde luego, está perdiendo peso.

Me preguntó si le faltaba energía y le confirmé que así era. Entonces le hizo unas pocas pruebas, iluminando con una pequeña linterna los ojos y boca de *Bougatsa*, que soportó todo el proceso sollozando pasivamente. Le pregunté qué creía que pasaba.

—¿Está sensible en esta región? —preguntó presionando sobre el estómago de *Bougatsa* y acto seguido respondió su propia pregunta—. De hecho, no parece importarle mucho. ¿Había rastros de grasas sin digerir en la deposición?

¿Quién, excepto un veterinario, sabe qué pinta tiene la grasa sin digerir en las deposiciones de un perro? Le contesté que me había olvidado de hacer un análisis químico antes de venir, así que no lo podía asegurar. Cheryl me censuró con la mirada antes de levantarle la cola a *Boogie* para inspeccionarle el ano.

—¿Se come sus excrementos?

—Dios mío. —Una vez más, Cheryl esperaba de mis dotes de observación mucho más de lo que yo consideraba razonable—. No lo sé. ¿Es eso posible?

—No puedo decir con seguridad qué le pasa —dijo Cheryl— sin hacerle unas pocas pruebas. ¿Consentiría en dejarlo aquí uno o dos días?

No era el momento de explicar que *Bougatsa* no era en realidad *mi* perro, así que simplemente firmé el consentimiento. Cuando le pregunté si las pruebas serían dolorosas, la buena veterinaria se ofendió.

—No, si puedo evitarlo.

Le dije al perro que se portase bien con la doctora Cheryl y como respuesta me lamió la mano. Algunas personas lo interpretan como un signo de afecto, pero soy perfectamente consciente de que los perros lo hacen sólo porque es un instinto innato de acicalarse.

•••

Llamé unos pocos días después y Cheryl aún no había encontrado la causa de los problemas de *Bougatsa*, pero me aseguró que estaba avanzando. Se disculpó por estar tardando tanto, pero en realidad aquello era exactamente lo que yo esperaba que pasase.

La clínica sería un lugar perfecto para *Bougatsa* mientras me operaban, así que le expliqué a Cheryl la situación y le pregunté si podía quedarse con *Bougatsa* hasta que saliera del hospital. Le pareció perfecto, pues me dijo que así tendría tiempo de

hacerle todas las pruebas que necesitaba para un diagnóstico preciso.

Ahora sólo me quedaba saber qué hacer con Marianne Engel. No quería dejarla sola en casa, pero era una adulta y yo iba a pasar en el hospital sólo una noche, máximo dos. Si continuaba con su horario habitual, se pasaría todo ese tiempo esculpiendo, lo que quería decir que, de estar yo en casa, me habría ignorado por completo.

Tan pronto como me instalé en la habitación del hospital, caras familiares llenaron el cuarto. Tanto Connie (que acababa su turno) como Beth (que lo empezaba) se pasaron a saludar. Nan estaba ya allí y a los pocos minutos llegaron Sayuri y Gregor, manteniendo entre ambos una distancia respetable y cogiéndose las manos sólo cuando nadie miraba. Cuando dije que la única que faltaba era Maddy, Beth me informó de que se había casado hacía poco y se había ido a otra ciudad. Lo primero que pensé es que su nuevo marido debía de ser algún tipo malo de los que tanto le gustaban —quizá un Ángel del Infierno o un abogado de una gran empresa— pero, para mi sorpresa, era un licenciado en arqueología y Maddy le había acompañado a una excavación en la costa de Sumatra.

Todo el mundo me preguntó por Marianne Engel y yo, básicamente, mentí. Dije que estaba muy ocupada porque tenía que entregar una estatua dentro de muy poco tiempo. No vi necesidad de añadir que eran los Tres Maestros los que le imponían el calendario. Todo el mundo asintió, pero pude ver que al menos Sayuri no se tragaba mi historia. No pude mirarla a la cara y eso hizo que Gregor se diera cuenta también de que estaba mintiendo.

Cuando Nan y yo nos quedamos solos en la habitación le pregunté —puesto que quedaban todavía unas pocas horas hasta la operación— si le apetecía dar una vuelta por el jardín del hospital. Consultó su horario, comprobó su busca y su móvil y llamó a la sala de enfermeras antes de acceder. A medio paseo, incluso me dio su brazo y señaló algunas nubes con formas curiosas que dijo que le recordaban a un banco de caballitos marinos. La invité a un perrito caliente y nos sentamos en un banco viendo pasar a la gente frente a nosotros. Nan se manchó de mostaza la camisa y pensé que hasta la mancha le sentaba bien.

• • •

Conté hacia atrás cuando me pusieron la mascarilla sobre la boca. A estas alturas ya era un experto en anestesia y sabía que me despertaría a las pocas horas. Sin duda me quedaría alguna irritación residual, pero estaba acostumbrado al dolor y había sufrido bastantes operaciones como para saber que todo iría bien. Al menos, tan bien como podía ir.

Pero no fue así. Mi operación se complicó con una sepsis. Ese tipo de infección es común en pacientes de la unidad de quemados, incluso en aquellos que han avanzado tanto en su proceso de recuperación como yo, pero por suerte la infección no fue

demasiado grave y mi cuerpo —mucho más fuerte gracias a las sesiones de ejercicios — iba a poder con ella. Sin embargo, tenía que quedarme en el hospital hasta que la hubiera superado.

Sayuri llamó a Cheryl para extender la estancia de *Bougatsa* en la clínica veterinaria y Gregor se ofreció voluntario para ir a informar a Marianne Engel de mi situación. Decidió conducir hasta la fortaleza para decírselo en persona, pues ella no respondía al teléfono. Le advertí que era muy posible que tampoco le abriera la puerta y resultó que así fue. Después de diez minutos llamando, Gregor desistió a pesar de que podía oír a Bessie Smith a todo volumen en el sótano.

Jack tenía un juego de llaves extra, así que la llamé y le pedí que fuera a ver cómo le iba a Marianne Engel y de paso se asegurase de que comía algo. Jack me garantizó que lo haría e incluso me preguntó si necesitaba que me llevara algo al hospital. No hacía falta, pues había ido tantas veces que me había acostumbrado a preparar una maleta completa (pijamas limpios, efectos de aseo personal, libros, etc.) incluso para las operaciones más leves.

Una vez puestos en orden estos asuntos, no me quedó nada más que hacer que quedarme en la cama (que, por cierto, ya no me parecía la caja torácica de un esqueleto) y curarme. Cada tarde Gregor me traía libros nuevos y en una ocasión, sin que nadie le viera, coló unas pocas cervezas. Porque, como me explicó mientras le brillaban los ojillos, estaba hecho todo un rebelde. Le confirmé que lo era de tomo y lomo.

Me dieron el alta una semana después y Gregor se tomó una hora libre para llevarme a casa. Cuando llegamos a la fortaleza todo estaba en silencio. Normalmente eso no quería decir nada —quizá Marianne Engel había salido a pasear o estaba preparándose sobre un bloque nuevo de piedra— pero tuve un mal presentimiento. Ni siquiera me molesté en comprobar su dormitorio: fui directamente al sótano y Gregor me siguió.

Aunque había vivido con ella durante más de un año, no estaba listo para lo que vi. En primer lugar había tres estatuas nuevas, las número 8, 7 y 6. Puesto que había estado fuera sólo una semana y habitualmente ella tardaba más de setenta y dos horas en completar una de las gárgolas, las matemáticas sugerían que había estado trabajando no sólo sin hacer ninguna pausa sino también con más intensidad de lo habitual. Esto último resultaba difícil de creer.

Marianne Engel no estaba trabajando ni durmiendo en una piedra nueva. Estaba sentada en medio de sus tres nuevos grotescos, cubierta por completo de polvo de piedra que resaltaba todavía más lo consumido que se había quedado su cuerpo. Cuando me marché al hospital estaba delgada, pero ahora estaba esquelética. No debía haber probado bocado desde que me fui. Cada vez que la respiración le hinchaba el pecho era una pequeña victoria y parecía que su piel, tan brillante cuando estaba sana, la hubieran frotado con parafina. Su rostro era un reflejo espectral de lo que había sido, con unas ojeras tan grandes que parecían agujeros.

Un satinado de sangre cubría la cruz medieval que tenía tatuada en el estómago, sangre que procedía de una serie de profundos cortes en el pecho. Su mano derecha estaba abierta en el suelo, acunando un cincel ensangrentado en unos dedos que parecían los de una anciana, prestos a partirse a la menor presión.

Marianne Engel se había grabado con el cincel mi nombre sobre el corazón en llamas que tenía tatuado en su pecho izquierdo.

No me cabe duda de que Gregor Hnatiuk es un buen médico, pero su labor suele consistir en hablar con gente, intentar averiguar sus problemas y quizá recetarles algunas pastillas. No estaba preparado para ver lo que Marianne Engel había hecho. No parecía capaz de aceptar que lo que veía era real, en parte porque ella hacía tiempo que había dejado de ser para él una paciente y se había convertido en una amiga a la que apreciaba. No pudo recuperar su distancia profesional y se quedó allí parpadeando como si intentase recolocar el descolocado giroscopio de su mente, sorprendiéndose cada vez que abría de nuevo los ojos y comprobaba que nada había cambiado.

Marianne Engel volvió su eufórico rostro hacia mí, sus ojos inundados de lágrimas, no de dolor sino de alegría. Su cara reflejaba un éxtasis ausente, como si hubiera visto algo tan maravilloso que las palabras no bastaban para describirlo.

—Dios envió una pasión inmensa a mi alma. —Su voz temblaba de alegría mientras mi nombre seguía sangrando sobre su pecho—. Mi corazón se desbordó de amor y apenas noté el dolor.

A pesar de la conmoción inicial, Gregor fue el primero en recuperarse y fue corriendo arriba a llamar a una ambulancia. Mientras tanto, intenté convencer a Marianne Engel de que no se moviese y descansase, pero no dejó de hablar.

—Lo que resiste el fuego sale purificado. —Me miró como una loca, esperando que le diera la razón—. El agua de la separación purifica.

Gregor regresó trayendo una manta para cubrir su cuerpo desnudo y tembloroso. Traté de reconfortarla mientras la tapaba.

—La ambulancia está de camino y todo va a ir bien. Sólo tienes que descansar.

Marianne Engel no prestó atención a lo que le decía.

—El Señor es un fuego poderoso... —Cuando diez minutos después llegó el equipo de emergencias y Gregor les condujo hasta el sótano, ella seguía hablando—. Lo que no puede soportar el fuego deberá soportar el agua.

La enfermera me preguntó si tomaba drogas y le aseguré que no; asintió, pero no estoy seguro de que me creyera.

—Los cielos enviaron un sonido —decía Marianne Engel mientras se arrodillaban a su alrededor y comprobaban sus constantes vitales, como si tratara de convencerles—. Se dispararon las flechas.

Los enfermeros la ataron a una camilla y se la llevaron. Me permitieron acompañarla en la ambulancia mientras Gregor nos seguía en su coche. Le sostuve la mano mientras le colocaban una vía en el brazo.

—Cuando se abrió la roca —dijo, arrastrando las palabras— las aguas manaron.

En pocos segundos los calmantes le hicieron dormirse. Entonces expliqué su historial médico a los enfermeros con más detalle, al menos hasta donde yo sabía, para que pudieran avisar por radio al hospital. Cuando llegamos a urgencias, nos recibieron dos doctores y el psiquiatra de guardia y Gregor se encargó del papeleo de admisión. Yo seguí sosteniéndole su mano inconsciente y hablándole con suavidad, diciéndole todo aquello que siempre había querido decirle pero que todavía no me atrevía a decir cuando estaba despierta.

• • •

Cuando finalmente regresé a la clínica veterinaria Cheryl me hizo sentarme.

—¿Sabes lo que es una insuficiencia pancreática?

Le dije que sí, si era algo parecido a la pancreatitis humana.

—Los perros también pueden sufrir pancreatitis, pero eso no es exactamente lo que tiene *Bougatsa*. La insuficiencia pancreática es común en razas de perros grandes como los pastores alemanes y los síntomas se manifiestan en poco tiempo, que es lo que parece que ha pasado aquí. Por decirlo simplemente, no puede descomponer lo que ingiere en moléculas más pequeñas porque carece de las enzimas adecuadas. En consecuencia, no absorbe nutrientes, por lo que siempre tiene hambre. Ha estado comiendo todo lo que ha podido, incluso plantas, para intentar compensar esa deficiencia, pero por mucho que comiera, nada le nutría. Es como si hubiera estado muriéndose de hambre.

»Pero eso son las malas noticias —continuó—. Las buenas es que lo viste a tiempo y existe un tratamiento que lo cura y una dieta que lo controla. Volverá a ser el de siempre en poco tiempo.

Me llevó a la jaula y casi podría jurar que vi una chispa en los ojos de *Bougatsa* cuando me vio acercarme. Pero probablemente fue sólo porque Cheryl le había dado por fin un poco de comida que había podido digerir.

• • •

Los médicos le dijeron a Marianne Engel que sólo estaban tratando su agotamiento, pero lo cierto es que vigilaban también muy de cerca su estado mental. Gregor se pasaba a menudo por su habitación en el hospital, pero lo hacía como amigo, no como profesional. Como él tenía una relación personal con la paciente, otro psiquiatra se ocupaba del caso.

Yo iba a verla todos los días y los médicos me permitieron incluso llevar una vez a *Bougatsa*. Terapia canina, lo llamaron. Marianne Engel salió a sentarse en un banco al sol y le hizo carantoñas. Le sobrecogió lo delgado que estaba, como si no recordarse que había adelgazado ante sus ojos. El perro, por su parte, le perdonó completamente el haberlo abandonado cuando más la necesitaba. Los perros son así



de idiotas.

Cuando, al final de la semana, le dieron el alta, fue contra la enfática recomendación de su médico. Yo también tenía mis dudas: de todo el daño que se había infligido a sí misma, la mayoría había procedido del desprecio que sentía por su propio cuerpo. Grabarse mi nombre en el pecho fue un acto voluntario y horrible, que me hizo sentir que ya no se trataba simplemente de que no la cuidara lo bastante, sino que quizá yo era la causa de su dolor. Puesto que se había recuperado físicamente, el hospital ya no podía retenerla sin una orden judicial, y por mucho que lo intenté no pude convencerla de que se quedara unos días más. Cuando volvimos a casa, *Bougatsa* corrió por todas las habitaciones, tirando al suelo la planta que hacía pocas semanas se había estado comiendo.

• • •

Sólo dos días después de volver a casa, Marianne Engel empezó a desnudarse para prepararse para el siguiente bloque de piedra. Llegó a los vendajes que le cubrían el pecho y se los quitó también.

—No me puedo comunicar con esto puesto.

No le iba a permitir que volviera a hacerlo. Ya había visto cómo se colapsaba dos veces. No iba a fallarle una tercera vez; no iba a permitir que se infectara mi nombre en su carne.

Lo que vino a continuación no puede describirse propiamente como una discusión, porque una discusión implica un intercambio de ideas opuestas. El único que habló fui yo. Hablé suavemente; grité; intenté convencerla; la amenacé; supliqué; exigí; apelé a la lógica; apelé a las emociones; hablé y hablé y hablé y ella ignoró todo cuanto dije. Me dio la misma respuesta una y otra vez:

—Sólo me quedan cinco estatuas. Descansaré cuando haya terminado.

Como no podía quitarle esa idea de la cabeza —la lógica no sirve de nada ante una obsesión—, tenía que encontrar algún otro modo de protegerla. Decidí visitar a Jack, a pesar de que había roto su promesa de cuidar a Marianne Engel mientras yo estaba en el hospital.

Cuando entré en la galería reconocí un trío de grotescos y, en la pared tras ellos, una foto de Marianne Engel cuando gozaba de plena salud. Cincel en mano, su pelo mutante cuidadosamente despeinado, se inclinaba sobre una de sus primeras creaciones. La breve nota junto a la foto no decía nada de su enfermedad mental: «A diferencia de la mayoría de los escultores modernos, esta artista local de fama internacional se niega a usar herramientas neumáticas y prefiere esculpir siguiendo la tradición medieval...».

Una pareja joven examinaba una de las estatuas más grandes pasando los dedos sobre ella. Discutían su «maravilloso sentido táctil» pero ¿dónde iban a ponerla? Nada hace que se revuelva el estómago más que treintañeros adinerados hablando de

arte. Jack, viendo una posible venta, intentó pasar de largo ante mí haciéndome un gesto con la mano y diciendo:

—Estaré contigo en un minuto.

—¿Por qué la abandonaste? —le pregunté.

Por una vez me satisfizo mi voz raspada. Hizo que mi anuncio de su fracaso sonase mucho más ominoso.

Jack abandonó inmediatamente su intención de acercarse a los clientes y me llevó a un rincón donde se defendió vigorosamente de mi acusación. La forma en que me habló me recordó a un tren descarrilando: sus palabras eran los coches, avanzando frenéticamente y amenazando con salirse de la vía y empotrarse contra la frase anterior creando un caos devastador. Me dijo que había ido a la fortaleza todas las noches que yo había pasado en el hospital, abriéndose paso a pesar de los muebles apilados contra la puerta de entrada. Una vez dentro, se había interpuesto entre Marianne Engel y las estatuas, negándose a apartarse hasta que ella comía al menos un poco de fruta.

—La encontraste a media tarde, ¿verdad? —Jack se refería a cuando llegamos Gregor y yo a la fortaleza—. Yo tengo un trabajo, ¿sabes? A diferencia de ti, pago mis propias facturas. No puedo cerrar la galería y pasarme el día con ella. Y si te hubieras molestado en llamarme, hubiera ido corriendo al hospital. Pero *no*...

Discutimos sobre quién tenía la culpa de qué hasta que la pareja de jóvenes no pudo evitar mirar en nuestra dirección. Les lancé mi mirada más monstruosa, una mirada que les dejaría bien claro que se metieran en sus jodidos asuntos.

Jack no desaprovechó aquella excelente oportunidad de recordarme que eran sus clientes los que me financiaban la vida. Le dije que también la financiaban a ella, que era un parásito del talento de Marianne Engel.

—Probablemente estás encantada de que esté esculpiendo otra vez.

En ese momento toda la ira del rostro de Jack se tornó en auténtica sorpresa.

—¿Que está haciendo qué?

Se me hizo imposible continuar mi ataque: era imposible no darse cuenta de que la preocupación de Jack era sincera.

—Nunca ha tenido dos sesiones maniacas tan cerca en el tiempo. Una al año era lo normal. Dos, en un mal año.

En ese momento odié a Jack por el hecho de que había compartido veinte años de su vida con Marianne Engel. Era un odio de la peor clase, nacido de la envidia, un odio que tenía que dejar de lado. La experiencia de Jack era muy valiosa, así que templé mi voz todo lo que pude.

—¿Qué puedo hacer?

—No lo sé. —Cambió el cartel de la puerta de «Abierto» a «Cerrado», espantando a los clientes que seguían dentro. Le acompañé fuera de la tienda—. Pero tenemos que hacer algo.

• • •

Jack conocía un abogado especializado en hospitalizaciones forzosas. Supongo que era normal, después de tantos años tratando con pacientes psiquiátricos, primero su madre y luego Marianne Engel.

Clancy McRand era un anciano que se sentaba tras un gran escritorio de madera en el que había un ordenador cubierto con pequeños post-it. Se tiraba de las solapas de su chaqueta, como si hacerlo le fuera a permitir cerrarla sobre un estómago, cuyo tamaño se negaba a admitir. McRand se aclaraba mucho la garganta, a pesar de que quien estaba hablando era yo. Anotó los hechos en su gran cuaderno amarillo y Jack aportó unos pocos comentarios cuando preguntó cosas que yo ignoraba. Por el grueso dossier que había sacado del archivo cuando llegamos, parecía saber ya mucho de Marianne Engel. Me quedó claro que Jack había contratado los servicios de McRand en el pasado, quizá para establecer su curadoría.

Cuando le hubimos contado todo lo relevante dijo que podríamos ir a juicio, pero que no sería fácil ganar. *Nunca es fácil*, pensé yo, *si haciéndolo difícil el abogado cobra más*. Sin embargo, al irnos explicando el proceso, comprendí que no sería su avaricia lo que retrasase las cosas. Realmente era culpa del sistema.

Habitualmente era un pariente del paciente quien firmaba una solicitud de ingreso de emergencia. Aunque era legalmente posible que cualquiera presentase esa solicitud, explicó McRand, el proceso era mucho más lento si el solicitante no era un familiar cercano. Puesto que Marianne Engel no tenía familia sería necesario que la examinaran dos doctores antes siquiera de que la petición fuera aceptada a trámite. Si se negaba a someterse a ese examen —como sabía que haría— yo tendría que presentar una declaración jurada de que estaba «gravemente incapacitada». McRand me miró inquisitivamente para asegurarse de que estaría dispuesto a hacerlo y le dije que lo haría, pero estoy seguro de que percibió la duda en mi voz.

—Hum, hum —carraspeó McRand antes de continuar.

Una vez mi petición estuviera presentada de forma adecuada, se le requeriría a Marianne Engel que se presentase en un hospital para un examen médico. Si se negase —como, de nuevo, sabía que haría—, agentes de la ley la obligarían a ir. Me imaginé dos policías fornidos poniéndole una camisa de fuerza y arrastrándola por los codos hasta el tribunal.

Si el médico que la examinase se mostrase de acuerdo con mi declaración de que estaba gravemente incapacitada, se le impondría un ingreso de emergencia de setenta y dos horas. Al final de este período, el director del hospital podría solicitar un ingreso a largo plazo. Esto era esencial porque —una vez más, porque no éramos parientes suyos— ni Jack ni yo podíamos hacerlo. Sin la cooperación del director, no tendríamos ningún derecho legal a continuar con la solicitud.

Suponiendo que el director del hospital estuviese de acuerdo, se celebraría una

audiencia. Testificaría Marianne Engel y también yo y Jack como su curadora. Era posible que se llamase a declarar a otras personas, gente que hubiera sido testigo de la conducta reciente de Marianne Engel. Quizá Gregor Hnatiuk y Sayuri Mizumoto, por ejemplo. La comisión de salud mental presidiría la audiencia, aunque Marianne Engel conservaría su derecho a un juicio con jurado. Y, si llegábamos a eso, podría contratar su propio abogado.

En el juicio, me advirtió McRand, no cabía duda de que se hablaría de *mi* carácter. Dada mi carrera en la pornografía, mi declarada drogadicción y dado el hecho de que Marianne Engel pagaba todas mis facturas médicas, el juez sería reticente a suspender sus derechos legales sólo porque yo creía que era buena idea. Visto de forma objetiva, ella era la ciudadana de bien, no yo. El tribunal podría incluso encontrar divertido que yo tratase de hacer que la incapacitasen cuando ella parecía llevar su vida mucho mejor que yo la mía. Y —McRand pareció dudar antes de seguir, pero hubiera sido negligente por su parte callárselo— Marianne Engel podía presentar ante el jurado un rostro atractivo.

—Usted, por otra parte... —No hizo falta que terminase la frase.

Le señalé que se había hecho voluntariamente graves heridas en el pecho con un cincel. ¿Qué más prueba hacía falta de que era un peligro para sí misma? McRand suspiró y concedió que el incidente podría ser un «buen principio para el caso» pero que no había ninguna prueba de que supusiera un peligro para nadie más.

—Si hacerse daño a uno mismo fuera suficiente motivo para internar a la gente, los hospitales psiquiátricos estarían llenos de fumadores y adictos a la comida rápida.

¿Cómo podía pedir a todos nuestros conocidos que testificasen contra Marianne Engel en un caso que era casi seguro que íbamos a perder? Más importante todavía, ¿cómo iba yo a testificar contra ella? Dadas sus teorías conspiranoicas, lo último que necesitaba creer era que sus amigos más íntimos eran en realidad agentes del enemigo que trataban de impedirle entregar sus corazones.

—Así pues... —El señor McRand concluyó con un suspiro, tirándose de las solapas una vez más para luego dejar ambas manos reposando sobre su redonda panza.

Le di las gracias por el tiempo que nos había dedicado y Jack le dijo que enviara la factura a la galería. Al salir de la oficina, Jack se me acercó y me puso el brazo sobre los hombros. Me dijo que lo sentía, y la creí.

Nuestro único consuelo era que a Marianne Engel, según su propia cuenta atrás, sólo le quedaban cinco estatuas. Aunque sería doloroso ver cómo las acababa, al menos no llevaría mucho tiempo. Lo único que podía hacer era tratar de cuidarla lo mejor que pudiera. Cuando diera el último golpe de cincel a la última estatua, descubriría que, después de todo, el esfuerzo no la había matado.

•••

La nueva dieta de *Bougatsa* incluía la ingestión habitual de páncreas de vaca crudo, lo que le permitía digerir otros alimentos al aportarle las encimas pancreáticas de las que él carecía. Aunque existían suplementos dietéticos que incluían las encimas, Cheryl y yo decidimos darle carne de verdad. Acabé familiarizándome con los carniceros locales, a los que intrigaban mis encargos hasta que les expliqué qué hacía con ellos. Entonces se alegraban de estar ayudando al perro que llevaba junto a mí, porque son contadas las ocasiones en que un carnicero puede sentirse como un médico. Cada día *Bougatsa* tenía mejor aspecto y Marianne Engel, peor.

La falta de sol había hecho que su tez se tornara pálida, aunque de vez en cuando salía del sótano para coger más cigarrillos u otro pote de café soluble. Se estaba convirtiendo en un saco de huesos cubiertos permanentemente de polvo y sus carnes se rendían ante la fuerza de su agotamiento físico. Estaba desapareciendo, gramo a gramo, como los trozos de roca que cincelaba de sus grotescos. Acabó la estatua 5 antes del 15 de abril y se empezó a preparar inmediatamente para la 4.

El aniversario de mi accidente —mi segundo «cumpleaños» de Viernes Santo— pasó sin que ella lo advirtiera. Visité el lugar del accidente solo, bajé el barranco y vi que el verde de la hierba había acabado definitivamente con el negro de la tierra quemada. El candelero que habíamos dejado en mi anterior cumpleaños seguía allí, sucio después de un año a la intemperie, prueba de que nadie había visitado el lugar desde que estuvimos nosotros.

Dejé un segundo candelero, supuestamente también obra de Francesco, y puse una vela en su expectante boca. Pronuncié unas pocas palabras después de encenderla: no una oración, porque sólo rezo cuando estoy en el Infierno, sino unas pocas frases recordando el pasado. El vivir con Marianne Engel, cuando menos, me había inculcado cierto placer por los rituales.

Siguió trabajando durante el resto del mes, pero cada vez más lentamente. Era inevitable. Cuando acabó el 4 se tuvo que tomar dos días de descanso antes de empezar el 3. Ya no podía ignorar las exigencias de su cuerpo. A pesar de que descansó antes de empezar, la estatua 3 le llevó casi cinco días.

La estatua 2 le tomó hasta el final del mes, durante el que continuó trabajando por pura fuerza de voluntad. Cuando terminó se arrastró hasta la bañera para lavarse antes de (por fin) derrumbarse en la cama, donde durmió dos días seguidos.

Cuando despertó sólo le quedaba la última estatua. No estaba seguro de si debía tener miedo o sentir alegría; pero, bien pensado, Marianne Engel me hacía sentir así a menudo.

•••

Se levantó de la cama el 1 de mayo y me alivió enormemente comprobar que tenía mucho mejor aspecto. Me sentí doblemente feliz cuando en lugar de irse directamente al sótano a trabajar en la última estatua se vino a comer conmigo. Ya no hablaba con

torpeza y después de comer dimos un paseo con *Bougatsa*, que no cabía en sí de gozo por haber recuperado por fin la atención de su dueña. Hicimos turnos tirándole una pelota de tenis para que la buscase y nos la devolviese llena de baba.

Fue Marianne Engel quien sacó el tema.

—Me queda sólo una estatua.

—Lo sé.

—¿Y sabes cuál es?

—Otro grotesco, supongo.

—No —dijo—. Es la tuya.

Durante los últimos meses mi estatua había quedado abandonada, cubierta con una sábana como si fuera la caricatura de un fantasma, en un rincón del taller. Al principio me decepcionó un poco que hubiera perdido el interés en ella, pero conforme fue perdiendo peso me alegré de no tener que posar y ver cómo se consumía.

No tuve que pensármelo para acceder a posar otra vez para ella. Aunque me hubiera gustado que abandonase toda esa idea de la última estatua, al menos así podía vigilarla mientras trabajaba. También estaba la ventaja de que, a juzgar por mis anteriores sesiones como modelo, esculpiría mi estatua a un ritmo mucho más relajado. Yo no era una bestia frenética que le gritaba que la rescatase de una avalancha de roca y tiempo; yo le permitiría que se tomase tanto tiempo como hiciera falta, sin apremiarla.

La curiosidad me llevó a preguntarle si, cuando empezamos la estatua meses atrás, sabía ya que sería su última obra. Sí, me respondió, lo sabía. Le pregunté entonces por qué se había molestado en empezarla si sabía que tendría que dejarla a medio terminar.

—Formaba parte de *tu* preparación —me contestó—. Si ya estaba empezada me pareció que te resultaría más difícil negarte ahora. Parece que tenía razón.

Empezamos aquel mismo día. Estar desnudo frente a ella siempre me hacía sentir raro, pero de algún modo ahora que ella ya no era físicamente perfecta me sentía un poco menos fuera de lugar. Aunque su insalubre delgadez no era comparable con mis heridas, al menos nos acercaba un poco en nuestra deformidad.

• • •

El trabajo en mi estatua continuó durante diez días y la mitad de ese tiempo se fue en los pequeños detalles. Muchas veces Marianne Engel se acercaba a mi silla y pasaba los dedos por mi cuerpo, como si tratase de memorizar mi topografía calcinada para poder reproducirla en el mapa de piedra tan fielmente como fuera posible. La atención que prestaba hasta a la menor nimiedad era tan intensa que tuve que comentárselo; me replicó que era de una importancia vital que la estatua fuera perfecta, que no le faltase nada.

Las cosas fueron más o menos como yo había esperado. Ni siquiera se acercó a la intensidad de sus otras sesiones de trabajo, pues habitualmente trabajamos menos de una hora a pesar de que yo podía posar durante tanto tiempo como fuera necesario ahora que no llevaba ya mi traje de compresión. Ella parecía disfrutar su última obra. Fumaba menos y no abrió los potes de café instantáneo. Se inclinaba sobre la piedra al trabajarla y le susurraba en voz demasiado baja como para que yo oyera lo que decía. Yo me inclinaba tratando de captar algunas palabras, pero nunca pude, quizá porque mi oído había quedado dañado tras el accidente. Intenté sacarle la verdad con un comentario informal:

—Creía que era la piedra la que te hablaba y no al revés.

Marianne Engel me miró.

—Eres muy gracioso.

Y continuó hasta que, tras el último golpe del cincel, dio un paso atrás ante la obra terminada. Durante lo que me pareció una eternidad inspeccionó mi *Doppelgänger* pétreo antes de decidir que no había ninguna diferencia entre nosotros dos. Satisfecha, dijo:

—Quiero añadir la inscripción en privado.

Trabajó hasta tarde esa noche y, aunque la curiosidad casi pudo conmigo, respeté su petición de intimidad. Cuando terminó de gravar la inscripción, subió arriba. Naturalmente, le pregunté si podía leer lo que había puesto.

—Tendremos tiempo de sobra para verlo después —contestó—. Ahora, vamos a ir a la playa a celebrarlo.

Me gustó la idea. La costa siempre la relajaba y sería una buena forma de celebrar que había terminado. Así que me puso en el coche y pronto estuvimos sobre la arena marrón.

Las olas rompían rítmicamente contra la costa y su cuerpo se apretaba maravillosamente contra el mío. *Bougatsa* saltaba feliz a nuestro alrededor, levantando arena por todas partes. No muy lejos, unos adolescentes bebían sus cervezas y trataban de impresionar a las chicas comportándose como unos capullos.

—Bueno —dije—. ¿Y ahora qué?

—La última parte de nuestra historia que, por si te has olvidado, empieza contigo en la hoguera de la *condotta*.

## XXXI

**M**e concentré en mi respiración. Expirar. Inspirar. Afianzar. Hacerlo fácil. Apuntar. Calma. Dije en voz alta mi objetivo:

—Corazón.

No sé cómo esperaba que fuera la flecha al alejarse de mí. Me sorprendió que mis ojos se fijaron en el objetivo en lugar de en la propia flecha.

A pesar de la tormenta mi flecha voló como si estuviera siguiendo un alambre, sin desviarse ni un centímetro. Todo el mundo conoce la historia del maestro arquero que podía partir una flecha que ya estaba clavada en el centro de la diana. Así es como mi flecha entró en tu corazón, en el mismo punto en que ya te habían herido. La primera vez que te dispararon, el libro de Dante paró la flecha lo bastante para salvarte la vida y te llevó hasta mí. Esta segunda flecha no encontró ningún obstáculo y se te llevó.

El impacto te hizo echar la cabeza hacia atrás y abriste la boca en una exhalación final de sorpresa. Te rebotó dos veces el mentón en el pecho antes de que la cabeza reposase finalmente sobre tu torso inerte. Colgado por las manos, tu cuerpo se hundió mientras la pared de la casa del hermano Heinrich seguía ardiendo a tu alrededor. Mi flecha te había salvado de más dolor y por ello, entre lágrimas, di gracias a Dios.

Los mercenarios rugieron confundidos y Kuonrat exigió saber quién había sido tan inútil o tan estúpido para hacer un disparo letal desobedeciendo sus órdenes. Le ponía furioso que alguno de sus soldados hubiera mostrado piedad.

Yo debería haber pasado menos tiempo dando gracias a Dios y haber huido antes. Una rápida inspección de la flecha confirmó que no había salido de ninguna de las ballestas de los soldados y el ángulo del astil mostró que procedía de la cima de la colina. Un brazo señaló en mi dirección y los soldados empezaron a avanzar hacia mí. Todavía no podían verme, pero sabían dónde estaba.

Tiré la ballesta al suelo, pues sabía que jamás volvería a dispararla. Mi caballo estaba cerca, la colina era resbaladiza y las ramas de árboles y arbustos eran lo bastante gruesas como para ralentizar a un hombre. Mientras los soldados ascendían la pendiente tuve tiempo de desatar mi caballo, montar y echar al galope justo cuando sus brazos se alargaban ya para agarrarme. No les llevaba mucha ventaja, pero les llevaría unos minutos volver abajo y montar sus caballos. Además, contaba con otra ventaja. Yo había crecido allí y conocía la zona, los mercenarios no. La tormenta de nieve arreciaba y creí que podría escapar.

Debí haber sido más realista. Los soldados eran mucho mejores jinetes que yo y sus monturas estaban más descansadas y mejor alimentadas. En poco tiempo me alcanzaron otra vez. Sabía que si no hacía algo me atraparían muy pronto. El camino llegaba a una bifurcación. Un lado llevaba a un camino seguro y el otro a un sendero infame en un precipicio sobre el río Pegnitz. De niña había ido alguna vez por el sendero, pero sólo cuando me sentía particularmente inquieta o cuando quería poner a prueba la idea de que Dios tenía un propósito para mí.



Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, así que, aunque sabía que era demasiado estrecho para mi caballo, escogí el sendero. El animal percibió el peligro y tuve que clavarle los talones en el flanco para obligarle a seguir adelante. Recé las mismas oraciones que rezaba de niña. Cuando el caballo empezó a recular, recurrí a las palabras más duras que conocía para obligarle a dar unos pasos más. No pasó mucho hasta que pisó con la pezuña una raíz helada y nos despeñamos.

Mientras resbalábamos hacia la pendiente, el caballo trató de recuperar el equilibrio sacudiendo sus patas, pero no encontró nada en lo que apoyarse. Se ladeó, confuso y asustado, y me descabalgó. Al resignarme a la inevitabilidad de la caída hubo un breve instante en el que me sentí ingrátida. Fue irreal, como si flotase en un equilibrio perfecto entre la nieve y el cielo, y me encontré mirando directamente a los ojos de mi caballo. Los ojos de un caballo son habitualmente tan oscuros y calmos que cuando era niña las monjas decían que este animal podía ver todos los secretos de Dios, aunque la priora no pudiera, pero ahora sus ojos estaban abiertos como platos e inyectados de terror. El instante se fue tan rápido como había llegado, reemplazado por un remolino de nieve y matorrales mientras caíamos.

Cuando finalmente dejamos de dar vueltas pasaron unos momentos hasta que se me aclaró lo bastante la cabeza como para ver el rastro que nuestra caída había dejado en la nieve y me entró el pánico al pensar en lo que los golpes podían haberle hecho a nuestro hijo. Casi inmediatamente el bebé dio una patada, quizá enfadado por todo aquel alboroto, y eso me hizo pensar que estaba bien y nunca me sentí más feliz de que me doliese.

Los soldados no me habían seguido precipicio abajo, prefiriendo sabiamente quedarse donde el sendero todavía era seguro. Al menos uno de ellos había sacado su ballesta y apuntado, pero había decidido que la distancia y la tormenta hacían imposible el tiro. Obviamente carecía de la fe en Dios que tenía yo.

Los mercenarios acabarían por encontrar una forma de bajar, pero sabía que les llevaría al menos quince minutos. Quizá, pensé, la caída había sido el golpe de suerte que me ayudaría a escapar. Mi excitación se evaporó cuando me volví a mi caballo y vi que tenía una de las patas doblada en un ángulo imposible. Era obvio que no iba a llevarme a ningún lado. Ni siquiera tenía la opción de acabar con su sufrimiento, pues ya no tenía mi ballesta, pero aunque la hubiera conservado no hubiera sido capaz de matarlo. Ya había asesinado ese día y una muerte ya era demasiado.

¿Bastarían mis quince minutos de ventaja cuando los soldados tenían caballos y yo no? A un lado quedaba el precipicio por el que había caído, al otro el Pegnitz. Por lo general no se helaba por completo, pero incluso cuando lo hacía no era seguro cruzarlo. Así que atravesarlo no era una opción y escalar el precipicio tampoco. Lo único que podía hacer era escoger en qué dirección seguir la orilla del río y esperar tener suerte. Pero eso también era ridículo, porque entonces los mercenarios me perseguirían y atraparían. Que me capturasen era sólo cuestión de tiempo.

Kuonrat había decapitado a Brandeis sin pensárselo dos veces y había ordenado

tu muerte entre carcajadas. Sabía que cuando me alcanzasen, como me habían explicado, tendría suerte si me mataban rápido. Mucho más probable era que me violasen.

La delgada capa de hielo sobre el río empezó a parecerme mucho más atractiva. Tenía muy pocas posibilidades de llegar al otro lado, pero debía intentarlo. Si lo conseguía, los soldados no podrían seguirme. Se verían obligados a dejarme escapar, porque aquel hielo no aguantaría ni al hombre más liviano de la tropa. ¿Por qué iban a arriesgarse? Los mercenarios no sabían quién era yo, más allá de la mujerzuela que había vivido con un exsoldado, y ¿qué les importaba si yo vivía o moría? Kuonrat ya había dejado claro quién mandaba y ya había capturado a dos desertores en lugar de sólo uno, que era lo que esperaba. Por fuerza eso debía haberlo hecho feliz.

La bolsa que contenía mi *Morgengabe* y los libros era un peso innecesario para cruzar el río, pero no podía sufrir el perder aquellos objetos tan queridos. Así que escondí la bolsa entre unas rocas cercanas, decidida a volver a buscarla si sobrevivía.

Di unos primeros pasos sobre el hielo y me pareció relativamente sólido, pero el hielo siempre es más espeso cerca de la orilla. Río abajo pude ver áreas de agua que parecían mantas negras dispuestas sobre la superficie blanca. Unos pocos pasos más y oí un breve crujido. La nieve seguía cayendo con fuerza frente a mí y ahora estaba a quizá cinco metros de la orilla. Si el hielo se rompía, ¿tocaría todavía fondo?

Continué dando pequeños pasos, deslizando un pie frente al otro. Me moví tan rápido como pude, pero no fue suficiente. Oí cómo se acercaban a caballo los mercenarios, así que me obligué a ir hacia el centro más deprisa. Me dije a mí misma que al alejarme de la orilla aumentaba mi seguridad, y que lo más importante era conseguir ponerme fuera del alcance de sus ballestas.

Sentí que el hielo cedía, sólo un poco, pero más que antes, y me rodeé instintivamente el vientre con los brazos. Miré hacia atrás y vi que los soldados se acercaban a la orilla, donde encontraron mi caballo herido. Cuando me vieron levantaron sus ballestas en mi dirección y supe que no me había alejado lo bastante. Dispararon unas pocas flechas, pero el viento era fuerte y pasaron de largo. Los soldados corregirían el error de la primera andanada y ajustarían mejor la puntería en la segunda. No tenía la menor duda de que esta vez acertarían.

Pero la segunda andanada no llegó nunca. Kuonrat hizo un gesto y los arqueros bajaron sus ballestas. Me pareció improbable que le preocupara desperdiciar munición, y aunque podría ser que hubiera decidido que merecía vivir si lograba cruzar el río, también eso me pareció poco probable. Seguramente le divertía ver a una mujer intentar cruzar una capa de hielo fino.

La forma en que los soldados me miraban me dejó claro que pensaban esperar cuanto fuera necesario. Sabiendo que no podía regresar por donde había venido, di otro paso hacia la otra orilla. El hielo bajo mis pies se inclinó y caí de rodillas, alargando los brazos hasta quedar a gatas. Me dije que si podía pasar el centro del río sobreviviría, porque donde estaba ahora debía ser el punto donde el hielo era más

fino. También pensé que si podía ir más allá de esa línea imaginaria, mi hijo nonato viviría.

La cuestión era cómo proseguir. ¿Debía tumbarme sobre el estómago y reptar lentamente? Tenía sentido distribuir mi peso sobre tanta superficie como fuera posible. Pero no sabía si eso simplemente aumentaba la posibilidad de presionar un punto de ruptura en el hielo que desencadenase una reacción en cadena que se tragase todo mi cuerpo y, por supuesto, tenía reparos en tenderme sobre el estómago y exponer al bebé al hielo. ¿Debía echar a correr, con la esperanza de que la velocidad me llevase a través del hielo? Mi cuerpo decía que no, pero mi fe me decía que debía intentarlo. Después de todo, era el aliento de Dios el que había llevado mi flecha con perfecta precisión hasta tu corazón. ¿Acaso no era posible que ese mismo aliento me empujase ahora a mí, elevándome más allá del peligro? Si algún momento era bueno para abandonarse a la protección de Dios era precisamente éste.

Miré al otro lado del río, imaginándome como una flecha y el camino hasta allí como mi trayectoria. Me incorporé un poco y sentí cómo el hielo se tambaleaba. Tensé las piernas, apoyé un pie contra el hielo para conseguir el mayor agarre posible. Levanté una rodilla e incliné los hombros hacia delante. Recé una rápida oración y miré la libertad que prometía la orilla, concentrándome en ella como mi objetivo. Y entonces me lancé a correr, confiándome a la protección del Señor.

A los pocos pasos el hielo se quebró y me sentí como si cayera a través de una ventana. El frío del agua me llegó a los huesos y el peso de mis ropas mojadas me arrastró hacia el fondo. Mi primer pensamiento fue para el bebé y agité los brazos intentando agarrarme a algo, a cualquier cosa. Si podía aferrarme al borde del agujero, pensé, quizá pudiera izarme fuera del agua. Pero el hielo que alcanzaba se rompía y el agujero se hacía más grande cuanto más intentaba escapar de él. Sentía cómo el calor de mi cuerpo me abandonaba. Cómo abandonaba al bebé. Al cabo de unos pocos minutos mi mente seguía activa, pero mi cuerpo había dejado de responder.

La corriente del río me arrastró y me hundió hacia el fondo. Aunque sabía que era yo la que se movía, me pareció como si el agujero se alejase sobre mí hasta que ya no hubo ninguna abertura, sólo una continua capa de hielo. No podía ser muy gruesa, pero cuando empujé con las palmas sobre ella no pasó nada. No tocaba fondo y no podía coger impulso. Mi única esperanza era aguantar la respiración y rezar para que la corriente me arrastrara hacia otra abertura.

La sensación cuando el cuerpo se cierra por completo es muy extraña. Ese recipiente que te ha llevado y te ha servido fielmente durante toda tu vida deja de obedecer las órdenes de tu alma. Es casi como si alguien hubiera apretado un interruptor que cortara la corriente. Comprendí pronto que incluso si el río me llevaba hasta un agujero en el hielo, sería demasiado tarde. No sería capaz de aferrarme a su borde y, aunque lo hiciera, ya no tenía fuerzas para izarme fuera de la gélida agua.

Lo más horrible fue comprender que ya no podía esperar que el bebé no sufriera

ningún mal. Eso hizo que mi espíritu se rindiese. Cerré los ojos, porque se supone que eso es lo que uno hace cuando se hunde para ahogarse. Mi cuerpo descendió a las profundidades del río y el miedo me abandonó. Hubo un instante de aceptación sorprendentemente bello. *Será mejor así*, pensé, aliviada, en los instantes finales antes de que todo se volviera negro.

Puedo contarte lo que pasó a continuación, pero no puedo explicarlo. Al menos no de forma adecuada, no de una forma que puedas entender. Al nacer se me concedió el don de lenguas y he perfeccionado ese don durante setecientos años, pero no existen palabras para describir lo que sucedió ese día. Ni en inglés ni en ninguna otra lengua que conozca.

Cuando desperté no fue realmente un despertar, porque no me había dormido. Fue como si hubiera permanecido en un estado desprovisto de consciencia y ahora la hubiera recuperado. Pero no una consciencia normal mediante la que percibimos el mundo que nos rodea, sino algo mayor, algo ilimitado y profundo. Seguía bajo el hielo, el Pegnitz continuaba arrastrándome, pero al mismo tiempo no estaba en el agua de un río concreto. Estaba en el agua del mundo entero, del universo entero, pero no era estar «en» el agua sino formar parte de ella. Yo era el agua, me había vuelto un fluido.

Cuando la gente muere y de algún modo vuelve, siempre hablan de un túnel de luz. Yo no vi ningún túnel. Había luz, pero no al final de un túnel, sino por todas partes. Me sostenía un aire luminoso, que me mantenía en alto a pesar de que no había un suelo del que elevarme. Estaba en mí y a través de mí. Yo era el agua y era la luz. Me sentía flotando en un resplandor líquido, un resplandor constante que no emitía ni frío ni calor. No sentía mi cuerpo.

Cuando deja de existir el cuerpo desaparece también el tiempo, porque el tiempo sólo existe mientras el cuerpo lo percibe. Casi nunca nos damos cuenta de nuestra percepción innata del tiempo hasta que desaparece. Por eso los amnésicos se sienten tan confundidos cuando se les explica por primera vez su condición. No es porque hayan perdido sus recuerdos —todos hemos perdido algún recuerdo— sino porque han perdido la sensación del tiempo.

Percibí presencias. No se las puede llamar fantasmas o espíritus, porque ni siquiera alcanzaban esas formas. Existían sólo porque yo podía percibirlas. Pero *percibir* es, de nuevo, una palabra inadecuada, porque ¿cómo podía percibir algo que carecía de substancia? Como la luz y el agua, estaban en mi interior. Las sentía tan completamente que comprendí que no sólo estaban dentro de mí, sino que siempre lo habían estado. Las había ignorado toda mi vida como mecanismo de defensa. Es como escuchar una conversación —no te puedes concentrar en las palabras si estás escuchando un reloj en el otro extremo de la habitación y los coches en la calle y los pasos que llegan del pasillo y la respiración del hombre sentado junto a la mujer que bebe un té—. No puedes procesarlo todo, de modo que te concentras solamente en las palabras de quien te está hablando. Lo mismo sucede con las infinitas voces del

cuerpo humano. Escuchas sólo tus propios pensamientos y te cierras al resto.

Pero ahora podía abrazar todas las voces de mi interior. Podía oír todas esas presencias y sonaban como círculos dorados. Podía sentir su sabor, y sabían a consuelo. Me tocaron y su tacto era música.

¿Ves? Me gustaría poder explicarlo, pero soy incapaz. Es imposible. Cualquiera que crea que puede explicar la Divinidad nunca la ha experimentado de verdad.

Tres presencias se separaron de las demás y se destacaron. Aunque no asumieron formas físicas, las reconocí como los humanos que habían sido, aunque en mi vida física sólo conocí a uno de ellos, el padre Sunder. El segundo era el maestro Eckhart y la tercera era Mechthild von Magdeburg.

Sabía que no se trataba de una trampa, sino de un don que debía aceptar. Fue natural, incluso reconfortante, cuando el padre Sunder me indicó que se alegraba de estar conmigo otra vez. No utilizó palabras; fue más como si pudiera sentir sus pensamientos rozándose con los míos. Lo mismo sucedió con el maestro Eckhart y la hermana Mechthild cuando se comunicaron conmigo. Nuestra «conversación» fue un caleidoscopio de vibraciones brillantes.

No estaban allí para llevármeme, según me explicaron, porque todavía no estaba preparada. No había muerto como debía y mi labor estaba inacabada. Me ayudarían a alcanzar un estado en el que estuviera lista para morir y, para ese fin, les habían designado como mis Maestros.

*¿Por qué no voy al Infierno?, comuniqué. He matado al hombre que amo.*

*No funciona así. El pecado de Eva fue comer la fruta y por eso fue castigada con la expulsión del Paraíso. Por las transgresiones de tu vida, ¿qué penitencia es necesaria?*

*No soy yo quien debe decidirlo.*

*Sí lo eres. Tu camino te ha alejado de la vida religiosa y te ha convertido en el instrumento de una muerte. ¿Te arrepientes?*

*No. Incluso en la Divinidad, podía recordar mi vida contigo. Puede que abandonase mis votos monásticos y que al hacerlo haya traicionado a mi priora y a Dios nuestro Señor, pero nunca me he traicionado a mí misma. Siempre he sido fiel a los dictados de mi corazón y nunca me arrepentiré de mi amor. Amar es lo único verdaderamente importante que he hecho en la vida.*

Mis Tres Maestros comprendieron que me aferraría a mi amor por ti incluso en el final de mi vida. Sin duda lo habían visto muchas veces antes y lo verían muchas después.

*Tu corazón siempre ha sido independiente, tu don supremo y más peligroso. Así pues, será a través del corazón como se producirá tu penitencia.*

*Así sea.*

*Has aprendido a entregar tu corazón por completo al elegido, pero no has aprendido todavía a compartir el corazón más allá de ti misma y del otro.*

*Confieso que así es.*

*Regresarás al mundo y tu pecho estará lleno de mil corazones. Debes entregar cada uno de ellos hasta que sólo te quede el último.*

*¿Cómo podré hacerlo?*

*Estos corazones deben salir de tu pecho y morir para ti dando vida a otros. Así es como superarás tu naturaleza terrenal y te prepararás para Cristo.*

*No entiendo de qué forma entregaré esos corazones.*

*Aprenderás a hacerlo.*

*¿Y cuando sólo me quede el último corazón?*

*Ese corazón no podrás entregarlo tú. Tu último corazón debe pasar a tu amante. Él debe aceptarlo, pero no podrá retenerlo. Deberá liberarlo para liberarte a ti. Sólo de esta forma serás entregada finalmente al Señor.*

*No entiendo el propósito de la implicación de mi amante.*

*Tu amante lo entenderá.*

En ese punto me abandonaron. Fui apartada de la Divinidad, la luz y el agua dejaron de fluir a través de mí y me encontré de nuevo en la fría y oscura corriente del Pegnitz.

Cuando desperté estaba tendida de espaldas y no podía abrir los ojos. El hielo había sellado los párpados y me hube de esforzar durante cinco minutos antes de poder despegarlos. Había amanecido y la tormenta había cesado. Traté de hablar pero no pude emitir ningún sonido, porque todo mi cuerpo estaba paralizado. Nunca en mi vida había tenido tanto frío.

Empecé moviendo los dedos de las manos y los pies hasta que conseguí devolver un poco de vida a mis miembros. Me obligué a ponerme en pie, tambaleándome. Estaba tras una especie de cabaña y a unos treinta metros había una granja. Avancé a trompicones hacia ella, debido no sólo a mis miembros congelados sino también a que mis ropas estaban rígidas y heladas. De la chimenea salía humo y no sé si hubiera podido llegar de no ver aquella promesa de calor. Llamé a la puerta unas cuantas veces hasta que una granjera abrió y me miró horrorizada. Le debió parecer que el espíritu de una muerta llamaba a su puerta.

Cuando comprendió que todavía no estaba del todo muerta, llamó a su marido y empezó a quitarme la ropa helada. El anciano me dio de comer una sopa mientras la mujer me envolvía en mantas y me daba masajes en las piernas y brazos para que volviera a circular la sangre. Cuando me hube recuperado lo bastante, tratamos de reconstruir lo que me había pasado. Había emergido unos kilómetros río abajo y

varado en un bajío que no estaba helado. Sólo por suerte el viejo granjero me había encontrado y sacado del agua. Tenía los ojos inmóviles y muertos, el cabello helado y mi cuerpo no mostraba el menor rastro de vida.

El granjero creía que todo el mundo merecía un entierro como Dios manda y por eso me había sacado del río. El suelo estaba demasiado helado para cavar una tumba, así que, puesto que no podía hacer nada por el momento, me arrastró hasta detrás de su cobertizo para enterrarme en primavera. No podía llevar un cadáver a su casa, por supuesto, pero por razones prácticas, no por superstición. El calor de la casa haría que se descongelara y empezara a descomponerse. Supusimos entre todos que el agua estaba tan fría que me hizo parecer muerta. Se sabía que cosas así pasaban; corrían muchas historias de gente sumergida en agua fría y revivida mucho después de que debieran haber muerto.

Me quedé con ellos unos pocos días, pero nunca les conté cómo me había caído al río. Sólo les dije que había salido a dar un paseo y el hielo había cedido bajo mis pies. No había ninguna necesidad de explicarles mi historia en Engelthal o con los mercenarios ni de hablarles de mis Tres Maestros. Ya les resultaba bastante difícil aceptar mi supervivencia como para complicar más las cosas.

Cuando me sentí lo bastante bien como para viajar regresé a la orilla del Pegnitz para recoger la bolsa que había escondido y luego partí hacia Mainz. ¿A qué otro lugar podía ir? Me mudé al beguinato y llevé una vida de contemplación y oración. Fue un retorno parcial a la vida que había llevado antes de conocerte, pero tu amor me había cambiado tan profundamente que no pude volver a ser lo que fui. No continué dedicándome a los libros, aunque con el tiempo sí terminé mi traducción del *Inferno*. La terminé por egoísmo, no porque creyera que se trataba de una obra maestra que me sobreviviría, sino porque trabajar en la traducción me hacía sentir más cerca de ti.

El resto de mi historia no tiene importancia. Pasé los años entregando mis corazones sin entrever nunca el final de mi penitencia hasta hace poco, porque siempre supe que hasta que volviéramos a encontrarnos no podría entregar a nadie mi último corazón.

## XXXII

**E**l océano, vasto y oscuro, se extendía desde la playa hasta fundirse con la noche en el horizonte. Hablé con tanta ternura como pude.

—Sé que crees que tu historia es cierta, Marianne, pero no lo es.

Ella miró a la arena. Se le cortó la respiración y luego exhaló de golpe una confesión.

—Nuestro bebé no sobrevivió.

Levantó la vista hacia el océano y luego la volvió a bajar a la arena.

—Cuando desperté el niño había...

Se cubrió el rostro con las manos; estaba claro que no podía ni siquiera mirarme.

—Desaparecido —dijo—. Como si nunca hubiera estado embarazada, como si la mano de Dios hubiera llegado a mi útero y me hubiera arrebatado a mi hijo como castigo.

—No puedes creer eso de verdad.

—Trato de no creerlo. Trato... *Quiero* creer que fue por piedad. Que el bebé... —Hablabla tan bajo que casi no podía oírla—. Que el bebé murió por el agua helada y que Dios se llevó al niño para que no tuviera que enfrentarme a ello en vida.

—Si crees en Dios —dije, refrenando mi tendencia natural a añadir que yo no—, deberías confiar también en su bondad.

—Siempre he querido creer que fue por piedad —continuó, llorando—. Si hubiera sido un castigo, sería demasiado cruel.

—Marianne, no hubo ningún...

—Nuestro hijo no sobrevivió —insistió—. Es algo que no se olvida, no importa lo que una viva.

Sabía que era inútil intentar convencerla de que todo era producto de su imaginación. Ésa era otra de aquellas discusiones que simplemente no podía ganar.

No hablaba conmigo, sino consigo misma cuando añadió:

—Fue un acto de piedad. Tuvo que serlo.

Puesto que no podía convencerla de que nuestro hijo medieval nunca había existido, decidí concentrarme en nuestras vidas actuales.

—No vas a morir, Marianne. Los Tres Maestros no existen.

—He dado todos mis corazones.

—Siente esto. —Tomé su mano y se la puse contra el pecho—. Tu corazón sigue latiendo.

—Por ahora. Lo que pase a continuación depende de ti. —Miró el océano durante unos instantes y luego susurró, a pesar de que la gente que teníamos más cerca estaba a docenas de metros—: ¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando me iba de la casa del hermano Heinrich antes de que llegaran los mercenarios? Me prometiste que nuestro amor no acabaría nunca.

Yo continué en silencio, pues no quería animarla, mientras se quitó el collar con



la punta de flecha.

—Esto siempre te ha pertenecido y algún día sabrás qué hacer con él.

—No lo quiero —dije.

Me lo puso en la mano de todas formas.

—Lo he guardado todo este tiempo para poder devolvértelo. Te protegeré.

Pude ver que no me iba a permitir rechazarlo, así que lo acepté. Pero para que no creyera que con ello daba credibilidad a su historia, le dije:

—Marianne, no creo que el padre Sunder bendijera jamás esto.

Apoyó la cabeza en mi hombro y me dijo:

—Qué bien mientes.

Y luego me hizo una pregunta que no me había hecho nunca:

—¿Me amas?

Nuestros cuerpos estaban apretados uno contra otro, nuestros pechos se tocaban. Estoy seguro de que sintió cómo se me aceleró el corazón. Mi cicatriz de nacimiento estaba exactamente tocando con el lugar donde, bajo su suéter, se había grabado mi nombre en el pecho.

*¿Me amas?*

Nunca había admitido en voz alta nada más que cariño. Razoné que ella sabía la verdad sin necesidad de que yo lo dijera en voz alta. Pero, en realidad, sabía que eso era sólo cobardía.

—Sí.

Llevaba tanto tiempo queriendo confesarlo.

—Sí, te amo.

Había llegado el momento de dejar de fallarle, así que aparté los mechones salvajes de su pelo y derramé las palabras que llevaba tiempo incubando en mi corazón, purificándolas, desde que la conocí.

—Me he pasado toda la vida esperándote, Marianne, y ni siquiera lo supe hasta que llegaste. Quemarme es lo mejor que me ha pasado porque me llevó hasta ti. Quería morir, pero tú me llenaste con tanto amor que me desbordaste y fue imposible no amarte. Pasó antes de que me diera cuenta y ahora no puedo ni siquiera imaginar no amarte. Dices que me cuesta mucho creer en algo pero *sí* creo. Creo en tu amor por mí. Creo en mi amor por ti. Creo que te pertenecen todos los latidos que quedan en mi corazón y creo que cuando al final abandone este mundo en mi último aliento pronunciaré tu nombre. Creo que mi última palabra —*Marianne*— será todo lo que necesite para saber que mi vida fue buena y plena y valió la pena y creo que nuestro amor durará para siempre.

Hubo un momento en el que simplemente permanecimos abrazados y luego ella se levantó y empezó a caminar hacia el océano. Se quitó la ropa mientras caminaba y la luz de la luna hizo que su tez pareciera todavía más blanca. Para cuando llegó al agua estaba completamente desnuda, reluciendo especialmente en su palidez. Desde allí se volvió y me miró durante unos segundos, bajo unas estrellas que brillaban

como escarcha en la fría noche; permaneció allí en pie como si tratara de memorizar mi aspecto mientras la miraba.

—¿Ves? —dijo Marianne—. Sí crees en Dios.

Me dio la espalda y se metió lentamente en el océano. El agua le cubrió las piernas y la espalda y pronto ocultó las alas tatuadas en su piel de alabastro. Se inclinó y empezó a dar brazadas adentrándose en la inmensidad del océano, su pelo enredándose en su estela.

Me quedé quieto viéndola alejarse hasta que al final las olas ocultaron la blancura de sus hombros.

Tras un cuarto de hora *Bougatsa* empezó a aullar horriblemente y a correr frenéticamente en círculos, implorándome que hiciera algo. Pero yo me quedé sentado. Así que el perro se lanzó hacia la orilla, dispuesto a nadar, pero le llamé y le hice volver. Sabía que el agua estaba demasiado fría y que ya era demasiado tarde. El animal confiaba lo bastante en mí como para obedecerme, pero se quedó tendido a mis pies, sollozando. Aun así, seguía habiendo esperanza en sus ojos. Era como si creyera que, si esperaba lo bastante, al final saldrías del mar y volverías con nosotros. Como si la fe se negara a abandonar su corazón.

## XXXIII

No podía negarse que Sayuri estaba preciosa con su vestido de novia. Su madre, Ayako, lloró de felicidad en la primera fila y su padre, Toshiaki, se llevaba constantemente la mano a la boca para ocultar el temblor que la alegría le producía en el labio superior. La sonrisa de Sayuri nunca fue más radiante que cuando Gregor le colocó el anillo en el dedo.

La boda fue en agosto, en un jardín bajo un diáfano cielo azul. Por suerte soplaba una brisa ligera, pues el esmoquin no dejaba respirar a mi piel. Se había organizado todo para que los testigos del novio, de los que yo formaba parte, permanecieran toda la ceremonia bajo un gran olmo. Ésa fue una sola de las muchas amabilidades que la pareja de novios tuvo conmigo. Me sorprendió que me hubieran invitado, a pesar de la amistad que nos unía, pero al parecer ni a Gregor ni a Sayuri les importaba que hubiera un monstruo en sus fotos de boda.

Técnicamente mi pareja era la testigo de la novia que estaba frente a mí, pero en realidad mi acompañante era Jack Meredith. Prácticamente consiguió no avergonzarme, a pesar de la desmesurada cantidad de whisky que consumió durante el banquete. Claramente no había nada romántico en el hecho de que me acompañase, pero habíamos pasado mucho tiempo juntos durante los meses precedentes. En algún momento, ella había descubierto que podía soportarme. Nuestra relación era casi ya una amistad, aunque yo no iría tan lejos.

Como regalo de boda, le di a Sayuri y a Gregor el *Morgengabe*, la pequeña estatua de un ángel. Lo miraron extrañados, sin saber qué pensar de aquella pequeña estatua, y me preguntaron si la había tallado Marianne Engel. No intenté explicarles que al parecer la había esculpido yo ni tampoco que, a pesar de su antigüedad y de estar un poco gastado, era el mejor regalo que podía hacerles.

En el banquete Sayuri no bebió nada de champán, pues empezaba a notarse su embarazo. Había habido cierta discusión sobre si la boda debía ser antes o después del nacimiento, pero Gregor es un tipo chapado a la antigua. Quería que su hijo fuera «legítimo», así que él y Sayuri volaron a Japón, donde contrataron a un traductor para que transmitiera a Toshiaki que sus intenciones eran honorables. Lo podría haber hecho la propia Sayuri, pero Gregor no quiso que fuera ella la que tradujera a su padre su petición de mano. Cuando Toshiaki dio su bendición, Ayako se echó a llorar e hizo varias reverencias mientras se disculpaba, aunque Gregor no estaba seguro de exactamente por qué le pedía disculpas. Después de que Ayako se secara las lágrimas, tomaron todos té en el jardín tras la casa.

A los padres de Sayuri no parecía molestarles lo más mínimo que viviera en el extranjero ni que se casara con un extranjero ni tampoco que se le hubiera pasado la edad en que el arroz estaba fresco. (De hecho, Ayako señaló que ahora que cada vez más mujeres japonesas se casaban más tarde, la edad en que una se convertía en solterona ya no eran los veinticinco. Las mujeres de treinta y uno eran conocidas

ahora como fideos de Año Nuevo). Lo único del matrimonio que preocupaba a los padres de Sayuri era que ella hubiera decidido adoptar el apellido de su marido. En privado lamentaban que «Sayuri Hnatiuk» carecía de poesía y, a pesar de que se esforzaron, no lograron aprender a pronunciarlo correctamente.

Hacia el final del día tuve la oportunidad de charlar con la señora Mizumoto durante unos pocos minutos, con Sayuri ejerciendo de traductora. Sayuri le había contado a su madre que Marianne Engel había fallecido en primavera y Ayako me ofreció su más sincero pésame. Cuando le di las gracias pude ver que mi voz rasposa la sobresaltó, pero era demasiado educada para mencionarlo. En lugar de ello se limitó a sonreír más intensamente y comprendí al instante dónde había aprendido Sayuri sus gestos. Hablamos cordialmente durante unos pocos minutos y le aseguré a Ayako que creía que su hija iba a ser muy feliz en su matrimonio a pesar de que Gregor, incluso vestido de esmoquin, seguía pareciéndose muchísimo a una ardilla. Sayuri me dio un golpe en el brazo por decir eso, pero al parecer aun así lo tradujo fielmente. Su madre asintió con entusiasmo: «So, so, so, so, so, so, so!» Mientras tanto se tapaba la boca con la mano, como si quisiera evitar que se escaparan sus carcajadas.

Al final de nuestra conversación la señora Mizumoto me ofreció una última y profunda reverencia de pésame. Cuando se incorporó, me sonrió, puso la mano en el estómago de Sayuri y dijo: «*Rinne tenshō*».

A Sayuri no le resultó sencillo traducirlo. Al final sugirió que lo más aproximado era o bien «Todo vuelve» o «La vida se repite». Sayuri me explicó que era el tipo de cosas que las ancianas japonesas decían cuando se creen que son más budistas de lo que son en realidad. Me pareció, por la mirada de reproche que le lanzó a su hija, que Ayako entendía más inglés de lo que aparentaba.

Pero se alejaron abrazadas. Ayako pareció perdonar rápidamente el comentario de su hija sobre las ancianas japonesas y Sayuri perdonó igual de rápido a su madre por reírse de que yo comparase a Gregor con una ardilla.

• • •

Tras la desaparición de Marianne Engel las autoridades rastrearon la costa durante tres días, pero no encontraron su cuerpo. No hallaron nada más que grandes y solitarias extensiones de agua. El problema con el océano es que no puedes dragarlo entero y parecía que el agua se hubiera tragado todo rastro de su vida pero se negase a confirmar su muerte.

Marianne Engel no tenía seguro de vida, pero aun así se sospechó de mí. Y con motivo: menos de seis meses antes de su desaparición había cambiado su testamento para nombrarme su heredero. Aquello no le gustó a la policía, especialmente dado que era yo quien estaba con ella cuando desapareció. Me interrogaron durante mucho tiempo, pero la investigación demostró que yo no sabía nada del testamento y los

adolescentes que bebían cerveza en la playa testificaron que «el tío quemado» y «la tía tatuada del pelo raro» iban a menudo allí de noche. Ella solía darse una zambullida, comentaron, aunque hiciera un frío tremendo. Esa noche en particular yo no había hecho nada más que estar sentado con el perro dando vueltas a mi alrededor.

Jack también habló en mi defensa. Sus palabras tenían un peso especial, pues no sólo era la curadora de Marianne Engel sino también la persona a la que yo había reemplazado en el testamento. A pesar de ello, Jack elogió mi carácter y le dijo a la policía que no tenía la menor duda de que yo amaba a Marianne Engel. Aunque confirmó que yo no sabía nada de los cambios en el testamento, añadió también que «Creí que tendría mucho tiempo para hacer cambiar de opinión a Marianne. No me esperaba que le llegase la muerte tan pronto».

Jack Meredith puede pronunciar palabras que yo soy incapaz de escribir. Palabras como muerte. Como suicidio. Estas palabras me convierten en un cobarde. Escribirlas las haría mucho más reales.

La mayor parte del verano la pasé sumido en estas cuestiones legales, pero la verdad es que apenas presté atención al proceso. No me preocupaba lo más mínimo que la policía pensase que yo era el responsable de la desaparición de Marianne Engel y me importaba mucho menos lo que los abogados dijeran sobre el testamento. Al final Jack tuvo que contratar a un abogado independiente para mí porque, sin asesoramiento, yo simplemente habría firmado cualquier documento que me hubieran puesto delante, igual que había hecho en el hospital cuando declaré la bancarrota de mi productora.

Marianne Engel me lo había dejado casi todo, incluida la casa y todo su contenido. Hasta *Bougatsa* era mío. Jack, a pesar de los años de servicio que había pasado encargándose de los negocios de Marianne Engel, recibió sólo las estatuas que ya tenía en su galería.

En una serie de cajas de zapatos al fondo de un armario encontré una docena de libretas de banco que contenían cientos de miles de dólares, ahora míos. Marianne Engel no tenía ninguna deuda, quizá porque ninguna institución financiera la consideraba un riesgo aceptable. Descubrí una serie de recibos que revelaron la verdad sobre mi habitación privada en el hospital. No fue, como me había dicho Nan, cuestión de una «feliz coincidencia» que la habitación estuviera disponible para que así pudiera investigar cómo era la recuperación de un paciente en solitario en comparación con la de un paciente en una habitación compartida. Tampoco era, como había supuesto yo entonces, que Nan me hubiera puesto en una habitación individual para apartar a Marianne Engel de los demás pacientes. La verdad es que Marianne Engel había pagado la habitación privada para poder contarme sus historias sin que la interrumpieran. Nunca me lo había dicho.

Nada de lo que heredaba sería mío durante unos años, pues no había aparecido el cuerpo. Sólo después de que pasase un tiempo prudencial se emitiría un «certificado de presunta muerte» a nombre de Marianne Engel y hasta entonces sus activos

quedarían bajo custodia. Por fortuna los tribunales decidieron que yo podía seguir viviendo en la fortaleza, puesto que ya era mi residencia antes de que ella desapareciese.

Los periódicos locales, e incluso unos cuantos extranjeros, publicaron pequeños artículos sobre la desaparición de una escultora con problemas mentales pero de enorme talento. «Presuntamente muerta», decían todos. Puesto que nada mejora más la reputación de un artista que un final trágico, Jack pudo vender todas las estatuas que tenía en la galería en tiempo récord. Aunque para hacerlo tuve que violar los términos del testamento, le di a Jack la mayoría de las que quedaban en la fortaleza. (Me quedé sólo mi propia estatua y unos pocos de mis grotescos favoritos). Mi abogado me aconsejó que no lo hiciera, pero no era como si la policía vigilase todos mis movimientos. Era habitual que entraran y salieran camiones, así que nadie en el vecindario prestó la menor atención cuando se llevaron unas cuantas estatuas más. Cuando Jack me trajo un cheque por el valor de la venta, menos su comisión, le obligué a quedárselo.

Ella se lo merecía mucho más que yo. Y aunque las cuentas bancarias estaban congeladas, tenía dinero más que suficiente para vivir.

Marianne Engel, a pesar de su forma de pensar dispersa, había previsto la posibilidad de que no siempre estuviera por allí para pagar mis facturas. Tras su desaparición encontré un sobre con mi nombre escrito que contenía la llave de la caja de seguridad a la que me había dado acceso. Cuando abrí la caja encontré que contenía más que suficiente dinero para cubrir todas mis necesidades hasta que el testamento pudiera ejecutarse.

Y, en la caja, había dos cosas más.

• • •

Al final la policía determinó que yo no tenía culpa alguna en la desaparición de Marianne Engel. Pero se equivocaban.

Yo maté a Marianne Engel. La maté tan claramente como si le hubiera pegado un tiro o echado veneno en su comida.

Cuando echó a andar hacia el océano yo sabía que no iba a nadar. *Sabía* que no regresaría y no voy a fingir lo contrario. Y, sin embargo, no hice nada.

No hice nada, exactamente como una vez me había pedido, como forma de demostrar mi amor.

Unas pocas palabras más hubieran bastado para salvarla. Si le hubiera dicho que no entrase en el agua, no hubiera llevado a efecto su plan. Lo sé. Hubiera regresado a mi lado, porque sus Tres Maestros le habían dicho que yo tenía que aceptar su último corazón y luego liberarlo para liberarla a ella. Cualquier esfuerzo mío por detenerla hubiera constituido un rechazo a liberarla, así que todo lo que tenía que hacer era decir: «*Marianne, vuelve*».

No lo hice, y ahora estoy condenado a vivir sabiendo que no pronuncié dos simples palabras que le hubieran salvado la vida. Estoy condenado a saber que no la llevé a juicio para que la ingresaran, que no me esforcé lo bastante en ponerle sus medicinas en la comida, que no la esposé a la cama cuando sus sesiones de escultura escapaban a su control. Podía haber hecho literalmente docenas de cosas para impedir su muerte, y no hice nada.

Marianne Engel creía que me había matado setecientos años atrás, en un acto de caridad, pero aquello era una ficción. La realidad es que yo la había matado en esta vida: no por caridad, sino por inacción. Aunque ella creía que se estaba liberando de las cadenas de sus corazones penitentes, yo sabía que no era así. Yo no soy un esquizofrénico. Y aun así, no hice nada. Fui inútil. Criminalmente negligente.

Cada día me enfrento a ello durante unos minutos, pues eso es todo lo que puedo soportar. A veces incluso trato de escribirlo antes de que esos pensamientos se desvanezcan, pero mi mano se pone a temblar antes de que pueda escribir nada. Nunca tardo mucho en volver a mentirme, en intentar convencerme de que el pasado imaginario de Marianne Engel era real simplemente porque ella lo creía real. El pasado de cualquiera, intenté razonar, no era más que una serie de recuerdos que se habían decidido conservar. Pero en el fondo de mi corazón sabía que eso no era más que un mecanismo de defensa que había creado para seguir soportándome a mí mismo.

Lo único que habría tenido que decir era: «*Marianne, vuelve*».

•••

La palabra *paleografía* procede del griego *palais* (viejo) y *graphia* (escritura), así que no es sorprendente que los paleógrafos se dediquen a estudiar la escritura antigua. Clasifican los manuscritos examinando el tipo de letra (tamaño, inclinación, trazos de la pluma) así como los materiales de escritura (papiro o pergamino, rollo o códice, tipo de tinta). Los buenos paleógrafos pueden determinar el número de amanuenses que participaron en un manuscrito, evaluar su habilidad y muchas veces atribuir el manuscrito a una región determinada. En el caso de los escritos religiosos, muchas veces pueden identificar no sólo el *scriptorium* del que proceden sino también el amanuense concreto que los realizó.

No hace mucho contraté los servicios de dos de los mejores paleógrafos del mundo: un experto en documentos alemanes de la Edad Media y otro experto en documentos italianos del mismo período. Les contraté para que evaluaran los objetos que había encontrado, aparte del dinero, en la caja de seguridad del banco.

Dos ejemplares del *Inferno*, ambos manuscritos pero de diferente mano: el primero en italiano, el segundo en alemán. Ambos parecían, a mis ojos no expertos, tener varios siglos de antigüedad.

Antes de decirle a cada uno de los paleógrafos lo que quería que examinaran les

hice firmar estrictos contratos de confidencialidad. A ambos les pareció muy extraña mi petición, casi ridícula, pero aceptaron. Por curiosidad profesional, supongo. Pero cuando les entregué los manuscritos ambos vieron al instante que se trataba de algo excepcional. El italiano soltó una palabrota de sorpresa y el alemán torció los labios. Fingí ignorar por completo el origen de los libros y no dije nada sobre cómo habían llegado a mi poder.

Puesto que el *Inferno* se hizo inmediatamente muy popular entre los lectores, es una de las obras de las que más ejemplares se han conservado desde el siglo XIV. El paleógrafo italiano no tenía la menor duda de que mi ejemplar estaba entre las primeras copias, quizá realizada en la década inmediatamente posterior a la publicación de la obra. Me suplicó que le permitiera cotejar sus conclusiones con las de otros expertos, pero le dije que no.

El alemán no le asignó tan rápido una fecha a la traducción, en parte porque el examen inicial del manuscrito le planteó una serie de asombrosas contradicciones. En primer lugar se preguntaba cómo un manuscrito tan bien conservado había pasado desapercibido durante tanto tiempo. En segundo lugar parecía que todo el manuscrito era obra de una sola persona, lo que era muy poco habitual en un documento tan largo. En tercer lugar, quien hubiera producido aquel manuscrito era un amanuense de excepcional talento. No sólo la caligrafía era extraordinaria, sino que la traducción era excelente, mejor que la mayoría, sino todas, de las traducciones modernas. Pero era la cuarta cuestión la que más le intrigaba: las características físicas del manuscrito —pergamino, tinta y tipo de letra— sugerían que había sido creado en la zona del Rin, en Alemania, quizá en una fecha tan temprana como la primera mitad del siglo XIV. Si era así —aunque difícilmente podía serlo—, entonces mi manuscrito era varios siglos anterior a cualquier traducción conocida del *Inferno* al alemán.

—Así que, como ve, debo estar equivocado. —Temblaba al hablar—. ¡Tengo que estar equivocado! A menos... a menos...

El alemán me pidió permiso para hacer una datación por carbono 14 al pergamino y la tinta. Cuando se lo concedí su cara adquirió tal expresión de orgásmica felicidad que temí que fuera a desmayarse.

—*Danke, danke schön, ich danke Ihnen vielmals!*

Cuando las pruebas determinaron que el pergamino era de 1335, con un margen de error de veinte años, el alemán se animó todavía más.

—Éste es un descubrimiento que va más allá de cualquier cosa que yo... que yo...

Ni siquiera pudo hallar palabras para describir su erudito placer; la traducción se había hecho a las pocas décadas de la publicación del original italiano de Dante. Decidí que no podía hacer daño un poco más de investigación e incluso le di una pista al alemán: le sugerí que centrara su investigación en el *scriptorium* de Engelthal. Volvió a torcer los labios y se puso a trabajar.

Cuando contactó conmigo unas pocas semanas después parecía haber aceptado



por fin que estaba investigando un documento imposible. Sí, confirmó, la obra tenía visos de haber sido hecha en Engelthal. Y sí, la caligrafía era la de una amanuense en particular cuya labor era bien conocida y que trabajó entre 1310 y 1325. De hecho, esta amanuense en concreto planteaba un enigma para los estudiosos del misticismo alemán: se había detectado su huella en un gran número de documentos y su talento excedía el de cualquiera de sus colegas y, sin embargo, no se había podido hallar su nombre en ninguna parte. Un secreto así sólo se podía haber mantenido mediante un esfuerzo expreso y coordinado de la priora y la *armarius* de la época, pero como Engelthal estaba orgulloso de su reputación literaria, la gran pregunta era: ¿qué sucedía con esa monja en concreto para que fuera necesario tanto secretismo?

El bigote del alemán bailaba literalmente mientras me contaba todo esto pero, admitió, había algunos detalles que contradecían la hipótesis de Engelthal. El pergamino era de una calidad diferente al encontrado en otros documentos del monasterio y las tintas parecían tener una composición química distinta. Así que aunque la caligrafía y el estilo apuntaban a Engelthal, explicó el alemán, los materiales físicos indicaban otra procedencia. Y —¿necesitaba decirlo?— Engelthal difícilmente habría querido tener algo que ver con el gran poema de Dante.

—No era su terreno, si comprende lo que quiero decir. No sólo estaba escrito en italiano sino que en aquella época era un texto completamente blasfemo.

El alemán me preguntó, un tanto apocadamente, si tenía alguna otra «pista» que darle. Resultó que sí. Le sugerí que apartara su atención de Engelthal y se centrara en la ciudad de Mainz, prestando atención a los libros producidos para particulares a mediados de la década de 1320. La amanuense, dije, podría haber trabajado bajo el nombre de Marianne. El alemán frunció el ceño ante la avalancha de nueva información y me suplicó que le contase cómo podía saber cosas tan concretas. Le dije que era sólo una corazonada.

Se pasó la mayor parte del siguiente mes buscando manuscritos que encajaran con los parámetros que le había dado. Llamaba a menudo, a veces para ponerme al día de sus progresos pero casi siempre para quejarse de que el acuerdo de confidencialidad le dificultaba el trabajo.

—¿Se hace a la idea de lo difícil que es solicitar los documentos que necesito cuando no puedo explicar para qué los quiero? ¿Cree que puedo ir a una biblioteca y pedir que me dejen hojear unos manuscritos del siglo XIV sin un buen motivo?

Me pareció que estaba a punto de empezar a hablar con sus colegas, con o sin mi permiso, así que di por concluida su investigación. Pensé que iba a pegarme una bofetada, pero en vez de eso se lanzó a una serie de apasionadas súplicas.

—Éste es uno de los descubrimientos más importantes de la historia en esta materia... tiene implicaciones importantísimas... altera radicalmente lo que se pensaba sobre la traducción al alemán...

En vista de que seguía negándome a continuar, cambió de estrategia. Me suplicó que le dejase el manuscrito unos pocos días más para estudiarlo mejor y juro que

hasta me hizo una caída de ojos. También me negué, pues estaba seguro de que utilizaría esos días para hacer una copia de alta calidad del original. Cuando le exigí que me devolviera mi manuscrito inmediatamente, me amenazó con hacer público lo que sabía.

—¡Un contrato legal no es nada comparado con un gran don al mundo de la literatura!

Le dije que sus sentimientos me parecían dignos de encomio, pero que, aun así, si decía una sola palabra le pondría una demanda que le llevaría a la bancarrota. Me sugirió entonces que Dante debió haber añadido otro Círculo al Infierno para los «matalibros» como yo.

Para ofrecerle algo de consuelo al maltrecho ego de aquel hombre le aseguré que si alguna vez decidía hacer pública la traducción alemana de *Inferno* reconocería públicamente todas las investigaciones que había hecho. De hecho, le invitaría a publicar sus descubrimientos simultáneamente para que pudiera llevarse todo el mérito académico. Y entonces el alemán me sorprendió totalmente.

—Me importa un bledo si incluye o no algo sobre mí. Este descubrimiento es simplemente demasiado importante para mantenerlo oculto.

A día de hoy todavía no he decidido qué hacer con los ejemplares del *Inferno* que me dejó Marianne Engel. Cuando me siento particularmente imaginativo me digo a mí mismo que me llevaré el italiano a la tumba por si me encuentro otra vez con Francesco Corsellini y puedo devolverle el libro de su padre.

• • •

Me he quedado con los dedos postizos de los pies pero he descartado los de las manos. Los de los pies me ayudan a mantener el equilibrio, mientras que los de las manos son sólo cuestión de vanidad. Además, con un cuerpo como el que me ha quedado, ponerme dedos postizos es como cambiarle los faros a un coche que se ha estrellado.

Aun así hay algunas cosas que podría hacer para mejorar mi aspecto, pequeñas operaciones estéticas o correctivos cosméticos que suavizarían mis rasgos más atroces. Un cirujano plástico se ofreció a reconstruirme las orejas usando cartílagos sacados de mis costillas o a ponerme unas prótesis que parecerían orejas reales. Pero, igual que los dedos falsos, esas pseudoorejás carecerían de uso práctico: ni el cartílago ni el plástico me permitirían volver a oír bien. La teoría es que me harían sentir más humano al tener un aspecto más «normal», pero cuando me puse las prótesis me sentí como mister Potato. Por lo que se refiere a una faloplastia —la reconstrucción quirúrgica del pene— todavía no me he animado a hacerlo. Quizá algún día lo haga, pero por ahora ya he tenido bastantes operaciones. Estoy cansado. Así que hace poco le dije simplemente a la doctora Edwards:

—Basta.

—Lo entiendo —dijo ella. Y entonces adoptó una expresión que conocía bien, la expresión que se le ponía cuando sopesaba las ventajas de decir la verdad frente a mentir o callar. Como siempre, se decidió por la verdad—. Una vez me preguntaste por qué escogí trabajar en la unidad de quemados. Te voy a mostrar algo que no he mostrado a ningún otro paciente. Se quitó la bata blanca y se levantó la blusa, mostrando una gran cicatriz hipertrófica que cubría todo el costado derecho de su torso.

—Me pasó cuando tenía cuatro años. Me tiré encima una cacerola con agua hirviendo. Nuestras cicatrices nos hacen lo que somos.

Y entonces se marchó del despacho.

Así que me quedé con una cabeza como un páramo de la era de la Gran Depresión. La parte de arriba es como un campo yermo después de una tormenta, lleno de montones de tierra removida. Hay ligeros cambios en el color, varios tonos de rojo y marrón. Todo está seco y desierto, como si la piel llevara años esperando la lluvia. Unos pocos pelos rebeldes emergen aquí y allí, como hierbas supervivientes que se niegan a aceptar que deberían haber muerto.

Mi rostro es un campo después de la quema de rastrojos. Mis labios, que fueron carnosos, están delgados como gusanos deshidratados. Conocer el término médico, microstomia, no los hace más hermosos. Sin embargo, prefiero esta boca a la que tenía antes de decirle a Marianne Engel que la amaba.

Antes del fuego mi columna era fuerte; después del fuego la substituyó una serpiente. Ahora que la serpiente se ha ido estoy redescubriendo mi fuerza, lo que es un buen principio. Mi pierna derecha está llena de clavos que podrían ser grilletos forjados con los restos de mi siniestrado vehículo. Podría decidir arrastrar conmigo el accidente a todas partes. No quiero hacerlo.

Estoy dedicándome a mis ejercicios con más intensidad que nunca. Unas pocas veces cada semana Sayuri me lleva a la piscina local, donde me dirige durante una serie de trabajos musculares. El agua me sostiene y reduce la presión en mis articulaciones. Los días que no vamos a la piscina, Sayuri me enseña a saltar a la comba en el patio de atrás. Supongo que a cualquiera que nos vea desde St. Romanus le debemos parecer algo de lo más curioso. ¿Qué deben pensar del monstruo que va dando saltos por el patio obedeciendo las órdenes de una pequeña japonesa? De vez en cuando el padre Shanahan me ve y me saluda con la mano y siempre le devuelvo el saludo. He decidido que no me desagrada, a pesar de ser un sacerdote.

Después de los ejercicios, Gregor se pasa a recoger a Sayuri y los tres tomamos un té. En nuestro último encuentro les dije que este libro iba a publicarse. No tenían ni idea de que había estado escribiendo esta historia; lo había mantenido en secreto porque no sabía qué haría una vez lo terminase. Pero aunque me he quedado los *Inferno*, he decidido lanzar este libro al mundo. Todavía no estoy seguro de que sea lo correcto —cambio de opinión constantemente— pero el silencio se me hace demasiado doloroso.

A mis amigos les animó mucho saber de la publicación, aunque Sayuri me confesó que todavía no podía leer en inglés tan rápido como le gustaría. Luego le cogió el brazo a su marido como si se le acabara de ocurrir la mejor idea de toda la historia.

—¡Espera! ¿Me lo leerás cada noche antes de irnos a dormir? ¡De esa forma leeremos la historia a la vez!

Gregor se avergonzó un poco ante aquella muestra de afecto de Sayuri, pero yo comenté que me parecía una idea fantástica y añadí:

—Y puede que incluso aprendáis algo sobre la historia de vuestro regalo de boda. Yo soy más que mis cicatrices.

• • •

Cuando regresé a la casa después de su desaparición, tras haber hecho la primera declaración ante la policía, bajé al taller a leer lo que Marianne Engel había tallado en el pedestal de mi estatua.

*Dû bist mîn, ich bin dîn:  
des solt dû gewis sîn;  
dû bist beslozzen in mînem herzen,  
verlorn ist daz slüzzelîn:  
dû muost och immer darinne sîn.*

«Tú eres mío, yo soy tuya; puedes estar seguro. Estás encerrado en mi corazón y han tirado la llave; debes quedarte dentro de él para siempre».

• • •

Lebrecht Bachenschwanz creó la primera traducción alemana conocida de *La divina comedia* (*Die göttliche Komödie*) entre los años 1767 y 1769, y la traducción del *Inferno* que yo poseo es al menos cuatrocientos años anterior. Aunque sorprendente, eso no prueba que Marianne Engel tradujera el libro en la primera mitad del siglo XIV, sino sólo que *alguien* lo hizo. Pero si Marianne Engel no fue la traductora, ¿cómo llegó el libro a la caja de seguridad de su banco? ¿Cómo pudo existir durante casi siete siglos sin dejar ningún rastro? Como sucede con tantas otras cosas, no lo sé.

He escrito tanto sobre la traducción alemana que quizá usted asuma que no había nada de extraordinario en el original italiano salvo su antigüedad. Le aseguro que nada más lejos de la verdad. El libro tiene unos pocos defectos que, aunque reducen su valor monetario en el mercado, resultan considerablemente interesantes para mí.

Es obvio que en algún momento el libro estuvo en un fuego. Los bordes de las páginas están chamuscados, pero las llamas no penetraron lo bastante como para quemar las palabras. De alguna forma el libro consiguió salvarse de la quema; de

hecho, es el otro defecto, el más obvio.

En la cubierta del libro hay un gran corte, producido por un instrumento afilado. Un cuchillo, quizá una flecha. El corte penetra en las páginas del libro de modo que cuando se abre la cubierta se observa un corte casi del mismo tamaño en la primera página. Ese corte, situado en el centro de cada página, se hace más pequeño conforme uno va pasando páginas. La contracubierta del libro muestra sólo una pequeña herida de salida; es obvio que el objeto afilado que lo atravesó quedó casi detenido, aunque no del todo, por el grosor del manuscrito.

Me llevó tiempo reunir el valor para sacarme el collar e insertar la punta de flecha en el corte del libro. Encajó perfectamente, como una llave en su cerradura. Empujé hasta que toda la flecha quedó dentro del libro y la punta asomó por la contracubierta.

Me gusta imaginar que si un hombre entrase por el agujero de la cubierta, como si fuera una puerta, podría caminar hasta el mismo centro del *Inferno*.

• • •

Existen una serie de motivos por los que Jack y yo decidimos no comprar una tumba para Marianne Engel, pero dos fueron los principales. Primero, parecía extraño al no tener un cuerpo que depositar en ella. Y, segundo, ¿quién iba a visitar esa tumba excepto nosotros dos?

Yo no quería visitar una tumba.

• • •

Cada día me despierto con *Bougatsa* dormido a mis pies. Le doy su ración de páncreas crudo y luego nos subimos al coche y vamos al mar.

Miro el océano mientras sale el sol. Es mi vigilia, una hora del día dedicada a recordar a Marianne Engel, y es también el único momento en que me expongo a la luz directa del sol. Demasiado sol no es bueno para mi piel, pero me gusta la sensación de calor en mi rostro.

*Bougatsa* suele correr por ahí, mordisqueando trozos de madera y luego dejándolos a mis pies. Me suplica que se los tire y lo hago y luego va corriendo al agua a buscarlos. Pero hay algunas mañanas en las que no tiene ganas de jugar y simplemente se queda junto a mí mirando el océano. Es como la noche en que ella se marchó al agua, como si todavía esperase que volviera a nosotros. Supongo que no puede hacer otra cosa. Es sólo un estúpido perro.

Mientras tanto, yo compongo mentalmente. La mayoría de estas páginas que ahora lee fueron escritas en mi solitario puesto de mando al borde del mundo donde la tierra se precipita en el mar. He pasado mucho tiempo allí, en ese enorme espacio entre el recuerdo y el deseo, creando este imperio imperfecto de frases en el que ahora vivo.

Quería escribir este libro para honrar su memoria, pero le he fallado, igual que le

fallé en tantas otras ocasiones. Sé que mis palabras no son nada más que pálidos espíritus, pero necesito que Marianne Engel exista en algún lugar.

• • •

Cada Viernes Santo, ese aniversario fijo y a la vez cambiante de mi accidente, voy al barranco que me salvó la vida y enciendo otra vela. Doy gracias por dos cosas: que he tenido un año más de vida y que queda un año menos hasta mi muerte.

Cuando Marianne Engel me entregó la punta de flecha me dijo que sabría qué hacer con ella cuando llegara el momento. Pero ya lo sé. La llevaré siempre con orgullo, y cuando sea un anciano y haya vivido mi vida, la sacaré del collar, la pondré en un astil recto y perfecto y le pediré a un buen amigo que dispare la flecha directamente a mi corazón. Quizá ese amigo sea Gregor o Sayuri, quizá alguien a quien todavía no he conocido. La flecha volará hasta mi pecho y abrirá mi cicatriz de nacimiento como si fuera un sello que esperaba que lo rompieran.

Ésa será la tercera vez que una flecha entra en mi pecho. La primera me llevó a Marianne Engel. La segunda nos separó.

La tercera nos reunirá de nuevo.

• • •

Ah, pero no quiero sonar demasiado lóbrego. Todavía me queda toda una vida por delante.

Tras la desaparición de Marianne Engel me propuse aprender a esculpir. Supongo que mis motivos fueron egoístas, pues esculpir me hacía sentir más cerca de ella. Me encanta el movimiento del acero contra la piedra. Se suele creer que la piedra es inmóvil y no perdona, pero no es así: la piedra es como agua corriente, es como el baile del fuego. Mi cincel se mueve como si conociera los deseos secretos de la piedra, como si la estatua guiara la herramienta. Pero lo más extraño es que he descubierto que esculpir me parece algo natural, como si lo hubiera hecho toda la vida.

No soy ni mucho menos tan hábil como era Marianne Engel y cuando creo una estatua rara vez sale como la había imaginado. Pero no importa. De hecho pocas veces utilizo las herramientas para crear obras originales. La mayor parte de las veces las uso para cortar pequeños trozos de la estatua de mí que ella esculpió.

Estar frente a mi retrato me avergüenza un poco, pero me recuerdo que no es vanidad. No estoy viéndome a mí, sino a una parte de Marianne Engel que todavía permanece. Y entonces levanto el cincel a una pequeña zona —el borde de mi codo, un pliegue de mi carne quemada— y golpeo con el martillo. Con cada golpe cae al suelo una parte de mí. Sólo puedo soportar cortar un pequeño fragmento cada vez porque cada vez que un trozo llega al suelo me acerco un poco más a disolverme en la nada.

Los Tres Maestros dijeron que el amante de Marianne Engel sabría por qué debía liberar su último corazón para liberarla a ella. Y lo sé: el final de su penitencia fue el principio de la mía. Permitirle adentrarse en el océano fue sólo el principio de mi tarea, porque su liberación no ocurrió en un instante. Es un proceso que durará toda mi vida y no me permitiré morir hasta que haya tallado hasta el último trozo de mi estatua.

Con cada fragmento de roca que cae de mí puedo oír la voz de Marianne Engel. *Te amo. Aishiteru. Ego amo te. Ti amo. Ég elska pig. Ich liebe dich.* Atraviesa el tiempo, llegando hasta mí en todas las lenguas del mundo, y suena como puro amor. *Te amo. Aishiteru. Ego amo te...*

## Agradecimientos

Mi más sinceras gracias a Angela Aki, querida amiga y la primera persona que leyó este libro; Bette Alexander y Jolanta Benal, perfeccionistas; Liuba Apostolova, que está hecha de luz de estrellas; Marty Asher, Jamie Byng, Anne Collins, Gerry Howard, Anya Serota y Bill Thomas, los primeros que creyeron en mí; a los Brattis, mi segunda familia; a todo el personal de Canongate, Doubleday, Janklow & Nesbit y Random House Canada; a la doctora Linda Dietrick y a la doctora Ann-Catherine Geuder, asesoras en todo lo germánico; a los correctores (Anne, Gerry y Anya) que, con sus elegantes escalpelos, ayudaron a desbridar las partes muertas; a la doctora Kathy J. Edwards, que contestó pacientemente todas mis preguntas sobre quemados; a John Fontana, que me hace parecer guapo; a Helen Hayward, espléndida maestra; a mis correctores internacionales Kyoko Aoyama, Yoichi Takagi y Miko Yamanouchi (japonés), Úa Matthíasdóttir (islandés) y Giuseppe Strazzeri (italiano); a Eric Simonoff, el gran paladín de la novela; a Dorothy Vincent, que llevó el libro por todo el mundo; a los asistentes editoriales esenciales para que las cosas salgan bien, especialmente a Katie Halleron, Eadie Klemm y Alexa Von Hirschberg; a Joe Burgess, Kirby Drynan, Liz Ericksson, Kevin y Alex Hnatiuk, Alison y Helen Ritchie y Paige Wilson, amigos que me han ayudado con sus comentarios; a mi familia, nuclear y extendida, por su apoyo y amor; y a Harley y Fjola, por todo.

Estoy particularmente en deuda con las siguientes fuentes: *Medieval Germany: An Encyclopedia*, editada por John M. Jeep; *The Mystics of Engelthal: Writings from a Medieval Monastery*, de Leonard P. Hindsley; *Henry Suso: The Exemplar, with Two Sermons*, traducido, editado y presentado por Frank Tobin; *Light, Life and Love: Selections from the German Mystics of the Middle Ages*, editado por W. R. Inge; *The Inferno*, de Dante Alighieri, traducido por Robert Hollander y Jean Hollander; *The Divine Comedy: The Inferno, The Purgatorio y The Paradiso*, de Dante Alighieri, traducidos por John Ciardi; *Surviving Schizophrenia: A Manual for Families, Consumers, and Providers* (4.<sup>a</sup> edición), del doctor E. Fuller Torrey; *Rising from the Flames: The Experience of the Severely Burned*, de los doctores Albert Howard Carter III y Jane Arbuckle Petro; *Severe Burns: A Family Guide to Medical and Emotional Recovery*, del doctor Andrew M. Munster y la plantilla del Centro Regional de Quemados de Baltimore; *Holy Terrors: Gargoyles on Medieval Buildings*, de Janetta Rebold Benton (en el que se incluye una versión de la leyenda del dragón La Gargouille); la página web Viking Answer Lady; y la versión de la Biblia del Rey Jaime.





ANDREW DAVIDSON (Pinawa, Manitoba, Canadá, 12 de abril de 1969). Estudió Literatura Inglesa en la Universidad de British Columbia y trabajó durante años en los oficios más diversos que puedan imaginarse: camarero, guardia de seguridad o jardinero. Vivió en Japón durante años, donde trabajó como profesor de inglés y como redactor de páginas web dedicadas a la enseñanza.

# Notas

[1] Personaje de *The Fair Penitent*, obra de teatro de Thomas Rove. Se utiliza como sinónimo de mujeriego. (N. de la t.) <<

[2] Juego de palabras intraducible con los nombres de Duke Ellington y Ella Fitzgerald. (N. de la t.) <<